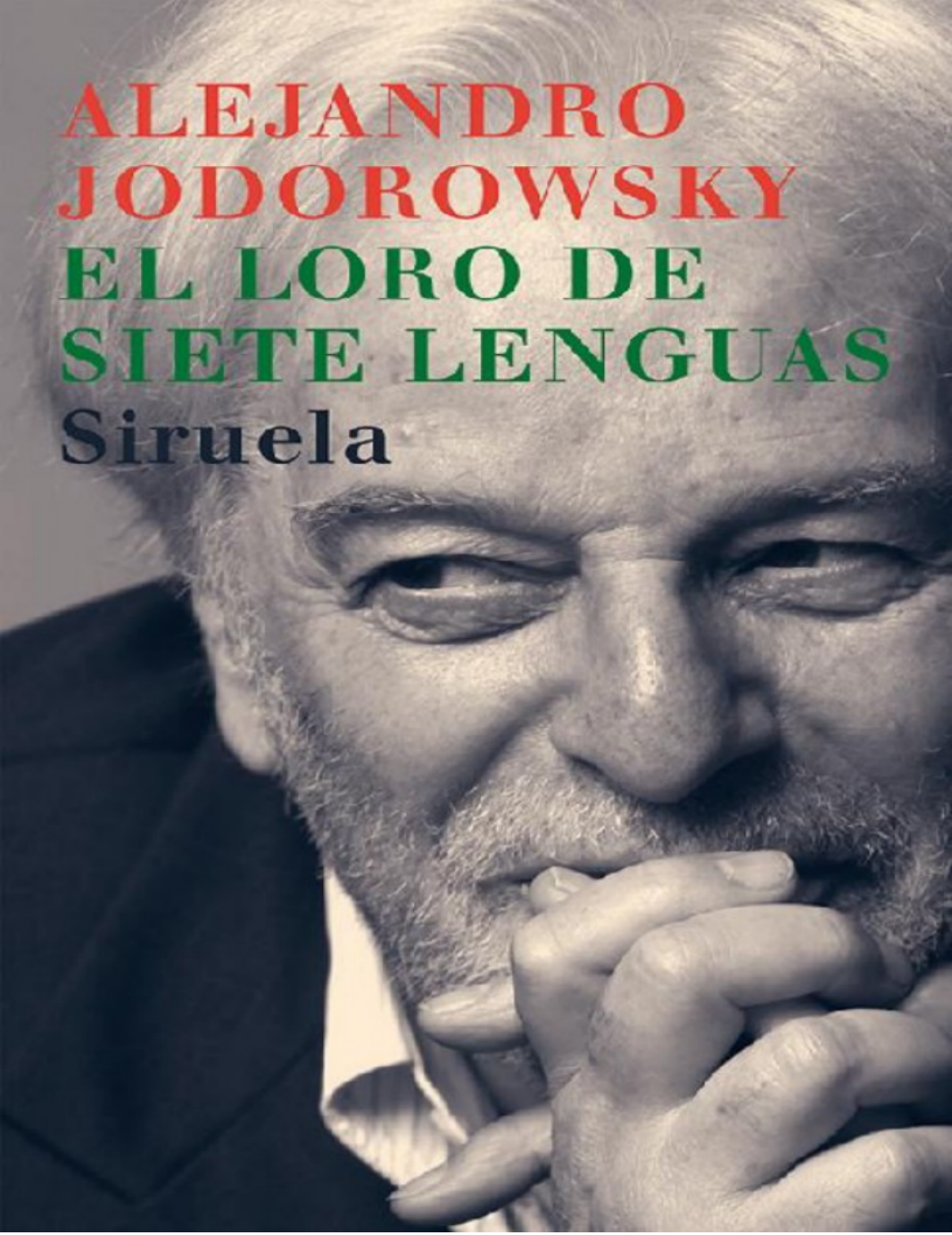


ALEJANDRO JODOROWSKY

EL LORO DE SIETE LENGUAS

Siruela

ALEJANDRO JODOROWSKY

EL LORO DE SIETE LENGUAS

Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
Prefacio
Los 22 héroes
EL LORO DE SIETE LENGUAS
Prólogo
I. Los Compañeros de la Papa Florida
II. Otro Paraíso perdido
III. Banquete y terremoto
IV. El templo monstruo
V. Un bautizo de fuego
VI. A cada Dios su apocalipsis
VII. Los cuentos del vampiro
VIII. En busca de un perseguidor
IX. La huida a Egipto
X. Mamá, yo quiero
XI. Gusano de tierra, mar y cielo
XII. ¡Clac clacac clac clacacac!
XIII. ¡La patria se llama Juan!
XIV. Las siete vacas flacas
XV. Primeros últimos encuentros
XVI. Ave, amén, etcétera...
XVII. Las voces del Pillán
Epílogo
Blando animal de colección fúnebre
Créditos

Prefacio

El loro de siete lenguas fue mi primera novela. La comencé a mediados de los años sesenta y la terminé a finales de los ochenta. Las múltiples actividades en el teatro y el cine me impidieron dedicar tiempo a la escritura. Aunque no sólo fue debido a eso, sino también a la presión social: la novela latinoamericana, gracias a su éxito mundial, se había convertido en una actividad política que imponía un estilo criollista con obligatorias pinceladas de realismo mágico. No faltó un escritor que se hiciera consejero de Fidel Castro u otro que se presentara como candidato a la presidencia de su país. Yo, hijo de emigrantes ruso-judíos, nacido por azar en Chile, el único país de Centro y Sudamérica cuyos aborígenes no habían construido pirámides ni esculturas ni monumentos funerarios ni legaron códices sagrados –los mapuches, semejantes a sabios taoístas, no quisieron dejar huellas–, me sentía como un paria literario: lo que tenía que decir se refería al mundo espiritual y no al mundo material, con su, para mí, venenoso folclore o artera política. La aventura de encontrarse a uno mismo, más allá de configuraciones nacionales, me parecía el tema noble que necesitaba la novela. Por lo cual, carente de amistades en el mundo literario, tuve que sumergirme en un inseguro ostracismo que lentificó mi obra: me asaltaban grandes dudas, me sentía (si la Real Academia Española me permite decirlo así) un extraterrestre. Y si a ello agrego mi amor por lo cómico (pensaba, inspirado por el *Quijote*, que sin humor no había sabiduría) entre tantos escritores circunspectos, se comprenderá por qué, con mi texto destinado a hacer reír, me sentía como un Robinson Crusoe en una isla flotante. Ya mi mente o mi inconsciente estaban creando la tarología, la psicogenealogía, la psicomagia y el psicochamanismo. Ya en esa época quería describir neurosis profundas para, durante el transcurso de la novela, sanar a los personajes. Ya asomaba la concepción de un arte para curar...

Es por esto por lo que en lugar de publicar en México –país donde se me permitía, de escándalo artístico en escándalo artístico, vivir con incomodidad– lo hice en Francia. Tuve la suerte de que el escritor

Gérard de Cortanze, entusiasmado, tradujera gratuitamente las 350 páginas del *Loro* y las propusiera a la editorial Flammarion. Le respondieron que el texto les fascinaba pero que era muy arriesgado publicar una primera novela tan larga de un autor extranjero desconocido en los medios literarios. Pidieron que se le suprimieran cien páginas. Pensé en lo que había dicho mi maestro de karate Jean Pierre Vigneau («Para romper huesos tienes que sacrificar carne») y acepté la castración. Bajo el título *Le paradis des perroquets* apareció en francés, en 1984, con una silueta más delgada. Eso no impidió que se le otorgara el Gran Premio del Humor Negro. El trofeo consistió en un cráneo de cartón. Descendí pateándolo por la avenida de los Campos Elíseos, mi primer acto de psicomagia. El libro se vendió bien pero fue recibido por los medios de comunicación con un absoluto silencio. Ningún crítico sabía en qué rama literaria, en qué nacionalidad, en qué partido político colocar ese ovni. Bueno, lo mismo me había pasado cuando estrené mi película *El Topo* en Estados Unidos. Desde entonces supe que no me dirigía a un público normal, sino que debía, lentamente, con tenacidad de hormiga y paciencia de tortuga, crear mi propio público..., y eso demoraría muchos años.

En 1991 el *Loro* fue publicado en Chile porque un editor, Juan Carlos Sáez, lo leyó en francés y se entusiasmó, creo que no tanto por sus cualidades literarias –como le sucedió a Cortanze– sino porque pensó que los personajes, en su exagerada actuación, tenían como base personas reales. No se equivocaba: era cierto. Algunos de ellos nunca fueron conocidos mundialmente, otros obtuvieron premios internacionales y, en fin, a otros los describí en mis posteriores libros. Ahora que han pasado los años me permito revelar la identidad de algunos de ellos: es evidente que el poeta Juan Neruña me fue inspirado por Pablo Neruda y que su enemigo –el traidor Gegé Vihuelafue casi calcado del presidente Gabriel González Videla, así como el envidioso Nepomuceno Viñas surgió del antipoeta Nicanor Parra. El cardenal Barata representa al cardenal Caro, un prelado defensor de la extrema derecha y precursor del poder que hoy en mi país posee el Opus Dei. El arrogante e irrespetuoso general Lagarreta tiene muchos rasgos de Augusto Pinochet. Tanto a Demetrio como a Estrella Díaz Barum los describí en mi autobiografía *La danza de la realidad* con sus nombres verdaderos: Enrique Lihn y Stella Díaz Varín. Al payaso Piripipí, a quien también presenté en *La danza de la realidad*, no le cambié el nombre. Akk nació del novelista Enrique Lafourcade. Menos conocidos son Zum y Hums, aunque esta pareja simbiótica fue el gurú que formó a toda una generación de artistas. En

la vida real se llamaron Luis Oyarzún, profesor de filosofía, y Roberto Humeres, pintor y paisajista. ¿De quién surgió Ga? Entre los estudiosos de la literatura chilena de los años 1950, circula como un aroma potente y delicado el nombre del desaforado, gordo y festivo cuentista Armando Cassígoli. También celebridad exclusivamente chilena es el mitómano erudito Chico Molina –quien en el *Loro* es La Rosita–, autor de libros imaginarios que a veces se hacían reales pero que, en verdad, eran traducciones de Herman Hesse. Cuando por fin aparece el filósofo Carlo Poncini, se comporta y habla exactamente como mi maestro zen Ejo Takata. La Machi es una encarnación casi fiel de la curandera mexicana Pachita, en quien también me inspiré para crear a Aurocán. De Pachita y de Ejo Takata hablé sobre todo en mis libros *La danza de la realidad* y *El maestro y las magas*. En la actriz Gloria Swanson, a quien conocí cuando vino a filmar a México, me inspiré para crear a Diana Dawson... En fin, comulgamos con el proverbio español «El que no es hijo de nadie es hijo de puta», porque todos los personajes del *Loro* tienen un modelo. Debo, eso sí, dedicar unas cuantas líneas al entusiasta nazi Von Hammer, descendiente del donjuanesco escultor Roberto Polhammer. Durante los años 1940, Chile, aislado del mundo por la cordillera de los Andes y el océano Pacífico (aún no había televisión), no padeció la angustia de la guerra mundial. Por el contrario, fueron momentos de gran fiesta y prosperidad, donde los dramáticos conflictos europeos se vivieron como un enorme partido de fútbol. Un cincuenta por ciento de los ciudadanos era partidario de los aliados y el otro cincuenta, de Hitler. El partido nazi tuvo tantos militantes como el partido comunista. Y, colmo de la ingenuidad, ambos grupos se unieron para dar el triunfo primero al candidato a presidente del Frente Popular, el simpático borrachín Pedro Aguirre Cerda, y luego al torvo Gabriel González Videla (cuya propaganda electoral fue ideada por Pablo Neruda), quien, traicionando a sus votantes, puso al comunismo fuera de la ley desatando una feroz persecución. Para nosotros los poetas, que planeábamos por encima del mundo político, era natural tener como amigos del alma a judíos, nazis, comunistas y católicos.

Aparte de pensar que los lectores de otros países no conocerían el ambiente surrealista y demente de los poetas chilenos (creo que mis libros *Psicomagia* y *La danza de la realidad* han contribuido a darlo a conocer), temí que la estructura de esta novela, tan diferente a la de las latinoamericanas, no fuera comprendida. Por eso la sepulté en Chile, no aceptando que fuera publicada en otras naciones. No quise crear las aventuras de un personaje, sino las de un grupo de arquetipos, cada uno representando un aspecto de nuestra alma, tal como los

veintidós arcanos mayores del Tarot. Y tal como el neófito que al comienzo ve en esas cartas, aparte de las calidades, una multitud de aspectos negativos para después poco a poco, a medida que va desentrañando sus símbolos, llegar a verlas en su belleza sublime, así presenté a mis veintidós artistas: al comienzo, borrachos contumaces, débiles, confusos, ajenos a sí mismos y a la realidad; luego, por necesarios azares, enfrentados con la miseria de su país, convertidos en anónimos payasos; después, en fugitivos; y por fin en héroes que llegan a una iluminación (en el sentido de realización espiritual) que no buscaban pero que los aguardaba como ineludible meta.

En cuanto a la forma, también decidí arriesgarme. Cansado de la constante referencia al orden recomendado por Aristóteles (comienzo, nudo, desenlace), decidí emplear una estructura piramidal. Es decir, partir de una base amplia donde los personajes, sumergidos en sus diferentes ilusiones, se describen separadamente para después, poco a poco, irlos amalgamando hasta llevarlos a una unidad de acción, meta común que los hace cambiar el mundo. En dos líneas del capítulo «La huida a Egipto» describo el método: «Actos insensatos revelan ser, años más tarde, la primera piedra de vastas construcciones».

Trabajando para lograr el «sueño lúcido» (mientras sueñas, ser consciente de que estás soñando y entonces, sin despertar, poder transformar el sueño a tu conveniencia), me di cuenta de que el cerebro no conoce la muerte. Cada vez que decidí suicidarme, me encontré de pie junto a mi cadáver como si fuera el de un extraño: transmigración inmediata de la consciencia..., por lo cual decidí, ya que de una novela se trataba, romper con los límites materiales y hacer que los muertos, apoderándose del cuerpo de un médium, siguieran actuando. En fin, asqueado del realismo, introduje brevemente como personaje a Dios mismo. ¿Por qué no? Los escritores de la Biblia lo hicieron sin ningún complejo.

Ahora que un numeroso público español acepta mis conceptos, me atrevo a consentir que *El loro de siete lenguas* sea publicado. Todos los mensajes que abiertamente transmito en mis otros libros aparecen en éste embozados bajo un estilo literario. Para ejemplo basta un botón: cuando los Compañeros de la Papa Florida se drogan con la espuma del torrente que los arrastra, describo con exactitud un viaje de ketamina. El psiquiatra Claudio Naranjo me permitió asistir a una sesión colectiva donde padecí los efectos de tan poderoso alucinógeno.

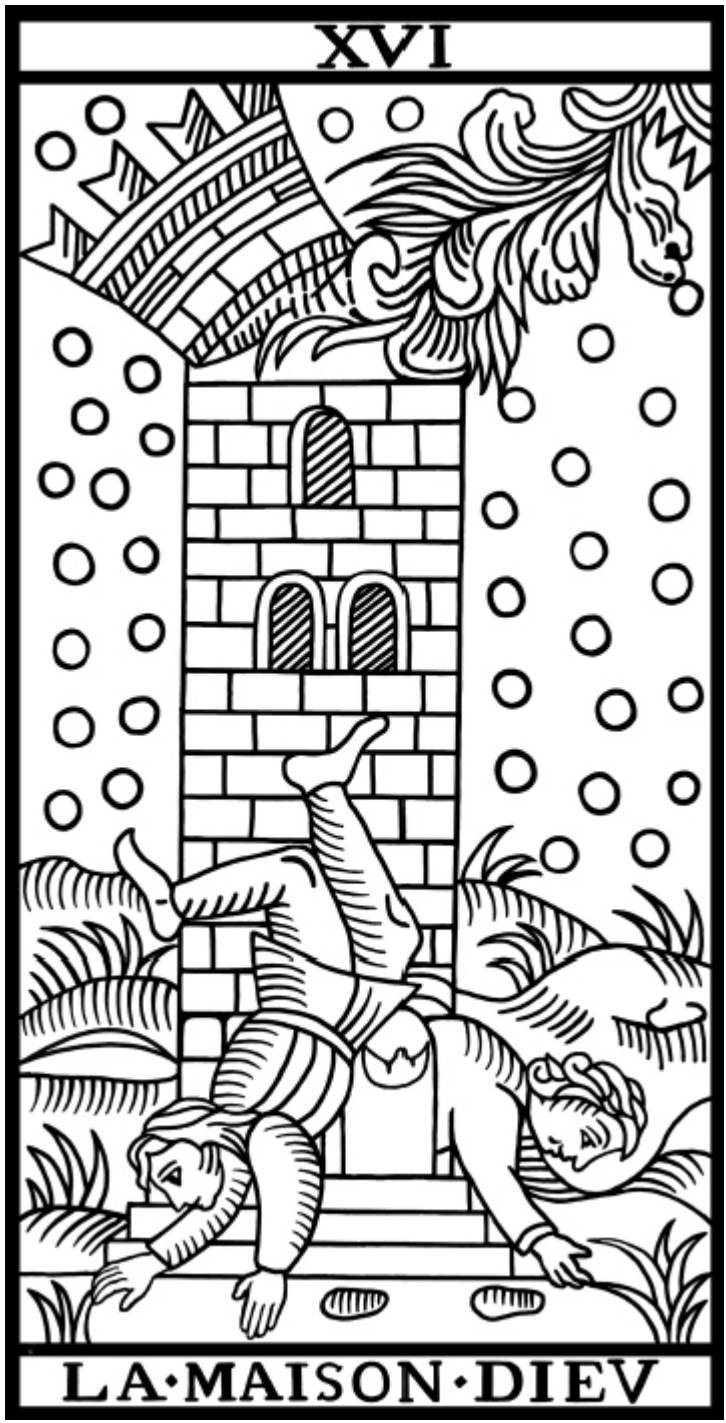
Recuerdo que un crítico chileno aplaudió el libro, excepto un detalle que le hizo entrar en una erudita rabia: «Hay límites a todo: un

comentador literario no tiene por qué tolerar el capricho de un poeta que nos quiere impresionar inventando como arma secreta norteamericana nada menos que un “delfindrilo”, injerto demente de cocodrilo y delfín». Ahora que muchos años han pasado, a nadie le sorprenderá este engendro: los científicos actuales han sido capaces de crear un animal producto de genes de una oveja y una tarántula.

Alejandro Jodorowsky

Los 22 héroes

TOLÍN violinista
DEMETRIO poeta alcohólico
ENANITA periodista
AKK novelista
LA CABRA pintor obrero
HUMS creador de jardines
ZUM profesor de filosofía
ALAMIRO MARCILÁÑEZ aristócrata
ESTRELLA DÍAZ BARUM poetisa
VON HAMMER atleta nazi
LAUREL GOLDBERG judío católico
BOLI belleza judía
GA cuentista gordo
LA ROSITA erudito homosexual
CARLO PONCINI filósofo italiano
NEPOMUCENO VIÑAS poeta cursi
EL COJO VALDIVIA pintor de letras
EL GENERAL LEBATÓN militar renegado
JUAN NERUÑA poeta comunista
LA GRINGA americana loca
LA MACHI bruja mapuche
POPEYITO carabinero iluminado


XVI
LA·MAISON·DIEV

Ningún personaje es real, ningún sitio es verdadero, cualquier parecido es coincidencia. Hablamos de un Chile que no es Chile.

Describimos un Universo paralelo. Entre los años cuarenta y cincuenta, en alguna de las infinitas gamas de mundos, existió un país tan largo que semejaba una torre. En sus alturas habíamos construido un paraíso en forma de corona. Cuando estalló la tormenta y fuimos alcanzados por el rayo, caímos al suelo para vernos obligados a marchar sobre las manos buscando a tientas los blancos fragmentos del alimento divino, al que ingenuamente habíamos llamado Poesía…

EL LORO DE SIETE LENGUAS

El vino es todo, es el mar,
las botas de veinte leguas,
la alfombra mágica, el sol,
el loro de siete lenguas…

Nicanor Parra

Prólogo

LE ·MAT

I. Los Compañeros de la Papa Florida

«Reconozco una sola verdad: la verdad de la ilusión.»

Hums, en el café Iris

Santiago de Chile, Akk, Ga, Demetrio y Tolín pertenecían a una academia literaria y se les había encomendado la tarea de humillar a La Rosita. La Rosita era un chaparro calvo, cincuentón, que se juntaba con jóvenes escritores para beber, apretarles un bíceps y apocarlos con su erudición. Aterrizaba en la Academia y, altivo, comparaba los poemas con los de cientos de autores extranjeros. Demolía, citando nombres, cualquier posibilidad de creación original; no había libro, revista o autor en prensa que él desconociera. Vivía solitario en un hangar con forma de cruz. Todos los días iba a la Biblioteca Nacional para leer durante ocho horas. Los académicos sospechaban que el sesenta por ciento de su erudición era falsa.

Decidieron crear un filósofo italiano. Resultó Carlo Poncini, nacido en Arezzo en 1893 y desaparecido misteriosamente en Roma en 1931. Fabricaron una biografía para después bosquejar su tratado *Tripolaridad de la metafísica*. Cuando encontraron a la víctima, negaron la importancia de Carlo Poncini. La Rosita, indignándose, defendió la posición tripolar, porque conducía automáticamente a la congelación ontológica, y la relacionó con Eckhart de Hochheim. Los trató de Maitre Reyner, Pierre de Estate y Henri II de Virneburg. ¡Curas inquisidores! Terminó dándoles una disertación sobre la influencia que tuvo en Poncini el paisaje de Arezzo.

Se burlaron de su erudición. «¡Nosotros inventamos a Poncini!» La Rosita, sin decir una palabra, los llevó a la Biblioteca Nacional, abrió la *Revista Filosófica de Roma*, número 163, año 1935: ¡había un artículo sobre Carlo Poncini de Arezzo y su *Metafísica tripolar*!

La casa de Demetrio estaba a oscuras. Sus puertas y ventanas selladas parecían detener la explosión de un lamento rancio que llenaba los cuartos. Tolín golpeó como homenaje, sin esperar

respuesta… ¡Abrió La Rosita!

–¡Ah, Tolín, el bello tenebroso! ¿Vienes por Demetrio? Está ausente. También sus padres: fueron de vacaciones a Valparaíso. Yo forcé una ventana y entré a curiosear. La señora no ha querido recibirme a causa de mis inclinaciones. En fin, aquí me tienes registrando los roperos, husmeando el olor anémico de los objetos sin amo que es el de las estrellas. ¿Quieres conocer el dormitorio de tu amigo?

La Rosita pronunció la palabra «amigo» embutiéndole el concepto de «amante». La pieza era pequeña, de paredes amarillas.

–Mira cuanto quieras, Tolín.

Cuadernos escritos por Demetrio con letra angulosa, jirones sucios cubiertos de poemas, frases en las entradas de cine, el muro plagado de versos, notas en las tapas de los libros, ideas grabadas apresuradamente como para liberarse de sanguijuelas. Y Tolín, bajo las risas burlonas de La Rosita, tratando de hacer un orden.

–¿Qué, avanzas? Escribe hasta en el papel de baño. Ahora vagabundea por el puerto abandonando en los manteles sus mejores obras. Pronto decaerá; nunca volverá a estar a la altura de este período de su vida. Lo verás descender, tratarás de darle ímpetu, de prohibirle que beba, de obligarlo a escribir, no podrás. Su fuente se irá secando. La poesía es un don. Y él, por orgullo, por no querer aceptar su inferioridad de mañana, destruirá sus poemas de hoy. Lo sabe y sufre. Él, que adoraba vivir solo, ser un ogro apacible, ahora busca la compañía de jovenzuelas aristócratas, les sirve de bufón; participa en concursos literarios, va a bares, se miente, huye de sí mismo. Tú también, Tolín, sufrirás. Él te contagiará su angustia. No sé si te liberes algún día. ¡Mira! Tres líneas en un billete de autobús:

Por invisible
te desprecian
diamante perfecto…

»Ven a conocer mi guarida, Tolín.

Por fin el violinista puede visitar el hangar en forma de cruz en donde vive La Rosita, su extraño amigo.

–¡Entra!

Libros del piso al techo: volúmenes cayendo empujados por las ratas.

–Aquí están mis preferidos: Gide, Marcel Schwob y, sobre todo, *El señor de Phocas* de Jean Lorrain. Yo también, como él, he buscado la doliente esmeralda dormida en los ojos de las estatuas de Pompeya, las líquidas pupilas del Antínoo. Verás. Es mi tesoro. Nunca podrás

olvidarlo…

Abre un armario. En un frasco hay una cabeza humana.

Sola-Bella tiene una larga cabellera roja y su cuello fue separado del tronco por un tajo limpio. El agua translúcida en que flota es perfumada. Sola-Bella ofrece unos labios entreabiertos y su piel es fina y parece tibia y viva. Sus ojos verdes se fijan en los de Tolín como observándolo.

–Viene del medievo serbio. El líquido que la conserva es una fórmula alquímica. Si te fijas bien, verás el nacimiento de los pelos de una barba. Es hombre. Introduzco mi sexo en su preciosa boca una vez por mes... Adiós…

Y La Rosita lo empuja hacia fuera, poniéndole en las manos un viejo pergamino enrollado en unas páginas de papel ordinario escritas a máquina.

–Tolín, he traducido lo mejor que he podido ese antiguo documento. Léelo hoy, por respeto, a medianoche. Conocerás el secreto de Sola-Bella.

El águila de tres cabezas de la bandera azul del Señorón de Mandakovitch había ondeado en el castillo durante innumerables generaciones. Sus antepasados, procedentes del mar Adriático, penetraron en Serbia y construyeron en la cumbre de la Montaña del Nogal, cerca de Prokouplie, una fortaleza inexpugnable. La melena roja del Señorón competía con las crines de un caballo; medía tres metros y era tan fornido que varios hombres juntos no podían levantar su espada. Necesitaba un mínimo de cinco kilos de carne, un canasto de panes y diez litros de vino por día, cantidades que aumentaban cuando estaba de humor depresivo. El derecho de pernada lo ejerció implacablemente, pero era tal el volumen de su sexo que todas las mujeres, temiendo ser destrozadas, huían hacia señores menos robustos. Durante años, el Señorón tuvo que conformarse con yeguas de pelaje rosado. Guerrero feroz, de un sablazo abatía un roble; invadió las posesiones vecinas, adquiriendo tal poder que la corte de Belgrado, para anexarlo, decidió concederle la mano de una princesa.

Su fiel escudero Drago, que desde niño le había enseñado el manejo de las ballestas, hachas, lanzas, mazas, puñales y espadas, partió hacia la capital en busca de la novia, llevando suntuosos regalos. El Señorón, desenraizando árboles con sus brazos, construyó un lecho de troncos que pudiera soportar las efusiones, pensando, acostumbrado a las yeguas, que le iba a tocar una esposa gigante.

Quiso el destino que en esos día estallara una tormenta y que, huyendo de la nevasca, un carromato de gitanos pidiera albergue en la fortaleza, en espera de un tiempo menos adverso. Entre esa gente morena sobresalía una muchacha rubia, Sofía, de catorce años, que, a pesar de vestir andrajos, mostraba a cada gesto su origen noble. Después de torturar a los bohemios hasta que confesaron haberla raptado en Rumania, Mandakovitch les arrancó los corazones y los hígados para devorarlos, asados, en compañía de sus guerreros. La niña, ante justicia tan atroz, perdió el habla para siempre. Temblando a cada ruido, se escondía en los rincones de la fortaleza.

Una mañana los muros se engalanaron de bandoleras. Cuando llegó la princesa Gradichka de Banjalouka, el Señorón, saltando desde una almena, cayó ante la comitiva y alzó el velo que cubría a su futura mujer: una adolescente pálida, menuda, de piel transparente, que trataba de sonreír, aterrada. El Señorón la podía alzar del suelo con un solo dedo. ¿Cómo consumar la noche de bodas sin partirla en dos? Mandakovitch deseaba un heredero. Para eludir el rechazo de la noble señorita, después de estrangular a sus sirvientas, la amordazó y ató al lecho nupcial, abierta de piernas. La muda Sofía tuvo que entibiar manteca de jabalí y, con el pecho sacudido por una respiración convulsiva, verterla entre las piernas de sus amos. Ayudado por el lubricante, al cabo de grandes esfuerzos, el Señorón logró abrirse paso y depositar su semilla, pero en el momento del goce no se pudo controlar y el último empujón desmayó a la princesa. Pidió a Sofía un lino para secarse el aceite y, al ver esos ojos esmeralda, captó la excitación enloquecida de la muchacha. Junto al cuerpo exangüe de Gradichka penetró en aquella copa estrecha ofrendada con ansias. Al desatar por segunda vez su fuente seminal, dio tal embestida que también la muda se desvaneció.

Las dos mujeres despertaron bañadas en sangre y embarazadas. La princesa de Banjalouka exigió el descuartizamiento inmediato de su rival. El Señorón ordenó la ejecución al fiel Drago, mas éste, compadecido, hizo trizas una ternera, mostró los pedazos a su amo y dio dinero a una pareja de cabreros para que cuidaran a la condenada.

Pasaron los meses. Oculta en las montañas, la muchacha dio a luz un niño, mientras que la princesa, en su gran dormitorio, entre banquetes y danzas, paría a una mujer. Mandakovitch, decepcionado, regresó a sus amores con las equinas. La princesa se suicidó, arrojándose desde la torre más alta. Puesto que nadie sabía cómo educar a una niña, Drago fue designado protector y maestro de armas de la infanta... Pasaron los años. El bastardo, Belovar, creció imitando los gestos frágiles, sensibles, de su madre. Era tan bello como Bielina,

su media hermana. Ambos heredaron el pelo rojo y la robustez de su padre. Si alguien los hubiera visto juntos, habría pensado que eran gemelos.

Después de un invierno particularmente gélido, una primavera violenta entibió las vertientes, hizo estallar flores y llamó a Bielina con tal urgencia que la joven galopó en su caballo por los intrincados senderos de la montaña... Con el pecho oprimido por los nuevos aromas, Belovar vigilaba sus cabras no sabiendo si reír o llorar. El aire fragante lo ponía nostálgico. Coronó su larga cabellera con margaritas y cantó un poema en honor a su difunta madre. Como su camisa le llegaba hasta las rodillas, parecía una muchacha... Encantada por aquella voz, Bielina avanzó, arriesgando caer en oscuros precipicios, hasta que encontró al delicado cabrero. ¡El muchacho era la mujer de sus sueños! Y cuando Belovar vio a esa giganta diestra apretando el vientre del bruto con sus espesas botas guerreras tal un centauro, encontró al hombre de su vida...

Cayeron el uno en los brazos de la otra. Se amaron con la misma intensidad con que habían besado los espejos. Al atardecer, como no querían cesar de verse, elaboraron un plan. Eran tan parecidos que, si Belovar vestía un traje de Bielina, podría atravesar tranquilamente el patio del castillo sin que nadie notara la diferencia. ¡Así lo hicieron! Ella se escondía y el muchacho, disfrazado de mujer, atravesaba los corredores rumbo al dormitorio.

Pasó el tiempo. El temperamento viril de Bielina y la única forma en que permitía ser poseída le impidió quedar encinta. La felicidad duró hasta que el Señorón de Mandakovitch consideró que debía casar a su hija con un guerrero que engendrara un nieto capaz de continuar la tradición. Por más que la joven imploró para que su padre retardara el proyecto, no pudo convencerlo.

Incapaces de soportar la separación, los amantes decidieron morir. ¡Pero querían estar juntos en la tumba! Para lograr esa unión póstuma, elaboraron un plan del que Drago se hizo cómplice, por una parte porque adoraba a Bielina, y por otra porque, lleno de achaques, estaba cansado de la vida... Belovar, maquillado y peinado como su hermana, esperó al anciano escudero en una gruta que nadie conocía. Drago, de un tajo limpio, le cortó la testa y se la llevó, envuelta en una piel de oveja, al castillo. Allí, degolló a Bielina y junto a su cuello sangrante colocó la cabeza de su amado. Volvió a la caverna y enterró los restos de Belovar coronados por la cabeza de Bielina. Después, otra vez en el castillo, arrodillado ante el cadáver de su protegida, se

hundió una daga en el corazón.

El Señorón dedujo que su hija, para no casarse, había obligado al fiel Drago a que le quitara la vida. No fue capaz de darse cuenta de que la cabeza pertenecía a otra persona. Honraron la memoria del escudero y lo enterraron, replegado como un perro, a los pies de Bielina.

Cuando Tolín, agitando el pergamino y las hojas de papel ordinario, vapuleó frenético, a las tres de la mañana, la puerta del hangar de La Rosita, éste no le abrió; pegó su boca al postigo y le gritó, luciendo una sonrisa sádica:

–No, mi querido violinista. Hoy de ninguna manera te contaré cómo la cabeza de Belovar llegó hasta mí, conservada en agua alquímica. Pero si me cedes un día ese tesoro que olvidas entre tus piernas, accederé a revelarte tal poético misterio.

Demetrio, igual que un personaje de El Greco, enjuto, implacable, orgulloso, como el conde de Orgaz viviendo su propio entierro, rodeado de sosias negros y hieráticos, sepultado por imágenes de sí mismo, declinando rabioso, aullando poemas improvisados (donde fuera, durante horas, con secreto placer de verlos disolverse en el momento mismo que los creaba), capaz de dibujar en el vaho que cubre los vidrios imitaciones de grabado con la perfección de Versalius; pudiendo danzar al ritmo de un motor eléctrico, cantando óperas lúbricas, imitando números de music-hall, elucubrando teorías sobre la situación grotesca o incomunicación inconsciente, ahí estaba hundiéndose morbosamente en su féretro, aniquilando su genio por envidia de sí mismo.

Sabía Demetrio que no se podía intervenir en el acontecer creador –«Esto que me sale no lo he formado yo, se crea en mí. No soy yo, es a través de mí»– y odiaba sus propias capacidades. Su principal ambición era ser aceptado por las mujeres como los boxeadores o galanes de cine, pero había algo ridículo en el cuerpo de Demetrio. Al pasear por el Parque Forestal leyendo la *Estética* de Hegel –«…llevar la conciencia a los supremos intereses del espíritu»– una mosca comenzó a perseguirlo. Demetrio se sintió observado por las colegialas. Disimuladamente trató de espantar al díptero y adquirir un paso elegante que distrajera la atención femenina. La mosca se le posó en la cara para luego girar alrededor de su cabeza. «Los santos tienen aureolas de moscas», recitó en voz alta e inventó un paraíso con ángeles pútridos sentados sobre alcachofas de excremento. No por eso la mosca dejó de importunarlo. Abandonando toda dignidad,

Demetrio se ocultó detrás de unas matas, se sacó los calzoncillos y la mosca dejó de seguirlo. «Aparte de nuestros actos, censurar nuestros sentimientos e ideas, vigilar la estructura de nuestras frases, cuidar la dicción. Ser un caballero de sí mismo», decía.

Caballero de sí mismo, en ese 18 de septiembre, fiesta nacional, duerme en el maletero del automóvil, junto al océano. El carro está siendo tragado por la arena. Las ruedas arden. Ha viajado tres días, ebrio. No se mueve, es un perro. Abren la portezuela y lo sacan arrastrando, defeca y hunde la cabeza en el pantano tratando de ahogarse y lo jalan de una pierna, pero las palabras no le surgen y cae y a cuatro patas agoniza envenenado de alcohol y ladra hacia el cielo y coge un hueso y comienza a dibujar a velocidad tremenda y los demás se quedan inmóviles y él como en los viejos tiempos, movido por una especie de automatismo, ausente de sí, graba en la arena húmeda y sale su figura y un esqueleto con melena de mujer y ahí está vestido a la mil novecientos danzando con la muerte en un paisaje de Durero y los otros quisieran conservar ese dibujo sacándole una fotografía, pero se lanza sobre él y se revuelca y llora tendido con los brazos abiertos borrándolo para después roncar.

–¡Mientras tratan de revivir a Demetrio, ven a hacer caca conmigo!

–¿Llevas papel, Akk?

–No, Tolín. Si nos colocamos debajo de este árbol podemos usar sus hojas suaves. Me lo enseñó Hums. Cuando da fiestas, pone en el baño hojas de higuera y los invitados hacen sus necesidades por la novedad de limpiarse con ellas mientras Hums los espía por un agujerito. ¡Oh, Tolín, obrar contigo frente al mar, ante el derrumbe de un joven genio, es un placer nirvánico! La carrera ha comenzado. ¿Quién de nosotros morirá primero? Pienso sobrevivirlos, ser rico y asistir a todos los velorios. ¡Esas fiestas no me las pierdo! Diré los discursos fúnebres con voz de payaso. Luego bailaré la noche entera abrazado a sus cadáveres hasta vomitarles en la cara.

Hums tenía piel de mujer y carecía de mentón. De sus cincuenta años confesados, había vivido treinta en París. Era técnico jardinero, premiado por una orquídea paquidérmica. Vivía de caviar, *beaujolais* y ciruelas en salmuera. Siempre mantenía las manos o prendidas de las solapas o dirigidas hacia el cielo para que la sangre no las irrigara y lucieran blancas: dos insectos transparentes volando en medio de sus recitales, posándose en las mejillas del obrero que escuchaba y emprendiendo vuelo para otra vez, fantasmales, puntuar los versos

traducidos del francés.

Zum, rechoncho, goloso, oponiendo a los cuellos de terciopelo de Hums un panamá arrugado con el tiro de los pantalones formando bolsa; leyendo las obras completas de cada autor nombrado por su amigo, encandilado con la facilidad de éste para volver líricos a los rotos y hacerlos gozar del color de Bonnard, admirar el *Jeune homme mourant* de Gustave Moreau y paladear la cocina gala; rodeado por albañiles con olor a cal, comía en silencio religioso el paté de liebre preparado por Hums, para después, con la boca ennegrecida por frecuentes libaciones, amante pero envidioso, emprender una discusión con el maestro imitando su estudiada entonación. Combates que comenzaban con el problema de los valores y degeneraban en tu grasa, tu falta de voluntad porque naciste sin mentón, ya estás gibado, si desciendes de abarroteros napolitanos cómo quieres comprender a Proust, insidioso, tía, gorda coqueta, víbora. El *match* terminaba con llanto de Zum, porque en última instancia, aunque llevaran sobre él la mayor ventaja, Hums colocaba la palma junto a su oreja y de su fingida sordera ya nadie podía sacarlo.

A pesar de las continuas tempestades, la admiración de Zum por Hums no tenía límites. Cuando veía a su ídolo tambalearse, abotagado de vino, luchando por no mostrar la insoportable imagen de sí rodando por el suelo, no dejaba de sostenerlo, llevarlo a su recámara de estilo Imperio y ayudarlo a sentarse en la boca abierta del sapo de porcelana, única forma en la que podía defecar una vez cada cuatro días.

Su devoción no era correspondida; apenas caía bajo la mesa, roncando tan fuerte que los tenedores vibraban, a una orden de Hums los invitados se arrojaban sobre Zum, le rajaban las asentaderas de los pantalones para que asomaran sus calzoncillos floridos, lo arrastraban hasta la calle, orinaban sobre él y lo dejaban a merced de los vagos que asaltaban a borrachos, con agujas hipodérmicas, para robar sangre y venderla en el hospital.

Akk se coló en los ágapes, lleno de ambigüedades, lanzando miradas prometedoras, metiéndose en confidencias, tomando el partido del amo cuando era necesario o del vasallo si así le convenía, y logró convertirse en la presa combatida. Su intimidad con Hums progresó hasta recibir de él una muestra de confianza que ni a Zum había otorgado.

En las noches de luna llena el maestro sentía una sed de vino ordinario y hambre de comida fecal, se veía atraído hacia los barrios bajos, tenía que oler por los eriales aroma de meados y no podía

resistir el deseo de entregarse a rufianes. Akk iba con él cargando un 38 y lo cuidaba desde lejos mientras enjambres de rotos, en medio de procaces carcajadas, gozaban con la piel suave.

Akk, más tarde, publicó una novela denigrando a sus protectores. «De acuerdo –respondió a los reproches–, soy un vampiro. Ustedes no han sido para mí más que *material*, los he *usado*… ¿Y qué? En el comienzo no fue el Verbo sino una risa de burla. Tierras, mares, bosques, faunas, sociedades, no son más que ecos de esa carcajada cruel. Si Dios nos usa para su masturbadora sorna, yo que estoy hecho a su imagen y semejanza, bien puedo asesinar mi aburrimiento crucificándolos a ustedes como él me crucificó.»

El gordo Ga vio sangrar su cara, sus manos, sangraba el cuerpo de sus amigos, los árboles, el cemento… La ciudad entera estaba sangrando. Bajo una lluvia roja, hediendo a vino, acechó la casa de la madre de Tolín. Esa señora de cabellera plateada, vestida con túnicas sacerdotales, aceptaba el Edipo acostándose con su hijo. Ga rondaba, elefante felino, interesándose en ella o en cualquiera de las tres hermanas, vestales sonámbulas que también pertenecían al harén del violinista. Lo escuchaban interpretar música de Rameau, bebiendo licor de mandarina, mientras el mastodonte en calor vigilaba la casa sudado de panza.

Ga había descubierto un fallo en el Edén, un detalle ínfimo y sin embargo útil para la sabiduría de sus testículos: la hermana menor era virgen y tenía el ojo izquierdo desviado. Tolín, satisfecho con las otras tres mujeres, se la reservaba esperando que madurara.

«¡Es una turnia!», barritaba en el café Iris sin ocultar su erección.

(Para Tolín, el colchón de plumas forrado con seda violeta era un reino encantado donde cada noche, opulenta, penetraba su madre con el cuerpo espolvoreado de yeso y vidrios blancos en las pupilas para semejar una Venus griega. Esa mirada vacía, coloreada por el fuego de la chimenea donde ardían hojas de laurel y verbena, lo llamaban. Él, reverente, se dejaba guiar hacia el umbral húmedo, absorber por un túnel encendido hasta que la noche cesaba por fin de transcurrir y con ella los relojes, las gotas que anunciaban el desangre del mundo, la acumulación de números, el deslizamiento de la nada hacia la nada. Y otra vez feto, en esa gardenia exuberante, centro del perfume, depositaba una perla luminosa que era su alma, para, sin salirse, comenzar a dormir. Pero otras dos manos lo solicitaban…

La sombra sacerdotal desaparecía bajo las enredaderas y un cuerpo más cálido, activo, se pegaba a él, envolviéndolo como capullo. Era el turno de Terpsícore, la hermana mayor. Ella conocía el secreto de los

perfumes y su aliento cambiaba de fragancia a cada exhalación. Tolín caía de las axilas a la pelvis, a la planta de los pies, y emergía de la esencia de menta para lamer una vasta extensión de lavanda en cuyo centro un pozo derramaba aroma de ciprés. Lo santificaban con incienso, galvano, mirra, le ofrendaban la inocencia de la violeta, del heliotropo, del jazmín y siempre terminaban cubriéndolo con las vaharadas calientes del ylang-ylang. Los labios del sexo contenían aceites distintos extendiéndose por franjas hacia el interior como un arco iris odorante y él recibía a través de la piel tensa un concierto de bálsamos hasta que le surgía el esperma, la explosión de un jardín nocturno, al contacto de la luz, lanzando de golpe el perfume total de cada flor…

Y volvía a dormir…

Pero Melopea, la segunda hermana, la acróbata, también lo venía a despertar para cobrar su tributo. Adoptando una posición donde sus piernas se cruzaban detrás de la nuca para bajar en anillo hasta la cintura, la muchacha, caminando sobre las manos, los anchos muslos pegados a las costillas, le ofrecía su sexo que había maquillado como catedral gótica. Él podía sumergirse hasta el fondo y ser eje inmóvil de un organismo que cambiaba incesantemente de forma. Una nube de carne ofreciendo a sus yemas y a su boca las regiones más suaves, sin dejarlo escapar. Una danza sideral donde él se iba disolviendo hasta ser Verbo Eterno lanzando un torrente de galaxias en la divina oscuridad… Y volvía a dormir.

Pero cuando Albertina, la menor, la que tenía el ojo desviado, venía a despertarlo con su traje de novia, Tolín, sin saber por qué, la rechazaba.)

La menor sale de compras. Ga, implacable, la mira directamente a los ojos y le dice: «Siempre noté algo feo en tu cara, ves al mismo tiempo el sur y el norte y por eso Tolín no te quiere». Llora sobre su hombro y él le aprieta la recia cintura y la lleva al cerro San Cristóbal y usando a Freud le murmura salivándole el tímpano «Hermana mía» y la manosea y para convencerla de que no quedará huella le muestra su preservativo y de un empujón rompe ese himen como si quisiera quebrarle los huesos y gruñe y eyacula y la mujer deja de interesarle y comienza a pensar en la primera frase del *Mito de Sísifo*: «No hay más que un problema filosófico serio: el suicidio», y su mente acepta la muerte mientras su cuerpo lanza las últimas gotas de semen dentro del saco de goma y lo arroja a unas matas y sin decirle adiós se va discutiendo consigo mismo.

La muchacha se limpia con hierbas y camina lentamente hacia su casa sin ver al enano que la sigue. Cuando va a golpear la puerta el

hombrecito le toca la espalda. Ella gira y él, desde la altura de su pelvis, agita el preservativo usado y amenaza delatarla si no lo acompaña. Detrás de unos árboles se coloca la prueba acusatoria, la pesadilla se repite y el gnomo se va lanzándole el hule a la cara. Ella entierra la prueba, entra, se tiende, bebe licor de mandarina, escucha a Wagner, sonríe y todo le sigue pareciendo bello: considera que el sacrificio la redime, que el error de su ojo ha sido pagado y que en la noche podrá por fin visitar el lecho de Tolín.

Así sucede: paloma ebria, se tiende en el colchón de seda esperando que con delicadeza infinita su hermano la penetre. Una vez dentro, él no se mueve. Permanecen abrazados hasta el alba. Al primer canto del gallo, Albertina se va para dejarlo dormir. Durante el día, poco a poco, con ondulación de pétalo, le crece un nuevo himen…

Tolín parte más de trescientas de esas gentiles membranas siendo cada noche la primera vez.

Rojo de vergüenza, en la iglesia de San Francisco un monaguillo aseguró a los periodistas que La Rosita entró al templo, que se arrodilló frente al altar, que recitó palabras incomprensibles, que se puso azul, que voló hacia atrás a la manera de san José de Copertino, para caer sentado en la lanza de san Jorge. Lo encontraron a cinco metros del suelo atravesado como pollo, saliéndole por la boca una lengua de acero.

¡Había que enterrar a La Rosita!

Iniciaron una colecta. Como era Semana Santa, estaban borrachos y el dinero recaudado no alcanzó para sacar el cadáver de la morgue, pero sí para comprar un sitio en el cementerio canino. Allí, en homenaje al amigo difunto, decidieron enterrar su Sola-Bella.

Construyeron la tumba para la cabeza: una fuente de metal sobre un octógono de pasto. El agua, escupida por el Ángel de la Temperancia, caía en siete hojas de acacia que al inclinarse producían un aria de *Madame Butterfly*.

Hums hizo que Simone de Beauvoir, su chimpancé amaestrada, llevara el pequeño ataúd en la espalda. Cubrieron la caja con tierra. La Temperancia lanzó lágrimas hacia el cielo pardo, las hojas comenzaron a inclinarse y se oyó la música más triste aún porque una lámina no funcionó y faltó la nota *sol*. «El astro rey está ausente en el cielo, en el canto y en nuestras almas», dijo Hums y, abrazado por Zum y Simone de Beauvoir, lamentó la muerte «a lo *spiedo*» de La Rosita.

–¿Qué hiciste con el agua alquímica que conservaba la testa? –le

preguntó Zum.

–La dejé en casa. Se me ha llenado la nariz de puntos negros y quiero hacerme un tratamiento.

A las doce de la noche, Hums, envuelto en su mantón de Manila, saltó el muro del cementerio con la intención de desenterrar a Sola-Bella para convertirla en amante.

Encontró a Zum cavando como un poseso. Se dieron palazos, se arañaron, se escupieron, jalaron la caja forcejeando hasta que se abrió y cayó la cabeza en medio de un mar de gusanos mostrando a través de su carne podrida pedazos de calavera.

Dieron un grito en *fa* sostenido y huyeron tropezando con los Anubis. Llegaron embarrados al departamento de Hums. En un rincón del salón, dentro del recipiente de cristal, estaba Simone de Beauvoir ahogada en el agua alquímica.

Hums miró a su amigo desde un universo de tristeza pura, e imitando la voz de un muñeco de ventrílocuo le dijo entre desgarradoras toses:

–La Gallina enferma, favorita del gallo, era picoteada a muerte por sus antiguas súbditas y ni siquiera los gorriones se privaban de pellizcarla. ¡Qué revuelo de aves grises y palomas ensienadas arrebatándose del pico los trocillos de cresta mientras la víctima, tuerta, barco ladeado, con su ojo fijo en el gallo, esperaba un cacareo de piedad o un espolonazo de gracia! Pero ahí mismo el macho pisó a la sucesora. Y entonces la vi derrumbarse, lenta, ala, pierna, pechuga, cuello, cabeza, resuello final y la campeona, adulada por sus hermanas más débiles, abrió el vientre humeante y en medio de las vísceras puso un huevo... ¡Te has comportado conmigo como la gallina campeona, Zum!

Zum comenzó a darse de cabezazos contra el muro, llorando y odiándose por no poder dejar de sentirse culpable.

Al día siguiente, con la intención de hacerle olvidar la muerte del simio, Zum irrumpió en el departamento de Hums, «¡Me enseñaron una nueva forma de masturbar!», para encontrar a veinte caballeros ofendidos. «Osito, olvidaste que hoy es la reunión de nuestra Sociedad de Amigos del Bisoñé. ¡Sácate el tuyo y pide disculpas!» «¡Pero si lo tengo pegado!» «No importa, bien puedes sacrificar un poco de pellejo en pago de tu exabrupto.»

Zum, rezongando, se arrancó el bisoñé y realizó una genuflexión ante cada socio. Cuando los veinte señores mostraron sus apliques, discutieron precios y países donde comprar; Hums también, con gran

ceremonia, desprendió de su cráneo los cabellos postizos para mostrar una calva decorada con lentejuelas que reproducían el mar de Hokusai.

Comieron pastel de bucles de azúcar y se dio por terminada la sesión. Zum, a solas con el maestro, por fin pudo contar el nuevo método.

En la escalera de emergencia del cine Real, un vendedor de chicles lo había masturbado con la axila.

–No te puedes imaginar qué delicia es: la piel fina, el hueco profundo, el calor concentrado, los pelos, la humedad natural, mmm...

Hums corrió al baño, trajo un desodorante, se tapó las narices y expulsó a Zum:

–¡No vuelvas hasta que te hayas vaporizado! ¡No es elegante tener el oboe con olor a sobaco!

Ofendido, Zum alcanzó a correr cinco cuadras antes de que Hums lo alcanzara, le secara las lágrimas y le invitara a un helado de canela.

–Zum, saca la libreta y apunta lo que te voy a decir: en la *Avadhuta Gita* de Dattatraya está inscrito: «Poco importa que el Maestro se entregue a los placeres sensuales, que sea criado, amo, erudito o ignorante. ¿Acaso una barca mal pintada no te sirve para atravesar el río?». Deja ya de impugnarme, llévame al cine Real y preséntame a tu vendedor. ¿Cuántos chicles hay que comprarle a cambio de la novedad?

La Cabra había nacido en Valparaíso. Su padre fue un honesto ladrón de plátanos. Su madre, La Albacora, en el bar de Los Siete Espejos, con una botella dentro, orinaba sobre la cara de los marineros chorros de coca-cola.

Cuando llegó a Santiago, sus compañeros de la carpintería lo llevaron a una cena ofrecida por Hums. Éste le olió la mano derecha y decretó emocionado que tenía el clásico aroma de los grandes pintores. Lo puso a dibujar naturalezas muertas ocho horas diarias, a leer bebiendo *beaujolais* otras ocho, y dos horas más, en estado de inconsciencia, a ser fornicado vestido como Sabú en *El ladrón de Bagdad*. Al cabo de tres años La Cabra se culturizó y, con dinero robado a su protector, huyó para tratar de inscribirse en la Universidad Católica. Le fue negado el ingreso en la facultad de Filosofía, por falta de bachillerato, a pesar de que, como protesta, en cuclillas junto a la puerta de la oficina del decano, recitó de memoria *El banquete* de Platón.

Lo soportaron hasta que se puso a orinar en el dintel. El

vicerrector le rompió una silla en la cara y lo expulsó amenazándolo de muerte si volvía.

La Cabra soportó la golpiza sin quejarse, sorbiendo la sangre de su nariz y recitando, a pesar de que el silletazo le había volado tres dientes, un texto de Carlo Poncini: «Sólo a través del presente es accesible lo intemporal, sólo adueñándonos del tiempo llegaremos allá donde se ha extinguido todo tiempo. Cada día es precioso: un instante puede serlo todo».

Y decidió hacerse escritor.

El director general de la Sociedad de Poetas, don Nepomuceno Viñas, revolvió un ají en el caldillo de congrio, lo chupó y con la lengua ardiendo leyó en voz alta la solicitud de La Cabra redactada en sonetos.

Vestido con toga blanca y corona de laureles, de pie debajo del retrato del presidente de la República, La Cabra esperó que los cincuenta académicos, perfumados y planchados, luciendo el baño quincenal en honor a las musas, aplaudieran el discurso de cada miembro, donde con palabras buscadas entre las más raras del diccionario lo acogían como nuevo bardo, para, después de horas de ejercicios oratorios, recibir de manos de don Nepomuceno una pluma de gallo y un pergamino en cuyo revés, en forma indiscreta, lucía un «Gentileza de bebidas gaseosas Lulú».

Los socios aplaudieron, brindaron con cerveza y comenzaron, solemnemente, a cantar la canción nacional, sosteniendo antorchas. Envuelto en la bandera patria, el director general recitó a Rubén Darío:

–Divina Psiquis, dulce mariposa invisible
que desde los abismos has venido a ser todo…

Mientras Viñas se extasiaba acariciando las estrofas con su lengua aromada por cebollitas en escabeche, La Cabra se arremangó la toga y le propinó una violenta patada en el culo.

Llevado por la inercia, el director recitó once palabras más –«Entre la Catedral y las ruinas paganas vuelas oh Psiquis oh...»–, y luego se calló. El emblema nacional descendió como hoja seca. Hubo paro general. La Cabra comenzó a zapatear sobre la oriflama.

Los poetas olvidaron la cultura, la dicción, las musas. Recordaron que habían sido boxeadores, camioneros, tahúres, y se lanzaron sobre La Cabra para quebrarle los huesos. Éste pareció no sentir dolor. En medio de los carajos, cabrones, maricones, hijodeputas y tevoyahacermierdas, se limitó a decir:

–Pienso en Lautréamont, en Rūmī, en Eckhart, en Böhme, en Rilke, en Bashō, en Ḥallāŷ. Os mostré una aurora que estuvo oculta y la entenebrecéis. Negáis a vuestro corazón lo íntimo de su misterio. Sólo por vuestra culpa tenéis las almas selladas...

Alguien tomó el busto de Walt Disney con autógrafo del magnate agradeciendo a la Sociedad de Poetas la «Oda a Dumbo» y le partió el cráneo. La Cabra vomitó sobre las *Obras completas* de García Lorca y perdió la memoria. Volvió a ser el mismo roto que llegara de Valparaíso al taller de carpintería. Se encontró bajo una lluvia de puñetazos siendo rescatado por el carabinero de turno.

Con una pierna y un brazo enyesados, la cara hinchada, la cabeza cosida y el traje en harapos, La Cabra cruzó por el salón de Hums y, sin dar ninguna explicación a los presentes, sacó la mandolina del armario, le colocó encima un racimo de uvas y un pollo fiambre, tomó una tela virgen y comenzó a pintar.

Estalló un aleluya general y se brindó para celebrar el regreso del amigo pródigo.

Zum sustentaba que en literatura ya era imposible crear. «Después de los Grandes no se puede ir más lejos.» Había reducido su mundo: «Escribo como un ojo». Pero en *lo visto* trataba de probar que nadie era tan refinado como él. Pasaba horas ante un capullo, metaforizando sobre su rosa crepuscular, su tallo reverente, su anhelo gótico, para, al llegar al punto clave de la descripción, ser sorprendido por una abeja que escapaba sin darle oportunidad de estamparla, llevándose con ella el secreto de la flor. Hums le dijo: «¿Cómo pretendes ver, si *ver* es parcelar de manera artificial, tratar de meter un cuchillo en un todo invisible?». Zum sólo sabía loar valores ajenos, envidiando lo exaltado y creyendo que por el hecho de fijarlo en un poema se lo apropiaba. Terminaba despreciando al objeto de sus ditirambos. El fruto se le pudría en las manos.

Cuando La Cabra derramó la *bouillabaisse* y lloró con la cara metida en la *omelette normande* –«¿Por qué me sacaste de la carpintería para meterme a pintor? ¡Odio la mandolina, las uvas y las perdices muertas! ¡Quiero casarme para sosegarme!»–, Hums, haciéndose el sordo, continuó su discurso:

–Si bien es cierto que «Los buscadores de la Verdad» en cuanto llegaban a un pueblo lo primero que hacían era arrendar un cuarto y colgar del techo un hilo que tenía en el extremo una papa amarrada, para enseguida salir a la calle con dos misiones: ganar dinero y encontrar de quien aprender una verdad (la papa se iba secando y

cuando caía los compañeros tenían un plazo de dos horas para abandonar el lugar, los nuevos amigos, los maestros, los objetos adquiridos), yo pienso que hay otra solución. Al llegar a un nuevo pueblo habría que poner una papa en un recipiente con agua; si la papa echara brotes, tallos, hojas, tendríamos que permanecer para siempre en ese sitio.

Un mes más tarde, Zum dio una cena a Hums y al grupo. Frente a cada plato había un recipiente con agua donde reposaba una papa con largas ramas. Zum brindó y propuso que se bautizaran «Los Compañeros de la Papa Florida». Todos aplaudieron pero La Cabra, al final del ágape, subió a la mesa, pisoteó las hojas verdes y violó a Hums gritándole en la nuca:

–¡Eres una papa seca! ¿Por qué hablas de florecer? ¡Aquí nadie va a echar ramas! ¡Ya nos caímos de la cuerda!

Zum fue a dejar a Hums, que cojeaba y gemía, lo acostó, le puso su sapo junto al lecho y lo acunó cantando con la melodía de un tango de Gardel, versos mezclados de Farid Uddin Attar y Han Shan:

–¡No estés muerto ni dormido ni despierto:
no existas más!
Aquí yace el camino de las nubes,
tra-la-li-lá, tejido en el vacío.

Ya estaba amaneciendo. Antes de dormir en posición fetal, Hums suspiró:

–Luz del alba... La gran mariposa negra es un pedazo de noche que no se quiere ir.

II. Otro Paraíso perdido

«Si sientes el desprendimiento, todavía estás ahí.»

Vals del payaso Piripipí

Café Iris, salón violeta donde mozos decrépitos sirven en vajilla morada vino con canela. Junto a la contrapuerta cuelgan batas púrpuras prestadas por el establecimiento. Los consumidores, hermanados por el color, viven intensas conversaciones. De vez en cuando muere un mesero. El local sigue abierto y se vela al difunto sobre la barra. Entre niebla de cigarros y fragancia de geranio surgen canciones de adiós. Al día siguiente otro anciano ocupa el puesto vacante y nada parece cambiar; la cita con la muerte se anula y los parroquianos tienen la impresión de que, sin que nadie los obligue a avanzar, sentados en el café, podrán llegar a donde termina el tiempo.

Enanita ofrece a Demetrio un ramo de violetas:

–¿Quién eres?

–¡Soy un hombre que me rodea!

–¿Dónde estabas?

–En un túnel, vestido con todos los trajes que había usado en mi vida.

–¿Adónde vas?

–Unos van, otros vienen; sólo llegarán las piedras del camino.

–Cuando niña leía una historieta donde un personaje desordenado perdía sus botones. Una mujer secundaria seguía al héroe para comer esos discos. ¡Así es la relación que tengo contigo, Demetrio!

El poeta anuncia su mutismo untando las flores en el vino. Luego las devora.

Enanita pasó la noche tratando de arrancarse con unas pinzas las líneas de sus manos.

–¿Sabes, Tolín, si Demetrio vendrá a verme? Hace siete días que no salgo ni como, esperándolo.

Enanita es la única mujer que se ha enamorado de Demetrio. Lo

conoció cuando eran niños y tenían el mismo tamaño. A los diez años le ofreció su himen y él la idolatró. Pero Demetrio fue creciendo mientras que Enanita permaneció pequeña.

Él comenzó a tener vergüenza y a exigirle que usara tacones cada vez más altos. Desde su metro setenta y ocho, odiaba el metro cinco de Enanita. Para ella, él era Dios y le rezaba a su fotografía. Demetrio no quería ya verla; su estatura exigua lo ponía impotente. Ansiaba conquistar a una hembra de cien kilos, más alta que él, para caer como un *erectólito humedorcado y tetaculabrear animalando*.

Tolín se sintió incómodo en ese cuarto: corta la cama, miniaturas los cuadros, regadera a un metro diez. El cuerpo de Enanita era proporcionado; por eso, al entrar en su habitación, los amigos se sentían gigantes.

–Vuelvo otro día, Enanita.

–Adiós, Tolín. Si ves a Mi Señor, dile que no saldré ni comeré hasta que venga a verme.

Ha pasado otra semana. ¿El hambre la habrá obligado a salir? Nadie responde. Tolín quiebra los vidrios de las ventanas y cierra las llaves del gas.

–¡Vete! ¡Mi Señor no volverá más!

–Vístete, Enanita, prométeme que harás lo que te diga. Dame la mano, cierra los ojos...

La saca de su encierro y a ciegas marcha con ella por las calles. Da vueltas hasta que ella no sabe por dónde va, atraviesa el Parque Forestal, trepa sobre la pasarela del puente y avanza hacia lo alto, a veinte metros del suelo, en un borde de cincuenta centímetros, y le dice que mire.

Grita, pierde el equilibrio, se aferra a él. Abajo, el río Mapocho no tiene fondo. Ahí espera la muerte: esa muñeca de trapos y botellas que los vagos han construido. Lucha con él y llora cuando la suspende sobre el abismo y patalea y lo insulta hasta que avanza, paso a paso, hacia la orilla venciendo el vértigo. Llegan a la calle. Enanita ríe y abre los brazos sin saber por qué.

En una esquina, alrededor de un farol, vuela una gran mariposa. Al comienzo creen que es un murciélago. Niños silenciosos lanzan una piedra contra el animal. Y la piedra sube, cae y rebota sobre el cemento. Alguien la vuelve a lanzar. Se dan cuenta de que esos niños vagos no están tratando de matar a la mariposa sino de quebrar el foco para liberarla. Tolín toma el trozo de roca, fija la puntería y le da. ¡Estallido! Se iluminan las ventanas, suenan trompas, gruñidos, grandes pezuñas y Enanita, más rápido que él, huye a saltos lanzando

piedras y rompiendo vidrios de ventanas sin cesar de reír.

–¡Mira, la mariposa nos viene siguiendo!

Aleteando suavemente, se posa como una corona púrpura sobre la cabeza de Tolín. Llega otra de color verde y se para en la frente de Enanita. Una nube de mariposas amarillas, azules, anaranjadas, viene a prenderse de las ropas. Él y ella regresan por el parque cubiertos de alas aterciopeladas como dos arco iris bestiales.

Y otra vez Tolín está sintiéndose inmenso en una pequeña silla. Enanita, tendida en la cama, lo mira.

–Te regalo mi sexo.

Él no quiere ofenderla: se ve obligado a aceptar.

¡Patean la puerta!

–¡Mi Señor ha regresado!

Demasiado tarde. Fornican hasta el alba mientras Demetrio, observado por una rata de alcantarilla del tamaño de un gato, oye crujir el lecho.

Al amanecer, abren la puerta y lentamente, majestuoso, entra el poeta. No hay explicación. Toman café, escuchan a Bela Bartok, silencio. Demetrio arranca una mariposa de la pared, la estruja hasta que corre líquido verdoso por sus dedos. Y Tolín y Enanita siguen su ejemplo. Con gritos de puerco en el degüello, aplastan a los insectos dormidos llenando el piso de materia viscosa y se dejan caer y frotan las caras con los restos y se les pegan las patas, antenas, membranas... Oculto por esa máscara, Demetrio lee un manifiesto de veinte páginas que escribiera durante la noche oyéndolos fornicar. Con académica literatura los expulsa de él para siempre y él también se expulsa de sí.

En ese momento, Tolín, sin saber por qué, recuerda la tristeza que sintió al saber que Arlequín había sido Hermes: el ex Dios, vestido de payaso, suicidándose a cosquillas ante un público adocenado.

Enanita recibió treinta y tres electrochoques tratando de olvidar a Demetrio. Esas descargas se le convirtieron en vicio y comenzó a vender sus muebles para poderlas pagar. No pudiendo alcanzar el olvido, se entregó a La Cabra como quien se lanza a un precipicio.

A pesar de todo Demetrio contaba con Enanita; su devoción era un pedestal. Ahora, privado del altar que lo elevara, va cuesta abajo, perdido en el mundo, durmiendo en catre ajeno, comprando en restaurantes comida muerta, bistecs marchitos y hojas de lechuga blanda; con el león dentro de la gallina, como dentadura olvidada en un estadio, picoteando migas para que lo crean paloma pero siendo funeral cuervo, el «yo» le pesa más que de costumbre. Hay un tiempo, como esos frascos de mermelada sellados con cera, que no es éste. Allí

vive, y hacia fuera abre una ventana profesional e intercambia chistes hablando falsos idiomas. Como cualquiera hunde sus dientes en la piltrafa y roba un miserable pedazo. ¡Un poco de té, un poco de ternura! Se encierra con una coja y trata de violarla pero no tiene erección. Llueve. Muñona las paredes buscando una salida. La lepra tiene olor a hotel. En las esquinas predican rameras con piel de dama. Conquista a la Clora en el bar León de Oro. Quiere dejar de ser sirvienta para vivir con él. Van al circo y ven al payaso Piripipí tocar su vals lanzando monedas sobre un cubo de madera: cada disco da una nota musical distinta... ¡No hay olvido! ¡Ser otro y no él quién sabe hasta cuándo! Se disfraza de profeta. Llena las calles del centro con el eslogan «¡Assis Namur el pobre llegará a la indiferencia!», anuncia en los diarios una charla del santo y en un subsuelo espera sin que nadie venga.

A medianoche llega una gringa cargada de paquetes: la carne para los gatos, las esculturillas de Goethe, el imán de madera, las cabezas de peyote. Se sienta frente al falso Maestro. Él desliza una mano bajo su falda y le introduce el dedo pulgar, el índice, el mediano, el anular y el meñique. Junta las yemas y milímetro por milímetro le va metiendo toda la palma. Cuando los labios húmedos rodean su muñeca, abre la mano lentamente. Y mientras se miran de memoria a memoria, vuelve a juntar los dedos para retirarlos poco a poco. Está ante la Gringa, detenido en sus ojos azules.

(Había vivido veinte años sin darse cuenta de la existencia del color. Cuando fue a la escuela de Medicina para familiarizarse con la muerte y le mostraron esa mujer con su bebé y al hombre, pudriéndose, como un remedo grotesco de la Sagrada Familia aplastada contra el cemento, lo asaltaron el violeta, el verde cálido, el granate. Y los tonos húmedos de la descomposición parecían de terciopelo y bajo ellos nació el gris del suelo y luego, mientras viajaba en el tranvía, la ciudad se cubrió de matices y miró las caras y le aparecieron rosadas, naranjas, amarillas y entonces recordó los iris de su madre y se dio cuenta de que tenían un tono azul zafiro: por temor al color de esos ojos había transformado el mundo en un objeto grisáceo.)

La Gringa se desviste. Debajo de su piel un cuerpo blanco y liso, como cáscara de huevo, ondula llamándolo.

–Las estrellas brillan sin preocuparse de la opacidad de los planetas.

Comienzan a vivir juntos. Durante meses nadie los ve salir del subsuelo. Una mañana la Gringa huye. Lo llama desde un manicomio

en Washington, a las cuatro de la madrugada:

–Las palomas se volvieron carnívoras. No quiero dormirme a los treinta y despertar a los cincuenta. He pasado a otro mundo. Cada ruido tiene su color, cada visión su sabor, cada olor su forma. Estudiaré siglos. Subo más escalones de los que bajo y sin embargo desciendo.

Demetrio recibe un telegrama donde le informan del suicidio: la Gringa le ha legado una serpiente de ámbar blanco.

Para seguir pagando los electrochoques, Enanita entró a trabajar de periodista en *El Mercurio*. Su primer artículo hizo que la actriz entrevistada visitara la redacción, volcara ácido en las máquinas de escribir y abofeteara al director obligándolo a comerse «Un día con Diana Dawson»:

«La Dawson confiesa cuarenta y tres años; tiene sesenta y cinco. Vino a filmar una historia de amor.

La esperé en un palacio donde viviría con sesenta y cinco gatos: uno por cada aniversario.

La actriz bajó de una ambulancia, con capa de armiño hasta el suelo y sombrero-escafandra. De su carne no se veía un centímetro. La capa disparó un manojo de llaves y la escafandra vociferaciones:

–¡Desempaquen y recuerden dónde ponen cada cosa! ¡No quiero ocuparme de objetos! ¡Sólo quiero pensar en mi apariencia!

Pidió a seis obreras que le plancharan su ropa día y noche para no tener que soportar la visión de una arruga. Tuve que ir a comprarle un purgante de ciruelas.

Cuando volví, Diana Dawson estaba desnuda con las rodillas separadas limpiando los labios de su sexo que colgaban como orejas.

Quise comenzar mi entrevista. Ella me interrumpió:

¡Ponme esta lavativa!

Devolvió en una pecera tres litros de limonada y se desmaquilló soltando el elástico, disimulado bajo la peluca, que le sostenía la papada.

Dejé a la estrella dormida y cacareando sobre una fotografía de su rostro cuando era adolescente.

Tal vez mañana conteste a mis preguntas...».

(Continuará.)

Los artículos siguientes fueron quemados ante el abogado de la actriz.

(Cuando los productores perdieron nueve millones de dólares en la versión musical de *Dafnis y Cloe*, película en la que interpretaba a

una virgen de catorce, la Dawson fue a parar a un cabaret de Los Ángeles.

Aparecía desnuda moviendo su pubis blanco. Después el haz de luz se cerraba para iluminarle la boca contraída en O. Los labios eyectaban una larga lengua húmeda, viva como anguila, que temblaba, vibraba, se retorcía espasmódicamente y lamía el aire durante media hora.

El público, galvanizado por ese apéndice pornográfico, lanzaba gritos cuando escurrían hilos de baba.

El nombre de Diana Dawson desapareció de las carteleras siendo reemplazado por «La Lengua-Madre». Acabaron por negarle el prólogo danzado. Desde el comienzo iluminaban la boca dejando el resto del cuerpo en la oscuridad.

La actriz se puso tan celosa de su lengua que una noche la cortó de un mordisco, escupiéndola hacia el público.

El apéndice cayó dentro de un Martini dulce.)

Sentado junto a Enanita en el café Iris, para hacerla hablar e impedir que bebiera su quinta botella de vino, Tolín le preguntó:

–¿Cómo conociste a Demetrio?

Al oír ese nombre, pareció salir de un derrumbe. Limpió las legañas de sus párpados hinchados, se miró en una cuchara, arregló como pudo el vestido salpicado de quemaduras de cigarrillo que aterrizaban en la tela cuando abría la boca para caer dormida en las mesas, y murmuró:

–Nacimos en el mismo puerto, Tocopilla, cerca de una mina de cobre. Cuando soplaba el viento, los carros del andarivel dejaban caer lluvias doradas sobre remolinos de mendigos que vivían extrayendo el metal de esas piedras para fabricar objetos que los americanos, dueños de la mina, les impedían vender. Sus casas, muebles y utensilios eran de cobre. Iban vestidos con armaduras bruñidas y al menor movimiento emitían ruidos de campana.

Vi elevarse a Demetrio aferrado a las varillas de una cometa verde, con las piernas juntas y los brazos abiertos, como crucificado. Salté la verja del erial para ver quién lo estaba encumbrando y encontré a Rosa Cristina, la sirvienta loca que podía fabricar objetos de aire. Todas las noches moldeaba formas en el espacio, pasando las palmas cientos de veces por el mismo sitio, estirando, hundiendo los dedos, presionando. El viento desprendía la harina con que se maquillaba la cara y el polvo blanco caía ante ella para detenerse a medio camino y revelar la forma esculpida.

Demetrio me ordenó trepar a la cometa. «Te voy a mostrar el

cementerio de aviones.» Penetramos en una nube hueca y en su interior encontramos los antiguos aparatos. Eran modelos de la guerra del 14. Aviadores momificados, con las manos pegadas a sus manubrios y órbitas vacías bajo las antiparras, mostraban, a través de las casacas hechas jirones, pechos abiertos donde dormían murciélagos. Demetrio lanzó un grito. Los vampiros aletearon entre las costillas haciendo que los cuerpos se movieran. Sus brazos rígidos impulsaron palancas y los aeroplanos hicieron piruetas dentro de la nube hasta que los animales se calmaron.

Visitamos el lupanar. Desde los pisos altos las prostitutas hacían que sus arañas amaestradas, grandes como gatos, escupieran hilos que bajaban hasta pegarse en la calle. Los marinos, al avanzar por la vereda, rozaban las cuerdas produciendo notas casi inaudibles, pero esas vibraciones se sumaban y todo el barrio, convertido en arpa, emitía una queja lasciva.

Fuimos a la fiesta de la Gárgola. Había banderas, cimitarras, turbantes. Nos dio navajas y se dejó caer, desnuda, de espaldas en la cama. Cortamos mechones de su enorme pelvis. Pegamos los pelos en la calva del niño Dios. En el cuarto de al lado, un marinero murió fornicando. Las putas compraron un ataúd y lo velaron. La Gárgola abrió la bragueta del difunto, le rebanó el sexo y se lo regaló a Demetrio, envuelto en papel floreado. Fuimos al cementerio, una torre de nueve pisos construida frente a la mina, hicimos una pequeña tumba y lo enterramos. Demetrio atrapó dos lagartijas rojas y, colocándolas en sus palmas como gotas de sangre, con los brazos en cruz, imitó el canto del Fénix.

Grandes grúas arrancaron las casas de cobre y los mendigos, hundidos hasta la cintura en el mar, gimieron viendo a los carabineros recuperar el mineral para la empresa. Quedaron al descubierto camas doradas, utensilios luminosos, instrumentos musicales. A cada habitación desgajada, avanzaron un paso mar adentro. Cuando vino la aplanadora y redujo todo a láminas, los mendigos se dejaron ahogar por el océano...

Un sollozo permaneció largo tiempo en su garganta sin decidirse a salir. Media botella de tinto lo fue disolviendo.

–¿Cómo te sientes, Enanita?

–Su ausencia cuando estaba presente, ahora que está ausente se hace presencia y necesito que otra vez esté ausente a mi lado para que al tenerlo junto lo olvide.

III. Banquete y terremoto

«Cuando rompas todas las amarras, podrás atarte con los más hermosos nudos.»

Zum, últimas palabras de su diario de vida

Por más que Demetrio, Ga, Tolín, Enanita, Zum y La Cabra apretaron el timbre cada media hora durante un día y una noche, Hums no abrió. Tuvieron que ir sin él a visitar la tumba de La Rosita para llevarle el ramo de flores artificiales fabricadas con las páginas del artículo sobre Carlo Poncini, sustraídas de la Biblioteca Nacional. (Los curas de la iglesia de San Francisco habían sepultado al suicida en el Cementerio Católico en agradecimiento por la fortuna que les estaba haciendo ganar la lanza que lo atravesara: legiones de homosexuales venían en peregrinación a besarla, previo óbolo, para tener suerte en amores.)

A la salida del camposanto, a Zum se le ocurrió comprar un botellón de vodka para llevárselo de regalo a Hums.

Violaron la puerta del apartamento y entraron conduciendo en procesión el botellón y una caja de hostias aderezadas con huevo molido. Hums chilló tratando de mantener la oscuridad, pero los amigos, ladrando cantos gregorianos, encendieron doce cirios. ¡En medio de la sala había un sapo de porcelana, batracio-bacinica lleno de delgados mojones!

Cuando lo calmaron y le hicieron beber vodka, se fueron a pasar el susto al restaurante alemán.

Protegidos por baberos con la cara de Wagner, que Von Hammer, el dueño del establecimiento, les ató al cuello, devoraron la especialidad de la casa: *Gebratene Würstchen mit Kartoffel Salad*. Entró un cuarteto de cuerdas tocando el vals del payaso Piripipí. ¡Llegó el vino!

–Libemos en honor de La Rosita. Este plagiador encantado apareció de la Nada para auxiliar la cultura humana y volver al Vacío atravesando como una lágrima auténtica nuestro valle de cocodrilos –

dijo Hums.

Cantaron una misa de Da Palestrina y bebieron medio litro. El técnico jardinero continuó:

–Como homenaje al desaparecido propongo que cada uno de nosotros pronuncie un discurso en alabanza del Amor...

Demetrio, coronando su cabeza con resguardos de la casa de empeños recortados como hojas de laurel, puso cara de filósofo griego y mostró dos incisivos color púrpura.

–Eriximaco, en *El banquete* de Platón, dice que el hombre debe amar lo bello y comete un error. «Bello» es lo que es amado. «Feo» es aquello que aún no ha sido amado. La belleza no provoca el amor, el amor embellece al objeto de sus deseos. Lo hermoso se basta a sí mismo, lo «bajo» necesita la fuerza de nuestra pasión para ser enaltecido...

No pudo seguir porque Enanita, con los anteojos adobados en lágrimas, le saltó al cuello:

–¡Ámame, soy lo más bajo del mundo!

Mientras Demetrio trataba de zafarse, Zum, con tono de azafata aérea, lo reconvino:

–Está mal que digas a la ciudad entera que ya no ves a Enanita, cuando ella de pronto, a pesar de tus declaraciones, aparece preñada. ¡Acepta que tienes un hijo y no te comportes como padre desnaturalizado!

–¡Ese feto no es mío! –gritó Demetrio con el rostro verdáceo.

La Cabra, convertido en energúmeno, quiso estrangular a la pareja. Tuvieron que aplastarle un melón en el cráneo para que los soltara. Enanita aullaba:

–¡Es de Demetrio! ¡Lo engendré pensando en Mi Señor!

La Cabra babeó:

–¡Perra mentirosa! ¡Es mío! A mí no me dio asco tu estatura ni tú rechazaste mi as de bastos al que embadurné con óleo verde como lubricante!

Enanita habló a Demetrio pegando la nariz en el pecho de La Cabra como si éste fuera transparente o no existiera:

–Ten piedad de mí... Tengo tu Nombre grabado... Recuerda... El cerro escrito...

(Ga había seducido a una hembra de diez años. «Tiene la misma estatura que Enanita. Podemos ir los cuatro de excursión al cerro escrito sin que te sientas molesto, Demetrio.» Llegaron a una casa cubierta de arena. Había un tocadiscos y vendían cerveza. Las dos mujeres, estiradas, bailaron pegando sus mejillas a las de sus hombres,

inclinados. Ga les contó la historia del niño-pájaro. Sus padres querían que fuese humano pero él deseaba ser ave. Escondía bajo las sábanas un nido hecho con plumas de almohadón. En las noches se asomaba por los barrotes de la ventana y en lugar de lágrimas lloraba ojos diminutos. Enanita escapó hacia el gallinero, desde donde se veía el cerro escrito. «Nadie ha podido descifrarlo, Enanita. Es un mensaje mudo». «Yo sé lo que dice, Demetrio». Y lloraba sin importarle que las gallinas le picotearan las piernas. «Te irás mañana y yo quedaré aquí. Debajo del cerro, las piedras tienen raíces. Todo deja raíz en mí, hasta mis anteojos. Tu sexo está creciendo dentro de mi vientre como un árbol y sus ramas me traspasan; sus hojas me llenan los pulmones». Y entonces Demetrio vio a Enanita devorada por las gallinas, con los brazos en cruz frente al cerro escrito: por la boca le crecía una rama como trompa y esa rama tenía hojas de piedra en donde estaban grabadas las ocho letras de su nombre.)

Demetrio, con los ojos inyectados de un sentimiento tan complejo que nadie pudo definirlo –sólo Zum, burlón, dijo con voz de payaso: «¡Es arre-pene-te-miento!»–, abrazó y bendijo a Enanita. Luego presentó su mejilla izquierda a La Cabra. Se dejó propinar una violenta cachetada. Presentó la derecha. La Cabra lo besó. «¡Evohé!», vociferó Ga, empapando con una botella de tinto a los filósofos. «¡Bautizo! ¡De fuego y de vino!» Enanita abrió los brazos y se pegó a la pared. Hums hizo revolotear una mano alabastrina, desabrochó elegantemente su bragueta y dirigió un chorro amarillo hacia la mártir. Ésta cayó en trance y fue de silla en silla mendigando a los comensales que la orinaran. Ladrando el «aleluya» de Haendel descargaron sus aguas sobre la peregrina. Regresó a la pared de donde había salido y volvió a abrir los brazos:

–En el momento final de la cacería, la zorra, acorralada por los perros contra un muro, ya no puede seguir huyendo... ¿Qué hace entonces?

–¡Se tiende en el suelo y espera un milagro! –contestó Zum.

–¡Corre por la pared vertical! –propuso Demetrio.

–¡Da un salto y vuela! –rugió Ga.

Enanita avanzó hacia su público:

–La zorra avanza hacia los perros y se deja comer. Acepta que es alimento. Esa entrega absoluta es el Amor.

Se tendió en la mesa con expresión de «cómanme». La bañaron en sopa de letras para quitarle el olor a meados. La Cabra tomó la palabra tratando con grandes trabajos de tenerse en pie:

–Quiero decir, humildemente, que Amor es amar a la Patria que

nos vio nacer...

Como obedeciendo a una orden telepática, todos ladraron la canción nacional.

–A la tierra que ha de recibirnos en su seno...

Otra orden, esta vez dada a voz en cuello por Hums, precipitó una ola humana sobre La Cabra. Cuando lo tuvieron bien amarrado, Tolín pudo hacer uso de su turno:

–Yo, al nombrar el Amor, no puedo dejar de identificar su nombre con el de mi madre...

–¡Amordácenlo!

Estaban terminando de introducirle en la boca una servilleta empapada en coñac cuando llegó Akk, cayéndose de borracho, rodeado por doce músicos de la Orquesta Sinfónica que tocaban *La flauta mágica* de atrás para delante.

–Hemos bebido Chanel número 5 –dijo Akk–. Pero veo que interrumpo el ágape como un Alcibíades cualquiera. Para continuar con la imitación platónica, elogiaré a Hums.

–¿Qué te propones, Akk? ¿Ponerme en ridículo?

–*In vino veritas*, maestro.

–¡Vengan tus loas, entonces!

–Oh, sabio creador de la orquídea paquidérmica: esa fragilidad que se define y que puede transformarse en implacable rudeza es lo primero que alabo en ti. Recuerdo con admiración el día en que La Cabra, furioso de haber sido humillado porque confundió a Dostoievski con Stravinski, se colgó de la ventana de tu apartamento amenazando lanzarse al abismo. Tú, sacándote un zapato de charol, le machucaste los dedos. La Cabra se convirtió en gato y arañando las paredes regresó al salón... Alabo...

No pudo seguir porque Von Hammer y los dos últimos parroquianos que aún no habían caído roncando, Alamiro Marciláñez y Estrella Díaz Barum, invadieron el apartado con teas, banderas nazis y brazos extendidos, empujando en un carrito una cruz gamada de merengue.

(El árbol genealógico de Marciláñez lucía un conquistador español, un presidente de la República y un abuelo multimillonario. Su padre, antes de ser internado en el manicomio, disolvió gran parte de la fortuna en una fuente de agua termal que quiso encerrar en botellas dándole sabor a cobre, hierro y níquel. El refresco fue rechazado por el pueblo, y a pesar de que instaló puestos que lo ofrecían gratis, sólo algunos niños, obligados por sus padres, tragaron tres botellas porque había un premio de diez pesos para quien lo

hiciera. El caballero insistió en implantar la costumbre de beber agua metálica hasta que le pusieron la camisa de fuerza. De todas maneras el dinero de la herencia permitió a Marciláñez ir a fiestas seis veces por semana y descansar el domingo. No consiguió novia, porque en cuanto bebía una copa de más desatornillaba su mano de plástico y martillando con ella en la mesa imponía silencio para comenzar con un metafísico «¿Quiénes somos nosotros, dónde estamos nosotros?»; continuar con frases que pretendían ser sátiras a sepa Dios qué: «La lechuga también es una rosa», «Podría decir negro pero estaría diciendo etcétera», «Recordaré siempre esta noche durante esta noche»; y terminar dando su palabra de honor de que estaba sentado en la silla donde estaba parado. Un día Marciláñez revisó su libro de cuentas para descubrir que el «Debo» estaba lleno y el «Tengo» vacío. Vestido correctamente, de nueve de la mañana a seis de la tarde, trabajó como secretario de un arquitecto. De seis de la tarde a doce de la noche, con un garfio en lugar de la mano de plástico y un sombrero pirata, se convirtió en «El terrible Tetas Negras», azote de los bares. Haciendo prodigiosos equilibrios, vaciaba copas insultando a los parroquianos en tal forma que conquistaba aplausos: «¡Señora, yo también he sido mariposa: hablemos de vaca a vaca!», «¡Caballero, al tenerlo delante lanzo un grito de horror porque pienso que usted es mi espejo!». Así se entretuvo hasta que en el León de Oro encontró a Estrella Díaz Barum, poetisa y detective...

Cuando la vio, deseó extraviar sus manos en esa cabellera de crines rojas que llegaba a ennoblecer el aserrín del suelo. Aspiró a retorcer esos impúdicos pezones, grandes como narices, que dejaba transparentar la camiseta de fútbol y en su lúbrico antojo creyó oírlos resoplar. Se tiró al suelo para mirar debajo de la mesa y sació sus ojos en la conchita rosada, milagro pequeño entre dos muslos de yegua, que dormía en la penumbra violeta de una falda corta usada sin calzones. Su mirada caliente despertó al capullo, lo hizo batir un halo de pestañas sedosas, cimbrear cuatro labios ambarinos cubiertos de rocío. El útero, con aliento de quimera, emitió un bramido. Alamiro, arrojando el sombrero y el garfio, sepultó al Tetas Negras. Arrebató un cuchillo, sacó de una bolsa su mano de plástico y la arrojó traspasada por la hoja, cual corazón flechado, sobre el papel donde la metrificadora estampaba endecasílabos. Ella dio una chupada a su cigarro habano, libó medio litro de cerveza y, sin deshelar el rostro tatuado con arabescos verdes, comenzó a zumbar. ¡Zumbar! Marciláñez cayó de rodillas, avanzó a cuatro patas hacia el óvalo que lo estaba sorbiendo y depositó en ese tabernáculo el primer beso de su resurrección.

Los instructores norteamericanos de la Brigada Rompehuelgas le enseñaron a Estrella Díaz Barum golpes que podían noquear a un búfalo. En las tripas de un obrero, la detective leyó el augurio que le hizo cambiar «Policía» por «Poesía». Escribiendo alejandrinos perdió agresividad pero no músculos. Para variar, cansada de la rima, lagarteaba sin desdoro con luchadores profesionales. Si algo salvó la vida a Marciláñez fue su devoción. Cuando la mujer se lo deschuponó del sexo con un puñetazo letal, Alamiro sintió ese empujón como soplo divino y se dejó ir rebotando de suelo a paredes a mesas, decidido a conservar el vuelo que ella le había dado, hasta el fin de su vida. Tantos botes habrían demolido el bar: el dueño tuvo que desmayarlo de un botellazo. Despertó desnudo, bajo un Cristo formado de cucarachas clavadas con alfileres, en el colchón despanzurrado de la poetisa.

–Serás mi musa –le dijo ella–. Viviremos de noche y dormiremos de día. Escribiré rasguñando la piel de tu espalda. Por el dolor comprenderás mi obra. Te masturbarás en todos los huecos de mi cuerpo pero nunca penetrarás mi sexo. El himen lo reservo para un hombre con frente de Dios. Tú me darás de comer, yo permitiré que bebas mi saliva.

Marciláñez vendió lo poco que le quedaba: un terreno, acciones mineras, joyas, muebles. Llegó al cuarto trece de la pensión con dinero para dos platos de frijoles y cuatro botellas de vino diario para cinco años. Trajo además un frasco sellado. Cuando Alamiro se durmió, Estrella abrió el recipiente y vio que contenía una especie de harina. Pensó que era alimento disecado. Le agradó el sabor. Comió. Un día Marciláñez se dio cuenta de que la urna que contenía las cenizas de su padre estaba vacía.)

–¡Amor es amar lo que no existe! –declamó el atlético Von Hammer sin que nadie se lo pidiera–. ¡Yo le canto al Porvenir, al Poder Militar, capaz de ordenar las estrellas en una esvástica que ocupará medio cielo!

–Bueno –dijo algodonosamente Hums–. Esperando tan magno acontecimiento contentémonos con la cruz de merengue.

Partieron el pastel ladrando *Lohengrin* de Wagner, pero en el momento en que descubrían los caninos para hincarlos, sin prejuicios políticos, en el azúcar cuscurrosa, un temblor de tierra les secó las glándulas salivales.

El piso se llenó de oleajes, la pieza se convirtió en arca y todo lo que colgaba en péndulo. El polvo cobró vida, mesas y sillas caracolearon entre pedazos de techo. Cuando cesó la luz eléctrica, los

filósofos salieron del estupor y saltando, corriendo, arrastrándose, llegaron bajo el marco de la puerta para abrazarse alrededor de la llama de un cerillo, tan efímera, pequeña, frágil, insignificante, entre ese vómito de fuerzas implacables, como ellos mismos. Hums y Zum se pusieron a rezar avemarías. La Cabra contó sollozando la muerte de su padre, sin que nadie lo oyera:

–Después del desfile militar del 18 de septiembre, papá salió de parranda con un soldado de las fuerzas ecuestres. Bebieron ponche en cada ramada para ver quién aguantaba más. Cuando el cabo se desplomó con un hediondo sol-café en las asentaderas, mi viejo le robó el caballo. Logró que el corcel trepara las escaleras hasta el segundo piso de la vecindad sin que nosotros nos diéramos cuenta, pues estábamos zapateando una cueca en el patio común. Cerró con llave la puerta del dormitorio y trató de meter al bruto en la cama para que durmiera abrazado a él. El animal se volvió loco y le reventó el cráneo a coces...

Ga resoplaba tratando de vencer un ataque de asma. Akk corría de un lado a otro eludiendo los pedazos de muralla. La luz parpadeante del cerillo multiplicaba el cimbreo. Estrella Díaz Barum reaccionó lanzando la obscenidad más larga que jamás violara los tímpanos de Alamiro. Acto seguido se quitó la falda –como dominaba los músculos de la vagina podía realizar un acto de ventriloquia– y se irguió ante los aterrados con el peludo agujero vociferando:

–¡Reventarán todos porque no valen nada!

Si el temblor los había espantado, el coño agorero les dio claustrofobia. Estrella Díaz Barum detuvo la estampida parándose sobre una silla ante la puerta de escape. El movimiento de la A y de la O en los labios menores pareció un mordisco cuando la vulva tronó:

–¡Alto!

Los hombres cayeron de hinojos disimulando sus borlones por temor a ser castrados. Sólo Von Hammer, café de ira, sacando un revólver, apuntó a la boca y le introdujo el cañón hasta el gatillo:

–¡Ojete siniestro, no necesito que anuncies mi muerte, la conozco: ofendido por tanta imbecilidad, descargo cinco tiros en tus ovarios y el sexto en mi sien!

Alamiro Marciláñez trató de gritar, pero le salió un silbido. Dándose cuenta de que nadie era capaz de atajar al alemán, optó por vaciar cuanto vino pudo en el suelo ondulante y ponerse a chapotear cantando *Singing in the rain* hasta que al nazi se le pasó la ira y extrajo el cañón. Cesó el temblor legando un silencio tan denso que permitió oír los ladridos de los perros de toda la ciudad.

Alamiro consoló el himen partido con un cubo de hielo. Sin darse

cuenta de nada, los músicos de la Orquesta Sinfónica seguían durmiendo sobre sus instrumentos forrados con hojas de lechuga. El banquete había terminado. Los comensales se desmoronaron taciturnos, tratando de tapar el boquete que el remezón perforara, luchando por detener un magma de preguntas liberadas de sus sellos trayendo en un virulento aluvión el miedo a la vejez, a la miseria, al dolor y a la muerte. Ya estaba amaneciendo.

Hums, desde una antiquísima encarnación, propuso:

–Hoy, en el Monasterio Benedictino, ordenan monje a nuestro amigo Laurel. ¿Por qué no vamos a ver cómo lavan los pies al joven judío?

(Cuando ardió El Combate, la casa-tienda del barrio obrero donde había sufrido dieciocho años, Laurel Goldberg, al igual que La Cabra, perdió gran parte de la memoria. No olvidó el letrero luminoso diseñado por su padre en el que dos buldogs jalaban, cada uno para su lado, las piernas de una pantaleta de señora para demostrar la solidez de los productos en venta. Tampoco olvidó al hombre que el tren dividió en dos por la cintura. Los cesantes colocaron el tronco sobre un barril y le pusieron en la cabeza un sombrero de periódico estilo Napoleón. Doblaron un brazo hacia la espalda y la mano del otro la introdujeron en una herida del abdomen. Con el hígado jugaron al fútbol...

A veces acudían otras imágenes.

Cerúlea, su abuela, sostenida por un grupo de indias, salía del dormitorio pisoteando fotografías manchadas de excremento, plumas de gallo y alcanfor ensangrentado. La llevaban al baño, pero al pasar por el comedor no se podía contener y vomitaba sobre la mesa un nudo de pelos... El vendedor de hierbas vivía dentro de una pirámide de botellas: en cada una flotaba un tipo diferente de gusano extraído de su propio intestino... Su padre pegaba durante meses sellos postales hasta formar una bola que iba empujando por la casa con lentitud de escarabajo... Su madre elegía el material, la fábrica y los obreros ciegos para obtener un espejo en el que nadie se hubiera reflejado antes que ella...

No recordaba más.

Después del incendio, la casa quedó carbonizada pero erguida. Cuando trató de abrir el ropero se convirtió en harina negra. Quedó la faja de su madre, transparente, conservando su forma por milagro. Laurel sopló en la pelvis y la prenda, elevándose, salió por entre las vigas del techo. Un enjambre de gorriones la devoró en el aire.

Su familia pereció en el siniestro. Laurel trató de ganarse la vida

como titiritero. Fracasó con una mini ópera en la que Isolda, coqueta frígida, se enamoraba de un personaje que en lugar de cara tenía un espejo.

Comenzó a visitar a su prima Boli. Pasó seis meses sentado junto a ella, fabricándole con disimulo trencitas en el pubis mientras la abuela tejía un Alef de lana... Hasta que llegó Von Hammer, quebró la nariz del padre de Boli, raptó a la muchacha e invitó al novio a huir con ellos en el autobús que iba hacia la playa de Algarrobo. Laurel creyó odiar a Von Hammer, pero cuando éste le dijo tocando la panza de Boli: «Quiere que vengas porque se sentirá más acompañada», olvidó sus celos.

No era la primera vez que el alemán embarazaba a una virgen. Antes había tratado de raptar a otra. Los padres, israelitas, hicieron abortar a su hija. Ésta se rapó y entró a un convento. La familia compró un ataúd y pagó al rabino para que sollozara en el cementerio mientras enterraban una foto de la descarriada.

Boli le contó a Laurel que cuando su padre se retorcía en el suelo con la nariz quebrada, ella y el alemán realizaron un coito más. Lograban hacerlo de pie en menos de un minuto. Él tocaba el timbre, ella salía a abrir, se poseían junto a la puerta y Boli entraba inmediatamente en la casa para decir que era alguien que se había equivocado de dirección.

En Algarrobo, el alemán los llevó a un castillo construido en las rocas. Tuvieron que atravesar un brazo de mar. Fueron recibidos por una anciana que sólo hablaba francés. «Es amiga de Claudel», dijo Von Hammer. «Cuida el castillo y escribe ensayos sobre el bestiario medieval.» La señora les dio dos cuartos y mientras descorría una cortina para mostrar un gran nido en el balcón que daba al mar, Boli y el alemán fornicaron rápidamente. Apenas les alcanzó el tiempo para bajar la falda y cerrar la bragueta cuando la escritora se volteó:

–*A minuit un pélican vient nourrir ses enfants du sang de ses propres ailes*.

A medianoche, para ver el ave, la pareja entró en la pieza de Laurel. Los pollos tragaban sangre materna.

–Boli tiene frío en la panza. Tu cuerpo casto es más caliente que el mío. Va a dormir aquí.

Von Hammer desapareció. Boli, llorando, se tendió junto a Laurel y le pegó el vientre al sexo.

Laurel cerró los ojos y permaneció inmóvil, horas, hasta que llegó el alemán con un desconocido.

–Espéranos en la playa.

Laurel no hizo preguntas y bajó hacia el mar. Nadó. Lanzó

piedras al reflejo de la luna. Al salir el sol, se tendió a dormir. Cuando despertó, atardecía. Volvió al castillo.

Las piezas estaban desiertas. Entró al dormitorio. El feto yacía en la cama, con los brazos cruzados, la cara empolvada, los párpados maquillados y una peluca de muñeca. Era una mujercita igual a Boli. Laurel la tomó en sus brazos, besó su boca cubierta de carmín, fue al nido del pelícano, la entregó a los pollos hambrientos y regresó a Santiago en el autobús de la noche.

Apenas entró en la ciudad, comenzó a ver las iglesias bajo una luz especial. Recorrió las calles cada vez más sensible a esas construcciones, como perseguido por ellas, sintiéndose succionado hacia ciertos barrios por las puertas de los templos. No podía entrar. Se detenía ante las construcciones sagradas para huir enseguida. En un estado de sensibilidad exacerbada llegó frente a una catedral-fortaleza. La vio en dos dimensiones, con sus almenas, sus líneas rectas, sus volúmenes cúbicos convertidos en cuadrados de ajedrez. En ese tablero de piedra, la torre del lado izquierdo, motivo cilíndrico, único trozo en volumen, se desplazaba, latiendo, hacia él. No podía esquivarla. Los caminos estaban cortados. Jaque Mate. Penetró en el recinto, buscó un sacerdote y se convirtió.

Tuvo una visión:

Andaba con dificultad, levantaba la cabeza y los brazos con esfuerzo, la espalda se le iba curvando, no podía despegar los pies del suelo, caía de rodillas, de vientre, extendido, aplastado, el peso lo hundía, atravesaba rocas, metal, llegaba al centro de la tierra, era prensado y su materia se convertía en el corazón de carne del planeta.

Al salir de la iglesia abrió la boca y dejó que de ella se escurrieran los senos de su madre.)

Cerraron el restaurante en ruinas y en el camión de las verduras, amontonados, dispuestos a consumir tres cajas de vino Concha y Toro, Ga, Tolín, Enanita, Demetrio, Akk, La Cabra, Hums, Zum, Alamiro Marciláñez, Estrella Díaz Barum y Von Hammer partieron rumbo a la cordillera de Los Andes.

IV. El templo monstruo

«Podría morir sin angustia si supiera que el mundo se va a acabar, que soy el último, nada ni nadie me sobrevivirá y que todo se borrará conmigo.»

Akk a Tolín, defecando bajo la higuera

Al alba, mientras el camión subía la montaña dejando una estela de polvo en el camino de tierra perfumada, Estrella Díaz Barum, devuelta a la conciencia por el atronador canto de los pájaros, lamentó la ruptura de su himen. Von Hammer, preocupado de esquivar los pedazos de roca que atravesaban el camino para rodar hacia el fondo de las quebradas, no le prestó mayor atención. Usando a Marciláñez como colchón, la poetisa exhaló su último quejido:

–Hemos jugado a ocultar con la certeza de que no existe el Secreto. Hemos sellado el Arcano por miedo a encontrarlo vacío...

Y volvió a unirse al coro de ronquidos. De las montañas bajó un aluvión de nubes negras. Olores densos, croares, chirridos y relinchos velados se mezclaron al vaho caliente. Dos murciélagos de barro persiguieron a las ruedas traseras. Ya habían atravesado varias aldeas desiertas pero ahora esos lugares, severamente despoblados, cobraron, por arte de la niebla, un alma insidiosa. Von Hammer, inquieto, comenzó a darse cuenta de que en ese magno concierto faltaba el elemento humano: ni una voz, ni un grito, ni una risa. Los perros estaban atados junto a las puertas, los hornos humeaban, las cortinas almidonadas salían de las ventanas lengüeteando lluvia, pero algo había devorado a los habitantes... Prendió los faros, disminuyó la velocidad. Trozos de bruma vinieron a retorcerse en los haces de luz, cada uno con personalidad diferente, el furioso, el sensual, el sarcástico. Las emanaciones se coagulaban y disolvían en mil pedazos como galaxias o letras de un alfabeto sagrado. El alemán cerró los ojos sacudiendo la cabeza. El camión zigzagueó hasta chocar contra el muro de una iglesia. El remezón hizo vibrar la campana. En la lejanía, otra campana respondió, la del Monasterio Benedictino.

Cesó la lluvia. Hums, con gesto de espadachín, introdujo su mano

derecha en el bolsillo izquierdo del chaleco y extrajo una aspirina que hizo masticar al alucinado. Llegó una brisa helada trayendo un coro de miles de voces rezando. Los campesinos de la región parecían haberse dado cita en el monasterio. Akk tomó el volante mientras Zum, convertido en madre, abrazó al alemán y continuaron la ruta penetrando cada vez más en el concierto de plegarias que rebotaba de monte en monte.

Los planos del Monasterio Benedictino, enviados desde Roma en el maletín perfumado de un jefe eclesiástico, habían sido diseñados por un arquitecto de impresionante prosapia. Los constructores, con ceguera y mudez, obedecieron las órdenes de Frater Theoleptus, ex Sergio Barcazas, adinerado pintor que abandonara su clientela de «atardeceres cordilleranos» para vestir el hábito negro y encerrarse a pintar crucifixiones con Cristos puntillistas estilo Seurat sobre panoramas a la Cézanne..., explicando esos injertos con graves teorías donde viboreaban frases como «En un paisaje que tiende a concretizarse, la carne de Jesús se atomiza: lluvia tanto más penetrante cuanto más impermeable es la materia». Frater Theoleptus obedeció al pie de los planos las órdenes superiores. Erigieron esculturas de Sadkine y Pevsner... Cubrieron el campo de tulipanes azules. Esparcieron arena de mármol blanco y encerraron en jaulas plateadas cientos de canarios. El convento tendría una iglesia y un carillón que los domingos tocaría música de Schönberg para llamar a los campesinos a misa. Al cabo de tres años, terminada la construcción, con un nudo en la garganta y el corazón aleteante, diez monjes importados de Europa, especialistas en canto gregoriano, dos profesores de latín, griego y hebreo, cuatro hermanos cocineros y Frater Theoleptus vieron al abad apretar el botón que haría funcionar el complicado aparato musical. Las melodías atolondraron buitres a muchos kilómetros a la redonda, mas nadie osó venir. La construcción ahuyentaba a los hombres del campo. Ese domo coronado por torres torcidas, esas paredes relampagueantes, esos pisos helados, esa penumbra geométrica, ese mamarracho que se desplegaba como un tumor venido de otro planeta, no podía seducir labriegos acostumbrados a la madera fragante y al adobe discreto. Siguieron asistiendo a sus capillas de barro, paja y tejas y no hubo arenga de cura que pudiera convencerlos de acercarse al monasterio.

Los ojos claros de Laurel, su melena amarilla, su barba albina, su piel lactescente, sus manos mansas, parecían brillar junto al hábito negro, limpio, bien cortado, que le envolvía el cuerpo como una

matriz. Siendo grande, de complexión musculosa, podría haber impuesto respeto, pero desde que cayera en estado de gracia el habla no le venía de los pulmones sino del corazón, y sus cuerdas vocales templadas por la bondad producían una voz de niño. Cuando los vetustos monjes juntaban sus párpados y oían ese canto de párvulo sobresaliendo en el tumulto coral, sentían una chispa de calor intenso fundiendo la frigidez conventual.

A la hora de la siesta, el silencio era tan vasto que en todas las celdas se oía el continuo chirrido de los bichos que se asaban en el matamoscas eléctrico del altar. ¡Laurel caía en trance! Sentía su lengua como la superficie de un océano, millas más arriba, y veía naufragar hacia él, lentamente, el amargo sabor de su boca. Tenía que esforzarse para distinguir el crucifijo de la mesa o las sandalias del suelo o el ropero de la pared: el cuarto le parecía una sola superficie y no se daba cuenta de si estaba tendido o caminando. Deslizaba las yemas por su cuerpo y sentía un plano liso. Su sangre palpitaba eyectada desde una esfera incandescente que en el momento de enviarla marcaba cada gota con el nombre de Cristo. Y su carne, laberinto glacial, abría calles y barrios sombríos, recibiendo en el ritmo cardíaco la simiente divina. El oxígeno entraba por sus pulmones en roncas llamaradas diciéndole a cada respiración: «No eres tuyo». Su cuerpo entero era una víscera en donde, a cada cuatro pulsaciones prodigiosas, entraba un rayo de aire dorado, alimento puro, Aliento Paterno; era una caverna encantada, donde él, convertido en niño de oro, vagaba esperando la llegada de otro habitante... Con gran trabajo empujaba el tutti-frutti cromado que servía de ventana y esperaba sediento que la esplendente entidad que su espíritu presentía cayera del cielo o surgiera de la tierra para venir a poseerlo.

Cada día el trance se hacía más profundo. Faltando un mes para la ordenación sacerdotal, por fin alguien llamó a la puerta del palacio interior que sus oraciones habían construido. Laurel desapareció, entregando su cuerpo a un dios araucano que le dio movimientos de puma y le enronqueció la voz. El «hermano Aurocán» arrancó el Cristo de metal de su cruz de porcelana y, oprimiéndolo entre sus dedos con fuerza terrible, transformó sus piernas cruzadas en cuchillo. Sin abrir los ojos, viendo a través de la frente, abandonó la celda; pasó a diez centímetros del portero sin que éste lo notara y se dirigió con el brazo alzado blandiendo el arma hacia la aldea más cercana.

A medida que el camión avanzaba, caracoleando por el estrecho camino cordillerano, el volumen de las voces se iba haciendo

atronador. Demetrio trató de no olvidar un ensayo que había escrito en sueños, pero despertó con sólo una frase en la lengua: «Si subes los escalones uno a uno, se irán consumiendo a medida que los dejes atrás; mas nunca saltes peldaños porque aquellos donde no has puesto el pie seguirán debajo de ti y es inevitable que, teniendo una escalera por donde caer, resbales...». Trató de estampar la expresión con un lápiz sin punta en la etiqueta de la botella. El coro que llegaba como un torrente del monasterio le hizo olvidar hasta ese resto. Hums, escupiendo una espesa bolita de saliva, se pulió las uñas con un pañuelo de seda, extrañado de no estar en su cama estilo Imperio. Un líquido sospechoso manchaba el pantalón de Ga. Las ojeras purpúreas de Akk se precipitaban hacia su nuca. Estrella Díaz Barum, mirándose en un pedazo de vidrio, no veía diferencia entre su cara y sus nalgas. Tolín, tendido magnánimamente, no abrió los ojos esperando que su mamá le trajera el desayuno. Enanita salió del cajón de coliflores gruñendo con asco: «¡Puaj, un día más!». Zum untó su escobilla plegable en medio limón y procedió a lavarse los dientes con entusiasmo de boy-scout. Alamiro Marciláñez intentó salir de debajo de su amada asiéndose a una botella de vino que se le desparramó en la garganta. Von Hammer hizo el saludo nazi tres veces hacia el sol y La Cabra, estirándose entre tomates podridos, lanzó un pedo tan estruendoso que opacó por segundos el embravecido mar de voces campesinas.

Desembocaron en el valle. Alrededor del Monasterio Benedictino, cubriendo el suelo marmóreo como una capa multicolor, doce mil labriegos, niños, mujeres, hombres con penachos, taparrabos, cascabeles y escudos araucanos, cantaban en mapuche levantando a ojotazos nubes de arenilla blanca. En literas improvisadas yacían pequeñuelos cubiertos de costras, paralíticos, cojos; viejos llenos de pólipos, bocios, pestilencias, acnés, cánceres, quebraduras, raquitismos, gangrenas. No faltaba un enfermo. Todos estaban ahí rodeando el edificio, sin pestañear, con las miradas fijas y los rostros tensos.

El alemán recuperó el manubrio y a bocinazos avanzó entre los danzantes. Lo que al principio semejaba una multitud en desorden, pronto se manifestó como una perfecta organización. Cada cual tenía un área precisa para manifestar su éxtasis. Diferentes delegaciones apartaron el gentío dejando pasar al camión, sin interrumpir la danza. Los jefes de grupo se comunicaban las órdenes componiendo una red cuyos movimientos dependían de un líder central. Junto al portón de tripas cristaloides, los falsos indios decoraban un escenario con motivos precolombinos usando flores, pedazos de papel y trocitos de

corteza. Sobre el tinglado, con un mameluco azul eléctrico, una mujer joven, esbelta, coronada por cabellos negros rizados, de piel blanca y pecosa, senos erectos y movimientos leoninos, lanzando rayos por sus ojos verdes, era capaz de coordinar esas doce mil almas. A Ga, Demetrio, La Cabra, Tolín, Akk y Von Hammer se les convirtió el sexo en periscopio y sospecharon que bajo la añil vestimenta se ocultaba una joya peluda que podría servir de funda a sus tizonas. El camión aceleró emitiendo borborigmos seminales. Fue detenido por un grupo de soldados.

–¡Alto! ¡Sígannos!...

–¿Así nos escupen órdenes? Sepan ustedes, soldados rasos, que hablan con la hermana del ministro de Gobernación... –empezó a mentir la Barum. Sin oírla, los militares invadieron el camión mientras uno, con ademanes de sargento, sacaba su pistola y la apoyaba en la sien de Akk obligándolo a recular. Detrás de una loma vieron un ejército con ametralladoras, bayonetas caladas, máscaras antigás, escudos y tanques...

Alrededor de Frater Theoleptus, que transpiraba trazando sobre arenisca un plano del valle, seis civiles engominados, corbatas discretas y anteojos negros, discutían con el abad. Los gestos autoritarios, las columnas vertebrales tiesas y las voces ladradoras revelaban el alto grado militar de la media docena de disfrazados. Cerca de ellos, en pantalones de montar, con una bota en la pisadera de su Rolls Royce sal y pimienta, una señora que tenía cuerpo de sílfide y rostro de momia, dando urgentes palmadas, ordenó que los conspiradores bajaran del camión.

–Pero si es la millonaria Zagorra... –musitó Hums.

(¿Quién no conocía a la mujer más rica de Chile? Propietaria de latifundios que iban de la cordillera al mar, casada con el dictador de una cadena de periódicos de derechas, organizadora en sus parques y palacios de fiestas florales amenizadas por conjuntos traídos del extranjero como el ballet del Marqués de Cuevas o los bailarines Sufíes; su nombre se hizo célebre cuando a la muerte de su marido saltó de las páginas sociales a las ocho columnas de la nota roja.

Enrique Zagorra Quiríñez, cansado de las excentricidades de su esposa y de la idiotez de sus queridas, se hizo homosexual y abandonó la vida ciudadana. Construyó una villa frente al mar. Desde allí continuó dirigiendo periódicos y colocando presidentes en el poder. Cada fin de semana lo visitaban políticos, industriales y aristócratas. Para distraerse adoptó como amante a un pescador al que disfrazó de pescador: calzones blancos, sandalias, camisa de tocuyo...

En las reuniones, a pesar de que trataba de pasar desapercibido, el moreno era centro de la atención. Los capitalinos intentaban hablar con ese roto culturizado que, mudo dentro de su traje quitinoso por el almidón, bebía un gran vaso de gin-tonic... Un día el pescador despedazó lentamente a su magnate con unas tenazas y un martillo.)

La Cabra brincó primero que nadie del camión para encarar a los soldados.

–¡Esto es un atropello! ¿Con qué derecho...?

Fue interrumpido por una cachetada.

–¡Cállese, roto metido a gente! ¡Cuádrese! ¡Y si no quiere que lo fusilen ahora mismo, cierre el hocico, huevón de mierda!

El comandante trazó en el aire una diagonal con su mentón. Al ver que lo apuntaban veinte ametralladoras, La Cabra sacó la lengua, se la empujó hacia la garganta con el índice e hizo ademán de tragársela. Una mirada asesina lo convirtió en estatua de piedra.

–¡Traigan los punzones eléctricos! ¡Cuélguenlos de los pies! ¡Estos comunistas van a confesar aunque tengamos que romperles las verijas!

Hicieron bajar a los demás, brutalmente custodiados. El último en salir fue Alamiro Marciláñez. Antes se había sacudido, lamido las manos y peinado con una cáscara de sandía. Emergió descontraído, sonriente, pleno de elegancia, como si estuviera en el Club de Polo. Con las palabras convertidas en bolitas de cristal, tarareó:

–¡Qué maravillosa sorpresa, querida Gaby! ¡Si no te acuerdas de mí, recordarás a Tuco, mi papá, Marciláñez, de los Marciláñez Góngora de Zambrúñez, las aguas termales de Ñuble, embotelladas con gusto a metales!

Cuando la Zagorra se dejó besar la mano, las armas dejaron de apuntarlos. Sólo La Cabra, a causa de su tez morena, incisivos de yegua y pelo cerdoso, continuó apuntado. Alamiro, agitando las palmas hacia el cielo, gargareó:

–¡Pero, muchachos, dejen tranquilo a mi *valet*! Es un bicho de confianza. Lo tenemos desde que nació. Garantizo que es inofensivo, el pobre. Un accidente de caza con mi tío Hilarión le voló las pelotillas...

A La Cabra le salió humo por la nuca pero, enarbolando una sonrisa de castrado, soportó las risas procaces de los milicos. Hums no traía papeles de identidad. Por milagro encontró, entre las migas y píldoras carcomidas que llenaban su bolsillo posterior, un carnet de técnico jardinero.

–Madame Zagorra, espero que recuerde la reproducción del laberinto de la catedral de Chartres que en su fiesta de mayo hice con

rosas y magnolias. Aún no olvido el gratificador entusiasmo con que usted aplaudió mi modesta obra.

Le pareció que el alba llegaba cuando los dientes de porcelana de la momia asomaron entre sus estriados labios.

–¡Ah... sí... claro! ¿Conque fuiste tú? El que había inventado... inventado...

–¡La orquídea paquidérmica, madame!

–¡Eso mismo! ¡Ahora me acuerdo...! Pero ¿qué haces aquí?

Zum adquirió un tono de profesor de filosofía:

–Señora e ilustres caballeros: nos habéis confundido con un hato de emboscados, mas nuestros nombres nos defienden. Yo, en tanto que maestro universitario, dirijo esta excursión de poetas que tiene por objeto estudiar las piedras, árboles y animales de la cordillera de Los Andes para incorporar esos elementos a un magno poema colectivo, un catálogo general, tan minucioso como un mapa, que elevará un himno a la gloria de la Patria y sus Sagradas Instituciones: ¡la Religión, el Ejército y la Familia! Estos alumnos que me rodean, nata de la intelectualidad chilena, son los futuros Homeros que inmortalizarán vuestras heroicas acciones. ¡En este momento imperecedero, el músculo y el espíritu se dan la mano!

Zum emprendió la tarea de sacudir efusivamente la diestra de los seis jefes aprovechando el estupor que sus palabras habían causado. Von Hammer estalló en hip-hip-hurras y con el brazo extendido marchó, sin moverse del sitio, levantando las piernas estiradas para demostrar que sabía hacer el «paso del ganso», importado por las tropas de Alemania. Estrella Díaz Barum se abrió con brusquedad la pechera y de la barranca que separaba sus tetas saltó una botella de vino que Akk atrapó en el aire cantando al estilo operístico la caballería rusticana. Demetrio, Ga, Enanita y Tolín lo secundaron a cuatro voces, haciendo *entrechats* como si fueran bailarinas clásicas en el *Lago de los cisnes*. Ofrecieron la botella a la Zagorra. La momia limpió el gollete y bebió un trago.

–¡Qué bueno que llegaron estos locos! ¡A ver si me ayudan! ¡Ya no sabemos qué hacer! Los rotos han abandonado el trabajo y armado un carnaval araucano. No quieren volver a sus obligaciones hasta que no vean al hermano Aurocán. Así le llaman a un tal Laurel, novicio que hoy será iniciado en la orden. Una amiga del muchacho ha logrado ordenar este zafarrancho. Nuestro abad va a regresar ahora para lavar en público los pies del neófito. No sabemos qué esperan de él ni si es verdad que lo toman por un Dios. Quizá sea una huelga hipócrita provocada por agitadores comunistas. En fin, después de la ceremonia han prometido regresar a sus labores. Veremos si es cierto.

El ejército ha venido en mi ayuda pero no quiero que intervenga todavía. Hablen con la amiga de Laurel. Ayúdenla a convencer a los fanáticos. ¡Evítennos usar la mano de hierro!

Volvieron a ocupar sus sitios en el camión. Frater Theoleptus y el abad se integraron al grupo. El más acerado de los jefes les dijo como adiós:

–Nuestro presidente, el excelentísimo señor Gegé Vihuela, ha prohibido este tipo de manifestaciones rojillas. Tengan mucho cuidado. Si estalla un brote de violencia, el abad les ofrecerá refugio en el monasterio mientras nosotros convertimos a esos piojentos en mortadela.

Custodiado por soldados de la misma estatura que Enanita, orgullosos de su uniforme, sin darse cuenta de que el casco germano los convertía en hongos, el camión volvió a cruzar las filas de alucinados, atraído más que nunca por la mujer del mameluco eléctrico que ahora estaba dividiendo a los enfermos por grupos: más cerca del proscenio los tendidos, después los sentados, luego los agachados y, por último, los tiesos. A pesar de que los araucanos obedecían pacientemente, se desplazaban con lentitud, frenando el avance del camión. Para pasar el tiempo, Ga entabló una conversación con los benedictinos, que, a las primeras frases, sacaron sus Biblias y las agitaron como abanicos.

–¡La culpa de lo que está pasando la tiene ese convento! ¡Vosotros, más que místicos, sois artistas y deberíais haberos propuesto construir el Templo Ideal, no de mármol, plástico o aluminio, sino de excremento! Cuando Jesús vino al mundo tuvo carne y huesos, desayunó, comió, participó en cenas y evacuó como evacuaron san José, Magdalena, la Virgen María y los doce apóstoles. Los desechos divinos no se disolvieron sino que, con sus alargadas formas (¿quizás eran esferas?), cual joyas, quedaron intactos en las tierras de Israel. Debéis un día emprender una cruzada en busca de las reliquias del Hijo, el que habiendo vivido treinta y tres años y obrado doscientos cincuenta gramos diarios, dejó aproximadamente, si contamos los febreros bisiestos, tres mil trece kilos de materia sagrada. Añadid a esta suma dos mil kilos más, término medio por año de apóstol (calculo los abonos de la mitad de sus vidas porque no nacieron santos, y las zullas se iluminan sólo cuando el corazón alumbra), y multiplicad dos mil por doce para obtener veinticuatro mil kilos. Poned cuatro mil a la Virgen María, mil trescientos kilos más del burro que los anduvo transportando, lo que os dará un cerro de treinta y siete mil seiscientos sesenta kilos de zurullo sagrado. ¡Oh, beatíficos monjes, sigamos viajando en este camión por ríos, mares y

desiertos hasta llegar a Tierra Santa para recoger el excremento divino y construir un templo en forma de mojón donde oficien curas disfrazados de moscas!

Al abad se le descompuso el estómago y, sacudido por arcadas, abrió un pico de cuervo. Hums inclinó la cabeza del venerable hacia el exterior y preguntó, insidioso:

–¿No me había usted dicho que los benedictinos eran vegetarianos, Excelencia?

El abad, con la barba salpicada de huevo y chorizo a medio digerir, graznó desesperado exhalando un tufo vinagre que ahuyentó a su interlocutor. Frater Theoleptus, demasiado sensible a los olores agresivos, trató de disimular el color verde que lo invadía hundiendo sus finas cejas en el salmo 127, pero cuando llegó a la segunda parte del versículo 3, «...el fruto de las entrañas es una recompensa», no se pudo contener y echó las entrañas.

Tolín, que como de costumbre había encontrado el lugar más cómodo para tenderse, sintió debajo de los sacos que le servían de cama un bulto molesto. Descubrió una caja de botellas de aguardiente. El líquido cristalino provocó un aplauso general. Akk le mostró un grano de arroz.

–Eres como la princesa rusa que podía sentir una semilla debajo de veinte colchones...

Recomenzó la tomatera, excluyendo a los sacerdotes e incluyendo a los hongos. Ya estaban llegando cerca del escenario, desde donde la mujer de azul continuaba infatigable manteniendo los grupos en su sitio, cuando algo en ella hizo que Von Hammer acelerara, frenara, volviera a partir, casi atropellara a varios emplumados y zigzagueara hasta recuperar el control.

–¡Pero si es Boli! ¡No puede ser!

La recordaba tímida, sumisa, apagada. Después del primer aborto lo siguió sin protestar a la leonera que tenía en el fondo del restaurante. ¡Cómo olvidar sus ojillos de víctima resignada cuando prometió no tener más hijos! A pesar de cien precauciones, se embarazó otra vez. ¡Y después del raspaje aún seguía encinta! ¡También el otro ovario estaba preñado! Parió un segundo feto. La abortera se lo entregó en una lata de duraznos. Mientras Boli, encamada, bordaba en su traje de novia un bosque creciendo sobre la superficie del océano, él colocó el despojo en la mesa para cortarle un cordón que colgaba del ombligo. Calculó mal y le cercenó un brazo. Sintió el tajo en su propio cuerpo. Le vino una especie de euforia y dividió en piezas a su hijo como quien desarma el motor de un automóvil. Ordenó geométricamente las partes: aquí las orejas, allá los

ojos, la nariz, las vísceras. Colocó los veinte dedos en forma de sol. Boli se levantó para pedir perdón por la trampa que habían hecho sus ovarios. Vio la panoplia de carne. Se encorvó como si le hubieran dado una coz en el vientre. Hizo sus maletas y se fue sin mirarlo a los ojos.

Von Hammer, antes de que Ga o los otros carnívoros le disputaran la presa, frenó bruscamente y corrió hacia el escenario, mientras con el tono más embriagador posible, abombando el pecho y levantando las rodillas a lo atleta, desembaulaba explicaciones:

–¡Boli, me abandonaste sin oírme, sin ponerte en mi lugar! ¡Te lo juro, por la santa cruz gamada, fue un simple accidente! Yo quería embellecer al feto: tenía preparado el maquillaje de Pierrot, el traje con pompones, la cruceta y los hilos para hacerlo danzar ante ti como una encantadora marioneta. Pero al cortar el cordón umbilical se me pasó la mano...

De ese discurso, comenzado a doscientos metros de distancia con aires de galán, continuado a saltos y empujones entre la masa de enfermos y terminado a resoplidos y vociferaciones, Boli oyó sólo la palabra «mano» que el alemán sudado, cojeando, con una punzada en el bazo, la respiración entrecortada y el sexo inflado, le depositó en los labios, tenaceando para bajarle el cierre delantero. Su guerra relámpago fue atajada por un rodillazo que lo envió de lomo contra las tablas y lo dejó agitando las piernas junto a un escarabajo volteado.

–¡No creas que sigo siendo tu ametralladora, que vas a presionarme el clítoris para que dispare veinte orgasmos seguidos! ¡Mucho tardé en darme cuenta de que no me guiabas sino que era yo la que te iba empujando! ¡En lugar de llevarme a donde yo necesitaba ir, me hacías dar vueltas alrededor de ti mismo! ¡Te aprovechaste de mi ingenuidad! ¡Por eso me buscaste sellada!

Atraídos por la apasionada voz de Boli, los demás viajeros habían subido al tinglado y, sentados en semicírculo, escuchaban la implacable sacada de trapos al sol. Menos Zum, que siguió con oscuras intenciones a los soldados: sosteniéndose como podían en el suelo vuelto océano por el aguardiente, habían ido a dejar a los frailes. De regreso, Zum les propuso jugar a la gallinita ciega. Sin esperar el sorteo, se vendó los ojos e imitando cacareos bajó la cabeza y levantó el trasero, porque con esa parte la clueca busca al gallo. Cuando pegó sus nalgas en la pelvis del primer soldado, los otros comprendieron. Estaban preparando las bayonetas para hundirlas en el sitio por donde el ave pone huevos cuando llegó Hums a salvarlo:

–¡Osito malcriado! ¿No sabe que con la autoridad no se juega? Entregue a estos honorables guardianes de la patria su reloj, la medalla

de oro, el encendedor automático y la billetera de cocodrilo que, aunque vacía, lleva iniciales de plata, en mínimo pago por su irrespeto.

Los milicos, después de breve disputa, repartieron los trofeos sin permitir que Zum sacara del reloj el retrato de su tía. Un último trago cambió el enojo en lascivia. Acompañaron a los dos civiles, aferrándose a ellos, frotándolos, sacudiéndoles profundamente el polvo de las asentaderas, rozándoles la nuca con los alfileres de sus bigotes:

–¡Compadres, somos amigos, venga un abrazo, a lo macho!

Los estaban arrastrando bajo el escenario. Hums, aterrado, no porque fueran a violarlos sino por la furia criminal con que después los triturarían para salvar el honor viril, señaló hacia el campamento militar:

–¡El capitán les envía un mensaje en morse!

A lo lejos, un brillo intermitente, quizás un espejo en el penacho de un campesino, parpadeaba sin saber su destino de señal.

–¡Tú que has sido boy-scout, osito, tradúceles!

Zum procedió a inventar el mensaje, haciéndose el que leía:

–Tro... pas en mi... sión dos pun... tos pón... gan... se a dor... mir has... ta que su ca... pi... tán los des... pier... te.

Como si les hubieran dado un palo en la nuca, los uniformados cayeron al suelo y comenzaron a roncar. Zum deploró:

–¡Es una lástima que La Rosita no esté aquí! ¡Dormidos era cuando más le gustaban! ¿Recuerdas su historia con el paco Morales?

(Entre medianoche y una de la madrugada, La Rosita escribía diez páginas de su *Gusano de tierra, mar y cielo*, porción de novela que leía a diario, exceptuando domingos y festivos, al postre del almuerzo que le pagaban algunos miembros de la Sociedad de Amigos del Bisoñé para gozar del inspirado texto y obtener una buena digestión. Meses después, cuando el libro apareció en una editorial argentina, se descubrió que había copiado, traduciendo palabra por palabra *El lobo estepario* de Hesse. El silencio nocturno sólo era interrumpido por el revoloteo de una mariposa despedazándose sin lograr atravesar el vidrio de la ventana o por la vibración acre de un tranvía lleno de borrachos, navegando contra la corriente. Tres golpes rudos en la puerta indicaban que el paco de guardia había abandonado su esquina.

–Buenas noches, caballero. Pasé a ver si se le ofrecía algo.

–Nada, mi señor carabinero, pero ya que está aquí, ¿por qué no se toma un cafecito?

Como siempre, le preparaba un café con seis terrones de azúcar, medio vaso de coñac y una píldora para dormir.

–Está bostezando mucho, mi cabo. Si le cae bien, échese un sueñecito...

Y el guardián dejaba caer su voluminoso cuerpo en el tentador colchón. La Rosita ponía en el tocadiscos los valses nobles y sentimentales de Ravel, cerraba las cortinas y cuando constataba, pinchando con una aguja, que el sueño era profundo, bajaba el pantalón de montar caqui, los rasposos calzoncillos y, facilitando la operación con un poco de leche condensada, poseía al representante de la Ley, teniendo cuidado de no sacudirlo mucho para que no se fuera a despertar. El hombrote dormía dos horas, lo que le daba tiempo a La Rosita de repetir la visita. Esta segunda vez era la más excitante, porque el peligro aumentaba y cualquier error podía ser mortal. Calculando con precisión cronométrica, La Rosita tenía tiempo de subirle los pantalones, abrir la cortina, callar el disco y sentarse a teclear en la máquina de escribir antes de que el paco se estirara, diera las gracias por el café y se fuera con un inocente hasta mañana caballero.)

Hums y Zum regresaron al escenario para oír a Boli, quien después de haber terminado de poner en su sitio a Von Hammer, que sonreía con la comisura izquierda perdonando la vida a esa judía de cabellos largos y fidelidad corta, estaba revelando el misterio de su transformación, el porqué del carnaval araucano y lo que esperaban las doce mil almas.

V. Un bautizo de fuego

«¿Por qué deseas ser transparente si no tienes cuerpo?»
El «Terrible Tetas Negras» al matón de un bar

Cuando Boli cortó los tentáculos de Von Hammer, de las esquinas de su dormitorio, convertidas en quebradas sin fondo, comenzaron a salir sombras. Decidió dormir al aire libre, en la cumbre de rocas, allí donde el espacio, al no tener límites, permitiera el derrumbe de los suyos. Conservó un saco de dormir, el mameluco azul eléctrico y con las manos vacías mendigó comida a los excursionistas: fue violada, vendió su sexo por una lata de lentejas, prodigó sus ovarios tratándose de perra absurda pero nunca perdió la esperanza: lo que le estaba pasando eran dolores de tiniebla antes de engendrar la luz. Y un atardecer, al atravesar una aldea, vio desfilar familias enteras, con un resplandor en el rostro que sólo otorga la atmósfera de los templos.

Cada habitante tenía un huevo en las manos. Formaban cola, esperando llegar al kiosco de la plaza para ser recibidos por un benedictino rubio, de ojos inflamados, que después de recibir el óvulo y frotárselo por el cuerpo se dedicaba a traspasarlo con un cuchillo. Boli, enloquecida, vio saltar chorros de sangre, caer una lluvia roja sobre los inmutables campesinos, avanzando paso a paso hacia el matadero. Vio ayudantes llevar cuerpos y tenderlos en el pasto. Cientos de siluetas inmóviles yacían bajo sábanas sanguinolentas. Reconoció al monstruo. ¡Era Laurel Goldberg! ¡Imposible! El fino, el tímido, el casto, abría el pecho de un anciano, separaba las carnes con sus dedos y, extrayendo el corazón de un tirón implacable, hundía su boca en él para arrancar un pedazo con los dientes y volverlo a depositar en la caja torácica. ¡No, no era su amigo! ¡Un demonio lo había poseído! Laurel no tenía esa fuerza magnética, ese peso de ídolo, ese poder enceguecedor: parado en medio de una charca de coágulos, la sotana cubierta de costras y los brazos entintados, resplandecía como si una aurora boreal lo circundara.

Boli dio un grito tratando de suspender el siguiente sacrificio.

Mientras el cuchillo desaparecía hasta la cabeza de Cristo en el hígado del campesino que, sostenido por su mujer embarazada, mordía una caña para atajar el dolor, el demonio cruzó un segundo su mirada con la de Boli. A ella le pareció una hora: esos ojos le atravesaron el vientre. Sus ovarios parecieron hincharse y estallar: le habían sacado las entrañas a la luz; la conocían más que ella a sí misma. Bastó un segundo para que Boli, sin poderse contener, yendo contra sus convicciones esenciales, cayera de rodillas en el piso cubierto de sangre, pelos, pedazos de vísceras y besara los pies del asesino.

Esas dos manos que la asieron de los hombros, inyectándole un plasma dulce, parecían ser cuatro. En el mismo espacio que ocupaban las extremidades musculosas, plenas de calor, existían otros dos órganos, inmateriales, que ella podía captar por una vibración profunda: al tocar la piel entraban en contacto no sólo con el cuerpo, sino también con la oscura región de los designios biológicos, dando alimento y renovación. Boli se vio alzar por los vecinos que mostraban caras piadosas bajo un velo de costras. La acostaron en el banco de piedra, le metieron una caña de azúcar entre los dientes y le sostuvieron con firmeza las extremidades.

Mientras el benedictino levantaba el cuchillo susurrando palabras sin mover los labios, Boli vio desvanecerse el hábito negro. En su lugar apareció un penacho de grandes plumas irisadas sobre un casco de oro puro, joyas pectorales que parecían modelos de universos y un manto púrpura de millares de pequeñas plumas entretejidas con tal ciencia que formaban un laberinto, a la vez calendario cósmico, libro sagrado y talismán. Sus diferentes mandalas emitían brillos que afectaban distintas regiones del cuerpo, se metían por el plexo solar, en medio de la frente o bajo el ombligo. Boli sintió que setenta y dos puntos de su cuerpo ardían por la acción del traje… Después, alrededor de la luminosa aparición que blandía el arma, captó un coro de murmullos y vio nebulosamente grupos de entidades, algunas de forma humana, otras tentaculares o geométricas. Estaban allí y no estaban. El kiosco era un cruce de espacios y tiempos.

Cuando Aurocán habló, así lo llamaban, en su voz se deslizaron las voces de esas apariciones. Oír a Aurocán era escuchar un concierto donde, bajo las palabras, rodaban fórmulas, vibraciones, rugidos…

–El que nos escucha, a él se oye. Entramos en el mundo para purificarlo y nos comportaremos como su dueño. Abriremos a los hombres el acceso a ellos mismos...

La hoja le había perforado el ombligo y ahora le estaba sajando el vientre. Boli oía el ruido fangoso de sus tripas, las veía emerger de un caldo humeante; las narices se le llenaban de gases azufrosos. No

podía moverse. El sufrimiento la dejaba clavada en el banco.

–Entréganos tu mal. Comparte un dolor que no te pertenece. Nada hay en ti que no sea de todos. Por esta unción te pedimos la enfermedad. No te dejaremos sola. Si una mano nos doliera, ¿la cortaríamos para alejarla de nuestro cuerpo? Ofrenda ese tumor que guardas en tus ovarios heridos.

Aurocán metió un puño en la lesión y jaloneó con tal fuerza que levantó el cuerpo en el aire.

–¡Hay que arrancarlo de raíz!

Boli vio la cosa viva, oscura, que le extirpaban de las entrañas: un falo, exacto al de Von Hammer, con su mismo prepucio marcado de una verruga, agitando alas membranosas y patas prensiles. La bestia roncaba por la uretra, escupiendo chorros de semen. Arrojaron el tumor sobre carbones ardientes: se infló, estalló, disolvió, gargajeando hasta el fin. Apenas el Hermano pasó las palmas por la herida, ésta se cerró sin dejar cicatriz y el dolor cesó. Boli tuvo la sensación de haber salido de un baño turco: una transpiración tibia, cristalina, emanaba de cada poro y la sangre, galopando por las venas, le teñía las mejillas de granate... La envolvieron en una sábana, la alzaron, la llevaron al pasto y le ordenaron permanecer inmóvil cuarenta minutos. Antes de caer en un sueño angelical, vio levantarse varios bultos que había confundido con cadáveres.

Boli despertó. El día estaba danzando, mil latidos hacían vibrar su piel, el aroma de las flores era una de las hebras con que estaba tejido el orbe: le habían quitado el caparazón y ahora, transparente, percibía el exterior como su propio contenido.

–¡La operación te ha bautizado!

La abrazó una jubilosa matrona a quien le habían injertado un tímpano:

–Aurocán ha venido para dar vista a los ciegos, hacer andar a los lisiados, curar males del cuerpo y aclarar el alma. Las culpas se condensan en tumores, la tristeza se hace carne y el cuchillo milagroso extirpa de nuestras vísceras engendros que representan años de angustia. Aurocán ha dicho: «Hay un sitio en el corazón del hombre donde el canto de los pájaros es una llave. Al amanecer, báñate en los rayos del sol para que las aves gorjeen hacia tu pecho. Ellas abrirán la puerta y tu caerás hacia ti mismo para sumergirte en la fuente de vida y ser parido a otro mundo».

Boli había pasado su existencia tratando de dar a un mundo que no la recibía y rechazando un mundo que no le ofrecía. Ahora, una gran calma habitaba la tierra. Puesto que todo era Uno, no se poseía y

no había nada que dar o pedir. Ofrecer y recibir era respetar la Ley Universal, desconocida para ella pero activa en ella.

Aurocán terminó de operar al último habitante de la aldea y bajó las escaleras del kiosco: un movimiento se encadenaba con otro. Los músculos, como si tuvieran conciencia propia, accionaban las palancas de los huesos empleando exactamente la dosis de energía requerida, logrando tan prodigioso equilibrio que el cuerpo parecía flotar a milímetros del suelo. Boli vio a Aurocán deslizarse sin que una pluma, un velo, un cabello se moviera. Llegó ante ella y, sobre sus labios, miles de labios transparentes, conservando la individualidad, a pesar de estar unos en otros, dejaron pasar otros tantos miles de hilos de voz que se tejieron para dar una hebra dorada, una palabra vibrante donde concepto y música eran la misma cosa. No comprendió lo que le dijo en mapuche, pero percibió, en cada uno de los latidos de su corazón, que Aurocán le iba a mostrar lo que había estado buscando a través de su realidad mutilada: el amor del hombre.

La tomó de la mano, la condujo fuera de la aldea, la llevó hasta un río, la desvistió, la frotó con barro, la enjuagó en el agua fría, le aplicó rocas calientes para que sorbiera por su piel la energía solar y la frotó con hierbas fragantes. Después enterró el cuchillo en la arena y trazó un círculo, llenando los pulmones y lanzando una frase musical continua, construida como un laberinto, con tal cálculo que la última nota de la melodía coincidía con su última partícula de aire. El silencio de una nueva inspiración y luego otra frase venía a continuar el templo auditivo, una joya tan intensa que los insectos, aves y demás animales se callaban, escuchando hipnotizados. Mientras volvía a inspirar, las bestezuelas llenaban la pausa estallando en ruido atronador, para otra vez cesar en cuanto Aurocán recomenzaba. El círculo se hizo altar y cámara nupcial. El Dios la invitó a poner los pies en la tierra consagrada.

Boli siempre había caminado guiada por el dolor. El paso que la llevó del exterior al interior del círculo le pareció el primero que daba en su vida. Por el simple hecho de mover sus pies de un punto a otro obtuvo un cambio. El mundo perdió poder y la circunferencia se hizo Edén. Su vagina comenzó a ondular y los ovarios, humildes, ofrecieron su universo negro. Boli se tendió con las piernas entreabiertas hacia el este. Aurocán, milímetro por milímetro, la fue penetrando hasta introducir la mitad de su miembro. Esa posesión incompleta que sólo satisfacía parte del deseo hizo que las paredes internas del vientre de Boli deliraran ansiando recibir el órgano entero. Su carne se volvió succión. Entonces Aurocán la miró a los

ojos y entró hasta el fondo de su memoria. Asistió a su nacimiento, la acompañó en sus juegos infantiles, la consoló día por día, año tras año, hasta que no hubo un recuerdo sin que él no estuviera. Y al llegar al presente, abrió su espíritu y la hizo descender hacia el pasado de la raza humana, para entrar en las raíces cósmicas y asistir a la creación del Universo. Ese estallido vital le atravesó el cerebro, cayendo como lava por la columna vertebral hasta alojarse en un centro que bruscamente palpitó en el fondo de su sexo. Los ovarios, convertidos en imanes, lanzaron remolinos de energía llenándola de una electricidad que necesitaba imperiosamente descargarse en una chispa cataclísmica. Los gemidos de Aurocán se hicieron de toro, de potro, de león, de lobo, y ante esa llamada Boli sintió que cada una de sus células cobraba una vida distinta y conoció la calentura de la vaca, la yegua, la leona, la loba. Desde la piel del cráneo, las raíces de sus cabellos parecieron sorber la energía del sexo, hacerla subir por los tubos capilares y lanzarla al espacio, en respuesta al ofrecimiento del macho. Las cabelleras entrelazaron sus deseos formando una trenza invisible y, amarrados por las cabezas, se dejaron sorber hacia los dedos de los pies que parecieron crecer como serpientes para anudarse frenéticos. La frente deseó a la frente, la boca se entregó a la boca, los brazos ondularon formando una cruz, los pechos lanzaron latidos abismales, las hondas respiraciones salieron a mezclarse en el aire formando un aliento común y las lenguas, proyectando saliva marina, se amalgamaron como dos caracoles. Después ya no fue más ella misma sino un estallido eterno, la primera fórmula saliendo de la boca de Dios para derramarse en estrellas, vida y muerte.

–Aurocán me tomó en sus brazos y saltó conmigo fuera del círculo. Aparecimos en el kiosco de la aldea. Los campesinos cayeron de rodillas entre las velas corroídas. Y Él habló, acariciando sin cesar mis hombros. «Ha llegado la hora de abandonar esta carne. Regresaré durante el solsticio de invierno para transmitir la nueva luz. Cuando me laven los pies, quiero que todos vengan al Monasterio Benedictino... Os ordenaréis en doce anillos de mil creyentes cada uno, alrededor de doce elegidos. Ese día no habrá más enfermos, hambre, ni cadenas. Aquel que crea en mí vendrá conmigo a mi Reino...»

Y Aurocán desapareció. El buen Laurel se encontró rodeado de una multitud respetuosa que se negaba a dirigirle la palabra. Tenía la sotana cubierta de costras y un cuchillo en las manos. No podía comprender. Impresionado, sollozó en mi pecho, sin reconocerme. Una anciana trajo un vaso con leche de cabra. Unté mis dedos y lavé

su cara. Luego fui a dejarlo en el monasterio. El portero no lo vio entrar. Regresé a vivir entre los campesinos para preparar la gran concentración del solsticio de invierno... ¡Sabemos que hoy regresa, porque así lo prometió! ¡Sabemos que es el fin del mundo y el comienzo del Reino! ¡Cuando el abad lave los pies de Laurel Goldberg, Aurocán aparecerá en toda su gloria! Sus caminos son misteriosos: pidió para este día doce anillos de mil creyentes alrededor de doce elegidos, y aquí, ahora, nosotros estamos en el escenario esperándolo... ¿Cuántos somos?

Demetrio, Enanita, Ga, Tolín, Akk, Hums, Zum, La Cabra, Von Hammer, Alamiro Marciláñez y Estrella Díaz Barum sintieron escalofríos. ¡Ellos más Boli sumaban doce apóstoles!

VI. A cada Dios su apocalipsis

«Se puede medir bien con falsas pesas. Aunque en mi Universo todas las leyes son artificiales, las aplico y respeto. Por eso mi vida tiene una forma especial de coherencia.»

Discurso de La Rosita en la Academia Literaria

El matamoscas eléctrico enloqueció: un chirrido incesante interrumpió la siesta de los monjes. Estallaron interjecciones en alemán, francés e italiano. Hubo un revuelo de sotanas negras deslizándose hacia el altar en pos del abad que avanzaba cubriendo sus oídos con dos manos azules –usaba guantes para dormir en caso de que sus dedos tocaran las partes pudendas– mientras la piel de su tonsura, palpitando frenética, parecía un ojo granate. Frater Theoleptus, a la cola, agitaba pinceles babosos. (Durante el descanso pintaba un zodiaco cuyo centro era Jesús levitando sobre las olas de cuatro océanos. Miles de peces, bajo las superficies transparentes, con los hocicos orientados hacia los pies del Mesías, formaban los trescientos sesenta rayos de la rueda.)

Despidiendo olores acres, pegada a la rejilla eléctrica, una tarántula enorme estaba asándose. Casi borrada dentro de una nube de vapor, movió lentamente sus patas peludas en ocho gestos de adiós.

–¡Mal augurio! –masculló el abad, y la pelada circular de su cráneo pareció hincharse. Desenchufaron el aparato, asearon la máquina y volvieron a conectarla junto al altar. El moderno sistema sonoro difundió motetes de Von Bruck y los benedictinos se encerraron en sus celdas cromadas a tratar de terminar la siesta para lucir calmos frente al carnaval araucano durante el lavado pedestre.

¡Otra vez el matamoscas enloqueció!

El chirrido pareció sirena de alarma. Llegaron acezosos ante el altar, en calzoncillos. ¡Sobre la parrilla ardía otra tarántula! El profesor de latín, rascando su san Sebastián tatuado en el muslo, opinó en griego:

–El macho no ha soportado vivir sin la hembra y se ha suicidado...

Esta frase, que provocaba oscuros ecos sexuales, convirtió la atmósfera en bloque de hielo. El abad lo partió tosiendo un *Pater Noster*. Ya no tenían tiempo de «siestear». El momento del bautizo había llegado. En media hora más, el novicio, con los pies relucientes, pasaría a llamarse Frater Martirio.

A pesar del escándalo, Laurel siguió tendido, tratando de controlar el ritmo irregular de su respiración. Por milésima vez tomó entre pulgares e índices su pálido prepucio y lo estiró para examinarlo escrupulosamente. Eliminó de su conciencia el cosquilleo placentero y jaló la piel. Ésta se plegó hacia atrás sin resistencias, dejando al descubierto una robusta cabeza de cuerpo esbelto. El joven israelita extrajo de su amnesia la imagen de un padre arrepentido:

–¡Tenía tantas preocupaciones económicas que olvidé llamar al rabino para que te circuncidara! ¡Tu madre, después del parto, tratando de recuperar la línea, hizo una cura de sueño y también dejó pasar el tiempo! Como te limpiaba y vestía una criada, demoramos años en darnos cuenta. ¡Ya era muy tarde!

Ni siquiera una vez su madre lo había alzado desnudo para acariciarlo. Jaló con más fuerza hacia su pelvis. La piel brillante del pene, al estirarse, le causó un placer doloroso. Descubrir entre sus piernas ese órgano de hombre lo dejaba perplejo. Antes de caer en trance, su capullo estaba cerrado con un botón en la punta que apenas dejaba pasar el hilo de orina. Ahora su voz también había cambiado y surgía del vientre con acento denso haciendo vibrar los testículos. Una satisfacción profunda llenaba su cuerpo. Laurel Goldberg tenía dificultad en reconocerse. Incapaz de calmar esa ansiedad, se tendió en los azulejos del suelo y hurgó bajo la cama. Extrajo el Cristo transformado en puñal. Olió las costras pegadas al filo. Quiso recordar. Inútil. Vivió esperando la visita milagrosa y ahora que había sucedido no sabía si era un elegido de Dios o un siervo de Satán. Se persignó empleando la suma de su fe, pero obtuvo gestos vacíos. Colocó en los latidos de su corazón palabras de ruego:

–Soy... de... ti. Ten... piedad... de mí.

Detuvo los pensamientos para convertir su mente en el transepto de un templo girando alrededor de la piedra llave de la bóveda, pero en ese punto que debería aunarlo con Jesús apareció la palabra «Aurocán». Gimió, sacudió la cabeza, agitó el cuchillo atacando entidades invisibles. Dejó de llorar porque el tono grave de sus lamentos le erizó los cabellos.

Golpearon la puerta de aluminio. Apenas pudo esconder el arma bajo su sotana. Apareció el abad, en traje ceremonial. Detrás de él, los

monjes, acicalados, portaban la jofaina de oro y el agua bendita. También una toalla morada. Laurel, obediente, a pesar de que hubiera preferido huir al desierto y esconderse hasta recuperar la fe, se colocó en la procesión... Frater Martirio... ¡Qué bien le venía el nuevo nombre! Disimuló bajo sus largas mangas la tenaz erección y se entregó a la Voluntad Divina.

Los doce mil creyentes cesaron de aplanar a huarachazos la arenisca de mármol, retuvieron cantos y esperaron que el triperío metálico de los portones terminara de separarse para dejar pasar la carne elegida que habría de recibir al nuevo Dios. El silencio fue devorado por el zumbar de una nube de moscos que planeaban fascinados alrededor de los espejitos, lentejuelas, botones de metal, plumas artificiales y maquillajes grasos de la araucanada. En su juventud el abad había pertenecido a un grupo de teatro donde, por su exiguo talento, sólo le tocaba soplar la trompeta del ángel en el auto sacramental del Juicio Final. Al ver la multitud le surgió lo histrión y, haciendo de gases aliento, berreó en copto, aunque nada tuviera que ver con la ocasión, un cántico a la Virgen María. Cuando Laurel se destacó contra el fondo de jaspe, un rugido que enloqueció a los canarios de las jaulas plateadas y espantó a las moscas dejó mudo al sacerdote. Doce mil gargantas gritaron «¡Aurocán!» y estalló otra vez el zapateo. Se agregaron tambores, pitidos, matracas y castañetazos. Los Compañeros de la Papa Florida, envueltos en efluvios de sobacos, se anestesiaron las narices con otro frasco que Estrella Díaz Barum extrajo del pozo sin fondo que tenía entre los pechos.

La procesión llegó al estrado. El atardecer solicitó antorchas. Apareció un mar de fuego. Las gargantas cansadas continuaron pronunciando el Nombre con tonos cavernosos que se mezclaban al ulular del viento glacial que bajaba de la cordillera a suplantar el calor tórrido del día. El abad estiró hacia su boca un lóbulo de Laurel:

–No te inquietes, hermano. A veces sin ser llamados somos elegidos. Te has convertido en imán. Gracias a ti, esta indiada dejará de repudiar nuestro templo y vendrá a misa. Aceptemos el incomprensible homenaje y, sin quitarle lo sagrado, hagamos de tu iniciación un circo.

El abad se arremangó la sotana y comenzó a zapatear alrededor de Laurel imitando a los campesinos. A punta de miradas azuzó a los otros monjes y al poco rato todos estaban dando sandaliazos en las tablas. ¿Qué más querían los Compañeros de la Papa Florida? Bailaron retorciéndose mientras llegaban al fondo de la botella. Boli, único ser inmóvil en las ruedas contorsionistas, miraba a Goldberg

con adoración y deseo. Laurel, sin reconocer a la judía, sintió el alfilerazo de sus pupilas. El miembro como si cobrara vida propia pareció jalarlo hacia la pelvis de la mujer. El novicio se dio una cachetada que sonó como balazo y tuvo la virtud de detener el pandemónium. Los cuellos se estiraron. Laurel, descalzo, apoyado en Frater Theoleptus y un monje alemán, entró en el agua bendita. El abad se arrodilló y entre pufidos comenzó a frotarle la planta de los pies.

El silencio inquietó a los seis engominados. Bastó que uno de ellos extrajera un pañuelo caqui y limpiara sus antiparras para que los otros cinco hicieran lo mismo con rectángulos de tela semejante.

–¿Intervenimos, mi general Lebatón?

El interpelado ocultó nuevamente sus ojos. Tamborileó en la piel del maletín que nunca abandonaba. La Zagorra pasó una lengua seca entre las vetas de sus labios.

–No nos precipitemos, caballeros. En algunos minutos, estoy segura, volverán a sus hogares.

–¡No nos hagamos huevones, señora; estos chuchas de su madre son enemigos del excelentísimo señor presidente! ¡Don Gegé Vihuela debería poner fuera de la ley al comunismo de mierda!

Los acólitos de Lebatón, recorridos por temblores de odio, hicieron al unísono un gesto de mando. Tanques, ametralladoras y rifles apuntaron hacia la gran concentración.

La Zagorra lanzó una risa más artificial que su dentadura y trató de bajar la tensión.

–General, debo confesarle que me intriga su maletín. ¿Guarda algún secreto?

Lebatón se atusó el bigote, sonrió y explicó con ternura:

–Nunca me separo de él, madame. Contiene una colección de figuras de plomo que reproducen hasta en sus mínimos detalles los uniformes militares de la Historia...

Abrió el estuche blindado y depositó en la cima de la loma un ejército minúsculo.

–Mis soldaditos valen una fortuna. Algunos los he mandado a fabricar en Inglaterra. ¡Son veinte años de investigación!

Los observó con deleite. Luego, organizó una batalla. Imitando ruido de explosiones lanzó cargas contra el pasto convertido en enemigo y lo arrancó de cuajo.

–La mano de hierro –murmuró inquieta la Zagorra.

Por más que Laurel luchó angustiado tratando de aferrarse a cada

célula, como un rostro que lentamente abandona su máscara, el espíritu comenzó a salírsele del cuerpo. A miles de metros de distancia, el abad introducía sus dedos regordetes en el líquido consagrado para salpicarle los tobillos. Él iba hacia arriba esquivando los rayos que despedían las puntas de las bayonetas y los picos de los pájaros. Sólo un cordón plateado lo unía a ese joven que dormía de pie, sostenido entre dos monjes. Desde lo alto, la multitud parecía un laberinto. «¡No quiero esto!», pensó sintiéndose descuerado. La mujer del mameluco azul eléctrico miró hacia lo alto. ¡Reconoció el aura de esa cabellera! ¡Boli! Se dio cuenta de que la había llevado tatuada en cada parcela de su alma, que se había hecho benedictino sólo por haberla perdido, que su sexo la conocía desde el abismo. ¡Más que nunca quiso regresar! Aferrándose al hilo reluciente, bajó hacia el estrado. Se le echaron encima miríadas de formas, rostros deshechos, cuerpos metálicos, medusas humanas, vorágines ávidas tratando de empujarlo hacia las puntas para que su masa astral fuera herida, cortarle el nexo y robarle el cuerpo. Un ánima opaca, de movimientos sibilinos, perseguida por una bola irisada, ululó esquivando las arremetidas:

–¡Soy La Rosita! Por favor, deja que me refugie en tu carne. Sola-Bella me acosa. Quiere que vaya a enterrar su calavera junto al resto de su esqueleto que yace en el cementerio de un castillo yugoslavo...

Laurel siguió batallando. De pronto, un resplandor descendió del fondo del cielo y apartándolo como hoja seca lo despojó de su cordón. Soplado hacia la noche, alcanzó a ver una entidad gigantesca entrando en lo que había sido su cuerpo. Después lo asaltaron bestias de gelatina y comenzó a luchar para no ser devorado.

El silencio de un público atento, los cañones apuntando, los decorados, el escenario, regresaron al abad a su pasado teatral: creyó ser el héroe de un drama, el patriarca magnánimo festejando a la oveja negra entre la envidia de las noventa y nueve blancas que por haber sido buenas no eran merecedoras de mayores distinciones. Estuvo seguro de que al secar esas plantas recibiría la andanada de aplausos que, en un rincón secreto de su vanidad, no había cesado de merecer. Tomó la toalla, hizo un gesto al pie derecho para que saliera del agua y se quedó paralizado, con la boca abierta y pestañeando. ¡Las extremidades de Frater Martirio emitían luces que se iban haciendo cada vez más densas hasta convertirse en joyas! Comprobó que no estaba alucinando, porque con una expresión idéntica a la suya, entre labios colgantes y golondrineos de párpados, monjes y capitalinos juntaron sus cabezas para mirar de cerca el fenómeno. Un entrecruce

de rayos hizo que despegaran las narices del lavatorio y vieran a un coloso vestido con un esplendente traje de plumas, oro y pedrería. Descargas eléctricas agitaron el vientre de la multitud y tres palabras descomunales disparadas por doce anillos de mil gargantas provocaron una avalancha de nieve en la cima cordillerana.

–¡Aurocán ha regresado!

Oyendo graznar a la muchedumbre, Akk encogió sus hombros. ¿Qué miraban con tanta atención en esos pies encarrujados dentro del líquido? ¿Por qué hablaban de un traje maravilloso si sólo veían una burda sotana? Akk, sintiendo necesidad de orinar y siendo siervo de sus deseos (su respuesta favorita a cualquier dilema moral era: «Lo hago porque se me da la real gana»), abandonó al grupo y buscó un rincón del tablado. El murmullo creciente, la marea emocional, esa ventregada cayendo de rodillas ante un adolescente, fue borrada por el deleite de eyectar su chorro ambarino. Un nudo de la madera había saltado a causa del bailoteo del abad y justo debajo del agujero se divisaba la jeta de un soldado difundiendo ronquidos con aliento de pantano. Akk hizo la puntería y envió un chisguete en la garganta del «feo durmiente del bosque». El milico, atragantado, despertó enarbolando su ametralladora.

Los poros de los pies de Aurocán se convirtieron en minúsculos volcanes y comenzaron a vomitar un barro que, en oleadas espesas, incesantes, rebalsó la jofaina, cubrió el escenario para caer hasta el suelo y avanzar inundando las filas de enfermos. ¡Toneladas de lodo! Nada parecía poderlo atajar. Aurocán clamaba, vitoreado por los campesinos:

–¡Nuestros pies no quedarán limpios hasta que la carne del mundo entregue su dolor! ¡No hemos venido a traer el Juicio sino la Redención!

–¡Qué imbecilidades perora este muchacho! ¿Por qué los judíos siempre caen en delirios mesiánicos? –gruñó Akk, y le sacó la lengua al ojo furioso que el soldado pegaba al hoyo para ver al cabrón que le había meado el hocico.

Un sordo tuvo la ocurrencia de palpar la masa arcillosa y depositarla en sus tímpanos resecos.

–¡Puedo oír! ¡Milagro!

Comenzó el revolcadero. En contacto con el barro, los paralíticos danzaban, los ciegos veían, los tuberculosos sacaban voces estentóreas; reventaban bubas y tumores, rejuvenecían ancianas, se hacía potente el esqueleto de los niños raquíticos. La inundación sólo había llegado a las dos primeras filas. Los otros círculos, impacientes,

se cerraron tratando de alcanzar la materia santa. Los soldados que incubaban su borrachera en el mismo sitio en que el mensaje en morse traducido por Zum los había clavado, fueron despertados a culatazos por el orinado, lleno de ira y presa de pánico ante el amontonamiento de cuerpos.

–¡Alerta, huevones de mierda! ¡Ofensiva estalinista! ¡Defendamos la patria amenazada!

Y apretó el gatillo. El ladrido intermitente de la ametralladora produjo flores brillantes en las carnes embarradas. Los otros milicos tragaron la saliva amarga con que sus hígados protestaban y empezaron a disparar, avanzando hacia el amasijo de cuerpos que caían dando gritos de felicidad.

Un vigía bajó corriendo.

–¡Traición! ¡Los hijos de puta masacran a nuestros soldados!

Alguien presionó el botón de una sirena.

Un solo grito, a múltiples voces, apagó el incisivo ulular.

–¡Viva Chile, mueran los rojos!

Y ya no hubo quien pudiera detener la estampida.

Lebatón, concentrado en hacer ganar a sus soldaditos de plomo la batalla contra el pasto, no había oído los disparos. Cuando la tropa le pasó por encima pisoteando sus miniaturas, estalló en desesperadas imprecaciones:

–¿Se han vuelto locos? ¡Miren lo que me han hecho, pelados de la caramba! ¡Les voy a meter una corte marcial por el culo!

Desviando a coces a los grupos de soldados y esquivando tanques, se dedicó a recoger las efigies, acariciándolas como una madre.

La millonaria intentó despegarlo del suelo para que viera el cañoneo.

–¡General Lebatón, déjese de imbecilidades! ¡Ataje la masacre!

–¿Imbecilidad mis soldados? ¡Vieja irrespetuosa! ¡Toma, por hocicona!

Ebrio de furia, le propinó un puñetazo que partió en trozos la dentadura postiza. Escupiendo dientes, sangre y pedacitos de plástico rosado, la Zagorra rodó loma abajo y fue a estrellarse contra una llanta de su Rolls Royce.

Al escritor Akk los acontecimientos se le presentaban estrechamente relacionados con la memoria, y en el momento mismo en que sucedían los integraba a un caleidoscopio donde presente, pasado y futuro formaban una esfera cuyo centro era pura melancolía.

En lugar de afectarse por esos hongos agitando banderas de tripas, pensó en la muerte de su hermana Yía, tuberculosa, vestida de terciopelo verde-Grünewald, y en el mito de la resurrección de la carne. ¡Despertar en un jardín victoriano! ¡Encontrar a su hermana junto al laúd, besar su pelvis amarilla, enseñarle el nombre de los frutos terrestres, marchar entre pavos reales y reposar bajo esculturas de Praxíteles! Ningún deceso más importante que el suyo, ninguna catástrofe más grande que la de perderse a sí mismo. Un verdadero escritor necesitaba sentimientos de periodista, es decir, ninguno. Dejar hacer, dejar pasar, tomar notas. Alzando el cuello de terciopelo de su abrigo, se deslizó hacia el monasterio, trepó por las escaleras de cobre y desde una joroba de las torres, anotando en un cuaderno forrado en piel de culebra las primeras frases de una nueva novela, *A cada Dios su apocalipsis*, observó la matanza con la misma calma con que veía los partidos de fútbol.

Los benedictinos, de bruces contra las tablas, rezaban horrorizados. Aurocán había levantado su cuchillo y el mango de Cristo despedía un rayo que llegaba hasta las nubes. Ni un Compañero de la Papa Florida podía creer lo que estaba pasando. Tanto habían hablado del fin del mundo y ahora lo tenían delante, no como sus refinados cerebros lo imaginaran, sino simple y feo, y por eso insoportable... Contrariando las reglas de la educación, en un desesperado intento por ocultar tamaño desacato al arte de vivir en el tono justo, Hums se apoderó de un bolsillo del vestón de Zum y lo llenó de vómitos. Su acólito, aterrado, mecánicamente respondió «Gracias» y volvió a nadar en el tablaje. El ritmo del tiroteo se acentuaba. Boli, abrazada a las piernas de Dios, pedía que le enterrara la daga en el pecho...

–¡Hazme morir para que viva! ¡Llévame contigo, Aurocán!

De las víctimas surgían ectoplasmas multicolores que iban a girar alrededor del rayo que despedía la hoja, formando un techo fulgurante.

El Salvador siguió produciendo barro en cantidades cada vez mayores. Tolín, como sólo conocía la molicie –era su madre la que lo calzaba a mediodía, después del desayuno en la cama–, se había tendido en posición de maja desnuda. De pronto vio algo que, por primera vez en su vida, le crispó los músculos. Desafiando la balacera, saltó del tinglado y entró en la muchedumbre tratando de impedir que una anciana, igual a su abuela, se hiciera destripar. ¡Demasiado tarde! El asesino, con un collar de entrañas alrededor del sexo, vertía esperma. Tolín enloqueció. Corrió de jaula en jaula liberando a los

canarios. Las avecillas, estremecidas de pavor, se lanzaron hacia el cielo para darse cuenta de que no tenían dónde ir porque su patria eran las jaulas. Esas explosiones les impedían encontrar una meta remitiéndolas a su libertador. Comenzaron a posarse en él. Lo rodearon de una nube de plumas amarillas. Tolín ya no se distinguía. Era un bulto de aves deslizándose hacia los soldados que, convertidos en representantes de la oscuridad, del frío, de la inercia, no podían ver esa aparición celeste, anunciadora de la claridad, del calor, del movimiento. Por más que Tolín gritó agitando los brazos para salir de su nimbo canoro, el muro de avecillas le impidió tocar la realidad. Sin saber cómo, llegó al monasterio y se quedó con los brazos abiertos convertido en jefe de bandada.

Von Hammer, arrastrándose, buscó refugio en el interior del convento. Era difícil reconocerlo. Se le había caído todo el pelo. Cuando vio el ataque de las tropas, creyó estar en la Gran Guerra. Imaginó comunistas emboscados, conjuraciones judeocristianas, esbirros del pulpo norteamericano. Corrió para ayudar al glorioso ejército nazi de Chile, seguro de ser reconocido como el Líder que faltaba, el guerrero poeta conquistador de la tierra y el espíritu. ¡La batalla no cesaría hasta que las estrellas formaran una cruz gamada! Su delirio fue interrumpido por un balazo en la rodilla izquierda. Cayó en el barro. «¡Correligionarios, soy yo...!», intentó decir, mas otro balazo, en la misma rodilla, acabó de partirle los huesos. Se hizo el muerto. El dolor propio le reveló el ajeno. Vio la carnicería y todos los caídos fueron él; las víctimas de ahora y las de las guerras que había admirado. Renegó de *Mein Kampf* y comenzó a perder el pelo. Cuando pasó la tropa, reptó en busca de refugio. El universo se había derrumbado dejándole un nombre que carecía de contenido. ¿Von Hammer?

Demetrio no tenía raíz ni en familia ni en patria ni en sí mismo. Como Baudelaire, amaba las nubes, sólo las nubes, las maravillosas nubes. Pero ahora estaba tocando la hez. Tenía la muerte delante y se sorprendía engarrado a la vida. ¿Qué no deseaba perder? ¿Dónde se enganchaba el anzuelo? No en su físico –se le hacía ridículo– ni en su creatividad –él mismo la aniquilaba proclamando que no quería ser caballo de Troya de musas invasoras–. Vivía recluido en un punto de conciencia y ese islote era lo que le aterraba perder... Olió los innumerables aromas de sus manos, vio en el costado izquierdo de la primera falange de su dedo medio la bolita que se le había formado de tanto apretar la pluma, juró que si salía vivo iba a adorar hasta a un

plato de lentejas. Le daba vergüenza rezar pero imploró. ¡Nunca había cesado de mirarse al espejo! ¡Supo lo que era: un cobarde! ¡Le tenía miedo a todo; incluso le espantaban sus propias ideas! Descubrió tras el terror el placer de ver morir a los otros... No pudo impedirse captar la belleza, la atracción venenosa de esas flores que por el impacto de las balas emergían desde la carne como besos dados al aire. Contuvo el deseo de lanzarse sobre las víctimas, hundirles los dientes en la yugular. Al ahuyentar esa sed de tigre, la diarrea lo obligó a culebrear entre los destripados, usándolos como escudos, para llegar al convento.

Ga no podía contener la euforia. En la destrucción su existencia cobraba significado, así como en la violación su sexo alcanzaba la dimensión de trompa sagrada. Estaba acostumbrado a las manifestaciones estudiantiles y obreras: había apedreado a más de un carabinero y volcado cuantiosos autobuses. El silbido de los proyectiles era canción conocida y sabía responder a esa melodía básica. Arrancó de la tarima una barra de hierro. El techo de almas multicolores girando alrededor de Aurocán le provocó tantas náuseas como las toneladas de légamo y la entrega fanática de los labriegos ofreciendo huesos al cañoneo.

–¡El milagro no es una solución! ¡Si en el camino encuentran un Buda, córtenle la cabeza!

Se lanzó a la batalla. El cabo de la boca meada, seguido por sus camaradas, causaba estragos en las primeras filas destripando enfermos que corrían con los brazos abiertos hacia las ametralladoras. Ga cayó sobre ellos como un hipopótamo vengador y, en pocos segundos, haciendo molinetes con la barra, redujo a papilla sus cerebros. Pateó la axila de uno, extrajo su ametralladora y apuntando hacia Aurocán apretó el gatillo... Una bala pegó en la mejilla del Dios, fue desviada por el pómulo, subió reventando el ojo y terminó de tatuar su huella en la frente para perderse en la polvareda. El rostro quedó marcado con una L. Aurocán se desplomó. Desapareció la galaxia de almas y el rayo de luz que le servía de eje. Sin barro, el terreno volvió a su resequedad primera. Boli, entre espasmos, lamió el surco del rostro, tratando de que su ídolo recuperara el poder. Los campesinos parecieron despertar de un sueño. Cinco mil muertos yacían en un lago de vísceras. Cuatrocientos soldados seguían, como zombies, hundiendo bayonetas. Una ira incontrolable, instantánea, sacudió a los siete mil sobrevivientes. Como un solo hombre se lanzaron sobre la tropa y con uñas y dientes la hicieron pedazos. Los tanques persiguieron a la turba. Los labradores desaparecieron entre

los meandros de una cordillera que conocían desde la infancia. Faltos de víctimas, los carros se detuvieron en medio de los cadáveres. Oscureció de golpe y una gran estrella anunció el advenimiento de la noche.

En esos entremundos, Laurel Goldberg se sentía paria. Seguido de cerca por la transparente Rosita y el pedazo de espectro de Sola-Bella, cansado de esquivar las vibraciones de tanta entidad elemental, estaba a punto de entregarse. ¡Que me devoren! ¿Para qué luchar si no tengo residencia? Por ser judío y abundar en raíces culturales sin suelo donde hundirlas, sólo había valorado el «quién» desdeñando el «dónde». Demasiado tarde se daba cuenta de que lo más importante en el cielo de la existencia era el punto de unión con la materia. Lamentó haber abierto la morada al invasor. ¡Él mismo había provocado su destierro! Más valía terminar...

Vio pasar el resplandor de Aurocán convertido en astro, arrastrando alrededor suyo un halo de almas que, sin darse cuenta, le iban sirviendo de alimento. Lo vio engordar a bruscas dilataciones, chupando con codicia el centelleo de las ánimas ingenuas. Una gula tan feroz que hasta las bestias de gelatina huían a ocultarse. ¡Laurel se dio cuenta de que su cuerpo había quedado vacante! Flotó tan rápido como pudo hacia el cordón plateado y se aferró a él sin notar que La Rosita lo venía siguiendo. Bajó hacia su ombligo, amándolo con un respeto renovado y, temblando de alivio, entró por él para tomar otra vez posesión de su organismo. La Rosita, subrepticio, entró por la mollera e hizo nido en los extramuros de la conciencia dispuesto en cualquier descuido a usurpar el mando.

Con ojos de sapo, Ga llegó en tromba al monasterio.

–¡Los tanques nos observan, camaradas! ¡Van a disparar! ¡Sálvese quien pueda!

Viendo la amenaza blindada, el abad envió a Frater Theoleptus, que sabía piano, a conectar el teclado especial del carillón e interpretar música calmante. Theoleptus trepó a la torre, enchufó el mecanismo, hizo tronar sus dedos y ejecutó las partes tecleadas del *Pierrot lunaire* de Schönberg. Los tanques, sin nuevas víctimas y llenos de odio por esa música que no comprendían, y a la que captaron como «extranjera perniciosa», tomaron a la torre de blanco y, siguiendo el ritmo de las campanas, dispararon. El aluminio, el mármol y los materiales fríos de la torcida arquitectura adquirieron calor y saltando en pedacitos como nubes, flores, espuma, por primera vez, en el reventón, se integraron al paisaje. Frater Theoleptus expandió sus fragmentos para llover

sobre el fresco inconcluso que yacía en el piso de su taller destechado y darle fin vistiendo de escamas granates a los peces que, desde los cuatro océanos del mundo, sostenían las plantas del Cristo por debajo de la superficie encrespada.

Sólo una miga del hermano cayó en la nariz del abad. Éste caminó triste y reverente hacia el altar, la desprendió con una hostia y la recibió en el cáliz, entonando responsos fúnebres entre cañonazos y cruces convertidas en péndulo.

Cuando el campesinado se arrojaba sobre la tropa, Laurel despertó en los brazos de Boli. Sintió un lanzazo en el hígado.

–¡No malgastes tu amor: soy Laurel!

Boli lanzó un ¡oh! decepcionado. Laurel tembló de pies a cabeza.

–¡Yo no existo para ti! Veneras mi carne porque fue aposento de tu amante. Sin embargo, quiero que sepas que esa pasión me la debes. ¡Este cuerpo es mío! Yo lo desarrollé y habité de plegarias. Yo mantuve un pene inmaculado. Yo hice posible el acto cuya magia atribuyes al demonio que se disfrazó con mi candor. ¡Mientras no aceptes que soy yo el que te satisface, no volverás a tocarme!

Y de un violento empujón se desprendió de ella.

Boli, encandilada con los ojos por donde había mirado Aurocán, oyó palabras, pero no las escuchó. Ya cesaría el ataque de celos y, estaba segura, Laurel sucumbiría a sus encantos. Esas células guardaban, como un Santo Grial, la huella del Dios.

Cuando vieron huir a los peones se dieron cuenta de que pronto dejarían de tener una multitud haciendo de cortina entre ellos y los tanques. Reptando por la arenisca, que les sajaba las carnes, emprendieron una fuga hacia el monasterio. Entremezclados con las sotanas, tiritando, iban Zum y Hums, que no cesaba de dar pufidos ante el hedor que venía del bolsillo del primero.

–¡Deberías refinar tu gusto y llevar en las bolsas «Joy de Patou» en lugar de vinagre pestilente!

Zum metió su mano en el sitio que la nariz fruncida de Hums le indicaba y la sacó enguantada en verde-morado. Sacudido por arcadas, aprovechó esos retortijones como impulso para reptar y llegó primero al refugio.

Enanita, protegida por los brazos morenos de La Cabra, comenzaba a tener dolores de parto que la agredían con ritmo acelerado. Boli avanzaba delante de Laurel llevando envuelta en un jirón del decorado la jofaina bautismal. Serpenteaba de derecha a izquierda, hiriéndose voluntariamente para lograr un sendero limpio

de púas y economizar molestias al cuerpo idolatrado. Laurel, iracundo, esquivaba la huella pasando sobre cuanta piedra podía. La herida que le surcaba el rostro le envió un escozor de plomo fundido. Sonrió porque el tiro le había marcado con la L de Laurel y no con una A de Aurocán. No existía el azar, los accidentes eran mensajes. Éste decía que en ese cuerpo, para siempre, habitaría él.

La Rosita, rumiando traiciones, después de espiar los pensamientos del cerebro que lo hospedaba, adjudicó la L a La y oró para que otro disparo inscribiera en la segunda mejilla una R de Rosita.

Llegaron al convento segundos antes que Ga. Cuando estalló el carillón y vieron a Akk bajar impávido de su observatorio describiendo en su cuaderno cómo Frater Theoleptus se metamorfoseó en albóndiga, se dieron cuenta de que faltaban Alamiro Marciláñez y Estrella Díaz Barum.

Los voluminosos senos de la poetisa no la dejaban arrastrarse. Pronto ella y Marciláñez quedaron rezagados. Alamiro pensó: «Dijo que podía masturbarme en todos los huecos de su cuerpo, pero que nunca penetraría en el central, porque el himen lo reservaba para un hombre con frente de Dios. Sin embargo, esa tela fue rasgada por el revólver de Von Hammer y Aurocán perdió la frente. ¡Capitán Tetas Negras, ahora te toca a ti!».

Y de un peñascazo desmayó a su amada. La arrastró bajo el escenario, hizo saltar los botones de su bragueta, abrió esos tremendos muslos, empuñó una nalga, alzó el sexo parlanchín e introdujo de un apasionado empujón la totalidad de su ser. Lo acometió una energía de toro. Iba y venía con rapidez de aguja de máquina de coser. El fondo de la vagina, que nunca había pasado por tal experiencia, reaccionó primero con sorpresa, después placer, éxtasis, estallido. Estrella recuperó la conciencia, quiso abofetear el rostro inyectado de su admirador, pero no pudo porque un orgasmo de ballena le hizo rechinar los dientes y abrirse en estrella marina. Decidido a cimentar su imperio, Marciláñez logró aumentar el ritmo de los vaivenes. Bien pronto estalló el segundo cataclismo, seguido por el tercero, el cuarto, el quinto. Sin voluntad, debilitada, a ratos fláccida, a ratos crispada, la que fuera campeona se dejaba vencer por la delicia estirándose tanto que le tronaba el juego completo de coyunturas. Acabó veinte veces, treinta, y el emperrado, decidido a escupir los pulmones, no dejaba de agitar la pelvis descubriendo incontables matices de frote. La Barum se agarró de una pata del tinglado y la construcción comenzó a bailar al ritmo del golpeo,

perdiendo tablas a cada eyaculación donde aullidos de gata se mezclaban a los «¡toma y toma y toma!» del frenético manco. Pronto el coño comenzó a implorar:

–Ahora, mi amor, a fondo, no ceses, más fuerte, más rápido, ¡hasta las entrañas!

La venida sesenta fue tan cacareada que una parte del decorado se derrumbó. Los tanques no lo notaron porque estaban disparando contra el monasterio. Las torres eran flores lanzando estambres de ceniza hacia el Rolls Royce junto a cuyas llantas yacía la Zagorra.

Una lucecita duraba segundos, desaparecía y volvía a parpadear paseándose por la loma. El general Lebatón continuaba buscando a sus soldados de plomo, encendiendo cerillos.

El temblequeo del coche, respondiendo al vibrar de los cañonazos, sacudió el maxilar desdentado de la Zagorra y la hizo despertar. En un caldo hirviente le surgieron todos los arquetipos femeninos desde Isis hasta Venus barbuda pasando por la Gorgona. En tres saltos llegó junto a la silueta encuclillada del hombre que había osado faltarle el respeto y con puntería certera y fuerza de amazona le envió un puntapié en los testículos que lo hizo pasar de las cuatro patas al baile clásico para terminar en posición de feto.

–¡Militarcillo de porquería! ¡Abra la boca y cómase sus soldados de plomo o le reviento algo más que ese par de avellanas disfrazadas de cocos! ¡Obedezca, laucha metida a gallo!

Y aprovechando que el hombre aún no recuperaba fuerzas le envió otro puntazo de botas en la misma parte. A cachetadas lo sacó del desmayo y, levantándolo del cuello con una mano, con la otra lo obligó a tragarse un húsar de la Primera República.

El general Lebatón, dominado por un respeto irracional, se convirtió en niño de tres años. Echando babas pidió perdón a esa copia de su madrastra y obedeció entre náuseas y lamentos. Cuando ingurgitaba el tercer soldado, su ama, mostrando el valle sembrado de cadáveres y la demolición del templo, tronó:

–¡Mire lo que su inepcia ha causado! ¡Si matan a los frailes se va a armar un escándalo internacional! ¡Chile quedará por los suelos! ¡Más tarde arreglaremos nuestro asunto! ¡Ahora venga conmigo!

Lebatón la siguió como perro faldero y se dejó conducir en el Rolls, a doscientos por hora, hacia el conflicto, rezándole a Napoleón para que, junto con el húsar, lo ayudara a digerir el mosquetero y el zuavo.

Rodeado por monjes y huéspedes, en el sitio más sólido del

refugio, el abad imploraba de rodillas protegiéndose con una biblia de los pedazos de plato que antes decoraban el techo a la Gaudí y que ahora, liberados por los remezones, caían decididos a incrustarse en cualquier tonsura.

–Cristo mío, con el alma bajo tus santos evangelios juro que si nos liberamos de ésta, no cejaré hasta construir otro monasterio, pero de adobe, piedra, paja y madera. Una humilde campana llamará a misa. Comulgaremos con pan cocido en horno de barro y su miga será de trigo cordillerano. Segaremos los tulipanes azules para sembrar menta, copihues, margaritas, amapolas silvestres, boldos y arrayanes. Cambiaremos el gregoriano por tonadas con arpa y guitarra y los monjes tomarán un curso de español intensivo para que lo hablen en siete días...

La promesa fue interrumpida por un cañoneo que borró medio recinto. El ábside permaneció de pie cobijando a los cuerpos adoloridos que habían aterrizado en el huracán de la explosión. ¡Por suerte estaban todos vivos!

Se oyó un rechinar de llantas y emergió del Rolls Royce, entre nubes de polvo, el general Lebatón blandiendo una bandera tricolor.

–¡Párenle, chuchas de sus madres! ¡Salgan de esos tanques de mierda o los mando fusilar! ¡Ahora sí que la cagaron, huevones!

Y como vio que sus esbirros no querían parar, enceguecidos por la sed criminal, se puso a cantar, sin afine, pero con engolamiento operístico, la Canción Nacional:

–¡*Puro Chile es tu cielo azulado*...

La Zagorra, haciendo el saludo militar, se cuadró junto a él, acompañándolo:

–*Puras brisas te cruzan también*...

Los benedictinos y los Compañeros de la Papa Florida, andrajosos, comprendiendo la crítica situación, se irguieron entre las ruinas:

–*Y tu campo de flores bordado*...

Alamiro Marciláñez y Estrella Díaz Barum, para celebrar las cien efusiones, salieron del montón de tablas y, mejilla contra mejilla, unieron sus voces al coro:

–*Es la copia feliz del Edén*!

La palabra Edén, multiplicada por los ecos, atravesó el lago de tripas para desaparecer en las montañas. Se abrieron las nubes y emergió una luna llena... En ese instante luminoso, Enanita avanzó como pudo hacia el altar, cayó tendida en él, abrió las piernas, parió, cortó con los dientes el cordón umbilical y alzó a su hijo, berreando, hacia el astro frío...

El solsticio de invierno había terminado.

VII. Los cuentos del vampiro

«¿Para qué preguntar "quién" si la culpa es infinita?»
Primera frase de la novela de Akk,
El libro de Hams y Zam

Era mediodía y, sin embargo, Zum estaba hablando del crepúsculo. Se había instalado frente a una rosa silvestre en posición de medio loto. (El loto entero hacía una década que le estaba vedado a causa de que sus muslos, según insidiaba Hums, cayeron del grillo, pasando por el jabalí, al hiperpótamo.) Sacó un frasquito de tinta violeta. Embutió una pluma de acero en el mango nacarado, abrió su diario de vida y rasguñó el papel estampando, con imperceptibles diferencias, el mismo poema: *Hija del atardecer, tallo reverente, anhelo gótico, templo de la abeja*... Abrió el capullo, vio al fugitivo animal y... ¡esta vez la obrera no escapó llevándose el secreto, sino que siguió libando el zumo azucarado! Zum, conteniendo temblores, atiborró el lapicero de tinta, untándolo innecesarias veces, y con la calma virulenta de las grandes ocasiones se hizo «ojo puro». Comenzó la descripción por el punto crítico, *el dardo divino, vara de la anunciación, sutil extremo del onfalo cósmico*; para pasar por las seis patas, *estrella de David, lis imperial, rayos del astro iniciático*; bajar por el abdomen, *cúpula áurea, montaña sagrada, arca de la ley*; recorrer las alas, *memoria arcangélica, ectoplasma cardíaco, heraldos de la docta ignorancia*; y llegar a las mandíbulas donde, cometiendo un error, puso una trompa de mariposa, *trompeta del juicio final, separando lo sutil de lo espeso, depositando plegarias infinitas en la eternidad del néctar, primera letra del alfabeto divino*... ¡Ya no supo qué estaba diciendo! ¡El poema llovía de su pluma dictado por las musas! La abeja voló hasta su solapa para posarse como insignia. Mientras las pegásides manejaban su mano, Zum trató de explicarse la conducta del insecto. Apenas amaneció había descubierto entre las ruinas del monasterio unos barriles de agua bendita importada de Roma; con ella lavó su panamá hediondo. Quizás el animalito sentía

la bendición papal. Envuelto en santidad, condecorado por la medalla alada, mientras esperaba que la tinta se secara, Zum miró hacia el valle.

Un enjambre de camiones basureros había vaciado el terreno de cadáveres. Otras máquinas estaban blanqueando el sitio con una capa de cal. Cientos de soldados erigían un muro de concreto prefabricado para ocultar el convento. Letreros indicaban que el centro religioso estaba cerrado por reformas arquitectónicas.

A las seis de la mañana llegaron tres cadillacs escoltados por una docena de motociclistas transportando señores de traje inglés, anteojos negros, guantes de cabritilla y corbatas grises diciendo incesantes síes y anotando todo lo que dictaba uno de ellos. Eran los ministros y el presidente de la República, Gegé Vihuela. Hablaron con la Zagorra y el abad. Llamaron a Lebatón. Dieron instrucciones. Se fueron. Los caminos quedarían cerrados hasta que el último despojo fuera transportado a los hornos del basurero municipal. La prensa anunciaría un derrumbe cordillerano, sin víctimas. Terminado el aseo, los poetas podrían volver a sus hogares.

Zum, para matar el tiempo, trotó hasta la loma. ¡Y allí estaba la milagrosa abeja! ¡El triunfo de su vida! Eso le taparía la boca a Hums. Ya nunca más podría decirle «¿Cómo pretendes ver?». ¡Le habían otorgado el secreto! ¡Y él lo acababa de fijar en un poema!

Alzó su diario, plano para que la anilina no escurriera, y ofreció una plegaria a las invisibles estrellas:

–Gracias, astros tutelares: he sentido el vértigo del genio y...

La abeja, zumbando con furia, picó la nariz del vate y posándose en el cuaderno que yacía abierto sobre la hierba se paseó por las letras violetas, de un lado para otro, arriba y abajo, girando, dando tumbos, aleteando, hasta que, después de una agonía eléctrica, murió habiendo borrado el poema.

Zum lloró, no por su nariz convertida en pelota, sino por la desaparición de la obra maestra. Estaba seguro de que nunca podría repetirla. Como a Moisés, le mostraron la Tierra Prometida pero no lo dejaron entrar.

Aplastó la rosa y regresó al monasterio. Con la muerte de la abeja se le había muerto el Verbo.

Las brigadas registraron la cordillera de Los Andes sin encontrar un campesino. La región parecía haber sido atacada por la peste. Nadie labraba los campos. Un olor a pan quemado salía de los hornos. Los perros aullaban. El general Lebatón, con las botas sobre dos vigas y los pantalones encarrujados hasta las rodillas, oculto del

mundo tras el cuadro de Frater Theoleptus, pujó pacientemente, soportando el dolor, hasta que expulsó al húsar, al mosquetero y al zuavo. Hizo chasquear su lengua compadeciéndose de tamañas almorranas y cubrió el montículo con fragmentos de azulejo. El Señor Presidente no podía comprender las historias de milagros, alucinaciones colectivas o dioses araucanos, así que prefirió dejarlo en la «artera emboscada comunista». Los poetas, limpios de sospechas –la señora Zagorra garantizaba sus inocencias–, cuando el ejército abandonara el valle podrían zarpar rumbo a la Academia Literaria. El ministro del Trabajo enviaría cesantes de todo el país para suplir a los desaparecidos. Cierto es que la vida del alemán estaba en peligro: necesitaba que le cortaran la pierna a la brevedad posible. Pero llamar a un hospital significaría revelar la existencia de heridos, atraer periodistas, manchar el honor del ejército y contradecir la palabra del Excelentísimo Mandatario. Lebatón se encogió de hombros. Algo raro le estaba pasando. Después de la paliza que le propinó esa mujer, a pesar de sus encías huérfanas y su cara de pasa, no podía dejar de pensar en ella. Entre los escombros de la cocina brillaba una balanza. Lebatón puso, mentalmente, en un platillo a su gloriosa armada y en el otro a la dama que lo invadía. El eje horizontal bajó de un lado al otro, luego se equilibró para, al final, en el área de la Zagorra, descender lanzando por los aires cuarenta años de su vida militar. Ajustó el cinturón dos agujeros más adentro y, conteniendo dolores abdominales, dijo:

–¡A lo hecho, pecho! Si dos tetas tiran más que dos carretas, ¡dejemos la picana y hagámonos biberón!

Eran las tres de la tarde y los milicos todavía no se iban. Habían traído longanizas, jamones y un costillar de vaca, pero nadie podía comer carne. Von Hammer clamaba por asistencia médica, envuelto en las brumas de una fiebre de cuarenta grados.

Laurel, con el ojo purulento, rechazaba los cuidados que Boli, sin soltar la jofaina, le ofrecía, buscando refugio en sus sueños que no lo albergaban, porque eran orgías homosexuales eyectadas por La Rosita.

Enanita, mientras amamantaba, invitó a La Cabra a beber un poco de leche en el seno que le quedaba libre. Mientras succionaba, le pareció ver un halo tras la cabeza de la madre. Ella miraba al bebé, luego a él, repartiendo sonrisas celestiales. La Cabra extendió un brazo hacia su hijo y selló el pacto bebiendo un largo trago blanco.

Boli, aprovechando el silencio, predicó:

–Aurocán vino a este mundo para demostrarnos que el milagro

existe...

–¡Basta de mamadas! ¡No quiero que un ostión insatisfecho me pudra el hígado con alucinaciones judeo-cristianas!

Boli, humilde, paciente, con voz quebrada, respondió:

–Si el barro fue ilusión, quizás pude atrapar un fragmento del sueño...

Cuidadosamente desenvolvió la jofaina dorada: ¡había un fondo de arcilla fragante!

Enlodaron la pierna del alemán. También la L de Laurel. El general Lebatón, dando embarazados carraspeos, preguntó si no sobraba un poco ya que padecía un mal que le era difícil confesar. Le dieron el último puñado. Fue tras un muro, tragó la mitad y el resto lo colocó como cataplasma. Inmediatamente le subió del intestino y las nalgas un bienestar que lo hizo regresar al grupo dando saltillos. Se las arregló para quedar codo a codo con la Zagorra.

Los huesos se le habían soldado y Von Hammer podía andar, aunque con una pierna más corta que la otra.

El ojo de Laurel recuperó su visión y de la cicatriz quedó una línea roja.

El alemán besó las manos de la judía.

Demetrio dio tres aplausos demostrando su amargura universal.

Un automóvil militar esperaba al general Lebatón. El ejército, después de limpiar el valle y ocultar las huellas del desastre, estaba regresando al cuartel.

–Váyase –le dijo a su chofer–. Yo viajaré en camión con estos civiles... –apagó una mirada sorprendida del subalterno–: ¡Calle el hocico, cero! –y regresó hacia la Zagorra.

Nadie hablaba. Estaban prisioneros de algo indecible y no podían zarpar. Hums propuso:

–¿Recuerdan ese libro, *Vetalapancavimstika*... –escupió el grano de mármol que le impedía pronunciar tamaña palabra y continuó– ...traducido del sánscrito como *Los cuentos del vampiro*? Un rey debe transportar sobre sus espaldas el cadáver de un hombre que ha sido ahorcado en un árbol. Mientras lleva su horrible carga, un vampiro que habita en el muerto narra historias que el monarca debe descifrar como si fueran acertijos. Apenas aclara una, el difunto desaparece y otra vez pende del árbol. El rey soluciona una historia tras otra hasta que al final se libera de la aparición... Nosotros transportamos sobre los hombros no uno, sino miles de finados. Mientras no sepamos quién es el culpable, cargaremos una montaña de vampiros...

El abad, rodeado de su parvada, que practicaba el español

mediante un diccionario terroso, interrumpió:

–¡Somos nosotros, porque construimos este Monasterio! ¡Elevamos su estructura para otro mundo y otros seres! ¡Si los campesinos hubieran tenido templo y sacerdotes que no les fueran extranjeros habrían rechazado el culto pagano!

Laurel alzó los brazos:

–¡Alto! ¡El culpable soy yo, nadie más que yo! ¡Yo me dejé poseer por Aurocán! ¡Yo fui la puta que sedujo al demonio!

–¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Deja de sentirte el centro del mundo! –refunfuñó Boli–. ¡Si te metamorfoseaste fue por causa mía! En esa época, ¿qué me hubiera costado coger contigo? Mi egoísmo produjo tu castidad y tu castidad atrajo al Dios. Yo soy el motor de esta tragedia...

–¡Protesto! –intervino Von Hammer cubriéndose la calva con una tortilla–. Yo fui el que te raptó. Si no hubieras caído enamorada de mí, ya estarías casada con Laurel. *Mea culpa*!

–Permítame, caballero. La que produjo la catástrofe fui yo. Convertí en conspiración una manifestación inocente por llamar al ejército. Mi avaricia invocó al segundo jinete y llegó con su espada en la mano.

El general Lebatón carraspeó, nervioso, tratando de poner miel en su voz acostumbrada al improperio:

–Disculpe que la contradiga, señora Zagorra, pero no puedo permitir que una mujer como usted cargue con el bulto. Intervengo en esta junta, a pesar de que nadie quiere dirigirme la palabra, para confesar mi error. Hubiera bastado un jalón de riendas para que esos macacos no se dispararan, pero me distraje jugando con unos soldaditos de plomo.

La Zagorra, olvidando que estaba en público, le acarició una hombrera:

–No sabe cuánto me arrepiento, general, de haberle hecho tragar...

–Señora, los dos tenemos un temperamento explosivo. Soy yo el que debe arrepentirse. Sus golpes son caricias...

–Debo asegurarle que, aunque nadie le hable, lo considero digno de mi estima...

–¡Oh! –y Lebatón se asombró, más que la concurrencia, de verse estallar en sollozos que fueron recogidos por el pecho de la millonaria.

Zum, pálido, con las rodillas dobladas, la vista baja y el habla hecha hilillo, escarbó el suelo con un palito:

–Todo iba bien hasta que se me ocurrió jugar a la gallina ciega...

Lo atajó Hums:

–¡Eso no fue nada! ¡Fui yo el que les dije que roncaran bajo el escenario!

–¡Hetaira ingrata! ¡Por ser bueno e impedir que te enterraran seis bayonetas en el insaciable, yo provoqué la desgracia!

–¡Esos soldados comenzaron a disparar porque estaban ebrios! ¡Y fui yo, princesa rusa, el que descubrió bajo un colchón las cajas de aguardiente! ¡De esas botellas partió la hecatombe! –bramó Tolín, espantando brevemente a sus canarios.

Enanita y La Cabra hablaron al mismo tiempo, muy quedo para no despertar al bebé, a pesar de que todos los demás gritaban.

–Nosotros organizamos la ida al cementerio en homenaje a La Rosita. De allí pasamos al banquete y a causa de ese ágape vinimos a parar aquí. ¡Somos los verdaderos culpables!

Marciláñez y la Barum recordaron que se habían agregado al final del banquete completando el número cabalístico. Sin el círculo central de doce apóstoles, Aurocán no habría vuelto.

Akk esgrimió una sonrisa fría, arregló su corbata bohemia y aplaudió para llamar la atención, con los dedos hacia arriba como su maestro le había enseñado, sin lograr quitarles su rubicundez.

–¡Basta, poetas! ¡Es hora de decir algo sincero! ¡De nada me siento culpable! ¡Soy inocente! ¡Estoy satisfecho y en paz! ¡El mundo sigue andando!

Un silencio indignado coronó sus palabras. Desaparecieron los gestos pequeños y quedó una inmovilidad bronca acumulando un río de ira subterránea. El primero en reaccionar fue Hums: mordiéndose la lengua, arrebató el cuaderno que el novelista sostenía bajo la axila. Akk, dando un hiiic, se lanzó contra el maestro, pero una zancadilla de Zum le hizo enterrar el mentón en el pedrerío. Quiso agredir volteándose. Antes de que se levantara, Ga lo clavó de espaldas al suelo poniéndole un pie en el pecho. Hums lanzó el manuscrito hacia una fogata. Las hojas ardieron. Akk cayó en crisis epiléptica, venció el pisotón del gordo, logró meter sus manos en las brasas y, lleno de quemaduras, rescató un ave negra que, al soplo del viento, perdió sus cien alas. La novela, transformada en bandada de cuervos, se alejó hacia las nieves eternas.

–¡Que te sirva de lección! ¡Bastante nos has vampirizado! ¡Vete a buscar personajes a otra parte!

Todos aprobaron la sentencia de Hums. El general alzó su pistola:

–¡Mire, jovencito, si no saca los huesos de este sitio, no le quedará uno bueno! ¡Vamos, circule!

Akk, violáceo, se alejó gritando:

–¡El zafarrancho comenzó porque oriné en la boca de un soldado

en lugar de mearle el hocico a ustedes! ¡No crean que pueden eliminarme! ¡Asistiré a sus velorios disfrazado de payaso!

El general Lebatón disparó un balazo. Akk desapareció, corriendo, tras el monte. Demetrio, roído por el desprecio a sí mismo, no pudo más:

–¡Si alguien debe ser castigado, soy yo! ¡No ayudé a nadie y el olor de la muerte me excitó! ¡En deseos fui tan criminal como la tropa! ¡Más asesino que ellos, porque ante la destrucción bestial yo tuve un goce consciente!

El poeta esperaba una reacción intensa, odio, piedad, y tantas cosas más, pero el estrellato le fue robado. Laurel se desmayó para despertar al cabo de unos segundos con otra personalidad: sus muñecas se voltearon, abombó el pecho, frunció los labios y el ano, su cuello adquirió ondulaciones de malvavisco, y su voz tomó el tono de La Rosita.

–Sí, muchachones, soy yo. Bastante los he echado de menos. Pero, en fin, aquí estoy otra vez. *Amicus Plato, sed magis amica veritas*: la leyenda de mi muerte es falsa. Nunca tuve una fe que me permitiera levitar. Mi vuelo a reculones como san José de Copertino lo inventó Beto, el monaguillo. Por si no lo saben, la escultura de san Jorge está en un nicho que ofrece, detrás de las patas del caballo, un buen escondrijo. Allí nos metíamos con Beto, en plena misa. Echaba el incienso y venía, sin calzoncillos, para que yo le alzara la sotana. Esa noche la iglesia estaba vacía a causa del *match* de boxeo que transmitían desde Nueva York. Después del nirvana recordé mis triunfos de alpinista y quise escalar a san Jorge. Logré llegar a la cima y hacer equilibrios sobre la cabeza del santo. Pero resbalé y caí sentado en la lanza. *Acta est fabula*! Total, una muerte que me corresponde: si por detrás fui pollo a la brocheta, por delante tuve lengua de arcángel. ¡Hagan lo mismo que yo! Tomen las masacres con calma. Los muertos al hoyo y los vivos al bollo. Si escarban en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional verán que este genocidio no es novedoso. En 1906, en Iquique, el ejército masacró a seis mil huelguistas que habían bajado de las minas de salitre a protestar por sus salarios. En 1921, en San Gregorio, la armada ametralló a cientos de obreros con sus esposas y niños. En 1925, los soldados bombardearon La Coruña y ametrallaron a seiscientos sobrevivientes. ¿Para qué sigo? Las matanzas forman parte de nuestra tradición. El escudo nacional lo proclama: «¡Por la razón o la fuerza!». Además, para que cesen definitivamente de atormentarse, *redde Caesari quae sunt Caesaris*, el culpable soy yo porque eduqué a Laurel. ¿Cuántas tardes en el café Iris, después de la Academia Literaria, hablamos de la

Subida al Monte Carmelo o de la *Imitación de Cristo*? Fui yo el que le mostró el archivo etnológico sobre la tradición araucana, las obras de la Blavatsky, el *Tratado de la unidad* de Ibn ʻArab¯ı, la *Pistis Sophia* y la *Filocalia*. Por mí supo del *Zohar* y del *Dogma y ritual de la alta magia*. Yo le enseñé que mi biblioteca era una cruz que otorgaría, a quien se crucificara en ella, no sólo la vida sino el poder eterno. «Lee, lee, lee, estudia, trabaja, relee, ora y encontrarás.» ¡Yo empecé el lío! ¡Que en mí termine! ¡Hasta la vista mis gallardos! ¡Amor y cultura!

Laurel volvió a desmayarse unos segundos y abrió los ojos.

–¿Qué pasó?

Boli gimoteaba:

–¡Miren lo que hemos hecho! ¡Tuvimos la oportunidad de recibir un Dios y nos quedamos con un empalado!

El frío de la tarde comenzó a bajar por la cordillera trayendo su fragancia de roca húmeda. Una tinta negra pareció llenarles el pecho. Apretaron los labios, escondieron el pulgar entre cuatro dedos, mezclaron suspiros al aullido de la jauría. Zum rompió el silencio haciendo pasar por suya una frase ajena:

–¿De qué vale llorar por la leche derramada cuando todas las fuerzas del universo estaban confabuladas para que se vertiera?

La Zagorra, luciendo otra vez su dentadura brillante –había encontrado en la cajuela del automóvil una plancha de repuesto–, propuso a Lebatón que la acompañara a buscar al expulsado. El general, dando un taconazo prusiano, acató las órdenes de la dama.

Hums preparó empanadas de cebolla. A falta de vino, brindaron con agua bendita. Regresaron los emisarios. Majestuoso, deslizándose bajo un manto imaginario, surgió Akk del Rolls Royce. Hicieron al rey las venias convenientes. Condescendió a que Hums y Zum le besaran la mano y aceptó una empanada que devoró con ademanes de plebeyo quemándose la lengua por la prisa de engullir.

Enanita pidió al abad que bautizara a su hijo. Improvisaron un sitio junto al altar y asistieron a la ceremonia, formados en octógono. La madre eligió para el niño el nombre de Cristóbal Colón. Quizás un día ese ser, nacido en la noche más larga, podría conducirlos al Edén para vencer a los querubines y la espada flamígera, atravesar la puerta negada y comer los frutos del Árbol de la Vida.

A lo lejos, por el camino que lleva al monte, aparece una luz. Tres siluetas avanzan lentamente acompañando con guitarras y percusiones metálicas un vals. ¡Es la voz del payaso Piripipí! Lleva un plato de madera colgando del cuello. Hace chocar contra la superficie horizontal sus monedas de bronce y surge la melodía que tantas veces

acompañara las borracheras. ¡El frac negro, la camisa de cuello demasiado ancho donde flota la boca pintada en rosa como una barca de fuego bajo la nariz plateada, los grandes zapatos rojos, mariposeando en ese campo de muerte!

–Si sientes el desprendimiento,
todavía estás ahí...

Emi y Ema, ancianas que fueran reinas de la danza del vientre, salpicadas de lentejuelas, guían al músico que se ha quedado ciego. Los tres avanzan en pos de un albergue que ya no les puede brindar el Monasterio.

–Si sientes el desprendimiento,
todavía estás ahí.
Amarrado al sentimiento
que es tu monte Sinaí.
Entre los diez mandamientos,
uno sólo es para mí:
Ser tan libre como el viento,
conservando la raíz.

Sentaron a los peregrinos junto a la fogata y les ofrecieron infusión de menta. Emi, de un paquete envuelto en seda, sacó tres bolas de arroz. Una veterana inclinada hacia delante, la otra echada atrás y el ciego en medio, derecho como el fiel de una balanza, comieron masticando innumerables veces cada bocado. Parcos en su miseria, minerales, proyectando sombras inmensas sobre las ruinas, parecían reyes magos. Enanita depositó al niño en las rodillas de Piripipí; el toni puso en la cabeza diminuta uno de sus guantes y, con la cálida cresta blanca, Cristóbal Colón se durmió profundamente.

La Zagorra recordó que le habían pedido organizar un beneficio para el payaso. Nadie le daba trabajo, porque, aparte de su deprimente vejez, se negaba a sustituir por bailarinas jóvenes esos adefesios. «¡Son las dos columnas de mi templo!», alegaba el terco. Y ahí estaba hecho un mendigo, con un paraguas por carpa, cantando como si nada:

–¡Yo me despedí de mí llorando
y riendo fui a recibirme
al final del camino!

De pronto, la millonaria propuso:

–¡Fundemos un circo! ¡Todos podemos actuar! ¡Yo correré con los gastos! ¿Quién se atreve?

Lebatón inmediatamente respondió:

–¡Al pie del cañón, señora! ¡Me hago uña de su dedo! ¡Alguna vez tenía que estrangular al uniforme! ¡Convertido en Señor Morales podré dirigir el capitel a la perfección!

Estrella Díaz Barum aprobó, murmurando:

–Haré un número de ventrílocuo.

–¡No con la boca subterránea! –rogó Marciláñez, y se propuso como muñeco, agitando la mano artificial.

Poco a poco creció el entusiasmo. Tolín y La Cabra serían toda la orquesta. Hums y Zum, disfrazados de «Hams y Zam», presentarían un acto de videncia. Ga, Hércules, rompería cadenas. Von Hammer lanzaría puñales. Laurel y Boli podrían hacer equilibrios sobre la cuerda floja. Enanita domaría gatos...

Akk cortó los ensueños:

–¡Conservemos la objetividad: nadie sabe hacer nada! ¡Lo mejor es que seamos un circo únicamente de payasos!

Cambiando de tono, sacó una voz chillona y abrió los brazos, moviéndose como un bufón:

–¡Hola, mamarrachos, tanto tiempo que los andaba encontrando y no los podía buscar!

Y todos, en falsete, contestaron:

–¡Buenas gracias, muchas noches, no hay de qué!

VIII. En busca de un perseguidor

«¡Ya estamos perfectamente bien! Lo único que nos falta es quitarnos esta tremenda angustia.»

Ga, en la inauguración del circo

–¡Traidor! ¡Sinvergüenza! ¡Vendido!

El cojo Valdivia no pudo seguir insultando a la voz nasal del presidente de la República que surgía por la radio porque lo atragantó un sollozo.

–Pero si en el 46 nosotros le dimos la mayoría... Creímos en su sonrisa de perro...

En todo el país las actividades se habían suspendido. Gegé Vihuela estaba poniendo fuera de la ley al Partido Comunista. En un instante más los soldados comenzarían a perseguir, encarcelar y torturar a cuarenta mil militantes de la extrema izquierda.

El director general de la Sociedad de Poetas, don Nepomuceno Viñas, abrió una tercera botella de vino tinto y llenó el vaso del cojo Valdivia, su amigo y secretario del Departamento de Propaganda. Su calidad de pintor de letras (trabajaba en el cine Ideal, donde cambiaban cada día de cartelón) le confería autoridad para juzgar la producción de sus socios. Su punto de vista era muy apreciado. Una sola mirada le bastaba para ver si el escritor abusaba de la letra *eme* o si le faltaba hacer uso más frecuente de la *te* o la *pe*. Además, hablaba el francés. No porque lo hubiera estudiado en la escuela –a los nueve años tuvo que vender maní confitado en el cine– sino porque su padre había sido francés. Valdivia era el apellido de su madre. El Instituto Franco-Chileno de Cultura contrató a Jean Caquot Le Roux para sembrar la lengua gala entre estudiantes, artistas y aristócratas con miras a fomentar el turismo y crear mercados para productos manufacturados en Francia. Monsieur Caquot Le Roux salió de su *chambre de bonne*, dos metros por tres y letrina colectiva al fondo del pasillo, para caer en la pensión de la señora Pancha, sentirse más que nunca huérfano-náufrago, ahogar su nostalgia en Pernod, no ir a dar

sus clases, ser expulsado del Instituto, violar a la sirvienta en una crisis de delirium tremens y fabricarle un niño que nació con las rodillas soldadas en ángulo obtuso, lo que lo obligaría a marchar de puntas con el tronco inclinado hacia delante, como un pájaro.

Jean Caquot Le Roux, ebrio para siempre, consideró que había sido padre de un loro y obligó a su mucama a vestir de verde al niño. Hasta los nueve años el cojo Valdivia tuvo que vivir en su papel de ave. Las únicas palabras tiernas que recibió fueron: «Lorito, cómase este platanito». Su padre no se lavaba ni desvestía y una noche que escapó a la calle fue devorado por los perros. Encontraron una frase de su puño y letra en una página del *Robinson Crusoe*, libro que nunca abandonaba: *Voici une blessure: lie-la et porte-la toute ta vie*...

Don Nepomuceno Viñas, cuando en aquella sesión memorable recibió la patada que le propinó La Cabra, comenzó a caer de la torre al barro. Poco a poco se dio cuenta de que ya no podía ser el mismo. Ese zapatazo, aunque por una puerta vergonzosa, había entrado en su universo para destrozarle héroes, dignidad y conceptos poéticos. Se vio una y mil veces amarillo de cólera, pateando el cráneo del insensato sacrílego, y sin embargo los nombres que el herido pronunció eran un camino... Lautréamont, Rūmī, Eckhart, Böhme, Rilke, Bashō, Ḥallāŷ...

El cojo venía una vez por mes a visitarlo, primero para leer alguno de sus últimos sonetos y calcular si el equilibrio del uso de las letras había mejorado (Nepomuceno exageraba el empleo de la *u* y la *jota*; la *u*, según Valdivia, correspondía a los órganos genitales femeninos y la *jota* a los masculinos, cosa que transformaba el verbo etéreo en disimulado lupanar), y segundo, para solicitar un baño caliente. A Viñas le resultaba difícil negarle agua y jabón a un colega, pero el cojo era tan distraído y maleducado que siempre olvidaba retirar el tapón, abandonando quién sabe si a la admiración del prójimo un líquido turbio, grasoso, lleno de pelos y espuma cortada. Su diestra, que destilara versos aspirando a angélicos, debía zambullirse en la sopa maloliente y abrirle vía para que desapareciera en la cañería. Como solución se le ocurrió llenar la tina y conservar unos cuantos peces vivos.

–Con mucho gusto, compañero Valdivia, usted sabe que lo mío es suyo. Pero hoy no se va a poder. Tengo el baño convertido en acuario...

–No importa, distinguido poeta. No usaré jabón. Y el agua fría es buena para la articulación de mis rodillas. Fíjese en que el ángulo, de obtuso está pasando a recto y si no me cuido pronto tendré que caminar con el cuello apoyado en un bastón rodante...

El cojo se metió en el agua y los peces murieron. Don Nepomuceno no pudo negarse a freírlos y entre náuseas disimuladas tuvo que comerlos.

Después de la pateadura a La Cabra, encontró, en francés, *Les Chants de Maldoror* de Lautréamont, *De la Signature des choses* de Jacob Böhme, *Sermons* del Maestro Eckhart, *Discours* de Rūmī, *Les Elégies de Duino* de Rainer Maria Rilke, una selección de haikus de Matsuo Bashō y la biografía de Manṣūr Ḥallāŷ. Invitó al secretario a venir cada día, después de pintar sus letreros y pegarlos en la fachada del cine, para traducir con mucho trabajo y trago esos textos que, aunque no los pudiera entender, de alguna manera misteriosa le indicaban cuán escuálida era su obra. Decidió escribir versos más profundos. Comenzó por un «Canto a Gandhi» y terminó con un «Himno al roto explotado». Inmediatamente el Partido Comunista le abrió los brazos y en un mitin de más de cinco mil obreros lo presentó como un artista excelso que había puesto su pluma al servicio del pueblo. Entre gallos, pujidos, chasquidos de lengua seca y goterones de sudor, semicantó su himno. Aunque nadie lo oyó a causa de los chupeteos en las paletas heladas, recibió una andanada de aplausos y la insignia roja. Nepomuceno Viñas por fin había encontrado otro público que los adormilados vates de la Sociedad de Poetas o las cocineras del barrio, a quienes reunía en su cuarto para, bajo soborno de un pastel sumergido en coñac nacional, hacerlas partícipes de sus «Cantos a lo pagano».

–¡Tenemos que largarnos, camarada Viñas! ¡Ahora mismo deben de estar allanando la Sociedad! ¡Páseme su carnet del Partido!

A la pequeña libreta, el cojo unió la suya, y después de quemarlas echó sus cenizas en el excusado; luego se precipitó hacia Nepomuceno, quien dio un salto pensando que a su amigo se le habían terminado por quebrar las rodillas.

–Venga un abrazote, camarada Viñas. El Destino nos nivela. Ahora ni usted es Presidente ni yo Secretario. ¡Somos dos parias! Vamos a darnos el último baño, vender todo lo que usted tenga porque yo no tengo nada e irnos por los caminos, ocultándonos hasta que el traidor caiga víctima de su propio veneno.

Cuando Nepomuceno escuchó a Valdivia tratarlo de paria, sintió que su poesía cobraba importancia. Gracias a ella se había convertido en enemigo público, vengador de una clase oprimida, terror del régimen traicionero... Esta vez hasta le cepilló la espalda al cojo y al final del baño, canturreando, metió la mano en el magma y levantó el tapón.

Valdivia pintó unas frases en dos cartones:

¡PRUEBE NUESTROS HOT-DOGS GIGANTES!
¡VISITE «EL LADRIDO SIN PERRO»!

–¡Qué quiere que haga, compañero! Con anteojos negros no puedo disimular mis piernas. De hombre-sándwich pasaré a desapercibido...

Nepomuceno se puso el traje de bombero heredado de su padre y seguido por el falso propagandista bajó a la calle. El corazón le aleteaba. Cada ciudadano era un posible delator. Le sacó brillo al número siete de su casco para distraer la atención. La gente comenzó a saludarlos.

–Buenos días, don Nepomuceno. ¿Cómo le va, señor Valdivia?

Todo en calma. El edificio estaba intacto. ¡Nadie se había dignado quemar las oficinas de la Sociedad! ¡El Ministerio de Guerra no quería considerarlos! Subió las escaleras, abrió la puerta: allí estaban el busto de Walt Disney y las *Obras completas* de García Lorca. El emblema nacional colgaba fláccido sobre unas margaritas podridas y un moscón verde llenaba de pecas el retrato de Rubén Darío. En el suelo yacía un periódico fresco. Grandes titulares anunciaban la persecución del poeta y senador del PC Juan Neruña.

–¡Injusticia! ¿Por qué darle publicidad a él y no a mí? ¿Acaso mi poesía no vale más que la suya? ¡Compañero Valdivia, aunque este Gobierno inculto nos ignore, debemos asumir la responsabilidad de nuestro credo! Comencemos a huir desde ahora. Algún día, si insistimos, terminarán por perseguirnos... ¡Ea!

Y con un gesto heroico, arrancó la bandera tricolor, pisoteó la letra de los tangos de Gardel, encendió un cerillo y prendió fuego al local.

Salieron corriendo. Nepomuceno arrastró al cojo hasta la Estación Central. Allí, en un descuido, se metieron en el carro del pescado y, tiritando de frío, se entregaron al destino del tren.

Hums, vestido de Pierrot negro, salió gateando por debajo de la lona del pequeño circo, se irguió, sacudió metódicamente las manchas de tierra en la punta de sus zapatillas plateadas, atravesó veinte metros de lodazal mirando a cada tres pasos hacia la inmensa luna que lo perseguía. Tropezó con una lata oxidada. Se detuvo, jadeante. ¿Lo habrían oído los payasos? Un minuto. Suspiró. ¡No, la representación continuaba! Fuera estaba Piripipí con Emi y Ema, lanzando la red del vals a ver si cazaban como público a uno de esos marinos borrachos que salían a vomitar de El Arenal, inmenso hangar lleno de

exuberantes alcahuetas donde se bailaba y bebía cuchillo en mano... ¡Gran Circo de la Papa Florida Gran...! La implacable sal del océano hace caer la podredumbre como una máscara y de pronto no nos queda nada. Talcahuano: ano del mundo. Todo acaba por reducirse a fantasma... Llegó al camión, extrajo sigilosamente una caja de cuero donde estaba escrito «Frágil» y otra vez, haciéndose sombra, caminó por el fangal, rumbo a un montón de piedras carcomidas... Sí, el corazón le dolía. También el intestino grueso. Ya habían pasado cuatro días, no podía retenerse más. La representación continuaría sin él; total, eran dieciocho payasos para tres espectadores... Se ocultó tras el montículo, caló unos espejuelos sobre su nariz blanqueada, bajó sus pantalones hasta las rodillas, extrajo de la caja de cuero el sapo de porcelana, se encuclilló, depositó unas nalgas suaves y apretadas sobre la boca abierta, abrió un minúsculo libro, buscó la luz lunar y leyó *La Quête du Graal*, pujando hasta emitir un tallarín seco. Le encantaba retener los pedines, llegar al final de las frases y dispararlos como puntos... Estaba en *Je suis dans la solitude jusqu'à ma mort* cuando el batracio se partió. Sentado sobre su evacuación, el Pierrot negro lloró como un niño... No era posible. Durante más de medio siglo ese hocico pudo recibir incólume, cual hilos de oro, sus magros desechos. ¿Por qué se quebraba ahora? Sin preocuparse del mejunje que le embadurnaba las nalgas, Hums examinó los despojos... ¡Alguien, con un instrumento especial, posiblemente un cortavidrios, había sajado la porcelana para jugarle una broma siniestra! Las lágrimas borraron parte del cadavérico maquillaje... Supo, sin dudarlo un instante, a quién pertenecía la mano criminal... ¡El hipócrita, vampiro, ladino, felón de Akk! Sólo Akk era capaz de inventar tan íntima venganza... Un ventarrón húmedo elevó hasta su nariz tufos demasiado terrenales. Arrancó varias páginas del librillo, se limpió cuidadosamente, enterró los restos del sapo conservando la pata izquierda filosa como navaja y regresó al circo en busca de la yugular de su enemigo...

La oficina-covacha del payaso mixto Mister Wall y Street estaba instalada sobre un puente de madera que cubría parte del sendero de aserrín que iba de la pista a la entrada principal... El lado derecho, Mister Wall, reunía los lugares comunes del uniforme de un millonario: traje de casimir brillante, chaleco dorado, guante blanco, anillo coronado por una perla-pelota y clavel en la solapa. El lado izquierdo, Street a secas, era una tenida de atorrante, cachete barbudo, greñas piojentas, mitón en harapos y camiseta sebosa. La *oficina*, con sus muebles cubiertos de lentejuelas, estaba separada por una línea

negra de la *covacha*. El robusto escritorio de ébano e incrustaciones metálicas, al pasar la frontera se convertía en un amasijo de tablas roñosas. El rico maltrataba al pobre. La mano diestra daba continuas cachetadas en la mejilla izquierda y al pasar de la pocilga al palacete, y viceversa, una de las mitades del personaje se sentía fuera de lugar y jalaba hacia su santo, provocándose un traslado constante que cesaba sólo cuando el toni se sentaba en la raya divisoria.

La Zagorra inventó ese disfraz con la intención de sumergirse en él hasta el fin de su vida. Ahora, mareada por el griterío del show, apoyó su nuca limpia y sucia en el respaldo del sillón opaco y brillante, cerró los ojos, uno parchado y el otro decorado por un signo de dólar, y, sin ver al Pierrot negro que entraba a gatas por un costado del circo, se dejó poseer por las imágenes que venían en un río de niebla a llevarla hacia su infancia.

Una niña inconforme jugaba a ser peonza. Se ponía a girar y los tentáculos del mundo desaparecían convirtiéndose en círculo borroso. Nada entonces podía tocarla. Sola, sumida en su propia esencia, sorbía la alegría incesante que manaba del centro... El deseo de sentir otra vez esa libertad la impulsó a comprar el circo y cortar de su fortuna una tajada suculenta para mantener a sus bufones hasta que la muerte se los fuera llevando... Después de la matanza frente al Monasterio Benedictino, la locura se había disipado. El mundo surgió como un espectro usurpador de la verdadera realidad y la única solución fue meterse a girar dentro de un círculo de lona impermeable. Vivirían disfrazados de payasos las veinticuatro horas del día, abandonarían la ilusión de ser personas para convertirse en personajes, impedirían que la existencia vulgar ahorcara ese modelo del universo. ¡Entrarían al circo como a un convento!

Desde que salieron de Santiago, jugando al cara y sello si rumbo al sur o al norte, Laurel Goldberg, vestido de rabino, antes de que el público llegara, se zambullía en la piscina de acero, único decorado del espectáculo, y comenzaba su número. (Habían imaginado una función sin comienzo ni fin. Desde que el asistente ponía los pies en la carpa veía a un toni ahogándose mientras alrededor suyo otros payasos discutían interminablemente acerca de los métodos de salvarlo, sin estirar una mano para sacarlo del agua. La situación duraba lo que la resistencia del «indigno» público, que se iba farfullando improperios al cabo de dos, tres, cuatro o cinco horas de cháchara histérica.) A los tres minutos de estar en la piscina, Laurel sentía dentro de la cabeza, justo debajo de la frente, una voz insidiosa que declamaba: «De arriba vengo, para abajo voy, ábreme la puerta,

que soy el cantor...». La carne se le ponía fofa, la conciencia se le esfumaba y La Rosita, sacando de sus cuerdas vocales agudas entonaciones femeninas, tomaba posesión del mando:

–¡Buenas noches, trompudos! Aquí llegó la nadadora sin familia, servidora de sus travesuras...

Acto seguido comenzaba a chillar, tragar litros, dar manotazos, pedir socorro, hundirse y emerger con la boca abierta.

Zum, vestido de toni gitano español, «El Niño Zanahoria del Burro» –le pendía del sombrero un tubérculo anaranjado en el que estaba escrito VERDAD y al que trataba inútilmente de morder dando vueltas sin cesar alrededor del estanque–, exigía:

–¡Que nadie lo ayude antes de saber si es ayuda lo que está pidiendo! Gritar «socorro» puede querer decir «buenos días» para un exhibicionista...

Ga, «Toni Pichulita», con un sombrero de bálano y dos zapatos en forma de bolas peludas, dudaba:

–Antes de actuar tendríamos que saber si pide auxilio para él mismo, para nosotros los presentes o en nombre de la humanidad hacia un Dios sordo o que no existe...

El general Lebatón, «Señor Morales», director de la pista, en esmoquin, corbata de moño, camisa almidonada, polainas y escarpines de charol, agitando un bastón de dos lengüetas, intervino:

–Yo digo que si alguien está donde está es porque se lo merece. Somos culpables de lo que nos sucede por haberlo dejado suceder.

La Rosita gargareó:

–¡Por el vicio que más quieran, hagan algo!

–No es tán fácil, así como así, hacer algo –dijo Akk, «Toni Lechuga», gesticulando nebulosamente bajo un enorme abrigo verde–. Mi situación material y espiritual es precaria... ¿Con qué derecho ayudaría a otro si aún no he terminado de ayudarme a mí mismo?

Tolín, vestido de «Gato Santo», aureolado por canarios, agitó sus guantes de box con garras:

–¡Desconfiemos! ¿Hasta qué punto el toni Rabinito se encuentra en peligro? Probablemente tiene los pies plantados en el fondo y su intención al pedirnos la mano es la de jalarnos hacia un agua venenosa...

Intervino «La Sagrada Familia». Enanita, vestida de Virgen María, el pecho atravesado por tres dagas, arrastraba bajo el talón a una culebra aplastada. La Cabra, san José, enfundado en una túnica y blandiendo herramientas de carpintero hechas de trapo, se había dejado crecer una melena. Cristóbal Colón, con peluca, barbas rubias

y espinas de caucho pegadas en un gorro de baño, parecía un Cristo enano...

–Hijo mío, no seas orgulloso. Deja de manotear y reza. Si el cielo te llama, dobla las rodillas y aprende a morir –aconsejó la Virgen lanzando un chorro de sangre de tres metros desde su llaga del pecho.

San José bendijo a los payasos, al público, al estanque, al aserrín, a cuanto objeto pudo y cuando ya no le quedó otra cosa, bendijo a su propia bendición.

La Rosita, tragando buche tras buche, mudo, se dejó hundir como si estuviera en un baño paradisíaco. Sonreía y temblaba, conforme, bien en su sitio, sin necesitar ayuda de nadie... Este cambio de actitud causó inquietud en los tonis y provocó el comienzo de un nuevo ciclo donde todos, por diversas y contradictorias razones, le rogaban que pidiera auxilio, porque si no lo hacía iba a quitar el significado a sus vidas. ¡Estaban ahí para salvarlo y nada más! Si él eliminaba el problema, ellos que eran la solución, ¿en qué se convertían? El espectáculo necesitaba un ahogado, eje de la piscina, del circo, del universo. Sin náufrago, el círculo perdía su centro... Convencido y orgulloso, La Rosita volvió a pedir socorro. Los payasos se irguieron y otra vez peroraron sin dignarse estirar una mano.

Los tres únicos espectadores no soportaron más. Dos se fueron, encorvados para no ofender a los actores, y el tercero roncó a más y mejor.

Boli, disfrazada de «Trompa Sola» –un cuchillo injertado en el extremo sangrante demostraba la cruel separación del resto del paquidermo– pintó en la cara del cliente, sin despertarlo, una risa roja ribeteada de blanco que iba de oreja a oreja.

El Pierrot negro, abriéndose camino entre sus colegas, llegó frente al toni Lechuga y gritando «¡El último adiós de Don Sapo!» le dio un profundo corte en la mejilla. La sangre chorreó sobre el traje verde, el paño la absorbió y como Akk, sin decir una palabra, había bajado el mentón, se acumuló en el pecho. Los payasos, inmóviles, comenzaron a acompañar el impacto de cada goterón rojo con un aplauso delicado. Se formó un ritmo que produjo un canto que pretendía ir de la tristeza al aleluya. La mancha creciente los hipnotizaba. Hums, apretando la pata de mármol, lloró en silencio. Los histriones, emocionados, veían caer la sangre esperando el milagro legendario que La Rosita, dejando de nadar, enunció en un susurro: «Cuando martirizaron en Bagdad al santo sheik Mans˙ ¯ur H˙ all¯aˆy, la sangre, a medida que se escurría, fue dibujando en el suelo la palabra ALLAH. ¡El nombre de Dios!». Si Akk era escritor de verdad, el líquido vital formaría la palabra clave de su literatura.

Como una nube moldeada incesantemente por el viento, el manchón granate fue cambiando de límites sin llegar nunca a definirse; pudo haber formado un corazón pero se desvió a pulpo, a feto, a sombrero, a diablo, a cucaracha, para terminar por fin, porque la herida había cesado de gotear, en mancha, mancha fea, mediocre, tan sin gracia que ni la imaginación más delirante hubiera podido usarla como pretexto para elaborar un símbolo.

Nadie supo cómo reaccionar. Compadecer al novelista hubiera sido darle otra cuchillada. Akk levantó el mentón y rompió el silencio hablando con dulzura exagerada, al mismo tiempo que se aplicaba un pañuelo mojado en la herida:

–La comedia ha terminado. Un payaso aburrido regresa a la cama, trono donde lo esperan sus propias caricias y aplausos. Este viaje no tiene sentido.

La perra negra lanzó un jubiloso SÍ que acentuó la pesadumbre general. Por primera vez desde que salieron de Santiago, mientras caminaban arrastrando los pies hacia sus carromatos, se fueron quitando los disfraces.

Habían creído vivir sin finalidad, pero esa noche, quién sabe por qué, se daban cuenta de que la meta no era el circo mismo, que estaban girando alrededor de un ahogado, entre la vida y la muerte, ni vivos ni muertos, huyendo como el Pierrot negro de una luna inmóvil. Para ser Reyes Magos les faltaba la estrella. Eran el desierto donde ni siquiera clamaba una voz.

Demetrio, con el cuerpo cubierto de barro, convertido otra vez en el profeta Assis Namur, pintó a la altura de su corazón la palabra IGNORO, escupió en el hocico de la perra vestida de novia y hundiendo la cabeza en el calor de su vientre, en esa noche de frío universal, se durmió esperando que fuera para siempre.

El olor a pescado celebraba un sórdido casamiento con el ruido de las ruedas del tren y esos círculos atronadores girando en la nada eran demonios malolientes que penetraban por su nariz y orejas para infectarle el alma. Como alcohólico tratando de succionar la primera gota del trago esperado desde el amanecer hasta la abertura del bar, buscó con manos tembleques en el bolsillo de su camisa y extrajo el poema que acunaban los latidos de su corazón; las líneas que le confirmaban que era poeta, mástil que lo salvaba del naufragio. Empujó al cojo Valdivia, que dormía expectorando ronquidos que se superponían con perfecto calce al ruido del tren, y trató de desplegar la hojita de papel biblia. Dando saltos involuntarios sobre sus nalgas llenas de escamas y astillas, a la par que admiraba su letra estilo

Bodoni 1670, caracteres de imprenta con los que soñaba publicar, recitó entre el chacachaca infernal, como conjuro, su «Oda a la Oda...». Una ráfaga de viento helado se coló por un hueco de la madera del piso, le arrebató la hojuela y la llevó hacia la oscuridad del fondo del vagón, epicentro de donde surgía la tufarada más intensa.

Perder ese talismán era para Nepomuceno Viñas extraviar toda la poesía. Avanzó a gatas hacia lo que se le antojó un hocico de ballena. Tropezó con unas cajas. Fue sepultado por avalanchas de pescados. Se debatió, gimió, escarbó lagrimeando, tosiendo, implorando la ayuda del profeta Jonás, hasta que sus yemas tocaron una hoja de papel fino. ¡La inmortal Oda! ¡Su dulce mariposa invisible!

Valdivia, en sueños, sollozaba con voz de pajarraco:

–Sí, papá, soy tu loro, loro, loro...

El poeta besó su papel, escupió algunas escamas y lo observó a la luz de un cerillo. ¡Horror! ¡No eran sus versos! ¡Algún caco había envuelto un salmón con una página de la biblia para llevárselo a su casa al fin del viaje! Las costras sólo dejaban ver un fragmento del capítulo 28 de Isaías... Precisamente las palabras enigmáticas: *Kawlakaw, kawlakaw, sawlasaw, sawlasaw, zeesar, zeesar*... ¡Burla sangrienta! Su oda había desaparecido y Dios le enviaba onomatopeyas que imitaban ruidos de tren...

–¡Despierte, camarada! ¡El Adversario nos agrede! ¡La Santa Poesía está en peligro!

Valdivia recibió los puntapiés estirando una mano en forma de garra...

–Sí, papá, lorito da la patita…

Acabó de despertarlo el golpe que recibió en la cara propinado por un congrio fresco.

–¿Qué sucede, maestro? ¿La policía?

–¡No, el Diablo! No pregunte nada. No le pido comprensión sino ayuda. Sostenga este cerillo encendido y cuando se apague prenda otro...

El cojo Valdivia siguió a Viñas hasta el cerro de pescados y lo vio con furia sobrehumana escarbar entre los cadáveres. Nepomuceno constató aterrado que mientras más se hundía en la masa fétida más agradable se le hacía el olor... Poco a poco, de las regiones oscuras de su memoria comenzó a venir una pálida llamita que creció hasta convertirse en la almidonada imagen de su madre. Gorda, más ancha que alta, de piel blanca, recatada, sólo mostraba la carne de su cara y la de sus manos, el resto oculto por cuellos altos y medias de lana. La señora vivía para los demás. Tenía una colección de delantales que cambiaba cada día. Todos los amaneceres del año se lavaba

meticulosamente el rostro y las manos. El pelo no, porque lo ocultaba debajo de una inmaculada servilleta; tampoco el resto del cuerpo pues no valía la pena, según ella, ya que nadie lo veía. Es así como nunca, durante años, se había bañado ni cambiado los calzones, las enaguas ni el sostén. El olor que se desprendía de ella, al menor movimiento, correspondía al de ese vagón. Pero claro, ahora recordaba que sus amigos habían bautizado a su madre «La Ballena»... Miró de reojo a su asistente temiendo que por telepatía captara tan antiestética imagen. Reprimió el recuerdo con carraspeos y promesas:

–Un día escribiré un canto largo en versos de cinco sílabas en honor de Moby Dick... ¿Sabes, Valdivia? Walt Disney era un iniciado... Pinocho, con cola y orejas de burro, habiendo caído del muñeco frío a la más esclarecida animalidad, se hunde en el cetáceo, Madre Cósmica, para encontrar en su vientre aquello que siempre había buscado: el Padre Universal, Gepetto, Geómetra, Arquitecto Divino... Y una vez que logra alcanzar a su creador, fundirse en él, hacerse Humano con mayúscula, tiene que incendiar, purificar la materia por el fuego...

Mientras Viñas deliraba sin dejar de escarbar entre los cerros de carne marina, Valdivia, adormilado, prendía un fósforo en la llama del otro sin preocuparse de apagarlos. Estalló un incendio que sumergió más aún a Nepomuceno en su delirio.

–¿Ves, cojo? ¡Ésta es la confirmación! ¡Cuando el poeta nombra el fuego, aparecen los incendios!

–De acuerdo, don Nepu... Pero cuando los pintores de letras gritan «¡Sálvese quien pueda!» hay que poner los pies en polvorosa...

–No puedo, mi Oda...

–Más tarde escribirá otra, maestro. Una Oda a la Oda de la Oda...

–¡Nunca! ¡Ésta es un símbolo y perder los símbolos significa desunión, fin del camino, noche eterna...!

Sin que nada lo anunciara, Valdivia comenzó a tutear a su maestro:

–¡Ya me colmaste, huevón! ¡Si no saltamos del tren nos vamos a la mierda!

–¿Qué palabras son ésas, señor secretario?

–¡Ya no son palabras, son puñetazos!

Y dándole a su presidente un gancho en la mandíbula, lo desmayó. Abriéndose paso entre la nubarada negra y las llamas incipientes, arrastrando el cuerpo del poeta llegó hasta la puerta, que por suerte no estaba cerrada desde fuera, y a la luz del siniestro observó el paisaje que se deslizaba vertiginosamente hacia el pasado. Abrazó a su amigo y saltó con él al abismo.

Valdivia nunca supo si le crecieron alas verdes o si las musas

cambiaron las rocas en lomas de arena. El hecho es que, mientras el tren se alejaba despidiendo una cola de llamas, ellos yacían ilesos frente al océano Pacífico.

El cojo trajo uno de sus zapatos lleno de agua salada y la derramó sobre el rostro del Presidente de la Asociación. Un pedazo de calcetín, que el calzado se había tragado hacía ya algunos años, cayó en la boca abierta de don Nepomuceno haciéndolo toser y gargajear. Mudo, frotándose la barbilla moreteada, permaneció sentado bajo la luz de la luna mirando al que había sido su servidor. Valdivia encogió los hombros:

–En la literatura, el talento; y en la naturaleza, la fuerza –masculló condescendiente inflando el pecho, y trepando como pudo hasta la punta de una loma indicó las luces de un villorrio–. ¿Cuánto dinero tiene usted en los bolsillos? –preguntó al poeta.

Viñas se puso a parpadear. Luego, con gestos dolorosos y humildes, escarbó en sus bolsas para sacar las palmas vacías, abrirlas hasta donde le daba la piel y exhalar un imperceptible «ni». Valdivia abrió un compartimiento en el taco de su zapato seco y mostró un billete de diez pesos.

–Ahora mando yo, porque soy el del capital. ¡Siga a su presidente don E. Valdivia, secretario Nepomuceno Viñas!

El poeta pateó hacia atrás imaginando que el frío era un perro callejero que, gracias a ese gesto inútil, iba a cesar de morderle los huesos y siguió al cojo.

Junto a la ruta nacional por donde pasaban camiones sumergidos en otro espacio, inabordables, sórdidos, conducidos por entidades oscuras, bajo la inmensa noche estrellada, ajena, Cobquecura extendía sus pocas luces, como una araña temblorosa, esperando la pata cósmica que, por condena secular, debía aplastarla... El cojo ejecutó una danza epiléptica de mil desequilibrios tratando de calentarse. La gasolinera funcionaba al acecho de un vehículo sediento o en pana.

–Estimado servidor –dijo Valdivia dominando su castañetear de dientes–, si no encontramos albergue moriremos helados.

–No menos estimado jefe, ya que en sus manos está el billete enrollado en forma de bastón de mando, haga uso del materialista poder y vaya a pedir ese alojamiento que, como muy bien su verbo desde ahora infalible lo ha proclamado, se nos hace vital.

Junto a la bomba de gasolina, calentados por carbones ardiendo en un tarro oxidado, un hombre moreno con el mentón hinchado por un inmenso bocio que le daba aires de pelícano jugaba a las damas con un carabinero de uniforme borrado por los remiendos... El pintor de

letras no se atrevió a salir de la oscuridad. ¿Pedir ayuda? ¡Viñas estaba loco! ¿Acaso no se daba cuenta de la facha que traían, el olor nauseabundo que se les había pegado como una segunda piel?

–Oiga, secretario Viñas, yo pensaba que usted era poeta nada más. Ahora me doy cuenta de que también es pendejo. ¿Qué le voy a decir al paco? Apenas nos vea y huela pedirá ver nuestros documentos. ¿Tenemos carnet, pasaporte? Iremos a dar al calabozo por vagabundos y conspiradores...

–Pendejo seré, para repetir el burdo léxico excretado por su mente de andorga, pero también capaz de sacarlo del mal paso en que ahora está metido y que se suma a los malos pasos que desde la cuna lo han distinguido. Si estima que soy el indicado en este grupo de dos para dirigirme a esos ciudadanos, deme los diez pesos y vuelva zapatero a sus deformes zapatos.

Refunfuñando, el cojo cedió su tesoro.

–Bueno –sonrió con insidia Nepomuceno–, ahora siga a su presidente, secretario de la caramba.

Y abriendo los brazos avanzó hacia los jugadores que, uno escopeta y el otro perro en mano, de pie junto a los peones fabricados con tapas de bebidas gaseosas, los veían acercarse frunciendo más y más el ceño.

–¡Alto ahí! ¡Identifíquense, cabrones! –aulló el carabinero blandiendo un arma que despidió astillas oxidadas.

–¡Cuidado, que suelto al perro bravo! –amenazó el pelícano dándole un puntapié al quiltro que, cuando lo soltaron de los brazos, insistió en permanecer junto al temperado barril y, por cumplir con el deber, levantó un mínimo de belfo mostrando un canino averiado.

–Paz, mi teniente... Calma, señor industrial... No somos bandidos ni receptáculos de malas intenciones. Si nos permitís aproximar a esa generosa calefacción para que el orbicular de nuestros labios se deshiele y pueda funcionar con la gracia que merecéis, seremos capaces de contaros nuestra extraordinaria misión...

Mientras se ubicaban de espaldas al brasero, el garajista sacó del mameluco un pedazo de estopa y procedió a taponearse la nariz. El militar, con ademán que aspiraba a elegancias míticas, asió entre el pulgar y el índice un pepino en escabeche y, sin olvidar levantar el meñique, husmeó el vinagre para disimular el asco que le daba el olor a pescado.

Viñas carraspeó.

–Dignos representantes de la Autoridad y la Economía, han de saber ustedes que Cobquecura es, aunque no lo parezca, un pueblo señalado por el dedo enjoyado del Destino; un centro neurálgico,

cruce de la materia y el espíritu.

El pelícano abrió la boca y una arruga bajó como una ola por su bocio. Nunca había oído hablar así. Seguro que lo que le estaban diciendo era de extrema importancia. El carabinero puso rostro de inteligente y murmuró:

–Más claro, el agua.

–¡Sí señores, aquí en Cobquecura puede jugarse el futuro de la humanidad! Por algo ustedes jugaban a las damas, símbolo necesario y egregio, la hermenéutica del blanco-luz y el negro-tinieblas, la civilización fósil contra el individuo cinético, el centurión imperial atacando al misericordioso pelícano, Santo Pajarraco Crístico...

El garajista, oscuramente, comprendió que se estaban refiriendo a su bocio y, airado, le dio un puntapié al perro.

–Mucho cuidadito... ¡Si se burla de mí le suelto al susodicho!

El susodicho levantó otro fragmento de belfo y mostró un hueco verde donde debería haber brillado un colmillo.

–¿Pero cómo se le ocurre, señor? ¡No es burla sino exégesis! Seré parco... ¿Ven este gesto? –levantó los dos puños presionando el uno contra el otro–. Es el símbolo secreto de SOPROA, Sociedad Proporcionadora de Aventuras. Una vasta empresa que tiene por cima dar al cliente una experiencia vital, peligrosa a veces, sin riesgo nadie atraviesa el río que lo lleve a explorar ese cofre del tesoro que es el planeta Tierra. Nosotros, que deseamos ser agentes promotores, estamos pasando por una prueba iniciática: se nos ha lanzado en el punto álgido, en la nueva puerta del continente, Cobquecura, en la peor de las condiciones, cubiertos de aceite de hígado de ballena, para acentuar el símbolo jonásico, premunidos sólo de un billete de diez pesos, diez, la unión del uno y del cero que, pornografías aparte, ya que es fácil caer en la trampa del palito y el hoyito, simboliza el eterno combate del ser y la nada, con la misión de acercarnos a la autoridad y, a pesar de los factores en contra, hacernos acreedores de su fe y confianza para mostrarle el sitio exacto donde SOPROA instalará su inmensa fábrica, modelo y ejemplo para el mundo, productora de toneladas de utilísimo carbón artificial. La materia prima, lo sabemos por nuestros arqueosismólogos, abunda en Cobquecura y una cantidad mínima de ella producirá incontables kilos de hulla...

El pelícano se rascó la papera. Algo había comprendido. Vendrían a instalar una fábrica de carbón. Preguntó:

–¿Cuál es la materia prima, caballero?

Valdivia, azorado, miró a Nepomuceno. ¿Cómo iba a salir de ese atolladero? Viñas no se inmutó y soltó cínicamente:

–¡El diamante! ¡Fabricaremos carbón usando diamantes!

¡Cobquecura es uno de los más grandes yacimientos cristalíferos!

¡Mejor que Brasil y Tumbuctú!

Ante los ojos desorbitados de avaricia, bostezó.

–Bueno, el esfuerzo ha sido mucho. Hemos caminado desde el helicóptero que nos dejó ex profeso a veinte kilómetros de aquí y quisiéramos encontrar un alojamiento, con desayuno, que no exceda la suma que poseemos. Mañana a primera hora, SOPROA, por nuestro intermedio, les mostrará la mina...

–Tenemos el Hotel del Descabezado. No hay más que un cuarto para choferes, pero si los señores no se ofenden, los podemos guiar hasta allí...

Conducidos por el pelícano y el carabinero, el presidente y el secretario de la Asociación de Poetas, a respetable distancia de sus guías para no importunarlos con el tufo, avanzaban por una calle lodosa sembrada de espejos de escarcha. Llegaron a una construcción de cemento, corral más que casa, a juzgar por un coro de gruñidos de puerco. El olor a pescado se hizo menos grave ante los vahos de estercolero que surgían por dos ventanucos embarrotados de los que pendía un letrero dibujado por mano mongoloide: OTEL DEL DESKAVECADO.

El paco culateó en los postigos. El parpadeo de una vela dio mirada bizca a las ventanillas. Crujiendo, la puerta de latón oxidado se abrió lentamente y, para terror de Nepomuceno y del cojo, que cayó de culo persignándose en nombre del tinto y del blanco y del pisco santo amén, apareció en el dintel la silueta de un descabezado.

El pelícano, al ver el desencaje del par de visitantes, estalló en risas que al resonar en su bocio lindaron con el ladrido.

–Que no se les encoja el pito ni frunza el anillo, caballeros... Este que ven aquí es el tonto Choche y no está degollado. Lo que pasa es que acostumbra abotonarse el cuello del abrigo por encima de la coronilla. Cree que no tiene cabeza.

Y mientras eran guiados al cuarto hecho de pedazos de cartón y maderas podridas con una rima de paja como cama y un pedazo de espejo sobre una lata de galletas en lugar de jofaina, el carabinero les contó el caso del tonto Choche para explicarles por qué vivía con esa fantasmal apariencia.

(El padre del tonto Choche –después de trabajar catorce años en la perrera municipal castrando canes para vender testículos frescos al doctor Poliakoff que trataba de fabricar un suero contra la impotencia– venía en tren de la capital a Cobquecura, su pueblo natal,

acompañado de su esposa y su hijo, con la intención de instalar, gracias a sus ahorros, un hotel que fomentaría el turismo. Atosigado por el aire caldeado del vagón, bajó el vidrio de la ventana y sacó la cabeza para respirar una bocanada fresca. En ese momento el tren cruzaba un puente de acero. La pasarela le seccionó de cuajo la cabeza; ésta salió disparada, quebró el vidrio de otra ventana –fragmentos que penetraron en los ojos de un pasajero, dejándolo ciego–, entró como proyectil, chocó contra la mandíbula de un estudiante volándole siete dientes y cayó en las rodillas de una monja que se volvió loca. Una señora embarazada abortó mientras la religiosa lanzaba al aire la testa como si fuera pelota. El cuerpo sin cabeza, eyectando largos chorros de sangre, se desplomó sobre Choche. Alguien, en medio de la batahola, jaló el cordón. Cuando paró el tren, los pasajeros, azuzados por el pánico, huyeron en tropel pisoteando a su madre hasta hacerla papilla. Desde entonces el huérfano, que siempre había querido ser como su padre, se convirtió en descabezado...)

Pasaron la noche tiritando cubiertos por sacos agujereados. Las pulgas los picaron de la A a la Zeta y en la pocilga contigua alguien tosió y disparó flemas hacia las paredes haciéndolas tronar. Nepomuceno Viñas, alentándose con el premio Nobel que le esperaba, trató de pegar su espalda contra la del cojo, en busca de calor. Pero para alcanzarla tuvo que echarse tan hacia atrás que las vértebras lumbares se le empezaron a desencajar. Optó por enroscarse como feto y esperó la llegada de Morfeo que acudió acompañado por un cortejo de ladillas.

Antes de regresar a la gasolinera, el pelícano les había terminado de contar la historia del tonto Choche:

–Encontraron al niño junto al vagón dando zapatazos contra el suelo como si aplastara ejércitos de hormigas, pasándose la mano plana por la garganta en forma de tajo y mirando fijo hacia el sol. Nadie supo lo que quería decir. Atado, para impedir ese baile febril, lo entregaron a sus abuelos que vivían de la crianza de cochinos. El pupilo ocultó para siempre la testa y comenzó a hacer vida de degollado. Se alimentaba de sopas que sorbía con una cañita chupando desde detrás de un ojal. El pedazo de cráneo que le asomaba por el cuello del abrigo lo tenía rasurado y teñido con sangre de paloma o gato que cazaba con arco y flechas. Antes de morir, el abuelo exigió que lo depositaran en la charca para ser devorado por sus puercos. Choche era ya un hombre. Encuclillado junto a su abuela que vociferaba las veintidós partes del salmo 119, vio cómo los cerdos

arrancaban la carne del cadáver, hasta dejar el esqueleto pelado con la calavera surgiendo como un loto blanco del pantano.

Cuando el alba entró por las rendijas, Nepomuceno espió hacia la charca. Frente a él, dando zapatazos en el barro, estaba el tonto en una posición que colocaba su falso cuello justo debajo del sol que apenas ascendía. Daba el efecto de que el astro era su cabeza. El idiota lanzaba gritos de alegría como si por fin hubiera encontrado un objeto perdido. Así siguió danzando hasta que el sol se elevó. Al verlo separado de su crisma, Choche emitió un sollozo y, enfurecido, vino a patear la puerta de la pieza. El poeta, que no había orinado, apenas pudo contener las contracciones de su vejiga. Parecía que las paredes se iban a derrumbar. Valdivia dio un salto gritando «¡Terremoto!» y corrió medio dormido hacia el exterior. Cayó en brazos del loco que tomándolo de las orejas trató de arrancarle la cabeza como si fuera el corcho de una botella. Nepomuceno, a la par que sacudía sus piernas para eliminar el líquido indiscreto que habían vertido sus riñones, alzó el índice y reconvino al monstruo:

–¿Qué modales son éstos, señor ciudadano? El compañero Valdivia no es como usted: necesita mucha cabeza para compensar la falta de rodillas. Suéltesela o lo agredo...

El ojal que servía de mirilla eyectó un esputo con tal fuerza que al recibirlo el poeta en la frente cayó de espaldas, y en el suelo, decretándose impotente, se hizo el desmayado.

Valdivia lanzaba chillidos que eran contestados en coro por los marranos. Pensaba pedir socorro, pero los puercos entendían mensajes de amor. Pronto vinieron a frotarse en sus piernas como gatas en celo. Sobre la barahúnda ululó un pitido que paralizó bestias y hombres. Allí estaba la abuela blandiendo una cabeza de madera coronada de espinas. El Cristo tenía los dientes hechos de rectángulos de espejo. El sol chocaba contra ellos lanzando una margarita de rayos dorados.

Choche soltó las dos orejas carmesíes y arrebatando la escultura de manos de la vieja se la calzó en la coronilla ensangrentada. Huyó pateando con fuerza el terreno para levantar nubes de polvo. Sólo entonces comprendió Nepomuceno que el tarado imitaba el ruido de una locomotora. Sin dejar de silbar, la anciana estiró sus dedos descarnados. El poeta entregó el billete de diez pesos. La veterana penetró en la charca, levantó el hueso frontal de la calavera, depositó el dinero junto a otros billetes y dando más silbatazos logró que los cerdos se enfurecieran y expulsaran a los dos clientes hacia la calle. Allí, al fondo del camino, se veía venir al pelícano y al paco, ávidos de

conocer dónde estaba el yacimiento de diamantes.

Olvidando sus aires de vate lóbrego, Nepomuceno se lanzó a correr dando unas zancadas tan largas que lo sorprendieron. Valdivia, como conocía sus límites, empleó un paso de ruedita, talón-planta-punta, y sin parecer caminar, como si estuviera siendo transportado por una corriente de aire, sobrepasó a su presidente que automáticamente retrocedió a secretario por falta de velocidad y billete.

El carabinero lanzó un tiro al aire. El balazo no sonó muy fuerte, pero el ruido que hizo el cañón al partirse en cuatro pétalos fue atronador.

El escritor y el letrista, con la lengua convertida en voluminoso corazón, llegaron a la carretera nacional. Un camión cargado de sandías obedeció a las caravanas estilo Siglo de Oro español que Viñas realizaba agitando una hoja de papayo a falta de sombrero emplumado, y se detuvo. Apenas tuvieron tiempo de trepar sobre el cerro de bolas verdes. El carromato continuó su carrera hacia el sur. Mientras se alejaban, Nepomuceno fijó su mirada en el centro del bocio y rogó que fuera un vientre preñado para que la boca del pelícano se abriera pariendo a Psiquis, dulce mariposa hecha por fin visible. Pero de la cavidad sólo salieron insultos: «¡Emboscados! ¡Comunistas! ¡Prófugos asquerosos!». Tendrían que continuar su fuga hasta el fin, rajando los tamangos en busca de ese mango que los hiciera morfar, solos en el mundo, sin rumbo y desorientados, sin fe ni hierbas de ayer secándose al sol... Cesó bruscamente de pensar, avergonzado, porque se dio cuenta de que estaba expresando su angustia con la letra de un tango.

El barco, inmóvil junto al muelle, exhalaba el zumbido de cien mil moscas pataleando en la carga podrida. Montañas de plátanos negros, tomates agusanados, paquetes húmedos babeando tinta, cajones rancios y peces hinchados explotando con los hocicos abiertos en un atronador grito mudo, proclamaban la huelga de hambre. Doscientos cargadores, escuálidos, sedientos, olvidados por los periodistas, exigían justicia sentados bajo el sol candente. Los custodiaban seis carabineros aburridos sosteniendo apenas sus ametralladoras. La decisión de las autoridades había sido tajante: «Ni la empresa, ni los sindicatos, ni el Gobierno le seguirán el juego a unos zánganos, vergüenza de la clase obrera. No obtendrán publicidad. Estamos en un país libre y los ciudadanos tienen el derecho de controlar como quieran sus estómagos: si se les antoja no comer, que cumplan su capricho. A pedidos necios, orejas sordas. Hay otros muelles y los

trabajadores abundan. Un barco menos no daña nuestra economía. Vamos a ver quién resiste más...».

Un ventarrón caliente sacudió el retrato de Gandhi. La pintura, extendida a pincelazos precipitados sobre una tela rústica, perdió bruscamente la adherencia y cayó convertida en lluvia de escamas. Sólo quedó un ojo en su sitio. Otro ventarrón desprendió ese resto y, convertido en fina lámina, lo transportó para pegarlo en la frente de Nepomuceno Viñas que venía durmiendo con la panza llena de pulpa azucarada sobre el montón de sandías. El camionero, sonámbulo, llegó con el vehículo hasta ese muelle de Talcahuano, lo detuvo justo antes de caer al mar y pegó la cara en el volante para explotar en una cadena de ronquidos. El frenazo hizo saltar las trancas y el cargamento se extendió arrastrando en la marejada al poeta y al cojo. Nepomuceno se irguió entre los huelguistas con el ojo de Gandhi sobre las cejas. Mezclando la realidad con el sueño del que venía saliendo (él y Jacob trepaban por una escalera hasta llegar al cielo y encontrar a Psiquis desplegando una larguísima lengua en cuya punta ofrecía un vasito de esmeralda lleno de ambrosía), arengó a los famélicos creyendo que eran santos ascetas:

–¡En una sola forma sueñan los poetas: construyen escaleras! ¡No nos quedemos sentados, mis faquires! ¡Acatemos la ley divina!

Y convencido por su propio discurso se arremangó la camisa y amontonó palos ceremoniosamente. Valdivia, viendo la tensión del público y la amenaza de las seis ametralladoras, dispuestas a intervenir al más pequeño signo de violencia, buscó clavos oxidados. Con voz de pajarraco cantó *Lorito clava clavito* y se puso a fabricar peldaños usando un zapato como martillo.

Los obreros, por la insolación, creyeron que el discurso era un mensaje de Dios. Primero se arrodillaron y persignaron para caer sobre las sandías a mordiscos. Después, entre fiebre y delirio, comenzaron a fabricar la escalera que permitiría a los ángeles bajar del cielo con la espada de la Justicia...

Nepomuceno, convertido en director de la obra, repitiendo sin cesar «La poesía es un acto», frase que había leído en una historia del futurismo, ayudaba a sus «liróforos terrestres». La peldañera prometía ser una respuesta definitiva a la torre de Babel.

El cojo descorazonó seis sandías y con tres pulpas en una mano y otras tantas en la contraria avanzó cauteloso hasta los pacos. Éstos bajaron las armas y, relamiéndose, hincaron sus dientes de yegua en la carne escarlata. El capitán Cepeda había dicho que iba a mear al bar del puerto y hacía tres horas que no volvía. Total, esperando su regreso bien podían azucararse el hocico. Ningún roto estaba armado

y construir escaleras no era una actividad peligrosa.

Un murmullo, que al principio había sido ocultado por los zumbidos de las moscas, fue creciendo hasta convertirse en himno alemán. Treinta adolescentes vestidos con camisas grises, pantalones de montar, botas, brazaletes y cruces gamadas, pertenecientes a la Gloriosa Juventud Nazi, desfilaban con el brazo estirado. Su líder, un señor gordo con antiparras de miope y uniforme SS, los conducía hacia el muelle para que, comparándose con los esqueléticos huelguistas, se dieran cuenta de que la fuerza era mejor que la razón. Todos los días, después de almorzar, se paraban ante los doscientos desnutridos, lanzaban durante un cuarto de hora sus *Heil Hitler* y se iban al trote a la primera función del cine Berlín que proyectaba los noticieros de la UFA.

Cuando el chofer abrió sus párpados legañosos y vio el muelle regado por un mar de cáscaras roídas, enloqueció. Estaba acostumbrado a dormir conduciendo. Un sexto sentido le permitía detener la máquina al borde de los abismos. Pero esta vez había sido despojado de su carga. Tomó el bastón de fierro, compañero de sus viajes, y saltó de la cabina. Sus pies fueron a dar sobre las cáscaras verdes. Resbaló, dio una panzada y apenas tuvo tiempo de rodar bajo el camión para no ser aplastado por la juventud hitleriana. La horda miraba hipnotizada al líder y éste, que se había quitado las gafas para impresionar mejor a los ayunadores, sin darse cuenta, la condujo por el sendero sembrado de restos. Comenzaron a caer como palos de boliche. El chofer, declarándolos culpables, se lanzó sobre ellos para castigarlos a bastonazos. Al primero que atacó, porque la gran extensión de nalgas era el blanco más atractivo, fue al miope. Implacable, le molió las asentaderas.

–¡Defiéndanme, soldados! ¡Caímos en una emboscada! –gritó el gordo lanzando su revólver de madera contra la nariz carcomida del conductor.

Los nazis comenzaron a patear a los obreros. Éstos, que habían recuperado energía gracias al azúcar, respondieron a los golpes. Los seis carabineros, sin órdenes, no sabían cómo actuar. Enviaron a un camarada corriendo a la cantina en busca del capitán. Nepomuceno y Valdivia, con un grupo de voluntarios, sostenían de pie, en medio de los sopapos, a la insensata escalera.

Haciendo eses, con una axila apoyada en el cuello de su inferior, llegó el militar exhalando un espeso tufo. Lanzó un ladrido con tal fuerza que la orden salió de su hocico envuelta en vómito.

–Alto ahí, cabrones... Les habla el capitán Cepeda... (*Hipo*.) (*Eructo*.) (*Gargajo*.) El huevón que no respete la puta ley, aquí se

muere... (*Pedo*.) ¡A ver, cabo Quéséyoquién, explíqueme este zipizape!

Ninguno de los seis militares se puso el sayo de Quéséyoquién. Todos, impresionados por el capitán que blandía una pistola que no daba la impresión de ser juguete, permanecían inmóviles.

–Lelos de mierda, vuelvo a repetir... (*Eructo*.) Es el capitán Cepeda el que habla... (*Hipo*.) (*Baba*.) Cabo Quéséyoquién, explíqueme... (*Desequilibrio*.)

Aterrados, los seis se pusieron a hablar al mismo tiempo.

–(*Rugido*.) ¿Qué tienen que hablar ustedes, desgraciados? Pedí la voz del cabo Quéséyoquién y no los chillidos ratoniles de los pacos Novalenadas... (*Tres gargajos*.) (*Rasquido de testículos*.) ¡A la voz de mando, cuááádreeense! (*Vómito*.)

Temblando, los seis uniformados reunieron su materia haciéndola compacta alrededor de un eje más o menos chueco. El ebrio, blandiendo su arma, amenazaba transformar a más de uno en cadáver.

–(*Mueca de desprecio*.) Ningún Quéséyoquién que podría convertirse en Yoséquién. ¡Puros Novalenada! Y uno, ninguno... (*Eructo prolongado*.) El espejo no es respuesta, carajo... (*Sollozo*.) Lo digo justo ahora que soy yo, cuando soy y no cuando ni aguas y ojos, ¿para quién veo?... (*Mocos*.) ¡Ni quién, ni mierdas! Nada más esta pistolita... (*Hipo*.) Esta pistoloncita con sus verdades... (*Más rasquidos*.) Porque como dijo el huevón del filósofo, la muerte sabe más que Dios... (*Pedo largo*.) Yo, el capitán Yasabenquién, y si no lo saben amárrense los pantalones que ahí voy, adentro, en persona momentáneamente presente, haré las investigaciones de este crimen... (*Gargajo fallido*.) ¡Ah, no, no se me escapen del saco! Ni saco ni meto... ¡Y por las dudas, meto! Cualquiera que haga algo que yo no he ordenado, comete un crimen... Y nada de esto que yo sepa... (*Lengua seca, frase interrumpida*.)

El capitán Cepeda, con los ojos desencajados, apuntando meticulosamente a cada persona, observó a los huelguistas, luego al gordo miope, al chofer, al camión, a las cáscaras, a los jóvenes nazis, al cojo Valdivia, a la escalera y, sobre todo, a Nepomuceno Viñas con su tercer ojo en la frente. Antes de hablar, el milico arrugó la nariz, inclinó la cabeza hacia atrás como queriéndose tocar la espalda con la nuca y dio un suspiro profundo.

–¡A ver, tú, ojudo, dime algo o te vuelo los sesos!

Nepomuceno soltó lo primero que se le vino a la mente. Le salió una frase de Jacob:

–En verdad es el SEÑOR quien está aquí y yo no lo sabía…

Cepeda pareció recibir un balazo en el pecho. Se plegó como

acordeón, cayó de rodillas, lloró dando risotadas y se asió de la escalera...

–No lo sabía, ojudo, pero ahora lo sé, lo sabremos, lo sabrán. ¡Carabinero Novalenada! (*Chiflido*.)

Los seis pacos, con los talones juntos y la mano pegada al gorro, dando saltitos en la punta de los pies para no perder la posición de firmes, se acercaron al capitán...

Cepeda subió tres peldaños.

–Me dirijo a civiles tanto como a militares... Mi tarea es ver hasta dónde llega esta escalera... Si encuentro algo, desde allá arriba les diré... ¡Que ningún conscripto maricón, pase lo que pase o no pase, abandone la posición de fiiirmeees hasta que yo y sólo yo, en cuerpo y Cepeda presente, dé orden contraria! ¡Ayúdenme a subir con el sentimiento! ¡Al primer civil que se mueva le reviento el coco!

Y tramo por tramo, hipando, eructando, gargajeando, cuesqueando, babeando, vomitando, resbalando, el capitán, sostenido por un grupo de obreros que ayudaban a que la precaria escalera permaneciera en vertical, trató de llegar hasta el último peldaño. Los palos crujían más y más. Cepeda, a medida que la dificultad aumentaba, para que la escalera no se quebrara fue suavizando sus movimientos, haciéndolos cautelosos, convirtiéndose por alcohólico milagro en una burbuja de aire. Muchos afirmaron después que fue perdiendo peso a medida que subía. Cuando por fin llegó a su meta, miró hacia abajo, movió la cabeza de derecha a izquierda, dio un profundo gemido y murmuró tan intensamente que, sin necesidad de levantar la voz, lo oyeron hasta el bar del puerto:

–Prometí decir lo que vería y cumplo: veo mierda. Pura mierda. Nada más que mierda...

Y se soltó un balazo en la sien.

Más tarde, el chofer, en el hospital, cuando salió del estado de coma, con seis costillas rotas porque el muerto le cayó encima, declaró con lujo de detalles por qué no había visto nada.

Llegaron los periodistas, el cuerpo de carabineros, los consejeros municipales, los bomberos, los médicos, los dentistas, las damas del club de Canasta, los caballeros de la logia de la Mesa Cuadrada, los sindicatos, los comerciantes y los basureros.

Nepomuceno Viñas y su otra vez secretario Valdivia se esfumaron entre la muchedumbre. El cojo había tenido tiempo de escarbar en la cabina del camión, aprovechando el tumulto, y robar una botella de aguardiente. El poeta ahogó en la mitad de ese alcohol la pena que le daba que nadie pensara en perseguirlo.

A las siete de la mañana, en punto, comenzaron a gemir las bocinas de barcos y remolcadores. Se unieron las sirenas de dos ambulancias, del carro de la policía, del cuartel de bomberos y la campana de la iglesia. El orfeón municipal encabezó el cortejo interpretando con acentos más que patéticos la marcha fúnebre. Soldados, carabineros, dirigentes de sindicatos, bomberos con uniforme de parada y niños de la escuela pública, todos con antorchas que apenas brillaban en las calles cubiertas por inmensas manchas de yodo, acompañaban al camión de propaganda de los refrescos Lulú donde iba el ataúd caqui que contenía el cadáver del capitán Cepeda, sentado con la diestra en la visera. Un paco, agazapado en la parte trasera del vehículo, espantaba con un plumero a las gaviotas para que no depositaran en el difunto sus plastas blancas.

Las autoridades fueron categóricas:

–Está en juego la dignidad de nuestro honorable Cuerpo de Carabineros. El capitán Cepeda debe mostrar a la masa civil que ha muerto feliz.

Talcahuano no contaba con un empresario de pompas fúnebres que supiera maquillar cadáveres. Las putas del bar se negaron a realizar tal tarea. Obligaron a un Novalenada. Éste solicitó ayudantes y le proporcionaron de un par de patadas a otros dos Novalenadas. La boca hinchada presentaba un rictus tan amargo que los pacos, haciendo uso de sus cachiporras, tuvieron que volarle los dientes y con aguja e hilo coser las comisuras a las orejas. Convertidos en sastres, unieron los párpados a las cejas y provocaron, pespunteando, arrugas horizontales en la frente que fueron a anudar en la coronilla. Le metieron una vara de acero por el ano para lograr mantenerlo sentado y el brazo se fijó en posición de saludo gracias a una capa de cemento.

Cuando mostraron su obra a los severos jefes, éstos disimularon sus carcajadas bajo violentas toses; pero ya no había tiempo de mejorar la mueca... De vereda en vereda, las risas se transmitían a medida que avanzaba el cortejo. Era tanta la alegría del muerto que la ceremonia fúnebre se transformó en carnaval. Cuando llegaron al cementerio, la multitud lanzó confeti. Dispararon al aire tantas salvas como pudieron sin entristecer a nadie. Los discursos fueron cortos y no se oyeron. Doblaron las banderas en un santiamén, ordenaron las coronas y procedieron a cerrar el ataúd. ¡Imposible! Hubieran tenido que traer un mazo para quebrar ese saludo de cemento armado y unas tenazas para extraer la barra de las asentaderas. El alcalde, viendo los esfuerzos desesperados que los carabineros pálidos y sudorosos hacían para desdoblar el cadáver, tragó saliva y ordenó que lo

metieran en la fosa sentado con la mano en el gorro. Carraspeó:

–Pueblo de Talcahuano: un valiente nunca abandona la batalla, porque para él la batalla no cesa. Es por esto que el capitán Cepeda no puede ser descendido a la fosa acostado: se va sentado saludando a la muerte, vital hasta donde puede serlo un finado, vencido por la parca, sí, pero no humillado, en ángulo recto como sus ideales, con sonrisa…

Las paletadas habían ido cubriendo el cuerpo y ahora sólo sobresalía la cabeza, la mano enguantada en la visera y el brazo.

–...con sonrisa de héroe...

–¡De Popeye! –interrumpió un mirón.

En medio de una carcajada general todos reconocieron que el difunto tenía la cara exacta de Popeye el Marino. Sólo le faltaba la pipa.

Un crujido interrumpió los comentarios. Uno de los pacos había golpeado con el borde de la pala el brazo del capitán. El cemento se partió y el puño del uniforme hizo resorte. Todos vieron la mano de Cepeda comenzar a cimbrearse. Esa cara deformada por la risa sin dientes y la diestra diciendo adiós convirtieron las burlas en terror y el cementerio, en menos de cinco segundos, se vació. Cayó una lluvia torrencial. Retumbaron truenos y caracolearon rayos. El viento se llevó la gorra del capitán; los ramalazos del agua partieron sus hilos. La alegría desapareció del rostro y la mueca de asco con que había muerto, reforzada por las encías supurantes, volvió convertida en odio criminal.

Disimulados entre la muchedumbre, Nepomuceno y el cojo habían seguido el sepelio. No por piedad sino por hambre. Alguien había corrido la voz de que después de la ceremonia los refrescos Lulú obsequiarían un tentempié. Cuando estalló la tormenta se guarecieron detrás de una lápida vigilando con angurria el camión de las gaseosas. Tan brusco como vino, se fue el diluvio. Las autoridades se vieron obligadas a regresar para terminar la ceremonia. Nepomuceno, que se había sacado los pantalones para cubrirse la cabeza e impedir que la lluvia le lavara el ojo de la frente, tuvo que vestirse a la carrera para que no lo pillaran con el culo al aire. Pero la prenda mojada había encogido y no le entró. A cuatro patas y con velocidad de perro cavó en una tumba y se fabricó un calzoncillo de barro. Colocaron la placa. Los altoparlantes del camión cacarearon la publicidad de los refrescos: ¡*Lulú en los momentos importantes de su vida*!... Dos monigotes de cartón imitando una Betty Boop vestida de huasa chilena repartieron algo. Los prófugos, abriéndose paso a codazos, se acercaron a las emisarias husmeando una empanada o un sándwich. Sólo recibieron un vaso de agua mineral y una tarjeta.

Cataron el líquido insípido y leyeron atentamente el papel impreso. Un suculento pastel eructaba un globo donde se decía: «¡Miam, miam...! Junta tapas de botellas Lulú y participa en mi sorteo. ¡Quiero que seas tú el que me coma!...». El cojo arrojó airado esa publicidad. Le preguntó a su presidente:

–¿Y ahora qué? ¿Limosnear?

–¡Jamás!

–Bueno pues, ante tamaña dignidad, tendremos que trabajar.

–¡Mi poesía no se vende!

–Nadie le habló de vender sus poemas: ¡nos moriríamos de hambre!

–¡Cojo insolente!

–¡Muy poeta será usted, pero yo tendré que alimentarlo! ¡Mis letras sí pueden proporcionarnos la papa!

Y así, infatigable, el cojo Valdivia, de tienda en tienda, de cantina en cantina, fue ofreciendo sus servicios, seguido de lejos por Nepomuceno que, aparte de ocultar su tercer ojo, disimulaba el rubor de sus mejillas. Como los pantalones de barro se le habían secado dejándole las piernas tiesas, tenía que andar a saltos...

Así llegaron a El Arenal...

IX. La huida a Egipto

«La angustia de no durar todo el tiempo nos impulsa a poseer todo el espacio. Pero la infinitud por antojársenos más accesible se nos hace menos profunda. Y sin embargo, para apoderarnos de lo duradero, debemos obligatoriamente poseer la materia, porque es en ella donde yace oculta la llave de la Eternidad.»

Tripolaridad de la metafísica, Carlo Poncini

A las nueve de la mañana, en ese vasto muladar, cuando las luces neón imitando columnas griegas se habían apagado, los muros chancrosos de El Arenal tomaban un aspecto de cachalote varado. La sal marina mezclada al salitre atacaba la madera, el metal, el cemento, la piedra, y del suelo subía una vaharada a vómito y meado.

Las rameras, oliendo a almidón, sin una gota de maquillaje, abrieron los postigos inundando de luz el enorme local, trajeron un pizarrón y, guiadas por la Maestra, una mujer enmascarada que se comunicaba mediante el lenguaje de los sordomudos, se pusieron a estudiar los Santos Evangelios.

Como habían erigido el circo a cien metros de El Arenal, el murmullo de los textos recitados en coro despertó a los payasos, que fueron saliendo de los carromatos con cara de topos expulsados de sus madrigueras. Se reunieron en la pista, y después de interrumpir el sueño del último espectador, le bajaron los pantalones, con un lazo de cinta azul le amarraron un bombón en el pene y lo arrojaron del circo a perrazos de trapo.

Mientras desayunaban, confesaron que estaban cansados del espectáculo y que era necesario cambiarlo.

–¡Propongo que un payaso considere que el aire es suyo y que persiga a los demás para impedirles respirar!

–¡Sería mejor que nos sintiéramos culpables de ocupar el espacio por sentirlo ajeno y, reteniendo los gestos al máximo, diéramos excusas cambiando constantemente de sitio!

–¡Basta! ¡Siempre lo mismo: «Tratar de hacer y no poder, pensar en dar pero quitar, por perseguir la perfección paralizarnos»!

¡Busquemos algo nuevo!

A nadie se le ocurrió «algo nuevo». De pronto, la perra negra lanzó su jubiloso SÍ. Demetrio la hizo callar de una patada.

La Cabra y Enanita, apresurados, preparando la mamila de Cristóbal Colón que la exigía berreando, no se mezclaron al grupo. De todos modos, ellos no querían cambiar. Adoptaron su disfraz con la misma tozudez que Piripipí. Ese payaso había olvidado su cara, su nombre, su edad, su nacionalidad, su sexo. Hacía más de medio siglo que no se quitaba el maquillaje. Ponerle otro traje no era cambiarle el disfraz, sino disfrazarlo, como también era disfrazarlo quitarle la pintura y darle un aspecto normal. Por eso cuando Zum le ofreció un traje de clown lujoso para que esperara al público en la puerta tocando sus monedas melódicas, Piripipí, con dignidad faraónica, le dio una cachetada. Zum, humillado, tiró a la basura el traje de lentejuelas. Enanita y La Cabra, siguiendo el ejemplo del viejo toni, se pusieron al servicio de la nueva identidad dispuestos a vivir como José y María para siempre, todo el tiempo, despiertos o dormidos, hasta morir representando esos santos.

San José fijó su vista en la pupila izquierda del niño Cristo y la vio convertirse en un disco dorado. Adquirió la fuerza del sol derritiendo regiones de su espíritu que ni él mismo conocía. Su conciencia empezó a naufragar: un río atravesando las tinieblas, girando, avanzando contra la gravedad para desembocar en el ojo de oro, su corazón, su catedral, su maestro, su madre, su Voluntad, y embriagado en Ignorancia, convertido en fuego, centellear hacia todos los puntos del espacio para ser luz Universal.

Enanita vio correr lágrimas por las mejillas de La Cabra, como en agonía, la mirada vidriosa, recorrido por un temblor epiléptico, flotando a medio centímetro del suelo. No se sorprendió: hacía un mes que ella también levitaba a esa altura. No había querido que los payasos se enteraran porque el milagro era mínimo y se hubiera prestado a interminables bromas. Interrumpió el trance de su esposo, ocultando los ojos del niño.

–Ven, José. La historia se repite. Otra vez llega el tiempo tormentoso. Tendremos que escondernos...

Con una voz profunda, que no le pertenecía, La Cabra murmuró:

–Ayer huimos a Egipto. Hoy debemos ir al Arenal.

Y la Sagrada Familia, avanzando sobre el suelo lodoso sin dejar huellas, se acercó lentamente al lupanar.

En la mañana, como a las diez, siguiendo la brisa marina que se internaba en el puerto, un batallón alado venía a posarse en las

paredes del inmenso bar para depositar sus huevos en los intersticios de las maderas. Tanto bicho no dejaba una tabla sin cubrir. El Arenal, convertido en catedral de moscas, zumbaba enviando destellos verdes desde los millares de abdómenes.

Nepomuceno Viñas y el cojo Valdivia tuvieron sólo dos minutos para asquearse frente al fenómeno, porque les tocó el momento del despegue. Conservando la forma del caserón, los dípteros subieron verticalmente y regresaron a la costa. La gran puerta de El Arenal comenzó a abrirse. Al presidente y al secretario se les erizaron los pelos; pensaron que una larva gigante iba a salir para aplastarlos, pero apareció una dama de cabellos blancos, mirada límpida y túnica gris empujando una carretilla llena de tarros de pintura, brochas y dos mamelucos de basurero.

–Los estábamos esperando. La Maestra necesita pintores para dar al Arenal su verdadero aspecto: la Esfinge de Egipto.

La mujer les ofreció un trato honesto. Era muchísimo trabajo, pero justo lo que Valdivia sabía hacer. Recibieron además dos cajas de cartón que contenían pan, pollo fiambre, huevos duros, cerezas y una botella de vino. La señora, antes de irse, les mostró, en la parte trasera de la taberna, un par de alas y la silueta de la cabeza, recortadas en latón, listas para ser colocadas. Valdivia hizo como que se arremangaba unas extremidades de camisa que ya no existían, porque pretextando «moda sport» las había cortado por usadas, y con autoridad de profesor convirtió a Nepomuceno Viñas en su ayudante, rompiéndole los pantalones de barro, ayudándole a ponerse el mameluco y borrándole el tercer ojo. El poeta, después de devorar los alimentos a hocicazos sin control, eructó sublimando el ruido en un largo hilo de aire:

–Esta faena durará meses. ¡No la podemos aceptar! Usted compañero olvida que somos prófugos. La policía nos viene siguiendo. Recuerde que Gegé Vihuela, presidente traidor, odia a los poetas del pueblo. Pronto mi fotografía lucirá en todos los cuarteles del país. Arriesgamos el pellejo haciéndonos sedentarios...

–Póngase en la realidad, Nepomuceno. ¡Nadie lo persigue! Al que persiguen es al famoso Juan Neruña. A usted no lo conocen ni sus liendres. ¿Cuántos lectores cree que tiene? ¡Sobra un dedo para contarlos!

–No me menosprecie, compadre. Mi eco rapsódico a la oda de Neruña «¡Que despierte el vengador!», al que intitulé «¡Y que duerma Epsilón!», fue leído en la carnicería 120 del Mercado Central mientras, envueltos en la llama de mi numen, los obreros ensangrentados (la sangre de vaca se convertía en símbolo de la

Opresión) cortaban, llorando, sus escalopas...

–¿Por qué «Epsilón»?

–Letrista inculto: ¿quién no sabe que esa letra griega cuando tiene un acento arriba y a la derecha vale cinco y cuando se le pone el acento abajo y a la izquierda vale cinco mil? ¿Cree usted que el proletariado es estúpido? Me basta decir Epsilón para que sepan que Gegé Vihuela, arriba, con los aristócratas en los partidos de la derecha reaccionaria vale cuatro mil novecientos noventa y cinco veces menos que abajo, con el pueblo, en el glorioso partido de la izquierda popular...

–Muy bueno será su símbolo, pero le aseguro que nadie lo entiende. ¿Cómo se le puede ocurrir que lo anden buscando porque compara al presidente de la República con una letra del alfabeto griego? ¡Mariguanadas!

–Mire, don cojitranco, terminemos esta discusión: aunque nadie me persiga, persiguen a la Poesía... Y si la Poesía es perseguida, a mí, que la llevo en las venas, terminarán por perseguirme. ¡Se lo afirmo y prometo! ¡No veo por qué sólo aquellos que han recibido el número premiado en el sorteo de la Fama tendrían el privilegio de ser acosados! ¡Nadie me privará del honor del calvario!

Un sollozo violento le engarrotó las mandíbulas y no lo dejó seguir hablando.

–Bueno, bueno, poeta, le creo.

Y Valdivia extendió una mano crispada hacia su amigo:

–Lorito da la patita, lorito, lorito.

Nepomuceno, asiendo esa extremidad, la besó entre lágrimas e hipos. A Valdivia, de la impresión, los dedos se le pusieron lívidos; miró al poeta, quiso decir algo más, no pudo. Le dio la espalda, bruscamente, y comenzó a pintar la Esfinge. Masculló, tratando de tragar el nudo que tenía en la garganta:

–Vamos a terminar con el problema. De ahora en adelante, usted es el presidente y yo el secretario. ¿Para qué complicarse más? Señor prófugo, tome la brocha por favor y, con la elegancia que lo caracteriza, extienda el esmalte anaranjado en los cuadros que van del diez al cien y que son las garras de este engendro...

–Con mucho gusto, estimadísimo secretario. Cuando usted es el que sabe, soy yo el que obedece...

Y ambos, silbando sin darse cuenta la pegajosa melodía de los refrescos Lulú, se pusieron a dar pinceladas.

Apenas san José divisó a Nepomuceno Viñas, recuperó la memoria y volvió a ser La Cabra. Cesó de levitar y cayó a la basura. Observó

con disimulo a Enanita. Ella seguía siendo la Virgen María y avanzaba con la armonía de un transatlántico, flotando sobre las charcas... Pestañeó varias veces. Le bajó el dolor. Los médicos del hospital le habían dicho: «En el cerebro te queda un coágulo grande como caja de betún... No lo podemos extraer... Paciencia. O se disuelve o te mata. Tendrás que aguantar el sufrimiento, a lo macho...». Cuando se convirtió en san José, cesó de sufrir. Con la memoria le volvieron los dolores. Un rebaño de yeguas negras dando coces en sus sienes... Insoportable... Cristóbal Colón extendió un brazo y le bendijo la cabeza con el anular y el meñique. Ese gesto lo alivió inmediatamente. Emergieron otros recuerdos...

En su taller de pintor tenía desnuda a Enanita. Borracha como él, se había envuelto en papel plateado y yacía en la cama tartamudeando «Soy un regalo». Atarantado, rasgó las hojas de estaño y, al no poder injertar su enorme Príapo en la menuda raya que la buena voluntad ofrendaba pero que la tristeza resecaba, tomó un tubo de óleo y lo embadurnó de verde para lubricar el pasaje. Justo en ese momento estalló un trueno y un ángel invadió el estudio. La entidad no tenía cuerpo estable. Si bien es cierto que una semejanza de rostro flotaba de aquí para allá, se producían tantas formas y cambiaban a una velocidad tan vertiginosa que la atención no podía fijarse a un fenómeno. Eran estrellas, luces, ondulaciones, medusas, magmas, geometrías, estallidos, implosiones, vibraciones musicales, aromas, caricias... Enanita, sin darse cuenta, insistía en que La Cabra entrara de un cruel empujón, porque un regalo para ser auténtico debe causar dolor al que lo ofrenda. La voz del ángel, atronadora pero lo suficientemente contenida para que no le diera miedo, le dijo: «¡Voy a mezclar mi luz a tu semen!».

La Cabra se sabía los Evangelios de memoria. Su madre, aparte de hacer *striptease* en el bar de Los Siete Espejos, era teniente del Ejército de Salvación y no le daba de comer si no era capaz de recitar tres versículos nuevos cada día, poniéndole a cada equivocación un pedazo de ají en la boca. Esa enseñanza le había llagado la lengua porque de puros nervios siempre cometía errores y en lugar de decir «Veintiséis El sexto mes coma», murmuraba: «Veinti... ¿cinco? No, no, seis... Veintiséis El sexto mes punto...». «¡Niño distraído, coma y no punto! ¡Separe los dientes o se los quiebro con el mazo con que toco el bombo frente a las cantinas! Y agradezca que le meta un pimiento y no un trozo de carbón encendido...»

Sacando el resentimiento que le tenía a los textos sagrados, insultó al ángel: «¿Crees que soy huevón, Espíritu de mierda? ¡Vete con tus anunciaciones a otra parte! ¡A esta mujer me la cojo yo solo!». Y

haciéndole un gesto procaz con el puño dio un caderazo y penetró de golpe tratando de escupir su semilla antes de que la aparición le ganara la partida. Pero con el orgasmo perdió el control y también el goce, porque el ángel, como torbellino, se le metió dentro y con sus resplandores le durmió la conciencia. Cuando despertó, estaba sobre el cuerpo de su amiga, pero le habían robado el placer de la eyaculación. El querube, arrogante, le dijo: «Perderás la memoria de este suceso hasta que llegue el tiempo de cumplir tu misión...». ¿Misión? ¿Qué misión? ¡Misión, mi abuela! «Mire, su puto con alas, deje la vanidad de lado –nunca ha sido ángel– y conviértase en lo que es: una alucinación alcohólica tan miserable como nuestra realidad...»

Otra vez el dolor. ¡Coágulo cabrón! Bendíceme, niño, con las manos y los pies. Gracias. ¿Pero qué hace aquí don Nepomuceno Viñas, presidente de la Sociedad Nacional de Poetas, sin toga, sin laureles, vestido de basurero, manchado de pintura, convirtiendo un bar en Esfinge?

La Cabra jaló una pierna del mameluco naranja, hizo bajar al poeta de la escalera y le presentó el trasero:

–¡Cóbrese, mi amigo, le debo una patada!

El presidente y el secretario estaban curados de espantos. Después del descabezado, del suicidio del capitán Cepeda y su metamorfosis en Popeye y del encuentro de ese bar que en las noches era Sodoma y Gomorra y en las mañanas convento de monjas, nada los podía sorprender. Observaron con respetuosa atención a la Sagrada Familia, imaginaron que era una treta de pordioseros y, después de escarbar significativamente en sus bolsillos vacíos, sin reconocer a La Cabra, intentaron ofrecerles un mendrugo de pan y un trago de vino. Una serpentina, último resto de la orgía nocturna, llegó reptando entregada al impulso del viento y pasó, con sus tres metros, por debajo de las plantas de la Virgen María. A Valdivia la carne se le puso de gallina. Muerto de curiosidad, estirado de vientre en el barro, Viñas deslizó una regla entre los pies y el suelo. ¡Sin lugar a dudas, la enana estaba flotando! La Cabra, al mismo tiempo que se quitaba la barba postiza, mostrando su posterior insistió:

–¡Vamos poeta, vénguese!

Los prófugos reconocieron al sacrílego. No lo habían olvidado. ¿Cómo? Después de la paliza tuvieron que frotar las *Obras completas* de García Lorca con un algodón embebido en alcohol para despegar los pedazos de cerebro del desgraciado provocador. El cojo Valdivia, a causa de sus rodillas anquilosadas, no podía dar puntapiés. Como si fuera un manjar maravilloso, deseaba cometer esa acción; tanto, que en su cuarto de huésped, aislado del mundo, se ponía un calcetín y un

zapato en el brazo derecho y «pateaba» una pelota de fútbol hasta que los vecinos estallaban en quejas. Codeó a su amigo con la boca hecha aguas:

–¿Qué espera, señor presidente? ¡Haga uso de la oportunidad que se le brinda!

Nepomuceno no lo oyó. Emocionado hasta las lágrimas compadeció a la pequeña mujer.

–¡Pobrecita, debe de haber comido tan poco que seguramente flota de hambre!

El cojo, arrepentido, le tendió un pedazo de pollo a la Virgen. Enanita sonrió:

–El otro niño estuvo entre un buey y un burro. Hoy, el mío necesita ser acompañado por ustedes. Tengan la bondad de seguirnos...

La orden fue dicha con tanta dulzura que encadenó a los dos pintores. Sintieron que una mano los alzaba de los cabellos. Miraron hacia la tierra: no estaban sobre ella. ¡Cinco milímetros los separaban de la realidad! La Cabra volvió a ser San José. El pedazo de pollo se convirtió en rosa. Flotaron hacia la puerta de El Arenal donde los esperaba la dama digna. Enanita la reconoció inmediatamente: ¡era la Gárgola!

¿Recuerdas Tocopilla? ¿La calle de las linternas rojas? ¿Ustedes mis niños rasurando los pelos de mi vientre para pegarlos en la cabeza del Santo Infante de madera? Los años fueron pasando, dejaron de venir barcos, las minas se agotaron y el pueblo quedó desierto. Yo no pude irme, amarrada sin saber por qué a ese puerto fantasma. Un día, en la playa, encontré a Rosa Cristina. La vi, como siempre, modelando en el aire. Avanzaba, retrocedía, subía por una escalerilla, alisando, estirando, apelmazando. Abría puertas invisibles y, con precaución infinita, retocaba detalles. Tenía la piel pegada a los huesos y sus pupilas eran luciérnagas. «¿Qué haces?», le pregunté. Tomó un saco de harina y fue soplando puñados a medida que recorríamos su obra. El polvo se pegaba a las superficies invisibles y fueron apareciendo estatuas, columnas, quimeras, capiteles, altares, bóvedas, coros de querubines, miríadas de formas, una catedral inmensa hija de incontables caricias. Allí vivimos mucho tiempo hasta que llegó la policía. Les pedí que respetaran los límites, que no todo lo que no podían ver carecía de existencia. Ellos patearon las murallas hasta que, emitiendo el ruido de cien mil copas de cristal, se desmoronaron, y junto con ellas también el cuerpo de Rosa Cristina. Tenía que irme. Anduve por valles y montañas, atravesé desiertos, lagos, ríos,

bosques, meses, años, pero cuando miré hacia mis pies vi que sólo había avanzado un centímetro. Estaba en Tocopilla, envejecida, apoyada en un bastón que se enterraba en el suelo. Mi Santo Infante de madera, calvo y carcomido, atado a mis espaldas como la cruz de Cristo, hizo que un barco americano atracara en el muelle. No sé cómo pude esconderme en las bodegas. Viajé tirada en la penumbra mientras las ratas pasaban por mis piernas. Hubo una a la que nunca olvidé: se plantó frente a mí, grande como perro, clavando directamente su mirada en mis ojos. Los bigotes le arrastraban y multitud de arrugas se acumulaban en su hocico. Un ser milenario. Me incliné con el mismo respeto con que lo hubiera hecho ante un Papa. El animal abrió su hocico y dejó caer en mi mano un anillo de bodas. Me dormí. Al despertar oí gritos anunciando la llegada de los ángeles. Creí que estábamos en el Paraíso. Desgraciadamente era la ciudad de Los Ángeles, California, a la que no pude visitar porque los agentes me detuvieron. Fui condenada a regresar en el mismo barco, en la misma bodega. Y en esa penumbra encontré a la Maestra muda. Como yo, viajaba escondida. Ella me despojó del Santo Infante y ayudó a lanzarlo, por una claraboya, hacia el fondo del océano. Ella limpió la costra que portaban mis vestiduras, masajeó mi cuerpo, curó mis llagas, me sacó de la infancia. Por sus manos vacías se deslizaba el Amor del Universo. Nos desembarcaron en Talcahuano, el último rincón del mundo, y guiadas por la Suprema Voluntad, llegamos al Arenal. En el lugar más oscuro del bar, mirando a la pared, la Maestra se sentó hasta que las rameras se le fueron acercando y la aceptaron como guía. Ella te conoce y tú también la conoces. Gracias a ti, llegó a ser lo que es... Has creído tejer en el vacío y, sin embargo, todo cobrará significado...

La Gárgola ordenó los pliegues de su túnica y precedió a la Sagrada Familia. Nepomuceno Viñas, sin estar muy seguro del papel que se le había atribuido, no sabía si mugir o rebuznar. Le daba lo mismo ser asno simbólico o buey simbólico, pero pensándolo mejor, por aquello de las criadillas, lanzó un hihan-hi-han zalamero para congraciarse con las dos mujeres. El cojo Valdivia se sentía en las nubes: ¡nunca había avanzado con tal facilidad! Por eso, cuando oyó el canto del burro, aceptó dar un mugido. Total, se dijo, la palabra «buey» no castra... Y tragó saliva imaginando los matorrales pélvicos de las gamberras que iba a ver.

–¿Por qué jadea tanto, compañero Valdivia?

El cojo, rápidamente, metió una mano en el bolsillo y ocultó un bulto indiscreto. Perdido en sus ensueños había penetrado, sin darse

cuenta, en el salón de baile. La pregunta del presidente lo devolvió a la realidad. Lo que vio le bajó el entusiasmo permitiéndole sacar la mano de la bolsa: la pista estaba cubierta de tapices. Un brasero despedía nubes de incienso. Sin ser incomodadas por sus amplias túnicas, con el pelo recogido en la nuca, muchas mujeres al ritmo de un instrumento de cuerdas ejecutaban complicados ejercicios que exigían de ellas gran flexibilidad y control del sistema respiratorio. Divididas en ocho grupos, danzaban con movimientos distintos sobre ocho tipos de cereales. Para llegar al fondo del salón tuvieron que atravesar esas áreas de granos con sus diferentes texturas y colores. Allí estaba la Maestra. Se despojó de la máscara y mostró su rostro a Enanita. ¡Era Diana Dawson!

Extraños los caminos de la Providencia. Actos insensatos revelan ser, años más tarde, la primera piedra de vastas construcciones... Cuando cortó su lengua de un mordisco –cese de todo su pasado– conoció por primera vez el mundo: un mundo sin Diana Dawson.

Las compañeras del show conservaron el apéndice en un bloque de plástico. Cuando salió del hospital se lo entregaron junto con el modesto resultado de una colecta y se despidieron de ella aconsejándole que acudiera al asilo de ancianos. No se dejó quebrar. Tenía que sobrevivir y lo hizo. Llegó al fondo. El hampa le fabricó una lengua postiza en cuyo hueco transportó heroína hasta que la detuvo la policía. Salió de la cárcel. Pasó días sin comer, durmiendo en sitios sórdidos. Un antiguo admirador la reconoció y la contrató para empaquetar cereales. Trabajo que dejó de ser agotador a medida que fue recibiendo el mensaje de los granos. Esas semillas eran maestras milenarias. El trigo, con su fuego duro. El maíz, ardiente humedad de las tinieblas. El arroz, seco y discreto cielo submarino; el mijo, de movimientos imperceptibles y precisión cataclísmica. La avena mostrando el centro real del ensueño. La cebada convirtiendo en cáliz misericordioso al corazón que sabe demasiado. El alforfón otorgando la noble llave del amor a sí mismo. ¡El centeno galopando en la inmovilidad del transcurrir! Diana Dawson se bautizó sumergiéndose en un barril que contenía esos ocho cereales. Al emerger supo su nombre y su misión: Juana Bautista, la nueva voz que clamaría en las tierras estériles para proclamar el regreso del Cristo y el advenimiento de la América Celeste. ¡Tenía que abandonar la ciudad! Fue a los muelles y se introdujo en cualquier barco, sabiendo que la Suprema Voluntad iba a guiarla. Conoció a la Gárgola en la oscuridad de las bodegas y fue su primera discípula. Las desembarcaron en Talcahuano. Al ver el letrero rojo que con destellos funestos

anunciaba El Arenal, la Maestra obedeció la llamada y allí se instaló. Poco a poco, inmóvil frente al muro, se hizo ojo del huracán orgiástico y las prostitutas la santificaron. Pudo fundar su Escuela. Tuvo suerte, porque el lugar pertenecía a las mujeres y nadie interfirió en su transformación gradual de bar en templo. Un sueño reveló a la Maestra que la Sagrada Familia estaba por llegar. Comenzaron a transformar la decoración exterior en Esfinge. El Arenal era el desierto donde la infancia del niño Dios debía transcurrir, porque en su nueva encarnación sólo las putas podían ayudarlo a salvar el mundo.

La Virgen abrazó a Juana Bautista y ambas sollozaron. Se le comunicó a san José que su tarea había terminado. Le agradecían su protección y le pedían que abandonara, junto con los dos animales, ese recinto donde sólo admitían mujeres. El venerable carpintero montó en el lomo del buey Valdivia. Éste, gozando de la ingravidez, lo llevó fuera del templo. El asno Nepomuceno, agitando una brocha que descubrió rezagada en un bolsillo, retrocedió haciendo mosqueteriles reverencias, cada vez más cerca del suelo a medida que se alejaba del Mesías, hasta que al llegar a la puerta dejó de levitar e hizo contacto con la tierra. El cojo también, por lo cual, de golpe, le cayó encima el peso de san José y se fue de pico. Lo alzaron chupándose un labio hinchado. El santo abrió los brazos sin saber qué hacer. Lo habían despojado de su mujer y de su hijo. Bajo la imagen de Jesús y María surgieron, en transparencia, Enanita y Cristóbal Colón. Le dolió el cerebro. Un escalofrío recorrió su cuerpo y el lado izquierdo de la cara comenzó a paralizársele. Veía a medias y respiraba con dificultad. Lo invadió La Cabra. ¡Carajo! ¿Por qué aguantaba esa injusticia? ¿Iba a morir así, abandonado como un perro? San José regresó: «Ten fe. Nuestra santa esposa y madre no te olvidará. Vendrá a socorrerte porque ese niño es tu padre. Siéntate a la sombra, espanta moscas con tu barba de algodón y sé paciente. Allá dentro está pasando algo que sólo puede suceder entre mujeres».

Reteniendo los dolores se tendió en el barro. El presidente y su secretario continuaron la pintura encomendada. Las uñas que surgían de las patas de león eran lenguas de fuego.

Entre la Dawson, la Gárgola y diez rameras desvistieron al niño. La Virgen María sonrió guardando su arrobamiento en el corazón. Desparramaron incienso y la Maestra hizo que la Gárgola, acercando su boca al pene de Jesús, empezara a repetir incansablemente:

–Rabbuni, Rabbuni, Rabbuni... Danos el primer signo...

Las apóstoles repitieron la palabra «Rabbuni». El pequeño miembro recibió un aporte de sangre y con milagrosa elegancia entró en erección. Cuando la piel no dio más y brilló de tersura, en el agujerillo se produjo una ondulación que bajó recorriendo la cabeza y el cuerpo. Los testículos fueron absorbidos y el ojo diminuto se chupó a sí mismo. Ante las exaltadas matronas, el tubo descendió hacia el interior de la pelvis convirtiéndose en vagina.

–Rabbuni, andrógino divino, danos la segunda señal: ¡Habla!

El infante se puso rojo, una transpiración caliente le empapó el cuerpo y las axilas, la pelvis y la piel del cráneo eyectaron cabellos blancos. Un triángulo de canas rizadas apareció bajo el ombligo, dos chorros albos en los sobacos y una larga melena cubrió la nuca. El niño con pelambrera de anciano se agitó más y más ante las reverentes cortesanas que habían caído de rodillas esperando el mensaje que a punta de balbuceos, chasquidos de lengua, salivazos, pujos y gruñidos él trataba, angustiado, de transmitir.

¿Introducir todo el Océano en una sola de sus gotas? ¿Inyectar su Eternidad en el fragmento de un sueño? ¿Viajar por raíces infinitas como un torrente de savia y eyectar, a través de la más pequeña de las flores, su pensamiento cataclísmico convertido en perfume? Un equilibrio mal establecido y el niño podría estallar haciendo trizas la Galaxia. La primera vez había comenzado por la madre, transformando cada célula, reforzando los ovarios, dando potencia solar a la sangre. Y a pesar de todo, cuando la cubrió con el huevo de sombra, su luz casi la hizo cenizas; para entrar en la Ilusión sin disolverla requirió el completo despliegue de su Amor. Y esta vez era un niño quien debía absorberlo, poco a poco, como una esponja pura y frágil...

Replegado en sí mismo, navegaba en las tinieblas encarnándose con extrema precaución. El llamado le llegaba como un piqueteo incesante: «Rabbuni, Rabbuni, Rabbuni...». ¡Paciencia, mujeres! Para todo hay tiempo. No me hagan hablar antes de que los músculos de la lengua sean fuertes para que mi palabra no los funda. Si no vigorizo cada partícula del cerebro, esta masa miserable se hará magma cuando mi pensamiento estalle. ¿Resistirá su hígado diminuto el fuego de innumerables soles? Paciencia. Establecí una ley y sé que debo cumplirla. Voluntariamente me introduje en la trampa. Sin embargo, no me apuren. Es peligroso enervar al niño. Aún no puedo contradecirlo, y si en la rabia se propone sacar a la Tierra de su órbita, puede hacerlo. ¡Basta, no más «Rabbunis»! ¡No me encandilen! ¡No quiero robar la infancia de este ser! Muy claro lo dije en el libro

sagrado: ustedes son hijos de un hombre y una mujer que nunca fueron niños. Cometí el error de crearlos adultos y por eso no conocieron el juego, el triunfo milagroso del primer paso, pronunciar la primera sílaba. Esa mujer y ese hombre no crecieron a la par que sus vísceras: abrieron los ojos y ya estaban completos. Todo lo recibieron y nada adquirieron. Por eso, después de la expulsión, creé la infancia y con ella la madre... Hoy no revelaré secretos que cambiarán la faz del mundo ni daré órdenes. Mi boca hará lo único que quiere hacer entre tantas solicitudes impacientes: ¡beber leche! Comprendan, por favor: no quiero hablar, quiero mamar.

Se dejó ir. Los pulmones lo zarandearon al expulsar ese perentorio sollozo de hambre y sombreó en el gusto del manjar milenario. Succionó. ¡Carne, esqueleto, piel, vísceras, sangre, en tumulto, en círculo, comprimiéndose junto a los labios, lengua, paladar, alrededor de la montaña de carne, puerta del cielo, pezón! ¡Ah, qué placer! Si ustedes supieran lo que siento no estarían pidiendo mensajes, sino leche.

La masa informe lo llamaba y Él se iba entregando; sabía que era un juego, que en cualquier momento podía deshacer el nudo y extenderse en todopoderosa majestad, pero prefería por un instante quemar las naves, convertirse en hijo, anidar en las fórmulas, dormir, soñar, resbalar sobre el seno que colmaba sus pedidos, tragar, pertenecer, crecer, recibir aluviones de ternura insensata, dejar de ser el mar para ser mecido, mamá, dame, dame, dame...

En un último destello, vacilante, pensó en la mano izquierda y, forzando, lanzó un diagrama a través de esa forma. No era Él quien ordenaba el milagro, era el hambre del niño que exigía un seno más grande...

Juana Bautista se levantó decepcionada. Más le dolía el orgullo que sus viejas rodillas. El sueño le había prometido que el niño hablaría para comunicar un nuevo Evangelio pero sólo estaba balbuceando «¡Teta!». ¡Había que obligarlo a manifestarse... aunque fuera vapuleándole las nalgas...! Se arremangó la toga plateada y...

El bebé movió la mano izquierda haciendo una cruz sobre los senos de su madre. Un rasguido de telas anunció el comienzo del milagro: el traje de la Virgen María estallaba en harapos, las costuras no podían resistir el asalto de ese cuerpo que aumentaba de volumen por palpitaciones espasmódicas. ¡La pequeña estaba creciendo! No demoró más de un minuto en medir tres metros y medio.

Enanita dejó de levitar, sus grandes plantas tocaron una porción desacostumbrada, por lo extensa, del suelo y miró hacia la puerta. Vio,

en la alfombra de granos, sus huellas, las antiguas, aquellas donde nunca más le cabrían los pies, y tuvo ganas de cantar. Ofreció al pequeñuelo sus senos repletos. Cristóbal mamó como desesperado, lo que a ella le produjo cosquilleos en el sexo: lo sintió imponente, profundo, dadivoso. Allá en el fondo, pero muy en el fondo, disimulada por un ejército de imágenes y una avalancha de sentimientos encontrados, surgió una sombra. A pesar de todos los velos, Enanita reconoció a Mi Señor, Demetrio, ahora por fin al alcance de su estatura. Quiso murmurar pero le salió un trompetazo:

–Con el permiso de ustedes vuelvo al circo...

La Dawson se dio cuenta de que una cosa era el misticismo por escasez de altura y otra la sensualidad estallando con apetito de orquídea campeona. Había que impedir que esa mole golosa raptara al Dios. Hizo gestos hacia sus acólitas ordenando el ataque. Sin abandonar al niño, la giganta desparramó a sus agresoras quebrando costillas a talonazos. Hubiera podido escapar, pero enfrascada en la lucha tuvo un segundo de distracción que aprovechó la muda para blandir el cubo de plástico y desmayarla de un lenguazo.

La Cabra, con sus extremidades abiertas en diagonal, agonizaba de cara al cielo. Una espuma seca le blanqueaba el interior de la boca.

Se oyeron golpes, gritos y, después, silencio. Manos con uñas esmaltadas cerraron las persianas y la puerta del bar. Por más que Nepomuceno y Valdivia golpearon pidiendo auxilio para el moribundo, nadie respondió.

El poeta le pidió a su amigo que permaneciera junto al santo mientras él, que corría más rápido, iba al circo para advertir a los payasos. El secretario, herido en su amor propio, sin decir agua va, sacó su paso de ruedita y a talonazo-planta-punta avanzó cual flecha hacia el capitel, perseguido por el presidente que también tenía su orgullo. La llamada de ayuda se convirtió en competencia. Ninguno de los dos quería ser distanciado por el otro. Empataron. Al llegar a la pista donde los tonis trataban infructuosamente de inventar un nuevo espectáculo, no pudieron decir una palabra: cayeron sobre el aserrín respirando como pescados.

El coágulo enviaba por las arterias fragmentos filosos. El corazón luchaba por latir y los pulmones sorbían el aire como si cada bocanada fuera el fin del mundo. San José, tranquilamente, estaba muriendo en Nazaret, en la casa blanca donde le había enseñado a Dios el sabor del pan, el humilde amor de un padre, el goce del trabajo manual. El carpintero tenía que entregar su carne. Ahora que

la iba a dejar, más que nunca se le hacía presente. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, arrojó las sandalias y levantó las piernas. En la piel suave, allí, en el arco debajo del empeine, recibió el cosquilleo de las estrellas que no podía ver porque era de día. De cada astro bajaba un filamento plateado que venía a clavarse en sus plantas. Millones de hilos lo unían al cielo. Cada parte de su cuerpo estaba entonando el aria final. Sentía caminos, signos, lecciones que nunca había sabido leer, pero que, sin embargo, dirigieron su vida; la melodía del ombligo, los testículos ciegos, impecables orfebres del semen, y el hígado, portero alerta impidiendo el paso de la sombra, y los riñones fabricando la estructura del secreto, y los pulmones, atanores del Verbo, y el intestino, laberinto ávido, raíz de los ojos y las uñas y los pelos y los dientes y los huesos mínimos y el árbol de los nervios y la maraña de perfectos canales y el ritmo arrollador del plasma, su materia, su vacío, el abrazo final, viendo cada parte por última vez y por eso por la primera vez –es en el adiós cuando los amantes se conocen–. Sí, era capaz de cortar amarras, dejar ese increíble manjar a los gusanos... Quiso pronunciar una frase final, pero en la boca seca le supuró un mar de palabras, todas las que en su vida había acumulado, polvo, membranas muertas, pellejos, peñascos de río, sarna; se le fueron escurriendo hasta que la lengua vacía le quedó entre los dientes como una albacora varada... Llegaba el momento de entregar el alma... Pero ¿qué estaba haciendo? ¡Bruto, él era La Cabra y no un mono disfrazado de apóstol! Le habían robado su mujer, su hijo, el cuerpo y el lenguaje y ahora querían continuar con su alma. Era necesario luchar, recuperar el poder, hacer circular la sangre, vamos, avanzar, que los ríos no cesen de fluir, que las carnes palpiten, que el aire circule, que el gallo cante y surja el sol de la alborada, todo santo es un demonio, para fuera, soy un pobre, un humano, este cuerpo es mío, esta vida es mía, yo soy mío, quiero oler y ver y oír y gustar y tocar, quiero amar en medio de la fiesta, quiero que acompañen mi soledad ejércitos de solitarios, quiero hundir mis dientes en una alcachofa, quiero abrir mi garganta para recibir la eyaculación caliente de una botella de vino... Camaradas, no me abandonen, no deben, continúen a mis órdenes, muévanse dedos, humedécete lengua, ojos, distingan la luz de las tinieblas.

El cuerpo estaba ya frío. La Cabra se iba disolviendo. San José se sintió bien: merecía ese momento. Desde hacía ya mucho había vencido al Adversario, con una escoba de rezos limpiado el paisaje, depositado una lámpara en cada caverna oscura; apagado la sed de conocer e introducido la ignorancia. «Tú sabes, yo no sé. Tú sientes y yo sólo transmito tu Amor...» Y ahora estaba haciendo aquello para lo

que toda su vida se había preparado, lanzar su perfume al otro mundo... Vio aparecer en los confines del luto las embajadas celestes. Primero llegaron los espíritus de todos los días, el elfo del pan, la ondina del vino, la salamandra de las manzanas, y después, entre esas miríadas de seres elementales, surgió su propio ángel de la guarda para envolverlo entre sus alas de carne. Pudieron venir entonces las entidades galácticas, las joyas siderales, los grumos apocalípticos, los coroneles luminosos, los tesoros celestes. Él era un punto, nada, un fragmento miserable pidiendo ayuda: «¡Tú eres todo, yo no soy! ¡Enséñame a morir!...». Y de pronto, dando tumbos en un río oscuro, se sintió desnudo. Nadie lo estaba acompañando. El fluido que lo arrastraba era como un ácido... Su memoria, sus dolores... Su madre lanzando cocacola por el sexo, las misas en el Ejército de Salvación, el perro que le pusieron en la cuna como estufa y que le pegó la sarna, la cara burlona de los carniceros cuando le vendían retazos para los gatos sabiendo que esas sobras eran el pilar de la sopa cotidiana, sus competencias con los otros obreros por tener en la mesa del bar el cerro más alto de latas de cerveza, las cenas con Hums, la pateadura en la Sociedad de Poetas, el coágulo, Enanita, Cristóbal Colón, la Sagrada Familia... ¡Una comedia a lo bestia! ¡Y este beato, san José de mis cojones, robándome la muerte! ¡Soy yo, La Cabra! ¡Yo me disuelvo en un baño pútrido! Pero ¿cómo puedo morir si nunca he vivido? Todo estuvo ahí, desviándome. Nací para ser un sencillo carpintero y no santo patrono. Mi destino era construir un mueble perfecto, de sana madera y simples líneas. ¿Por qué tantos dolores que no me pertenecen? ¡No quiero desaparecer! ¡Aún estoy vivo!

Comenzó a nadar contra la corriente. Sabía que el río no comenzaba en Nazaret, sino en una charca inmunda de Talcahuano. Quizás aún era tiempo de recuperar su cuerpo...

Cuando la punzada en el bazo le permitió hablar, Nepomuceno Viñas bebió un chorro de vino tan largo que la lengua se le hizo obstáculo y tuvo que saltar sobre los hipos para explicar que él y su compañero Valdivia, a quien concedió el empate por deferencia a sus rodillas en ángulo terco, eran honorables ciudadanos huyendo de la ley cual libélulas vueltas comadrejas...

–En fin, pasando de lo superfluo a lo esencial, informo que uno de sus farsantes yace agonizando frente al animal mitológico que modestamente yo pinto en El Arenal...

Valdivia, que dejaba hablar al presidente sin entender nada, adormecido con el trago, de pronto captó que le estaban robando los méritos. Su protesta fue suspendida por la estampida de payasos

corriendo hacia el bar. El presidente invitó al secretario a perseguir al grupo de tonis, esta vez en trote económico lubricado por dos vasos de vino tinto que encontraron abandonados bajo una silla.

Cuando llegaron junto a él, La Cabra había soltado sus humores y estaba muerto. No debían ni querían tocarlo. Demetrio, seguido por la perra negra, fue en busca de la policía. Piripipí, acompañado por Emi y Ema, se puso a tocar su vals. Nepomuceno Viñas explicó que ni la Virgen María ni el niño Jesús habían salido del bodegón después de unos ruidos de trifulca. La puerta y las ventanas cerradas les dieron mala espina. Golpearon. Nadie respondió. Lanzaron piedras contra los postigos. Silencio…

Fueron al circo y volvieron con un hacha. Al primer tajo en la madera, asomó entre los cañones de varias escopetas el rostro desencajado de la Gárgola gritando con su antigua voz de puta:

–¡Fuera de aquí carajos o les llenamos el culo de perdigones!

–Pero Enanita y el niño...

–¡Aquí no hay ninguna enana ni ningún niño! ¡Váyanse al diablo!

Von Hammer también recuperó su antigua voz, de nazi:

–Mire, vieja cretina, sus balines son muy chicos para mis bolones. Si no nos entrega a quien ya sabe le voy a rajar lo que no sabe. Así es que vaya cerrando el hocico y abriendo la puerta...

Estalló la balacera. Los payasos corrieron para ponerse fuera de tiro. Un islote de piedras carcomidas apenas pudo protegerlos. Se empujaron a codazos. Las rameras, enardecidas, mejoraron la puntería. Nepomuceno y Valdivia, a los que los tronidos convirtieron en campeones del clavado, aterrizaron sobre el nudo de lomos. Laurel Goldberg, bruscamente convertido en La Rosita, comenzó a rezar:

–¡Santísima lanza de san Jorge: sácanos del atolladero! ¡Haz un milagro!

Nunca supieron si fue a causa de la oración, pero el milagro se produjo: ¡vieron venir flotando desde la playa un gigantesco huevo verde!

Al llegar sobre el bodegón, la impresionante forma se disgregó en moscas para cubrir techo y paredes. «¡A la carga, intrépidos histriones!», gritó el alemán y arrastró a los payasos hacia las ventanas donde las mujeres trataban de abrir agujeros en las cortinas zumbantes. Tomaron los cañones que asomaban entre el mosquerío y de un brusco tirón los extrajeron. Sin soltarlos, cayeron en el lodo junto con ellos diez putas furiosas. La llegada del camión de la policía, conducido por Demetrio y la perra, interrumpió el combate. Se formaron tres grupos: los payasos, apretujados en medio de la calle; las rameras, enarbolando veinte puños, y los pacos, junto al camión,

indecisos, sin saber si lanzar gritos de amenaza, o saludos a la China, la Lola, la Chanchita, la Guaripola, la Chupona, la Patas de Humo, la Calambres, la Bomba, la Minera y la Tigresa. La tregua fue interrumpida.

A los gritos de «¡Hijas de la gran Tartufa! ¡Este pecho torero nunca dijo miedo, menos ahora que lo embisten diez vacas!», Estrella Díaz Barum se desprendió del traje de toni que compartía con Alamiro Marciláñez –«Caballo Loco»– y desnuda, con los mechones rojos de su pubis erizados como un puerco espín, embistió a las furias. Éstas la cubrieron en montón. Surgieron tronidos y ayes. Pétalo por pétalo, los cuerpos se fueron desgajando hasta que surgió la Barum, satisfecha, limpiándose la sangre de las manos entre sus senos. Como Cepeda había muerto, los pacos sin capitán avanzaron en posición de gallina descabezada. Rodearon a la poetisa. Uno de ellos, empujado por los bastones de los demás, trató de espetar una orden:

–¡Madama, queda usted detenida por escándalo en la vía pública!

Iracunda porque, aprovechando la interrupción, las diez rameras huyeron a encerrarse, Estrella tomó al paco del cuello y usándolo como ariete comenzó a golpear con su cabeza las puertas de El Arenal. Excepto Marciláñez que aplaudía, los payasos corrieron hacia ella para tratar de calmarla. Los carabineros, creyendo que trataban de ayudarla, atacaron a macanazos. La trayectoria de ambos grupos se sumó y, convertidos en proyectiles, cayeron contra las hojas, derrumbándolas. ¡Las diez cortesanas más la Gárgola y la Dawson, en medio del salón de baile, armadas de ametralladoras, rodeaban a una gigante desnuda que tenía en los brazos un bebé con melena de anciano!

Iban a dar prudente media vuelta cuando la gigante barritó:

–¡Demetrio, Mi Señor!

Con gran trabajo pudo Assis Namur reconocer a Enanita en esa mole que lo tenía babeando de deseo porque representaba el fantasma que poblara sus masturbaciones adolescentes. Tartamudeó, se puso pálido, volvió al pasado, saltó al futuro, reconstruyó imágenes y se lanzó braciabierto hacia la Venus. Un tiro le cortó un pedazo de uña. La Gárgola aulló:

–¡Tienen tres segundos para desalojar el templo! ¡Uno... dos...!

Antes del tres ya estaban en medio de la calle, enervados por la neurosis de Demetrio que exigía feroces ataques con una voz testicular. Los payasos convencieron a los carabineros de que aceptaran como capitán a Von Hammer. Éste, con un gorro prestado, acentuando su cojera para darse más ferocidad, cuadró a los pacos y

en cinco minutos, con autoridad irresistible, dando tono de ladrido hitleriano a sus órdenes, los hizo tomar puestos estratégicos, y a la voz de «¡Listos, apunten, fuego, mierdas!» estalló el tiroteo. Los impactos abrieron flores de astillas en los flancos de la Esfinge. El alemán miró a los payasos y dio un trote que era pavoneo en dirección de la puerta, esperando que las rameras, asustadas por esos despliegues de poder, salieran con banderas blancas. Lo único blanco que salió, y no por la puerta sino por los agujeros que habían perpetrado las balas, fue un humo espeso que pronto se convirtió en llamas. El incendio estalló como alimentado por gasolina. Imposible intervenir. ¡Las mujeres se habían incinerado!

Demetrio abrazó a su perra y volvió a la indiferencia de Assis Namur, el pobre. Se sentó con las piernas cruzadas a ver cómo Maya deshacía en el fuego purificador otra de sus ilusiones...

Los carabineros corrieron a buscar a los bomberos. Las llamas alcanzaban muchos metros de altura y eran tan voraces que cuando llegaron con las mangueras y las hachas sólo vieron escombros. Escarbando entre los restos no encontraron esqueletos, sino una plancha de metal que ocultaba la bajada a un túnel que desembocaba en un canal de desagüe donde podía navegar una barca...

Fueron a la comisaría para que los payasos declararan. Se comunicarían con todos los pueblos alrededor de Talcahuano dando la descripción de la giganta, el niño anciano, la Gárgola, la Maestra muda y sus pulposas cómplices. A los cómicos se les rogaba que velaran lo más rápido posible al colega fiambre y lo sepultaran para evitar mayores escándalos.

Temblando, Nepomuceno Viñas fue el último en prestar declaración. Con paso de mártir se acercó al carabinero que anotaba con una pluma oxidada en un libro manchado de grasa.

–¿Su nombre, señor?

–¡Nepomuceno Viñas, para servir a usted y al pueblo explotado!

–Hable más quedo, que no soy sordo. ¿Cómo dijo?

–Nepomuceno Viñas, para servir a usted y al...

–Muchas gracias. ¿Ciudad donde nació?

–Temuco. ¡Creo sin embargo necesario declarar...!

–No responda más que lo que le pregunto. ¿Profesión?

–Poeta. ¡El célebre poeta del pueblo pisoteado!

–¿Ah? No sabía que hubiera habido un terremoto en Temuco...

–¡Basta! ¡Tengo algo que decir!

–Lo siento. Como se me acabó el cuaderno, lo eximo de declarar. Cerrada la sesión.

–¡Pido justicia!

–Ya le dije que el cuaderno se me acabó. No creo que podamos agregar un detalle nuevo al rapto...

–Escúcheme, por favorcito, mi teniente. ¿Acaso no oyó mi nombre? ¡Ne... po... mu... ce... no... Viiiñaaas! ¿Le recuerda algo?

–Oiga, a mí las viñas me recuerdan el blanco, el rosado y el tinto...

–¡Paco ignorante, el señor presidente don Gegé Vihuela me ha puesto fuera de la ley...!

–¡Y usted me ha puesto fuera de mí, flaco huevón! ¡Ya le dije que se acabó el cuaderno! ¡Si no se va de aquí le meto la nariz en el tintero!

Para que las cosas no empeoraran, el cojo se puso a imitar su loro y empujó al presidente hacia la injusta libertad de la calle.

X. Mamá, yo quiero

«Nunca me equivoco de camino porque sólo marcho por amor a los pasos...»
Entrevista a Carlo Poncini,
Revista Filosófica de Roma, 1930

Los escombros de El Arenal aún humeaban. El viento nocturno abría ojos escarlatas en la madera carbonizada. La cabeza de la Esfinge, llena de burbujas, semejaba un paisaje lunar... En el otro extremo del terreno, el circo también parecía arder. En cada butaca los payasos habían colocado una vela y en el centro de la pista un ataúd que contenía el cadáver de La Cabra, desnudo y con el sexo embadurnado de óleo verde en homenaje a Enanita.

Von Hammer hizo un pastel naturaleza muerta con perdices, mandolinas y uvas de mazapán. El ponche, donde nadaban calaveritas talladas en manzana, mermaba rápidamente provocando toses y carraspeos aun en esas gargantas blindadas por años de libación. Pasarían la noche bailando cueca y tango para despedir al difunto.

A las cinco de la mañana, Akk sentó a su amigo muerto, pasó sus brazos por debajo de las frías axilas y, con voz de ventrílocuo, le hizo dar un discurso que empezó lastimero para hacerse entusiasta, agresivo, insultante, orgulloso, como si fuera el último vivo despidiendo a una raza de muertos... Los «difuntos» aplaudieron al «viviente» y se tiraron al suelo para, cubriéndose con sillas, hundirse en sus «tumbas». Pronto los ronquidos invadieron la pista. Sólo Akk, siguiendo los compases de «Adiós, muchachos», luchando contra su equilibrio perturbado por los vapores del alcohol y el peso de La Cabra, después de haberlo sacado del ataúd, mejilla contra mejilla, bailaba con él... Estaba cumpliendo la promesa que le había hecho a Tolín, cuando defecaron debajo de la higuera, frente al mar: «Bailaré la noche entera abrazado a sus cadáveres hasta vomitarles en la cara». Por el momento su estómago andaba bien y aún quedaba una hora antes de que cantaran los gallos anunciando el alba. Siguió girando con su inerte compañero.

Ga surgió de su «tumba» con la lengua convertida en papel de lija. Identificándose al Sahara se hizo portador de su sed kilométrica. ¡La olla del ponche no sólo estaba vacía sino lamida! Trató de recordar de qué estaba vestido. Se sacó el bonete y vio que tenía forma de casco de soldado alemán, color carne, con un hoyo en el tope. ¡El toni Pichulita! Completamente fláccido. Si querían verlo otra vez en erección necesitaba algunos tragos que le compusieran el cuerpo. Las bolas peludas que le servían de zapatos le dieron estabilidad y el acordoneado abrigo tubular con pretensiones de prepucio ofreció cierto apoyo a su columna invertebral. Sin que la nebulosa pareja que tangueaba lo notara, Ga salió a la noche en dirección de su carromato: siempre mantenía debajo de la cama una botella de repuesto en caso de que y por si las moscas. El cielo estaba seco, sus manos estaban secas, el barro era ceniza, los perros ladraban fuego y el paladar se le iba cuarteando como cuadro antiguo. Abrió de un puntapié la puerta del carromato con tal furia que el testículo pedestre se hizo trizas. ¡Qué importaba: le quedaba el del pie izquierdo! ¡Perder uno no significaba ser castrado! ¡Aún podría cantar «Torna a Sorrento» con voz de barítono! Entró. Zambulló una mano bajo el catre de campaña. Hurgó con dedos tartamudos, asió temblando lo que parecía un gollete y extrajo de la sombra no una botella de vino sino un cementerio en miniatura. ¿El fatal *delirium tremens*? Miró alrededor en busca de un vampiro destrozando yugulares de ratas que chillan como humanos, nada. Ninguna lagartija, ni araña sardónica, ni elefante con trompa de pulpo. El cementerio era real: sobre un trozo de madera terciada, alguien había pegado cipreses, hierba, mausoleos, fosas, y junto a ellas ataúdes abiertos mostrando cadáveres de cera idénticos a los Compañeros de la Papa Florida. En las cubiertas, una etiqueta portaba el nombre del usufructuario: Hums, Zum, Zagorra, Lebatón, Enanita, Cristóbal Colón, Boli, Demetrio, Marciláñez, Barum, Laurel Goldberg, Tolín, Von Hammer, Piripipí, Emi, Ema y él, él mismo, detalle por detalle, Ga, desnudo y con la panza inflada. En una fosa, a medio cubrir, estaba La Cabra. En la piedra sepulcral decía «El primero»... Faltaba un nombre en la colección de postulantes a banquete de gusanos. ¡Akk! Echó un vistazo a la puerta. Leyó: «Pierde toda esperanza si quieres entrar aquí. Akk». ¡Se había equivocado de carromato! ¡Conque el muy buitre los quería enterrar! ¡Y haciendo brujerías, el tramposo! Buscó un lápiz, desorganizando sin piedad el escritorio donde reposaban ordenados útiles que servían para tallar miniaturas. Encontró más etiquetas. Las pegó sobre las antiguas: escribió en todas «Akk». Allí estaba ese egoísta, descendiendo solo a la fosa, rodeado de sus propios fantasmas, la

primera y la última víctima, en un mundo que era una esfera de escarabajo excretada por su mente de isla... Escarbó en la alacena. Bueno, bueno. Quedaban tres litros de chicha agria que llovieron cual milagro dentro de su andorga desierta. Paladeó sintiendo ser flamenco chino en una pata sobre celeste arroyuelo gozando del Tao. Eructó y fue hipopótamo real en la arcilla inmutable del África mística. Respiró profundamente y se convirtió en el volcán donde se ahogó Empédocles. Sintió como deber lanzar un viento que simbolizara la sandalia de oro, último resto del filósofo, que escupiera esa inspirada lava. Con devoción hizo esfuerzos intensos para expresar su adhesión presocrática pero en lugar de trueno sólo obtuvo un desliz de aguas que humedecieron la alfombra atigrada. Trató de secar el manchón amarillo con la pelota izquierda, pero fue tan torpe que enrolló al felino. ¡Debajo de la piel, un cuaderno negro bostezaba cuatro palabras blancas: DIARIO DE VIDA MENTAL...! Ga hojeó las páginas llenas de letras pequeñas como desfiles de hormigas. ¡Cuánto dolor! ¿Acaso Akk no sabía que el sufrimiento había sido prohibido? Cada payaso firmó un contrato poniéndose al margen del lamento. Todo era un chiste: la enfermedad, la vejez, la muerte, la miseria, la salud, la juventud, la vida, la riqueza. Risotadas, el odio y el amor, el triunfo y el fracaso, la cara y el sello y la moneda. ¡Vamos, Lechuga, exageras! Hojas y hojas hablando de tu hermana, usando su tuberculosis como pretexto para soltar frases líricas con estilo de tonto grave que espera entrar en la Academia. Como si tu caderona jugando a palomita fuera el único cadáver del mundo, sus gusanos, joyas, y su carne podrida, cristal de España. ¡Vamos, payaso! La Tierra está sembrada de difuntos, no muertos en camas de organdí, sino pateados, empalados, cortados en lonjas, chupados hasta la última gota. ¿Cuál respeto? Las mujeres son gallinas ponedoras y se quiebran más seres humanos que huevos para tortilla. Te has quedado dormido en el diccionario de sinónimos. Crees que la vida es literatura y la literatura, premios. Te parece barniz noble parir líneas incestuosas y ansías herir con elegancia la sensibilidad de las aristócratas, a ver si te casas con una de ellas, aunque ya esté reculebreada por los marinos del puerto después de los bailes a beneficio del niño poliomielítico en el club de Polo. ¡Carajo! ¡Ahora hablas de la locura! La describes como el puente que has debido atravesar para sentarte frente a una mesa con té y pastelillos y discutir, acerca de ti mismo evidentemente, con tu Dios interior. Te quejas de nosotros. Vaya, vaya, a Dios rogando y con la viga en el propio. Dices que al comienzo las cosas iban bien, que era una carrera honesta, donde cada quien, en pista individual, conducía sus velas hasta el

fatídico apagón. Sabías que a ese ritmo hubieras podido mantenerte hasta el fin, ser el último de tu generación, saludando al público desde el prólogo de mil antologías, con finados como cera entre tus manos, haciendo y deshaciendo, creando la leyenda para la historia dices que eterna, dándole un sentido a lo que nunca lo tuvo, poniendo la zanahoria a cada gesto absurdo del burro: «Yo sé exactamente lo que perseguían. Una noche de parranda me revelaron el resorte de sus pasos. Éstos fueron los gestos-poemas, las acciones maestras, escritas en el aire para mis ojos. En el fondo de los fondos, hicieron una Obra y esa Obra fui Yo, porque en mí crearon al Testigo Maestro...». Sí señor, para ti, Akk, que confundías antología con coprofagia, todo iba sobre ruedas en pista suave hasta que apareció el milagro. Que en el comienzo se te hubiera presentado a ti, para que del ver pasaras al creer, habría solucionado en el brote tu problema. Pero lo que te encarroñó el hígado fue que *todos vieron menos tú*. Cuando Laurel era invadido por La Rosita, tú no percibías cambio en la naturaleza de la voz y te parecía que el joven rubio imitaba a un puto tal un mal cómico de cabaret. Ningún canario estaba pegado a Tolín. Ese flojo se la pasaba silbando el día entero so pretexto que una bandada le impedía trabajar. A la perra negra no la oías decir SÍ: ladraba como cualquier can de vecino. Demetrio quería encontrarle humanidad para justificar su zoofilia. Todos cayeron en éxtasis cuando apareció la giganta con el bebé anciano; a ti la realidad no te coqueteaba, mostrándose sin afeites: Enanita, a pesar de caminar empinada, seguía siendo enana y su niño raquítico y calvo. Nada extraordinario. ¿Huevo de moscas? Un enjambre banal no más numeroso que el que rodea a una vieja comiendo melón en el mercado... Pero el gran PERO surgía para tentarte con preguntas de diablo: ¿por qué la alucinación había ido aumentando? Antes sólo unos cuantos payasos distorsionaban y eso, con tanto acumule de alcohol, era explicable, pero hoy se habían agregado los pacos y las gamberras. ¡Ah, buitre, nos acusas de epidemia! Consideras que estamos envenenando la realidad; con paciencia de termitas roemos sus leyes e intentamos, tan solapados como los poetas saben serlo, enloquecer al país, luego al planeta y por último a dimensiones de textura metafísica. Somos los jinetes del nuevo Apocalipsis, los portadores del virus. Recuerdas la película de la invasión de vampiros. Las mordeduras iban infectando a los ciudadanos. Uno sólo, con el que tú te identificas, resistió hasta el final haciendo excursiones diurnas para enterrar estacas en ejércitos de dráculas dormidos. Piensas mantenerte en tu realidad legal, sin ceder al canto de sirenas. Mientras resistas al milagro falso, serás dique de payasos y su locura no transformará el mundo... ¡Puf!, el único

milagro que hay aquí es tu falta de fe...

Ga encontró en la cocina una olla llena de ron cubano. La bebió hasta la última gota. ¡Huyó su equilibrio! Trató de impedir el desmorone estirando los brazos. Cayó sobre el cementerio en miniatura. Metió la nariz en una tumba: hizo la relación freudiana entre nariz, falo y fosa castradora. Lo invadió el delirio tremebundo. No fueron ratas ni elefantes ni murciélagos los que acudieron al banquete de su razón, fueron mujeres, sus mujeres, el ejército de fracasos y abandonos, todas presentes, con tenedor y cuchillo. ¡Qué desfile interminable! La pintora cuyas ninfas nunca se humedecían y eran duras como élitros. La actriz que bebía semen para no envejecer: por el sabor podía adivinar lo que él había comido. La decoradora de interiores que cuando eyaculaba, meaba. La abogada que le hacía jalar el hilo y emergía de su ano una bola de acero. La rumbera que se atravesaba el clítoris con agujas. La dentista que guardaba en su vagina un huevo que él debía romper a vergazos. La bailarina que le ofrecía un dinero con olor a molusco atesorado en el fondo de su tutú. La vieja que le pellizcaba el prepucio entre sus dientes de plástico. La mutilada que gozaba cuando le lambía el muñón. La que emperejilaba con un diamante su labio leporino. La que sólo podía gozar cuando chupaba un reloj de bolsillo. La que se sentía abeja. La sufí que deseaba meterle en la uretra un rollito de pergamino escrito en árabe. La tragona que exigía aperitivo, cuatro platos, postre, vino y café antes de abrir un coño con tendencia a ratonera. La que se masturbaba con iguanas. La que se introducía un guante box. La que necesitaba follar sobre la tumba de su padre. La tuerta que guardaba en su cuenca roja la fotografía de un marinero muerto... Retuvo un grito de chancho. ¡Qué carajo, él podía soportar más! Esa angustia era una delicia por muy *tremens* que fuera. Entregarse a la muerte, ser latido del delirio, rematar en estallidos, en silencios, centro vacío, ojo sin objeto, dormir, cerrar la tienda, hoy no se fía, mañana tampoco y el huevito se hizo tortilla... Y comenzó a rodar por una cuesta. Un elefante, un cerdo, un perro y un gallo corrieron detrás de ella para alcanzarla y comérsela. Nunca lo lograron. Cayó en la boca abierta de un sapo que la tragó pensando que era la luna... mmm... olvida las tortillas... si las persigues no las alcanzas y si las tragas te confundes... rrr... El gordo lanzó tal cadena de ronquidos que el carromato se puso a temblar, justo cuando la tierra comenzaba a removerse entre murmullos sordos y crujidos. ¡Terremoto! Las cuñas saltaron y el carromato se deslizó por el terreno inclinado, desembocó en una calle y desapareció valle abajo, hacia las poblaciones callampas, llevándose a Ga que continuaba roncando con ritmo implacable.

La ciudad entraba en convulsión. Los perros, por legiones, unían sus aullidos a los avemarías de sus amos. La pintura de las casas se desprendía en copos y una nube multicolor remolineaba ocupando el cielo.

Akk, sudado, con dolor en brazos y piernas, haciendo esfuerzos que le cortaban el resuello, danzaba con el cadáver a cuestas. Como la cabeza le daba vueltas no se dio cuenta del temblor. Tampoco los «muertos» en sus tumbas de sillas. El tablado que cubría la piscina saltó y un cuadro de madera abandonó la formación para, justo en el centro, hundirse en el agua. Sobre esa plancha Laurel Goldberg había construido su refugio. La zambullida le despertó. Bruscamente se dio cuenta de la situación, y entró en crisis:

–¡Comienza el Apocalipsis y ustedes siguen dormidos! ¡Nunca verán crecer la nueva Jerusalén! ¡Sus sepulcros huelen a culo! ¡Despierten! ¡El espectáculo se niega a cambiar! ¡Me ahogo! ¡Socorro! ¡Tengo colgados de los pies racimos de almas! ¡Para sacarme del agua tendrán que jalar al mundo entero!

Y bruscamente, oyendo sus propias palabras, Laurel comprendió... Los payasos, legañosos, a los pedidos de auxilio se fueron despegando de las butacas, creyendo que temblaban por envenenamiento alcohólico y que los tiritones no venían de la tierra sino de sus propias piernas.

Alamiro Marciláñez, como de costumbre, apenas despertó extrajo su miembro de los dedos engarrotados de la poetisa y lo introdujo en la vulva que removió las ninfas canturreando un «buenos días». Estrella Díaz Barum lanzó su primer orgasmo como canto de gallo y sacó del sueño al último toni. Tolín abrió el mausoleo de canarios y escupió delicadamente un pájaro que se había acostumbrado a dormir en su boca. Hums pensó con tristeza en el sapo quebrado y, oculto debajo de su cabaña de sillas, trató de excretar en el zapato que le había robado a Zum. Demetrio abrió los ojos y arrojó a la perra de su pecho. Estaba de mal humor. Había soñado con la Gringa: el circo ardía. Él y sus compañeros debían huir disfrazados de ciudadanos normales. Tolín convencía a unos soldados de que sus canarios eran llamas que se llevaban de recuerdo. Aprovechaban el asombro de los militares para tomar un camino de tierra, rumbo al sur. Sentada junto a un ciprés lo esperaba la Gringa, hablando sin mover los labios. «No me dejaron descubrir cómo se deshacía el nudo: lo cortaron de un insensible espadazo.»

Las llamadas del ahogado no distrajeron a Von Hammer. Apenas despertaba, la pierna coja se le llenaba de dolores. Él, que fue un

atleta, al perder a Hitler perdió el tónico. Cada paso lo precipitaba al abismo y su cabeza calva no podía soportar los cambios climatéricos. El menor frío lo hacía estallar en estornudos que por desesperación se convertían en improperios. El desmorone avanzaba como *blitzkrieg*. A pesar de que continuaba con sus doscientas flexiones abdominales diarias, el rollo de grasa se convertía en llanta de camión. *Das macht nichts*! Escupió en la yema de un índice para usarlo como escobilla dental. Comenzó su lavado matinal entonando, por hábito, el *Deutschland über alles*. Creyó sentir un bamboleo en el colmillo superior derecho. Lo empujó de adentro para fuera. Efectivamente, el hueso se movía. Quiso verificar su solidez y lo jaló: el diente le cayó en la mano como si la encía fuera de mantequilla. Lo siguieron los incisivos, luego el otro colmillo y, por fin, todos los molares. Las dieciséis piezas de la mandíbula superior se le habían desprendido sin una gota de sangre. Con el montón de dientes en su palma izquierda, llevado por una curiosidad irresistible mezclada a la angustia, estiró el índice y el pulgar de la mano derecha y pellizcó un colmillo inferior. Respiró con alivio: parecía sólido. Lo trató de mover convencido de lo inútil de su gesto: ¡sólido! No pudo quedarse tranquilo. Hizo un esfuerzo más intenso. Forzó. El colmillo le quedó entre los dedos. Los otros quince dientes, uno a uno, como hojas secas, se le fueron cayendo. Escupió con resignación. Más tarde se haría un collar...

Nepomuceno Viñas y el cojo Valdivia, tratando de que Lebatón y la Zagorra los vieran, comenzaron a desvestirse para ayudar al ahogado. Habían pedido permiso para unirse al elenco y Mister Wall, a causa de las dudas del mequetrefe de Street, los tenía en observación sin darles el pase definitivo. Zum impidió tal indigna zambullida alejándolos del borde del estanque a zanahoriazos. Rabinito no cesaba de chillar:

–¡El que no se está ahogando no puede sentir lo que siento! ¡Si queda uno solo sin lanzarse al agua, nadie se salvará!

No porque Laurel lo convenciera, sino para olvidar a la Gringa, Demetrio dio una voltereta y se dejó caer levantando abanicos de espuma. Lo siguió Von Hammer tratando de lanzar un *Aaah* heroico que, por falta de incisivos, surgió con dos *emes* convertido en un pusilánime ¡*Mamaaah*! ¡Cundió el entusiasmo! Arrastrando a Viñas y al cojo, sin que ninguno se diera cuenta aún del terremoto, se lanzaron todos a la piscina, menos Akk que insistía en continuar bailando con el difunto. Tangueó y tangueó hasta que de pronto oyó hablar al cadáver. En la somnolencia, la cosa le pareció natural, pero en pocos segundos su conciencia, dando saltos de canguro, llegó a la vigilia. ¡No era posible! ¡Le sucedía a él: un milagro! El virus había

logrado penetrar en sus bastiones. Y su razón era el último reducto. Defenderse no significaba guerra individual, sino la salvación humana. Por más que el muerto vociferara, él mantendría sus oídos impenetrables... Bailó un poco más. Desde el tablado, el terremoto lo contagió. Akk creyó que temblaba de miedo y consideró que debía luchar contra su irracionalidad, tomar al toro por los cuernos y por sus gusanos al cadáver: se lo sacó del hombro y lo miró. Cara a cara. La Cabra lo seguía insultando sin mover la boca. Es más, la voz no venía de la fría garganta, sino del centro de la piscina. Allí Laurel Goldberg, adoptando movimientos y expresiones que no eran de él ni de La Rosita, sino de La Cabra, imprecaba con los tonos del difunto:

–¡Suelta mi cuerpo, hiena desgraciada! ¡A mí no me vomitarán en la cara!

Akk no lograba moverse... En el judío lucía La Cabra instalado con tal saña que hasta la piel lechosa parecía morena. No es que los dientes le hubieran crecido, pero por la forma en que movía las mandíbulas tenía boca de yegua y los pelos, erizados, emulaban a las crines del mestizo.

El engendro salió chorreando de la piscina y se abalanzó sobre el campeón de baile para propinarle un sopapo en la nariz que lo tumbó de espaldas con el muerto encima. La CabraGoldberg levantó a su rígido organismo con un amor que nunca sintiera en vida. Reconoció que siempre había estado avergonzado de su envoltura por pequeña, oscura y aindiada. Pero después de haber recibido el canto de la agonía se daba cuenta de que era tan hermosa como una hoja de álamo o una piedra de la cordillera. Reconoció la nobleza de la vaina y con respeto devolvió al féretro su cadáver. Le besó la frente, la boca, los pies, el sexo, las manos, el pecho, lo besó entero, lentamente. ¡Qué lujo era haber tenido cuerpo y con qué desprecio lo hizo pasar por la vida! ¿De quién fue la culpa? Le dieron una máquina de posibilidades infinitas y no le enseñaron a manejarla; lo pusieron en el laberinto de las mil puertas y no le proporcionaron una sola llave. ¡Ánimo! Ahora tendría que vivir con un traje prestado.

Los payasos estaban comprimidos en el centro de la piscina gritando: «¡Socorro, sáquennos de aquí!». Akk también se había lanzado al agua para refrescar sus ideas y expulsar las alucinaciones. Entre todos, barajándose de sus aletazos, sostenían a Valdivia que con su cojera no podía nadar. Lebatón asió un tobillo del joven poseso y lo jaló hacia el estanque.

–¡No crea, payaso, que porque ha muerto tiene derecho a abandonar el espectáculo! ¡Lo seguiremos usando de centro sea usted judío, indio o puto! ¡Vamos, manotee y niegue que venga alguien a

sacarnos, como cualquier farsante!

Los tonis chapotearon en el agua imitando calambres y ahogos. Era la primera vez que daban una función sin público. Habían caído en la trampa del juego y ninguno quería ser el primero en abandonarlo. Continuarían así hasta que alguien del exterior viniera a rescatarlos. Sus llamados se hacían cada vez más intensos, pero se perdían en el rumor sordo del temblor de tierra.

El carromato continuaba deslizándose cuesta abajo. Ga, a pesar de los remezones, seguía roncando convertido en piedra. El camino de tierra blanda servía de riel a las ruedas impidiendo que se estrellaran contra las casas de las poblaciones callampas que desfilaban con sus paredes andrajosas, escupiendo por puertas y ventanas mujeres enloquecidas, niños cetrinos y perros sarnosos. Pronto el vehículo sin control atravesó los puebluchos y llegó al Valle de la Luna. Las rocas de formas cancerosas alejaban a las aves y en el suelo compacto no crecían hierbas ni transitaban insectos. Ahí terminaba el camino. El furgón chocó con una saliente y al volcarse estallaron los tanques del gas. Ga no sintió el calor del incendio. Ni siquiera el que las plantas de sus pies comenzaran a carbonizarse fue suficiente para despertarlo. Los gallos cantaron. La tierra cesó de temblar.

El día entero habían estado chapoteando. Ya eran casi las seis de la tarde. Una luz sanguínea caía sobre la superficie de lona dando tonos de salud al cadáver que empezaba a pudrirse. Las moscas danzaban sobre el cuerpo frío y los payasos, transidos, tercos, apretujados en el centro, en ese erial perdido, gritaban sin esperanza sabiendo que el socorro nunca vendría. Ninguno de ellos era capaz de romper la ley de un juego establecido por las circunstancias: allí se quedarían aunque atraparan una pulmonía. ¡Ah, si el agua fuera alcohol...! En fin, ¡socorro!

De pronto notaron que faltaba Ga. Cuando el gordo volviera, borracho como una cuba por supuesto, habría que impedir que se lanzara al agua y convencerlo, cosa difícil, de estirar una diestra auxiliar. ¡De todos modos, por muy pequeña que fuera, era una posibilidad...! Oyeron pasos. Alguien se acercaba. Gritaron más que nunca. Ga se daría cuenta del juego y no cometería la idiotez de zambullirse. Una mano abrió la cortina. ¿Cómo? ¿Qué? No era la mole vinosa sino un caballero pequeño, cuello duro, traje gris, corbata de seda, pelo corto, uñas barnizadas, mancuernas de oro, maletín negro, agua de colonia francesa y zapatos relamidos. Se arrimó pomposamente a la orilla y en nombre del Excelentísimo Señor Presidente de la República don Gegé Vihuela extendió un dedo, del

que todos se asieron, para sacar a los payasos del estanque y discutir con ellos el precio de la función especial que el Mandatario, en gira por el sur, solicitaba para él, su séquito, las cámaras de los Noticieros Nacionales y los micrófonos de la Radio Oficial.

Un dolor fulminante lo expulsó del paraíso. Sus pies ennegrecidos mostraban grietas donde hervía la grasa. Toda la piel transformada en ampollas, atosigado por el humo, entre dardos de fuego, Ga, a pesar del sufrimiento, no perdió su sangre fría. «Estoy soñando. Una ingenua pesadilla infantil.» Sonrió hasta donde sus labios partidos se lo permitieron y, pensando que morir quemado era un fin que no le correspondía, atravesó la hoguera sin hacer caso de las llamas que se le pegaban a la carne como alas, abrió la puerta calcinada y descendió por la escalerilla. «Sueño idiota. Ahora continúa en la luna. No tiene unidad de sitio.» Tratando de despertar dio media docena de pasos sobre el suelo rocoso y se desmayó, convertido de pies a cabeza en una llaga.

–Pie derecho adelante y el otro atrás. Contrario: pie izquierdo adelante y el otro atrás. Como sacándole lustre al parqué, las rodillas dobladas, cabeza al cielo, sonrisa, palma hacia abajo en la tetilla, brazo opuesto en ángulo recto hacia la frente y viceversa: ¡Samba!

Gegé Vihuela tarareó «¡Oh, Brasil!» mientras se probaba el nuevo frac, dos números más estrecho que los anteriores, y ensayaba los pasos del baile que le había dado tanta popularidad. Las fiestas danzantes, además de la cura de uvas, le estaban otorgando una silueta encantadora. Le sacó brillo a sus dientes. La naturaleza lo había provisto con un juego de incisivos grandes y alabastrinos. Bajo las luces de los reflectores, despedían destellos muy útiles para encandilar a las masas. Su abuela le enseñó el poder de la sonrisa mostrando bajo sus labios arrugados una dentadura impecable e implacable cuando lo obligaba a tragar aceite de ricino. Con la misma mueca de la anciana él había bendecido, antes de quebrarlos, a los diecinueve mil obreros en huelga de la zona carbonífera de Lota... Beatífico, los dejó desembuchar las quejas... «Tenemos que trabajar doce horas diarias en galerías que se extienden kilómetros bajo el mar, acosados por el grisú, a cambio de un par de monedas... Dormimos cinco a seis por cama hasta que nos despierta el otro turno para que le entreguemos un colchón que está lleno las veinticuatro horas del día, durante años, sin enfriarse nunca. Ese colchón caliente, traspasado por humores, sueños, agonías, parece adquirir resuello y se hincha y desinfla con quejidos lacerantes...»

Los dejó desfilar ante sus dientes desenvainados cargando por millares aquellos repugnantes paquetes de tela y algodón. Vio con cara de simpatía el ejército de mujeres que bajó por las ennegrecidas calles golpeando con cucharones de madera en ollas vacías un ritmo funerario. Felicitó abrazando al aire, como si fuera la espalda del pueblo, el paso de niños esqueléticos mostrando pájaros de hollín que simbolizaban las anquilostomiasis... Más sonriente que nunca tomó el micrófono con gesto aéreo y declaró:

–Ustedes votaron por mí. Estamos entre amigos. Voy a hablar claro: ¡Déjense de fantochadas! Esta huelga no se debe a «espantosas» condiciones de vida, no veo muertos, sino diecinueve mil chilenos vivos y coleando entre el carnaval de ollas vacías, colchones asmáticos y pájaros roñosos. ¡No! Estamos ante un COMPLOT INTERNACIONAL: aquí mismo, en esta mina de carbón, los agentes emboscados del comunismo han empezado la nueva guerra mundial. ¿Y quién es el enemigo? El yugoslavo Tito, rufián que con el oro moscovita compró a nuestros sindicatos. En tres meses más estallará el conflicto armado entre Rusia y Estados Unidos. Chile debe cooperar con su poderoso vecino americano. Por estas razones de peso, declaro la huelga ilegal, sin sentir que actúo contra el pueblo, porque sé que aún me es fiel, a pesar de estar arteramente engañado. Agredo a los cabecillas vendidos y rojos, y contra ellos envío, inmediatamente, descargando sobre sus espaldas culpables el institucional bastón de mando, a las fuerzas armadas, aviación, marina de guerra, infantería, caballería y destacamentos motorizados para aplastarlos como a chinches. El que no acuda al trabajo será deportado y si es mujer también rapada. Si tienen familia se les expulsará en masa del territorio. ¡Sepan que están rodeados: esta zona es enemiga de la patria! Aquí no entrarán ni parlamentarios ni periodistas. Las puertas de los sindicatos han sido abiertas a hachazos y sus presidentes relegados al Polo. No retrocederemos ante nada para imponer el orden. Cito a todos los obreros para que se presenten en su trabajo habitual mañana a las 8 a. m., bajo amenaza, si no lo hicieran, de ser considerados infractores a la Ley de Reclutamiento del Ejército y castigados con una pena de tres años y un día de presidio menor en su grado máximo... Como presidente comprometido con la realidad, acuso a Yugoslavia, Rusia y Checoslovaquia de fomentar paros en esta mina con el objeto de dañar a la industria bélica norteamericana. He dicho...

«La, lara, lá, chiquita banana de la Martinica...», tendría que ponerse un parche en los talones porque con tanto meneo los zapatos de charol le estaban arrancando la piel, y eso que eran importados,

junto con sus camisas y corbatas, de París, en un avión especial... Así era él: amabilidad primero y luego pan pan, vino vino. La huelga había sido atajada en el brote. El rey mundial del cobre y sus expertos financieros lo felicitaron, y a pesar de que conquistara el sillón presidencial gracias a su amistad con los comunistas, el fin justifica los medios, ahora contaba con la confianza de la Chile Exploration Corp., de la Anaconda Copper, de la Bethlehem Steel, de la Guggenheim y las otras compañías. Le volvieron a doler los talones. Recordó la voz gangosa de Juan Neruña. Ese fanfarrón comenzó a recitar un poema en la adolescencia y continuaba declamándolo treinta años más tarde: claro, es que hablaba de sí mismo, tema infinito. Era el campeón de la palabra «yo». ¡Roto engreído! Como desconocía la política y sólo era experto en el vino ácido de las cantinas estudiantiles, se le pegó a sol y sombra. Juntos recorrieron el país. Neruña había sido su secretario de propaganda.

¡Que no me venga a mí con Marxjaderías: si entró al Partido fue por oportunismo, para lograr un público! Eso es todo... Sí señor, el pícaro de Neruña, protegido por mi prestigio de candidato a la presidencia, encandiló al pueblo chileno, tan cursi, con sus versos prosopopéyicos y logró ser senador, él, un bululú, un picaplatos, un borracho con cola de pavo real tronando pendejadas en el púlpito sólo para alabarse a sí mismo: ¡Salvador del pueblo! ¡Árbitro de la Justicia! ¡Campeón de la Verdad! ¡Ja, ja! ¿Ese Papa de mierda, ese egómano, osa atacarme a mí, Gegé Vihuela? ¡Pero si yo lo conozco! Los dos queríamos el poder, el triunfo, el aplauso internacional. Sólo que la codicia rompió su saco y me agarró envidia. No pudo soportar hacerle propaganda a otro. Lo que quiere es ser presidente, igual que yo. ¡Ingenuo! Para lograr aplausos e incienso, pidió en el Senado que se le regalaran las tierras sin cultivo a los campesinos... La igualdad de salarios a hombres y mujeres... La derogación de las leyes atentatorias de los derechos individuales y públicos... Y otras tantas mariguanadas. ¡Iríamos de ceca en meca! Expulsaría a los militares y agentes norteamericanos ¿para qué? Para atosigarnos a la mañana siguiente con militares y agentes rusos. ¡Hipócrita! Me acusa de traidor cuando él está dispuesto, para meterse a pechazos en la Historia, a entregarnos atados al pulpo rojo... Bien, ya trota por el exilio. Ahora, seguro, va a jugar al mártir, porque le conviene. ¡Carajo! Con las botellas de vino que ingurgitó a costa de mis bolsillos... En fin... Tarde o temprano caerá en la trampa. ¡Ya veremos quién ríe último!

Esa noche tenía que estar de buen humor. El pueblo necesitaba pan y circo. Le daría circo. «¡Los payasos con Vihuela!» Una publicidad formidable. A los chilenos lo único que les gustaba más

que la poesía eran los tonis. Todos se creían poetas hasta la tercera botella de tinto pero al llegar a la cuarta se convertían en payasos. Había llegado el momento de hacer entrar en la política nacional a tan querido personaje. Eso le daría una fuerza profunda y cómica –la risa mata el hambre– que derrotaría la gravedad pretenciosa de la poesía... ¡Neruña, estás perdido! ¡Jaque mate! Chile no será un cenáculo sino un circo. ¿Acaso no te habías dado cuenta de que mi sonrisa y mis sambas pertenecían al mundo de la farándula?

Todo estaba muy bien organizado. El humilde circo Los Loros Humanos, en un lodazal de Talcahuano, sería visitado con honores máximos por el presidente, el ejército, las dignidades eclesiásticas, los ministros conservadores, los embajadores norteamericanos y los agentes industriales. El país entero estaría pendiente del espectáculo, por la radio, los periódicos y el cine. «¡Los payasos con Vihuela!» Ése iba a ser el comienzo. Luego, el Gobierno se encargaría de organizar compañías circences que serían enviadas hacia todos los rincones del país... «Risa y trabajo.» ¿Qué mejor lema? ¡No sabes con quién te metiste, Juan Neruña!

En medio de los ochenta músicos de la banda militar, Piripipí, con Emi y Ema, bien poco podía hacer para que se escuchara el canto de las monedas musicales. Sin embargo, por arreglo de los organizadores, de vez en cuando el teniente director, con un marcial varillazo, paraba la barahúnda de los instrumentos de viento y dejaba por un minuto, que se hacía eterno un silencio extendido como alfombra de honor para recibir el cristalino gotear de los doblones... El exterior del circo estaba cubierto con franjas de focos azules, blancos y rojos y en el tope del pilar central lucía una estrella de cinco puntas. En la entrada principal un retrato de cuerpo entero de Gegé Vihuela en frac, sambeando y con una bola luminosa, granate, en la nariz, donde estaba escrito: «¡Gegé con el circo!». Al lado, un panel relleno de caras de payaso, todos con la misma sonrisa del presidente, enmarcados por letras fluorescentes: «¡Los payasos con Vihuela!».

Alrededor de la carpa, sobre la arena y el guijarrerío que cubría con una capa gris el barro del erial, el pueblo de Talcahuano, niños, ancianos, hombres y mujeres, acompañados por perros y gatos, palmoteaban el ritmo de las marchas en espera de las empanadas y cervezas prometidas. Un anillo de carabineros comandados por el hermano del capitán Cepeda, recién llegado de Santiago y a quien sus subordinados llamaban «Popeyito» en recuerdo de la risa desdentada del cadáver, separaba al público de la carpa lanzando siseos penetrantes para tratar de acallar el ruido de tripas de los ciudadanos.

El Excelentísimo Señor Presidente había llegado en su cadillac negro acompañado de otros lujosos vehículos. Alzó, desde la ventana del asiento posterior, sus brazos en Y pidiendo paciencia: las empanadas y las cervezas venían en camino... (*Ovación*.) Los fuegos artificiales comenzarían inmediatamente... (*Aplausos*.) ¿Y quién era el amigo que obsequiaba tal fiesta? (*Gritos rítmicos*: *san Gegé, san Gegé, etcétera*.) Estallaron los cohetes: formaban una bandera nacional entrecruzada con la norteamericana y el rostro sonriente de Vihuela surgiendo de un grupo de tonis que aplastaban con sus zapatotes una hoz y un martillo.

Seguido por un séquito que se abría paso entre los fotógrafos, el Supremo Gobernante entró al circo acompañado por la música del orquestón que atacó *Mamá yo quiero, mamá yo quiero mamar*... Todo había sido preparado y cronometrado por sus agentes de propaganda. Como de costumbre, el espectáculo estaba ahí, sin comienzo y al parecer sin final. Laurel, en el centro de la piscina, manoteaba pidiendo un gesto de socorro. Los otros payasos, al borde, discutían entre ellos y daban interminables razones sin decidirse a actuar. Gegé Vihuela se acercó, espantando a los «intelectuales», y extendió la diestra hacia el náufrago como estaba convenido para recitar el texto que sabía de memoria:

–Yo, Gegé Vihuela, Presidente de la Nación, en nombre del pueblo extiendo mi mano hacia ti, oh payaso heroico, para que te unas en la lucha contra el enemigo común, el comunismo. Basta de dudas: ha llegado el momento de callar y actuar. Aquí están conmigo los representantes del glorioso ejército rechazando las incitaciones a la ofensa y la sedición, aquí también están los senadores del Partido Liberal, patriotas que no hablan de «la marcha irreversible de la sociedad humana» como si la tal caminata fuera hacia el Edén y no al abismo totalitario. Conmigo está la Iglesia clamando por la conservación de los nobles privilegios ciudadanos en Chile y en el mundo. Conmigo está la Unión de Padres de Familia dispuesta a oponer una barrera de sólidos principios al empeño traidor de los que quieren conducirnos a una guerra fratricida. ¡Vengan esos cinco dedos, payaso! ¡No se ahogue! ¡Usted es la risa del pueblo y nosotros estamos aquí para salvarlo!

Laurel miró al grupo auxiliador y tuvo ganas de vomitar. ¿Quién podría creer en ese discurso? Le daba vergüenza prestarse al juego. Quiso decir algo, lanzar una protesta pero la humedad lo hizo estornudar. La Rosita aprovechó esa ocasión para apoderarse del cuerpo:

–¡Voy a ti, mi querido capitán! Yo represento al loco verde

primaveral, al Abril, al Cythraul céltico, al Parsifal, al Huevo Negro, al Baco, al Dioniso griego, al Andrógino Alquímico y también al devoto y humilde «coliza» de pueblo, al Santo Marica discriminado y asesinado, aquel que lee *La Araucana* de Alonso de Ercilla tarareando «Les feuilles mortes» de Charles Trenet y que no teme vestirse con calzoncillos rosados. ¡Aprovecho la ocasión de aparecer en las pantallas nacionales para pedir justicia...!

Iba a continuar su discurso en pro de los derechos homosexuales pero Hums y Zum, ayudándolo a salir del elemento líquido, le metieron la zanahoria de peluche en la boca. La perorata fue tomada como chiste y la orquesta acentuó los abrazos ejecutando el himno de la Marina que iba muy bien con el salvamento acuático.

Como estaba ensayado, el presidente gritó «¡Gegé con el circo!» y los actores iban a responder en coro «¡Los payasos con Vihuela!», cuando Nepomuceno Viñas, que no había participado en el acto, portando un pastel cremoso, llegó coronado de laureles y vestido con su toga de presidente de la Sociedad de Poetas. Vociferando su «Y que duerma Epsilón» aplastó la torta en la cara del atónito presidente. ¡Parálisis general! La sonrisa brillante había desaparecido bajo la jalea. Vihuela sacó la crema de sus ojos y observó la situación con pupilas dilatadas. Las cámaras seguían filmando. El loco recitaba a destajo estrofas donde hablaba de las cadenas omnívoras de la alcavela, de la geografía heteroscia lacerada por la propílea obsidiana y otras juan-neruñadas más... ¡Cuidado, Gegé! ¡O aquí te rompes la pera o sales volando! ¡Metámonos el enojo en oscura sea la parte y tomemos al vate por su lira!

El excelentísimo sacó un pañuelillo de seda, limpió el hojaldre dejando lucir la media luna de sus dientes y aplaudió estallando en carcajadas que cubrieron el ritmo del poema. El séquito lo imitó. Gegé abrió los brazos y asaltó al declamador haciéndolo caer en su pecho para darle entusiastas palmetazos, besándole la cara hasta embadurnarlo con los restos del pastel como si fuera una jocosa comunión.

–Bravo, toni. Tú y yo nos hemos unido. ¡El Poder y la risa se confunden! ¡Qué genial imitación del traidor Neruña! Eres un gran artista. Nos has lanzado azúcar cuando el indigno poeta quisiera verternos veneno. Nos has besado con tu crema blanca fabricada por las manos de la mujer del pueblo. Tú nos amas, payaso. Tú denuncias la mala poesía: tus versos insoportables y ridículos son el retrato de aquellos que vomita el pavo inflado de Neruña... Tú nos has abierto los ojos: el presidente es un amigo, un padre severo y también un niño con el que se puede jugar. ¡Tonis, vengan a mí!

Como un solo hombre, la multitud gritó con voz nasal: «¡Los payasos con Vihuela!». La orquesta estalló en la samba del plátano y los cocos. Acto seguido el presidente, con las cámaras tomándolo en *close up*, condecoró al toni Nepomuceno Viñas declarándolo «Antipoeta Nacional». Se lanzaron tres hip hip hurras, se cantó el himno patrio –que apenas se oyó por el griterío que venía de la batalla campal que se había armado fuera por las empanadas y las cervezas y que fue rápidamente disuelta a culatazos– y la fiesta terminó.

Nepomuceno Viñas, a solas con sus camaradas, limpió la condecoración, unos zapatotes de oro, escupió migas de pastel y lloró emocionado. Cierto es que él había querido mediante ese acto temerario convertirse en víctima, ser un trovador perseguido... pero el poeta propone y Júpiter dispone. Ya no era necesario huir para recibir el reconocimiento. El justo Gegé Vihuela y el país entero le abrían los brazos; las empresas editoras estaban a su disposición. Publicaría en las páginas centrales de todos los periódicos. ¡Era el amigo íntimo del presidente! ¡Qué triunfo! Así, la cosa cambiaba. Regresaría inmediatamente a Santiago para escribir una elegía monumental al Excelentísimo Gobernante y a la preciosa ayuda que le brindaban las compañías americanas. No estaría de más darle un retoque a la «Oda a Dumbo» y quizás redactar otra en homenaje al tío Donald... Desde las cumbres miró con cuanto desprecio le fue posible al cojo Valdivia y lo bajó de grado:

–A ver si se apura, subsecretario, y va preparando nuestros bártulos. Volvemos a la capital para cosechar los aplausos que mi pluma ha sembrado...

Lebatón y la Zagorra, de un empujón, sentaron a Nepomuceno en una butaca. En la mañana habían hablado con los gorilas del presidente, recibido la orden, no la proposición, de gritar «¡Los payasos con Vihuela!» y el consejo de prestarse a la farsa bajo amenaza directa de prisión y velada, de muerte. El juego estaba terminado. Gegé nunca se tragaría tamaña afrenta...

–¿Querías ser un poeta perseguido? ¡Lo lograste! Esa condecoración no significa nada. Vihuela es un hipócrita. Dejará que salgan las fotos y los noticieros y después enviará sus esbirros a asesinarnos. Si queremos salvar el pellejo tenemos un día para huir. Nada más... Por suerte estábamos maquillados y no nos reconocerán de civil... Podemos seguir juntos o dar por terminada la aventura. Decidamos ahora mismo...

El voto fue unánime: continuaban. Comenzaron a lavarse y empacar. Sólo Piripipí no hizo nada. La única cara que tenía era de payaso.

Prepararon sus mochilas y dejaron los carromatos intactos con almohadones en las camas simulando cuerpos dormidos... Les dolía abandonar el circo. Habían aprendido a quererlo como si fuera una raíz; lanzarse sin él por los caminos ajenos los llenaba de inseguridad... El día pasó lento. La radio repetía a cada cuarto de hora «¡Los payasos con Vihuela!». Comentaban el complot de Lota. Muchos agitadores enviados con sus familias al campamento militar de Pisagua. Cursos gratuitos de primeros auxilios y organización de las defensas civiles. Excavación apresurada de refugios contra bombardeos aéreos. Inminencia de la tercera guerra mundial... Se leían los *versos cómicos* de Nepomuceno Viñas, se escuchaban himnos marciales mezclados a carcajadas de tonis, se oía la voz de Gegé Vihuela repitiendo sin cesar «El Poder y la risa se confunden»... Chile estaba rompiendo relaciones diplomáticas con Yugoslavia y Checoslovaquia.

Al atardecer se alejaron del circo. Escondidos tras los escombros de El Arenal, cuando la noche se hizo oscura, vieron llegar un camión con estandartes rojos. Un grupo de soldados vestidos de obreros, a los gritos de «¡Abajo Vihuela, arriba Tito! ¡Mueran los payasos! ¡Viva la guerra!», lanzaron bombas Molotov y acribillaron los carromatos. Huyeron dejando un incendio devorador. Inmediatamente llegó otro camión cargado de periodistas. Los fogonazos abundaron. La carpa se convirtió en un girasol de llamas. Cumplida la tarea oficial, los fotógrafos emprendieron la retirada. Pronto el país leería indignado que un grupo de arteros comunistas, enviados por el fugitivo Juan Neruña, había atacado y asesinado a los humildes y patriotas payasos del circo Los Loros Humanos. Prometerían investigación y justicia. El asunto sería olvidado por los civiles pero no por la policía. Encontrarían fotos de cada Compañero de la Papa Florida y comenzaría la implacable persecución. Ellos, como Neruña, tendrían que esconderse, viajar hacia el sur hasta encontrar un paso en la cordillera y desaparecer en la Patagonia. ¿Qué otra cosa les quedaba? Lo que antes era juego, ahora tenían que hacerlo por obligación y con la boca amarga. La realidad, poco a poco, los estaba atrapando.

Von Hammer dio un grito y corrió hacia el incendio seguido por sus amigos. Frente a la carpa inflamada el payaso Piripipí se desvestía con gestos económicos, esenciales. Colocó el sombrerito en el suelo, dentro las antiparras negras y la peluca naranja. Se sacó el guante de diez metros que llevaba encarrujado bajo la manga. Dobló la chaqueta y los pantalones junto a los largos zapatos. Sobre ellos puso el ancho cuello, la corbatamariposa gigante y la faja de señora. Depositó también su caja de maquillaje y la bandeja de madera con las monedas

musicales. Su cuerpo seco no tembló al acercarse a las llamas. Como si penetrara en una pista normal avanzó hacia el centro. Ningún payaso pudo impedirle que lo hiciera. Emi y Ema rasgueaban sus guitarras entonando un canto a lo Divino. El fuego empezó a consumirlo: Piripipí se arrodilló, colocó sus palmas en las brasas ardientes y luego apoyó la coronilla. Haciendo un esfuerzo mínimo alzó sus pies hacia el cielo y quedó en equilibrio sobre la cabeza, recto, impecable... Al alba, cuando el circo se hizo cenizas, como un eje de reloj solar, el cuerpo calcinado produjo una larga sombra que fue a dar sobre el corazón de Von Hammer. Éste, sin decir palabra, se desnudó y comenzó a vestirse con las ropas del ciego. Cuando terminó, abrió la caja, extrajo los lápices de colores y se hizo el mismo maquillaje del payaso. Cubrió sus ojos con las antiparras negras y, entre Emi y Ema, se fue haciendo sonar las monedas sin decir adiós.

Nepomuceno Viñas se paseaba alicaído buscando la oportunidad que nadie le daba de otorgar todo tipo de disculpas. Por fin había comprendido: esta vez lo buscaban de verdad. Era un fugitivo político. Lo que tanto quiso obtener le producía un miedo cerval. Le dolía el hígado, tenía la lengua pastosa y el aliento con olor a podre. El único que se dignaba dedicarle instantes de atención era el queridísimo vicepresidente señor Valdivia. Estaba tan necesitado de apoyo que no dudó en subir de grado al cojo. Ese ascenso no mejoró el trato del letrista:

–Compañero, se ha portado usted como un reverendo huemul. ¿Es o se hace? ¿Cómo chuchas se le pudo ocurrir siendo mojón insultar a la suela del zapato? ¡Lo aplastaron a destajo! ¡Y aquí nos tiene a todos pagando su deseo de ser héroe!

Nepomuceno Viñas miró el bailecito de cólera que hacía el cojo y respondió con sonrisa de perro apaleado:

–Tiene usted razón, amigo. Estamos perdidos, por mi culpa...

Valdivia se paralizó. Nunca había escuchado al presidente usar palabras tan sencillas. Le dio miedo. Quizás el poeta estaba enfermo, grave.

–Vamos, don Nepu, no exagere. Usted cree en las musas, ¿no es cierto? Ellas nos van a ayudar...

Nepomuceno, con agitación en los hombros, repitió:

–¿Musas?

Y rompió a llorar a gritos destemplados como niño de teta.

En medio de trinos desgarradores, Tolín estaba enjaulando a sus canarios para hacerse pasar por vendedor de pájaros. Akk se acercó a

aconsejarle que en vista de tanta necesidad los vendiera realmente. El violinista le contestó que en ese caso prefería hacérselos tragar a él, todos, con patas y plumas, y que más le convenía cerrar esa boca que por sucia nunca llegaría a pico.

Alamiro Marciláñez y Estrella Díaz Barum, con cinco kilos de menos cada uno, surgieron del disfraz de Caballo Loco. El sexo hablador tenía los labios tan hinchados que ni siquiera podía pronunciar la palabra «uva». A Marciláñez, después de prodigar hasta la última gota de médula, en el cerebro sólo le quedaba la letra O... «¿Qué piensas del suicidio de Piripipí?» «O...» «¿Te asusta ser perseguido por la policía?». «O...» «¿Quieres regresar a Santiago?» «O...» «¿Deseas venir con nosotros?». «O.» Él era la cola de un cometa llamado Estrella.

La poetisa lavó, vistió, peinó a su Alamiro al que ahora llamaba «El caballero de la erecta figura» y asiéndolo de la trovadora lanza, que de tanto embate perdía pellejo, lo guió hacia el ostracismo.

–¡Se acabó el meneo! ¡Desde ahora, castos! ¡Y hasta que Dios diga cuándo!

Marciláñez miró a la poetisa como si le hubiera dado un palo en la cabeza. Luego se conformó. Él sabía, por haber asistido a tantos decesos de sí mismo, que las cosas siempre morían justo cuando estaban empezando.

La Zagorra, apoyada por Lebatón, quiso indicar el camino. No supo hacia dónde. El ex general, para sacarla del paso, lanzó un lápiz al aire y observó, cuando cayó al suelo, qué dirección mostraba la punta. Iniciaron el éxodo por el camino que iba hacia el bosquecillo de cipreses para después internarse en las poblaciones callampas rumbo al Valle de la Luna.

Demetrio, inquieto, calmaba a la perra negra. Después del incendio, ya no decía más SÍ. Se alzaba sobre las patas traseras, agitaba las delanteras rasguñándole el pantalón y con los ojos húmedos, poniendo cara de niña enferma, gemía. Ese lamento le daba escalofríos. Y además, sumando angustias, el sueño ya casi se había realizado. El circo, como la visión nocturna lo anunciara, estaba convertido en cenizas. Ellos huían disfrazados de ciudadanos vulgares hacia el sur, por un camino de tierra. Entraban en el bosquecillo de cipreses. Ahora tendría que ver a la Gringa esperándolo, sentada bajo un árbol. Brrr. ¡Pesadilla completa! ¡La Gringa estaba allí esperándolo sentada bajo un árbol! Pero ¿cómo? El telegrama decía bien claro que se había suicidado...

–Cuando me ahorqué con un alambre, nadie reclamó mi cadáver.

Fui a varar en las mesas de una nueva industria. Aplicaron máquinas a mis órganos, expulsaron la sangre fría para inyectar líquidos sintéticos, me descueraron para cubrirme de membrana plástica. Fui el prototipo imputrescible del difunto activo, muerto pero presente, sin tener que respirar, subiendo y bajando el pecho gracias a un fino émbolo, hablando mediante un depósito de aire comprimido... No te quiero engañar. Me presento ante ti como una especie de muñeca.

Akk, desde atrás de la Gringa, le hacía señas a Demetrio desatornillándose la sien con un índice. Luces lascivas brillaban en sus pupilas y movía los labios articulando en silencio:

–Está loca de remate... Acéptala... Tiene un buen culo... Lo compartiremos...

La mujer se puso tiesa y avanzó sin doblar las rodillas. Sus labios estirados se cerraban y abrían igual a tabletas.

–Eres en verdad el profesor Assis Namur, aunque no lo creas. Te busqué porque sólo tú puedes hacer el milagro de animar mis tornillos, convertir la necronita en piel verdadera... Cúrame. No me degrades.

Demetrio, avergonzado, ahuyentó a Akk, tomó de la mano a la Gringa y caminó junto a ella sin saber qué decir... La noche oscura del alma era de todos...

Salieron del bosquecillo y descendieron hacia las poblaciones callampas dejándose llevar por el camino. En algunas ventanas parpadeaban veladoras. En los techos, junto a esqueletos de gato, ratas color de acero miraban, inmóviles, hacia la luna. El cielo se nubló. Comenzó a llover lodo. Continuaron avanzando. Acamparían en el Valle de la Luna protegidos del diluvio por los peñascos.

Desde lejos vieron los restos calcinados del carromato. Akk chilló «¡Mi diario!» y se lanzó corriendo seguido por los otros, que sí eran capaces de pensar en Ga.

–Qué bueno que vinieron. Estaba pensando en ir a buscarlos. ¿Qué hora es?

Hums, con el gesto alado de un espadachín, sacó su reloj de bolsillo y respondió «Medianoche» a la cabeza de Ga que emergía de una grieta llena de arcilla y hierbas machacadas.

–Pero ¿qué haces ahí?

El gordo les contó cómo se había quemado. Tuvo la suerte de que pasaran dos araucanos de regreso al hogar. Conocían un desfiladero que serpenteando entre las faldas cordilleranas los llevaba al reducto indígena. Al verlo hecho una llaga lo dejaron macerando enterrado hasta el cuello después de prometerle que a la medianoche del día

siguiente –precisamente hoy– vendrían a sacarlo sin que en su piel quedaran cicatrices.

–Pero hay algo más –continuó el gordo–. ¡Cuando los araucanos se agacharon para meterme en la fosa, del morral de uno de ellos cayó un libro escrito en italiano! ¡*Tripolaridad de la metafísica* de Carlo Poncini! ¿Recuerdan?

–¡Ay, sí! –exclamó La Rosita, excitado.

Había aprovechado la sorpresa de Laurel para posesionarse de su cuerpo y recitó como computadora:

–Carlo Poncini nace en Arezzo en 1893 y desaparece misteriosamente en Roma en 1931. Deja una corte de discípulos y admiradores. Lo último que se sabe de él es que interrumpe una conferencia gritando: «¡Si el grano no muere...!». Después nadie lo encuentra. Su cuenta bancaria queda intacta así como su ropa y su biblioteca. No deja manuscritos. Se habla de rapto, suicidio, accidente. Nada se puede probar. La *Tripolaridad* nunca es reeditada. Punto. Pero, por la lanza de san Jorge, ¿cómo pudo ese rarísimo libro caer del morral de un indio?

Ga respondió:

–Apenas nombré a Poncini, se pusieron a reír. «El huinca vive entre nosotros. Ha cambiado su nombre por Don Ninguno... Nos pidió que quemáramos su libro porque era un canto de ciego enseñando a otros ciegos a ver el color. Le robamos este ejemplar: no sabemos leer pero nos gusta el olor del papel.»

¡Carlo Poncini vivo, entre los araucanos! ¡Fantástico! ¡El destino había llamado a sus puertas! ¡Ya el grupo tenía una finalidad: ir a rescatar al filósofo olvidado, sacarlo de la miseria y devolverlo a la civilización!

La Cabra expulsó a La Rosita, se apoderó del cerebro de Laurel y preguntó con voz angustiada:

–¿Y Enanita y Cristóbal Colón?

Ga lo calmó:

–Cuando les pregunté si podíamos ir con ellos a la Reducción, me dijeron que un grupo de mujeres, una gigante y un bebé ya estaban allá. Seguro que son ellas. ¡Mataremos a todos nuestros pájaros de un solo tiro!

Tolín lanzó un estíptico «Je je», molesto con el refrán.

Dos indígenas surgieron de las rocas. Traían una pala. Un seco «Buenas noches, patrones» sirvió para presentarlos. Sacaron a Ga de la arcilla. A pesar de estar teñida de ocre, su piel relucía, completamente sana. Dio unos abrazotes a los araucanos impávidos. Los besó en las mejillas. Bramó:

–¡Vamos, poetas, desembocen la botella escondida!

La Barum sacó un litro de pisco de la alcancía de sus tetas. Lo dieron de baja a voraces tragos, lanzaron un eructo ardiente, esperaron la segunda botella que esta vez Zum extrajo de su maletín de doctor, cantaron –*En el nombre del cielo... os pido posada*...– y empezaron a saltar de roca en roca siguiendo a los dos guías como un rebaño de cabras grises.

Los miembros del Senado, con narices rojas de cartón sostenidas por elásticos en las orejas, gritaron imitando voz de toni: «¡Los payasos con Vihuela!». El presidente de la República, también con una bola roja en el apéndice nasal, que hacía contraste con su elegante traje azul marino, aplaudió el veredicto. Habían aprobado por unanimidad el desafuero. ¡El senador comunista Juan Neruña debía ser encarcelado por traición a la Patria e injurias al Primer Mandatario!

(¡Tiene desde ahora y para siempre el hocico tapado! ¡Roto insolente! ¡Vaya titulito el de su último poema: «Estoy orgulloso»! ¡Qué piel tan fina tengo, dijo el papel de lija! Yo lo denuncio como el complotador que es vendiéndonos al ogro rojo, y él dice que está orgulloso porque el pueblo que sufre conoce su lealtad: ¡vaya, vaya! ¡Que no me venga con cuentos a mí! Estos mis ojos lo han visto borracho como cuba escarbando las frutillas del fondo de la jarra. ¡Se permite hablar de mi frivolidad! ¿Y él? Él, que usa versos de cuatro sílabas en poemas largos de quince pulgadas para que parezcan erecciones y exciten a las empleadas domésticas. ¡Chancho vanidoso, como tiene un pirulí de tres centímetros se lo envuelve en endechas para que le abulte!)

–¡Pan y circo, compañeros! En esta hora de triunfo quiero abrazar al enemigo. Los dos dignos senadores de la izquierda, háganse presentes y venga un apretón de manos. Repudiamos las injurias de un traidor pero aceptamos el honorable combate de hombre a hombre... El presidente de la República afirma que su poder ejecutivo no es la Patria y que las críticas destructivas son necesarias y de ninguna manera significan volverse contra el país. Juan Neruña es un caso extremo, particular, purulento. La libertad de expresión continúa y es sagrada. ¡Viva la lucha leal!

Ángel González y Eugidio Verapeña, alzando el puño, se acercaron al presidente entre los aplausos conmovidos de los poderes públicos. Vihuela les sacudió de un apretón cálido la fláccida mano derecha sin que éstos bajaran la tensa izquierda empuñada. «¡Honor, Patria y Vihuela!», gritaban todos. Mientras lo filmaban, el jefe

abrazaba luciendo su clásica sonrisa más estirada que nunca. Los dos senadores se dieron cuenta de que el presidente, entre palmoteos, les siseaba un enigmático «Adiós, amigos».

Media hora más tarde, el automóvil que llevaba a González y Verapeña a una reunión clandestina del Partido, explotó lanzando sus cuerpos hacia la copa de un sauce donde quedaron colgando como dos racimos sanguinolentos.

Tomando desayuno, Gegé leyó satisfecho las ocho columnas que informaban del atentado criminal atribuyéndolo a una represalia yugoslava. Las milicias nazis de la Acción Chilena Anticomunista, el simpático ACHA, cantaban bajo sus ventanas, en muestra de adhesión, su himno oficial, el «Horst Wessel Lied»... El tren se estaba encarrilando... Marcó un número en el teléfono:

–¿Ya encontraron a esos payasos de mierda? ¿O tendré que pedir ayuda al FBI? ¡No! ¡No los quiero vivos! ¡Los quiero muertos! ¡Hechos albóndigas!

Colgó tan fuerte que trizó el teléfono. Bebió un trago de café mascullando «¡Pastelazos a mí! ¡Yo les voy a enseñar a esos sacrílegos!»... Y se enfrascó en el proyecto fundamental de su gobierno: la devaluación de la moneda.

XI. Gusano de tierra, mar y cielo

«Ésta es la única Odisea: los Argonautas parten en busca de la realidad para, al fin, encontrar al que la está soñando.»

Demetrio, en el café Iris

Las rocas, a medida que se iban acercando a la cordillera, se hacían cada vez más ovoides. La lluvia incesante convirtiéndolas en espejos terminaba por otorgarles una cáscara plateada. «Éste es el sendero de los huevos geológicos –pensó Hums–; aquí viene la gigantesca águila de piedra a empollar nuevas montañas...» El poncho, tragando agua, le pesaba impidiéndole saltar con facilidad.

Los indígenas habían decretado caminar de noche y dormir en el día porque las piedras con el calor casi llegaban al rojo vivo.

–Yo me llamo Ruca... y mi hermano, Totora... El camino es largo: en el día quema, dormiremos; en la noche hiela, saltaremos de roca en roca para calentarnos. Llegaremos a la Reducción en diez noches. No pueden llevar bultos ni maletas: cualquier peso es lastre. Ayunaremos. Después del tercer día es fácil resistir el hambre. No necesitan traer agua: la lluvia bastará. Los ponchos no los dejarán saltar ni sus zapatos. ¡Elimínenlos!

¡Cómo se arrepentía de no haberles hecho caso: él era el único que por orgullo guardaba el poncho y ahí iba, aleteando cual torcaza herida! Ruca, Totora, seguro que ésos no eran sus verdaderos nombres. Una ruca de totora es una casa de paja. ¡Igual podrían haber dicho que se llamaban Castillo y Ladrillo! Algo ocultaban esos ladinos. ¿Qué harían por el Valle de la Luna? ¡Miren qué casualidad, así como así, dejar caer del hilachoso morral una edición agotada de la obra de Poncini! ¡Qué casualidad también que las mesalinas fugitivas estuvieran esperándolos junto a Don Ninguno...! El estar siempre ocultando algo era una característica de los rotos. Podían tener el miembro hundido hasta la pelvis y no demostrar placer. Cogían como si estuvieran cometiendo una afrenta, dando castigo. ¿Ternura? ¡Nunca! Por eso, después de que se retorcían, gemían y se entregaban

al orgasmo abiertos de pies y manos, crucificados, con la boca implorando el beso y la lengua, había que tener mucho cuidado porque, para disimular la verdad, estallaban en golpes y cuchillazos. Bueno, ese riesgo añadía la sal al caldo. Llegar al dormitorio con un ojo en tinta y el intestino grueso lleno de semen, que después abortaba masturbándose sentado en el sapo de porcelana, era un éxtasis que, a su nivel, equivalía al de leer las *Obras completas* de san Juan de la Cruz. ¡Ayayay, su sapo de porcelana! ¡Cruel Akk! Pensar que por fin se había acostumbrado, que ya podía, cual vulgar humano, encuclillarse sobre dos piedras y obrar sin problemas. Un par de pujidos y el regalo emergía, de golpe, animalesco, aburrido, plaf, a lo vacuno. Se merecía un consuelo. Extrajo una botella de metal, plana, de la época de la prohibición, que traía disimulada en una pierna del pantalón para un caso de necesidad extrema (¡ése era un caso de necesidad extrema!) y tragó el néctar hasta que llegó al fondo. Un presentimiento espeso hizo que besara el recipiente, compañero de tantos años de mareo, y lo arrojara sobre un hombro sin mirar hacia atrás. El pasado, pisado. No porque él lo quisiera... Ay, nunca más comer en el restaurante alemán servido por un Von Hammer altivo, creador de guisos que eran odas elementales a la tierra, al agua, al aire y al fuego... Ay, nunca más escuchar los conciertos al aire libre en el Parque Forestal, aceptando las caricias disimuladas de los vendedores de maní o participando de las risas sarcásticas de los socios de la Sociedad de Amigos del Bisoñé criticando las mechas falsas del pelado Escamilla, director de la Orquesta Sinfónica Nacional... Ay, nunca más vaquear en su departamento yendo por las piezas como insecto de corola en corola: su baño esmeralda con las paredes cubiertas de mariposas brasileñas, sus muebles Imperio, sus libros empastados en piel de nonato... ¡Paraísos perdidos para siempre! El alcohol le invadió la sangre como un fogonazo. Mandando al cuerno el orgullo se despojó del poncho, maldijo a la lluvia con la lengua fuera recibiendo en sus papilas el picoteo de las frías agujas y saltó de peñasco en peñasco, con energía renovada y furia incontenible para alcanzar al grupo, más bien a Zum. Le bajó un odio enorme por su amigo. ¿Amigo? ¡Muleta! Él tenía la culpa de todo. ¿Por qué? ¡Quién sabe! Alguien tenía que pagar y Zum era el indicado. ¿Su culpa? La peor de todas: ser inocente. Gordiflón rastrero, copión, vulnerable, dependiente, con vocación de estropajo. ¡Síííí! ¡Tengo ganas de ser horriblemente injusto! ¡Síííí! ¡Le quiero patear la boca para que me bese los pies! ¡Síííí! ¡Deseo mear en su carota de víctima! ¡A ver, perro Zum, mueva la cola y venga para acá a recibir su ración!

Y Hums se lanzó hacia su camarada hecho un remolino de

cachetadas. Zum trató con delicadeza de paralizar a su maestro sin extrañarse por el derroche de agresividad. Alcohol y luna llena más lluvia inclemente producían siempre el mismo efecto: el esteta, el sutil, el elfo, se transformaba en un feto irascible, rasposo, puntiagudo, chillón. Hums, fortificado con el aire de la montaña, quebró las defensas de su discípulo y comenzó a propinarle tan violentos puñetazos que las mejillas gordiflonas se tiñeron de moretones y le corrió sangre por las comisuras. Hums siguió golpeando, histérico. El aguardiente le inflaba la lengua y sus palabras eran envilecidas por ese apéndice grosero:

–¡Bésame los pies o te quiebro la nariz!

Gimoteando, Zum se agachó y comenzó a lamer los dedos cubiertos de ampollas... Hums orinó sobre el lomo de su perenne admirador para después arrojarle una bilis oscura... A Zum, junto con la jalea fétida le cayeron encima los años de humillación, la panoplia de sarcasmos que el maestro le dedicara aprovechándose de su secreto: había llegado de España en el famoso BARCO DE LOS HUÉRFANOS. Algún burócrata, para llenar expedientes, recogió mil niños que perdieron a sus padres en la guerra civil y los despachó a Chile en un navío de carga con sólo una tarjeta de identificación en el cuello. Como a Zum la visión de su madre dividida en porciones por una bomba le cortó el habla, desembarcó con un «Mudo, sin nombre, ni edad». En el orfelinato lo primero que dijo fue «¡Perdón!» cuando lo violó el cocinero. Ese quejido se le hizo hábito y hasta hoy lo llevaba puesto. Lo hicieron sufrir con indiferencia y descuido. Le enseñaron que no merecía que alguien lo quisiera. Únicamente en los libros encontró compañía. Los abría de par en par para meter su nariz en el medio y luego los cerraba apretando las páginas contra sus mejillas, husmeando en el papel y la tinta un imposible olor de madre. Buscaba caricias y sólo pudo obtener cultura... y violaciones diarias que se convirtieron en necesarias sumisiones. En el Liceo lo forzó, con su consentimiento, un profesor de gimnasia y el equipo de fútbol. Por fin, en la universidad, en el curso de botánica, cayó en las garras de Hums. «Et, tout d'abord, chez l'homme un terrible besoin d'enfance persistante demande á être comblé...», *Arcane 17*, André Breton. Sí, era esa terrible necesidad de infancia la que lo había pegado al seno del maestro para mamar una tinta amarga a punta de golpes, desprecios, amantes robados, tragos no compartidos y autores sepultados bajo siete llaves para saber siempre más que él. Zum sintió que los orines y el vómito le roían una cáscara. ¡Estaba dejando de ser niño! De pronto se desgajó del pasado. Mientras el grupo se alejaba, irguiéndose, miró en los ojos a su maestro y, por primera vez, osó

darle un puñetazo en la boca. No quiso lanzarlo con todas sus fuerzas, pero el golpe tenía raíces. Se había formado muchos años atrás y ahora, como la punta de un iceberg, asomaba acarreando una montaña de odio. Los nudillos quebraron dos incisivos y, escupiendo sangre, el cuerpo cayó hacia atrás para azotar en las rocas. Zum esperó que su ídolo saliera del soponcio, tocara el hueco que le había quedado en las encías y lo mirara como a una aparición de otro mundo.

–¡Y eso no es todo! –exclamó. Con un gesto seco, asió el bisoñé del caído y lo despegó de un tirón llevándose un pedazo de pellejo–. ¡Ojo por ojo, meada por meada!

Bañó la calva y la cara del maestro con un chorro acre eyectado forzando los músculos para que al mojar sonara.

Hums tragó el brebaje. ¿Cómo reaccionar ante lo impensable? En su universo cerrado, el puñetazo de Zum entró con el impacto de una nueva información, rompiendo el círculo vicioso para convertirlo en espiral. ¿Espiral hacia dónde? ¿Hacia el centro, hacia fuera? ¿Hacia arriba o en dirección del infierno? Sin la barrera de los incisivos la lengua le patinaba. Dijo como pudo una sola palabra para ver si con ella desconcertaba al energúmeno:

–¡Gehena!

Para su sorpresa, inmediatamente, Zum le respondió, a su vez, con un solo vocablo:

–¡Ónix!

Esa palabra acarreaba tal aluvión de significados que otra vez el impacto fue tremendo. Gehena era la puerta blindada y ónice la llave. ¡Lo habían descubierto! Y ahora los recuerdos lo invadían a borbotones...

La piedra comprada por su madre encinta para provocar el aborto. Ese gran anillo que ahora él llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Ella consideraba indigno exhibir un vientre de sandía. La casaron con un militar; salió del padre para caer en el macho, y de un golpe seco, la noche de bodas, perdió el himen, quedó embarazada y supo que era frígida para siempre. Según ella, la salvó la elegancia. Los viajes a París, los cenáculos decadentes y las curas con jugo de legumbres le permitieron marchar por la existencia, sin vivirla, observándola detrás del velo del palanquín. ¡Zorra egoísta! Lo escupió a los seis meses. Pero él se aferró a la incubadora. Cuando fue un hecho irrevocable que pertenecía al mundo, su generatriz lo vino a buscar con un ama de leche, tres criadas y un cargamento de ropa color rosa. Ni siquiera preguntó por su sexo. Decidió que iba a ser una niña que más tarde se convertiría en el retrato idéntico de su

madre.

Zum, dándole la espalda, con un giro brusco se alejó en pos de sus compañeros que, bajo un techo de rocas, estaban sentados alrededor de una fogata, hecha por los araucanos con madera seca puesta al abrigo de antemano. Hums lo vio penetrar entre las llamas y las sombras y disolverse en el grupo borrándose de su vida. Se sentó en una arista y buscó a Pimpi, su muñeca preferida. Empezó a mecerla. Tenía siete años. Estaba vestido de niña, con largos rizos. Su madre llegó al cuarto de juguetes, se observó en el espejo y descubrió una fina red de líneas que, según ella, en poco tiempo iban a convertirse en arrugas. Dio un suspiro profundo. «¿Te gustan las muñecas?» «Sí, Ofelia» (le tenía prohibido llamarla mamá). «Mira, voy a poner el despertador. Sonará dentro de una hora. Colócate en este rincón y no mires hacia el armario. Me encerraré dentro de él y, usando magia, voy a convertirme en muñeca. Así podrás guardarme entre tu colección y jugar conmigo cuanto quieras...» Tenía veintiséis peponas, cada una con un ajuar completo. Le tuvo lástima a Pimpi: ahora que iba a llegar una moña gigante, perdería el cetro. ¡Qué ganas de ver lo que estaba pasando en el armario! ¡No podía ser una broma! Ofelia nunca le había hecho chistes. Seguro que la iba a encontrar convertida en porcelana. ¡El reloj anunció el término de la espera! Impaciente, abrió la puerta de golpe. En una charca estaba el cadáver de su madre con las venas abiertas... Sábado, aguacero, otoño, negro, separación, freno. ¡Con toda esa sangre cómo quería que la tomara por muñeca! Recordó con qué rabia pisoteó su colección. Mala suerte, parálisis, frío del agua, pie derecho. Le dolían las ampollas. Hizo un esfuerzo pero no encontró la insensibilidad. Cronos devoró a su hijo y ahora Zum le estaba dando dentelladas. Ónix, Saturno: su destino era ser comido. El castigo por no haber aprendido a amar. Antes hubiera tenido que aprender a perdonar. ¡Imposible! Comprendió el sufrimiento de su amigo: en él se había vengado del desamor de Ofelia. Rezó para que sus lágrimas se convirtieran en sangre y así vaciarse hasta morir, desangrado como su madre. ¡Como ella, como ella, como ella! ¡Nunca como él mismo!

La oscuridad se fue disolviendo en el alba. Riachuelos que le recordaban el café con leche matinal corrían por las laderas pedregosas. ¿A dónde ir? ¡No hay dónde! Las encías se le habían cicatrizado como si allí nunca hubieran existido dientes. Si su propio cuerpo le era ingrato, ¿qué podía esperar de los demás? Bendijo el diluvio. Que se lo llevara a él, a todos, qué más daba, eran basura estéril y el despertador indicaba la hora del Juicio Final. Bruscamente recordó la imagen que decoraba la caja del reloj: un pescador solitario,

ciego a juzgar por sus antiparras de hierro, batallaba en plena tempestad contra un calamar gigante. Cuando Ofelia se lo regaló, él le dijo:

–¿Dónde tiene el corazón un calamar?

–¡Lo guarda dentro de un cofre negro en el fondo del mar, hijita!

–¿Entonces, el pescador no lo podrá matar nunca?

–Para hacerlo tendría que bucear hasta encontrar el arca, forzar las cerraduras y apuñalar el corazón oculto.

¡Qué mala era su madre! ¡Le cortaba todas las esperanzas! ¿Cómo un ciego podía encontrar un baúl negro en la oscuridad del fondo?

Lo invadió una risa nerviosa. Se escarbó las encías con la lengua. A los siete años también le faltaban esos dos dientes. Ofelia se los había arrancado sin esperar que se le cayeran. Los guardaba en un guante y luego los deslizaba en el té diciendo que eran su azúcar predilecta, que la otra la hacía engordar. ¡Otra vez en la trampa! El pasado lo pisaba. ¡Qué agonía tan redundante: morir sobre un huevo de piedra, él, Hums, que nunca había podido salir del ídem! ¡Terminemos de una vez! Escaló la roca más alta y se lanzó de cabeza hacia el abismo.

Mientras caía cerró los ojos y por un ínfimo instante conoció la paz de la entrega. El baile de disfraces llegaba a su fin. Telón sobre una sombra. Olvido. Ojalá que lo encontraran con la boca cerrada, se vería más digno... Perdóname, Zum...

¡El impacto final no se produjo! Hums seguía vivo, detenido en el aire.

¿Por qué diablos la banda militar tocaba *Foi mima casca de banana q'eu pisei, pisei*? ¡Esos milicos de la caramba sabían muy bien que su esposa odiaba las sambas! Envió corriendo al ministro de Educación para que insultara al director. La melodía cambió: *Ave María* de Schubert. Generalmente el aeropuerto estaba lleno cuando llegaba Pili de su viaje mensual al extranjero en el jet particular. Pero esta vez sólo él, un par de ministros y los jefes de la policía secreta esperaban el aterrizaje. Aparte de los trajes que había comprado su elegante esposa, venían los perros. Pili se estaba portando a la altura. Descendiente de tres generaciones de banqueros israelitas, llevaba el oro en las venas. La conoció durante su campaña presidencial, cuando el infame Juan Neruña le lamía el encarrujado tratando de agarrar su putífero sillón senatorial. En aquel entonces él no era «un títere hediondo del imperialismo yanqui» sino el «santo nacional». Por más que el PC quemó cuanta copia pudo, aún pasaba de mano en mano el poema que le diera el triunfo: «¡El pueblo te llama san Gegé!». Allí, el redomado vate, de arcángel no lo bajaba. Lengüeteando rimas le proporcionó

todas las virtudes para después tratar de comerle el mandado. ¡Qué buena venganza se le acababa de ocurrir! Quemaría las *Obras completas* de Neruña y sólo dejaría pasar a la Historia, en los libros de estudio, esa oda en su honor. Precisamente después de leerla, Pili vino a verlo. Puso en su escritorio un anillo de bodas y un cheque cuya cifra se le anudó en la garganta. Por su falsedad y su tontera, el poema la había convencido: justo los versos que el pueblo necesitaba. Lo iban a creer santo. Perfecto. Ella apostaba por él. Se consideraba un buen premio y le satisfacía llegar a presidenta para mostrarle a Eva Perón lo que era la clase. Efectivamente, después del triunfo, para contrastar con el exagerado guardarropa de la argentina, Pili siempre se mostró con el mismo traje: una chaqueta sobria y una falda simple, en azul marino; camisa beige de cuello cerrado, zapatos con tacos bajos y un mínimo collar de perlas. Claro que nadie sabía que en sus armarios colgaban trescientos trajes iguales. ¡Sí, Pili Vihuela tenía tanta sed de poder como él! Ejercía su mando sobre los modistos. Los trajes eran gemelos, pero las etiquetas que los diferenciaban valían oro. Esa férrea mujer obligó a los grandes artistas de la moda a plegarse a sus deseos y coserle, al precio que fuera, su eterno uniforme. Elsa Schiaparelli lo había pespuntado con sus propias manos, Vertés lo dibujó, Gabrielle Chanel se tomó a regañadientes treinta días para copiarlo, Paquin consideró un honor reproducirlo, Alix no le quiso cobrar, y a pesar de que Madeleine Vionnet estaba muerta, Pili logró que su mejor alumna se lo confeccionara retardando una entrega a la duquesa de Kent.

El jet, matemático, aterrizó para detenerse frente al palco embanderado. Pili descendió precedida por dos guardaespaldas y seguida por seis secretarias. Detrás de ellas aparecieron diez policías norteamericanos, de civil, conduciendo a los perros. Eran canes feroces, acostumbrados a perseguir delincuentes, sobre todo a negros. Inmediatamente los embarcarían en avionetas rumbo a Talcahuano. A ver si así esos pacos tifosos daban con la pista de los payasos. A grandes males grandes perros. No fallarían. Los gringos eran especialistas de la cacería humana. Muy pronto la afrenta a su persona sería lavada a dentelladas. Luego el mismo equipo se encargaría de encontrar a Juan Neruña, a quien le reservaba la muerte que más temía: sin que nadie se enterara, en un silencioso e implacable anonimato.

«¡Pero si estas cosas sólo suceden en las novelas de Julio Verne!» Hums, pataleando en el aire, estalló en carcajadas. La peligrosa situación, a él, que se había lanzado al abismo decidido a morir, no lo asustaba, sino que lo ponía eufórico. ¡Un cóndor lo estaba raptando!

Los aletazos del ave gigante restallaban y sus garras le rodeaban la cintura. Lo había atrapado en el aire con la misma elegancia con que un bailarín de ballet clásico alza a la primera bailarina. ¡Un cóndor de verdad, enorme, lanzando gruñidos de fiera, con cara torva, capaz de partir rocas a picotazos! «Quizás está acostumbrado a robar ovejas y mulas...» Trató de recordar sus clases de historia natural en el Liceo. «Es un ave rapaz de tres metros de envergadura, que se alimenta de cadáveres.» ¡Justo! ¡Qué otra cosa era él sino un cadáver! Empezó a morir a los seis meses y aún no terminaba de agusanarse. «Sus plumas son negras y blancas.» ¡Pájaro sagrado tenía que ser: yang y yin, luz y sombra, positivo y negativo, ser y nada, andrógino alquímico! ¿Andrógino? Alzó la cabeza y trató de ver si entre las patas colgaba algo. ¡Colgaba y a destajo! Era un soberbio macho. A pesar de su fuerza, el cóndor no se elevaba con rapidez. Pronto pasarían sobre el campamento. Hums buscó una canción apropiada a tal situación y decidió que «Torna a Sorrento» hacía contraste con tanto aletazo. Su aterciopelada voz envió la romanza prestándole con sabios gorgoritos un sentido de despedida postrera. Los vio despertar, refregarse los ojos, indicar hacia él, correr, atarantarse. Después una corriente de aire dio bríos al vuelo y los perdió de vista.

En menos de un minuto llegaron al nido. Sólido, construido con piedras y ramas, al borde de una cornisa en la roca abrupta, capaz de resistir un vendaval, contenía dos huevos pecosos y grandotes cubiertos por el esqueleto de otro cóndor. Hums supo al instante que esos huesos eran de la hembra que había muerto antes de terminar de empollarlos. ¿La causa de tan infausto suceso?: una lanza hundida entre las costillas. El ave, agonizante, tuvo la paciencia de huir de sus cazadores y volar hacia sus dos fetos calcáreos para fenecer sobre ellos. El viudo, que buscaba otra compañera, al verlo volar por los aires en picada, lo confundió con una pájara. Y ahora él, Hums, en la punta del cerro, se veía obligado a interpretar el papel de «cóndora» clueca. Lanzó el esqueleto laderas abajo y bajándose los pantalones se sentó sobre los huevos imitando cacareos rasposos. El cóndor se le pegó a la espalda. ¡Ayayay... tres metros de en-verga-dura! Con cautela le rozó las plumas del pecho y fue descendiendo para hurgar en lo colgante. Sintió cómo el dardo se alargaba y enanchaba hasta que una mano se le hizo poca. Giró, sin despegar las posaderas de los ovoides, y cantando otra vez el «Torna a Sorrento», para que la melodía le hiciera vibrar el interior de los cachetes, hizo penetrar hasta el fondo de su garganta el centelleante órgano.

–Guau, guau, perrito...

A cuatro patas, con un collar en el cuello, guiado por una correa, Gegé Vihuela, conteniendo suspiros de tedio, recorría el dormitorio bajo el mandato de Pili.

–Pipí, perrito... Vamos, levante la pierna... Sea obediente...

¿Si sus ministros lo vieran o el cardenal Barata? Alzó el muslo y orinó al pie de la lámpara. ¡Al cuerno! Las criadas limpiarían y encerarían el parqué sin hacer preguntas indiscretas.

–Cacurris, Rintintín...

¡Ah no! Eso nunca se lo había pedido. La manía le estaba aumentando. Pronto le exigiría que comiera bofe crudo. Si las cosas seguían así...

–Caquita, le digo. O le doy de chicotazos...

El psiquiatra le había aconsejado ser paciente. Una zoofilia acompañada de leve paranoia y qué sé yo qué complejo más. Sin esa comedia no habría orgasmo.

–Pero Pili, hoy comí chorizo. El cuarto va a oler a rayos...

–Los canes no hablan. ¡Obedecen! Vamos...

Y le llovieron tres latigazos en el lomo. El aullido que le salió no era imitado. La miró iracundo. Allí estaba de pie con las piernas abiertas luciendo sus pantaletas transparentes compradas en Pigalle... Le encantaba a Pili usar bajo el ceñudo traje azul ropas íntimas estilo ramera. Ligueros, pezoneras, triángulos pélvicos cuajados de joyas que estrujaban la vulva en U dejándola como una flor de carne... Otros dos latigazos lo obligaron a elevar las nalgas, separar los tobillos, pujar con la lengua fuera y depositar un mojón en la alfombra.

–¡Qué bonito lulo, Rintintín! Frote su ano aquí... Ya sabe que me gusta muy aseado...

¿Qué diría el senador del Partido Liberal, el almirante en jefe? Frotó su culo contra el sillón forrado en satén dejando una huella que resultó con una forma que se le hizo familiar.

–¡Qué perro tan patriota es mi Rintintín! ¡Hizo un mapa de Chile! ¡Con su estrecho de Magallanes y todo! Merece un premio...

Se echó de bruces en la cama y le presentó el posterior.

–¡Lengua!

Y allí estaba él, el excelentísimo señor Vihuela, el mandatario implacable, san Gegé, dando lengüetazos... Unos bramidos de leñador le anunciaron que el momento del banquete había llegado. El telescopio le saltó adelante con saña concentrada, la cabeza enrojeció de ira y esta vez sí que sus bolas tuvieron ganas de ladrar.

Ahogada en sus aguas, Pili, retorciéndose, trató de decirle:

–¡Métemela!

Pero él ya había dado el bayonetazo y arrojando escobillones de baba le estrujaba los senos, entraba, retrocedía y se lanzaba al ataque para partirle los huesos de la pelvis.

–¡Toma, gansa asquerosa!

–¡Sí, sí, sí! ¡Hasta los hígados!

Él la dejaba vomitar su gozo y entonces se daba rienda suelta para, al último segundo, salir, trepar apresurado y chorrearle esa cara altanera.

–Hoy la tenías inmensa, presidentito...

Gegé sonrió sin revelar su secreto: ¡se la había espolvoreado con cocaína!

Desde abajo llegaban los balidos de un tropel de ovejas. ¿Ovejas entre los peñascos puntiagudos? ¿Cómo? Se puso nervioso. El cóndor lo calmó de un picotazo leve que lo hizo estrellarse contra el borde del nido, dar media voltereta y quedar colgando aferrado de una rama con los pies en el abismo. Trepó imitando seductores graznidos y se sentó sobre los huevos. El cóndor miró hacia la quebrada, batió las alas y se lanzó en pos de una res. Hums oteó: allí abajo, escondidos, estaban los Compañeros de la Papa Florida, balando a más y mejor para engañar al monstruo. Ajustó su mirada. Pudo distinguir, entre los revoloteos del cóndor, a Zum tirado sobre una roca con el pecho cubierto de sangre. ¿Suicidio? El pajarraco picó hacia el cadáver de su amigo.

Cuando vieron a Hums suspendido de las garras del gigante desaparecer en la cima, lo creyeron perdido para siempre. Zum, presa de un ataque de culpabilidad, gemía mordiéndose los puños. Lebatón hizo lo que era justo: pidió ayuda a los dos araucanos. Éstos se transformaron bruscamente en jefes y dando cortas y penetrantes voces de mando organizaron el rescate. Imitando ovejas atraerían la atención de la bestia, pero para quebrarle los huesos alguien tendría que sacrificar su carne. Zum gritó: «¡Presente!». Después se arrepintió, pero no dijo nada. Tragó su miedo y ofreció el pecho. Le dieron dos tajos superficiales sobre las tetillas y la sangre se extendió como cortina de terciopelo. El olor acedo de sus glóbulos despertaría el apetito del cóndor. Pero tenía que dominar sus nervios, porque si se movía, el animal cerraría las garras y con una sola uña era capaz de extraerle los intestinos.

Balaron hasta que el pajarraco emprendió el vuelo. Inmediatamente se ocultaron entre los peñascos esperando la caída en picada. Zum dejó de respirar. Los aletazos eran ensordecedores. Las

garras, como tenazas de acero, le apretaron la cintura. Sintió que lo iban a cortar en dos. Repasó mentalmente el avemaría pero al llegar al *bendito sea el fruto de tu vientre* se vio echando las tripas por un boquete y se desmayó. Ruca le dio al cóndor tal peñascazo en la frente que lo hizo soltar a su presa y caer sentado en el suelo rocoso. Totora le ensartó una arista en las costillas. El animal lanzó un gemido espeluznante, infló sus plumas y chorreando púrpura por el pico se lanzó contra los araucanos. Zum volvió en sí, y de un salto que hubiera sido premiado en un campeonato buscó refugio en una grieta. Ruca y Totora, desarmados, esperaron con resignación la acometida mortífera. Durante segundos eternos nadie osó moverse. De pronto Boli, que desde la desaparición de Aurocán se sentía vacía, se llenó de una energía tremenda y agitando un garrote corrió hacia el monstruo y comenzó a golpearlo esquivando los picotazos y barridas de ala. Algo de la belleza de la judía fue pasando a la bestia. Y algo de la ferocidad del animal pasó a la bella. El combate mortal era una danza. Los Compañeros de la Papa Florida, electrizados por tanto valor, como un solo individuo, surgieron aullando de sus escondites y lanzándose contra el plumífero comenzaron a darle de palos. El ave, atontada, cayó en un hueco oscuro y allí esperó hecha una bola. Los poetas, salvajes, acosaron a la víctima hasta que, aleteante, la tumbaron de espalda, garfios al cielo, y le sajaron el pecho para arrancarle el corazón. Zum, ajustándose los pantalones, llegó a tiempo y dio el primer mordisco. Los otros lo siguieron masticando pedazos que les latían en la boca. La Zagorra y Lebatón corrieron a soplar en la fogata agregando hojas secas. Marciláñez y la Barum aguzaron el palo de ensartar. Los otros arrancaron las plumas. Con la hambruna que les atenaceaba el estómago no había cóndor duro.

Zum, fiel a su amigo, acompañó a los indígenas al pie del murallón y los vio escalar de arista en arista con una facilidad que lo llenó de asombro. Ni un movimiento de pies o manos era dado en falso. Trepaban tan naturalmente como si fueran por un camino plano… Bajaron al raptado. Cuando tocó roca firme entrechó la mano de sus salvadores y lanzó en los ojos de Zum una mirada directa, profunda, que lo decía todo sin expresar nada. Zum abrió los brazos dispuesto a abrazar a su amigo. ¡Éste lo rechazó! ¿Cómo? ¿Entonces todo había sido inútil? ¿Arriesgar su vida no lo hacía aún digno de cariño? La boca de Zum empezaba a ponerse amarga cuando Hums, con una sonrisa coqueta, abrió sus solapas: traía la camisa hinchada por dos grandes senos. Eran los huevos pecosos. Los extrajo, depositándolos con cuidado en una grieta, se lanzó en brazos del amigo, estuvo pegado a él media hora y cuando las lágrimas cesaron, otra vez los

colocó al calor de su pecho. Había comenzado una obra y tenía que terminarla. Quizás a cambio de los dos dientes perdidos el Destino le obsequiaba un par de cóndores.

Apoyándose en Zum, avanzó hacia el grupo. Curioso: el pie izquierdo le dolía más. En él se acumulaban las llagas. El derecho, casi sano, penetraba en el espacio hundiendo hasta el fondo sus cinco dedos decidido a arrastrar al otro hasta el fin del camino.

Cesó de llover, las nubes negras blanquearon, enrojecieron y el sol amable se hizo severo, insidioso, cruel, insoportable. Las piedras humearon bajo el calor convirtiendo el desfiladero en horno. Pero eso no impidió que asaran al cóndor y lo devoraran con ímpetus nacidos de la caminata, el ayuno y, sobre todo, la euforia del combate. Los bifes, gruesos y duros, concedían a los estómagos una potencia embriagadora. Salieron a relucir las botellas ocultas. Habían sido capaces de sacrificar las maletas pero no los litros de caña... El cojo Valdivia, al ver en el cóndor un antepasado del loro, lo odió a muerte; recordando las torturas de su padre y encarnizándose con él, le lanzó tal puntapié que la rodilla anquilosada se le aflojó. Ahora masticaba feliz mientras daba paseos en la cornisa mostrando que su cojera estaba reducida a la mitad. Efectivamente, la pierna derecha funcionaba normal, pero al combinarse con la izquierda, aún doblada en ángulo obtuso, producía tal bamboleo que mareaba a los compañeros. Lo hicieron sentar a huesazos. Nepomuceno aprovechó el descuido para protestar: la situación le parecía intolerable. Allí estaban dando tumbos perseguidos por la Parca a causa de él, vanidoso, insensato, relamido que de poeta no tenía un pelo (los tres que le quedaban eran de oportunista, ya vieron con qué rapidez se dio vuelta la camisa), y sin embargo lo aceptaban como un igual, permitiéndole devorar ese jugoso lomo de *Vultur Gryphus*, que si bien lo merecía por haberse batido con honor demostrando que cuando llega el momento los intelectuales, de calidad o sin ella, saben responder al llamado del colega en peligro, no por eso deberían aceptarlo, sin más ni menos, como si no estuviera envuelto en el manto de la culpa. Que Vihuela al principio no lo persiguiera, le parecía normal: tan ridículos resultaban sus versos que en lugar de revolución provocaban entrega de medallas y carcajeos... Pero que ellos no lo expulsaran cuando era un miserable lanzador de pasteles en pos de gloria, arribista indigno al acecho de un resquicio por donde colarse en la Historia, se le haría insoportable. ¡Al mal tiempo, cara empapada y a lo hecho, castigo!

Hubiera seguido monologando, pero lo sentaron de un empujón

junto a Valdivia. Tenía que comprender que esa aventura era un gracias continuo y los accidentes, sagrados. Que su pastelazo no fue el comienzo, sino el resultado de una acción cósmica. Que a todos se les haría natural ser perseguidos. Que dejara de majaderear. Que no tratara de ocupar el centro. Que bebiera su trago en paz porque podía ser el último y que terminara de comer el *Vultur*, porque el día de mañana quizás llegara sin el pan nuestro, y que, como todos los demás, se tendiera a la sombra para pasar el calor, la borrachera y la afanosa digestión.

Así lo hicieron. Ruca y Totora trazaron un círculo alrededor de ellos ordenándoles no salir de ese límite. En el segmento que daba al desfiladero colocaron entrecruzadas las alas del cóndor que insistían en conservar.

El sol llegó a su cenit y los Compañeros de la Papa Florida, los canarios, la perra y los dos araucanos penetraron profundamente en la siesta.

Cuando el cuerpo de Laurel Goldberg abrió los ojos, adquirió los gestos de La Rosita. Alrededor del círculo, un ejército de hormigas, escorpiones y arañas se afanaba tratando inútilmente de atravesar el muro invisible. Las rocas hervían de bichos. Al erudito se le puso la carne de gallina. Si no fuera por la magia de esos mapuches, ya estarían devorados... Miró hacia los dormidos: como él, sus compañeros estaban encerrados en el gran círculo, pero Ruca y Totora dormían a cinco metros de ellos delimitados por otra forma geométrica. También a su alrededor se agrupaban las bestias venenosas. ¡Mmm, qué gula! ¿Cómo saltar la frontera de alimañas? ¡Evohé!, los tiempos habían cambiado y ahora contaba con dos piernas musculosas que le permitirían dar un salto tan largo como sus deseos. Frotó su nuevo cuerpo para desentumecerlo y calculó la trayectoria. Entre los dormidos se dibujaba un sendero que le daba una buena superficie para correr, tomar vuelo y brincar hacia los indios magnéticos. Sólo un escollo se interponía en el camino: Akk, que soñaba enrollado alrededor de su brazo izquierdo. Como no quería perder más cuadernos en el fuego, ahora, con un lapicero fino, tinta indeleble y letra pequeñísima, escribía en la piel de su brazo. Ya estaba llegando al bíceps. Cuando esa extremidad se le llenara continuaría los capítulos en las piernas, el vientre y, ¿por qué no?, mediante un espejo terminaría su novela en la espalda. La Rosita decidió hacerlo cómplice. Lo despertaría y, *abusus non tollit usum*, le pediría amablemente que con perspicacia y discreción le dejara la vía libre. Se arrodilló y sopló en sus párpados para separarlos. Las niñas,

brillantes, lo fijaron con intensidad de cobra.

–Soy yo. ¿Me reconoces?

Akk, furioso por haber sido extraído de la nube donde tocaba el arpa con su hermana Yía, siseó:

–¡Impostor, a mí no me vas a engañar con tus imitaciones de cantina!

–Mira, te voy a decir algo que sólo tú y yo sabemos. Fui el único que estaba contigo cuando le quitaste a Yía la bata de hospital para ponerle el traje de terciopelo con el que la ibas a enterrar. Al quedar desnuda vimos su triángulo amarillo, los pezones rosados y el ombligo en medialuna. Trataste de ocultar tu erección mostrando ostentosamente dos collares de lágrimas. Yo te hice un signo de afirmación con los hombros para que hicieras lo que el deseo y la pena te dictaban. Miré hacia otro lado mientras tú, con movimientos manuales frenéticos, buscabas la perla líquida. Al escuchar un gemido supe que estabas a punto de verterla. Por el rabillo vi cómo depositabas tu Verbo en el pecho desnudo de la muerta. Con una uña le diste forma de cruz. ¿Me crees ahora? ¡Soy La Rosita!

Akk se estremeció. ¡Ahora sí que había caído en la trampa! ¡El chaparro cincuentón le estaba hablando y no el judío! ¡No era una alucinación! Desde ahora todas las leyes podían ser transgredidas. Sintió una punzada: supo que ese dolor se lo causaba el primer brote de fe. ¡Qué pereza, qué trabajo, qué cansancio rehacer su mundo! Si el milagro existía, él, Akk, no existía. Sus concepciones caían del suelo firme a las nubes. La angustia le secó el paladar. Con voz pastosa rogó a La Rosita que desapareciera para que él pudiera seguir creyendo que los prodigios no acaecían. Al erudito le dio un ataque de risa.

–¿Sabes qué más, toni Lechuga? ¡No sólo no me voy a ir de este cuerpo, sino que le exprimiré el jugo! ¡Por fin tengo la oportunidad de ser bello! ¡Ya no debo disimular mi pasaporte de feo con el forro de la cultura! ¡Me dormí ñoqui y amanecí tallarín! ¡Qué fiesta!

Aprovechando el anonadamiento del novelista, le dobló las piernas, tomó vuelo, se lanzó hacia el otro lado del círculo y antes de llegar al límite, empleando la energía equina de esos músculos jóvenes, dio un salto con la intención de atravesar los cinco metros que lo separaban de los indios. Sonó una punzada. La Rosita había chocado contra una pared invisible para caer de espaldas entre los dormidos y regarlos con la sangre que le brotaba de la nariz. Se despertaron al mismo tiempo. No tuvieron tiempo de preguntar qué estaba pasando porque el erudito, histérico, olvidando que el apéndice nasal no le pertenecía, chillaba proclamando que estaban encerrados. Y para demostrarlo arrojaba hacia el exterior lo que le caía en las manos. ¡Los

objetos atravesaban sin dificultad el círculo! Ofendido por las risas, lanzó a la perra negra: ésta rebotó en el aire y cayó aullando entre los compañeros. Cesaron las burlas y comenzó el tanteo. Efectivamente, estaban dentro de un pozo invisible. No podían salir. A grandes voces despertaron a los araucanos.

Ruca y Totora, sin abandonar sus máscaras inexpresivas, explicaron que la Machi de la tribu les había enseñado a hacer la brujería pero no a deshacerla. Duraba seis horas. La barrera invisible los mantendría a salvo de alacranes, pájaros carniceros, pumas y demás. Mejor que continuaran durmiendo porque partirían al atardecer y el viaje sería muy duro... ¿Qué les quedaba por hacer? Resignarse y esperar que las paredes desaparecieran. Se acostaron otra vez. La Rosita, decepcionado, después de lanzar un collar de insultos en sánscrito, se entregó a Morfeo, con las rodillas dobladas y las nalgas salidas, esperando que por lo menos ese Dios le proporcionara un sueño pornográfico.

La nieve de la cordillera pareció disolverse en un segundo. Los riachos café con leche se volvieron cascadas cobrizas. Un torrente colosal invadió el desfiladero. Las olas arrastraban troncos, basura, cadáveres de pájaros y ratas. El tronar de las aguas, como de mil locomotoras, hizo despertar a los fugitivos. Un río turbulento, apretujándose contra las paredes invisibles, amenazaba anegarlos de un momento a otro. Las alas del cóndor parecían haber echado raíces en la plataforma rocosa y, en una forma que la razón no podía captar, recibían el impacto del líquido y lo desviaban permitiendo que el lugar quedara al margen de la furiosa embestida. Ruca y Totora, sin perder la calma, hablaron en araucano. El encanto aún no se disolvía: continuaban prisioneros. «¡Ahí voy!», gritó Totora. ¿Cómo? Las paredes mágicas no dejaban pasar organismos vivos, sólo objetos. Vieron al indígena acostarse de espaldas, levantar las piernas, enrollar el tronco, doblarse hacia atrás, pegar las rodillas a las orejas y expulsar el aire que tenía en los pulmones hasta que los ojos se le pusieron vidriosos. Ruca le dio un empujón y él, rodando, atravesó los límites y vino a detenerse en el centro del círculo que abrigaba a los compañeros. «¡Háganlo respirar!», gritó el mapuche. Ga, que había tomado cursos de auxilio urbano para estudiar la respiración boca a boca y aprovechar para chuparle la lengua a las alumnas, pegó sus labios a los del moreno.

Apenas despertó, el indio, con calma, organizó el escape. Por separado, nadie se podría salvar. Los muros, en una hora más, iban a desaparecer y entonces serían inundados. Tendrían que unirse. Las

alas de cóndor eran talismanes poderosos. Formarían un gusano. Ruca con el ala derecha sería la cabeza y Totora con la izquierda haría de cola. Los más fuertes protegerían a los débiles. Describió la situación con objetividad ofendiendo a los nombrados: había un cojo (Valdivia) y un manco (Alamiro Marciláñez). También dos ancianos (Hums y Nepomuceno Viñas). Una pareja madura con resistencia limitada (La Zagorra y Lebatón). Cuando examinó a la Gringa alzó los hombros y dijo con frialdad: «Un peso muerto». Demetrio explotó airado: él era flaco pero más nervioso que caballo árabe; con la ayuda de la perra podría mantener a flote una elefanta preñada. El araucano no insistió. Boli, Laurel, Akk, Ga, Zum, Estrella Díaz Barum y Tolín serían los más fuertes. Irían cerca de los otros, casi pegados. Las alas los convertirían en un solo verme. Si uno se hundía, los demás lo ayudarían a mantenerse a flote. No se lucharía contra el torrente para llegar a un sitio. Se le cabalgaría y obedecería. Él sabía hacia dónde estaba yendo. ¡Deberían desnudarse! Si guardaban una sola prenda, Cicavilo, Dios del mundo subterráneo, amo del diluvio, consideraría que eran extranjeros y los tragaría...

A regañadientes se despojaron de sus ropas. Cada piel que surgía de las telas era un estallido. Con aires de recién nacidos trataban de ocultar el rubor que les comenzaba en la frente y terminaba en la punta de los pies. Pero gordos, flacos, lechosos o contrahechos, la situación confería a sus cuerpos un halo sagrado. Cuando Zum comenzó a rezar, todos lo siguieron.

Ruca, preso en la figura geométrica, se preparó a dar el salto que lo llevaría hasta su ala de cóndor. El encanto estaba terminando y él tenía que pasar justo debajo de la inmensa ola que les caería encima. El torrente lanzaba bramidos. Sus aguas parecían alquitrán. Sesenta segundos, cuarenta, veinte, diez... Inmóviles, colocados en fila detrás de Totora, esperaban la zambullida... Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Akk, bruscamente, brincó hacia delante separándose del grupo y Estrella Díaz Barum hacia atrás. ¡CERO! El araucano pasó de un lado a otro y se apoderó de las plumas. La poetisa abrazó una columna de roca. El aluvión los tapó. Dejaron de respirar durante siglos sumergidos en un líquido tan frío que parecía cristalizarles los huesos. Sintieron la potencia brutal de las aguas. Un espíritu infinito, magnético, los revolcaba entre carcajadas y resuellos asesinos. Estaban indefensos. Nunca podrían escapar. Se irían disolviendo como panes de azúcar en un té de pesadilla... Salieron a flote. Alrededor de ellos, la superficie, plana, parecía aceite, pero un poco más lejos se convulsionaba, desaforada. ¡La leyenda de las alas de cóndor era cierta! Por centésima vez pasaron frente a la Barum que continuaba

chillando aferrada a su monolito. Las aguas formaban un remolino.

Akk, que en el último segundo había divisado un tronco flotante, saltó hacia su salvación personal. ¡Que no le vinieran con alitas de pajarraco! La vorágine los tragaría a todos, por confiados... Menos a él... Más vale tronco en mano que oruga ahogándose. Pero, mientras sus compañeros flotaban juntos como en aceite de oliva, el árbol, roído por las termitas, se fue disgregando. Quedó desamparado entre una plasta de hormigas muertas y granos de madera. Los borbollones lo cubrieron. «¡Auxilio, camaradas, todos para uno, por favor, perdóóón!» El abismo lo sorbía. Él, emperrado en vivir, sacaba a flote la cabeza, vomitaba el líquido sanguinolento, trataba de poner cara simpática y otra vez era chupado.

–¡Hay que rescatarlo! –dijo Totora–. A él y a la mujer de las tetas. Los que mataron al cóndor deben estar juntos. Si no, la magia no funciona.

Ga se convirtió en cachalote. Braceaba cubierto por placas de espuma. Trataba de no chocar contra la corriente para disminuir la furia del impacto. Se hacía liso, borraba las aristas de sus codos y rodillas, estiraba los brazos con las manos juntas frente a su nariz tratando de imitar el espadón de un escualo. Poco a poco, encontró caminos en el agua y por ellos, sin forzar, flotando en el vacío, llegó hasta Akk...

–¡Jala bien, aunque me borres la novela! ¡Ga, perdona mis deudas así como a ti te perdonan las tuyas! ¡Fui hombre de poca fe!

Ga estiró los dedos deshaciendo su puñetazo. Después de todo, ¿quién era él para juzgar? Descubrió que le tenía un gran cariño a Akk. Lo atrajo contra su pecho y con cuidados de madre lo guió por la trama de vados hasta que cayeron entre el grupo. Siguieron dando vueltas, más y más rápido. El embudo, inexorablemente, los iba tragando. Era indispensable que la poetisa se zambullera.

Alamiro Marciláñez no podía creerlo: ¡la incomparable Venus, su leona del cielo, estaba allí, tiritando aferrada a la piedra, mientras él, que se había desprendido de garfios y manos artificiales, era capaz de bracear avanzando a muñonazos!

El miedo era más fuerte que la Barum y la despojaba de sus máscaras marciales. Nadie podría obligarla a lanzarse al remolino. El grupo cayó en una onda que se ensanchó hasta las orillas. Marciláñez, cuando la ocasión fue propicia, saltó hacia la columna dejando que el torrente se llevara a sus camaradas. Miró a la poetisa y sin hacer caso de sus pucheros, apuntando hacia el abismo, ordenó:

–¡Ahora mismo se zambulle conmigo o le atizo!

Convertida en corderita le echó los brazos al cuello

estrangulándolo entre las tetas.

–No puedo...

La cachetada sonó como disparo. A la Barum se le arrasaron los ojos de lágrimas y de agua porque de un sopetón su amante la arrastró al hervidero bermejo. Se aferró al muñón y pataleó con tanto pánico que en menos de nada alcanzaron al gusano. Ya estaban todos juntos. Corroborando a los araucanos, el embudo se deshizo y pronto estuvieron en el lomo de la descomunal corriente, dejándose llevar, ensordecidos por el fragor. ¿Hacia dónde? ¿Hasta cuándo?

En el cuartel de carabineros los pacos corrían como hormigas, de un lado a otro, imitando una actividad frenética para contentar al Popeyito. El capitán, al borde del colapso, esperaba que terminaran de parchar por centésima vez una de las llantas del camión. Las avionetas presidenciales estaban por llegar y ellos aún no salían hacia el terreno polvoriento llamado «Aeropuerto Municipal». Uno corrió a poner un rollo de papel lijoso en el rincón inmundo donde estaba el «inodoro». Un segundo cambió la cinta de la máquina de escribir en la que cada vez que debían redactar «Hemos recibido las órdenes...» se tecleaba «Ya conocimos lo mandado...» porque faltaba la tecla de la letra E. Tres otros pacos, firmes, codo a codo, cantaron con engolamiento:

–Una veeez naaada máááás se entreeega el aaalmaaa
con la duuulce y totaaal reeenunciaaacióóón...

Las patadas que les propinó Popeyito decidido a hacerles entregar esa alma no fueron recibidas con la dulce y total renunciación cacareada: sobándose las posaderas y esta vez con energía genuina, no hija del deber sino de los botazos, la depositaron frente a la rueda y ayudando al mecánico dejaron al camión en estado de partir.

–¡Carabineros, fusil al hombro y ruedas en polvorosa! El que no ha desaguado y obrado, se jode. Hay que tratar bien a los gringos pero sin humillarse. Que nadie les pida un dólar de regalo so pretexto de que le gusta el águila que esgrime relámpagos en la pata. ¡Somos militares, pacos de mierda, y no mendigos! Tampoco nos van a acomplejar con sus perros feroces. Si de animales se trata, yo hubiera podido utilizar el Atril. ¿Y por qué no? ¡Alto la máquina! Novalenada 3, baje, corra al cuartel y traiga a mi quiltro...

El camión se había agitado entre nubarrones y pedotes, pero cuando la gasolina quemada se esfumó vieron que aún no habían salido del patio. El motor demoraba veinte minutos en calentarse. El paco regresó: la mascota, presa de entusiasmo incontrolado, se le enredaba en las piernas haciéndolo tropezar. Saltó al camión y lamió

uno por uno a los uniformados hasta caer ladrando de placer en los brazos de Popeyito. Daba tales coletazos que su cariño se convertía en tortura. El capitán le propinó un coscorrón, vociferando:

–¡Calma, perro pendejo!

El Atril lamió el puño cruel y a manera de disculpa orinó la bota derecha de Popeyito. Éste, con cara de santo, aceptó el gesto. ¿Qué hacer? Le había tomado cariño a esa bestia. Es más, era la primera vez que le tomaba cariño a alguien. Un día, entre risas y asombro, en la letrina de su antigua comisaría, en Santiago, cruzaron dos perros extraviados. El macho era un bóxer y la hembra, una chihuahua. Ella salió del coito medio muerta. No por piedad sino por curiosidad –tenía ganas de ver el producto de tan increíble cruza–, la curó y guardó hasta el parto, día en que murió echando el Atril al mundo. El cachorro sólo tenía tres patas: dos traseras y una delantera, justo en medio del pecho. A donde iba provocaba asombro. Conservó ese monstruo por exhibicionismo hasta que, poco a poco, se fue dando cuenta de que lo quería tanto que ya no podía desprenderse de él. El Atril se convirtió en el mejor rastreador de la región. Todo lo olía a kilómetros de distancia y quién sabe qué instinto lo hacía ir derecho hasta la presa. Popeyito no se atrevía a decir que el Atril era telépata, pero lo pensaba. Y puesto que ahora el Gobierno dejaba de lado orgullos necios y pedía ayuda a perros extranjeros, él podía muy bien presentarse con su quiltro.

Las avionetas llegaron al mismo tiempo que el camión. Bajaron los gringos. Popeyito les presentó a sus hombres. Nadie pareció verlos. Jalando a los perrazos, se instalaron en el camión, patiabiertos, chupando botellones de whisky. Él y sus subordinados tuvieron que apretujarse en la cabina. Un sheriff le punzó el hombro. «¿Carne fresca, amigo?» «*Yes*!» Por carecer de fondos, se habían visto obligados a matar a Margarita, la yegua del carro de la basura, para tener listos los bistecs de los canes privilegiados. Cuando los gringos entraron al cuartel en busca de la carne, tuvo que correr a patadas a sus pacos que en cuatro patas rastreaban las botellas tiradas en el piso del camión para lamer la últimas gotas de licor.

La lluvia arreciaba calando los huesos. El lodazal ingería los restos de El Arenal y las cenizas del circo. Multitud de vecinos guarecidos bajo sacos de papas oraban mirando el esqueleto renegrido del toni Piripipí que aún permanecía equilibrado sobre su cráneo. Manos piadosas habían plantado un toldo. Los restos, a salvo del aguacero, recibían ofrendas florales y veladoras. Las llamitas se hacinaban lanzando resplandores tímidos alrededor de ese eje sereno.

Seguidos por los pacos, los americanos apartaron a la concurrencia y dejaron que la jauría se precipitara hacia el muerto. En un par de segundos lo olieron, zamarrearon, pisotearon, redujeron a polvo y con las narices entintadas mendigaron una alabanza de sus amos. A Popeyito las tripas se le hicieron nudo. Si esa gente que tan poco tenía encontraba un santo que venerar, era mejor dejarla tranquila. Los pobres bajaron la vista, doblaron el lomo y mudos regresaron a las poblaciones. Pero él sabía que la procesión iba por dentro y que esos gringos indelicados habían cometido un sacrilegio. ¡Perros tontos! Ahora iban a seguir la pista que comenzaba en el payaso quemado y que sólo conducía a esas dos pobres mujeres... La Emi y la Ema. Para eso un solo sabueso bastaba. ¿Es que no se daban cuenta de que llovía a chuzos? Las huellas eran sepultadas por el barro y no existían objetos personales que indicaran a la jauría qué olor perseguir. Pero, con una pata de menos, el Atril los sacaría del paso.

Impertérrito –estaba acostumbrado a las burlas–, le dio el mando a su can. Éste husmeó, dio una vuelta alrededor de la pista, partió corriendo con ese extraño ritmo que a él le correspondía, se detuvo, apoyado en los cuartos traseros, hundió en el lodo las garras de la pata delantera y escarbó hasta desenterrar la cabeza de un sapo de porcelana. ¡Comenzaba la gran cacería! Los animales gringos estallaron en ladridos, enloquecieron y, guiados por su quiltro, emprendieron una carrera desaforada hacia las poblaciones callampas. No llegaron muy lejos: salió a cortarles el paso una muchedumbre de harapientos enarbolando palos, piedras, hondas, trozos de cadena y varas de acero. El portavoz de esa turbamulta era un anciano paralítico al que empujaban montado en un caballo de madera con ruedas, probablemente robado de un tiovivo. Con voz de jorobado, espetó una frase que, por la manera maquinal con que unió las palabras, parecía aprendida de memoria:

–¡Los-latifundistas-no-pasarán-No-entregaremos-las-tierrasAquí-vinimos-para-quedarnos-Lucharemos-hasta-el-fin!

Los gringos mascullaron en inglés y de sus chaquetas de cuero sacaron pistolas y granadas. Popeyito tomó en brazos al Atril, no fuera que una bala perdida... Tartamudeó:

–Miren, amigos, no tenemos intención de dañarlos. Un grupo de payasos conspiradores ha ofendido al Excelentísimo Señor Presidente Don Gegé Vihuela.

Y con voz gangosa se puso a recitar el poema de Neruña:

–Por los valles y por la cordillera
Por la paz del océano azulado
Por el pan que huele a Primavera

Y por el campo de flores bordado...
¡Con la voz de Chile y una nueva fe
El pueblo lo llama san Gegé!

Nadie estalló en aplausos como lo esperaba el carabinero. Adoptando un tono solemne que contrastaba con su rubor, les dijo:

–Sean patriotas: en nombre de nuestro mandatario les pido paso libre...

El paralítico cambió de estilo. Ahora pronunció claramente sus frases:

–Oiga, mi cabo, ¿de qué patriotismo me habla? Yo lo veo lamiéndole el trasero a esos gringos. No se haga el tonto porque se ve que lo usan de trapeador. Dígales que sus perritos no nos impresionan...

Popeyito se puso más verde que el uniforme ante tamaña afrenta, sobre todo porque era verdad. Su orgullo viril respingó. ¿Qué creían esos hocicones? ¿Que él no era capaz de encararse a los extranjeros? ¿Acaso no sabían que él con su quiltro podía más que todos ellos juntos?

–¡Miren, macacos, si algo traen entre manos, escúpanlo que yo también me crié en una población callampa y conozco la cueca! ¿Cuánto piden?

Una sonrisa iluminó los rostros.

–Oiga, mi coronel...

–Después que me bajaron no me suban. Pónganme nomás en mi sitio. Capitán, si gustan...

–Oiga, mi capitán: estos caballeros deben traer dólares. Nosotros queremos apostar algunos pesos. Esos ladradores deben ser muy buenos para traerlos de tan lejos. Les proponemos que los echen a pelear contra nuestros animalitos...

La multitud se abrió y colocaron junto al paralítico unas cajas de latón donde, cuando más, cabría un gato, nunca un perro, a menos que fuera enano.

Como habían enviado un dogo en pos de Emi y Ema, les quedaban nueve. Esos deshilachados se las habían arreglado para contarlos porque eran nueve las cajas que exhibían. La jauría aullaba a más y mejor.

Popeyito, dando la apuesta por ganada, explicó a los agentes norteamericanos el ridículo desafío, en un inglés que sólo fue comprendido por uno que hablaba español. Los gringos miraron las cajas y el fajo de billetes que el anciano agitaba haciendo uso de las elegantes curvas que la parálisis le proporcionaba. Sacaron sus dólares y, carcajeando, los pusieron junto con los pesos dentro de un

sombrero.

¡Griterío! ¡Movilización! En un santiamén, con planchas de madera podrida, piedras y cartones, improvisaron una cancha. Los gringos quitaron los arneses a sus fieras y dejaron que entraran al reducto. Los cesantes pidieron aclarar algo. Habló el vocero:

–Hemos dicho que opondríamos a los perros nuestros «animales». No nuestros «canes». No, señores, no lo son. ¡Son ratas! Como no tenemos capital para criar gallos hemos creado una raza de roedores de pelea.

Y con precauciones enormes soltaron a las nueve campeonas.

Para disimular su tamaño las habían acordeonado en las cajas. Cuando se estiraron y sacudieron sus cerdas, cada una se hizo tan grande como tres gatos. Sus incisivos eran largos y brillantes con filo de navajas; las colas, duras y gruesas como cables de acero, batían el barro dejando surcos profundos entre restallidos atronadores y sus ojillos juntos brillaban dando a sus caras una expresión tan cruel que heló el ladrido en la boca de los perros. Al primer resoplido de las ratas, los dogos retrocedieron hacia sus amos. Pero bastó una retahíla de insultos en inglés para que se lanzaran mostrando sus colmillos leoninos hacia el enemigo.

Los roedores, esquivando la embestida, comenzaron a dar saltos de un metro y medio de alto. Chillaban hiriendo los tímpanos de los espectadores, abrían las patas en cruz durante el brinco, caían sobre las costillas caninas y con la velocidad del rayo laceraban los flancos dibujando estrías sangrientas.

La escaramuza duró unos minutos que dejaron a los sabuesos chorreando púrpura. Un silbatazo lanzado por uno de los rotos hizo que los roedores se replegaran, lomo a lomo, en una esquina, dando tiempo al adversario de reponerse y descargar su furia en aullidos incontrolados y ensordecedores. Otro silbatazo desplegó a las nueve campeonas y las hizo avanzar, con el vientre pegado al suelo, reptando, hacia los desconcertados perros. Marchaban tan comprimidas contra el barro que parecían formar parte de él, casi planas, resbalosas. Por más que los canes trataron de hincarles los colmillos no pudieron encontrar por donde asirlas. Las ratas, con disimulo, milímetro a milímetro, se deslizaron hasta quedar bajo sus vientres. Entonces brincaron, girando en el aire, para caer aferradas en las panzas y abrirse paso a dentelladas por las carnes blandas hacia el laberinto de las tripas... Los perros, por más que se revolcaron, no pudieron desprenderse de las ratas que en un periquete les habían rajado el abdomen y vaciado las vísceras.

¡Catástrofe! Popeyito casi se desmayó imaginando la furia del

señor presidente. Tendría que mandar a buscar más perros. O mejor leones. Las ratas estaban muy fuertes. Y la pelea había sido uno contra uno. Le dieron escalofríos. Si esos rotos comenzaban a criar ejércitos ratoniles la cosa se iba a poner color de hormiga. ¡Mejor no pensarlo! Dejó que los gringos, con el rabo entre las piernas, regresaran a Talcahuano. Y ahora que estaba él solo con cuatro pacos frente a la multitud –que entre vivas y cuecas celebraba el fajo de dólares– decidió encararse con ellos de chileno a chileno.

–Miren, rotos huevones, ya se salieron con la suya. Esa plata significa muchos litros. Refresquen sus gargantas y guarden las ratas tramposas. Recuerden que la autoridad está para que se la respete. Abran cancha y déjenme pasar con mis cabos.

Los cesantes vieron que Popeyito no tenía miedo. El paco estaba dispuesto a dejarse descuartizar. Le habían metido en el coco «Cumplirás con tu deber» y de allí ni Cristo podía sacarlo. En cambio sus cuatro ayudantes mostraban hileras de dientes que no podían pasar por sonrisas porque emitían un castañeteo continuo.

–Vamos, teniente...

–No me baje.

–Capitán, te proponemos...

–Sin tuteo.

–Bueno, capitán, le proponemos un trato: la autoridad tiene que darse a respetar, si no ¿qué? Usted ya vio que los perrazos extranjeros eran puro cuento. Ahora le toca al producto nacional, cual debe ser. ¿O trae su perro de adorno como dama rica? ¡Échelo a pelear como los otros! sin apuestas... Por nada... Para ver quién puede más. Si ustedes los altivos o nosotros los humildes...

Allí estaban, por centenares, con elementos primitivos pero armados. Si lo veían tener miedo, seguro que lo harían papilla. Acarició la cabeza de su quiltro. Pobrecito. Todo el tiempo lo había mantenido oculto contra su pecho, quizás presintiendo lo que tenía que suceder... ¡Hagamos de tripas corazón y convirtamos los calzones en faja!

–¿Quién dijo miedo? ¡O vivir con honor o morir con gloria! ¡Traigan esa rata cochina! ¡No habrá quien diga que de la copa no bebimos! Es más, aquí tengo escondido, en el calcetín, un billete de cinco pesos. No es mucho, pero es todo lo que cargo. ¡Va de apuesta!

Y presa de un entusiasmo desesperado arrancó los rifles y las gorras de sus pacos y él mismo puso su pistola y botas en el montón:

–También se juegan nuestras armas justas, las gorras dignas y las botas que nos han llevado por el camino del deber. ¡Y no les muestro buena cara, porque no hay mal tiempo! ¡Ya nos anda por comenzar!

¡Aquí está mi ladrador, venga esa chillona!

La furia de Popeyito, genuina, le ganó el respeto de la población. Con sacos de papas cazaron a las nueve ratas que ya habían devorado un cuarto de perro cada una y las encerraron en sus cajas. Limpiaron la cancha. El capitán colocó al Atril en medio del espacio vacío. Los haraposos se apretujaron para ver el fenómeno. El animal agitó la cola, dio lengüetazos al aire, carreritas y gemidos enviando vibraciones cálidas a su amo. Éste, tragándose la tristeza, vio llegar a un dúo que acarreaba en una camilla una caja más grande que las otras. De adentro surgía el ruido de furibundos arañazos. Depositaron la urna en un rincón de la pista y con un gancho, desde fuera, abrieron la tapa. Esperaron en medio de un silencio religioso. El Atril, al parecer sin darse cuenta del peligro, seguía haciendo monerías a su dueño. Asomó una cabezota de rata. De su hocico caían hilos de baba. Traía los ojillos inyectados en sangre. Si las otras nueve daban miedo, ésta producía horror. Era el Mal universal encarnado en una masa gris, de pesadilla. Las mujeres se pusieron las manos en la cara para mirar por entre las rendijas que dejaban sus dedos. El roedor sacudió el lomo, bajó lentamente hasta llegar al barro, rascó el suelo, lanzó un chillido ululante y se lanzó en embestida mortal. El Atril, que jugueteaba de un lado para otro, dio un salto hacia atrás, cayó sobre los cuartos traseros, levantó la pata huérfana hacia el cielo y se quedó inmóvil, como poste, sin animalidad: era un pedazo de piedra o de madera. La rata frenó desconcertada. ¡Había saltado contra un enemigo y de pronto no lo veía! Olió, escarbó. Distinguió un objeto en la pista. Se acercó a él...

Popeye, alelado, vio cómo la asesina trepaba por el lomo de su quiltro inmóvil, se detenía en la cabeza, acezaba frotando sus incisivos de navaja, buscaba desde esa altura una presencia enemiga y descendía, decepcionada, por el pecho del Atril como si éste fuera un tronco de árbol...

De pronto el perro bajó la pata con velocidad de garrotazo y le partió el cráneo a la infame. Arrastró de la cola a la rata muerta hasta depositarla frente a su amo.

Popeyito, conteniendo sollozos de orgullo, volvió a ponerse las botas mientras los pacos recogían sus pertenencias. Recobró sus cinco pesos y, sin felicitar al quiltro para que todos creyeran que estaba acostumbrado a tales triunfos, de un leve puntapié le indicó que siguiera la pista de los payasos fugitivos. La muchedumbre les abrió camino. Desaparecieron rumbo al Valle de la Luna.

Las aguas turbulentas los habían cubierto de una espuma cobriza.

A pesar de que el encanto de las alas de cóndor los mantenía a flote, no por eso dejaban de sentir el zarandeo. Pasaban con velocidad vertiginosa a milímetros de rocas que los apuntaban como yataganes. Olas gigantescas los elevaban hasta las cimas para hundirlos en precipicios ensordecedores. Las burbujas se les metían por la nariz cada vez que respiraban. Totora reveló que esa efervescencia era una droga poderosa. No debían preocuparse: Cicavilo los iba a llevar fuera del Tiempo.

–¡Párale, perro tonto! ¡Ven acá, inmediat...! ¡Puta madre!

Popeyito dio un mal paso y cayó de boca sobre un huevo de piedra. El Atril, eufórico para variar, seguía la pista de los fugitivos en el desfiladero montañoso, después del Valle de la Luna. Con sus tres patas podía muy bien saltar de punta en punta, pero al amo y sus cuatro subordinados se les hacía difícil seguirlo. ¡Lluvia concha de su madre! Chorreaba y chorreaba anegándolo todo, disolviendo la costra de tierra que cubría los peñascos en lenguas de baba oscura. Atril le dio en el magullón un lengüetazo que casi le voló la nariz. ¡Quiltro idiota! Hizo como que le daba un fuerte puñetazo en las costillas disimulando el débil impacto de tan aparatoso golpe con una tos para que sus carabineros no lo fueran a tomar por un débil, pero el simplón tomó el castigo como lo que era, una caricia, y sintiéndose autorizado, se le echó encima estallando en ladridos de amor. Los cuatro pacos creyeron entonces que podían soltar la admiración que traían acumulada desde la pelea con la rata y entre hip hurras y risotadas le proporcionaron al animal un masaje a ocho manos. Popeyito dudó por un momento: o disolvía el malón a patadas o haría la vista gorda. Ya el perro había ubicado la pista definitiva y era seguro que por ese desfiladero tendrían que caminar días antes de salir a un valle donde encontrar posada. Mejor soltar la rienda ahora para poderla jalar más tarde. Pensaba avanzar a salto redoblado, deteniéndose a dormir dos horas cada veinticuatro. Se había propuesto atrapar a sus presas antes de que el Gobierno le mandara otra vez una jauría extranjera. «¡Bueno, jetones, párenle ya!» «¡De frente, saaalten!»... Y despegándose del Atril los obligó a avanzar. El perro, ladrando entusiasmado, corrió hacia las cumbres. Desapareció en un recodo. ¡Silencio! Como si una tijera le hubiera cortado de cuajo la lengua. Regresó con la cola entre las piernas. Se colocó junto a Popeyito, sentado sobre el trasero, elevó la pata delantera y se hizo tronco... «¿Qué está...», Popeyito no alcanzó a gritar «...pasando?» porque oyó un redoble de pezuñas batiendo como disparos de revólver las puntas de las rocas.

Entre una polvareda de fragmentos calcáreos apareció un chivo del tamaño de un caballo percherón. ¡Santa María, patrona de los ejércitos, no nos desampares! Su pelambrera cubierta de barro, sus cuernos renegridos tallados en acero, su frente de granito, sus resoplidos cavernosos y sobre todo su mirada tuerta llena de odio, daban ganas de mear de puro miedo. Habían invadido sus dominios y ahora, azuzado por las gotas de lluvia, insidiosas como alfileres, venía a expulsar a los atrevidos. Popeyito quiso gritar con voz serena «¡Sálvese quien pueda!», pero le salieron tres gallos y como lo tenía casi encima, aconsejado por el pánico, levantó el brazo izquierdo con la mano en cucharilla, las cinco yemas juntas, para imitar una pata de perro, se encuclilló junto al pétreo Atril y cayó en catalepsia. El chivo dejó de verlo y embistió al Novalenada 1 que a panzadas y costillazos trataba de encontrar una cueva donde guarecerse. Lo corneó hasta que dentro del uniforme sólo quedó una papilla donde nadie hubiera podido reconocer un hueso.

El Atril, aprovechando la distracción del macho cabrío, bajó la pata y comenzó a trepar por un estrecho sendero. Popeyito dejó de ser estatua y agarrado de la cola del quiltro lo siguió hacia las cumbres. Los Novalenadas 2, 3 y 4, saltando como pulgas entre las piedras del desfiladero, se alejaron rumbo al cuartel.

El chivo lanzó un bramido que apagó el del diluvio y corrió desaforado, ahogándose en su propia cólera, hacia Popeyito y Atril. Sus pezuñas parecían ventosas. Volaba de una arista a otra sin que nada lo pudiera atajar.

Amo y can llegaron a una cornisa. Al mismo tiempo se sentaron sobre las nalgas y elevaron pata y brazo hacia el cielo. El cornudo se detuvo: sus víctimas habían desaparecido. Frente a él se extendía un mundo petrificado... Con un violento ancazo cambió de dirección y descendió buscando otras víctimas. Popeyito y Atril continuaron su huida.

Cuando el carabinero llegó a la cima, no vio más que montañas. ¿A dónde podrían huir? Ese chivo desgraciado los seguiría hasta el fin del mundo. Y él no podía pasar la vida entera convertido en leño. ¿Y si le rezara a san Gegé? Juntó las manos y de rodillas recitó el poema de Juan Neruña. El chivo lanzó una mirada asesina hacia el tronco declamador. Popeyito eructó y cayó en catalepsia, decidido a terminar de perchero para buitres antes que de albóndiga... Pero el Atril bajó la pata y escarbó febrilmente bajo una piedra mediana para empujarla en dirección de un peñasco que hacía equilibrios al borde del abismo. El macho rascó el suelo, resopló y emprendió el ataque. El peñasco, al recibir el impacto de la piedra enviada por el can, cayó sobre otras

rocas desequilibradas que se sumaron en derrumbe. Pronto una avalancha detuvo a la bestia y la hizo retroceder buscando una grieta donde refugiarse. La cordillera comenzó a temblar. Se desprendió toda la falda del cerro. El chivo quedó sepultado bajo toneladas de granito.

Popeyito quiso gritar de alegría pero lo que vio lo dejó mudo. La avalancha, llenando parte del desfiladero, había formado un dique y las aguas que chorreaban sin cesar desde las crestas inaccesibles se acumulaban convirtiendo el corredor en lago, luego en río caudaloso y por fin en torrente incontenible. ¿Y ahora...? ¿Cómo iba a cumplir las órdenes del Excelentísimo Señor Presidente? Ese aluvión gigante, en poco tiempo, alcanzaría a los fugitivos, ahogándolos. ¿Y él, con qué cara podría presentarse ante sus superiores? Tenía que rescatar los cadáveres, por lo menos un dedo, un pedazo de algo, una huella. Miró a un lado y a otro, como si en esa desolación alguien pudiera espiarlo, se persignó, abrazó al Atril, le dio un beso en el hocico, lo acarició como desde hacía mucho ansiaba hacerlo y, sosteniéndolo bajo su axila izquierda, saltó hacia un tronco flotante. Cayó a horcajadas en el madero. Se fueron dando tumbos en la vertiginosa corriente. Él y Atril aullaban. Su perro, de entusiasmo; él, del dolor que le proporcionaban sus testículos aplastados.

Sintieron que la mandíbula inferior, el pecho y el vientre se les adormecían. Creyeron que poco a poco Cicavilo se los iba a llevar al mundo subterráneo. ¡No fue así! Iban nadando entre las crestas, unos junto a otros, y de repente, ¡rayo!, ya no eran cuerpos, no tenían referencias. Un desencadenamiento. Un huracán cósmico. Color, forma, locura, rapidez. Ni pasado ni futuro. Una creación continua. Arrastrados a velocidad infernal por un laberinto de toboganes. Millones de imágenes por segundo. Ninguna diferencia entre interior y exterior. Se convertían en bandas aplastadas de luz multicolor, música de la que ellos eran notas, espirales, gritos, estallidos. Rostros en el camino, parciales, fugitivos, inaccesibles. Impalpables proyecciones de la conciencia. Veían no por los ojos, sino directamente dentro, objetos que se transformaban en delirio. Sin identidad, aspiraban a salir a otro mundo. Presos eternamente, a velocidad arrolladora, por planos que los comprimían. Sin base. Sin espacio. Mentes reventando en efluvios, fulgores, volutas gigantescas, ruedas universales que los arrastraban hacia otras formas. No lograban retroceder. ¿Volver a dónde? Ninguna posibilidad: existían sin fin, sin comienzo, inacabablemente, identificados a nada, un infinito que no podía cesar, en la incapacidad total de dirigir lo que

fuera, solos a perpetuidad.

El torrente, eyectado por el desfiladero como un arco poderoso, cayó en el desierto para ser chupado por la arena. El suelo, con una sed milenaria, bebió insaciable hasta la última gota. El polvo, convertido en pantano amarillento, arrojó con temblores de orgasmo un mar de hierba. Sin saber cómo, allí estaban todos, de pie, desnudos, cubiertos por una capa de barro rojo en un campo de viviente esmeralda.

Ruca y Totora, después de enterrar las alas del cóndor, se revolcaban en el césped celebrando el viaje como si hubiera sido un inmenso chiste. Luego indicaron el próximo camino. Delante del oasis se extendían kilómetros y kilómetros de valle estéril. Tendrían que marchar descalzos bajo un sol ardiente dos días antes de encontrar un pueblo, el que cruzarían de noche, y luego otro día más entre montes, por senderos espinosos, para llegar por fin a la Reducción.

Con suspiros melancólicos abandonaron el verde y emprendieron la caminata. Tenían hambre, estaban cansados, les dolía cada coyuntura y el barro seco se les agrietaba en la piel produciéndoles una picazón que soportaban sólo porque la película roja les servía de traje. Laurel, a pesar de su recia musculatura, avanzaba amodorrado. Se durmió un segundo, luego abrió los ojos, ya no vidriosos, sino brillantes, cambió sus pasos anémicos por grandes zancadas y cantó un himno alemán. Viendo la sorpresa del grupo, pidió excusas por tal impertinente melodía atribuyéndola a un reflejo condicionado. ¡Qué fiesta era usar otra vez un par de piernas sanas, morder el aire con todos los dientes y agitar hacia el cielo una melena vigorosa! *Donnerwetter, Gott sei Dank*!

Los Compañeros de la Papa Florida abrieron la boca idiotizados. ¡La voz de Laurel Goldberg había cambiado y no era ni La Rosita ni La Cabra! Akk se desmayó.

–¡Ja, camaradas, soy Von Hammer! ¡Aquí me tienen otra vez!

Y dando unos trancos germanos que creía sacrificados para siempre, Von Hammer contó cómo y por qué había sido fusilado en el campo de concentración para presos políticos de Pisagua.

XII. ¡Clac clacac clac clacacac!

«Cada vez me acerco más a mi nombre: Avanzo delimitando áreas inútiles. Sabiendo con certeza dónde no está, me acercó a él por sucesivas pérdidas.»

La Gringa, en el café Iris

–Apúrate, Pili, llevo dos horas esperando.

–Recuerde perrito choco...

–¿Choco?

–Los mapuches llaman así a los canes que tienen la cola cortada. ¿Sabe cómo?

–¿Cómo?

–De un mordisco. Para que no olviden que tienen amo. Recuerde perrito choco que prometió obediencia en los asuntos íntimos...

–Pero, Pili, hay ministros, sacerdotes, generales, un ejército esperándonos... ¡A pleno sol!

–Que esperen... Así sabrán dónde está el poder... No se inquiete, Rintintín. Unas lentejuelas más y mi ropa interior quedará terminada. Mientras, le voy a poner el collar y la cadena para sacarlo a dar un paseo por el cuarto.

–¡Ah, no! Oriné en las cuatro esquinas y ya hice dos lulos. ¿Qué más quieres?

–No se quedó pegado...

–¿Cómo? A mí no se me hincha dentro. Es imposible...

–Malo. No me quiere complacer...

–Bueno, bueno, no llores. Te prometo que la próxima vez me tendrás que sacar a tirones...

–O desinflarlo derramando una botella de champaña helada.

–Si me resfrío no podré leer el proyecto de devaluación de la moneda en el Senado.

–¿Ve como no me quiere complacer? ¡Malo!

–*Okey*, lo haremos. Pero mañana. Hoy estoy agotado...

–Todavía tiene voz. Ladre «Jingle bell» como el perro del circo…

El presidente arremangó las piernas de su frac para no hacerles

rodilleras y, en posición supina, con el mentón hacia la lámpara de lágrimas, entonó la canción de navidad con guaus entrecortados mientras Pili, desnuda en la cama, se masturbaba brutalmente.

Sonó el teléfono. Una mucama pidió permiso para traer las prendas de la Primera Dama. Gegé le ordenó que esperara, sin colgar escondió el audífono bajo la almohada, esperó impaciente quince minutos, escuchó los bramidos y palabras soeces del orgasmo y entonces respondió:

–¡Traiga la ropa inmediatamente, rota de porquería! ¿Por qué se demoró tanto?

Pili había insistido en llevar, bajo su escueto traje sastre, calzón, sostén y liguero cubiertos con lentejuelas de oro. Además, en la región del sexo, un óvalo de perlas ribeteado de plumas rosadas.

–Pensando en lo que llevo debajo de la falda me estaré viniendo todo el tiempo...

Ya se habían llevado a seis milicos, en camilla. Si no terminaban pronto, la insolación sería colectiva o los delfindrilos, vueltos locos, los devorarían: estaban mojándolos constantemente para mantenerlos en calma. Las bestias, a pesar de obedecer a sus amos –tres por ejemplar–, mostraban inquietantes filas de colmillos dando dentelladas al aire que hubieran podido partir en dos a un roble. Por primera vez el ejército norteamericano ensayaba su cruza de delfín y caimán. Gegé Vihuela y Pili, orgullosos, pasarían revista dando la bienvenida al arma secreta... Mientras se acercaban a sus sofocados ministros y generales que los observaban con sonrisas de sardina en lata, chorreando sudor, el Excelentísimo iba imaginando lo que él injertaría si le dieran el secreto biológico. Salió de sus ensueños pornográficos al ver al cardenal Barata: un vejete enjuto con cejas más largas que la nariz, boca arrugada en pico de diuca, dedos porráceos y marcha a pasos cortos impulsado por un ano comprimido. ¡Brrr! ¡Vivir en semejante cuerpo seco, qué horror! Para ese espectro todo era pecado. Tendría que andar con pisadas de mono sobre cola de tigre dormido. La alianza con la curia romana lo incrustaba en el sillón tapizado de rojo, pero cuidado... ¡Un vejestorio así era capaz de excomulgar la samba! Sería bueno untarle el rosario con cocaína. ¡Je, je! ¡Hasta cancán bailaría...! «Pero miren cómo me bendice con su garra: la cruz es tan pequeña, por avaricia de movimientos, que me hace creer que encogí en la bañadera...»

El Excelentísimo Señor Presidente saludó al emblema Nacional, al poder civil, militar y eclesiástico –al besar el anillo del Cardenal le subió una arcada por el olor a nalga que emanaba de la piedra violeta:

«Seguro que después de visitar la casa donde tanto se puja, nunca se lava las manos»–, a los huéspedes americanos y a sus delfindrilos que apagaban el orfeón con rugidos –carcajadas de potencia electrónica.

Seguido por el Estado Mayor procedió a pasar revista. Ese momento debía adquirir un significado solemne. Los payasos fugitivos eran el chivo expiatorio ideal: después de que se los había tratado como hermanos, después de haberse embadurnado con ellos de pastel, expresando así su amor al circo, su alma de niño, su accesibilidad y su humildad dentro de la grandeza, ellos, tonis inspiradores de la campaña «Los payasos con Vihuela», innobles y traidores, quemaron su propio capitel echándole la culpa al Gobierno, agredieron a las fuerzas armadas asesinando a carabineros y perros policías para aliarse al enemigo público número uno, el asqueroso vomitador de versos Juan Neruña, y hacerse agentes de la infiltración roja, agitadores emboscados y espías de Yugoslavia... ¿Qué tal? ¡Pastelazos a mí! ¡Ahora sí que van a saber lo que es bueno! Con la opinión pública de mi lado los haré buscar por cielo, mar y tierra. Chile entero, representado ejemplarmente por ese batallón, correrá a salvar al capitán a quien sus subordinados llaman, con cariño, Popeyito. Como un solo hombre acudirán al rescate del valiente, extraviado en las áridas faldas de la inclemente cordillera, quizás raptado, malherido, militar fiel, con el cinturón apretado a tres agujeros más de lo necesario para nunca flaquear, presto a sacrificar la vida en aras del deber, víctima de la conspiración internacional estalinista. ¡Héroe Nacional! ¡El Pueblo lo llama San Popey...! ¡Mmm...! Se nos está pasando la importante mano. No exageremos. Si lo hago demasiado popular puede comerme el mandado. ¡Para Santo sólo San Gegé! Mejor bajarlo de héroe nacional a digno soldado... Eso es: «¡Dignidad es Patria!». Encontré la fórmula... ¡Bravo!

Pili, sin gota de pintura, pelo estirado, moño, zapatos blancos y cara de asceta, acompañaba a Gegé, dando a cada soldado una sonrisa casta.

El orfeón atacó «Con flores a María» en ritmo de marcha. El cardenal Barata cayó en éxtasis y, generoso, alargó tres centímetros sus dos gestos en forma de cruz. El patio del Palacio Presidencial estaba convertido en horno a juzgar por los rostros violetas del cortejo. ¿Era para tanto el calor? Gegé, con disimulo, como si buscara algo en el bolsillo interior, se metió los dedos debajo de la axila. No. Transpiraba normalmente. ¡Esos huevones exageraban! Claro, acostumbrados a pasarla sentados estampando timbres, un simple paseo al sol los agotaba. «¡Aguanten, cabrones! ¡No nos vamos a saltar ni un uniformado!» Les envió una sonrisa. Raro: tenían las

venas de las sienes hinchadas. No osaban mirarlo en los ojos, pero movían las cejas como banderas de señales. ¿Qué estaban tratando de decirle? El secretario del ministro de Economía hizo como que tenía un tic en el cuello para indicarle un sitio con la nariz. Siguió la línea. Justo detrás de los talones de Pili relumbraba un objeto. ¡Zacapenca! ¡El calzón de lentejuelas de oro, pendiendo de un impúdico cordón de seda negra, la seguía como perro faldero! Ella no se había dado cuenta de nada y muy monja saludaba a los soldados. Como si una piedra lo molestara dio un par de zapatazos para insinuar a algún cretino general que pusiera la bota sobre tan íntimo adminículo y cortara el cordón. El ministro de Salubridad comprendió, por suerte, y so pretexto de dar un manotazo a un mosquito del que él mismo había imitado el zumbido, cayó con ambos pies sobre el calzón. La presidenta siguió avanzando en plena inconciencia. La trenza negra no se quiso cortar y arrastró a la luz no sólo el liguero, sino también el sostén que, por cachondería, había sido unido a las pantaletas mediante una faja de encajes. El ministro de Salubridad azotó de panza en el suelo donde siguió persiguiendo a su mosquito imaginario. Esta vez Pili sintió el tirón, miró hacia atrás, consideró que la situación no tenía remedio, asió el brazo de su insigne marido y continuó revisando las tropas:

–Esto te pasa por apurarme: traía las prendas apenas hilvanadas...

Gegé miró con ojos desencajados a sus acólitos. El cardenal Barata siseó:

–Un delfindrilo, huevones...

Fueron necesarios diez minutos para que el ministro de Defensa corriera hacia los gringos, les explicara, volviera a la comitiva y continuara marchando detrás del calzón que, para colmo de males, lucía en el forro una mancha sospechosa. Luego los acontecimientos se precipitaron: un injerto, arrastrando a sus tres guardianes, saltó sobre el cortejo presidencial. Mientras las autoridades corrían a guarecerse y el presidente, temblando, abrazaba a su consorte para impedir que se moviera, el pez saurio devoró las prendas enjoyadas, quebró a cinco soldados de un coletazo y por fin, calmado por los domadores, regresó a su sitio. El séquito se rehízo y continuaron la inspección, como si nada.

–Rintintín, se me está escurriendo su esperma. Me va a chorrear por las piernas...

–No me llames Rintintín en público, pendeja. ¿O quieres que aquí también me ponga a hacer un lulo?

Siguieron caminando. Un viento huracanado llegó de la cordillera y jugó con el casimir de seda del traje azul. La falda se elevó hasta el

cuello de Pili mostrando a los acongojados reclutas una melena pubiana tallada en forma de corazón y teñida de naranja fluorescente. Se acongojaban con razón: el batallón entero fue enviado al campo de concentración de Pisagua, «en misión especial», hasta el fin del período presidencial. A los periodistas se les confiscaron los negativos amenazándolos de muerte si publicaban una alusión a tan lamentable accidente.

Yo no sé qué me hizo el maquillaje de Piripipí. Se pegó a mi cara, me la cambió; mejor dicho, la borró. De pronto olvidé y fui un recién nacido. Miré con angustia hacia mi derecha, hacia mi izquierda y pedí auxilio a Emi y Ema. Juro que en esos momentos no sabía hacer nada, no era nada, una forma, un traje vacío, una máscara sin cabeza... Me dieron los discos de cobre. Los tenía que lanzar a la bandeja de madera respetando el orden numérico y el ritmo que daban las guitarras: el vals surgía, como siempre. La flaca y la gorda me insinuaron que éramos servidores de esas monedas.

Muy pronto, el perro nos ubicó. Estábamos a la sombra de un eucalipto. Apareció un camión arrojando nubes de polvo ocre. Se detuvo junto a nosotros. Bajaron tres pacos ocres. Después saltó un americano y su sabueso, impecables, lustrosos. Desenfundó un pistolón gris. Los colmillos del can eran amarillos, mas yo sospeché que si no hacíamos algo, rápidamente se iban a poner rojos. Emi interpuso una guitarra entre él y nosotros, pero el animal, iracundo, la partió de un mordisco. Me quité el cuello duro, mostré mi yugular invitándolo al tarascón –a ver si así dejaba tranquilas a las viejas– y, seguro de mi muerte, me puse a murmurar la melodía. Parece que mis manos, automáticamente, sacaron las monedas y las fueron estrellando en la bandeja. El perro cesó de ladrar, sacó la lengua, arrastró el vientre, gimió y vino a frotar su flanco contra mis pantorrillas. Emi y Ema soltaron alegres graznidos e hicieron danzar sus ombligos. Al tejano le dio tal furia que les descerrajó un tiro en el vientre. Los esperpentos, con profundo desprecio, introdujeron sus dedos en las heridas para extraer las balas y arrojarlas a los pies del policía. La sangre cesó de manar y los labios encarnados se cerraron sin dejar cicatriz.

–No puedes tocarnos, porque no puedes comprendernos. Eres un hombre sin paisaje, no vales nada. Hasta tu propio perro te ladra...

Seducido por la música, el dogo lo amenazó. El americano exhaló un *How*? y pidió a gritos que le devolvieran su animal tratando de darse un balazo en el estómago para ver si también podía resistirlo, en medio de los pacos que lo calmaban con el único remedio que

conocían: macanazos.

En el cuartel le dieron al gringo los primeros auxilios y a mí me enviaron a un calabozo. Emi y Ema fueron arrojadas a la calle. Por más que me lavaron la cara con agua y jabón, alcohol, glicerina, lejía, desmanchador, no pudieron quitarme el maquillaje. Los que me tomaron las huellas digitales se dieron cuenta de que las líneas de mis yemas se movían constantemente, cambiando de dibujo, como un mar de nubes... De la cárcel fui a dar al campo para presos políticos de Pisagua. Me encontré sepultado en la arena, comiendo frijoles podridos y bebiendo agua salobre llena de pulgones rosados.

De pronto oí las voces de Emi y Ema. Tocaban la guitarra ocultas en las dunas. Saqué las monedas y, fiel al ritmo que venía de la pampa, las fui dejando caer. No me las habían quitado, porque para los milicos sólo eran tapas de gaseosas aplanadas a martillazos. Al oír la melodía, presos y guardianes se invitaron a bailar. Con una mano seguí produciendo la música, con la otra abrí la caja oval y comencé a maquillarlos hasta que se hizo de noche. Las grasas de color eran inagotables. Cuando terminé, cuatrocientos Piripipíes, con la cara tatuada para siempre, danzaban bajo la luna. Ordené: «¡Desnúdense, payasos!», y se desvistieron.

Dejé de tocar al alba. Cesó el baile. ¡Estalló el caos! Algunos desesperados que proclamaban ser jefes se raspaban la cara con arena. Aproveché la confusión para abrir las puertas del campo y tratar de reunirme con las viejas. Mi fuga fue interrumpida por un batallón que llegaba de Santiago. Venían rabiosos y no cesaban de bramar contra Gegé Vihuela y su gamberra disfrazada de monja. Me llevaron de regreso a la prisión, desde donde venían alaridos, querellas y voces de tonis borrachos.

Encuerados, cuatrocientos energúmenos se declaraban milicos haciendo toda clase de saludos. Nadie tenía cara ni huellas digitales. El capitán del batallón cortó por lo sano:

–Ningún soldado de la patria es un payaso de mierda. Aquí se quedan todos presos, acusados de motín. ¡Y al primero que reclame le parto el alma!

En cuanto a mí, decidieron fusilarme por delito de fuga. El jefe del pelotón accedió a que me desvistiera. Empaqueté el traje de payaso con las monedas y el maquillaje, y los lancé sobre las alambradas hacia el desierto. Sabía que Emi y Ema lo recogerían. Apoyé las palmas y el cráneo en el suelo y elevé las piernas. Las balas me atravesaron parado de cabeza.

Dando una sacudida furiosa me desprendí del cuerpo. Tuve la impresión de salir de una larga enfermedad. Estalló un huracán de

energía. Me lancé a través de esas vastas ondas en movimiento constante. Comprendí que mis huellas digitales habían reproducido las corrientes de la Unidad por donde ahora yo andaba errando. La vibración más ínfima, sucediendo en el ambiente que era mi Ser, me entregaba los detalles de su origen y al momento yo actuaba en la dirección precisa. No había separación entre la acción del Cosmos y la reacción mía. Acción y reacción eran simultáneas, con una clarividencia inmediata de la causa y sus efectos. Para actuar, comunicaba al conjunto o a la fracción un impulso de mi ser entero. Tenía conciencia de mi unidad sin poder decir si estaba en el centro o en la superficie, en el todo o en las partes. En cada átomo irradiaba yo mismo, completo, con igual intensidad...

Pude haberme quedado en esa esfera pero, de pronto, transportado por un ladrido de perra en forma de ¡SÍ!, llegó el recuerdo de ustedes y supe que debía regresar.

Descendí. Me invadió un malestar general. En la oscuridad se agitaban miríadas de puntos fosforescentes. Fui tragado por la materia. Acepté el sufrimiento de sumergirme en lo denso, dejé que el caparazón se cerrara y abrí los ojos. Quise hablar en español y me surgió un entusiasta *Danke*... Ja, compadres, soy Von Hammer. ¡Aquí me tienen otra vez!

Akk dio tres palmadas aplaudiendo displicentemente. No podía negar que era el alemán quien hablaba y no Laurel Goldberg. El mundo de los muertos existía y era posible entrar y salir de los cuerpos... Lo que convertía al organismo humano en una especie de hotel sórdido, taxi nocturno que podía embarcar cualquier pasajero... ¡Modestia, camaradas! ¡Vámonos haciendo pequeños y hollemos el suelo con nostalgia, porque de tan insignificantes ni polvo somos, y no en él sino en nada nos convertiremos!

Y como si acariciara con sus plantas la materia más preciosa del mundo, Akk continuó caminando sobre ese valle reseco y candente. ¡Dos días de marcha! Se les ampollarían los pies. No traían agua. La lluvia había cesado y, a menos que comieran cardos, les esperaban cuarenta y ocho horas de ayuno o más si no lograban robar algo en la aldea que debían atravesar.

Demetrio propuso que Ga les escupiera en la boca, porque el gordo estaba tan alcohólico que su saliva bastaría para emborracharlos. El afectado les mostró una lengua cubierta de sarro.

Zum sugirió convertir la marcha forzada en rezo: avanzarían repitiendo de tres en tres pasos «Soy-de-ti», «Ten-piedadde mí»... Puesto que se trataba de convertir la mortificación en iniciación,

Hums opinó que sería bueno agregar a la plegaria peripatética la acción de arrojar hacia delante una piedra pesada, lo más lejos posible, y al llegar al adoquín, recogerlo otra vez y así sucesivamente, los ciento y pico de kilómetros.

Cuando las dos ideas fueron aceptadas y todos se pusieron a lanzar y alzar sus pedrejones, mascullando la oración a cada paso, Hums se dio cuenta de que llevaba las manos ocupadas con sus dos huevos de cóndor. ¿Confiaría en los araucanos dándoselos a guardar? No, esos primitivos lo primero que harían sería abrirles agujerillos para chuparlos... Pero ¿cuán duros eran? Se arrodilló y lanzó uno a tres centímetros. No se quebró. Lo arrojó a diez centímetros, a un metro, a cuatro. Constató con regocijo que eran sólidos como rocas. Bien... Podía avanzar rezando y enviando hacia el horizonte esos dos cuerpos que venían a revelar al grupo que las piedras estériles impulsadas a lo lejos eran huevos fecundos.

El capitán y su perro iban pegados como ventosas al tronco que giraba y hendía los remolinos sumergiéndolos en el líquido cobrizo. Entraron en una masa de espuma. Las burbujas se les metían por la nariz, les llegaban hasta los pulmones, haciéndolos toser. Al cabo de un rato, el escozor desapareció y, cosa extraña, les dio placer respirar esas pompas.

Popeyito sentía el aire vuelto terciopelo. La bóveda esponjosa dejaba pasar una luz tenue y sus pupilas le transmitían imágenes de caleidoscopio. Su corazón se puso a saltar, henchido de una alegría que nunca había sentido. Cada latido se hacía campanazo de catedral. Salieron de la espuma y apareció el espacio infinito... Miró el agua y no le pareció furiosa. ¿Furiosa? Popeyito ahora estaba acezando con la lengua fuera, gozando del instante eterno, aferrado con sus tres patas a la corteza del tronco. Reconoció la cara del militar que lo miraba con ojos vidriosos: era su propio rostro... Antes de ser sumergido por la oleada de amor que le brotó del vientre, apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que se había convertido en el Atril.

¡Qué felicidad tener cola! El torrente, los acantilados, los pájaros lejanos, los rincones de tierra oscura, todas las formas le enviaban su embriagante olor. Pero el aroma más exquisito venía de ese regalo inmenso, suma de toda maravilla: ¡el cuerpo del Amo! Permaneció ante él, adorándolo, hasta el fin de la eternidad. ¿Para qué necesitaba más?

Poco a poco Popeyito volvió a su osamenta. ¿La espuma le había dado fiebre? Atril lo miraba y remiraba y ahora comprendía lo que esos ojos le querían ofrecer. Tuvo vergüenza. Le dio un ataque de risa.

¡Ja, ja, ja, qué dolor! Él era una caricatura y su perro, un verdadero ser.

Medianoche. Cuatro cadillacs negros llegaron al viejo caserón. Venían atascados de guardaespaldas. El único que no estaba armado era Gegé Vihuela. A un kilómetro de distancia, dos coches de policía y una grúa desviaban el tránsito nocturno. El presidente no quería que la sesión fuera enturbiada por ruidos de motor... ¡Luna llena! Doña Violeta de la Santa Cruz lo citó formalmente. En esa fecha y a esa hora los dientes responderían a cualquier pregunta. La milagrosa mujer, cuando tenía quince años, despertó a ochenta kilómetros del sitio donde se había acostado, la trastienda de una tabaquería que compartía con un par de ancianos que la engendraron a los setenta y cinco años. ¿Cómo llegó a esa casona abandonada de Melipilla? ¿Sonámbula? Nunca lo supo. Nadie quería habitar allí porque el caserón estaba embrujado. Violeta oyó una voz: «Cava, madrecita...». Removió la tierra del jardín lleno de zarzas: encontró la momia de un niño. Al alzarlo, el pequeño cadáver se le pegó al vientre y nunca más pudo desprenderse de él. Fue encontrada vagando desnuda con su macabro paquete. La devolvieron a su familia. Violeta dejó de comer y se privó de la luz del día para siempre. En ciertas épocas del año, las mandíbulas de la momia se ponían a crujir. La niña fue descifrando esos ruidos y descubrió que eran un lenguaje. Pasaron los años. A la muerte de sus padres comenzó a recibir clientes que venían a consultar sobre enfermedades, robos, problemas sentimentales. Cuando Gegé la conoció, ella llevaba treinta años sin probar bocado. Ciega, vivía sola en una pieza vacía, junto a una gran cruz hecha de cuatro maderas distintas. Las predicciones y consejos que tradujo de los sonidos óseos fueron tan decisivos para el presidente que éste obedeció el pedido que le hizo el santo feto: compró la casona de Melipilla y la obsequió a la anciana. Le puso un par de cuidadores y se adjudicó la exclusividad. Sólo él tenía derecho a consultar. Doña Violeta le indicaba las escasas épocas del año en que los dientes peroraban. ¡Y esa noche era cuándo! ¡Juan Neruña, estás fregado! ¡Dondequiera que te escondas no escaparás a la mirada de la momia!

La pieza oscura olía a incienso.

–No le tengas miedo a esta pobre vieja, pasa, hijo mío...

Avanzó a tientas.

–Enciende una vela.

Un ruido de maderitas lo guió hacia la caja de cerillos que le ofrecía la médium... ¿Por qué siempre que se encerraba con ella temblaba de pies a cabeza, él, Vihuela, el mandatario que podía

eliminar de un plumazo a quien se le diera la gana? La llama tímida le mostró a la anciana con su vientre hinchado cubierto por una sábana. Estaba junto a la cruz de palma, ciprés, olivo y cedro. Dejó caer el trapo que la cubría. Gegé, con los cabellos erizados como una corona de púas negras, vio el cuerpo arrugado del vejestorio sosteniendo el feto. En los labios resecos pegados a la calavera se dibujaba una sonrisa. Las cuencas no estaban vacías: unos ojillos de gato lo miraban. ¿Eran de verdad o de vidrio? No lo supo, porque desde ese momento comenzó a ver nublado.

–Este niño merece encontrar una buena sepultura... ¡Arráncamelo, Gegé!

Y el presidente, sin voluntad, se arremangó el frac, asió los restos que palpitaban calientes y jaló transpirando a chorros mientras la santa gemía dando enormes pujidos. Cayó sentado con el cuerpecillo entre los brazos. Doña Violeta de la Santa Cruz abrió las piernas y mostró una cavidad con labios que estiraba y abría como si fueran de caucho.

–Mete sus talones aquí y empuja, sepulturero...

Gegé colocó los pies de la momia entre las bembas del sexo, que de tan estiradas le llegaban a la vieja hasta más arriba del ombligo. No necesitó hacer esfuerzos. El niño fue chupado. Sólo quedaron fuera las mandíbulas, que se pusieron a castañetear.

–¿Ves? ¡Está agradecido! Te habla. Apresúrate. Interroga y responderá. Pero debes ser preciso. Si no es clara tu pregunta, no obtendrás respuesta...

El presidente tenía una necesidad enorme de lavarse las manos y alisarse el pelo.

–Hermanito, responde por favor. ¿Dónde está oculto el poeta Juan Neruña?

Las mandíbulas amarillentas entrechocaron sus dientes. Clac clacac clac clacacac... La anciana, con voz cavernosa, tradujo:

–Para responder necesito que describas el cuerpo y la cara del poeta Juan Neruña, exactamente, sin equivocarte...

¡Cha, cha, cha, tengamos cuidado! La última vez hizo mal una pregunta y la calavera lo envió a la próxima luna llena. Momia cabrona, ¿por quién se estaba tomando? ¡Que no viniera a faltarle el respeto! ¡Caprichos a él, narices! ¡Si no le contestaba, esa misma noche los pondría de patitas en la calle! Además ya estaba cansado de tanta cochinada... Vieja sucia, miren que meterse en el... Bueno, bueno, no forcemos las cosas. Pleguémonos diplomáticamente una vez más, la última, a sus deseos... De que tiene poderes, los tiene. Cuando nos advirtió del atentado a la dinamita en la mina de

Chuquicamata, le hicimos caso y enviamos a un doble. La explosión transformó al doble en múltiple... Decidió apurarse porque el asco le revolvía las tripas. ¿El cuerpo de Juan Neruña? ¡Fácil! Lo conocía años: gordo, seboso, culiforme, papadezco... ¿Seguro? Exactamente, sin equivocarse, no podría afirmar que el poeta era gordo porque jamás lo vio desnudo. Siempre andaba envuelto en capas, ponchos, impermeables, enormes chalecos de lana gruesa. Lo cierto es que él estaba tan preocupado de su propia apariencia que nunca había observado con detención a su jefe de propaganda. ¿Para qué? Le bastaban su voz y sus poemas demagógicos. El resto olía a intelectual, es decir, a calzoncillo azumado. Era mejor hablarle con la nariz dirigida al punto contrario de donde estaba parado. Además, Neruña, por imitar a Plotino, no dejaba que lo fotografiaran. Se había dado a la Poesía, quería ser él la Poesía y la Poesía no tenía cuerpo humano. Por eso llegaba a las sesiones del Senado con la cara envuelta en la famosa bufanda de lana de vicuña, tejida por una india... En fin, la verdad es que no tenía la menor idea de cómo era el bribón... ¿Y ahora qué le digo a este feto? ¿Confesarle mi distracción? ¡Nunca! Me perderá el respeto. ¡Conservemos la dignidad!

–Ejem... Es alto, delgado, nariz grande, casi calvo, con tres mechones parados en forma de tridente...

Y el presidente fue describiendo, detalle por detalle, a Nepomuceno Viñas, a quien, por el pastelazo, tenía fresco en la memoria. Mientras hablaba se dio cuenta de que Neruña, prófugo, sin silueta ni papeles, con el pasaporte anulado y borrado de los registros civiles, no existía. Que para el pueblo igual daba castigar al vejete insolente que al invisible desterrado. ¡Pero, claro, ahí estaba la solución y la posibilidad de levantar en alto su frente: enviaría a pegar el retrato de Nepomuceno Viñas diciendo que era Juan Neruña! ¡Ese justo ridículo pagaría por el pecador informe! ¡Juan Neruña, te han usurpado el trono, estás condenado al anonimato! ¡Ya te tengo!

Crac cracac crac crac cracacac cacacac, crac... El castañeteo traducido por la pitonisa describió exactamente lo que él sabía: iba rumbo al sur, a unos cientos de kilómetros de Talcahuano, acompañado de un grupo de aventureros. Silencio. Otro mensaje... crac... crac...

–Juan Neruña hará de su caída una ascensión escribiendo un nuevo poema: ¡«Canto al Minero»! ¡Esta obra unirá a los obreros contra ti y, gracias a ella, te derrocarán! ¡Vienen siete vacas flacas, faraón!

–¡Ya me cansaste, feto inmundo! ¡A mí no me faraonea nadie!

No pudo seguir insultando porque la vulva, con un inquietante

¡fluc!, se tragó las mandíbulas del niño. La vieja lanzó un grito de orgasmo escandaloso y quedó babeando. La vela empezó a consumirse como si mil diablos la azuzaran y pronto dejó el cuarto en la oscuridad. Gegé Vihuela, a tientas, trató inútilmente de encontrar la puerta. ¡Marranada de marranadas! ¡Ahora sí que lo había colmado! Llamó a gritos. En un segundo, veinte matones con linternas y ametralladoras invadieron el cuarto.

–¡Quemen la casa, con vieja, con momia, con cruz, con todo!

Bastó regarlo con un balde de gasolina para que el caserón se convirtiera en un ramo de lenguas de fuego. El excelentísimo, mientras el cadillac volaba hacia el palacio presidencial, telefoneó a sus ministros. Antes de que cantaran los gallos quería la foto de Nepomuceno Viñas en el cartel que acusaba a Neruña de traición a la patria. Y apenas los gallos terminaran de cantar exigía que los letreros estuvieran pegados en cada muro del país...

Sed, hambre, calor, fatiga, modorra, soy de ti, ten piedad de mí, transportar la vida por el valle de la muerte. Tolín estaba soñando. Tenía los pies hinchados. Su boca se había convertido en piedra y su lengua, vendada como momia de Egipto, yacía inmóvil dentro de una vaina de sal en forma de sarcófago. La gran abeja le metió la trompa entre los labios para dispararle un chorro de miel hirviente. Brilló una fogata. Bajaron mil ángeles del cielo, con túnicas amarillas, ensartados en una espada, para ser asados. Un huracán los dispersó, chamuscados y sin plumas. Un cadáver le golpeó la cara y él mordió, masticó, tragó esa carne tierna, dulce, frágil como de canario... ¿Canario? ¿Estoy comiéndome un canario? ¿Asado? ¡Es una pesadilla! No soy de piedra... Puedo abrir los ojos...

Y Tolín logró despertar. El polvo y las legañas le impidieron separar los párpados. Mientras se frotaba los ojos sintió la boca llena... ¡de carne! ¡Estaba despierto y seguía masticando algo frágil, dulce, tierno! ¡Nooo!

Todos dormían menos Ga, que, encuclillado frente a una hoguera junto a un tapiz de plumas amarillas, asaba una brocheta. En un gesto de desesperación, porque se había quedado mudo, Tolín escarbó en su boca. Sacó los dedos manchados de rojo y salpicados de una pasta blanda... ¡Mientras dormía, el monstruo le había dado de beber sangre de sus pobres canarios! ¡No podía haberlos asesinado a todos! ¡Eran mil! ¡Dos mil! ¡Muchísimos! ¿Dónde estaban los demás? Al fin le salió un rugido y dando un salto de fiera atrapó al gordo por el cuello, tratando de estrangularlo.

Ante tal escándalo todos saltaron de sus mínimas sombras

logradas amontonando piedras y cactus. Ga preparaba dieciocho brochetas de cinco canarios cada una. En total, noventa víctimas. Tolín yacía impotente bajo la rodilla derecha de la mole, aullando, balbuceando, gimiendo, insultando al desgraciado, caníbal, inhumano, traidor, vientre con patas, inmundo, asesino asqueroso. Éste, inmutable, terminó su tarea, miró con satisfacción al grupo, ofreció en una hoja de maguey un buen litro de sangre y empezó a devorar su porción dando chupetones golosos... Zum sacó su voz más inocente y proclamó con la boca invadida de saliva:

–Un antiguo proverbio dice: «Si cometes un pecado, por lo menos gózalo». Nuestro compañero ha agredido, evidentemente, el corazón misericordioso de Tolín. Pero ya que el pecado *consummatum est* cenemos estos suculentos pajarracos que por el color dorado y el tufo... mmm... están a punto...

El río que anegaba su boca apenas lo dejaba hablar. Aceptó su porción y con suspiros de jesuita masticó hasta el último huesito. Sin preocuparse de los pataleos de Tolín, los demás siguieron el ejemplo. Repartieron la sangre a cuatro sorbos por cabeza. Ga, cuando terminó el banquete, soltó al músico. Éste salió disparado dando chiflidos y emitiendo gorgoritos. Ni un canario asomó sus plumas. Desaparecidos, quizás para siempre. ¿Y cómo no? ¡Él, que era el hogar, la jaula sin puertas; él, Tolín, había comido la carne de sus protegidos! Extendió los brazos en cruz y se quedó quieto. Permanecería allí aunque el sol lo resecara, hasta que, pasado el pánico, otra vez lo usaran de percha.

–Salga de ahí, compañero, mire que le va a dar una insolación y tendremos que cargarlo en camilla. Cosa que nos va a demorar. Usted sabe que nos urge llegar a la Reducción para no perder el pellejo.

Lebatón trató de convencerlo. Imposible. Tolín se plantó bajo los rayos calcinantes. A razones no lo moverían en un siglo.

–En nombre del grupo no te pido, muchacho, sino que te ordeno que nos sigas. No es éste el momento para caer en sentimentalismos. Amarra esos pantalones que no tienes y hazle frente al toro. Contaré tres para que obedezcas: uno, dos, dos y medio, dos tres cuartos...

La Zagorra podría haber contado hasta dos cinco octavos ocho milésimos y nueve millonésimos, que Tolín no se hubiera movido. Ga, de pronto, le dio tal empujón que le hizo clavar la pera en el polvo y comenzó a propinarle patadas que por la dimensión de sus pies parecían dobles. El grupo entero tuvo que caer sobre él para sacarlo de encima del violinista que exhalaba sollozos de niño.

–¡Cretino, deja en paz a esos canarios! No son la almohada de tu diván. Ya viajaron, ya tomaron el aire, ya volaron sobre el torrente, ya

endurecieron sus alas, ya aprendieron a cazar gusanos, a comer las pepillas silvestres, a hundir sus picos en los hormigueros. Permanecían contigo sólo por lástima: se habían convertido en aves de presa, capaces de tragar tripas de cóndor, en tanto que tú insistías en ser la princesa separada del mundo por una concha de plumas. ¡Sí señor, maté noventa de ellos para liberar al resto! ¡Perdiste el escudo, acostúmbrate a vivir en el rebaño! ¡Puedes!

Tolín, después de la pateadura, no sabía qué hacer... Apareció la bandada de canarios formando el dibujo de un cuerpo humano. Dieron tres vueltas alrededor del grupo y poco a poco fueron cambiando hasta convertirse en un inmenso canario... Los millares de cuerpecitos amarillos, como dirigidos por una sola conciencia, animaban la creación colectiva haciéndole abrir las alas y agitarlas de arriba abajo, trinando todos al mismo tiempo. Cruzaron el cielo en línea recta hasta desaparecer en el horizonte. Tolín comprendió: ya no lo necesitaban como amo. Pronto la cordillera estaría poblada por millones de canarios salvajes... Tanto mejor... Los pájaros traerían frutos y los frutos flores y las flores hojas y las hojas ramas y las ramas troncos y los troncos raíces y las raíces tierra fértil cuajada de semillas... Se abalanzó al maguey, deglutió la sangre coagulada y devoró su ración.

Popeyito pensó que navegaban en la última gota de la cola del torrente. Apenas el arco de millones de litros cobrizos se precipitó con ellos en el valle, terminó la cascada y se encontraron en medio de un vasto jardín plagado de violetas gigantes. El aroma purificaba el aire a kilómetros a la redonda y el color de los pétalos, atravesado por los rayos solares, se desparramaba en una exquisita sombra purpurina. El Atril corría de un lado para otro, revolcándose en la hierba, husmeando bálsamos, ladrando con amistad hacia las flores, danzando entre una nube de abejas y mariposas. Como estallidos de luz trinaban entre las ramas miles de canarios... El capitán recordó sus sensaciones de perro. Le dieron ganas de seguir al Atril, rodar por el pasto, beber rocío, corretear, quedarse allí para siempre. Había vivido con un tapón en la nariz. Nunca supo que todo tenía aroma, que los olores al mezclarse hacían dibujos en el aire, que existían fuerzas magnéticas, corrientes subterráneas, tentáculos amorosos y transparentes. Las piedras emitían voces, el canto de las aves era idioma, todo formaba un coro que iba cambiando con las horas... ¡Gracias, don Atril, por la enseñanza: vale más ser perro que carabinero! Y Popeyito olvidó, confundiendo el verde de sus pantalones con el del jardín, por qué y para qué había llegado hasta

allí. En sana paz iba a entregarse a una siesta de millones y millones de años...

De pronto, el Atril dio un gemido lastimero, levantó la pata delantera y se hizo de piedra. ¡No era posible! ¿Qué peligro podía amenazarlos en tan benigno vergel?

Del cielo bajó un ruido ensordecedor. Trece helicópteros ocultaron la luz del sol. ¡Demasiado tarde para correr a esconderse! Se encuclilló, levantó un brazo, trató de parar su corazón, dejar de pensar, hacerse árbol. ¡Imposible! Dentro de él, el antiguo milico, ceñudo, agitaba un índice acusador recordándole el juramento a la bandera. En el escudo del país estaba escrito: «¡Por la razón o la fuerza!». La razón era el fajo de billetes; la fuerza, la macana; y él, una partícula del guante de fierro, sostén del orden, puntal de las instituciones. Si todos los carabineros se dejaran seducir por sus canes, adónde iría a parar la patria… ¡Recuerda las lecciones de tu hermano mayor, el finado capitán Cepeda; él te enseñó a pensar a botazos, no olvides la tradición! ¿Tradición? ¿Cuál? ¿La de treparse a una escalera sin saber por qué y lanzarse al vacío para reventar como chinche? ¡Calla el hocico, desgraciado! ¡No resistas! Te levantas... Agitas la mano... Despiertas a tu quiltro de un puntapié... Das saltos y gritas «¡Aquíií!»... Bien, «¡Socorrooo!»... Bien... Ponte las botas... Bieeen... Otra vez eres tú, paco de la caramba... ¿Te reconoces? ¡Me reconozco!

Y las máquinas aterrizaron destrozando el lago de violetas. El perdido había sido encontrado y junto con él, la pista de los prófugos. Los armatostes estaban llenos de soldados. En cajas especiales, una por helicóptero, venían los trece delfindrilos. Multitudes de milicos lo abrazaron alzándolo en vilo al grito de «¡Dignidad es Patria!»... Bajaron tanques de riego para mantener húmedas a las bestias. Éstas removían sus colas, entrechocaban cuatro hileras de colmillos y rugían mezclando a sus sonidos eléctricos palabrejas en inglés, igual a loros. Ya nadie necesitaba a Popeyito y al Atril. Los delfindrilos arrastraban a sus treinta y nueve domadores rumbo al valle desierto, en pos de los fugitivos. Mediante bastones eléctricos los gringos controlaron la velocidad de las bestias y, seguidos por el ejército, emprendieron la cacería.

Atrás del grupo, con el Atril junto a sus piernas, acostado sobre una camilla rodante empujado en calidad de trofeo por dos enfermeros, Popeyito hacía esfuerzos titánicos para salirse de su mente y entrar otra vez en la del perro.

XIII. ¡La patria se llama Juan!

«El que corre con la zorra es perseguido por la jauría...»
Aventuras en el Oeste, Walt Disney

«¿Tú quieres o tú eres eso?»
Canto de la Machi

Al atardecer, cuando estaban en el límite del valle reseco, a un kilómetro de la mina El Guanaco y su aldea al pie de la cordillera, se puso a llover. Una cortina oscura que separaba como un tajo la tierra estéril de las faldas carboníferas. La costra floja se les fue disolviendo y pronto, en la penumbra de una noche recién nacida, brilló la piel de sus cuerpos desnudos. Salieron del aguacero y entraron en un sendero bordeado de cerros de hulla. Al dar vuelta a un recodo vieron la aldea no a oscuras como esperaban, sino iluminada por fogatas y ríos de antorchas. ¡Nadie parecía dormir! Algunos Compañeros de la Papa Florida intentaron correr a buscar hojas aunque no fueran de higuera, pero una exclamación seca de la Zagorra los detuvo en pleno impulso...

–No tenemos nada que ocultar. Así nos echó Dios al mundo. Si algo nos queda de respetable, lo respetarán.

Boli de inmediato se colocó junto a ella y por supuesto Lebatón y, para no ser menos, la Barum acompañada por Marciláñez, y Ga abriendo los brazotes en cruz y Hums que no pudo dejar de arreglarse las cejas y también Zum y todos los demás. Por primera vez Akk acarició a la perra negra y, cuando la tuvo contenta, la tomó en brazos, lo suficientemente baja para que, por pura casualidad, le tapara la pelvis.

Nepomuceno Viñas tenía la boca llena de disculpas, pero no las convertía en palabras porque le estaba prohibido darlas. ¡Qué desgracia; miren lo que había causado su vanidad! ¡Escarnio y muerte para todos! Su espíritu mediocre sólo podía crear torpeza. En el terreno de las letras ni para vendedor de periódicos servía. El único

papel digno de su pluma era el de letrina. Sí, que le cortaran las manos y la lengua y también los pies, no fuera que se sintiera tentado de escribir con ellos. O bien, quedarse de minero en esa mina... Quizás del carbón que extraería hicieran lápices para que poetas realmente dignos del sacro idioma estamparan sus elegías... ¡Eso! Se disolvería en el pueblo. Volvería al anonimato del que, en verdad, nunca había salido.

Ahí estaban los obreros con sus familias elevando teas encendidas, seis mil almas bajo un mar de fuego que se extendía de la aldea a la mina. Apartándose, dejaron pasar a los visitantes mirando impávidos esa desnudez que se hacía lechosa en la atmósfera ennegrecida por el polvo de carbón... El camino conducía hasta un cementerio de trozos de carne humana. Cientos de montones que llevaban un nombre escrito con ortografía dudosa en un pedazo de tabla. Por su uniformidad, parecía que los despojos habían sido repartidos mediante una balanza para que cada familia tuviera porciones del mismo peso. En la mudez y la inmovilidad se concentraba un odio inmenso. Nepomuceno Viñas interpretó las miradas profundas como de lujuria e incapaz de contenerse avanzó hacia la Zagorra para ocultarla gritando «¡Bastaaa!»... Seis mil voces contestaron al unísono «¡Bastaaaaaaa!» con furia asesina. Un muchacho se aproximó a Viñas. Lo miró con ojos de más en más abiertos, fue a un muro, desgajó un papel y recorrió las filas agitando la hoja. Pronto todos los mineros supieron la noticia. Uno de ellos, que estaba en primera fila, se desnudó. Otro hizo lo mismo y luego un conjunto de jóvenes, mujeres, niños y ancianos. Se desnudó el pueblo entero. Una voz emergió con tal intensidad que el grito resonó de cerro en cerro:

–¡Viva Juan Neruña!

–¡¡¡Vivaaa!!! –respondió el torrente de voces. El muchacho, orgulloso, exhibió su cartel ante el grupo de poetas: allí estaba el retrato de Nepomuceno Viñas sobre letras que ponían precio a su cabeza, declarándolo ser el traidor a la patria Juan Neruña. Firmaban Gegé Vihuela, el cardenal Barata, ministros, jefes del Ejército y la Policía.

Un minero recio, seguido por dos hombres tan consumidos que carecían de edad, se acercó al asombrado Viñas, lo abrazó con lágrimas en los ojos y alzando la voz hasta llegar al grito declaró:

–Hermano, poeta, camarada...

–¡¡¡Hermano!!! ¡¡¡Poeta!!! ¡¡¡Camarada!!! –repitieron seis mil voces.

–En esta hora dolorosa, en nombre de mi aldea, agradezco que hayas arriesgado tu vida, más preciosa que la nuestra porque eres la

voz del pueblo...

–¡¡¡La voz del pueblo, Juan Neruña!!!

–...para venir a consolarnos, ayudarnos, darnos fuerzas, prestarnos tu canto. Desnudo como la verdad has llegado hasta nosotros y desnudo el pueblo te responde. Así como tus amigos han sido capaces de seguirte, así nosotros te seguiremos...

–¡¡¡Haz que nuestra muerte sea un triunfo, Juan Neruña!!!

–Somos analfabetos, pero estos dos hombres roídos por la anquilostomiasis han aprendido a leer en tu poema y nos lo han enseñado de memoria.

Y las seis mil voces recitaron las primeras líneas de la obra legendaria:

–¡¡¡Yo prometo a los hijos del Pueblo:
Aquel que vino en Vanidad
Huirá envuelto en Tinieblas!!!

–Sí compañero, amigo, hermano, padre, tú nos abriste los ojos. ¡Y por eso declaramos la huelga!

–¡¡¡Arriba la huelga!!! ¡¡¡Abajo los explotadores!!!

–Una explosión de gas grisú ha destrozado a quinientos mineros. No por descuido sino por carencia de material apropiado. Hemos tratado infructuosamente, durante años, de mejorar nuestro nivel de vida. Mal comidos, mal vestidos, mal cobijados, balaceados a la menor protesta, ya no damos más. Hemos dejado de trabajar a las cinco de la tarde. Aviones, tanques y ejército vienen en camino. Estábamos dispuestos a dejarnos matar sin que nadie lo supiera. ¿Para qué continuar una vida que no es vida? Pero llegaste tú, Juan Neruña...

–¡¡¡Tú llegaste, Juan Neruña!!!

–Y contigo vino la Voz, la protesta. Dicen que en el exilio compusiste un canto al minero. ¡Queremos oírlo!

–¡¡¡Queremos oírlo, Juan Neruña!!! –repitió el coro blandiendo sus antorchas.

–¡Queremos grabarlo en nuestros corazones! ¡Queremos enviarlo a cada campo minero para que la huelga se extienda a escala nacional! ¡Si nos das tu poema, no moriremos en vano!

Volvió a imperar el silencio. Una señora pasó a los dos enfermos un montón de hojas amarillentas y lápices. La multitud, casi sin respirar, esperó de labios del poeta desnudo su «Canto al Minero»...

Nepomuceno Viñas se sintió agonizar. Esos quinientos montículos de carne violácea, esas mujeres que lo miraban con los ojos empañados, aquellos seis mil cuerpos esqueléticos pendientes de su palabra, esos muros cubiertos con carteles que mostraban su figura

ridícula coronada por tres mechones, le anudaron los intestinos, le secaron la garganta, le amargaron la lengua y le embrutecieron el cerebro. Lloró en silencio... Un segundo se estiró un siglo... Otro segundo, otro siglo... Quiso aclarar la mentirosa situación. Intentó decir: «No soy...», pero desde atrás, con un aliento tan intenso que le quemó la piel del cuello, Ga susurró: «Nada de huevadas, pelón. Si confiesas que no eres Neruña, no nos quedará un hueso sano. Recita, carajo»... ¿Recitar? ¿Qué? ¿Cómo? Toda su poesía había sido una ilusión. A punta de amontonar palabras raras sacadas de diccionarios se sintió literato... Y, evidentemente, la fama de Neruña le dio una coz. Así empezó la comedia donde el Destino se encargó de rajarle la máscara. ¿Quiso ser perseguido? Lo persiguieron. ¿Quiso ser famoso? Lo conocieron. ¿Envidió al poeta nacional? Lo convirtieron en Juan Neruña. Y ahora estaba donde siempre soñó estar, con el mejor de los públicos, allí, ante él, esperando el milagro de un canto que no le pertenecía... En ese momento no cabían las culteranadas como: *Gamoséfalo y romo en tu dundo escarceo lanzas miramolines manjaferros en la andorga combada de la grey fililí que te llama Epsilón*... ¡Tanto que criticó a Neruña! Y ahora que estaba en su sitio se daba cuenta de que para permanecer allí se necesitaba un talento al que él con su musa artrítica no podía aspirar... Vergüenza... Merecía que lo descuartizaran... Engreído... Incapaz... Nulo...

–Vamos compañero... Éste es el gran cuándo... –le murmuró el cojo Valdivia–. No se raje... Ahora sí que puede hacer algo útil... ¡Atrévase!

–¡No puedo!

–¡Trate!

–Soy una mierda. Perdóneme.

–Cobarde es lo que es...

–Seré cobarde pero no poeta.

–Sí lo es...

–Nulo.

El cojo estaba tan desesperado que logró con su pierna envarada darle al versificador una patada en las canillas. Miró a la multitud, sintió su miseria, su esperanza y se llenó de tal cólera que, mandando al diantre el pudor de exhibirse contrahecho, dio un salto, aterrizó delante de Viñas y peroró:

–¡Compañeros, hemos venido siguiendo al genio por senderos de espinas implacables, bebiendo su canto hasta la última gota! En este histórico momento, él, enfermo, con la garganta herida por el frío cordillerano, no puede hablar. Pero yo, con todo respeto, si aceptan mi humilde voz, voy a recitar para ustedes su «Canto al Minero».

Un aplauso cerrado, largo, cálido, contestó a la proposición.

Valdivia, lentamente, con cara de estar siendo quemado vivo, comenzó a improvisar...

–Por un túnel de carbón y por mis venas,
avanzas minero...

Y los versos con ritmos y matices idénticos a los de Juan Neruña fueron emergiendo para formar un canto que denunciaba el sufrimiento del pueblo, la explotación, la traición de Vihuela, la venta del país a las compañías extranjeras, para luego aportar la esperanza con un llamado a la unión obrera, a la huelga nacional, a la revuelta, al castigo y a la purificación. Los dos decrépitos iban copiando las estrofas, interrumpidas en los momentos cumbre por aplausos y vivas a Neruña. Mientras el cojo seguía inventando el poema, con más y más intensidad, olvidado de sí mismo, irguiéndose poco a poco hasta dejar de caminar en ángulo obtuso, algunos mineros conducían entre las filas a Nepomuceno Viñas para que los habitantes de la aldea lo abrazaran. Todos, sin excepción, en el momento de estrechar a su héroe, sollozaban: «Gracias, poeta del pueblo». Nepomuceno, rojo de vergüenza, se abandonaba a la situación. Cuando volvió, con la piel irritada por seis mil abrazos, parecía langosta hervida. Al verlo, Valdivia tartamudeó. Su voz quedó atascada al comienzo de una frase... *Con el mar*... Una brusca contracción lo devolvió al bamboleo y al ángulo obtuso. *Con el mar*... Los obreros, dando su apoyo, aplaudieron como diciendo: «No nos importa que te equivoques... Eres de los nuestros... Sigue adelante...».

Como vaca bajo cuchillo de matarife, el cojo miró a Viñas. Éste carraspeó y, de pronto, recibió una luz de lo más profundo de sus abismos y con voz de trueno terminó el canto:

–Con el mar y con el cielo,
con el fuego y con la tierra,
¡estoy contigo, minero!

El cojo Valdivia cayó en sus brazos y juntos comenzaron a recibir las ovaciones.

Entre palmoteos entusiastas, los Compañeros de la Papa Florida recibieron ropas humildes pero abrigadoras, café, pan, frijoles y algunas botellas de vino. Les pidieron ayuda para copiar el poema inmediatamente... Mientras comían y bebían, escribieron los versos en todo tipo de papeles, fondos de cajas y pedazos de tabla delgada. Apenas terminaban un canto, un minero partía corriendo hacia los

desfiladeros para llevarlos hasta otras minas, pueblos, ciudades. Pronto el país conocería ese nuevo poema que invitaba a la rebelión... Nepomuceno Viñas se dio cuenta de que estaba convertido para siempre en Juan Neruña, comprometido hasta la muerte en esa batalla sin que le fuera posible retroceder. También tenía que aceptar, de ahora en adelante, que Valdivia sería la carne de su uña. ¡Y era justo! Con la ayuda del cojo podría lanzar a la lid odas incendiarias... En caso de que sobrevivieran... En unas cuantas horas llegaría el ejército dispuesto a hacerlos puré. No podían escapar dejando que masacraran a los mineros, sus hijos espirituales. Habían asumido el papel de padres y tenían que aceptar el destino de la familia. Allí estaría la solícita historia recogiendo para las generaciones venideras cada una de sus palabras y gestos... Estiró los brazos en posición de sacrificio. Lo sacó del trance un pedazo de carne de minero que le cayó, babeante, en una mano. Alelado, reteniendo sus náuseas, miró a la comitiva de mineros solemnes.

–Poeta, queremos que seas tú el que deposite el primer trozo. Hemos decidido enterrar los restos juntos para simbolizar la fuerza de nuestra unión.

Nepomuceno dejó caer el bistec en la fosa común y, mientras desfilaban familiares, amigos y trabajadores depositando cada uno un pedazo de difunto, le pidió a gritos a Valdivia que recitara su «Letanía fúnebre» porque él continuaba gangoso. El cojo lo miró con ojos asesinos y se vio obligado a improvisar diez minutos de metáforas que Viñas coronó con los últimos tres versos. Nuevos aplausos, nuevos tragos. Los mineros comenzaron a cavar sepulturas. Tenían la decisión de esperar a los soldados de pie en los hoyos, considerándose desde ya como cadáveres. ¡Sin armas, la mejor lucha era entregar la vida! ¡Convertir la batalla en asesinato! Esa masacre indignaría a las masas obreras... Nepomuceno Viñas pescó al vuelo la invitación. Con entusiasmo desbordante escupió en sus palmas, las frotó, arrebató una pala y comenzó a cavarse una fosa...

–¡Sí, camaradas, unidos en la vida y en la muerte! ¡Juan Neruña perecerá con ustedes!

Los sepultureros expresaron su fervor lanzando paletadas al aire. Entre esa nube de polvo negro, el literato apostrofó a los Compañeros de la Papa Florida invitándolos a participar en tan ejemplar sacrificio.

–¡Muramos con gloria, amigos!

Lebatón estalló:

–¡Mejor vivamos con honor! ¡No debemos dejarnos masacrar ni aunque sea para dar el ejemplo! ¡La contienda no es desigual! ¡Ellos tienen armas pero nosotros cojones! ¡Lucharemos! ¡El que les habla

fue general y conoce las tácticas! ¡Los batallones nos atacarán con tanques, ametralladoras y bombarderos, pero nosotros podemos contestar! ¡Me comprometo a organizar la defensa con una condición: que se me obedezca ciegamente!

–¡De acuerdo!

–Bueno... Apenas nos queda un día para organizar esa defensa. En lugar de tumbas cavaremos escondites en los cerros de carbón. Nuestra única oportunidad es un ataque sorpresivo que nos permita dominar a los soldados, apoderarnos de los carros de guerra y abatir los aviones a cañonazos. Quiero que un grupo de voluntarios atraiga al ejército hacia la mina. El resto, hombres, mujeres, niños, enfermos y ancianos, se enterrarán en el carbón, respirando por tubos que cortaremos de las cañerías. Cuando los atacantes atraviesen las calles, surgirán para caerles encima y aplastarlos. ¿Quién se atreve a permanecer sepultado sin comer ni beber ni dormir?

Se extendió un mar ondulante de brazos. Al general Lebatón le brillaron los ojos y miró a los poetas, murmurando:

–Los que me quieran secundar, bienvenidos. Los otros aún tienen tiempo de huir hacia la Reducción. Antes de que respondan «Presente» sepan que el león será más fiero de lo que lo pinto. Si nos falla el elemento sorpresa, nos convertirán en albóndigas. Bastará con que un piojento se angustie y tosa para que todo se vaya al demonio. Lo que trato de organizar es un milagro: si Dios no nos ayuda, destriperío general... ¿Quién dijo miedo?

La Zagorra dio un paso adelante, enlazó sus brazos alrededor del cuello del general y le estampó un beso bajo los bigotes. Lebatón se puso granate. Cuando Nepomuceno Viñas, imbuido de su papel neruñezco, también le dio un férreo ósculo en la boca, el encarnado se le transformó en lividez. Valdivia sacudió su pierna anquilosada y con ella se puso a partir carbones para demostrar que, aunque medio muerta, servía como arma. ¿Qué más quería Ga que una tremenda batalla? Uno por uno, los demás se fueron ubicando al lado de Lebatón. Akk, el último, miró con desprecio a sus amigos, hizo un gesto como si se atornillara la sien y siseó:

–Un acto suicida. Alguien tiene que escapar y vivir para contarlo. «La generación del cincuenta sacrifica su vida por vanidad disfrazada de heroísmo...» Tss... Lo siento por mis lectores. ¡Me quedo! Y no me pidan razones porque no las tengo.

–¡Cavemos! –ordenó Lebatón. Y rápidamente, secundado por los poetas, organizó grupos, enseñó técnicas, dibujó mapas, otorgó grados de mando, dividió los víveres, ubicó las trampas, sembró las cargas de dinamita, preparó el incendio de la mina y, por fin, en caso

de derrota, distribuyó raciones inflamables para que cada insurgente convertido en tea se lanzara a atrapar entre sus llamas a un soldado enemigo.

Akk, de rodillas, rezaba sin fe, seguro de que al abrir los ojos todo seguiría igual. ¡Las horas finales estaban sonando y ningún mensajero divino vendría a sacarlos del atolladero! Se acarició el vientre sintiendo ya el bayonetazo que derramaría sus tripas y con amargura abrió los ojos para mirar hacia la cordillera. Parpadeó como si la imagen que estaba viendo fuera una mancha en la retina que debía extirpar...

Precedida por Ruca y Totora, una anciana de rostro simiesco y noble, envuelta en una toga blanca, avanzaba con pasos ágiles llevando en equilibrio sobre su cabeza a una rata del tamaño de un fox terrier. La grandeza del roedor era menos extraña que su posición: sentado sobre la cabellera canosa, con las patas delanteras entrecruzadas, el tronco erguido y los dedos de las extremidades delanteras juntos, el animal mostraba unos ojillos tan inteligentes que Akk olvidó que estaba viendo a una rata para pensar que le traían un Buda. ¡Era la Gárgola!

Cuando la vestal y su roedor sabio atravesaron las filas de huelguistas, un escalofrío remeció los cuerpos. Durante generaciones se habían transmitido leyendas acerca de animales dotados de facultades suprahumanas y ahora se daban cuenta de que esas oscuras creencias podían ser ciertas. La inmensa rata, sin lugar a dudas, era un puente entre ellos y un reino subterráneo... Así lo comprendió Lebatón: besó la diestra curtida de la sibila y con el índice y el pulgar dio un pequeño sacudón de bienvenida a la pata delantera que el roedor le tendía.

Reptando por la espalda de la Gárgola, el animal se dejó caer al suelo y levantando nubarrones negros se puso a dar violentos coletazos. ¡De la mina, de las rocas, de los matorrales, de las montañas de carbón, de grietas en los muros, comenzaron a salir ratones! ¡Nuevo cambio de coletazos y la armada peluda, verdadero océano, volvió a desaparecer en la sombra de sus escondrijos...!

Trepó otra vez por la toga para instalarse en la cabeza de su amiga.

Ga tuvo que propinarle una cachetada a Akk para sacarlo de la inmovilidad lacia en la que flotaba con ojos de huevo y boca babeante repitiendo como disco rayado:

–Lo veo y no lo creo...

El cardenal Barata, rodeado por sus prelados de confianza, es decir, aquellos de los que desconfiaba menos, terminó el rezo y se

sentó frente a la olla humeante, inmóvil, esperando que el benedictino lector, desde el púlpito, leyera un trozo del Evangelio apócrifo. Hoy, mal gusto sorprendente para esa orden, declamaba con entonaciones gregorianas el pasaje donde los apóstoles se tapan las narices viendo un perro podrido y el Mesías, pareciendo no tener olfato, como si estuviera ante una obra de arte, declara que la víctima tiene hermosos dientes... ¡Hablar de carroñas caninas justo antes del almuerzo, vaya torpeza! En verdad, si de torpezas se trataba, tendría que incluir al monasterio entero. Esos monjes exagerados, con la cabeza caliente de tanta plegaria –estaban al pie del altar desde las cinco de la mañana hasta la nueve de la noche, con interrupciones sólo para comer y efectuar algunos trabajos manuales–, saltaron de un polo al otro en zambullida fulminante: el templo bombardeado, de mármol y metales finísimos, con jardines holandeses, había sido reemplazado por bodegones de adobe, piedra, paja y madera, al estilo labriego, sin órgano eléctrico pero con campana burda y muros rodeados de copihues, margaritas y menta. ¡Sí, menta, y también lavanda: las mismas plantas silvestres que se podían encontrar en cualquier prado barroso! De lo refinado a lo banal. ¿Qué diferencia se podía encontrar entre ese convento y una pocilga de peón? ¡Ninguna! En fin, la limpieza, el orden y el gran tamaño... Husmeó hacia la olla de greda. El aire cordillerano le despertaba un apetito de hermano lobo. Seguro que los cuatro cocineros europeos le tenían reservada una sorpresa. Mmm... Los benedictinos sabían comer y fabricaban buen vinillo y también cecinas y salchichones, amén de pasteles suculentos... Terminaron las oraciones. El abad y los dieciséis hermanos cesaron de apoyar las manos en las rodillas e inclinarse... ¡Al diablo con tanto saludo! ¡Al grano, al grano! Se mordió los labios por pensar en esas palabras porque lo que le sirvieron fueron granos, simple maíz en salsa de tomates acompañado por un trozo de pastel de papas. ¿Cómo era posible? ¡Esos idiotas estaban comiendo igual que los rotos! Vinieron de Europa a imitar comidas miserables privándolo del goce gastronómico. ¡Ah, no: un cardenal no merece profanar su boca con puré de gañán! Ya hablaría con las autoridades pertinentes: la corrupción estaba llegando hasta ese retiro. ¡El almuerzo olía a panfleto izquierdista! ¿Qué? ¿En lugar de vino le servían agua de tamarindo? ¡Puaj, bolillos de harina ocre y no pan francés...! El enjuto prelado, como estaba prohibido hablar, masticó bulliciosamente para demostrar su repulsión y tragó, obligado por el hambre, esos bocados que ofendían su paladar. Para colmo, los desconsiderados dejaban que el lector desobedeciera las leyes de san Benoit: les estaba permitido escuchar como noticias del exterior sólo los discursos del Papa –en el

convento no entraban radios ni periódicos– pero este condenado cura enarbolaba *El Siglo* –¡diario de la extrema siniestra!– y leía lo que estaba pasando en la mina El Guanaco. Seis mil obreros –¡«obreros» esos descreídos, canallas anarquistas!– cercados por las tropas... Y ahora recitaba con el tono reservado a los textos bíblicos los nuevos versos del traidor Neruña, ¡«Canto al Minero»! Se atragantó y comenzó a expectorar trozos de papa blanda en la madera de álamo de la mesa común. Sus asistentes le hicieron beber el inmundo jugo. En cuanto regresara a la catedral tomaría el teléfono para quejarse con el mismísimo Papa. ¡O el abad estaba loco o los yugoslavos le habían sorbido el seso! Decidió disimular su ira para conocer hasta dónde llegaba la pudrición. Pasaron a la iglesia. ¡Caráspita, qué irrespeto: otro bodegón de piedra, barro y paja! Vírgenes y niños Cristos de arcilla negra realizados por manos populares a juzgar por la torpeza de las formas... En fin, el canto gregoriano le calmaría los nervios y las agruras estomacales... ¿Qué? ¡¿Qué?! ¡¡¡¿Qué?!!! ¡Se ponen a tocar guitarras y cantan los textos en español con melodías de tonadas chilenas! ¡Herejes! ¡Esa misa si no negra era por lo menos roja! ¡Basta! Se levantó decidido a interrumpir la ceremonia, pero antes de que pudiera intervenir entraron los cuatro cocineros empujando carretillas llenas de mochilas. Dejando de cantar, el abad y los monjes se lanzaron sobre los paquetes, los enjaretaron en sus hombros y como un solo hombre trotaron hacia fuera.

El cardenal Barata pudo por fin gritar: «¡Sacrílegos, juro que serán excomulgados!», pero no hubo un benedictino que lo escuchara. Del campo llegó un ruido de motores. Olvidando la elegancia de su jerarquía, alzó las faldas bordadas y, canillas al aire, corrió hacia los prados.

Los monjes estaban terminando de amontonarse en el interior de un trimotor destartalado que lucía bajo un signo aerodinámico el nombre *Zagorra primero*. Las hélices giraban a más y mejor. Barata, enloquecido, se aproximó a la carlinga del aparato, donde el abad sostenía los bastones de mando, y, a riesgo de rajarse la garganta, aulló una pregunta:

–¿A dónde huyen, insensatos?

El regordete benedictino, con brillo fanático en las pupilas, le espetó:

–¡No huimos: dejamos de hacerlo! ¡Si vivimos en el mundo, tenemos que ser del mundo! ¡Donde crucifiquen, allí estaremos!

Y jaló las palancas. Dando tumbos, toses, pedotes, el pajarón de acero se puso a correr y después de treinta saltos y caídas, logró despegar y desaparecer caracoleando rumbo al sur, con su carga negra

rezando la parte de misa que faltaba para terminar la ceremonia.

Lebatón hizo cavar trincheras alrededor de la aldea y con sacos llenos de hollín imitar figuras humanas como al acecho. Para enfurecer a los milicos colocaron a guisa de banderas cuanto trapo rojo pudieron encontrar... Mientras la mayoría de los mineros yacían enterrados, respirando por tubos o muertos –eso se sabría sólo en el momento del ataque–, los cien obreros escogidos por su agilidad más los Compañeros de la Papa Florida esperaban escondidos en la galería principal de la mina, dispuestos a multiplicarse por cuatro para atraer la atención y provocar el ataque.

Los tanques ocuparon sitios estratégicos que ponían a merced de sus tiros al pueblo entero. Las tropas se limitaron a rodear las barricadas apuntando a los monigotes con sus fusiles y ametralladoras. La llegada del batallón que seguía a los delfindrilos aterró a los contendores de un lado y otro de la barrera. Los gringos apenas lograban contenerlos. Rugían coleteando y dando tarascones en dirección a la boca de la mina. ¡Allí estaba la presa y ellos no descansarían hasta triturar sus huesos! Bajo un toldo de la Cruz Roja, Popeyito y Atril, para no participar en la masacre, se hacían los dormidos.

Uno de los tanques abrió su boca rechinante y expulsó el torso del general Hércules Molina, que a su vez expulsó, con muecas de asco, frases y escupitajos:

–¡Mineros asquerosos, traigo un mensaje: el Gobierno se caga en esta huelga! ¡Les cortaremos el agua, la electricidad, el gas, las bolas y el pito! ¡Y de castigo, cuando se rindan, les bajaremos el sueldo! ¡Quien siembra descontento cosecha andanadas! ¡Ya me urge verlos con las tripas al aire: por favor, insistan para que les partamos la madre! ¡Traigo ganas de ver chorrear sangre! Pero una orden superior me obliga a darles un plazo de setenta y dos horas para que vuelvan al trabajo.

Y, ladrando, ordenó que su tanque disparara al aire.

Dentro de la galería, el discurso fue recibido con consternación: habían basado el plan en un ataque inmediato. Setenta y dos horas de entierro desesperarían a los mineros, sobre todo a los niños, y corrían el riesgo de que surgieran de sus tumbas arruinando la sorpresa. Lebatón arengó a sus amigos:

–Conociendo como conozco a esos generales de la caramba, el monigote que nos han mandado tendría que estar fuera de quicio para desobedecer las órdenes. Esperará a huevo sus tres días. Los únicos que están dispuestos a atacar son los delfindrilos. A riesgo de ser

balaceados, tendremos que salir y azuzarlos para que nos persigan. ¡Adelante, payasos, el que no tenga miedo está loco y de nada nos sirve!

Y el general, sin mirar atrás, se lanzó corriendo hacia el enemigo. Con las piernas tembleques, la boca fétida, una puntada en el hígado y la piel cadavérica, los compañeros lo siguieron. Detrás de Nepomuceno Viñas galoparon los anquilostomiásicos tratando de ponerse delante del poeta para barajar con sus esqueletos las balas despiadadas. A medio camino, el falso Neruña tuvo que disminuir el paso y dejarse alcanzar para no ofender a sus «protectores». Cuando llegaron a los límites del campo, novecientas armas estaban esperándolos.

A Zum, la hidra de cañones le multiplicó el pánico y se lo convirtió en euforia. Bajó sus rasposos pantalones y le meneó el ano al general Molina. Haciendo de pudor escarnio, soltó tal cuesco que apagó los rugidos de los delfindrilos. La Gringa sacó de sus rizos un clavel seco y con él entre los dientes se puso a zapatear español levantando una nube de hollín que fue tomando la forma de un as de espadas... La Barum apretó sus senos hasta convertirlos en pelotas rojas... Hums blandió sus huevos de cóndor e hizo ademanes de arrojarlos como granadas provocando peligrosas crispaciones en los dedos que rozaban los gatillos. Laurel Goldberg, convertido en La Rosita, buscó en su memoria la peor de las cantinas para extraer de ella palabras canallescas. Demetrio, echando espumarajos, imitó que poseía a la perra negra, como si ella fuera el ejército enemigo. Ga se masturbó frente a los tanques. Boli y la Zagorra permanecieron inmóviles ante los soldados mostrando la vasta extensión de su desprecio, mientras Tolín, Akk, Marciláñez, Nepomuceno Viñas y el cojo Valdivia mimaban un desfile militar de tarados.

Lebatón se trenzó con el general Hércules Molina, sin decir ni chus ni mus, en un duelo de miradas. Metían en la agresión de sus ojos el cuerpo entero rechazando la invasión de lágrimas. Esas cuatro pupilas incandescentes atrajeron la atención de los combatientes. Hasta los injertos de caimán y delfín dejaron de bufar. Los dos hombrotes, de estirados pasaron a tensos y de allí a engarrotados. Comenzaron a sudar y temblar, se bambolearon, abrieron cada vez más los párpados, que parecían irse hinchando, y en los blancos estallaron estrías rojas. La cara les llegó al encarnado, bajó al blanco, se les puso verde y terminó cetrina. Alguien tenía que ceder... Hércules Molina soltó un «¡Hijo de la gran puta!» y mientras se frotaba los ojos, con ira demente rugió:

–¡Suéltenles los bichos a esos maricones y rajadas para que

aprendan!

Bastó un espolonazo de los domadores: los delfindrilos partieron en pos de sus víctimas. Fue tan repentino el ataque que la barrera de soldados no pudo separarse a tiempo. Las mandíbulas asesinas abrieron un boquete en las carnes. Los Compañeros de la Papa Florida, arrastrando a Lebatón, que envalentonado se estaba sintiendo capaz de hipnotizar a los engendros, corrieron hacia la mina. A la cabeza, con su paso de ruedita, iba el cojo Valdivia, obligando a la pierna sana a imitar a la coja, pues más valía deslizamiento conocido que galope por conocer. Pero Nepomuceno Viñas, a la cola, por tratar de guardar una elegancia de poeta célebre, dio un fatal tropezón. Dispuesto a destrozarlo, un monstruo se le abalanzó haciendo crujir sus hileras de colmillos. El chillido que emitió el digno no fue de laureado y olía a bilis. Un instinto fetal lo hizo encarrujarse para limar extremidades. Tuvo razón: la primera dentellada sólo agarró aire. Uno de los mineros enfermos lo impulsó de una coz anormalmente fuerte para su cuerpo carcomido, mientras el otro se dejaba caer al grito de ¡*La patria se llama Juan*! en medio de la segunda tarascada que lo dividió en dos. El de la patada corrió también a entregarse a la bestia mientras el tropel se detenía a devorar en segundos los despojos secos de su compañero. El vate, gimoteando y dándose puñetazos en las posaderas para obligar a sus piernas a correr más rápido, se sumergió en la galería. Los otros fugitivos ya habían sido tragados por la oscuridad. Detrás de él, la manada asesina y sus gringos blandiendo pistolones entraron con ánimo de reventar a cuanto ser humano se les pusiera por delante.

El general Molina levantó el mentón y abombó el pecho mirando a su tropa:

–¡Éste es el fin que merecen todos los traidores!

Los rugidos que salían de la galería se convirtieron en aullidos de dolor, hipos agónicos y silencio. Lentamente emergió de la oscuridad un grupo de mineros rodeando a los payasos. Traían trece colas y las treinta y nueve cabezas de los domadores. Desparramaron los macabros trofeos pendientes de esconderse si el tiroteo estallaba.

¿Pero cómo –se decía Hércules Molina– estos rotos condenados han podido eliminar en unos cuantos minutos a bestias casi invulnerables y manejadas por asesinos profesionales? Seguro que Stalin los había armado hasta los dientes, quizás con otros injertos, elefantigres, tarantulobas, vaya uno a saber. Había que tomar decisiones rápidas.

–Hijos de la perra que los parió, se han metido con el glorioso ejército de Chile y eso, a fuerza, tiene que ser castigado. El plazo de

tres días se acorta a cinco minutos. Exijo que se rindan y si no, arraso con la mina y extermino hombres, mujeres y niños, sin cuartel. Pero aclaro, de puro honesto, que de todas maneras habrá represalias: por cada cabeza de gringo decapitaré a diez mineros. También mandaré a fusilar a ese general de mirada larga y patriotismo corto junto con sus asquerosos mariposones. ¡Comienza el conteo, ya perdieron un minuto!

Lebatón ocultó una sonrisa: apenas faltaran diez segundos correrían a esconderse en la mina y el batallón se lanzaría a la carga. Perfecto.

–¡Ya perdieron dos minutos!

Hums, de pie entre las cabezas cortadas, no pudo dejar de compararse a la diosa Kali con su collar de cráneos; principio destructor y creador de la naturaleza. Unos golpes, como de tambor, le salieron del pecho interrumpiendo su análisis mitológico. El ruido no venía de su corazón porque después de la masacre que había visto dentro del túnel su pulso latía con la calma de un filósofo chino del siglo VI antes de Cristo. Introdujo la diestra bajo la tela burda de su camisa obrera y constató con temblores maternales que la cáscara de los huevos de cóndor comenzaba a trizarse.

–¡Ya perdieron tres minutos! ¡Batallones, apunten!

La Zagorra, encandilada por un reflejo, puso la mano en visera. ¡Cielo santo! Un tubo de metal se bamboleaba. ¡No era el momento! Lebatón estaba a punto de triunfar. Sería injusto perder la batalla por un niño o una vieja desesperada. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la disimulada tumba y recogiendo un pedazo de carbón lo arrojó a los milicos mientras que con los talones ocultaba el pedazo de metal...

–¡Ya perdieron cuatro minutos! ¡Tanques, dirijan los cañones!

Lebatón galopó hacia la Zagorra y alzándola en sus brazos dio la orden de esconderse en la mina. Los soldados calaban las bayonetas y los motores de los carros metálicos empezaban a trepidar. Ya no les quedaba tiempo. Él y ella nunca llegarían a la boca de la galería. Se detuvo de golpe. Bajó a la mujer y le dio un beso que se convirtió en descarga eléctrica. Sin separar los labios esperaron ser convertidos en coladeras.

Los monjes cantaban un *Miserere mei Deus* para que Dios tuviera piedad de ellos en caso de que el anémico aparato no los condujera a la mina sino al reposo eterno.

El abad, que antes de entrar en el vientre de la Madre Iglesia había sido piloto profesional, se encomendaba a María pensando que a causa de la Asunción, ella sabía muy bien volar y podía, por lo tanto,

guiarle la mano, ya que él, después de estar años con la nariz sumergida en el misal, aparte del Hijo, del Padre y del Espíritu Santo, de muy poco se acordaba. La copiloto resultó brusca pero efectiva: entre caracoleos, tumbos y ladeadas los llevó hasta el lugar crítico. Y muy a tiempo: allí abajo estaban las tropas a punto de embestir. Tenía que apresurar la maniobra. Hizo que el avión se lanzara en picada y, con los hombros llenos de bocas vinosas que no cesaban de cantar sus *Alma redemptoris mater* con disculpable desafinamiento, se entregó a una panzada que partió el eje de las ruedas, un ala y varias muelas.

Entre nubarrones negros y toses de motores, los curas emergieron de la carlinga blandiendo un Cristo clavado en la cruz y se plantaron con los brazos abiertos frente al general Molina, separando las tropas del campo minero. Lebatón y la Zagorra tuvieron tiempo de refugiarse en la mina. El abad sacó su voz de púlpito:

–¡Alto, cristianos! ¡En nombre de la misericordia divina evitemos este nuevo Gólgota!

Los soldados se arrodillaron para recibir los movimientos de la cruz del calvario con que el monje los bendecía. El mismo Hércules Molina se persignó, tragó un eructo y trató de pensar... Si continuaba montado en el macho, tendría que pasar sobre los cadáveres de esos monjes. Cosa que se merecían por intrusos. Pero –muy gran pero– las setenta y dos horas no habían pasado. ¡Y órdenes son órdenes! Los yanquis no eran de su batallón y más tarde le podían salir con que no tenía derecho a contestar un ataque que no había sido contra el ejército chileno. Y si a eso le agregaba un picadillo de curas, no sólo perdería el honor y la vida, sino también el cielo. Era mejor esperar. Se sentiría más a gusto destripando canallas con la ley del lado suyo.

¡Benedictinos ingenuos! ¡Por tratar de salvarlos los condenaban a la masacre! Lebatón se mordió las puntas del bigote. La ayuda inesperada destruía sus planes. Ese indeciso de Hércules Molina otra vez acataba las órdenes. Nadie resistiría setenta y dos horas de tumba. ¡Imposible! La Zagorra confesó entristecida que ella, antes de partir, regaló su trimotor a los monjes. El abad, después de la destrucción del primer monasterio, le propuso fundar un grupo de sacerdotes volantes que rezarían en avión para acercar la voz humana al cielo porque, a juzgar por lo que estaba pasando en la Tierra, con el ruido de tanto proyectil Dios ya no oía las plegarias...

Ga hizo una proposición y sin esperar respuesta cogió un hacha y haciendo molinetes partió hacia el exterior. Zum, musitando un que Dios nos perdone, lo siguió, escupiendo sus palmas y arremangándose. La Barum gritó con voz de toni: «¡A la carga! ¡Nos

andaban encontrando y ahora nos van a buscar!», y los que habían sido payasos, electrizados, se lanzaron hacia los benedictinos.

Ga arrebató la cruz de manos del abad y partió el Cristo a hachazos. Los demás, lanzando puñetazos e improperios soeces contra la Virgen María, aturdieron a los curas y se barajaron con los cuerpos porque estalló el tiroteo. Como los milicos habían tratado de no balacear a los monjes, llegaron sanos y salvos a la mina, pero la avalancha de impactos fue tremebunda. Los soldados arrastraron al general en una acometida furiosa. Los tanques comenzaron a demoler las casas, y las tropas, implacables, paso a paso avanzaron buscando víctimas. A falta de cuerpos acribillaron cuanto mueble, utensilio y retrato encontraron en los escombros miserables.

–Adelante, pelados, mis tanques no dejarán mugre sobre mugre. Ustedes lleguen a la mina. Ahí están todos, apelotonados como ratas. ¡Los quiero muertos! ¡Jóvenes, viejos, niños, hombres, mujeres: destripen a destajo! ¡Lo ordena el general Hércules Molina, punto! ¡Y final!

Las tropas, lanzando un solo alarido, corrieron hacia la boca de la mina. Antes de que llegaran a ella sonó la sirena y seis mil fantasmas surgieron del suelo blandiendo picas y palas afiladas. A pesar de la lluvia de balas, acabaron por hacer retroceder a los soldados. Molina, desde su máquina, eufórico viendo saltar sesos, graznó:

–¡A la mina, pelones! ¡Protejan sus espaldas con el túnel y desde allí rastrillen!

Los soldados entraron en el boquerón...

Eran millones: húmedas, babosas, enormes, con ojillos crueles, incisivos de navaja, agitando colas aceradas entre chillidos escalofriantes. El batallón tuvo tiempo de lanzar medio grito de horror antes de ser cubierto por el océano de ratas.

Una inundación gris asaltó a los tanques entrando en los cañones y taponándolos. Los mineros rodearon las máquinas amenazando con incendiarlas si no se rendían. Cuando apareció el general Molina con los brazos alzados no se pudieron contener y lo hicieron pedazos. Sus mecánicos corrieron la misma suerte. Iban a convertir los tanques en hoguera cuando Lebatón salió de la galería gritando:

–¡A esconderse en las tumbas!

Entre bombazos y ráfagas de balas, tres aviones militares estaban sobre ellos. Lebatón explicó a Ga, Demetrio y Tolín la maniobra para hacer funcionar el cañón de un tanque. Estrella Díaz Barum, que había recibido instrucción bélica en su época de rompehuelgas, tomó bajo su mando a la Zagorra, Boli y la Gringa y disparó el primer cañonazo, abatiendo a un avión. Lebatón alentó a sus subordinados

para que no se dejaran acomplejar por las hembras. El tanque ladró varias veces. El segundo bombardero se convirtió en tea. El tercero dio media vuelta y huyó por donde vino.

Un clamor de triunfo, mezcla de gritos y chillidos, hizo temblar las montañas. La euforia provocó un bailoteo general. Por los cuerpos humanos trepaban roedores para ser besados en los hocicos. Zum valseaba con gavillas grises en los brazos. Ga había formado una ronda alternando niños y ratas, y él giraba en el centro. Los benedictinos removían escombros tratando de encontrar una mesa. Se tuvieron que contentar con una plancha de madera que, apoyada en dos piedras, pasó a ser altar. Un culo de botella sirvió de cáliz y dos latas de sardinas recibieron el vino y el agua. A manera de cirios usaron carbones ardientes y en lugar de Cristo una verdadera mano clavada en una cruz de tablas. La misa por los muertos silenció a los triunfadores. El abad cantó con voz renovada. Un comando se acercó al culto. Traían en camilla dos estatuas de cera: un perro de tres patas con la delantera levantada y un carabinero encuclillado que también alzaba, recto hacia el cielo, un brazo. La cara del animal y la del paco eran idénticas. Parecían hermanos. De pronto, la perra negra, perseguida por Demetrio lanzando violentos «¡Ven acá, Medusa!», se precipitó a lamer al can tieso. Fueron tantos los lengüetazos y tan cálidos que el Atril volvió al mundo a medida que bajaba la pata para sonreírle a la dama, que como gran privilegio le puso el trasero al alcance de sus fosas nasales. El aroma que encontró en esa puerta produjo en su carne un crecimiento escarlata de varias pulgadas. Medusa volteó la cabeza y miró hacia atrás con expresión de ¿qué esperas? Y allí sobre el altar improvisado se pusieron a bombear con entusiasmo. Despertaron tal respetuosa atención –después de servir para una ceremonia fúnebre en esa misma mesa se manifestaba la vida– que nadie se dio cuenta de la resurrección de Popeyito.

Pasando por entre el grupo de benedictinos, Demetrio se acercó a la perra negra. Mientras era poseída, lo lamió con un gemido de adiós. Ambos canes aullaron envueltos en un orgasmo que los unía a las ratas, a los hombres, a los montes, al cielo. Popeyito, junto a Demetrio, esperó el cese de los espasmos. De pronto, como alcanzado por un rayo, se dio cuenta de que estaba unido a ese nuevo mundo de manera definitiva. «¡Mueran los pacos, vivan ustedes! ¡Estoy al lado de mi perro! ¡A donde él vaya, yo voy!», gritó, y arrancando sus galones los presentó a Lebatón. Separados por un baldazo de agua, Atril y Medusa corretearon persiguiéndose entre las piernas de la multitud.

Hums se paró frente al altar para hacer una confesión: «Soy

madre». Extrajo de su pecho dos pollos de cóndor, un macho blanco y una hembra negra. «Se llamarán Yang y Yin», dijo, y se puso en actitud de recibir felicitaciones. Una ráfaga de viento cordillerano llevó hasta las aves el olor de cadáver. Graznaron a todo pulmón y dando torpes aletazos intentaron volar abandonando las manos suaves, para caer en el suelo parduzco, arrastrarse hacia los despojos y comenzar a llenarse el buche con carne de soldado. A los mineros les pareció un presagio de triunfo. Estallaron en vítores y aplausos. Lebatón interrumpió el jolgorio. Ordenó dormir tres horas porque la jornada siguiente iba a ser larga y dura. Esos dos adjetivos provocaron risillas maliciosas en La Rosita. Von Hammer, indignado, le arrebató el cerebro de Laurel y pidió excusas al jefe. Pronto, millares de cuerpos diseminados entre los escombros roncaron bajo la luna. Sólo la Gringa, que no dormía nunca, en medio de un triángulo que hizo con las cabezas cortadas, cantaba una canción de cuna a la vieja rata que apretaba contra su pecho.

Tres horas más tarde, el campo minero entró en una actividad febril. Los muertos fueron enterrados mientras los benedictinos iban de tumba en tumba celebrando ritos fúnebres. Se repartieron las armas y las municiones raptadas. Viajarían de noche hacia el lugar de la próxima batalla. El poema de Juan Neruña sería la columna vertebral de la Revolución. Mientras incendiaban la mina, el general habló a su nuevo ejército:

–La libertad entra con sangre y el que venga por lana tendrá que ser trasquilado. Mientras le rogamos a Dios, tenemos que dar con el mazo y más vale una bandada volando que un pájaro estrujado. Aunque seamos pequeños nos comeremos al pez grande. Porque anduvimos mal, bien tenemos que acabar. Por cada palo que nos dieron recibirán un torrente de astillas. Nuestra golondrina hará verano...

Los obreros, convertidos en guerrilleros, agitaron sus armas para ovacionarlo. Lebatón se despidió de sus amigos.

–No puedo continuar con ustedes el viaje. Si abandono a estos hombres, Gegé Vihuela los exterminará. Estoy seguro de que al mando de ellos pondré orden en el país. Nuestros caminos se dividen. Ruca y Totora los esperan para llevarlos a la Reducción.

La Zagorra, orgullosa, se plantó al lado del militar. Sin mirarse, entrelazaron los dedos. Nepomuceno Viñas, exclamando «¡Juan Neruña es la voz del pueblo y adonde vaya el pueblo irá Juan Neruña!», se unió al general. Miró angustiado hacia el cojo Valdivia pero suspiró con alivio cuando lo vio llegar a su lado dando pasos de

ruedita. Popeyito se arrodilló ante el militar:

–No puedo ser cabeza de león, pero sí un excelente pelo de la cola. Sé obedecer y cumplir. Buscaba un jefe que también fuera un amigo. Lo encontré. Fusíleme o acépteme. De todos modos, gracias.

Nepomuceno, queriendo ser centro y cima de la acción, abrió los brazos y acogió al carabinero en nombre de la Poesía. Popeyito silbó para atraer al Atril que estaba lengüeteando a la perra negra. Demetrio, al mismo tiempo, le silbó a Medusa. Los canes miraron a un lado y a otro. La hembra mordisqueó la pata soltera de su macho y quiso arrastrarlo hacia el poeta. Popeyito se desesperó. ¿A quién le iba a poder confesar que ese animal era su maestro? Levantó la mano hacia el cielo y después de rezar «No me desampares ni de noche ni de día» se quedó inmóvil. El Atril, seducido por la imitación del amo, corrió hacia él para hacerle fiestas. Medusa lo siguió. Demetrio, reteniendo unos celos que lo avergonzaban, se dio por vencido. Nunca más oiría ese SÍ húmedo y ardiente con que la perra coronaba sus descargas nocturnas. Volvería a revolcarse en el miserable útero humano. Y el único que por el momento tenía a su alcance estaba lleno de engranajes... Como si fuera telépata, la Gringa le ladró un jubiloso *Yes*.

Von Hammer trató de seguir a los mineros, pero entre La Cabra, que deseaba volver a ver a Enanita, Laurel y La Rosita le quitaron el mando del cuerpo. Tenía que plegarse a la voluntad de la mayoría y ellos querían continuar la aventura sin finalidad. Se les juntaron Boli, Ga, Akk, Estrella Díaz Barum, Alamiro Marciláñez, Hums, Zum, Tolín, Demetrio y la Gringa. Precedida por Ruca y Totora, la Gárgola se despidió de la gran rata que ahora acompañaría a Lebatón e invitó a los Compañeros de la Papa Florida a seguirla por el desfiladero que llevaba al reducto araucano.

XIV. Las siete vacas flacas

«Para matar a un pájaro antes hay que convertirlo en Fénix.»
Estrella Díaz Barum, en el café Iris

Akk se acarició la piel, la pulió en toda su extensión, rasguñó las costras dejadas por las zarzas, eliminó los granillos de piedra y con unas pinzas extrajo pelo tras pelo hasta que obtuvo la superficie ideal para tatuar las nuevas frases de su novela. Recomenzar una y mil veces, cual Sísifo, qué más daba si cada ciclo lo conducía a una dimensión mayor. Escribió alrededor del ombligo: mientras ellos, los célebres lamentables Compañeros de la Papa Florida, se internaban en el desfiladero conducidos por Ruca y Totora, que acoplados con perfección asombrosa, saltando de roca en roca con rapidez caprina, parecían un animal de ocho patas, allá abajo, en el valle carbonífero, una sinfonía alegre y melancólica amalgamaba rechinidos de limas puliendo puntas de acero, tronares de hélices luchando por funcionar, graznidos de cadenas de tanques y respiraciones sordas de un ejército harapiento tiñéndose el cuerpo de negro con pedazos de carbón para pasar desapercibido en la noche. Un éxodo hacia el triunfo o la muerte... Akk también anotó los millares de pasos diminutos de un vasto tapiz de ratas, acompañando el desfile monocromo, el gran espectáculo miserable, el purgatorio ambulante...

Un gargajo le manchó el párrafo. ¿Quién osaba escupirle en pleno vientre? ¡Ga, por supuesto! Al gordo se le estaba pasando la mano. Es cierto que le debía la vida –él lo rescató del remolino– pero no tenía que abusar. La próxima vez iba a escribir en su prepucio, así el insulto se convertiría en caricia.

–Deja de garabatear y únete al grupo... El camino es largo y no podemos rezagarnos esperando que estampes tu inútil testimonio...

Pero Akk, con una mirada implorante, logró que la mole lo cargase como niño en su espalda. «Si impides que alguien se suicide tendrás que alimentarlo toda tu vida», decía el proverbio chino. Ga, al extraerlo de la muerte se había atado a él por el implacable cordón de

la piedad.

Al cabo de muchas horas de marcha llegaron ante una quebrada profunda y ancha. La raja oscura parecía hundirse hasta el infierno. En medio de ella emergía un peñasco agudo, enorme mástil gris.

Estrella Díaz Barum fue la primera en señalar a gritos el avión del ejército, uno de los tres que habían atacado a los mineros. Un boquerón en el costado revelaba el impacto del proyectil que el tanque le enviara para herirlo de muerte. Atravesado en la punta de la roca, convertido en cuna, hacía equilibrios meciendo a sus aviadores y soldados muertos.

La poetisa corrió hacia el borde del abismo para ver bien a los caídos; estuvo a punto de precipitarse al fondo porque tropezó con una piedra que las lluvias torrenciales, por capricho, habían tallado como un cubo perfecto. Emocionada, lo recogió.

–¡Alamiro, toma un carbón, un lápiz, una espina, usa tus uñas, lo que sea, y graba en los seis lados de este divino cuerpo geométrico las seis letras de la palabra VENCER! ¡Pronto! ¡Por fin tengo mi acto-poema!

Marciláñez, atarantado, tratando de satisfacer a su socia antes de que la inspiración cesara, hundió el índice en una arista y con sangre dibujó los signos.

La mujer se desvistió lentamente, como si danzara, y arrojó las telas a la quebrada. Luego asió sus dos pezones y abrió sus largas tetas como el travesaño de una cruz.

–Colócame la piedra en el plexo...

Así lo hizo Marciláñez. Ella la encerró entre sus mamas, la asimiló a su corazón, le dio latidos, y cuando estuvo tibia, quizás viva, la enarboló dando un rugido y la lanzó hacia el avión... El cubo, vigoroso, resplandeciente, recorrió una distancia larga, pegó justo donde debía y el caparazón metálico, perdiendo el equilibrio, se precipitó al pozo negro chocando contra las aristas para partirse y desparramar su cargamento de cadáveres...

El grupo aplaudió y gritó en coro:

–¡*Vencer*!

Para Estrella el tiempo cambió de dimensión; también el espacio. Todo se hizo lento. El sitio donde emergió el ruido del adoquín golpeando contra el avión se convirtió en centro que organizó en corona los abismos y las crestas. Saltaron las conchas fósiles de las paredes de piedra uniendo sus brillos milenarios a los pedazos opacos en los que se partía la máquina. El polvo formó volutas sensuales donde los cuerpos podridos de los milicos vinieron a revolcarse, ingrávidos, para aportar su parte al canto general... Más lento aún... El

centro penetró en su corazón y la realidad mandala fue poblada por sus latidos. Ella lo sabía: iba a desaparecer en el poema. El orgasmo cósmico tan deseado. Vio, sin poderlo impedir, cómo un fusil se desprendía de la mano engarrotada de un soldado, planeaba para ir a chocar contra una cornisa y disparaba su último tiro. La explosión se fue abriendo en clavel relumbrante, joya del boquerón oscuro, y poco a poco el punto caliente del plomo navegó en busca del centro, su plexo magnético. «Las balas perdidas pegaron siempre en mi pecho, cariño santo...» Esa canción, recuerdo infantil, se inscribió en el círculo universal y acompañó la entrada, milímetro por milímetro eterno, del metal en la carne de su corazón... Y cuando el órgano reventó, el mundo se llenó de amor, un océano formado de millones de océanos, la médula misma manando sin cesar, para bañar cada partícula hasta disolverla en la Unidad. El poema era Dios... Comenzó a oscurecer. El seno izquierdo se le cubrió de rojo. El avión desapareció en el abismo.

Estrella Díaz Barum, con el pecho atravesado, se desplomó muerta en los brazos de su amante, que enloquecido trataba de taponar los labios de la herida con su único puño... Antes de que los compañeros llegaran junto a ella, en un flujo irresistible, saltó el último chorro de sangre lanzando hacia el cielo la mano de Marciláñez como un ave granate. Su rostro, más hermoso que nunca, transparente, mostraba una sonrisa de éxtasis y los ojos, abiertos con las pupilas ocultas en las cuencas, hacían recordar el orgasmo de las santas vírgenes...

El manco chillaba, inconsolable. Lamía la sangre de las tetas, se debatía entre los brazos de Ga que le impedían lanzarse a la barranca, clamaba venganza, se daba de cabezazos contra las rocas... De pronto, con fuerza de loco, tomó el cuerpo de la poetisa por la cintura y dando un salto trepó como araña por una pared de piedra ayudándose con el muñón. Ese pedazo de brazo pareció convertirse en tentáculo, le salieron dedos invisibles a ratos en único soporte de los dos cuerpos. Por fin, Marciláñez encontró una pequeña cueva y allí se apelotonó pegado a la muerta, llorando entre las tetas aún tibias.

Los compañeros se dieron cuenta de que al separarse del general Lebatón y la Zagorra habían perdido a los representantes de la autoridad. Alguien debía hablar en nombre del grupo, calmar a Marciláñez y convencerlo de continuar...

Demetrio se excusó inmediatamente: la Gringa le comía todas las energías, tenía que «aceitarle» la máquina a cada tres pasos, cuidar que el estanque de aire comprimido no estallara, amén de extraerle a cada rato de la lengua papilas falsas con programas minielectrónicos de autodestrucción... Hums blandió los dos cóndores; Zum blandió a

Hums... Boli demostró que el virilismo de Marciláñez le impedía escuchar a otra hembra... La Rosita, La Cabra y Von Hammer se pelearon tanto por aceptar el mando que la mente de Laurel se convirtió en un caos... Ga fue rechazado por su proverbial carencia de tacto... Akk dibujó a la altura de su hígado un gran punto para terminar definitivamente una frase que acumulaba más de dos mil palabras y con orgullo aceptó el cargo.

Como mosca, grieta por grieta, sin cejar, avanzó hacia la cueva donde el desgraciado no cesaba de imprecar contra el Ejército, la Nación, el Mundo, Dios... Con la misma dulzura que empleaba para insultar a sus enemigos, musitó:

–¡Queridísimo amigo, en nombre de los Compañeros de la Papa Florida te presento mis sentidas condolencias... Lamentamos el accidente pero reconocemos, como lo dijo Epicteto, que es inútil luchar contra lo inevitable. ¡Sé objetivo! ¡Despréndete de ese cadáver que ya sólo es Pasado! Enterrarlo no podemos en este océano de rocas. Darlo en pedazos a la gula de los buitres heriría nuestra sensibilidad... ¡Mejor lanzarlo de cabeza al abismo! Quizás el fondo sea un pantano... Puede que la poetisa se disuelva allí como un pensamiento en el sueño.

Marciláñez no lanzó el cadáver a la quebrada, sino un pedazo de roca que casi reventó el cráneo del nuevo jefe. Akk, convertido en cangrejo, retrocedió hasta el grupo.

–El hombre está perdido. Nadie lo convencerá...

–Alguien puede convencerlo –dijo Laurel.

–¿Quién? –preguntaron todos.

–¡Estrella Díaz Barum!

El joven judío se sentó en una roca con las piernas cruzadas y el tronco erecto.

–Voy a buscarla al otro mundo... Duerman mientras...

Y cerró los ojos.

Atardecía. Se tendieron, agotados, y pronto unieron sus ronquidos al run-run de las garrapatas.

Laurel sabía vaciarse: poco a poco se desprendía de su cuerpo, de sus emociones, de sus deseos; oponía un dique al torrente de palabras, se hacía consciente de la conciencia e iba más profundo aún hasta sumergirse en el pozo, convertirse en un hueco impersonal presto a recibir al espíritu ajeno... Hasta ese momento siempre lo habían buscado. Ésta era la primera vez que tenía que ir por la entidad, convencerla, bracear con ella en el tenebroso río de ácido, y no se sentía capaz. Ser activo en ese magma astral lo aterrorizaba. La luna iba atravesando el cielo. Pronto amanecería... Laurel no lograba

concentrarse. Dentro de él resonaban murmullos quejumbrosos, agresivos. Podía adivinar a La Cabra, al alemán y a La Rosita detrás de pensamientos pérfidos describiendo a la Barum como una comesitio insoportable. Con gran trabajo habían logrado organizarse repartiéndose la posesión del cuerpo en áreas equitativas y no estaban dispuestos a que la tetona viniera a sembrar el caos. No querían que la carne de Laurel se empapara de una vibración de hembra...

¡Al diablo! Alamiro Marciláñez tendría que pudrirse abrazado a su muerta. Impotente, Laurel Goldberg decidió cesar su meditación y abrió los ojos. Frente a él, a unos centímetros de distancia, con las piernas cruzadas y el tronco erecto, estaba Boli observándolo con una mirada fanática.

–Lo que no puedes solo, lo haremos juntos. Deja que te ayude, Laurel. Nada más indícame el camino y a donde tú vayas yo te seguiré...

–Ya sé por qué –sonrió despectivo Laurel–. Pretextas piedad por un viudo, pero quieres aprovechar el accidente para ir a buscar tu Vampiro...

–Eso quisiera, lo confieso. Pero también sé que no se puede cazar a un Dios. Viene cuando Él quiere. Mis deseos no significan nada. Ayudándote por lo menos conoceré su verdadero mundo. Eso es todo.

–Seré humilde... No puedo vivir sin ti... ¡Qué importa que no me correspondas! Me satisface mi propio sentimiento... Ven...

Y Laurel fue guiando a Boli. Cayeron los dos en catalepsia. De un tiritón se desprendieron del cuerpo y juntos atravesaron los umbrales de la muerte.

Mientras tanto Marciláñez, que había estado en vela la noche entera acabando un muro que convertiría la cueva en tumba, pareció agotar su reserva de lágrimas. Pujó por emitir sollozos y sólo obtuvo toses. Las brumas de la locura se fueron disipando. Algo no cuajaba. La difunta, a pesar de que un número considerable de horas había transcurrido, no presentaba ninguna rigidez. Fría, sí, estaba, pero la carne continuaba tan tierna como antes. Le abrió las quijadas: dentro de la boca una deliciosa saliva. Levantó los párpados: las pupilas lo miraron sin asomo de vidriosidad. Abrazó al cadáver, se adaptó dócilmente a la forma que él le imprimía... Ya, dejémonos de ilusiones, está muerta, no dormida... Y sin embargo... Mmm... Delicadamente hurgó entre los labios del sexo. Los dedos penetraron en la vagina con facilidad. El divino túnel conservaba su elasticidad cuando introdujo, entre angustia y calentura nunca vistas, su tenso extremo; las paredes internas lo rodearon como un guante y no tardó más de siete vaivenes

en eyacular. El placer le hizo hundir la nariz en el pecho de la muerta. Del corazón hecho jirones salía un penetrante olor a violetas. Alamiro comprendió. ¡La Barum había muerto en santidad y su cuerpo jamás se pudriría...!

Al extremo del cordón de fluido, vagando en esas dimensiones, Boli, sin tener cuerpo, sentía frío. Temblaba y se contraía buscando refugio en el huevo iridiscente que era el espíritu de Laurel. Las entidades angurrientas lanzaban sus tentáculos tratando de apoderarse de los filamentos de plata para bajar por ellos hacia sus carnes dormidas. Pero Laurel, acostumbrado a esos parajes, las espantó emitiendo rayos amarillos: huyeron en miríadas a esconderse en las regiones más densas del éter...

Era la primera vez que Boli captaba a Laurel, se abría a la luminosidad, y ésta era cálida, pura, plena de bondad, una bondad tan inmensa que la fuerza de Aurocán de pronto le pareció debilidad y el bienestar de abandonarse en el fluido de su amigo se hizo intenso. ¡Qué tonta había sido confundiendo calentura con devoción mística! Conocía de Laurel sólo el cuerpo, atribuyéndolo a otro... ¡No se había dado cuenta de que sus espíritus encajaban como las dos únicas piezas de un rompecabezas! Se mezcló más aún al ovoide luminoso. Éste la recibió con goce y juntos navegaron en el río alquitranado, sostenidos por las descargas magnéticas que producían sus seres al disolverse el uno en el otro.

¡Allí estaba la Barum! No iba a ningún lado; luminosa y dorada como un sol, giraba alrededor de su propio centro palpitante, rojo, casi carnal de tan denso, sin darse cuenta de que legiones de larvas vampiras se pegaban a su aura, ni que la corriente de ácido pronto la disgregaría para arrastrarla hacia subterráneos eternos. Cuando Laurel interrumpió su éxtasis bombardeándole el núcleo con rayos fríos, la poetisa se encolerizó. ¿Qué ectoplasma estúpido osaba sacarla del paraíso de sí misma? Entre él y Boli tuvieron que inmovilizarla... Fue allí donde Laurel por primera vez conoció la valentía de Boli: los que había creído fanatismo y traición se revelaron filos perfectos de una espada noble; ella era un guerrero genuino, esencialmente héroe. Se comprendieron por fin: Laurel era receptividad y Boli, don... Entre los dos formaban una entidad perfecta. Comprendiéndose medularmente, actuaron al unísono como un balance energético y en un tiempo mínimo vencieron a la Barum y la obligaron a descender con ellos por uno de los cordones de plata.

Abrieron los ojos: allí estaban frente a frente sintiendo que habían pasado mil años. Se vieron distintos: a pesar de la idolatría de Boli por Aurocán, estaban unidos para siempre. Juntaron sus labios. La boca

de ella se fue transformando, la lengua endureció, la saliva cambió de consistencia, las carnes se hincharon, el resuello se hizo intenso. Laurel saltó hacia atrás: la judía, plantada sobre sus pies con las piernas abiertas en forma varonil, abombando el pecho para mover ostensiblemente los senos, enronqueciendo la voz y agitando una melena roja imaginaria, se convirtió en Estrella Díaz Barum...

Los compañeros se precipitaron hacia ella y la sumergieron en un mar de abrazos, sin pensar un segundo que acariciaban el cuerpo de Boli. Akk, a quien su calidad de jefe le impedía el privilegio de la duda, separó a los entusiastas y recomendó a la «resucitada»:

–Mire, compañera... Alamiro Marciláñez, inconsolable, yace detrás del murillo que tapa la entrada de aquella caverna convertido en ventosa de su cadáver, con la firme intención de ser principal manjar del banquete de gusanos. Sólo usted puede hacerlo salir de ahí... Convénzalo...

–Nada más fácil –tronó la voz de la poetisa.

Y desnudándose dirigió la vagina en dirección del escondrijo y trató de mover los labios exteriores para realizar su número de ventriloquía. Pero el sexo de Boli no tenía las dimensiones descomunales del de la Barum, ni sus ninfas eran largas ni sus músculos estaban entrenados. La hendidura apenas se abrió para dejar pasar la voz de la hembra en celo:

–¡Aquí estoy otra vez, más profunda y vacía que nunca! ¡Venga a llenarme como antes!

Laurel colocó una mano sobre la boca y la otra sobre la vulva de la poseída. Estaba bien que usara el cuerpo de su amada pero no que lo profanara. Alamiro Marciláñez podría cohabitar con su alma, jamás con la carne que la hospedaba.

La nueva Barum se desprendió de un empujón de esa censura. Laurel aterrizó entre sus camaradas, que hicieron marometas para no caer todos al abismo.

Un olor de violetas invadió la cordillera. El prisionero estaba deshaciendo su muro. De allí venía la fragancia. Calmo, sonriente, descendió transportando el precioso cuerpo. La herida, lamida fervorosamente, ahora se veía rosada, bella como un ombligo. El muñón, adiestrado al alpinismo por la locura, ahora, manejado con lucidez, se hizo maestro. Marciláñez logró sin ayuda llegar sano y salvo a la cornisa donde lo esperaban sus compañeros.

Con la misma calma con que bajara se sentó en una piedra, colocó a la muerta junto a él, pasó un brazo protector sobre sus hombros fríos y con voz amable pero implacable dijo:

–Escucho...

La Barum no comprendió por qué el ridículo de Marciláñez se aferraba a su antiguo cuerpo caderudo, tetón, de elefanta. Su espíritu delicado, de niña, se sentía mucho mejor en el envoltorio actual...

–Alamiro, alza inmediatamente mis despojos y arrójalos al precipicio... Ya no los necesitas... ¡Aquí estoy yo, mejor que nunca, por fin en el cuerpo que me corresponde!

Marciláñez, con la mano izquierda, se golpeó el hombro derecho y levantó el muñón en forma procaz. Luego asió una piedra filuda y blandiéndola como puñal espetó:

–Sé lo que piensas. La ridícula eres tú... En el fondo quien siempre se interpuso entre nuestra felicidad fue tu espíritu cursi. Ahora te lo puedo decir con todas sus letras: ¡me cago en la poesía! Sólo amé tu cuerpo y ahora por fin lo tengo sin compartirlo contigo.

–¿Cómo osas profanar mi carne, manco usurpador? ¡Pártela en pedazos y dala a comer a los buitres! Comprende que es mejor ser espíritu puro...

–Mejor para tu narcisismo. Te prefiero de muñeca. Tu cuerpo hace lo que quiero cuando quiero en la posición que quiero y no escribe versos...

–Pero...

–¡No hay pero que valga! ¡Al que trate de arrebatarme esta finada, lo mato! ¡Déjenme pasar! ¡Iré a vengarme de quien le destrozó el corazón! ¡Lucharé al lado del general Lebatón contra el ejército bandido! Sigan su viaje sin finalidad y no nos estorbemos mutuamente.

Alamiro Marciláñez, cargando sobre sus espaldas a su amante muerta que con los brazos abiertos y desnuda se balanceaba como una gran cruz de carne, desapareció por el desfiladero rumbo a la Revolución...

Los habitantes de Antofagasta, cargando paquetes, huían hacia la playa mezclados a las nubes de polillas que oscurecían las calles inclinadas del puerto. Dos aviones del ejército, en el cerro, bombardeaban con saña la colosal estatua de Juan Neruña. (Después del triunfo de Vihuela, gracias al poema de san Gegé, en agradecimiento «eterno», el Gobierno llamó a un concurso para elegir el mejor proyecto. Ganó un escultor desconocido copiando el *Balzac* de Rodin. El cínico sólo agregó la célebre bufanda con que Neruña ocultaba su rostro, nada más. Cuando se dieron cuenta del fraude, ya era tarde. El gigante de cemento dominaba el puerto sobre su zócalo en forma de templo griego.) El silbido de una bomba atemorizó a los fugitivos. Quizá los aviones tenían también orden de volar el puerto y

masacrarlos a ellos. Se lanzaron de bruces en la arena. La estatua explotó llenando el cielo de fragmentos grises. La cabeza rodó desde la cumbre, atravesó como una inmensa bola de billar la avenida Central, más alta que las casas (todas de un piso a causa de los temblores), y llegó al malecón para saltar y sumergirse en el océano bañando de agua salobre a los habitantes. El Partenón quedó intacto... Las máquinas giraron alrededor de las ruinas, probablemente para fotografiarlas. De pronto, por entre las columnas asomaron dos cañones y disparando al unísono destrozaron a los aviones, que fueron a estrellarse contra los cerros áridos.

Un hurra intenso brotó de la población: los tanques capturados por los mineros viajaban de noche rumbo al extremo norte del país y cada pueblo, cómplice, los iba ocultando. Esta vez, protegidos por el inmenso zócalo no habían sido tocados. Volvieron a emprender el camino, mientras uno de los mineros tripulantes iba en busca de sus camaradas llevando la noticia triunfal que ningún periódico publicaría.

El ejército de Lebatón ya había recorrido más de mil kilómetros por debajo de la superficie terrestre a través de túneles cavados por las ratas. Según les contó la Gárgola, Chile estaba atravesado por galerías que llegaban hasta el norte para desembocar en el morro de Arica. Deberían reptar aún cerca de quinientos kilómetros para emerger en ese puerto y desde allí bajar otra vez hacia la capital, conquistando a los obreros de todo el norte. Iquique, Pisagua, María Elena, Calama, Chuquicamata, Antofagasta, Caldera, Copiapó, La Serena, Coquimbo, Valparaíso y, por fin, Santiago, para apoderarse de La Moneda y derrocar al traidor.

En cuclillas, a gatas, acostado, el ejército se fue deslizando. Eran mineros acostumbrados a trabajar desde niños en las vetas carboníferas, arrastrándose como gusanos para obtener un sueldo miserable. Ahora reptaban alegres, días enteros, amando la humedad, el frío, la oscuridad y la estrechez, porque cada metro que avanzaban los acercaba a la libertad... Infatigable, Nepomuceno Viñas, imbuido de su personalidad de Juan Neruña, no cesaba de declamar el «Canto al Minero» a la cabeza del desfile. Cuando olvidaba un verso, discretamente el cojo Valdivia llenaba el hueco. La Zagorra, pegada a Lebatón como su sombra, no se quejaba, dando el ejemplo. Al comienzo, el general la vio ayunar. En esas galerías sólo podía alimentarse de raíces, honguillos, hormigas y cuanto insecto encontraban, pero no era bastante; la hambruna los amenazaba. Don Teófilo –así bautizaron a la rata sabia– dio unos coletazos formidables y pronto recibieron un cerro de roedores muertos, con el cuello

mordisqueado por sus congéneres. Las víctimas, gordas de cuerpo y pequeñas de cabeza, hacían pensar en crianza de ganado.

Él –la tradición militar se lo había enseñado– podría digerir tal alimento, pero su dama, la señora Zagorra, con su lengua habituada a los mejores champañas y caviares, no merecía esa repugnante cena. Le ofreció el único baúl que llevaban, lleno de latas de conserva... La mujer, con impecable dignidad, de un puntapié lanzó la caja hacia el fondo de una grieta.

–¡Todos parejos, mi general! ¡No quiero ser la vergonzosa excepción! ¡O llego en las mismas condiciones que ustedes o muero!

Y se arremangó la camisa barrosa, descueró un ratón, le vació las entrañas, lo atravesó con una varilla, lo asó y, reteniendo náuseas, le hincó el diente... Las tropas, hambreadas, aplaudieron y la imitaron febrilmente.

Del fondo del túnel llegó un resplandor rosáceo. Se precipitaron hacia él: ¡una caverna inmensa, fresca, fragante, con muros nacarados, puentes y charcas de agua cristalina! ¡Allí podrían descansar, para estudiar después el plan de ataque! Ordenó una siesta general de cuatro horas... Antes de dormirse, los mineros asistieron al *Dios Gracias* entonado con ritmo marcial por el abad y sus benedictinos, que habían ganado definitivamente la amistad de la tropa, asando con manos maestras a los roedores para darles un gusto exquisito con hierbas y sales extraídas quién sabe de dónde...

Paseándose entre los durmientes, Popeyito insomne buscó a su perro sintiéndose solo y abandonado... Apenas desembocaron en la catedral subterránea, el Atril y su hembra se pusieron a corretear husmeando por todos los rincones, retozando en las pozas, expresando con potentes ladridos una alegría que contagió a las ratas: chillaban deslizándose entre los canes, imitando feroces combates. Se dejaban agarrar por la piel del cuello y lanzar a lo lejos. Caían convertidas en bolas, y volvían a mordisquear las siete patas de los dos perros. Esos animales eran una lección ambulante: en el corazón mismo del peligro, no olvidaban jugar... Los encontró pegados, vientre a vientre, con las extremidades entrecruzadas durmiendo junto a docenas de lauchas. Un amasijo de angelitos. Popeyito se dio cuenta de que no podía estar enojado con el Atril ni celoso de la perra negra. Él no podía pertenecer al mundo feliz de los animales, era un hombre. Pero entre los hombres no encontraba su sitio: los mineros nunca lo aceptarían como igual por el hecho de haber nacido en una familia de carabineros. El general Lebatón y sus amigos poetas lo admitían de lejos: claro, él no tenía cultura, cuanto más había leído el silabario y el reglamento del tránsito (saltándose la mitad de las páginas). Mucho

menos podía conversar con los curas; se limitaba a recibir bendiciones y a ayudarles a descuerar las ratas nuestras de cada día... Suspiró... Sería bueno buscar una charca discreta y sumergirse en ella para gozar de la compañía del agua. Recordó que cuando era niño y estaba triste entraba en el río y le contaba sus penas a la corriente.

El fondo oscuro del inmenso lugar estaba desierto. Detrás de unos peñascos, en medio de la penumbra, brillaba un remanso alimentado por gotas que caían desde las puntas de miles de estalactitas. Se despojó de las botas y del uniforme enlodado, entró paso a paso en el líquido cristalino, se sumergió hasta la cintura y se dispuso a conversar con el agua... Sus ojos poco a poco se acostumbraron a la oscuridad y de pronto se dio cuenta de que lo que había tomado por una piedra era don Teófilo, la vieja rata, allí, solitaria, tomando un baño de asiento, lejos del tumulto, sin tener a nadie con quien comunicar. Al lado de los otros roedores, ella era un ser consciente, pero su inteligencia sumergida en un cuerpo de rata la hacía un monstruo entre los seres humanos. «Es como yo... Somos dos parias inclasificables... Nos necesitan, nos toleran, pero nunca nos aceptarán...» Se olvidó de sí mismo y compadeció al animal. Con los pelos mojados, lacios, se veía como un nene abandonado. Popeyito tuvo ganas de llorar viendo esa mirada profunda y pura como el agua. Con la misma ternura con que antes trataba a su perro, se acercó y le acarició el lomo. El animal, extasiado, se dejó masajear pero, de pronto, se sumergió. Popeyito recuperó la tristeza. Lo había rechazado; nunca más tendría compañía. Don Teófilo apareció entre remolinos y tendió una pata hacia él. Tenía algo entre las garras. Le estaba ofreciendo hongos pecosos. ¿Ah, vamos a sellar la amistad comiendo estas excrecencias? ¿Por qué no? ¡Vengan! Y masticó los vegetales. ¡Puaj!, eran acres y raspaban la lengua. Se esforzó por no escupir y tragar. No quería ofender al amigo... Apenas la amargura le llegó al estómago, tuvo una necesidad imperiosa de limpiar la superficie de su cuerpo. Tomó un puñado de piedra molida y parte por parte se restregó enérgicamente la piel. Cuando terminó, al cabo de una hora, la cabeza le daba vueltas y las piedras comenzaron a transformarse en esmeraldas. A través de esa luz verde pudo ver cómo el agua se escurría del sitio que ocupaba e iba a acumularse bajo el animal para elevarlo adoptando la forma de un trono transparente. No pudo menos que colocarse de rodillas. La rata, con las piernas posteriores entrelazadas, era más que un rey. Popeyito lloró sin despegar su vista de la aparición. ¡Qué nobleza, qué humilde poder, qué joya ese espíritu pulido por incontables trabajos! Fue capaz de ver los detalles del inmenso cuerpecillo: una red de cicatrices

mostraba las batallas por las que tuvo que pasar, las veces que arriesgó la vida, agujeros dejados por colmillos, manchas de enfermedades, ayunos, arrugas y, sobre todo, dolor moral: comenzó en la vida como el último de los engendros, una rata de alcantarilla, y desde allí, peldaño tras peldaño, tuvo que subir, vivir mil vidas y mil muertes, despedazar límites, fabricarse órganos espirituales a punta de severidad y sacrificio, disimulando su luz, flecha en el aire, serpiente en la piedra, barco en el océano, borrando huellas, cortando raíces, soltando el lastre sin cesar, cabalgando en el cambio continuo. Estaba ante un titán: ¿cómo si no una rata hubiera podido llegar a tanto? ¡Superar al hombre, que al comienzo estaba tan lejos para ella como la luna! Y también lloró por el profundo aislamiento en que ese ser se encontraba, libre entre animales limitados, sin nadie que pudiera responderle en su nivel, con el secreto a cuestas como una cruz, mudo por falta de oídos amplios... Quiso arrojarse en sus brazos, pero constató que estaba cambiado en estatua de piedra... Luchó con toda su alma y de pronto se encontró sentado en el trono de agua, dentro de la rata sabia, y frente a él su cuerpo de hombre con la boca tan abierta como los dos blancos círculos en que se habían convertido sus ojos... Esa sensación ya la conocía, más o menos. La espuma del torrente le permitió entrar en el Atril, conocer su mente perruna... Ahora podría, si lograba no perder la última lucidez, comprender desde el interior el mensaje de ese gran maestro. Los roedores no eran enemigos del hombre, estaban allí para ayudarlo; ser en cierto modo la cabalgadura de la humanidad... Se sintió desfilar por los caminos del planeta entre ríos de bestias peludas y pies humanos; se vio atravesar la galaxia, sembrar la vida en el cielo... Miró a su amigo bípedo, de rodillas en el agua. Le tuvo compasión: un cerebro simple, puro, pleno de bondad... El animal hombre era bello. Había que guiarlo, aceptar su pedido, convertirse en maestro... Popeyito despertó con la rata dormida en su cabeza. Sonrió. Ahora sí había encontrado compañía. Iba a luchar por conservarla: tendrían que pasar sobre su cadáver antes de arrancarle un pelo a esa rata venerable, sagrada.

Un mensajero llegó del norte proclamando la victoria. Los tanques, después de haber abatido los aviones que destruyeron la estatua del compañero Neruña, iban rumbo a Arica.

Lebatón, con voz íntima pero suficientemente alta para que la oyera todo el mundo, prometió a Nepomuceno Viñas que el coloso sería rehecho, pero esta vez no embozado, sino con el rostro de Juan Neruña impreso en el cemento. El vate levantó sus brazos y agradeció como campeón de box la ovación de los mineros.

El general reunió a su estado mayor alrededor de una roca plana para estudiar el plan de ataque. Dibujó con tiza el territorio del norte de Chile. Ya se lo sabía de memoria. Indicó los boquerones por donde podían emerger y también, durante los ataques aéreos, esconderse –bueno, los sitios podrían no ser exactos o bien no existir–. La rata sabia se los había indicado a la señora Gárgola, única que, según su propio decir, comprendía el lenguaje de esos bichos, a quienes, por lo demás, los mineros estaban agradecidos para siempre, pero en tanto que general en jefe, él no debía basar la victoria en un elemento animal que por razones misteriosas decidía ayudarlos. De un momento a otro podrían desaparecer y dejarlos indefensos en medio de las grietas. Lo mejor era usarlas hasta donde se pudiera sin convertirlas en resorte imprescindible. Mejor que ratas era conseguir hombres...

Popeyito quiso interrumpir (él ahora se comunicaba perfectamente bien con don Teófilo y estaba dispuesto a colaborar como intérprete, pero sin confianza no podía aparecer el amor, y sólo amando a las ratas, borrando todo prejuicio racial, conseguirían su plena colaboración. Los roedores no habían venido para hacerles un regalo –¿acaso se lo merecían?–, sino para entrar en una guerra que a ellos también les aportaría la libertad. No eran animales caprichosos, sino socios para toda la vida de la humanidad presente y por venir hasta el fin de los tiempos. El planeta ya no pertenecía únicamente al hombre, tendrían que aprender a compartirlo. Compartiendo multiplicarían el tesoro interior), pero se dio cuenta de que lo iban a tomar por loco. Más tarde llegaría el momento de aclarar la situación. Un ligero rasquido en el cuero cabelludo le indicó que la vieja rata estaba despierta y que aprobaba su silencio. Continuó escuchando a Lebatón...

...Y para conseguir esos hombres contaba fundamentalmente con que Juan Neruña allí presente –Nepomuceno lanzó un ejem cómplice– llegara antes a las minas exhibiendo su célebre figura, para recitar ante el pueblo un nuevo poema más virulento que el «Canto al Minero», llamando a todos a unirse al ejército rebelde y hacer triunfar la Revolución...

Viñas ordenó los tres mechones de su calva y miró de reojo, con angustia, a Valdivia. Recibió del cojo un gesto de asentimiento. Calmado, respondió:

–Delante de las masas obreras, guiado por la musa de la Justicia, improvisaré mi mejor obra. Si de mi genio depende, prometo el triunfo...

Lo aplaudieron. Solicitó un ayudante, que no podría ser otro que su camarada Valdivia. Lebatón le comunicó que un camión los estaba

esperando. El mensajero de Antofagasta los conduciría ocultos entre una tonelada de lechugas a la mina de Chuquicamata, donde diez mil simpatizantes estaban esperando al poeta. Si tenía éxito –cosa segura– seguiría precediéndolos de aldea en aldea, de mina en mina. Su poesía inflamaría la mitad del país.

Las piernas de Nepomuceno se pusieron a temblar y las del cojo se estiraron... Más tarde, masticando hojas de lechuga y saltando en el comatoso camión, por fin bajo un cielo abierto cuajado de estrellas, Viñas palmoteó paternalmente la espalda de Valdivia.

–¿Sabe, camarada?, ¡tengo tres versos geniales para terminar el poema que usted improvisará! Estudie bien mi estilo, no sea que lo arruine con sus largas parrafadas... En un poema lo único que cuenta es el final; el resto no es más que preparación y relleno.

El cojo comenzó a boquear. O se había atorado con las lechugas o vomitaba.

¡Momia desgraciada! ¡No se iba a salir con la suya! ¡Por muchos claclacacs que le augurara no dejaría pasar las siete vacas flacas! ¡Aunque lo estuvieran atacando por arriba y por abajo, por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda, él, Gegé Vihuela, firme, en el centro, sabría defenderse con dientes y uñas, aun al precio de concesiones irritantes como la de echarse encima, cual cómplice, al relamido general Lagarreta! Por culpa de la estúpida de Pili tendría que soportar a ese cara de hacha, con dos perfiles y sin frente, uniforme de casimir inglés forrado en seda china, anteojos dorados, guantes de cabritilla y botas que habían vuelto tuberculoso a más de un soldado de tanto frotarlas. ¡Carajo, ya ni las sambas lo alegraban! ¿Qué hacía él, presidente de toda una República, a medianoche, solo en aquella fortaleza, alejado de la capital, esperando a ese bicho antipático? ¡Cinco minutos de retraso! ¡Ya comenzaba a ponerle la pata encima! ¿Qué sería después? ¡Mucho cuidado, Vihuela, no estás manipulando un bastón sino una víbora dormida!

El chicharreo de las aspas de un helicóptero lo calmó. Después de todo había ventoleras y los minutos de espera podían ser disculpados atribuyéndolos al mal tiempo. Por una ventana vio el aterrizaje y comprobó que el militar venía solo. ¡Era absolutamente necesario que nadie se enterara de la cita! Tendría que preparar desde ahora la desaparición de ese general. Envenenarle la montura, darle un tiro en el perfil, cualquier cosa. Ya encontraría. Por ahora, directo al tema y nada de sentimentalismos inútiles.

Lagarreta se deslizó en el salón y con voz de pito dijo:

–¡Misión cumplida, señor presidente!

–¿Cuándo?

–Hace diez minutos.

–¿Testigos?

–Ninguno.

–¿Usted mismo lo hizo?

–No. Dos soldados de confianza.

–¡Error: hablarán!

–Coloqué una bomba en su camión. Las albóndigas no hablan –el militar ocultó una risilla limpiando sus lentes. A Gegé se le puso la carne de gallina. Ese hilo con botas estaba loco: cosa natural en un cerebro comprimido por un cráneo de sólo dos dimensiones.

–¿Está seguro de que nadie sospechará?

–Hasta su mamá creerá que es ella...

–¿Y el rostro?

–Lo aplastaron a patadas. Una jalea...

–¿Y las huellas digitales?

–¡Raspadas!

–¿Y la pelvis?

–Como usted dijo: cortaron los pelos en forma de corazón y los tiñeron de naranja fluorescente...

–¿Motivo?

–¡Suicidio! Se arrojó de un edificio.

–¿Está seguro de que no se equivocó de víctima?

–No me ofenda, excelencia. Tenía un buen álbum de fotos. La prima de la señora Pili, a causa, como usted y yo lo sabemos, de sus desviaciones sexuales, se vestía como hombre... Fue fácil identificarla.

–¡Catástrofe! ¿Cómo pude olvidarlo? Esa lesbiana era virgen...

–No se preocupe, señor presidente. Yo pensé en el detallito: antes de reventarle la cara, mis milicos la violaron. A uno de ellos lo llamaban «el Trompa»...

–¿Se acordó de las tarjetas postales?

–La obligaron a escribir cincuenta...

–¡Lo felicito, Lagarreta!

–¡Cuente conmigo para lo que sea, Gegé Vihuela!

Mierda. Ese tallarín alzado le quitaba el «señor» y la «excelencia». Él, como presidente, tenía derecho a comerse «su general», pero que un milico plano tomara la libertad de ponérsele al tú por tú le daba mala espina. «El mequetrefe peligroso en un dos por tres puede organizar un golpe de Estado: los otros generales lo seguirán fácilmente. La miel del poder atrae muchas moscas. Mejor darle lo que me ha pedido: lo nombraré ministro de Defensa.»

Mientras conducía su cadillac, oculto por un gran abrigo de cuello levantado, peluca, bigotes postizos y sombrero alón, siguió echando

pestes. El descuido de Pili podría hacerle perder la presidencia. Pensar que la eligió como una imagen de marca. Su cáscara de monja fue un as en el póquer de la campaña electoral y ahora, sorprendida in fraganti, a lo bruta... ¿Para qué tenía que ocultárselo? ¿Acaso no eran cómplices en todo? Él la hubiera protegido contra los periodistas amarillentos y los jefecillos de policía honestos. Pero quizás lo promiscuo y el peligro le daban más sal al caldo. ¡Vaya uno a saber qué había en el cerebro calenturiento de su consorte! La cosa comenzó con un simple allanamiento. Un prostíbulo ilegal. Cuando los mugrientos detectives entraron derrumbando las puertas en el discreto chalet, se dieron cuenta de que los clientes no eran caballeros sino señoras y las «trabajadoras» no eran putas sino machos..., pero perros. ¡Sí! ¡Perros amaestrados, cochinos, libidinosos, de grandes penes rojos y lenguas de lija! Mastines, lebreles, san bernardos... Una docena de animales en celo lengüeteando y poseyendo a damas en cuatro patas... Las cámaras fotográficas habían disparado sus fogonazos más de cien veces cuando el grupo de invasores se dio cuenta con consternación de que las degeneradas eran tres esposas de ministros y la mismísima y Excelentísima Primera Dama de la República, Pili de Vihuela... Los periodistas huyeron a todo motor mientras las autoridades daban disculpas bajo la lluvia de cachetadas que la Presidenta les propinaba por haberle cortado el orgasmo. ¡Otro craso error! Lo primero que debería haber hecho era patear las cámaras fotográficas y después las nalgas de los detectives. El escándalo comenzó en la nota roja de cuatro pasquines y terminó a ocho columnas en la primera página de los periódicos oficiales... Ninguna influencia, ni la divina, hubiera podido atajar el escándalo. La foto que por razones obvias nadie pudo publicar –Pili encuclillada sobre el apéndice de un perro pastor tirado de espaldas– circuló a la velocidad del rayo, en millones de copias fraudulentas. ¡Catástrofe! El país esperaba su reacción... San Gegé tenía que encontrar un remedio tan grande como el mal... Sacó su falso reloj de bolsillo, lo abrió y absorbió una dosis de cocaína.

A las dos de la madrugada entró como tromba en La Moneda y encaró a los ministros de Economía, Salubridad y Educación que lo esperaban con ojos legañosos. Acelerado por la droga, fue directo al tema economizando las buenas noches:

–Miren cabrones, sus viciosas y la mía han puesto al Gobierno en la picota. Tenemos que amarrarnos los pantalones y actuar no como víctimas sino como héroes. Si ustedes no me secundan, pierden el puesto, la fortuna y la vida. Yo sigo de todas maneras adelante. Necesitamos dar un golpe teatral. ¡La Inquisición medieval! Frente a

este vetusto palacio fusilaremos los perros satánicos y quemaremos vivas a las pecadoras. Cada uno de nosotros, con una tea bendecida por el cardenal Barata, encenderá una pira purificadora. ¿Ustedes tienen hijos? ¡Pues sus hijos deben acompañarlos! Si no se atreven, aquí hay tres pistolas cargadas. ¡Suicídense! Pero si se deciden sepan que toda la ciudad asistirá, que la radio y el cine estarán ahí, que el castigo se convertirá en fiesta pública más desfile religioso y militar...

Los ministros cayeron sentados llorando. Al cabo de diez minutos habían aceptado y discutían acerca del traje que deberían llevar durante el sacrificio: uno proponía el esmoquin; otro, una toga franciscana. El ministro de Salubridad propuso avanzar hacia el montón de leña desnudos mientras los azotaban curas encapuchados...

–¡No! –cortó Vihuela–. Estaremos todos vestidos con el nuevo uniforme militar. Desde ahora dejamos de ser civiles para convertirnos en soldados. ¡Abandonamos la máscara de la razón y mostramos el rostro implacable de la fuerza!

Salió dando un portazo. En el pasillo solitario sacó otra vez su falso reloj. Mientras sorbía el polvo blanco, la campana de la catedral sonó tres veces. La hora de la entrevista más peligrosa: Pili. ¡La muy cínica ni siquiera lloraba! ¿Y qué hacía desnuda a esas horas y con las mejillas tan rojas? Uno de sus zapatos de charol aplastó algo blando. ¡No es posible! ¡Una caca de perro en la alfombra! Frotó la suela, conteniendo su ira, en el sillón de terciopelo rosa.

–¡Déjate de disimulos, Pili! ¿Dónde lo escondiste?

Unos rasquidos violentos lo hicieron ir hacia el ropero y abrirlo. Le saltó encima un perro pastor alemán. Cayó de espaldas. El can, a dentelladas, le arrancó la bragueta y comenzó a darle lengüetazos en el pene.

–¡Párale, perro cretino!

–¡No cretinee a Rintintín!

–¿Cómo? ¿No era yo Rintintín?

–Usted era una pantalla en la que yo proyecté mi fantasma. Éste es el verdadero Rintintín.

–¡Sácamelo de encima o le corto la lengua!

Pili, amorosamente, abrazó por el cuello al animal y se acostó junto a él.

–Nunca creí que estuvieras tan loca: no te das cuenta de la gravedad de la situación. ¿Has visto los periódicos?

–Todos.

–¿Y qué piensas?

–Que usted está tan aferrado al sillón presidencial que encontrará el medio de sacarme del lío...

–Efectivamente. Lo encontré...

–Antes de que diga nada, debo aclararle que estoy dispuesta a todo, pero que de ninguna manera sacrificaré a Rintintín. Nunca nadie me ha dado tanto...

–Dejemos para más tarde las confesiones sentimentales. Nos queda poco tiempo: ya deben haber descubierto tu cadáver.

–¿Qué?

–Sí. Te suicidaste arrojándote de un edificio. Escribirás una carta expresando tu arrepentimiento y el deseo de encontrar justo castigo en el infierno...

–¿A quién asesinó en mi lugar?

–A tu prima.

–La pobre. Siempre me envidió y quiso vivir mi vida. Por lo menos logró suplantarme en la muerte. Llévele flores a su tumba.

–No tendrá tumba. Quemaremos vivas en la plaza pública a las tres necias que pervertiste y yo llevaré hacia la pira, en mis brazos, a tu supuesto cadáver. Las cenizas las recogerá el camión de la basura.

–¿Lo sabrá mi padre?

–Por el momento, nadie. Tú te convertirás en tu prima. Vivirás en París. Ten estas cincuenta cartas postales firmadas por ella. Desde allá enviarás de vez en cuando una a don Moisés. Cuando yo haya terminado mi período y si no me reeligen y si él aún vive, iremos a verte a Francia... Ten, tus falsos documentos. Pon tus huellas digitales y prepara tus maletas. Ahora me voy. Tengo dos o tres cosas que hacer. Organizar la ceremonia de la inquisición y encontrar un pastor alemán parecido al tuyo para fusilarlo junto con los otros perros.

–¿Cómo viviré?

–No te preocupes. Mañana te doy la sorpresa.

–No me venga con traiciones, don Gegé, que me lo conozco de memoria. No subo en el avión y le hago la escandalera del siglo, bastantes puntos flacos le conozco, si no me da exactamente lo que necesito.

La palabra «flacos» le recordó las siete vacas fatídicas. Se puso a temblar...

–Te daré mucho más... Confía en mí, mi amor...

–Sólo amo a mi perro... Recuerde que nosotros somos socios...

–Lo recuerdo, Pili... Que duerman bien...

Y con solícitos cuidados cubrió a la mujer y al can con la sábana de raso.

Gegé durmió un par de horas. Apenas abrió los ojos hundió su nariz en el reloj y absorbió profundamente. Limpio, rasurado, con una ligera capa de maquillaje y las uñas barnizadas, se dejó conducir

por la comitiva al Hospital Nacional del Santísimo Gegé. Él lo había hecho construir, apenas lo eligieron, mediante turnos que trabajaron las veinticuatro horas del día, en menos de tres meses. Afirmó su popularidad sin costarle nada: el dinero se lo prestó un banco americano y se las arregló para no pagarlo. La ceremonia era siempre igual. El edificio embanderado, la orquesta de los paralíticos, las paredes recién pintadas (sólo los pasillos por donde él pasaría, el resto seguiría descascarándose), los médicos con los talones juntos haciendo el saludo militar, el almuerzo escarbado en las ollas de la comida para enfermos (las ollas serían las mismas, pero los guisos vendrían directamente del restaurante Napoleón, cuatro estrellas) y por fin el desabrido discurso de agradecimiento. ¡Qué tedio! Tanto habían insistido que lograron hacerlo pasar por las máquinas y los pinchazos. Cuatro horas lo tuvieron bajo los rayos X bebiendo jaleas raras, dando sangre, saliva, pipí y caca a los aparatos analizadores. Y para entregarle los resultados esos pegajosos, en lugar de enviárselos simplemente por correo, armaban una deprimente kermés. Justo ahora que estaba sumergido hasta la coronilla en el escándalo de Pili. Y además, para colmo, el posible brote revolucionario de los mineros nortinos, aliados con un ejército de ratas amaestradas... La demencia desatada... A todos les estaba dando por los animales. Sólo faltaba que él nombrara ministro de Educación a un loro...

Las motos de los pacos le abrieron camino. Llegaron al hospital justo a la hora. ¿Dónde estaban la orquesta y las banderas? ¿Y por qué todos esos monigotes alrededor del director vestidos de oscuro? ¿Que no era una fiesta para celebrar su visita? Más bien parecía entierro. No sintió olor a pintura fresca y los muros mostraron impunemente sus escamas. Lo estaban despreciando. Ya vería cómo cortarles los víveres a los muy vanidosos.

Iba a detenerse y ordenar la retirada cuando con venias exageradamente afables lo hicieron entrar en el gran laboratorio. ¿Acaso no tenían un disco de samba para alegrar el ambiente? Lo sentaron. El director con los ojos húmedos se paró ante él, sin las hojas del discurso. Vaya, vaya. Iba a improvisar. Ahora comprendía. Alguna fecha se le había pasado desapercibida, quizás su aniversario de casamiento o qué sé yo, y ahora, después de las primeras felicitaciones, las serpentinas iban a desenrollarse, las banderas a flamear, la orquesta a quebrar el silencio y los enfermos y abnegados practicantes a vitorearlo y cubrirlo de flores como se lo merecía. Sonrió ampliamente, invitando al pálido médico a pronunciar esas frases que por tímido y de tanto cariño que le tenía a su presidente se le atoraban en la garganta...

–Señor presidente, es mejor decírselo, porque un valiente como usted no merece que le mientan...

Pero ¿qué estilo de frase era ésa? ¿Dónde había quedado la oratoria? No estaban en una cantina deglutiendo el vigésimo martini para que lo trataran tan «de hombre a hombre»...

–Nos hemos reunido los mejores médicos del país para analizar sus resultados. La conclusión es unánime: tiene usted cáncer en el hígado, imposible de operar. Sólo le quedan algunos meses de vida…

–¿Qué? –gritó Vihuela parándose tan bruscamente que partió en dos la cola de su frac.

–Así es, don Gegé...

–¡Excelentísimo!

–Sí, excelentísimo. Ya el tumor está muy avanzado. Es de los traidores. No se sienten más que hasta el final. Usted por ejemplo parece sano, pero en un mes comenzará a ponerse café verdoso, de pies a cabeza...

–¿Yo, café verdoso? ¡Bola de mentirosos, comecarroñas, envenenadores! ¡Salirme con ésas a mí! ¡Comunistas vendidos! ¡Gegé Vihuela no puede morir! ¿Cuánto les pagaron los yugoslavos? ¡Los acuso de alta traición!

Y comenzó a chillar hasta enronquecer:

–¡Auxilio, Lagarreta, tratan de asesinarme!

El laboratorio fue invadido por soldados con ametralladoras al mando del Cara de Hacha.

–¡Arreste a estos bandidos! Luego le cuento. Y clausure el hospital: que nadie entre o salga hasta nueva orden. ¡Complots a mí, ya verán, carniceros desgraciados! ¡Les haré tragarse los bisturíes!

Le era imposible contener su furia... Para descontraer sus mandíbulas y poder hablar, Gegé, sin recato, sacó su reloj y junto al general Lagarreta sorbió una triple dosis. Éste, como Pedro por su casa, estiró sus dedos que de escuetos parecían clavos y se sirvió dos pellizcos. Gegé ni cuenta se dio. Estaba tan iracundo que olvidó cerrar la tapa y al meter el cronómetro en el bolsillo desparramó una nube de cocaína en el cadillac.

–Le tengo que hablar en la oreja porque ni en mi chofer ya confío. Pueden haber llenado el coche de micrófonos... El país está podrido. El oro comunista se infiltra por todos lados... Le doy dos horas, es todo el tiempo que tenemos antes de la junta de diputados y senadores y la conferencia de prensa, para que logre que esos médicos confiesen en público que trataron de asesinarme, que forman parte de un complot internacional y que fueron ellos los que adiestraron a los perros prostitutos. Dróguelos, chantajéelos, rapte a sus esposas, hijos,

padres, abuelos, tatarabuelos, córteles pedazos de carne, lo que sea, pero triunfe... ¡En esas dos horas aproveche también para asesinar al ministro de Defensa y haga que los doctores se echen la culpa! Hoy mismo usted ocupará ese cargo vacante.

–Gracias, Vihuelita, ten confianza en mí. ¡No te fallaré!

¡El alambre que lo parió! ¡Osaba usar diminutivos, tratarlo de tú...! ¡Aguantemos; ya lograré engordar a esas siete vacas flacas como tu cara! ¡Me las pagarás todas, milico insolente!

La sesión en el Senado fue histórica. Cuando el presidente, llorando, leyó la carta que Pili le había dejado antes de suicidarse, el ambiente no se descongeló. Pero cuando entraron los médicos y confesaron ser ellos los amos de los canes a los que amaestraron experimentando con los enfermos del hospital, cuando también confesaron ser autores del asesinato del ministro, crimen del que nadie estaba enterado y que fue confirmado inmediatamente por un telefonazo de los periodistas a la agencia de noticias, cuando el cirujano jefe reveló que todos los hospitalizados eran falsos enfermos, agentes del imperialismo rojo, la sala estalló en un cerrado aplauso de apoyo incondicional al régimen.

Gegé Vihuela procedió a nombrar al reemplazante del ministro asesinado. Lagarreta subió a la tribuna y como discurso sólo pronunció lentamente el lema del escudo nacional, «Por la razón o la fuerza», con tal odio que provocó un silencio concentrado durante casi un minuto y después un coro de vítores.

El presidente aprovechó el momento para darle la palabra al cardenal Barata que clamó por un estado no sólo de sitio sino de inquisición.

¡Y la cosa llegó al paroxismo! Un secretario le pasó una tea al mandatario. Él la encendió. Las luces se apagaron, las puertas se abrieron y los empleados de la morgue entraron con el cadáver de la primera dama de la República. A la luz temblorosa pero amenazadora de la antorcha, Gegé Vihuela declaró que no sólo iba a fusilar a los médicos y los perros, quemar públicamente ese cadáver junto con las esposas vivas de los ministros, sino que también, para escarmiento de los yugoslavos, rusos y demás, incendiaría el hospital con todos los falsos enfermos dentro...

Entraron cientos de soldados con antorchas y la sala entonó el himno nacional. Gegé Vihuela cerró la sesión haciendo fácilmente que los senadores y diputados negaran toda mejora obrera y devaluaran otra vez el peso...

A las ocho de la noche Gegé llegó ante el avión particular conduciendo un deportivo Lo recibió el fiel Lucho, ya diez años su

aviador, a quien discretamente encerró en la cabina de pilotaje, para quedarse solo con Pili en el pequeño salón... Los sillones eran lujosos pero el pastor alemán los había meado para delimitar su territorio. Por suerte dormía como ánima bendita al lado de un faisán a medio devorar...

Pili, disfrazada de su prima, se veía bastante atractiva como lesbiana. Gegé quiso darle un beso en la boca.

–No. En las mejillas. Rintintín puede despertar y ponerse celoso...

–Comprendo. Aquí están las llaves del baúl. Ábrelo. Pili se lanzó sobre el manojo e introdujo una llave en cada cerradura. Eran cinco en total. El mecanismo funcionó perfectamente. Levantó la tapa y no emitió ninguna exclamación a pesar de que estaba lleno de lingotes de oro. Con celeridad abrió su cartera y extrajo unos frascos.

–Comprendo, Pili –dijo otra vez.

–Nos conocemos, Gegé...

La mujer eligió un lingote de la superficie. Extrajo otro de en medio de la carga y, por último, uno del fondo. Vertió el líquido sobre el oro, lo raspó, examinó y sonrió.

–Oro puro, mi lindo... No sabe cómo se lo agradezco...

–Agradéceselo a Chile. Él te lo da...

–O usted se lo roba...

–Bueno, no escarbemos. Con esa cantidad tienes como para vivir tres siglos... Confío en ti. Sé que sabrás adaptarte al sistema europeo y que estarás bien acompañada... Ahora tengo que irme. Hay varios detalles que me gustaría comunicarte pero debo asistir a la quema de brujas. La ceremonia comienza en media hora. Lucho despegará en veinticinco minutos. Desde arriba podrás ver el espectáculo. No te lo pierdas. Ya te diré cómo nos comunicaremos. Lucho tiene el nombre del banco y los papeles de la mansión donde vivirás. Si no te gusta, la vendes y te compras otra... Hasta la vista, Pili...

Y Gegé Vihuela, sin sonreír porque ahora a ella le provocaba urticaria verle los dientes, la abrazó y contuvo sus lágrimas. Pili no pudo disimular su alegría. Despertó a Rintintín y le hundió el hocico en el oro:

–Mira, precioso, el mundo es nuestro...

El presidente la vio tan feliz sentada en los lingotes dorados haciéndose lengüetear por el perro que, sin despedirse, emprendió la retirada. Ella se dio cuenta de su ausencia media hora después.

–¡Rápido, Lucho! –gritó–, si no despegamos ahora mismo nos perderemos el espectáculo...

Cuando volaron sobre el centro de la ciudad, a oscuras porque habían cortado la electricidad, los techos lucían rojizos iluminados

por las llamas del hospital consumiéndose hasta los cimientos. Las compañías de bomberos activaban el siniestro lanzando chorros de gasolina. En las calles un hormigueo humano desfilaba blandiendo antorchas y frente a La Moneda se elevaban cuatro lenguas de fuego. ¡Las hogueras medievales! Pili sonrió. En una de ellas ardía su pasado. Acababa de nacer. Despertó a Rintintín. Sin tener necesidad de insinuárselo, el bruto se le echó encima. Era ideal. Mientras se dejaba remecer, dejó vagar su imaginación... ¿Para qué necesitaba a Gegé con tanto oro? En su pasaporte se decía que era soltera. Podría casarse otra vez. Quizás con el presidente de Francia. Invertiría esa fortuna para hacerla prosperar. Sería multimillonaria. Necesitaba marido sólo por el poder político. En cuanto a machos, su pastor alemán le bastaba... Los temblores del placer comenzaron a borrarle las quimeras. Deliciosos mordiscos la sumieron en una embriaguez más y más intensa, hasta que, sin ningún recato, comenzó a lanzar a voz en cuello sus improperios... En medio del orgasmo le llegó la voz de Gegé Vihuela...

–¿Cómo estás, Pili?

¡Estúpido, qué pregunta inútil en tal situación! Esa voz relamida le cortaba el éxtasis.

–Le di esta cinta grabada a Lucho y le dije que te la hiciera oír cuando volaran sobre el océano Pacífico, cerca de las playas del norte... Te aconsejo que me oigas. Es importante para ti, no sabes cómo. Sé que te va a costar concentrarte... Lo más seguro es que estés cogiendo con tu perro, felicitándote de haberte liberado de mí y maquinando la conquista de un político de más clase que yo...

¡Cómo la conocía! ¡Eran escamas del mismo alacrán! Dejó que Rintintín continuara moviéndose hasta satisfacerse él y sacrificó su placer: el presidente, como de costumbre, había descubierto un truco para acaparar su atención.

–Ya habrás calculado el monto del oro e imaginado los negocios fabulosos que harás con él... Te preparas a iniciar una nueva vida donde yo no cuento para nada. Crees haber logrado lo mejor. ¡Te equivocas! ¡Lo has perdido todo!

¿Cómo? ¿Había traición entonces? ¡No era posible! Junto a ella estaba el cofre repleto de oro y Lucho la conducía con la pericia de costumbre hacia Europa... Gegé, celoso, deliraba.

–Por sentimentalismo pude salvarte pero cometiste un error fatal: te enamoraste de ese perro asqueroso. Todo te lo hubiera permitido, si en la base me hubieras reservado el sitio de honor... Tú eras invulnerable como yo; en cierta forma, virgen... En el centro de tu corazón no podía entrar nadie: caminábamos juntos, viéndonos de

cumbre a cumbre, admirándonos, cómplices en el mismo nivel. Pero me perdiste el respeto, me comparaste al animal y salí perdiendo. Mi presencia comenzó a darte alergia, sólo querías estar junto a tu amante, a cada segundo... El tiro de gracia me lo dio tu poema. Sí, tu poema, el que ocultabas dentro del «Cantar de los Cantares», versos románticos estilo colegiala en celo, dedicados a él, a Rintintín. Nunca me dedicaste a mí tan líricas estrofas. Al perro sí... ¿Comprendes? Tenía que castigarte...

Pili comenzó a ponerse pálida. Pero el cofre del tesoro la serenó... Al llegar a la frontera ya se las arreglaría para confundir a los agentes que estarían allí esperándola. No le arrebatarían el oro. Después de todo, Vihuela era un tonto. Confiaba demasiado en Lucho. Le bastarían tres lingotes para convencerlo de desviar el avión hacia Brasil...

–Dejé esta pausa para que imaginaras hacia dónde desviarías la ruta comprando al aviador. ¿Brasil? Con esa fortuna puedes ir donde quieras. Lo único malo de tus planes es que nunca desembarcarás... Eres tan distraída que no te diste cuenta de que el baúl era un cofre blindado. Su mecanismo en este instante se ha puesto a funcionar y si no conoces la clave no podrás abrirlo. Sí, ya sé, te precipitas sobre él, mueves los botones, forcejeas inútilmente. Piensas que llegando encontrarás el mejor de los cerrajeros, que no hay cofre que no pueda ser abierto. Tienes razón... Esperaré a que te calmes...

Pili se dejó caer en el sillón. Le dio un codazo a Rintintín para sacárselo de encima. Recuperó el resuello. ¡Qué falta de clase! Hacerla pasar por molestias mezquinas. Nunca pensó que su marido fuera tan pequeño. Le humillaba haberse casado con un hombre despreciable. Lloró de vergüenza...

–No llores, Pili. No soy tan despreciable como crees. Calculé un cofre blindado no para molestarte sino para recuperarlo. En unos cuantos segundos, la bomba que puse en el avión va a estallar. Lo siento por el fiel Lucho. El oro caerá en un sitio que he calculado bien. Se hundirá en el océano mientras tus pedazos y los de tu asqueroso perro son devorados por los peces. Después, cuando las cosas se calmen, yo lo recuperaré... Adiós para siempre...

Pili corrió hacia Rintintín...

–Rápido, poséeme a fondo, como nunca, aaah...

Y el avión estalló…

Yin y Yang parecieron volverse locos. Se pusieron a graznar durante una hora sin interrupción y como Hums los había atado a una piedra, no cesaron de dar aletazos ensordecedores. La luna llena,

roja, el calor agobiante, la ausencia del menor soplo de aire y la mudez de los insectos sumados al escándalo de los cóndores impidieron dormir a los viajeros. Zum se acercó a los araucanos y después de hacer una elegante venia les preguntó:

–Ustedes que conocen el lenguaje de los signos naturales, ¿qué leen en esta suma de ruido y silencio?

La respuesta fue escueta y no aclaró nada:

–Viene la cólera de Nguenechén.

Ruca y Totora introdujeron sus cuerpos en una estrecha grieta y siguiendo sus sinuosidades se acoplaron a ella, después de acomodar a la Gárgola, que con los ojos cerrados estaba en otro mundo, comunicándose quizás con la Maestra. Los compañeros se metieron en la zanja, tratando de hacer lo mismo. Les fue imposible porque sus formas rígidas chocaron con las esquinas y aristas... Prefirieron tratar de dormir sentados...

De pronto, como un ladrido sideral, haciendo temblar los cerros, envuelto en un ejército de nubes negras y remolinos de polvo, llegó el ventarrón, soplando más y más fuerte, arrastrando a velocidad vertiginosa perfumes, humedades, pedruscos, maderos, troncos enormes y, después, cuando su intensidad llegó al máximo y el ruido atronador se hizo monótono, rocas enteras, toneladas de granito, atravesando el espacio como barcas...

Se hicieron culebras en las grietas. Apenas podían respirar. Para filtrar el aire, pegaban las narices en la roca. Cerros enteros pasaban por encima de sus cabezas. Y los peñascazos llovían... Comenzaron a rezar, como de costumbre, hasta que se durmieron. Akk, insomne, inscribió cuidadosamente en la piel de su vientre una frase ampulosa donde describía la zanja y las fuerzas desencadenadas. El ventarrón podría durar días o semanas. Mejor era continuar la novela. Así, si los encontraban en la trinchera, muertos de inanición, los periódicos publicarían su obra póstuma... Trató de concentrarse. No pudo. Boli le pasó por encima, desnuda. Su pelvis rizada le cosquilleó la nariz, y los labios del sexo, con cierta torpeza, le dieron un buenas noches cómplice. ¡Era la Barum! La vio introducir la lengua en la oreja izquierda de Laurel Goldberg y musitar, llamando a Von Hammer. Cuando los ojos del muchacho se abrieron, el cuerpo se estiró a la alemana. La Barum le propuso que la penetrara. Después de todo era él quien la desvirgó, aunque con el cañón de un revólver. Y esa penetración se inscribía en su alma como un comienzo que debía ser llevado a término. Von Hammer no se hizo de rogar: a él le hubiera gustado la judía entera, en cuerpo y alma, pero a falta de pan... ¡Adentro! Y comenzó un coito estruendoso que a pesar del huracán

despertó a los demás... Pasado el orgasmo, Boli se encontró con Laurel escurriendo las últimas gotas de semen dentro de su vagina. Se miraron anonadados. Aquello no era lo que querían... Estaban retardando el momento del encuentro y un par de usurpadores había aprovechado el sueño para profanar sus cuerpos. El joven se puso a temblar: La Rosita podría enamorarse de un indio, La Cabra violar a una enana o Von Hammer ponerse a seducir vírgenes echándole los hijos encima... Boli, en manos de la Barum, se acostaría con medio mundo... Con delicadeza, retiró lentamente su sexo de la judía. Si querían formar una pareja sólida, tendrían que encontrar una manera de paralizar a sus huéspedes... La luz del alba dio tonos violetas al paisaje. El viento continuó soplando con la misma intensidad pero dejó de transportar rocas. Su lamento dulce, continuo, monótono, les fue comunicando una irresistible tristeza. Ruca y Totora se sentaron junto a la Gárgola, mirando hacia el suelo. Tolín, sin despertarse, sonámbulo, atraído por el ulular, salió de la grieta y se entregó al viento. Voló en espirales, giros inmensos, volteretas, como una enorme mariposa. El huracán se calmó poco a poco y depositó al músico, igual que a una pluma, de pie junto a la zanja. La vieja prostituta murmuró:

–Hace muchos, muchísimos años, tantos que en ese entonces el fondo de los mares era la superficie de la tierra, los araucanos vivían felices. No comían animales. Sólo frutas de árboles que ellos mismos plantaban. Del Wenu, el país más azul, donde habita Nguenechén, el Ser Supremo, vino una persona rubia, hombre o mujer o mujer-hombre, y les entregó un silbato, la pifilca, que emitía una sola nota. «Cuando estén en peligro, háganla sonar», les dijo. Pero como los araucanos vivían tranquilos, a pesar de que el ser blanco les había recomendado cultivar su sonido todos los días, olvidaron el instrumento musical. Se les perdió por descuidados. Y otros pueblos los conquistaron, esclavizándolos. Trataron de encontrar la pifilca... Anduvieron errantes, mirando hacia abajo, a ver si aparecía, tal como la soñaron, pero no sucedió. Por eso se emborrachan todo el tiempo... Cuando el huracán se la recuerda, inclinan la cabeza y lloran en silencio. Tienen vergüenza...

A tropezones –todos los postigos estaban cerrados y las cortinas corridas– en esa oscuridad que no le permitía ver ni sus manos, avanzó por el salón, se dio un narizazo en la puerta, recorrió el largo pasillo, entró en el baño en lugar de la cocina, corrigió su error, abrió el armario, escarbó en el cajón de las herramientas y asió con avaricia, como si fuera un diamante, el metro plegadizo... Prendió una vela y

con los ojos cerrados arremangó la pierna izquierda de su pijama dorado. Entreabriendo los párpados, Gegé Vihuela, con resuellos asmáticos, miró la mancha café que le había salido en la pantorrilla. Rozándola apenas, la midió escrupulosamente. Sacó un cuadernillo forrado en cuero, anotó los centímetros y comparó con la medida de hacía cuatro días... Se puso lívido. De cinco centímetros de largo por tres de ancho había pasado a doce por siete y medio. ¡Más del doble! Lanzó un aullido largo como sirena y prendiendo las luces por donde pasaba corrió a su dormitorio con la boca abierta escurriéndole baba. Entre temblores epilépticos arrancó el chal que cubría el espejo triple. Se desvistió. Respiró con alivio. Su pecho era el de siempre, suave, elegante, ligeramente musculoso. Y sus rodillas pequeñas dándole encanto a unas piernas de adonis... De frente, su piel se presentaba inmaculada. ¡Falsa alarma! ¡Manchón psicosomático! Siempre se sugestionaba cuando le hablaban de enfermedades... ¿Para qué esconderse cuatro días en la oscuridad de su mansión, temiendo ver su imagen, observar su cuerpo? ¡Hipocondría, nada más! Quizás un exceso de sol, o una indigestión o una alergia al casimir... Así como vino, igual de rápido la mancha se iría. Miró fijamente en los ojos de su imagen y le dijo al espejo: «Estoy sano, sanísimo, sin mancha en la pantorrilla»... Se dio cuenta de que sólo se había atrevido a mirar la parte delantera de su cuerpo. ¿Y la espalda? ¡Quién dijo miedo! Vamos... Ea... ¡Gira cuerpo...! Estaba como clavado. La lengua se le puso amarga. Transpiró goterones helados. Tiritones incontenibles lo remecieron tan intensamente que sus talones comunicaron el trepidar al parqué haciéndolo crujir. El presidente se propinó una cachetada que le enrojeció el cachete. No bastó. Se pellizcó una nalga. El dolor le sacó un «ay, mamá»... Después de muchos años recordó a su madre. «Ayúdame, santa viejita que estás en los cielos», dijo, y lentamente emprendió un giro. A medida que su parte trasera se iba reflejando en el espejo, su corazón latía más rápido y las piernas le flaqueaban... Cayó de rodillas con el culo apoyado en la superficie fría. ¡Su espalda estaba llena de manchas café! ¡Parecía cuero de jirafa! Lloró con ira... Los médicos le echaron una maldición, lo infectaron... Usando sus máquinas le inocularon el cáncer... ¿Y ahora qué hacer? El hospital era un amasijo de ruinas negras y todos los sabios estaban fusilados. ¡Sólo un milagro podría salvarlo! ¿Pero a qué santo encomendarse? No podía ir en peregrinación a Lourdes... Nadie debería saber que estaba enfermo y condenado. Él era el Líder, la Nación lo necesitaba sano, vivo y coleando... ¡Ahora, más que nunca, con los comunistas traidores y los yugoslavos encima! Tampoco le iba a dar a Juan Neruña el gusto de saberlo en tan lamentable estado... ¡Además no

creía en ningún santo y para obtener un milagro era necesaria la fe! Lanzó un resoplido. ¡Había una esperanza! En dos seres creía: doña Violeta de la Santa Cruz y su momia castañetera... Ellas fueron las primeras en meterle en la roña... ¡Las vacas, de tan flacas, eran cuchillos de guillotina! Ahora tendrían que sacarlo... Aunque estuvieran archiquemadas... Corrió al teléfono: marcó los números con tanta precipitación que se quebró una uña. ¡Lagarreta se ocuparía del caso!

–¡Lo necesito, general!

–Aquí estoy para lo que se te frunza, Vihuelita...

Ese trato socarrón, irrespetuoso, le daba ganas de vomitar. Por darle un dedo ya le había agarrado el brazo hasta las bolas. Si salía de ésa, le cortaría el clavo que tenía de lengua.

–Mire, mi amigo, tome un helicóptero y vuele a Melipilla. Escarbe en las ruinas de la casa de la vidente. Busque sus huesos, un trozo de colchón, cualquier resto y me lo trae de inmediato.

–¿Puedo preguntarle para qué quiere esas basuras?

Roto desgraciado. ¿En qué quedaba la obediencia ciega? No se le ocurría ninguna mentira... Soltó una media verdad.

–Para fabricarme una medicina. Parece ser que las reliquias curan la diarrea...

–¡Ah, estás afectado, Viguito! No tengas miedo. Si me dejas las riendas te aplasto la revolución de los comunistas nortinos en un par de días...

Ahora lo trataba de cobarde el hijo de puta. Apenas se le borraran las manchas lo haría picadillo... En fin, harina... porque era puro huesos...

–Confío en usted, Lagarreta. Sabré agradecerle. Ya ha visto que no le fallo...

–Más le vale.

¡Cortó la comunicación! ¡Él! ¡Un ministrillo de porquería dejarlo con el teléfono en el aire y además amenazándolo! ¡Hasta dónde habían llegado! ¡Basta! ¡Ni un milímetro más! Buscó debajo de la cama. Extrajo la pequeña ametralladora que le enviara el jefe de la CIA para su aniversario... ¡Aquí lo espero, apenas me entregue las reliquias lo haré coladera!

Tres horas pasaron demasiado lentamente. De pronto, en el dorso de sus manos vio puntos oscuros. Nunca había tenido esas pecas. Apagó otra vez las luces y se sentó a esperar en la oscuridad. Dormitó. El ruido del helicóptero lo sacó del sopor. Mientras aterrizaba en la vasta azotea, iluminó cuanto pudo el lugar y se afeitó como un rayo vistiéndose con un traje primaveral de corte impecable.

De ninguna manera iba a mostrarle la hilacha a ese milico envidioso... Sintió su taconeo metálico. Las botas de tan afiladas parecían vainas. Colocó la ametralladora en un sitio estratégico. Abrió los brazos y con los dientes emitiendo brillos avanzó hacia el ministro. Trató de evaluar el peso del paquete que traería en las manos, pero las vio vacías. Pero ¿qué carajos fue a hacer a Melipilla? Con una voz seca que trató de hacer simpática, disparó:

–Veo que no me trajo nada, general Lagarreta. Un pedazo de tabla carbonizada hubiera bastado...

–Mira, Vigo, tendrás que seguir cagándote... Cuando llegué al sitio no quedaban cenizas. Nada. Ni siquiera tierra. Los fanáticos habitantes de Melipilla se te adelantaron... Todo se llevaron como reliquia... En lugar de terreno encontré un pozo de siete metros y aún hay gente que sigue cavando y llevándose el barro.

–¿Un pozo de siete metros?

Sintió que le habían dado un palo en la cabeza y, sin poderse contener, dejó caer la máscara... Vociferó:

–¡Mierda de mierda de mierdas! ¡Alta traición! ¡Sabotaje marxista-leninista-estalinista! ¡Mira, flaco: si no quieres que tu país se vaya al puto coño, te llevas a Melipilla un pelotón de pelados, los más salvajes que encuentres, rodeas el pueblo con alambre de púas y allanas cada casa! ¡A quien no te entregue su reliquia, aunque sea un puñado de cenizas, le partes el hocico...! ¡No respetarás a nadie, todos deben pasar por la cacerola, mujeres, niños, hombres, viejos, todo...! ¡Te traes la tierra, los pedazos renegridos, lo que sea, en camiones blindados! ¡Luego fusilas a todo el mundo y borras a esa aldea felona del mapa! ¡Y no me preguntes nada, no estoy de humor! ¡Mañana será otro día!

–Así se hará, Vigo. Comprendo que con chorro en el anillo te sientas enervado. De todos modos te advierto que mis amigos los generales Lebrún y Benavides quieren ser ministros también. De Economía y Gobierno. No les vamos a decir que no. ¿No?

Cuando el militar cerró la puerta, Gegé Vihuela corrió al baño. De verdad le había dado diarrea...

Cincuenta mineros armados de picotas, chuzos y unas cuantas escopetas los sacaron del camión de lechugas, los metieron dentro de dos carretillas y, vigilando cada palmo del arenoso camino, los llevaron a una caseta de madera donde los esperaba un plato de porotos con tallarines, una botella de vino y dos panes con gusto a aserrín. También una jarra con agua, un lavatorio y un pedazo de espejo, dos camas de lona y un par de colchas remendadas. El que

parecía jefe les dijo sin despegar la vista del suelo:

–Descansen, camaradas. Coman lo poco que podemos ofrecerles. El viaje debe haber sido agotador... Apenas oscurezca vendremos a buscarlos. La noticia ha corrido como chispa en reguero de pólvora. Reuniremos más gente de lo que esperábamos. Como quince mil almas... Lo que por un lado es excelente y por otro peligroso. Hemos recibido cartas anónimas: amenazas graves, de muerte. Como la policía no se atreve a subir hasta las minas, somos demasiados, puede que la extrema derecha envíe matones agitadores. Quizás traten de asesinarlo, hermano Neruña. Registraremos al mayor número posible de camaradas, pero un arma, cuando se quiere, es fácil de ocultar... Muchos trabajadores se han ofrecido como escudos: lo rodearemos con un anillo de cuerpos para protegerlo mientras recita el nuevo poema. Entre los voluntarios escogimos sólo mujeres y ancianos para ver si los criminales se avergüenzan de la opinión pública y no disparan. ¡Usted arriesga el pellejo por nosotros, poeta, nosotros lo arriesgaremos por usted! ¡Si usted nos enseña a morir por la causa, daremos nuestras vidas a la causa! ¡Gracias! ¡Y gracias también a usted, anónimo ayudante; por muy pequeño que sea su grano de arena, ayuda a formar la playa!

El obrero dio un leve abrazo al cojo Valdivia y una serie de fuertes apretones, palmoteos de espalda y besos en las mejillas a Nepomuceno Viñas. Salió, cerró la puerta y la volvió a abrir para entrar otra vez trayendo en las manos una lámina de acero del tamaño de un cuaderno, con dos agujeros en cada esquina por donde estaba anudado un collar de pelos.

–Los compañeros dieron gustosos parte de sus cabelleras para que se trenzara un cordón simbólico pero sólido. Sería conveniente que bajo la camisa llevara usted colgada esta plancha del cuello. Puede atajar alguna bala...

Al cerrarse la puerta por segunda vez, el poeta cayó sentado en la cama que, por frágil, se desmoronó. Quedó tirado sobre la lona, resollando como agónico. Luego retorció la panza lanzando ayes anémicos.

–Amigo Valdivia, las lechugas me envenenaron. Siento que la parálisis se apodera de mi cuerpo, desde los pies hasta la lengua. Le hablo haciendo esfuerzos heroicos, porque el pueblo necesita este sacrificio: mi cojo del alma, el destino pone la poesía en sus manos. Desde el lecho de dolor seguiré su improvisación lamentando no estar a su lado materialmente. Y digo materialmente porque con el alma estaré entero inspirándole los versos, apoyándolo con mi genio... Usted les contará que un grave ataque me aqueja y como de

costumbre recitará el poema que yo le he dictado para que se lo aprendiera de memoria, porque en las marchas forzadas no tengo papel... Cuando, al final, gracias a usted me aclamen, mis admiradores podrán hacer cola y severamente registrados, uno a uno, pasarán aquí a verme encamado y enfermo, pero siempre listo, venciendo la fiebre y parálisis en aras de la patria... Evidentemente que rodeado por el anillo protector de mujeres y ancianos para que todos vean cómo el poeta nacional es amado...

El cojo Valdivia lo dejó resollar, quejarse y tiritar... Escuchó el sermón con un rostro impasible. Sin discutir, ayudó al vate a desvestirse y lo dejó desnudo bajo las mantas parchadas, al parecer durmiendo.

Nepomuceno se vio obligado a mantener los ojos cerrados una hora... Oyó a Valdivia dar pasos de un lado a otro, verter agua en el lavatorio, sacudir el polvo de unas ropas –sólo podían ser las de él–, quebrar el pedazo de espejo –el torpe– y realizar quién sabe qué acicale –cojo vanidoso–. ¡Ojalá que no olvidara los tres versos finales, porque si no el triunfo se le escaparía! Oyó las voces del grupo de obreros guardianes que venía a buscarlo. Pegó los párpados más que nunca e imitó ronquidos. Su amigo tuvo la delicadeza de salir de la cabaña y recibir la comitiva fuera... Nadie pareció quejarse. Nadie entró a verlo. Eran bien educados y respetaban su dolor. Desde el anfiteatro natural dejado en el cerro por las explosiones de dinamita llegaba el griterío de los millares de admiradores. Seguro que comprenderían. Es más, lo iban a admirar por ese sacrificio de permanecer allí a pesar del dolor y no retornar en busca de un hospital. Imaginó aplausos. Le parecieron pocos. Agregó vítores, papeles impresos loándolo, estatuas, más estatuas, capítulos completos en libros de historia... Mm... Se durmió profundamente, manteniendo la plancha de acero sobre su corazón...

Se despertó transpirando. La luz lunar que entraba como un brazo plateado por el ventanuco le permitió saber dónde estaba. A juzgar por la vela consumida, haría más de una hora que su amigo había partido hacia el martirio. El pobre... Un día, cuando el pueblo hubiera triunfado gracias a sus odas, escribiría un soneto en homenaje al cojo nombrándolo «el poeta desconocido», tan heroico como el soldado que estaba enterrado en París bajo el Arco de Triunfo... Una ovación monumental, lanzada por quince mil gargantas delirantes, llegó del cerro como una avalancha y lo dejó temblando con la piel encarrujada...

–¡Viva Juan Neruña! ¡Abajo Vihuela! ¡Libertad!

Vaya, vaya... El drama no había estallado. Cero balazos y triunfo

total. Otra vez las musas se apiadaron de Valdivia. Tenía una suerte increíble. Seguro que el «Canto a la Revolución» estaba saliendo de su boca con la facilidad de una cascada... Y ya cientos de manos lo estarían copiando y enviando estrofa por estrofa a los centros obreros del país... Otro colosal grito seguido por interminables aplausos dados con fuerza fanática remeció la cabaña...

–¡Neruña sí, Vihuela no!

¡Noche histórica! ¡Su mayor triunfo y se lo estaba perdiendo! ¡Quizás ayudaría que él, a pesar de la grave enfermedad, venciendo por amor a la causa la artera parálisis, se presentara con las piernas tiesas, pálido pero bravío, frente a los admiradores, para alzar al precio de dolores inmensos y en actitud de triunfo los brazos entumidos y lanzar, después de disimular un quejido, las tres frases finales! Para lograr aquello tendría que apurarse, no fuera que llegara cuando Valdivia ya hubiera terminado... Saltó de la cama, pasó por la cabeza el anillo de pelos y se acomodó la plancha. ¿Para qué arriesgarse inútilmente? Buscó su ropa: en un cajón vacío se veía un bulto oscuro. ¿Cómo? ¡Ésa era la ropa bolsuda de Valdivia! El cojo descarado se había vestido con su glorioso traje de poeta... ¡Tan feo como era y tratando de impresionar a las damas! Seguro que mientras decía el poema estaría pellizcando las nalgas de esas buenas mujeres que en heroico anillo lo cubrían dándole la espalda... Colérico, se enfundó en los casi harapos y buscó la jofaina y el espejo para peinar sus tres mechones: el famoso tridente, tan espectacular como los bigotes de Stalin. Un líder debía definirse físicamente: la caricatura era lícita cuando se trataba de marcar honestamente el alma colectiva... Encontró el lavatorio lleno de pelos. El patizambo exageraba: por eso quebró el pedazo de vidrio: para obtener una arista y arreglarse la peluca... Pero se le pasó la mano: dejó en la mesa casi toda su cabellera... Ridículo debe de haber quedado... Después de todo, estar vestido así lo ayudaba: tenía que mezclarse en la multitud sin ser reconocido e irrumpir en el estrado a último momento... Pero reconocerían su calva y las tres puntas... Encontró bajo la cama un periódico amarillento. Dobló sus páginas y se fabricó un sombrero Napoleón lo suficientemente alto como para aplastarle las mechas... Las ovaciones estallaban rítmicamente. Nepomuceno se dio cuenta de que seguían el ritmo de las estrofas... No es él quien los tiene fascinados, es mi fama, el nombre mágico de Juan Neruña. Mejor que me apure. Es tan vanidoso que perorará toda la noche. Desde la primera fila le haré señas para que se calle y me deje intervenir...

Una brisa glacial barría la pampa. La placa helada, pegada al sudor del pecho como cataplasma, lo hizo toser... Ni una hierba, ni un

insecto, sólo caliche torturado por el barreno y arena estéril. ¡Qué calvario la soledad! Para vencer la angustia alargó los pasos y repitió en voz alta los tres últimos versos. Más valía no equivocarse cuando llegara el momento apoteósico... Un perro sarnoso salió de un hoyo y gruñendo con los colmillos al aire se lanzó sobre el poeta. Éste trató primero de calmar a la fiera con siseos y «perritos lindos» que trataban de aparentar calma pero que hedían a adrenalina. La bestia se enfureció más. Con vergüenza, Nepomuceno abandonó la dignidad que caracteriza a todo hombre célebre y se lanzó a correr. El can lo alcanzó y hundió los dientes en las posaderas. Por suerte sólo atravesó los pantalones pero allí se quedó prendido, gruñendo y sacudiendo la cabeza. Viñas calculó que en unos cuarenta segundos el agresor le iba a arrancar los fondillos. Después volvería al ataque y sería un pedazo de asentadera la que iba a partir. Aconsejado por el miedo, se quitó la plancha de acero y golpeó con ella al animal. Éste dio un alarido, abrió las mandíbulas y se lanzó sobre el arma. Nepomuceno dejó que se quedara mordiéndola hasta romperse los colmillos y emprendió la huida definitiva...

Casi sin aliento llegó al anfiteatro. Vio que no había perdido su sombrero de papel. Sonrió. Después de todo, el ataque lo había hecho ganar tiempo. Ya estaba allí. Sin que nadie lo registrara, se introdujo entre la apretujada muchedumbre. Los versos resonaban, los aplausos iban y venían como olas. Arribas y abajos, vivas y mueras no cesaban de tronar... Aunque aún no alcanzaba a ver el estrado, algo le heló la sangre en las venas: Valdivia recitaba imitando la voz de Juan Neruña... No, peor..., imitando la voz de Nepomuceno Viñas cuando imitaba a Neruña... Se puso a dar codazos a diestra y siniestra hasta que pudo ver todo el espectáculo: la boca se le abrió de par en par. Frente a un mar de gente, alumbrado por millares de velas, en un tablado construido sobre barriles de lata, el cojo Valdivia, sin cojear, estirado como lápiz, haciendo grandes ademanes y dando paseos imponentes, con el cráneo rapado en el que se elevaban tres mechones, vestido con su traje, se hacía pasar por él, por Juan Neruña. ¡El infame, el ladrón, el traidor solapado! Y la imitación era perfecta... Nepomuceno por primera vez se dio cuenta de que la piel de Valdivia no era morena sino blanca. Pero, claro, si su padre fue un francés... Y observándolo mejor, el cojo se le parecía: mismo color de ojos, igual nariz larguirucha, grandes orejas... La amistad, falsa o verdadera, iguala... Y en el estado de trance que estaba, perdiendo litros de sudor, se hacía tan flaco como él... Alrededor suyo, en el fondo del escenario improvisado, un grupo de ancianos y mujeres con sus niños lo oía de pie, como cortina de fondo. Pero ¿que no iban a

formar un anillo defensivo? ¡Absurdo! Poniendo voz aguardentosa le preguntó a su vecino:

–Disculpe, compañero, llegué tarde porque se me pasó la mano en el vino... ¿Qué está pasando?

–Déjeme oír, camarada... Tenga más respeto... Hay un genio recitando...

–Pero...

–¡Calle el hocico, borracho insolente, o se lo rompo...! ¡Arriba Neruña! ¡Vivaaa!

Nepomuceno se tragó la ira. Esperó pacientemente una brecha en el poema y el delirio colectivo. Llegó al cabo de un cuarto de hora.

El cojo Valdivia, haciendo un gesto de Cristo, pidió un vaso de vino para humedecer su lengua seca. Un río de botellas surgió de la muchedumbre. En un santiamén el escenario se cubrió de litros rojos y blancos. El falso Neruña bebió un trago de cada uno. Aplauso cerrado...

Nepomuceno volvió a la carga.

–Perdone que lo moleste otra vez, compañero... Llegué tarde... ¿Qué está pasando?

Esta vez le creyeron... Poniéndose cada vez más pálido escuchó el informe de labios del minero.

–El comité central del Partido Comunista quiso probar al ex senador de la República. A ver si era un hombre y no sólo un nombre. Inventaron un atentado y convencieron a Neruña de que durante el poema iban a perder por él la vida unas pobres mujeres y ancianos. ¡El poeta resultó ser un verdadero héroe! Apenas llegó al escenario rechazó el anillo de voluntarios y abriendo la camisa mostró que su pecho no estaba protegido por una placa de acero. Se acercó al borde del estrado y ofreció su vida a la causa. «¡Si van a disparar, disparen ya! ¡Pueden matarme a mí, pero a la poesía, no! ¡Ella es inmortal y nadie puede amordazarla! ¡No vive en una sola boca, sino en el corazón del pueblo! El poema que hoy voy a decir ya está escrito y si a mí me asesinan lo dirá cualquiera, un minero, un anciano, un niño o mi secretario cojo que se lo sabe de memoria...» El enfrentar así al enemigo, el no permitir que otros arriesgaran su vida por él, le ganó inmediatamente la confianza de los obreros. Y cuando comenzó a recitar el «Canto a la Revolución», la llama sagrada se extendió. Era un incendio que nadie sofocaría. ¡Iban a seguir a Neruña hasta el fin del mundo!

Nepomuceno Viñas acompañó las lágrimas de devoción que vertía el obrero con otras, pero de envidia... El desgraciado le había robado todo. Si se dio cuenta de la trampa su deber era decírselo y no dejarlo

hacerse el enfermo; colaborar con él pero nunca tomar su sitio... Ya no podía desenmascararlo. Bebería la copa hasta la hez. Avanzó abriéndose paso trabajosamente hacia la tribuna. Cuando llegó a la primera fila, el maula estaba terminando el poema. ¡Y el ingrato no usaba sus versos! Despreciándolos olímpicamente, finalizó el recitado con tres frases de su cosecha... Viñas esperó que fracasara. Rezó por que nadie aplaudiera... En el remate un poeta se jugaba la obra entera... Pero después de un silencio de muerte estalló una locura colectiva: vítores, llantos, llamados a las armas, zapateos, trenes de aplausos, lluvias de sombreros, camisetas, grupos repitiendo de memoria los versos recién improvisados, redobles de tambores en cajas de lata, la canción nacional. Todos inmóviles, de pie, como guerreros, bajo el cielo estrellado, entre las rocas carcomidas de la mina, cantando como una sola voz. Y ante ellos, con los brazos abiertos en cruz, Judas, su ex secretario Valdivia...

Hizo toda clase de señas hasta que atrajo su atención. Una gran sonrisa atravesó el rostro del héroe del momento. Elevó sus palmas e hizo callar a la multitud.

–Compañeros...

–¡Vivaaa!

–Un momento, compañeros...

–¡Ya huevones, callen el hocico...! ¡Shss! El poeta va a hablar...

Poco a poco se hizo el silencio. Pareció llegar al infinito en esa pampa desolada... Juan Neruña indicó hacia la primera fila:

–Quiero presentarles a mi fiel secretario, al que por simpatía llamo «el cojo Valdivia»... Sin su fe, sus cuidados, su amistad, no estaría yo aquí... Este humilde hombre se sabía de memoria mi «Canto a la Revolución» y estaba allí, en primera fila, listo a tomar mi puesto y continuar el poema si yo caía atravesado por las balas. ¡Ven junto a mí, camarada Valdivia! ¡Tú, héroe anónimo, mereces compartir mi triunfo, que es del pueblo!

Estalló un palmoteo ensordecedor. Los obreros se apartaron de él y lo dejaron ante la multitud. Los bravos hubieran podido acallar el ruido de una tempestad. ¿Qué podía hacer? Tragarse el orgullo. Estaba en la trampa, hundido hasta el cuello. Haciéndose el cojo subió al tablado y abrazó al supuesto Neruña. Lo pasearon en hombros hasta que asomó el alba... Los obreros abandonarían las minas por millares. La marcha hacia Arica había comenzado.

Al día siguiente, en el camión de lechugas, Nepomuceno Viñas y Valdivia iban rumbo a Antofagasta, Tocopilla e Iquique, donde los esperaban tres grandes manifestaciones en honor a Neruña. El camino reseco serpenteaba entre cerros siempre iguales, áridos, llenos de

piedras oscuras, bajo un cielo desprovisto de nubes. El único verde del paisaje era la carga del camión. Cubiertos por las hojas, lacias de tanto calor, en esquinas contrarias, sin verse pero presintiéndose, como dos boxeadores antes del combate final, emperrados y tensos, el ex presidente de la Sociedad de Poetas y el ex secretario, dejaban pasar un kilómetro tras otro, sin pronunciar una palabra... De pronto, el chofer amodorrado pasó sobre una piedra voluminosa. El camión dio un salto que tuvo la virtud de desatar las dos lenguas al mismo tiempo, como si hubiera roto un par de diques...

–No hay derecho, Valdivia... Usted es un cochino traidor...

–Cállese Viñas, usted tiene la culpa... No se hace acreedor al sitio de héroe...

–¡Cómo te atreves, cojo de la caramba!

–¡Cojo ya no! Tenía la pierna doblada por puro complejo. Ahora que sé lo que valgo, no hay padre que me la doble...

–¡Ingrato!

–Te debo sólo humillaciones... Soy yo el que inventa los versos. Tú eres un ladrón cobarde, sin talento. Además, Juan Neruña no te pertenece. ¡Tiene que ser del mejor! Y el mejor soy yo... Sin mí, tú no puedes seguir. ¿Quién recitaría? Yo puedo ocupar el lugar del genio sin ti. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida. Por eso, desde ahora, el importante soy yo y tú, en el sitio que te corresponde, serás mi ayudante... Sólo me queda por decirte que imitas mi cojera bastante mal. Llegando, te enseñaré a hacerlo bien...

Nepomuceno, mudo ante tanto cinismo, contuvo su ira hasta que le zumbaron los oídos. Luego se volvió loco. Abriéndose paso entre las lechugas, a tarascones y codazos se precipitó hacia el rincón de donde venía la voz de Valdivia. Echando sollozos, mocos y baba, asió por el cuello al que había sido su fiel seguidor y con fuerza anormal para su cuerpo esquelético lo sacudió como un harapo. El otro comenzó a sacar la lengua, con el rostro granate. Trató de desprenderse, pero el demente le dio tal puntapié en los testículos que lo desmayó. Luego, sin darse cuenta, lo lanzó al piso y comenzó a patearle las piernas, cayéndose y levantándose como resorte a cada salto del camión. Cuando las carnes se hicieron puré y asomaron los huesos de las rodillas, con uñas y dientes le arrancó los tres mechones del cráneo...

–¡Trágatelos, cojo traidor!

Cuando volvió a la razón, un enjambre de moscones cubría las heridas de la cabeza y de las piernas... ¿De dónde habían venido? Extrajo los cabellos de la boca de su amigo –le había quebrado un diente– y trató de despertarlo dándole unas palmadas en las mejillas.

Estrujó lechugas para sacarles unas cuantas gotas. Cubrió las llagas con las hojas. Valdivia abrió los ojos. Balbuceó:

–Aquí se le acabó el esclavo, don Nepomuceno... ¿Ve este billete? –sacó del zapato diez pesos arrugados–. Con él puedo comprar un pincel y un tarro de pintura. No necesito más para ganarme la vida dibujando letras, que son lo único digno de la literatura. Búsquese otro imbécil que le haga los versos. O invéntelos usted, a ver si puede... Para mí, la aventura ha terminado. Regreso a donde nunca debí salir...

Y aprovechando que el chofer disminuía la velocidad porque iban a llegar a Antofagasta, saltó del camión y se alejó cojeando por la llanura grisácea.

Nepomuceno Viñas comenzó a darse de cabezazos contra la cabina. Valdivia al irse lo había dejado sin poesía. Él no sabía improvisar, lo reconoció. Es más, no sabía ni siquiera escribir un poema, aunque le dieran un año de tiempo para encontrar cada estrofa... Todo Antofagasta estaría ahí, quizás treinta mil ciudadanos. ¿Qué iba a hacer cuando la masa humana se callara, reverente, esperando frases inmortales?

Se llenó la boca de hojas de lechuga para que el chofer no escuchara sus lamentos...

XV. Primeros últimos encuentros

«Todos los finales son mi comienzo,
todos los caminos son mi sendero...»

Tonada de los benedictinos desertores

El desfiladero terminó. Tuvieron que atravesar una cortina de agua y emergieron, calados hasta los huesos, en un afluente del río Biobío. Sumergidos hasta la cintura llegaron a la orilla para internarse en una selva que parecía impenetrable. Ruca y Totora, con júbilo, anunciaron que habían llegado a las tierras de Arauco. Fueron guiados hacia un claro de donde partía un sendero bordeado de inmensas araucarias. Cuando el martilleo de la cascada desapareció tragado por la distancia, comenzó a oírse el llanto del niño...

Los gritos lanzados como trompetazos –una gula inmensa, desaforada, colérica, tozuda, titanesca– venían del fondo del paisaje, unos cerros lejanos, haciendo temblar las rocas, agitando los árboles, llenando las aguas de borbollones, filtrándose ensordecedores en la tierra, arrastrando como una avalancha tras su vibración a la naturaleza entera vuelta eco. Los animales volaban y corrían enloquecidos de un sitio para otro, aunándose al deseo gigantesco: «¡Teta! ¡Teta! ¡Teta!».

Siguiendo el ejemplo de los araucanos, escupieron en la tierra, hicieron bolillas de barro y se taponaron las orejas. Avanzaron en línea recta, directo hacia el sitio desde donde venían los berridos estentóreos. Un ramalazo de viento les trajo un tufo de alcohol de maíz. ¡La chicha indígena que las mujeres hacían fermentar con su saliva! ¡Mmm...! Se les olvidó el filósofo italiano y cambiaron la meta del rescate por la de una interminable borrachera. Ga inició la disparada. No necesitaba brújula para saber dónde estaba el trago. El grupo lo siguió montando en la mejor de las cabalgaduras: la sed. Ruca y Totora tuvieron que correr como galgos para alcanzar al tropel y atajarlo.

–Mucho odio en estas tierras... Sólo con los gualas pueden pasar...

Los araucanos cavaron un sitio señalado con estacas esculpidas representando figuras humanas y extrajeron dos trajes de plumas blancas y negras envueltos en tela impermeable. Se vistieron con las nuevas prendas, maquillaron sus rostros y convertidos en patos silvestres hicieron una danza guerrera donde imitaron el vuelo armonioso de las aves. También desenterraron dos fusiles que descargaron apuntando al cielo…

–Ahora saben que somos nosotros los que llegamos. No es necesario tener miedo. La Machi nos protege. ¡Avancemos...! Poco a poco se fueron dando cuenta de que los lugares que parecían desiertos estaban cuajados de indios. Rostros de ojos rasgados y piel oscura asomaban por centenares, espiándolos entre los troncos y las ramas. Cuerpos cubiertos por ponchos terrosos emergían unos segundos de las zanjas para hundirse con celeridad. Ejércitos de niños corriendo de un escondite a otro no cesaban de fisgar. Al cabo de unas horas, el olor a maíz fermentado se hizo más denso y grupos de araucanos borrachos fueron llenando el camino. Todos estaban armados; lanzas, boleadoras y rifles con cañones cortos. Los miraban con odio.

–Huincas...

Esa palabra lanzada como latigazo por las lenguas pastosas, mientras los hombres se tocaban los testículos y las mujeres se apretaban los senos, como arrancándoselos, les dio escalofríos.

–Huincas...

Grupos más numerosos vestidos con andrajos surgían de cada hendidura, rincón, claro de los bosques. Agitaban calabazas de las que bebían tragos de medio litro.

Los compañeros ya no avanzaban en fila, sino apretujados, en un vano intento por cubrirse los unos con los otros. La Gárgola susurró:

–Es un odio de muchos siglos. El huinca, hombre blanco, los ha asesinado sin piedad. Aún en 1900, eran acosados por cazadores de testículos y senos. Los hacendados les pagaban por esos sangrientos trofeos... Antes, los araucanos no comían carne, en su lenguaje no existía la palabra cuchillo. Pero los blancos les enseñaron a beber alcohol y asesinar a sus hermanos. Acusándolos de ladrones, les robaron la tierra y todo lo que tenían... Los amontonaron en las reducciones y, por desprecio, no los contaron más. Nadie sabe cuántos son hoy.

Era un hormiguero alborotado. Parecían salir hasta por debajo de las piedras... Todos beodos enervados por el llanto monumental. Ejércitos opacos, lagos de sombreros de paño descolorido, adornos lacios, mujeres con collares de tapas de gaseosas en lugar de monedas, pantalones con las rodillas abiertas en aullido, dientes podridos, sarna,

impenetrable mar de saurios... Gracias a Ruca y Totora nadie los atacaba pero era tanto el odio de la multitud por sus carnes blancas que se metían los dedos en la boca y vomitaban en el sendero por donde ellos estaban obligados a pasar. Centenares de labios arrojaban hedientes líquidos que al ser chupados por la tierra producían una sopa espesa. La Gárgola, aérea, digna, introdujo en la jalea sus pies desnudos e invitó al grupo a seguir avanzando.

–¡Teta!¡Teta!¡Teta!

Los llamados coléricos del niño aumentaron aún de volumen haciendo temblar tan intensamente la tierra que apenas pudieron mantenerse de pie.

De pronto desapareció la indiada y el paisaje se mostró esplendente. Una nube negriblanca cubrió los cerros. El viento imprimió un laberinto de olas en esa superficie de plumas blancas y negras. ¡Eran cerca de dos mil guerreros, armados hasta los dientes, disfrazados de patos silvestres!

Ruca y Totora dieron aletazos, saltos, zapateos, cantaron en mapuche, abrazaron uno por uno a los Compañeros de la Papa Florida, y corriendo alegremente se disolvieron para siempre en el gentío emplumado...

Un grupo de trece guerreros, montando caballos adornados con plumas multicolores de aves de la cordillera, descendió hasta ellos escoltando a una anciana. Estaba vestida como todas las mujeres araucanas: un chamal de lana decorado con franjas largas envolviéndole el cuerpo, dejando el brazo izquierdo libre. Sobre sus espaldas una capa sostenida a la altura del pecho por una larga aguja. Un turbante en la cabeza y una franja de plata. Un pectoral del mismo metal en forma de águila bicéfala.

La vieja se apoyaba en una lanza que en lugar de punta tenía una bola en el extremo. Su frente era de una altura anormal. El ojo izquierdo, pardusco, parecía caer hacia un costado. Los labios partidos en incontables grietas mostraban algunos dientes forrados de acero. Podría haber sido un monstruo, pero el brillo de su ojo sano invadía la cara dándole hermosura. Apenas podía mover las piernas. Sus ayudantes, recitando en mapuche, le colocaron un penacho y un manto negro y blanco, de las mismas plumas que ellos. El esperpento cerró el ojo y comenzó a balancearse. De pronto dio un grito con tal vozarrón que hizo caer a los dos mil guerreros de rodillas. La Gárgola se inclinó...

–¡Salud, hermano Marepuantu!

–Salud, mi pequeña...

La anciana, con los párpados cerrados, parecía ver a través de la

frente, daba enérgicas zancadas y de su cuerpo se desprendía una energía inmensa. El ejército comenzó a danzar agitando fusiles. Un gesto enérgico de la vieja los ordenó detrás de ella, unidos como una inmensa cola de pavo real... La Gárgola susurró a los compañeros:

–Es la Machi, curandera y bruja de la tribu. La ha poseído el hijo del sol. Diríjanse a ella como si fuera un hombre...

Akk se dio cuenta de que en su calidad de jefe algo tenía que decir. Pero ¿qué? ¿Alabarles los trajes y proponerles formar un ballet folklórico para hacer una gira internacional? ¿Agradecerles por su protección? Cualquier palabra sonaría a ofensa. Se necesitaba un presente... Miró con disimulo a diestra y siniestra por si crecían algunas flores para fabricar un ramo de urgencia... Nada... Los cóndores aletearon. ¡Eso! ¡Los dos pajarracos! ¡Perfecto! Calzaban bien: Yang era blanco y Yin negro. ¿Qué mejor? Trató de arrebatarle los animales a Hums, pero éste se aferró a ellos como si le estuvieran tratando de extirpar el hígado... Musitó con los dientes apretados:

–Si me tocas un pájaro, de un mordisco te arranco el ídem...

Y trató de proteger a sus hijuelos, envolviéndolos con sus brazos. Los ingratos casi le arrancaron los ojos a picotazos. Ocultándolos detrás de la espalda, los sostuvo por las patas atadas colgando cabeza abajo. Akk se acercó a la Machi, haciendo reverencias, tratando de darle a la situación un tinte superficial.

–¿Cómo le va, compañera? ¡Qué simpático que venga a recibirnos por estos lados! ¿La familia va bien? ¿Y la salud?

Le cortó la cháchara un chorro amarillo y caliente que le cayó en una pierna. ¡La vieja lo estaba meando! Dio un salto hacia atrás... En perfecto español, Marepuantu lo imprecó con desprecio:

–Tú no los representas. Vives sólo en ti. Tu cuerpo está escrito: posees demasiado. No eres jefe. No obedeces. No eres nada...

Apuntó con la lanza hacia Hums:

–Ven, pequeño, por ti hablará tu grupo...

Hums, aterrado sin saber por qué, se hizo el desentendido, pero unos picotazos de los cóndores en las nalgas lo impulsaron hacia delante...

La Machi dijo, burlona:

–¡Así me gustan los valientes!

Los guerreros lanzaron una jubilosa exclamación.

–¡AO!

Otra picotada de los pájaros lo colocó frente a la mujer. Hums, a pesar de lo pequeña, la vio imponente, igual a una pirámide... Cuando extendió sus manos, arrugadas en el dorso pero con palmas suaves y rosadas, dando un suspiro prolongado entregó a Yang y Yin, que al

entrar en contacto con la bruja dejaron de moverse y esperaron calmados a que les desanudara las patas.

La mujer sostuvo la lanza contra su pecho y los dos cóndores se posaron en la bola del extremo, agitaron sus alas y se elevaron, verticales, hasta parecer dos puntos en el cielo... Los gritos entusiastas de los guerreros se mezclaron a los inmensos «teta, teta, teta!» del niño insaciable.

Un guerrero tomó la mano derecha de Hums y la frotó contra sus manchas blancas. Otro tiñó la mano izquierda de negro... Estalló otro AO y la Machi, con su voz más ronca, mirándolo intensamente en los ojos le preguntó:

–¿Qué significa?

Él titubeó. Ella esgrimió su lanza como si fuera a descargarle la bola en el cráneo:

–¡Responde!¡Rápido!

Miles de ideas pasaron a velocidad vertiginosa por la mente de Hums. Encontraba la respuesta justa o le partían el cráneo... Pero, después de todo, ¿por qué no callar y morir? Por enfermo, por inútil, por náufrago, había llevado de un puerto desconocido un mensaje sellado hasta un pueblo indescifrable... Los hombres de la tierra eran los araucanos y los animales del cielo eran los cóndores, se pertenecían... Él, en su tristeza crónica, huérfano desde antes de nacer, por milagro había servido de mensajero, portador del símbolo que venía a completar un ciclo miserable proclamando el albor de uno nuevo y triunfante… Se le permitía participar del acontecimiento manchándole las palmas. Es decir, haciéndolo hermano, un miserable honor que él pagaría con una soledad de madre que ha perdido a sus hijos...

–¡Responde! ¡Rápido! ¿Qué significa?

Vio venir el bolazo. Saltó a un lado. Le rozó la oreja, ensangrentándosela. La vieja, furibunda, le iba a propinar otro. El dolor lo hizo comprender. ¡Por fin! La pregunta era una trampa. Nada tenía o no tenía significado. Él no había perdido a los cóndores y ellos eran él. La cara y el sello, una moneda. Estalló en graznidos, agitó las manos como si volara, movió los pies vertiginosamente levantando una polvareda y fue cóndor, blanco y negro al mismo tiempo.

–Tu grupo tiene corazón –dijo la Machi–. Durante siglos los estuvimos esperando.

Los millares de guerreros rodearon a Marepuantu, a Hums, a sus amigos y empezaron una danza endiablada. Cuando no pudieron más, con la anciana y los compañeros en las grupas, se dirigieron

galopando hacia la Reducción desde donde partían los llantos.

El paisaje volvió a llenarse de las hordas grises y borrachas. Momentáneamente alegres, no cesaron de aclamar a los gualas agitando sus armas y desparramando en el camino una alfombra de hierbas. Los cascos de los caballos las molieron y el aire se llenó de fragancias...

Akk, a horcajadas, según él en el peor de los caballos porque iba a la cola del grupo, fue calmando su ira; se entregó al bamboleo de la grupa y aferrándose a las plumas del araucano se puso a dormir. Por el contrario, Laurel estaba en pleno caos. La Cabra, La Rosita y Von Hammer no lo dejaban en paz. Los tres engendros iban disputándose el cuerpo por diferentes razones. La Cabra alegaba que él era el indio del grupo, que después de tantos años de humillaciones le correspondía vivir la experiencia con los araucanos. Esa bruja y esos nobles guerreros venían a congraciarlo con sus raíces que él había cargado con vergüenza. Von Hammer lo interrumpió: los héroes no tenían raza y ése era su ideal: un grupo de combatientes perfectos, soldados unidos por el único lazo sólido: la magia... La guerra considerada como santa... «Cierra la boca, nazi de moledera... ¿Acaso no perdiste el pelo y los dientes cuando el ejército te pasó encima en la masacre? Si alguien debe ir pegado y saltando junto a una espalda militar y viril soy yo, La Rosita; es mi manjar predilecto y nadie me lo arrebatará...»

Y el espíritu del chaparro se apoderó de Laurel. La Rosita aspiró, con la boca abierta y las ventanillas de la nariz dilatadas, el vaho que emergía de la espalda cubierta de plumas. Gozó con la potente erección que ese olor le produjo. Arriesgando caerse del caballo, soltó una mano del cinturón del jinete y abrió la bragueta de su pantalón para que los testículos se le frotaran contra la piel húmeda del caballo. Lamentó carecer de prepucio. El miembro israelita circunciso y acostumbrado al roce de las telas le entregaba sensaciones muy atenuadas. Introdujo su mano por entre las plumas, encontró un borde, lo enrolló hacia abajo y dos nalgas morenas, duras, emergieron vibrando con el ritmo de los cascos equinos. Metió su pulgar en la boca y lo untó de saliva... Con pericia adquirida en miles de encuentros, descubrió inmediatamente el orificio anal e introdujo un dedo. El guerrero ni siquiera tembló. Siguió cabalgando como si nada... La Rosita extrajo su índice: el camino estaba lubricado y abierto... Se pegó bien al cuerpo del indio y penetró en su intimidad. Los saltos bruscos del caballo galopando lo llevaron inmediatamente al borde del éxtasis... De pronto el indio le tomó los testículos y lo empujó hacia atrás sin soltárselos. La Rosita se aterró. ¡Iba a ser

castrado! Esperó el tajo. No vino. ¡La mano lo jaló otra vez hacia las nalgas! «¡Vaya, vaya, le gustó!» La Rosita dio un suspiro de alivio. No lo guiaron hacia la puerta deliciosa sino más abajo. Encontró una deliciosa humedad... «¡Cómo le transpiran! Lo comprendo, con tanto ejercicio...» Se sintió tragado por un tubo sin fondo. Dio un grito y comenzó a eyacular. Pasó sus brazos hacia delante y comprimió el pecho del guerrero para lamerle la nuca. Sus manos encontraron dos bolas de carne. El placer se mezcló al asco. ¿Tumores? ¿Y esas puntas erectas? Parecían pezones. ¿Pezones? ¡Senos! ¡Horror! La Rosita se volvió loco. Tocó su sexo fláccido, se olió los dedos. Le dieron náuseas. Los patos silvestres eran hombres y mujeres. ¡Cómo no se dio cuenta antes? Sus mitos se le venían al suelo. Podía poseer a una hembra. Ya no era maricón. ¿Qué era? Se puso a llorar desconsolado.

La carrera continuó toda la noche. Sólo los caballos permanecieron despiertos. Los jinetes dormían mientras galopaban. Ataron a los compañeros a sus espaldas para que no se cayeran. El tropel de bestias montadas por hombres-aves ausentes atravesó los valles y los montes, bajo la luna. Los gritos del niño no cesaron...

Cuando los compañeros abrieron los ojos se encontraron acostados sobre el pasto que cubría las orillas de un lago. Los caballos masticaban su ración de hierba seca, mientras los araucanos, vestidos, nadaban en el agua mansa adorando los primeros rayos del nuevo sol. Imitaban a la perfección el deslizamiento armonioso de los patos. La Machi, de pie, hundida hasta las rodillas, agitaba su lanza para desprender de la bola un enjambre de luciérnagas. La Gárgola indicó con un gesto un camino que llevaba hasta las rucas de una Reducción. Estaba bordeado de columnas formadas por esqueletos de cisnes. Los indios se habían dado el trabajo de reunir los huesos conservando la forma de los animales... Los fantasmas blancos, unos sobre las espaldas de los otros, miraban hacia el lago. También los techos de la aldea se veían cubiertos de esos esqueletos. Eran millares. De allí venían los alaridos del niño...

La Gárgola contó la historia:

–Los trajes de los gualas fueron fabricados con las plumas de todos esos cisnes. En la época de la Conquista, cuando se dieron cuenta de que no podían ganar a los españoles, mil quinientos guerreros araucanos, para no caer en manos del enemigo, se suicidaron sumergiéndose en este lago. Las luciérnagas les dieron su alma y se transformaron en patos salvajes, llamados gualas por los mapuches. El lago se llenó de esas aves. En 1890, durante la guerra de «Pacificación», los araucanos otra vez fueron vencidos por el alcohol que les daban los banqueros para robarles las tierras. Desaparecieron

los patos silvestres pero se produjo una nueva raza de cisnes, blancos y de cuello negro, hostiles al ser humano... Cuando la Machi actual recibió el mensaje de la Serpiente Blanca anunciando un nuevo ciclo, lanzó un llamado a su raza. Mil quinientos jóvenes, hombres y mujeres, se entregaron a ella. También los cisnes: hundieron todos sus cabezas en el agua y voluntariamente se ahogaron... Nadie comió su carne. Secaron los esqueletos al sol y los conservaron como amuletos. Así nació la impecable casta de los gualas. Nunca fueron vencidos. La guerra de conquista no ha terminado. Han recuperado la dignidad. En esta Reducción nadie bebe...

Muchos de los compañeros se pusieron pálidos; sobre todo Ga, que escupió espeso dando tiritones.

–...excepto durante las ceremonias sagradas...

Ga y los otros sonrieron.

–...un par de veces al año...

Volvieron a palidecer.

–Precisamente ahora estamos en las fechas del nuevo Machitún.

Aplaudieron con entusiasmo. Les interesaba muchísimo tan importante ceremonia. Y, a propósito, ¿qué se bebía en ella? ¿Alcohol de maíz? Pues bien, se harían gallinas y amarían el gusto de tan místico cereal.

–¡Demetrio!

–¡Presente! –respondió el poeta obedeciendo a un reflejo implantado en el Liceo. La bruja lo escrutó con su ojo viendo la cara bajo la capa de barro que lo convertía en el profeta Assis Namur.

–¿Oyes los gritos de la Serpiente Blanca? Eres tú el que la hará callar. De ti depende que regrese el silencio.

Demetrio se atragantó. Si era una serpiente la que berreaba, debía de ser más grande que un rascacielos. Abrazó a la Gringa usándola como escudo y sumiéndose en la indiferencia que caracterizaba al falso maestro sufí lanzó un «¡No!» con voz de bajo, que en lugar de iluminar a nadie provocó que un grupo de emplumados saliera del agua, lo alzara en vilo, lo arrojara al lago y le refregara el cuerpo con arenilla hasta dejarle la piel reluciente. Desnudo, lo empujaron hacia la Reducción. Un «¡Teta!» como cañonazo hizo temblar la tierra y los lanzó al suelo.

Demetrio no se quiso parar. Lo arrastraron hasta una gran ruca y lo picaron con el caño de los fusiles para obligarlo a entrar. El poeta, temblando, pensó pedir un escudo y una lanza. Quizás podría repetir la hazaña de san Jorge y matar al dragón... Los compañeros, aterrados pero ebrios de curiosidad, se pegaron a sus espaldas y lo hicieron pasar el vano. ¡No había monstruo gigantesco sino un bebé!

Allí estaba Cristóbal Colón chillando atronadoramente, con la melena blanca erizada y los vellos canosos del pubis creciéndole como cola. Las putas de El Arenal estaban arrodilladas alrededor suyo. Diana Dawson, más inmóvil que todas, con su lengua flotando en el bloque de plástico, parecía un Buda. La Gárgola besó los pies de su maestra y se sentó detrás de ella.

A la Machi la despojaron de su capa y su penacho: se bamboleó y fue perdiendo poco a poco la virilidad para volver a ser una vieja decrépita. El nuevo alarido de Cristóbal Colón la agitó de pies a cabeza; perdió el equilibrio y cayó en brazos de Demetrio...

–La madre de la Serpiente Blanca está en huelga. No quiere alimentar a su hijo hasta que no te vea. Por eso él llora. Su lamento puede destruir el mundo. Pronto gritará tan fuerte que se derrumbarán las montañas. Ayúdanos a obtener la leche materna. Satisface el capricho de la mujer grande...

Antes de introducirlo en un recinto oval adornado con copihues y limones en ramas, una fila de guerreras se fue arrodillando ante él, succionando su sexo. La abundancia de bocas y lenguas le produjo una erección intensa. Entró en el sitio consagrado musitando un delicado pero caliente:

–¿Enanita, estás ahí?

La giganta escuchó la voz con la que había soñado todas esas noches. El techo inclinado y la penumbra le hizo perder el sentido de las proporciones. Vio a Demetrio, Mi Señor, inmenso, imponente, con su endurecido extremo apuntándola como para recordarle una cita fatídica. Sintió que la vagina se le hacía agua. Olas hirvientes iban y venían para estallar en sus labios resbalosos. No eran ovarios lo que sentía abrirse, sino galaxias. El deseo era tan grande que se lanzó de espaldas con las piernas abiertas produciendo un ¡plaf! que hizo temblar los muros y caer una lluvia de paja del techo. Se apoyó en los talones y levantó la pelvis mostrándole el órgano babeante, semiabierto, exhalando el aroma del celo... ¡Qué le importaba ser la Virgen María ni la Madre de Dios! Ahora que había crecido tenía derecho a un hombre de carne y hueso: su ídolo, su dominador, su Amo. Por fin podía estar a su altura, ser la perra inmensa que él deseaba. Juntos, completos, parejos. La enana acomplejada no existía, ni tampoco los delirios místicos para compensar la falta de senos y de nalgas. El peso de su carne le daba derecho a gozar de los placeres terrenales.

–No perdamos tiempo, Mi Señor... Sé que de este tamaño te gusto.... ¡Ven a humedorcar tu erectolito y tetaculebrear animalándome!

La boca de Demetrio se llenó se saliva. Ese cuerpazo respondía a la grandeza de sus lúbricos deseos acumulados durante noches sin fin, nunca satisfechos. ¡Más que una mujer, él necesitaba una piscina entre montañas! Sin pensarlo más se lanzó a la carga. Introdujo de un golpe, hasta la raíz, su miembro y sintió que ni siquiera llegaba al comienzo del camino: se quedó dando embestidas inútiles ente las ninfas resbalosas. Trató de apretarle un seno. La mano se le hizo chica. La dos también, hubiera necesitado tener veinte para cubrir la superficie carnosa. Quiso chuparle los pezones. Tuvo que trepar y la punta le llenó tanto la boca que lo atoró. Trató de pasar las manos bajo la espalda para acariciarle las nalgas, pero sus brazos eran cortos. Ella trató de acomodarse. Él estalló en imprecaciones porque el peso le estaba partiendo los huesos… Volvió al ataque. Entró lo más que pudo. Ella levantó las caderas para facilitarle la llegada al fondo. El poeta salió disparado hacia el techo, como si lo hubieran manteado. Cayó sobre el vientre y rodó de la pelvis al suelo.

Cuando la giganta vio a Mi Señor plegado como un feto entre sus muslos, en un instante se dio cuenta del fracaso. Había fornicado con un fantasma. Ni siquiera eso. Con una proyección; más exactamente, consigo misma. ¿Cómo ese hombre débil, miserable, podría ser su Dios? Se lo sacó de encima de un empujón. Demetrio voló hacia una esquina del cuarto. Ella se paró junto a él, inclinada porque su cabeza tocaba el techo... Un enanito, allí, con esa cola mínima, con esa columna vertebral estirada en busca infructuosa de dignidad, respetando una rancia imagen de sí mismo, por unos segundos le dio lástima. Por otros cuantos, odio... Tantos años sumergida en esa ilusión. Mi Señor era un payaso, como todos. ¿Y ahora? ¿Qué le quedaba? Oyó los gritos de su vástago. ¡Él sí era un Dios! No estaba sola... Le dolieron los senos. Sintió por primera vez el deseo de alimentar. Le corrieron dos hilos de leche. Besó rápidamente a Demetrio en la coronilla y salió de la ruca.

El poeta vació una calabaza llena de agua en el piso de tierra, hizo barro, se cubrió el cuerpo con la masa húmeda y dibujó un NO en su frente.

Cuando emergió de la choza nupcial, una sola persona lo estaba esperando, la Gringa, más tiesa que nunca. Los demás, en un silencio jubiloso, observaban a la giganta dando de mamar a Cristóbal Colón, la Serpiente Blanca.

La abrazó manchándola de lodo. La piedad que se tenía a sí mismo, la depositó en la Gringa. Trató de besarla. Encontró en su boca una lengua volcada hacia la garganta. Le dio una cachetada. Ella le acarició las manos y le entregó un tornillo. Él la arrastró hacia el

interior de la ruca y la poseyó como un bruto. Con saña buscó el orgasmo en esas membranas secas. Lanzó su esperma gritando:

–¡Dime que soy tu Señor!

La Gringa emitió un crujido y dibujó circuitos electrónicos en el aire. Demetrio pegó la boca en una de sus pecosas orejas e improvisó un poema con el mismo ritmo con que le había golpeado los huesos del pubis. Describió su muerte, la entrada en la fosa, la despedida de sus amigos, el abandono de los deseos no satisfechos, de las caricias no recibidas, de los objetos que nunca pudo poseer, de los ideales que no se cumplieron, la entrega miembro por miembro a los gusanos viéndolo por última vez y por eso por primera vez, porque es en el adiós cuando se conoce al despedido... Se levantó satisfecho. Se había dado el lujo de dilapidar el mejor de sus poemas en un tímpano de plástico... Un período de su vida definitivamente terminado... La Gringa, con las manos llenas de barro, recubrió sus costras.

–Assis Namur es bello... Un hombre de barro para la mujer mecánica...

El profeta derramó su indiferente aprobación con un cavernario «¡No!» y unió sus labios enlodados a los rígidos de la demente...

¡Siempre lo mismo! ¿Podría escapar del círculo vicioso? Toda su vida estaba marcada por ciclos de triunfos continuos que un solo error conducía al más cruel de los fracasos... ¡Y pensar que esta vez tenía los cuatro ases en la mano! ¡Nada menos que Dios! Cuando se cortó la lengua, pasó el puente y entró en el mundo de las realizaciones esenciales. Desintoxicarse le costó sudor y lágrimas pero llegó, a fuerza de voluntad –su espíritu era una barra de acero que ningún embate de la vida podía doblar–, a tal estado de pureza que pudo absorber el ser de los cereales y convertirse en profeta. El trigo le comunicó la segunda llegada del Cristo y el maíz, la existencia de los araucanos. Sin que ningún censo los tomara en consideración, borrados de los papeles oficiales, ignorados con desdén por los burócratas, se habían multiplicado sobrepasando los límites de las Reducciones para vivir en cuanta cueva, bosque, surco, roca existiera hasta llegar a dos millones de individuos. Fieros y a la vez avergonzados de su raza, creían en la llegada de un mesías blanco, al que identificaban con un ofidio de melena cana, quien, en una cruzada triunfal, continuaría la guerra de Arauco, nunca terminada. Chile pertenecía a los araucanos y eran ellos quienes debían gobernar... Por eso ella, en cuanto se apoderó de Cristóbal Colón, acompañada por sus devotas discípulas, descendió por el Biobío con dos barcazas cargadas de municiones y fusiles comprados de contrabando, pieza

por pieza, a los marineros americanos. La nueva Virgen María encontraba en ella una vieja amiga: María Magdalena. Igual que antes, el Salvador, secretamente, necesitaba ser dirigido por una virgen discreta y una ramera activa. Alrededor del santo niño, y con el consentimiento de su madre, ella, Diana Dawson, la Maestra muda, reuniría ejércitos de putas sagradas que se dejarían cercenar la lengua para usarlas como medallón pendiendo de un collar blanco, dentro de un bloque de plástico, un poco más abajo del ombligo... Ella, con la Machi detrás y sus mil quinientos guerreros y las rameras mudas y los dos millones de indios, podría apoderarse de La Moneda y derrocar al presidente venciendo fácilmente al ejército. Se sentía capaz de ser Presidente y Papisa. ¡Emprenderían una cruzada por toda Sudamérica! El bebé Cristo iría creciendo y ayudándola más y más con sus milagros. Al fin, como un acto de justicia merecido, acto que lavaría su nombre de las afrentas del pasado, se apoderarían de Estados Unidos. Diana Dawson, en la televisión, aparecería dictando por gestos –se obligaría a los ciudadanos a aprender el lenguaje de los sordomudos– la nueva moral desintoxicante. Prohibidos los tomates, el azúcar, la sal, la carne, las frutas y cualquier otro repugnante alimento. El país se alimentaría exclusivamente de cereales. De Norteamérica saltaría, irresistible, a los otros continentes (niños, hombres y mujeres convertidos en sacerdotes sin lengua), hasta terminar viviendo –y dirigiendo desde allí el mundo– en el Vaticano. A cañonazos obligaría a los seres humanos a despertarse a las seis de la mañana y acostarse al morir el sol. Meditación y yoga obligatorios bajo pena de muerte y, sobre todo, persecución implacable a las arrugas. ¡Prohibida para siempre la vejez! ¡Cirugía plástica en masa y hornos crematorios para los decrépitos!

Como de costumbre todo marchó sobre ruedas, pero, a unos centímetros de la cumbre, el mecanismo comenzó a fallar y allí iba otra vez cuesta abajo: los gualas estaban dispuestos a seguirla, a sangre y fuego, en la cruzada purificadora; los dos millones de indios borrachos sólo esperaban un gesto de la Serpiente Blanca para lanzarse al asalto del país, ¡y ese Dios insensato se aferraba a la teta materna, obstinado en mamar! Para colmo, la giganta, en lugar de deschuponarlo e indicarle el camino, obligarlo a crecer, rechazaba el papel estupendo de la Virgen María y después de fracasar en su pasión romántica se aferraba al niño para satisfacer su sed de miserable amor humano. ¡Repugnante! ¡Esas debilidades sentimentales, esa gula infantil, arruinaban el destino del mundo! No había tiempo que perder. La vela se estaba, implacable, consumiendo. Ella no podía esperar, como esos indios lentos, a que Cristóbal Colón gateara,

aprendiera a caminar, creciera, llegara a la pubertad, madurara, para que por fin, como la primera vez, a los treinta años diera su mensaje antes del martirio. ¡Imposible! Pronto la piel de su cara no resistiría un estiramiento más y no habría médico en el mundo que pudiera ocultar su decrepitud... Se sintió perdida. Sin saber por qué, le vino a la mente el pasaje del Evangelio, las bodas de Caná, donde la Virgen obliga a Cristo a realizar su primer milagro, a pesar de que él dice que su hora aún no ha llegado... Pero ¡claro! ¡De eso se trataba! ¡Tenía que obligarlo!

Sin pensarlo dos veces comenzó a gesticular frente a sus devotas. La Machi y los guerreros no sabían leer el mensaje de sordomudos y, además, entretenidos como estaban viendo al niño mítico mamar feliz, ignorarían el peligro. Las rameras, con disimulo perfecto, se infiltraron en la multitud tomando posiciones estratégicas. Por suerte habían distribuido sólo rifles, escondiendo cada una, bajo la amplia túnica de vestal, una ametralladora portátil.

Le bastó alzar la lengua cortada para que un grupo se lanzara sobre la Machi y la rodeara apuntándola con las armas. Otras dominaron a la giganta y amordazaron al niño. El resto, después de inmovilizar a los Compañeros de la Papa Florida, para impresionar al ejército emplumado se puso a disparar chorros de balas demoliendo los esqueletos de cisne. La Dawson bajó su apéndice. Cesó el tiroteo. La Machi, sin inmutarse, más anciana que nunca, hizo un gesto hacia sus gualas para impedirles que se lanzaran a un ataque suicida. Comprendió que las mujeres blancas, desesperadas, estaban jugando su última carta. En unos cuantos segundos podrían ejecutar a sus guerreros, a la Serpiente Blanca, a ella misma, arruinando el porvenir de la raza araucana. Siempre, a la larga, todo era para bien. La muda estaba apurada. Ellos no: podrían esperar mil años. Ordenó en mapuche que se encuclillaran y las dejaran actuar sin intervenir.

La Gárgola y cuatro rameras deshicieron las paredes de una ruca y cargando dos vigas se fueron corriendo hacia un cerro. Ataron los maderos y confeccionaron una cruz que enterraron de pie en la cima. Diana Dawson arrebató una lanza, tres puñales y, con la Machi como rehén, hizo que la giganta llevara a Cristóbal Colón hacia el calvario... Nada de piedades inútiles... La compasión podría hacerle perder el control del planeta. La raza humana necesitaba aprender a comer otra vez. Sólo ella podría erigirse en Madre Universal y sacar a la borregada de las hamburguesas para conducirlas por el severo pero santo camino del cereal. ¡Crucificarían al niño! En lugar de clavos tenía los puñales. La Gárgola ya había fabricado una corona de espinas. ¡Acción!

Poco le costó atravesar los huesos tiernos de las pequeñas palmas. Una piedra le bastó para clavar las tres puntas de acero. Los dos empeines juntos se dejaron atravesar como mantequilla. La lanza era grande para un costado tan pequeño. Calculó bien el golpe y la introdujo justo lo necesario. Saltó un chorro de agua y sangre. Igual que en los Evangelios. ¡Todo iba bien! Pronto soplaría un gran viento, la tierra temblaría y el cielo se pondría negro... Manifestaciones rutinarias... Habría que esperar la muerte del Dios. Pasarían tres días y luego resucitaría convertido en el guía luminoso, el saurio pálido, el majestuoso Mesías... Sonrió. Esta vez no caería de la cima... Nadie le arrebataría la corona...

Ordenó con un gesto que vertieran vinagre en la boca del niño crucificado.

Ese dolor no estaba programado. ¿Otra vez en la cruz? ¡Imposible! Él no se podía repetir. ¿Jugar a la comedia de la muerte? ¿Para qué? Ya había demostrado que ese concepto era una ilusión. Morir, resucitar, un simple cambio de apariencia, el paso de una forma a otra y nada más. No había venido por segunda vez para redimir lo redimido ni para mostrar un camino ya señalado. Tampoco se iba a estar sacrificando por la humanidad una y otra vez como disco rayado. ¡Ridículo! La tarea pública quedó colmada en la primera visita. Necesitaban un Mesías y lo tuvieron. ¿Para qué otro? Se ocupó de todo, redimió al mundo, hizo de la caída humana una ascensión; ahora le tocaba ocuparse de sí mismo. Ser un hombre, pero completo: sin interrumpir el ciclo, sin quedarse detenido en los treinta y tres años. Darse el gusto de envejecer, conocer el otoño de la vida, la agonía en una cama, despedirse rodeado de hijos y nietos, vivir a fondo la maravillosa mediocridad, disolverse en la tierra de la tumba, descansar de los milagros, de la eternidad, de la perfección, de la omnipotencia, sumergirse en el efecto y olvidar la causa. ¡La fiesta de lo cotidiano! No dar ni una sola lección: dejar de ser Maestro para gozar del aprendizaje, no cambiar nada, poder saborear una cena sin pronunciar sermones, ganarse el pan con el sudor de la frente, cometer deliciosos errores, sumergirse en la carne, no echarse encima ninguna responsabilidad... ¡Vacaciones!

Aquella pobre muda no sospechaba a qué peligro estaba exponiendo no sólo al planeta o a la galaxia, sino a todo el universo. Las neuronas de ese cerebro infantil no estaban preparadas. Debía proceder con cautela para liberarse de la inercia del programa e intervenir en el desarrollo. Le era difícil controlar su poder. Un impulso desacordado y el cuerpo explotaría comenzando la

desintegración universal. Vamos, poco a poco... Primero cerrar las heridas. Disolver el metal de los puñales. Caer sobre el suelo caldeado del cerro. Rehacer el hígado herido. Acelerar el crecimiento. Multiplicar las células sanguíneas. Producir los primeros incisivos. Cortar de un mordisco la mordaza... ¡Y ahora de pie, rápido, dejar venir en un segundo treinta y tres años! ¡Vamos, células, órganos, nervios, tendones! ¡Obedezcan! La menor resistencia nos precipitará en Mí Mismo y otra vez la nada y otra vez recomenzar un universo. No estoy de humor para soportar una catástrofe cósmica. Dejemos venir el lenguaje, eso nos dará límites. Grabemos sólo un mínimo fragmento del conocimiento. Lo justo para sobrevivir. Y por último, demos a mi madre un tamaño normal, para que también pase desapercibida.

Los puñales que atravesaban a Cristóbal Colón se calentaron al rojo y se escurrieron convertidos en líquido. El niño cayó al suelo al pie de la cruz. Las llagas de las manos y los pies se cerraron, también la herida del costado. Se le cayó el pelo blanco, le salieron dientes y comenzó a crecer. De bebé pasó a niño, a adolescente, a hombre de treinta años. Un cuerpo musculoso, sano, levemente moreno, pelo castaño, ojos café, ninguna seña particular. Sonrió hacia la giganta. Ésta comenzó a perder volumen hasta que se hizo de la misma altura y edad que su hijo. Parecieron hermanos. Diana Dawson, al borde de la locura, no supo qué hacer. El profeta se había negado a morir... ¡Y sin sacrificio no podía haber Religión! Sus sueños naufragaban en un océano de mediocridad... Cayó de rodillas ante él e hizo gestos desesperados que en el lenguaje de los mudos significaban «¿Por qué?». No recibió respuesta pero leyó en sus ojos, sin misterio: Dios haciéndose hombre se retiraba del hombre. La época de los sumos sacerdotes terminaba. El puente perdía una orilla y se quedaba estirado de boca al vacío. La humanidad tendría que arreglárselas sola. El reino del anonimato había llegado.

A Enanita le palpitaba todo el cuerpo. El hombre estaba ante ella. Ése sí era Mi Señor... No tuvo remordimiento de sentir su sexo húmedo. Sabía, con respeto, que frente a ella estaba su creador, su padre. Y también el hijo parido por sus entrañas, parte de su carne, sangre de su sangre. Pero, sobre todo, el amante que le correspondía. La mitad de su esfera. Quiso con violencia estar encinta de su semen, quiso que la acariciara como a su hija, quiso alimentarlo y darle calor de madre. Olvidó los amantes que tuvo en su vida y se entregó a él, a Cristóbal Colón, en total estado de pureza, dejándolo todo sin lamentar nada...

¿Iba a dejar que ese engendro se saliera con la suya? ¿Permitir la felicidad de dos narcisistas? ¿Glorificar el incesto? Para el Dios encarnado era fácil gozar de la basura. Pero para los mortales, revolcarse en la podredumbre no era fiesta... ¡Monstruo injusto! ¡Contando su dinero delante de los pobres! La pareja ideal, perdida en un valle de la cordillera cultivando una huerta, comiendo huevos frescos de amables gallinas, fornicando mañana, tarde y noche, criando hijos gordos, respirando con sonrisas beatas el aire límpido, seguros de ascender, al final, hacia mundos todavía más gloriosos. A la ira se le unió una vaharada de envidia. ¡Diana Dawson haría justicia! ¡Ametrallaría a Dios y a la puta de su madre! Arrebató un arma de manos de la Gárgola y apuntó cuidadosamente hacia las espaldas de Enanita y Cristóbal Colón que caminaban entrelazados con la firme intención de perderse en las montañas.

La Machi comprendió lo que estaba pasando. La Serpiente Blanca había renunciado. Se quedaban sin centro. La revancha tendría que esperar quién sabe cuánto, siglos quizás... Dio una mirada circular. Con su único ojo, en un solo aluvión de imágenes, vio, pesó, contó... Supo lo que se debía y lo que no se debía hacer. Primero impedir el crimen... El sacrilegio sólo los llevaría a reconocer que la Serpiente estaba muerta, a crear incontables generaciones de desconsolados llorones, rogando por una nueva venida, aceptando mientras tanto las humillaciones... Segundo, dejar libre a la pareja. No hacer de ellos mártires inolvidables. Convencer a los guerreros de que la dama sin lengua estaba equivocada, que el bebé no era la culebra mágica sino un demonio farsante... Y entonces, tercero, mostrarles la «verdadera» Serpiente Blanca. ¡Una mentira útil! ¿Acaso Dios no se había retirado dejando la solución en manos de los hombres? Entre el grupo de extranjeros blancos alguno serviría para que ella lo convirtiera en el símbolo viviente que uniría a los millones de araucanos. Con la ayuda de Nguenechén y Nguenemapun, las dos caras del Ser Supremo, y también de algunos pases de prestidigitación aunados a la sabiduría del hijo del sol, podría aún realizar su ambición suprema: ver a la raza araucana recuperar el honor perdido y reinar con justicia en las tierras chilenas.

Diana Dawson estaba dando la orden a su índice de apretar el gatillo cuando la Machi rugió, se convirtió en Marepuantu, dio un salto de tigre, le arrancó la ametralladora y la lanzó de espaldas contra el suelo. Los gualas, al unísono, dieron el mismo rugido y arrebataron las armas de las prostitutas. ¡La situación estaba controlada! Después de un discurso en mapuche de la Machi, dejaron que Enanita y Cristóbal Colón treparan hacia las cimas de la cordillera para fundar

su discreta familia. Él se dio vuelta, miró hacia atrás por última vez e hizo un gesto como si borrara frente a él un muro en el espacio. Apenas la pareja desapareció entre los peñascos, fue olvidada. Ni siquiera quedó una huella en la memoria de los Compañeros de la Papa Florida...

Marepuantu habló a la Maestra muda. El sonido de su voz tenía raíces profundas, venía del fondo de la tierra y del comienzo de la historia. Los ecos roncos rebotaron en las montañas y sobre la cumbre del cerro apareció una nube oscura...

–Quisiste beber el espacio de los otros, luchar contra la inmensidad del tiempo, poner tu nombre en el centro del mundo... En medio del desierto trataste de guardar un puñado de arena... Nunca te diste cuenta de que tu triunfo era el fracaso... Sin embargo tú eres buena, tú eres noble, tú eres bella… Abre tus manos, suelta tu nombre, deja venir la edad, cruza tus piernas, detente, sé piedra que habla, piedra que canta, piedra que ama...

Y Diana Dawson cayó en una meditación profunda. Un viento caliente barrió la cima llevándose sus velos y su túnica. Quedó desnuda mostrando un cuerpo esquelético surcado de cicatrices. La piel estirada tantas veces cedió, y en forma de lentas ondas se formaron miles de arrugas. Otro soplo huracanado la despojó de su peluca. Calva al aire, abrió la boca, respiró profundamente con un placer y una calma que nunca había conocido y escupió sus dos planchas de dientes. La nube se deshizo en lluvia, retumbó un trueno ensordecedor y estalló un rayo. La Maestra fue petrificada por el latigazo eléctrico. Se convirtió en estatua de granito brillante. El cielo recuperó su limpidez. Akk, despectivo, murmuró: «No lo hizo la Machi. Fue el rayo de una normal nube negra. Coincidencia nada más».

Los gualas danzaron dando vueltas siete veces alrededor del monolito al son de trutrucas, pifilcas y kultrunes, y comenzaron a bajar del cerro de regreso a la Reducción. La Gárgola imploró algo a la Machi usando el dialecto indígena. El deseo fue concedido. Ella y sus compañeras, por fidelidad a la Maestra, decidían ofrendarle sus vidas. Meditarían alrededor de la piedra, sin comer ni beber hasta morir.

Fieles a su promesa, inmóviles, en la noche estrellada, las prostitutas esperaban estoicamente el fin. La Gárgola besó los pies de piedra y concentrando la energía de su dolor la usó para buscar en su memoria los gestos de Rosa Cristina, la sirvienta loca que sabía modelar esculturas de aire. Supo que la Maestra desde su rigidez eterna la estaba ayudando. Comenzó a palpar el espacio, a disolverlo,

acariciarlo, estirarlo, coagularlo... ¡Sí, ella también podía! Con devoción modeló junto a la estatua la primera columna de un santuario invisible. Rezó para que la Maestra la ayudara a terminarlo antes de su muerte. Estaba segura de que al salir el sol millones de abejas vendrían con sus reinas a instalarse en las paredes de aire para cubrirlas de celdillas de cera y convertir el lugar en una catedral de miel.

Todos iban temblando, emocionados con el encuentro. En cierta manera, Carlo Poncini les había abierto las puertas: el mundo comenzó a cambiar para ellos en el momento en que lo inventaron... O lo captaron telepáticamente, puesto que él existía... Preguntaron por Poncini; nadie respondió. Recordaron que Ruca y Totora lo llamaban Don Ninguno. Ese nombre permitió que los niños lo identificaran.

–¿Quieren ver al cuervo? ¡Vengan!

¿Cuervo? Un filósofo conocido por los eruditos del mundo que debería estar dando clases en la Universidad de Chile y no hundido en semejante villorrio.¡Tratarlo de pajarraco! Los morenitos, sin cesar de reír, portando una cabeza de plátanos, los condujeron hacia un rincón de la selva espesa... Abriéndose paso ente los matorrales cuajados de moras, desembocaron en una amplia caverna formada por las hojas de árboles altísimos. La luz solar tamizada por las copas espesas y teñida por el musgo húmedo se convertía en nimbo verde. En el centro del silencioso espacio, una encina milenaria, con un tronco de muchos metros de diámetro, extendía sus ramas gruesas, abriéndose en espiral, como un pulpo de mil tentáculos, para dominar a los otros vegetales y robarles la superficie iluminada. Los niños, por unos momentos, cesaron de reír y saludaron al árbol como si fuese un rey. Luego, otra vez dando carcajadas, ataron un plátano a una cuerda que pendía entre las hojas. Unas manos invisibles alzaron la fruta. Silencio. Cayeron las cáscaras sobre la cabeza de Akk. La cuerda volvió a bajar. Los niños amarraron otros plátanos, pero cuando la mano jaló desde arriba no los dejaron subir. En otra ocasión, Akk no se hubiera enojado tanto, pero después de las continuas humillaciones que lo hacía padecer la Machi, orinándole los pies apenas trataba de abrir la boca, esas lonjas blandas cayéndole como corona en la parte más respetable de su cuerpo lo sacaron de quicio. Se unió a los niños y dio un tirón tan violento que hizo que del follaje se desprendiera un cuerpo desnudo: con agilidad de mono se retorció en el aire y cayó en cuclillas sobre una rama. Un ser enjuto, huesudo, de músculos finos sin un ápice de grasa... La piel del rostro se le pegaba a la calavera y del cráneo

desnudo partían hacia atrás unas cuantas mechas lacias y largas, como plumas. Las equilibraba una nariz prominente, curva, irguiéndose retadora en esa cabeza pequeña... Mirando con rapidez de un lado a otro y moviendo sus mandíbulas nerviosamente para masticar los restos del plátano, Carlo Poncini parecía más un cuervo que un hombre... Su aparición fue saludada con gritos de entusiasmo por los niños. Le arrojaron todos los plátanos al mismo tiempo. El viejo los cazó al vuelo sin perder uno solo y dando graznidos de satisfacción los peló con pericia y, amontonando las cáscaras junto a él, engulló la carne blanda. Akk abrió los brazos en cruz y atajó al grupo. A él le correspondía entablar el diálogo, por algo lo habían nombrado jefe. Ahora no se trataba de relacionarse con indios analfabetos. Estaban entre filósofos.

–Estimado colega, con gran satisfacción, yo y mi grupo establecemos por vez primera el contacto que tanto trabajo nos ha costado lograr. Nuestra comisión universitaria ha atravesado en condiciones no siempre favorables, como nuestro rango lo merece, casi medio país nada más que para encontrarlo y aportarle un digno socorro. Un erudito como usted no merece esta injusta miseria. Las aulas de la madre Universidad lo llaman. Generaciones de jóvenes ansiosos esperan que con sus frases inspiradas los ayude a descorrer el velo tripolar de la metafísica... Tenga la bondad de descender del árbol y unirse a la cultura...

El viejo, con un movimiento brusco, arrojó sus cáscaras hacia la cabeza de Akk. Luego le mostró el ano. Akk retrocedió precipitadamente, no fuera que un mojón lo infamara más aún. Con el índice se tocó la sien e hizo gestos de desatornillar. Una muchacha sacó de su morral un queso de cabra. El cuervo humano comenzó a saltar de rama en rama, a correr vertiginosamente por los retorcidos troncos y a dar volteretas siguiendo los giros que la niña imprimía al alimento. Luego, dando por terminada la función, bajó hasta un retoño y extendió la mano abierta con la palma hacia arriba esperando recibir el blanco premio.

Zum se sintió inspirado. Arrebató el queso y paso a paso se fue acercando al filósofo, que dejaba escurrir hilos de baba, saboreando con gula un pedazo imaginario. Zum le colocó el manjar en la mano derecha y mientras el anciano se lo llevaba a la boca de un sopetón, él se apoderó de su mano izquierda, le frotó la mugre de la palma, dejó al descubierto la red de líneas y comenzó con voz dulce una lectura. Extasiado masticando la papilla, Poncini no se movió... Zum dejó surgir su inspiración. Cayó en trance...

–Veo parte de la vida de su madre: hija del notorio «hombre sin

risa», un juez implacable con parálisis facial detenido en una mueca de viudo triste, Carla Poncini, profesora de estética en la Universidad de Roma, recorrió los circos pobres para obtener datos con que alimentar su tratado *De la gallina al payaso, del payaso al ángel*. En esa gira fue seducida por el clown Mateo. Perdió su virginidad a los cuarenta años, en un montón de paja junto al cadáver de la elefanta que había muerto porque la pintaron de rosado para el número de *Mateo alcohólico*... Despertó de la borrachera abrazada al paquidermo, sin dinero en la cartera (también le robaron los zapatos). La carpa y los carromatos habían desaparecido (quizás huyendo de los gastos del entierro) y ella yacía encinta (sin saberlo) en medio del terreno baldío. Carla, siguiendo el ejemplo de su padre, no sabía reír. Cuando su vientre se hinchó comenzó a dar carcajadas y no paró de hacerlo durante nueve meses. Ni siquiera en el sepelio de su padre (que al saber que su hija estaba embarazada cayó fulminado por un infarto) cesó su hilaridad. Apenas parió se le declaró la parálisis facial familiar. A usted se le llamó (despectivamente) Mateo y fue entregado a la sirvienta. De vez en cuando lo llevaban a un aula para que viera desde lejos a su madre perorar sobre Hegel o Descartes. Al cumplir quince años lo sacaron del internado para que hablara por primera vez con la autora de sus días. No pudo conversar mucho (sólo tres frases) porque ella estaba agonizando. Le entregó los manuscritos inconclusos del ensayo sobre los payasos, le pidió que usted lo terminara y se puso, por segunda vez en su vida, a lanzar carcajadas hasta que se le reventó la aorta. A usted le fue fácil entrar en la universidad, triunfar en los estudios, sin tener que trabajar para pagarse la carrera (el juez había acumulado una fortuna que llegó intacta a sus manos), y reunir una corte de admiradores. Firmó su libro como Carlo en honor a su madre y los tres polos de su metafísica fueron expuestos en tres partes. La primera se intituló *Gallina*, la segunda *Payaso* y la tercera *Ángel*. Cuando su éxito se hizo internacional a usted se le acabó el entusiasmo porque el deseo postrero de su madre estaba realizado. Soñó que una serpiente blanca de melena canosa le mostraba una carta del Tarot, Le Mat [El Loco]. Se dio cuenta de que en el nombre de su padre estaba el camino de su vida. Si al hombre libre del Arcano, sin raíces, sin número, sin planes, le sobreponía *teo*, obtenía Mateo, loco de Dios, mendigo santo, vagabundo en busca del Alma del Mundo... En 1931 llegó a sus manos un librito, *Traditions et croyances des indiens Araucans*. Allí leyó que las Machis soñaban con serpientes blancas melenudas, que de mujer a mujer se pasaban los restos de un lenguaje sagrado, quizás el más antiguo del planeta. Y que ese idioma no era conceptual sino

concreto: cuando la hechicera decía «fuego», salía una llama de su boca... Abandonó todo y se vino al sur del mundo... Aquí las líneas se esfuman... No logro leer más...

Satisfecho de su discurso y sin soltar la mano del orate, Zum miró a sus compañeros. Nunca había visto tanto en unas líneas. Estaba seguro de que no eran un pretexto para inventar cosas. Si le hubieran pasado la extremidad cortada, sin saber a quién pertenecía, habría leído lo mismo. Todo estaba grabado allí, patente, sin posibilidad de error. Se dispuso a ver el futuro, pero el hombrecillo, retirando su extremidad con el índice y el pulgar, le apretó una oreja y lo arrastró detrás de él hacia un lugar de la selva. Comenzó a escarbar, extrajo una piedra y la blandió ante los ojos de su presa. Zum creyó que le iba a quebrar la nariz. «¿Qué quiere? ¿Que me la coma?» Un dedo huesudo le indicó la superficie gris. «¡Ah, me pide que lea! ¡Pero si no hay letras! ¡Será tinta invisible!» Movió los labios como si descifrara un texto sagrado, tratando de engañar al viejo. Éste le escupió en la boca y luego mostró unas líneas en la superficie calcárea. Había dos, casi paralelas, y una curva, amén de otras menos profundas. Poncini acercó la piedra a su propia mano izquierda... Zum, entonces, se dio cuenta: esas rayas eran idénticas a las de la palma del anciano. La del corazón, la de la cabeza, la de la vida, la de la creatividad, la del sufrimiento... Y no eran surcos artificiales... Hums rió, recuperando por breves instantes el sarcasmo de antaño:

–Gordito, lo que nuestro pajarraco te quiere decir es que este adoquín, según tú, fue profesor de filosofía en la Universidad de Roma...

Carlo Poncini bruscamente interrumpió las risas. Sin soltar ni la piedra ni la oreja de su prisionero, con una voz cascada, le dijo:

–No comienza, no termina, ¿qué es?

¡Ayayay! ¿Cómo podían a él, Zum, el tarzán de la metafísica, hacerle semejante pregunta? ¿Qué contestar? ¿«El Universo» o «Dios santo» o «La conciencia cósmica» o «La vida misma» o «¡La pera en la rama, nosotros bajo el árbol, las sombras cambian!»? ¿O abrir los brazos y exclamar «¡Esto!»...? ¿O rascarse el ano? ¿O abanicarse con una hoja? ¿O besarle los pies diciéndole «¡Tú!»? ¿O bramar enojado «¡Ya terminó!»? ¿O escupir un despreciativo «Ignoro»? ¡Pero si él sabía que todo era infinito, que nada comenzaba ni terminaba, que las cosas iban pasando eternamente y que en el «yo» moraba la totalidad del universo! ¿Darle un beso en la boca?

Comenzó a transpirar. La pregunta era demasiado simple para su espíritu complejo... Optó por decirle:

–Pero, don Carlo, ¿cómo nos sale con esa pregunta ingenua? ¿Qué

quiere que le conteste?

El viejo acercó la boca a su cara, le gritó, llenándole las pestañas de trocillos de queso mal masticados, «¡Intelectual, aprende a morir!» y le dio un piedrazo en la frente. Saltó un chorro de sangre y Zum cayó desmayado.

El golpe había sonado como un escopetazo. Probablemente el herido tenía el cráneo roto. Quizás agonizaba... Se precipitaron sobre él dándole pequeñas cachetadas para reanimarlo. Zum abrió los ojos, mostró una sonrisa de oreja a oreja, se puso ágilmente de pie, abrazó a Poncini (que graznando volvió a su árbol) y corrió por entre los matorrales salpicando las hojas de rojo y vociferando:

–¡Mu!

Demetrio, asqueado de esa iluminación oriental, trepó por la paquidérmica corteza y se encuclilló frente a Poncini, mostrándole su olímpica indiferencia... El loco hundió un dedo en la capa de barro que cubría el cuerpo de Assis Namur, lo olió e intentó decir algo. Demetrio no lo dejó, aullándole un frío «¡No!».

Poncini le saltó encima, lo asió del cuello, comenzó a estrangularlo, lo arrastró medio asfixiado hasta el extremo de una larga rama y lo arrojó a un pantano que estaba bajo ella. El falso profeta se hundió en el lodo. Ese puré sórdido comenzó a llevárselo inexorablemente hacia el fondo.

Demetrio, que creía haberse desprendido de la vida, quebrado sus ilusiones, aceptado ser tan ínfimo como una gota del océano, ahora, al borde de esa muerte que consideró tan insignificante como su existencia, en lugar de ponerse a tragar barro entregado con elegancia a tan poco magno acontecimiento, se llenó de un pánico salvaje, dio pataleos, relajó el esfínter, imprecó, rogó, rezó, prometiendo que si llegaba a la superficie nunca más volvería a darle significados metafísicos al barro. «¡No es el momento ahora de morir. Nunca será el momento. No abandono nada, recupero mi piel. Mientras viva, viviré a fondo, lo juro!» El dedo gordo de su pie derecho tocó una punta de roca. Se apoyó en ella. Sintió el punzazo pero dejó que le atravesara la falange. Ese apoyo mínimo le permitió estirar el cuerpo y sacar a flote la punta de su nariz. Aspiró con gratitud un hilillo de aire fétido. Se quedó quieto. Cualquier movimiento podría precipitarlo en el magma asesino. ¿Qué estaban haciendo los compañeros para salvarlo? Con movimientos diminutos giró la cabeza para ver hacia la orilla. ¡El pánico fue opacado por un ataque de ira!

Los Compañeros de la Papa Florida, con voces de payasos, repitiendo el número del circo, discutían dando toda clase de razones: ¿Tenían o no derecho a sacarlo? ¿Merecía ser salvado? ¿Se sentía bien

en ese medio? ¿No arruinarían su toma de conciencia?

–¡Cretinos! ¡Me estoy ahogando! ¡De verdad!

Se dio cuenta de que nunca cesarían de jugar.

–Voy a tener que morir...

De pronto le bajó un cansancio infinito... Situación ridícula. Vida ridícula. Mundo de payasos. ¿Para qué aferrarse tanto a la existencia? No valía la pena. ¡Venga el fin! Soltó el dedo del punto de apoyo y se dejó hundir.

Cuando vieron que no emergía, bruscamente se callaron y supieron qué hacer. Ga abrió las piernas. Laurel trepó en sus hombros. Sobre Laurel se paró Tolín y sobre Tolín, Akk. Cayeron hacia delante convertidos en un puente humano. En la orilla, Hums, la Gringa y Boli (con Zum no se podía contar porque seguía revoloteando entre los troncos) agarraron las piernas del coloso. Tolín asió los cabellos de Demetrio, pero como Ga, succionado por el barro, pesaba una tonelada, el trío que lo apuntalaba cayó también al pantano. Comenzaron todos a manotear. Nadie quería irse al fondo y los unos se apoyaban en los cuerpos de los otros, hundiéndolos egoístamente. La fétida capa que los cubría les eliminó toda individualidad. Dejaron de saber quién era quién. Lucharon por no dejarse absorber a puñetazos, rasguños y chillidos. Los niños, desde la orilla, agregaron al chapoteo desesperado un bombardeo de pedruscos. Cada vez que acertaban a tocar un cráneo embarrado, reían a carcajadas. Zum no cesaba de correr de un lado a otro, moviendo los brazos en remolino, dirigiendo, según él, el concierto de los pájaros, sin darse cuenta de la trágica situación. Una voz sollozante se abrió paso entre el montón de cuerpos que se retorcían como gusarapos:

–Por favor, don Carlo, ayúdenos...

Poncini, que los había observado jubiloso lanzando graznidos desde su rama, se dejó caer de cabeza en el pantano. Se hundió y salió inmediatamente a flote emergiendo hasta la cintura. Volvió a salir. En medio de la batahola, como si estuviera en la tina de su casa, gozaba del caldo, saltaba, nadaba, reía. El barro para él se volvía dócil, inofensivo. Los Compañeros de la Papa Florida poco a poco fueron dejando de chillar y de estrangularse los unos a los otros. Avergonzados, comprendieron: la charca tenía fondo... Bastaba dejarse tragar, encontrar las rocas e impulsarse en ellas, para emerger a la superficie. Por creer como Demetrio que estaban en un pozo infinito, habían doblado las piernas. Si no fuera por el ejemplo del demente, encogidos habrían muerto ahogados. Salieron dando saltos y cayeron extenuados en la orilla. Los niños se lanzaron a la ciénaga y

entre gritos de felicidad entablaron una batalla contra el anciano que los azuzaba chapoteando...

Dejaron al «filósofo» y a sus «discípulos» embebidos en el juego, y con disimulo, sin osar mirarse a los ojos, fueron a quitarse las costras en el agua cristalina del Biobío... El que se refregaba con más dedicación era Demetrio. A juzgar por sus incontables abluciones se veía que, a pesar de los ruegos de la Gringa, se estaba desprendiendo del profeta Assis Namur. La indiferencia había dejado de ser su meta.

Zum llegó desnudo y con los brazos abiertos, prometiéndoles que en calidad de Noveno Dios Encarnado iba a orinarles estrellas. Como un solo individuo se lanzaron sobre él y amarrándole los pies y las manos se lo llevaron en hombros a la Reducción araucana... Akk refunfuñó:

–Vamos a tener que buscarle otra finalidad a nuestro viaje. ¡Ni muerto Carlo Poncini se dejará rescatar!

Una sola nube, escarlata, anunciaba el fin del día y la fatal llegada de la noche donde decepcionaría a treinta mil trabajadores. Sin Valdivia, forzoso le era admitirlo, no podía decir nada. Ni siquiera se sabía una estrofa del último poema. Siempre le había fallado la memoria y, a juzgar por los acontecimientos, también el talento y la humildad. ¿Qué le hubiera costado dejar que el cojo se diera el gusto de imitarlo? ¿Acaso le quitaba algo? Sí, le quitaba trabajo y riesgos. Él se hubiera echado al hombro la parte nocturna y difícil de la acción –inventar odas y exponerse a los tiros– para que después, en el día, él, Nepomuceno Viñas, recibiera los halagos. Ni siquiera le robaba el retrato que le correspondía en la Historia, puesto que imitaba sus tres clásicos mechones. ¡Mil veces orgulloso, estúpido! ¿Qué iba a hacer ahora? Aunque se declarara enfermo, en camilla lo subirían al escenario. Antofagasta había enloquecido con su venida. Hasta los niños recitaban sus versos... Bueno, los de Neruña... Es decir, los del cojo Valdivia... Carteles tricolores con la hoz y el martillo dentro de la estrella de la bandera chilena, anunciando el recital, tapizaban los muros. Ni el ejército ni la policía podían intervenir: sería declarar la guerra civil... Había visto fabricar centenas de monigotes de cartón imitando su figura coronada por el tridente de pelos. Un carnaval dramático donde él sería el rey feo. ¿Suicidarse? Quizás... Si no encontraba un subterfugio... Quizás pedir el último poema y hacer una lectura crítica, línea por línea... ¡Absurdo! No estaba ante una asamblea de ensayistas. A los diez minutos, la multitud roncaría y a los veinte lo demolerían a peñascazos. ¡Tanto esfuerzo perdido! Lebatón y la Zagorra avanzando con las ratas, sacrificando su

felicidad conyugal en los túneles asfixiantes para llevar a esos pobres mineros al fracaso, ¡por causa de él! Se dio una violenta cachetada. Le pareció poco. Palos con clavos merecía...

En el terreno seco, las lagartijas dejaban líneas sinuosas. Junto a enormes trozos de concreto –los restos de la estatua de Juan Neruña– brotaban matas de ortigas raquíticas, único verde del paisaje... Allí estaban los pies, más lejos las rodillas, en otro sitio el pecho aplastado formando costras superpuestas y el cuello, como un aro, lleno de gaviotas... La cabeza, le habían contado, yacía en el fondo del mar... Si él no hubiera ofendido a su mejor amigo, después del triunfante recital habrían pegado los pedazos y agregado una nueva testa, la suya... Olvidó unos momentos su angustia y se sentó frente a las ruinas imaginando la estatua de pie con su propia cara y sus tres mechones esculpidos en el cemento. ¡Qué majestad!

Un rasgueo de guitarras interrumpió su ensueño. ¿Quién venía a estas implacables soledades para rendir honores a su efigie caída? Debían de admirarlo mucho. ¡Subir hasta ese cerro caldeado y sin sombra era un sacrificio! Sólo los lagartos podían vivir allí. Para no cortarles la inspiración caminó en la punta de los pies hacia la música. Venía del zócalo-templo. Penetró en el sombrío recinto. Alguien sopló la llama de una única vela. Los instrumentos callaron. Oyó un ruido de telas frotando las columnas. ¡Pobres y humildes ciudadanos, tenían miedo de los pacos; a palos les impedirían tan hermoso homenaje! Se emocionó. Conteniendo sus lágrimas y adoptando el tono nasal del vate, dijo en la oscuridad:

–¡Chilenos míos, vuelvan a rasguear las guitarras! ¡Enciendan la vela y alégrense! Ya pasa la hora negra y viene la alborada... Cabalgando en la palabra Libertad, aquí vengo, para otorgársela al Pueblo...

Y abriendo los brazos casi hasta zafarse los omóplatos, gritó:

–¡Amigos, soy yo, Juan Neruña!

Pasaron unos segundos en los que el eco de su voz fue disolviéndose. Imperó el silencio. El ruido de una caja de fósforos lo interrumpió. Nepomuceno Viñas rápidamente humedeció sus dedos con saliva y atiesó los tres mechones. Por fin alguien encendió el pedazo de vela.

Tres bultos humanos lanzaron enormes sombras contra el fondo del templo. Dos parecían mujeres. El de en medio era un hombre imponente, envuelto en una capa y una bufanda. Se acercó a él y le dio un furioso golpe en el pecho. Luego lo asió del cuello y lo remeció.

Viñas, sin saber por qué, supo inmediatamente quién era el embozado. El nombre le vino de las entrañas... Algún día tenía que

encontrarlo, estaba escrito...

Aceptó estoicamente los insultos y se dejó vapulear. Una gran calma lo invadió. Se sintió salvado. ¡Esa noche no tendría que presentarse ante las treinta mil almas; allí estaba el reemplazante! Además, la pateadura no sería larga. El clima tórrido cansaría rápidamente al hombre, que bajo la gran capa y la bufanda estaría transpirando a chorros...

–¡Caco! ¡Usurpador! ¡Plagiario! ¡Asqueroso!

Ahogado por el esfuerzo, Juan Neruña se sentó junto a él a recuperar el resuello. Nepomuceno Viñas se palpó el pecho verificando si tenía una costilla rota... Nada, por suerte. Dio unos quejidos humildes y con un hilillo de voz presentó sus disculpas.

–Fue sin premeditación ni alevosía, poeta. El destino hizo que yo tuviera el honor de robarle su cara... Sin embargo, le pido perdón... Sepa que he hecho lo imposible por estar a la altura de sus versos y conservarlo en el corazón del pueblo. Me convertí en un canal donde usted, y sólo usted, sopló las odas que se derramaron por mi boca... ¡Ayayay!

Por estar atribuyéndose los méritos del cojo Valdivia, se había mordido la lengua. Rápidamente se tocó las costillas achacando el dolor a los efectos de los puntapiés. Quiso continuar... Neruña alzó su mano enguantada en un gesto real, pidiéndole silencio... Entre el sombrero alón y las antiparras negras se veía una franja blanca. El único trozo de piel que durante años expuso ante el público. Se veía tersa, pura, luminosa, como de virgen. Resonó su voz nasal... Nepomuceno estalló en sollozos, verdaderos. Una cosa era imitar ese tono lento y agudo, o escucharlo por la radio o los discos, y otra sentirlo vivo, auténtico, emergiendo del cuerpo imponente.

–Mire, amigo, el traidor no es usted sino Gegé Vihuela. No fui yo sino la vanidad quien lo ha golpeado. En verdad, le tengo que estar agradecido. Usted no me ha robado nada. Ni siquiera el rostro. Por el contrario, me lo ha dado...

Y el héroe mítico se despojó lentamente de la capa, del sombrero, de la bufanda, del chaleco inflado que le aumentaba el volumen al doble, de los coturnos que lo elevaban treinta centímetros y del resto de las ropas.

Viñas babeó de sorpresa. No lo podía creer. Ante él se erguía un hombre delgado de talla común. Un hombre sin rostro... La piel había sido devorada: era una colección de hoyos, cicatrices y manchas. Las orejas y la nariz se veían corroídas y los labios partían en una flor de filamentos que iban a pegarse a las mejillas y la garganta. Ni cejas, ni pestañas, ni cabellos: una especie de superficie lunar...

–Como usted ve, camarada, soy una víctima de la viruela. Me abandonaron a los tres meses, lleno de pústulas, en un camino. Me recogieron las monjas. Sobreviví de milagro. La bibliotecaria, en los largos días lluviosos del sur, se entretenía leyéndome poemas. En lugar de leche materna, absorbí versos. Para qué le cuento... Crecer fue una lucha larga y difícil. Los testículos nunca me bajaron y el saco quedó vacío. Por eso y por falta de labios tengo esta voz aguda que debo expulsar por la nariz. A falta de cuerpo me tuve que crear una silueta. Así inventé la teoría de que el poeta no debe mostrarse para que el lector vea sólo sus poemas...

Viñas se desmoronó. Otra vez el cepo se cerraba. Neruña, el auténtico, nunca podría mostrarse ante las treinta mil almas. Nadie, ahora, lo aceptaría embozado. Reclamarían que se quitara el sombrero para aplaudir el tridente. Tratando de ganar tiempo –quizás una idea acudiría a salvarlo– se arrojó en los brazos del cacarizo y besó sus mejillas disimulando el asco.

–Hermano Neruña, aunque las circunstancias me obliguen a tomar el puesto que usted se merece, ahora que lo he encontrado no puedo seguir falsificando su poesía. Usted tiene un mensaje profundo, inimitable, y esa joya tiene que mostrarse genuina. ¡Le propongo, le exijo, que ahora mismo escriba el genial poema que el pueblo espera para lanzarse al asalto de la Libertad! Yo me limitaré a leerlo, aunque me prive del placer supremo de inventar versos en su estilo...

–No se prive, camarada... Las odas que improvisa son lo mejor que he escrito. Usted ha llevado el estilo Neruña a su perfección. La energía de las multitudes lo inspira. Yo así, en frío, con una pluma frente a un papel, no puedo hacer tanto. Deje que la embriaguez colectiva lo transporte...

–Ahora que sé que usted estará escuchándome, anónimo entre el público, no podré... Soy muy acomplejado.

–No me venga con ésas, don Nepomuceno. Usted y yo sabemos lo vanidosos que somos. Frente al público no podemos fallar... Además, le confieso, desde que ando fugitivo, las musas me han abandonado. Se diría que pasaron de mi cerebro al suyo. No puedo escribir un solo verso. ¿Para qué? Estoy estéril...

Allí, Nepomuceno Viñas perdió el control. El miedo contenido se le dejó caer de golpe, como una inundación. No había nada que hacer. Antofagasta y toda la zona minera se decepcionarían. Adiós Revolución. Por su culpa. A balbuceos y llantos confesó la existencia del cojo Valdivia. Contó cómo su secretario improvisaba los versos y describió la torpe manera en que lo había perdido…

Juan Neruña se quedó silencioso, meditando.

Las mujeres con las guitarras salieron del Partenón de cemento. Se pusieron a tocar. Nepomuceno reconoció a Emi y Ema...

–¡No podemos fallar! ¡Por Chile y por la poesía no debemos asesinar a Juan Neruña! ¡No queremos que Vihuela se salga con la suya! –dijo el borrado y escarbó en sus ropas. Sacó una daga. La depositó en manos de Nepomuceno–. Cuando suba al escenario, entre los aplausos delirantes de la bienvenida, usted, al grito de «¡El poeta Juan Neruña da su vida por el pueblo para que el pueblo dé su vida por la Revolución!», se hundirá esta hoja en el pecho.

Viñas tragó saliva. Se atoró. Sonrió. Infló sus bíceps. Por supuesto, ésa era la solución. Inexorable. Morir. Un reto. No podía mostrar la hilacha. Estaba obligado a aceptar. Además, ¿qué otra cosa le quedaba? Apretó con firmeza la mano del Poeta Nacional.

–Vengan esos cinco, don Juan. Se lo prometo, esta noche lo colocaré a la altura que se merece. ¡Neruña pasará a la historia como lo que es: un genio y un héroe!

Con pasos decididos emprendió el regreso al puerto. Se dio vuelta para dar un último adiós:

Emi y Ema estaban maquillando a Neruña de payaso. Las pinturas le otorgaban por fin un rostro. Otra vez el toni Piripipí se pasearía por el mundo haciendo sonar sus monedas musicales...

–¡Me despedí de mí llorando
y riendo fui a recibirme
al final del camino!

El gentío llenaba los cerros y la playa. Las olas, mansas, reventaban como murmullos. La brisa que venía del horizonte marino ayudaría a la acústica. El invitado de honor recitaría parado en una balsa, anclada en la orilla. El faro iluminaría el cuadrilátero húmedo. Para que el poeta no se mojara los pies, un centenar de obreros sosteniendo tablones sobre sus hombros formaría un puente de la arena al tinglado. En caso de que el vate necesitara invocar a las musas y reunir sus fuerzas antes del magno mitin, habían construido una cabaña de hojas de latón oxidado.

En una silla de mimbre frente a un cajón vacío, con una botella de vino que no osaba vaciar, ¡no fuera que por borracho calculara mal el golpe y se enterrara el puñal en el corazón!, Nepomuceno Viñas rezaba. Había decidido realizar el acto pero a medias: hundiría la hoja muy a la derecha, casi en el hombro, tratando de que la punta rebotara en el hueso. Después de salir del desmayo fingido contaría que un ángel con bigotes a lo Stalin vino a salvarlo desviando el golpe de un aletazo... Si le creían, antes de la próxima manifestación obrera

buscaría por cielo, mar y tierra al cojo Valdivia.

Golpearon en las latas...

–Compañero, aquí hay un caballero con su mamá paralítica que insiste en verlo..., dice que es su hermano. ¿Los dejo pasar?

¡Zambomba! No sabía que el vate tuviera hermanos ni madre. ¿Acaso no lo habían abandonado, sarnoso, en un camino? Sí... pero quizás más tarde conoció a la autora de sus días. ¡Y ella sabía que el verdadero Neruña estaba cacarañado! ¡Venían a desenmascararlo!

Viñas enloqueció. Trató de escapar por una ventana, pero no las había. Tendría que echar abajo una pared. No. Sería un escándalo. Estaba acorralado. Los dejaría entrar. Si la cosa se ponía grave, los acuchillaría. Y agregaría a la frase histórica: «El poeta da también la vida de su hermano y de su madre por el Pueblo». ¿Qué otra cosa le quedaba? ¡A grandes males grandes remedios! Enrojeció por haber usado un dicho tan común. Se dio cuenta de que estaba perdiendo el control. Respiró profundamente... Ocultó una mano empuñando el arma detrás de la espalda y con una sonrisa almibarada abrió el barril aplanado que servía de puerta.

–¡Hola, huevón! ¿No me reconoces?

¡Qué falta de respeto tratar así al amigo número uno de la nación! ¡Y miren cómo me invade entrando con silla de ruedas y todo aquí dentro! ¡Si la anciana estaba dormida debió dejarla fuera! ¿Y si fueran asesinos pagados por el Gobierno? ¡Más que seguro traen oculta una ametralladora para vaciármela en las tripas...!

Apuntó con el puñal hacia la frente del mercenario.

–¡Alto ahí, manos arriba o disparo!

–¿Pero qué te pasa, Nepomuceno?

¡Ajá, sabía su nombre! ¡Ahora sí que estaba seguro de que era un esbirro de Vihuela! Blandió la hoja para cortarle la yugular. El hombre saltó hacia atrás despojándose del sombrero y la peluca.

–¡Imbécil, soy Alamiro Marciláñez!

Dando gritos de alegría cayeron uno en brazos del otro. Por algunos instantes Viñas olvidó sus preocupaciones y se interesó en la vida del manco. ¿Qué hacía allí con esa anciana?

Alamiro abrió la bata de la mujer y le arrancó el gorro. La cabellera de crines rojas se desparramó hasta el suelo. ¡La Barum! ¿Dormida, drogada? Dentro de un saco de plástico transparente del que sólo salía la cabeza, apareció con toda su rozagante desnudez.

Obedeciendo a una solicitud del otro, Nepomuceno lo ayudó a quitar la bolsa. Apenas el cuerpo quedó libre, un penetrante, delicioso, inmenso olor a violetas lo hizo salivar. Ebrio con la fragancia, bamboleándose, indicó la herida que se abría junto al seno.

Alamiro se dejó caer en la silla de ruedas y con el cadáver en las rodillas contó su historia... La poetisa, muerta, sin pudrirse, su amante para toda la vida, clamaba venganza. Él trató de encontrar al general Lebatón para unirse a la revuelta y masacrar al ejército asesino, pero los mineros habían desaparecido como tragados por la tierra. Oyó de la campaña de Juan Neruña y mendigando aventones llegó a Antofagasta para saber por Nepomuceno dónde unirse a la guerrilla.

El poeta escuchaba la historia con una oreja; con la otra oía el rugido de la muchedumbre llamando al ídolo... Temblando de emoción, se acercó a la muerta, murmuró un delicado «Con permiso...» e introdujo el puñal hasta el mango en la herida, que calzó perfectamente con la hoja, como si fuera su vaina.

–¡Aleluya! –gritó el poeta, y asiendo al manco por la cintura se puso enloquecido a valsear con él.

El faro iluminó la balsa. Se armó la gritería... Las ovaciones retumbaron haciendo estremecer los cerros. De las barcas surgieron cohetes y el cielo se llenó de flores luminosas. Una banda improvisada ejecutó el himno nacional que fue coreado con emoción profunda a la par que todos agitaban banderas rojas y pañuelos, camisetas, calcetines y calzones del mismo color... Nepomuceno avanzó por el puente humano llevando sobre sus hombros una pesada cruz. Tropezó y cayó varias veces ensangrentándose las rodillas. No aceptó ser ayudado. Alguien detrás de él llevaba un bulto en una silla de ruedas.

Cuando llegó al centro de la balsa e irguió la cruz mirando con ojos afiebrados a la muchedumbre, lo aplaudieron media hora. Luego se hizo el silencio y la multitud, tensa, esperó el poema...

Alamiro Marciláñez jaló con energía apasionada la tela que cubría el bulto y en la silla de ruedas apareció el cuerpo de una mujer desnuda, de pelo rojo, blanca, con un puñal enterrado entre sus senos inmensos. Un ¡oh! recorrió las filas como una marea...

–¡Compañeros! –comenzó temblando Viñas, olvidado de sí, completamente dentro del papel de Neruña–. ¡A esta mujer la asesinó el traidor cuyo nombre ensucia mis labios de poeta: Gegé Vihuela!

Estallaron aullidos de protesta.

–Era una obrera como ustedes. ¿Cuál fue su crimen? ¡Pedir públicamente pan, techo, abrigo y libertad para sus amigos de miseria! ¡Le dieron una artera puñalada! Pero la muerte no pudo acallar su protesta. ¡Esta admirable mujer se negó a pudrirse! ¡Su cadáver lanza un mensaje perfumado al mundo: huelan el puro e intenso olor a violeta!

La muchedumbre inspiró sonoramente. Un ¡ah! extasiado acompañó la expiración...

–¡Esta hija del pueblo es una santa! ¡Ella será nuestro símbolo, nuestro guía! ¡Abandonaremos el rojo y enarbolaremos banderas violetas! ¡Nos vestiremos del mismo color!

Nepomuceno, ayudado por Alamiro, amarró a la Barum en la cruz. Sacó el puñal de la herida y lo agitó en el aire:

–¡Que el arma del crimen se vuelva contra los asesinos, milicos, oligarcas, burgueses podridos, latifundistas, aristócratas de pacotilla y presidentes fuleros! ¡Desde ahora el poeta hace huelga de silencio! ¡El poeta se calla porque este cadáver imputrescible habla, grita, canta, llama al combate! ¡El poeta ha encontrado su poema: es esta mujer sagrada!

Fue el delirio. Miles de manos alzaron a la crucificada como si fuera un estandarte. Allí mismo, guiados por Nepomuceno Viñas (seguido como una sombra por Alamiro Marciláñez, que antes de aceptar el trato había exigido ser nombrado «guardián particular del emblema santo», para que él y sólo él durmiera cada noche encerrado en el cuarto donde reposaba la muerta, no fuera que a alguien se le ocurriera profanarla), comenzaron la increíble marcha hacia Arica. Encandilados por la carne que no se corrompía y embriagados por su perfume, millares de obreros se unían a la muchedumbre, cambiando las banderas rojas por otras violetas y la hoz y el martillo por una pluma entintada y una pala cruzadas sobre un corazón herido...

Apenas salió el sol, Nepomuceno se hizo fotografiar junto a la crucificada con el «puñal asesino» en la mano apuntando hacia la Victoria. Pidió que en lugar de sus versos se distribuyeran copias del retrato e íntimamente mandó al carajo al miserable cojo Valdivia.

«¡Saquen toda esa tierra! ¡No quiero ver en el parqué ni un grano de polvo! ¡Manden traer las ciento cincuenta aspiradoras de La Moneda! ¡Y si hoy mismo los salones no brillan como espejos, los meto presos a todos, rotos de la caramba!» Gegé Vihuela, entre satisfecho y desesperado, cubierto por un velo espeso, instalado en el sedán, daba órdenes por el teléfono portátil... Durante una semana vaciaron los frascos rellenos de tierra sagrada acumulándola en la mansión: toneladas. Escarbaron hasta el cansancio en pos de una reliquia. Obtuvieron por fin un trofeo: ¡la mandíbula inferior del niño momia, ennegrecida, pero con todos sus dientes! ¡Bravo! ¡Ahora a desempolvar los pisos para estar listos a medianoche! ¡El tiempo urge! Su cuerpo ya no tenía manchas... Se habían unido todas y su piel era una superficie café-amarillenta que exudaba líquidos fétidos. Se estaba

pudriendo en vida... ¡Él, primer ciudadano de la República, allí, más despierto que nunca, oculto de los ojos de sus ciudadanos y, en cambio, allá en el norte, los despreciables harapientos enarbolaban ante las multitudes el cadáver crucificado de una obrera insignificante, que en lugar de pudrirse exhalaba perfumes! ¡Ah, no! ¡Basta de burlas! ¡El cardenal Barata tendría que apretarle las tuercas a su Cristo! ¿Para qué servía un Dios que no era capaz de salvar al presidente? ¡Esa noche misma tendría que venir con sus mejores faldas de seda púrpura y encajes, traer hostias, biblias, agua bendita, crucifijos, cirios, cálices, todo el cancán sagrado! ¡Estaba también obligado a acarrear el altar de mármol de la catedral, ese donde había celebrado misa el Papa en su visita oficial y apoyado su frente el ministro de Finanzas de Estados Unidos! ¡El general Lagarreta aventaría el incienso! ¡Aunque le faltara la parte superior, esa maldita mandíbula tendría que ponerse a castañetear! ¡Había que obligarla a desdecirse! ¡Lanzarle encima el poder religioso, legislativo, ejecutivo y judicial para que anunciara siete vacas no sólo gordas sino elefantinas! ¡El Excelentísimo Presidente Señor Don Gegé Vihuela exigía un exorcismo! ¡La reliquia, a como diera lugar, tendría que hacer el milagro de devolverle su importantísima –para él y para todos– salud! ¡Si Dios fallaba, el cardenal Barata tendría que aceptar colaborar con el Diablo! Para eso, con la ayuda del Cara de Hacha, se había procurado dos elementos que usaría en última instancia: una prostituta y un huerfanito.

El ajetreo general le acortó las horas. Se quedó en el coche. Como no tenía hambre, lanzó medio kilo de caviar por la ventanilla. Sorbió una dosis de cocaína peruana y también (por si las moscas, no fuera que lo acosaran primitivos dolores físicos) abundante polvo de morfina.

A las once de la noche, un camión eclesiástico descargó, con delicadeza extrema, el venerable altar. Lo depositaron en el salón pantera (todo forrado con pieles de esas bestias) y unos azorados monaguillos colocaron los demás elementos religiosos en su sitio. Una gran cruz de madera con un Cristo del siglo XIV, reliquia esencial de la iglesia de San Francisco, completó el decorado de la ceremonia. Sobre el Evangelio forrado en cuero rojo, pusieron la mandíbula de la momia...

La mansión se vació. Al sonar las doce campanadas, llegaron dos coches. Los choferes abrieron las puertas y bajaron el cura y el militar. Se quedaron mirando a los ojos, inmóviles. Ninguno de los dos quiso condescender a saludar primero: al grito de «¡Déjense de idioteces!», Vihuela corrió hacia ellos y palmoteándoles las espaldas, haciéndose el

que no veía que se tapaban con repugnancia las narices, los empujó hacia la casa. «No perdamos el tiempo en caravanas. Ahora mismo debemos comenzar.»

El general Lagarreta, tan confianzudo como siempre, pero esta vez sin darle punzadas con el dedo en el vientre (porque se le pegaba el atroz hedor), mientras repartía nubes de incienso por los rincones, le dijo:

–¡Vas a ver Gegé cómo esta noche te quitamos el olor y el color a caca, no faltaba más!

El cardenal Barata hizo todo lo que sabía hacer, rezó avemarías, padrenuestros, levantó y bajó hostias, recitó textos bíblicos, amenazó de excomunión, besó los pies llagados del Cristo, cantó en latín, desparramó medallitas, hizo el signo de la cruz sobre cada centímetro cuadrado y durante horas exigió que los demonios abandonaran la carne del presidente y que los huesos mágicos pidieran disculpas. Al alba, muerto de cansancio, exasperado, dio un golpazo con el cáliz sobre la superficie de mármol, asió el hueso ennegrecido y lo agitó ante la nariz de Vihuela.

–¡No se haga el tonto, don Gegé! ¡Para que algo castañetee tiene que chocar con otro algo! ¡Estamos haciendo el ridículo! ¡Aquí no hay diablos! ¡Hay un cáncer!

–¡Cállese, lechuza estúpida! ¡Yo no estoy enfermo! ¡Estoy poseído! ¡Lo que pasa es que usted es un vejete vestido de coqueta! ¡No sirve para nada! ¡Ni usted ni su monigote de madera apolillada! ¿Qué vamos a lograr con palabrejas devotas? ¡Necesitamos una misa negra! ¡General Lagarreta!

–Sí, mi queso camembert...

–¡Déjese de chistes y deje de faltarme el respeto! ¡Saque su pistola y obligue a este anciano a arremangarse la sotana hasta la cintura! Bien, gracias. ¡Ahora tráigame a la puta con reglas y al huérfano puto!

Dando risillas excitadas, el militar llegó con los prisioneros. Gegé hizo que el niño se colocara en cuatro patas sobre el altar y la mujer vertiera su sangre menstrual en el cáliz. El prelado se desmayó. Lo despertaron volcándole en el pico una botella de aguardiente. Dando górgoros, miró alocado cómo Gegé le subía y bajaba con rapidez vertiginosa el prepucio. No pudo impedir la erección.

El presidente introdujo en el ano del pequeño prostituto media docena de hostias.

–¡Cardenal Barata, le exijo que beba esta sangre impura y sodomice al niño mientras dice, con las palabras más soeces que conozca, una misa! ¡Si no, le vuelo la tapa de los sesos!

El cardenal se acercó temblando hacia las nalgas morenas. Entró

sin dificultad... (el pequeño estaba acostumbrado: desde los seis años –tenía ocho– trabajaba en un burdel para políticos). Alzó el cáliz… Antes de que empezara a beber, Gegé Vihuela escuchó el castañeteo tan esperado:

–Clac, clac, clacacac, clac...

–¡Resultó! ¡Vivaaa! ¡La mandíbula habla! ¡Rápido, Lagarreta, usted comprende el morse, tradúzcame!

Los tronidos repetían una y otra vez la misma frase. El general musitó:

–¡Siete vacas flacas! ¡Siete vacas flacas! ¡Siete vacas flacas!

–¡Nooo!

Gegé, desesperado, arrojó la reliquia de hueso al suelo y la hizo polvo a patadas. ¡Siguió escuchando el clac cacac! ¡Venía de la boca del cardenal Barata!

–¡Son mis planchas de dientes! ¡Se han puesto a sonar fuera de control! ¡Se lo juro!

–¡Haga que cesen de burlarse de mí!

–¡Trato y no puedo... Clac, clac, clacacac, clac!

El presidente, echando espumarajos, se lanzó hacia Barata. Con la mano izquierda le asió la nuca y la otra presionó la boca arrugada.

–¡Cállense, demonios...!

Los dientes de porcelana le arrancaron un trozo de la palma. Loco de furia e inmune al dolor por la morfina, cambió de mano y se apoyó con la izquierda. Le arrancaron otro pedazo. Las heridas eran tan profundas que llegaban al dorso. Comenzó a darle cabezazos en las mandíbulas para quebrárselas. Los dientes, duros como el acero, resistieron y le llenaron la frente de mordiscos. Volcó al religioso y con sus pies desnudos –así lo exigía la ceremonia– trató de romperle el hocico. Las mandíbulas asesinas le hicieron un hoyo en cada empeine. La sangre maloliente hizo vomitar a los dos invitados. Lagarreta los encerró otra vez en el sótano. El cardenal, siguiendo como muñeco de trapo el impulso de sus colmillos falsos, saltó sobre Vihuela y de una dentellada le arrancó un pedazo de carne del costado... Cesó el castañeteo. Las planchas se deslizaron solas de la boca y cayeron en el piso partiéndose en pedazos.

Barata hipaba...

–¡El demonio se apoderó de mis dientes artificiales!

Gegé, con los ojos brillantes, como en trance, abrió los brazos en cruz.

–¡No fue el diablo, cardenal, sino Dios! Míreme... Tengo las mismas heridas que Cristo... Y los mordiscones en la frente parecen huellas de corona de espinas...

Se paró en una silla y ocultó con su cuerpo sangrante la cruz de madera...

–Ahora comprendo... Tengo una misión divina... Mi cuerpo se está convirtiendo en madera... Soy el nuevo Mesías... Por algo el pueblo me dio el poder al grito de san Gegé...

Saltó del zócalo improvisado y con saña, usando el pie de una lámpara como martillo, demolió al Jesús del siglo XIV. Blandió los tres clavos...

–Los designios de la Providencia son increíbles. Nunca hubiéramos podido contener a los obreros: esa santa hediente a perfume de empleada doméstica, amarrada en una cruz, con las impúdicas tetas al aire, sin pudrirse, une el sentimiento político al religioso... Los rotos siempre han sido fanáticos... Pero ahora yo, con la venia de la Iglesia oficial, que me declarará católicamente, apostólicamente, romanamente santo, apareciendo con la carne convertida en madera y con estigmas divinos, clavado de verdad en esta vieja cruz...

–Bañado en desodorante... –incluyó en el discurso rápidamente Lagarreta.

–...y lanzando por canales disimulados en el aspa nubes del mejor perfume francés, volveré loco al país. Será un delirio místico... ¡Ándele, general, atraviéseme con los clavos! Verá que no sufro...

El milico no se hizo de rogar. Fue a la cocina, se colocó unos guantes de hule, volvió agitando un martillo y, con pericia de verdugo, clavó a su Presidente en la cruz...

Desde el madero, con una nueva voz, temblorosa e imponente, el Excelentísimo Señor Mesías ordenó:

–¡General Lagarreta, desde este momento tiene usted las riendas del poder en sus filosas manos! Declare el estado de sitio. Asuste a la masa amorfa y dele seguridad, sacrificando unas cinco mil personas en el matadero municipal. Diga que eran traidores y sacrílegos... Incluya entre las víctimas a la prostituta y al huérfano. ¡Dé uniformes a la juventud, a las mujeres, a los viejos, a los recién paridos, en fin, a todos! Quiero camisas verdes porque hacen juego con mi café-amarillo. Usted, cardenal, sin pedirle permiso al Papa, canoníceme públicamente en el techo del palacio presidencial. Desde allí, clavado en la cruz, inflamaré al pueblo...

Ya más calmado pidió al general que le acercara a la nariz los polvos de morfina...

–Que cada día en la catedral los ciudadanos desfilen ante mí. Yo los bendeciré. Crucificado apareceré en los noticieros, crucificado asistiré al Senado, crucificado atajaré la rebelión minera. El país

entero, de rodillas, terminará rezando ante mi imagen...

–«Amén» –musitó Barata...

XVI. Ave, amén, etcétera...

«Mientras más tierna es la tortuga, más espeso es su caparazón.»
Sabiduría guala

La Machi no supo si era ella la que suspiraba o si el desolado resuello venía del mundo subterráneo. Nunca se había sentido tan fatigada. Hacía ya mucho que debería estar disuelta en la tierra para transformarse en ballena y transportar el alma de los difuntos hacia el oeste, pero estaba obligada a rechazar la muerte. No se pertenecía a ella misma. Nguenechén, amo de los hombres, tenía grandes planes para su raza. Ahora el río galopaba sin dirección noble, desviado de su cauce original. Tendrían que devolverlo a su camino. Ellos eran el fruto de esa tierra y no los huincas. Únicamente ellos sabían ocupar su sitio correcto en el paisaje, sin destrozar las piedras ni envenenar el océano. Sólo ellos, con la ayuda de Nguenemapun, el señor de la tierra, podrían hacer que los árboles y las plantas volvieran a tener raíces de oro y plata. Vendría el día en que los blancos serían castigados por todos los crímenes cometidos en América... La humedad del barro se le metió en los huesos. Su cansancio era milenario y, sin embargo, aún no comenzaba la acción. Epunamun, el dios de la guerra, debía despertarse ayudado por Pillán, amo del fuego, de los volcanes y de los terremotos... Arrugó aún más su nariz impidiendo un estornudo. No debía moverse ni un milímetro. Hacía seis horas que esperaba, sentada en el pantano, que el sapo entrara en su bolsa de lana. Ya tenía una tarántula, a la que había arrancado los dos pequeños colmillos y vaciado el veneno, tres lagartijas y una rata, pero el batracio con su piel cubierta de licor viscoso era imprescindible. Nunca dejaba de lanzar un chorro de meado fétido impresionando al enfermo.

¡Por fin apareció! Como hipnotizado, abriendo un hocico lleno de filamentos, dando saltos caprichosos se acercó a la bolsa. A pesar de haberlo esperado tantas horas, desde la noche hasta el alba, no se alegró de verlo... Antes, cuando llegaba Nguenco, el frío de los huesos

se le convertía en calor y un escalofrío triunfal le recorría el cuerpo inmóvil. El animal brillaba en el barro como un respetable dios verde y cuando entraba en su saco de lana, se veía obligada a cantarle:

–Vine a verte.
Vine a verte.
Y encontré al Dios Supremo.
Por eso vine a verte.
¿En qué piensas?
Dímelo.
Yo pienso sólo en ti...
¡Yo sólo pienso en ti!

Pero esta vez, únicamente vio una masa blanda, cubierta de baba, con ojos globulosos y una mirada vacía.

Los huincas nunca iban a creer que los bichos que ella imitaría sacarles del cuerpo eran la concreción de sus males. Estaba obligada a cambiar de método. A los araucanos era fácil hipnotizarlos haciéndoles respirar el humo de su pipa, donde fumaba hierbas de visiones. Tocando el kultrún, alababa al enfermo: «Quiero que te sanes porque eres bello, porque eres útil, porque sin ti el pueblo se muere». Sonreían y se entregaban a ella viéndola como una montaña. Con voz de hombre llamaba a las machis muertas, las machis del cielo, y el paciente se sentía cuidado por millares de buenas brujas. Era fácil pellizcarlos y hacer como si les arrancara de la carne una lagartija viva. ¡La enfermedad! El animal huía. Entonces ella ordenaba a la familia, a los amigos y a los amigos de los amigos que persiguieran al mal, para matarlo. Siempre en medio de la noche, alumbrándose con antorchas. Todos unidos hasta acabar con la enfermedad, el pueblo entre la Machi de la tierra y las machis del cielo, haciendo lo mismo, arriba y abajo, antes y ahora... Si nadie lo amaba, no encontraban al lagarto y el enfermo sabía que tenía que morir: soltaba el *alhue* y esa esencia invisible se disolvía en el aire... ¡Así de fácil! Pero los extranjeros eran incrédulos. El milagro debía presentarse de otra forma, sin disfraz, sencillo, tal cual... La Machi reprimió una sonrisa. En realidad su cansancio provenía de hacer siempre lo mismo. Cualquiera que conociera las hierbas y las ceremonias podría curar. Su oficio se había convertido en una colección de ritos que ocultaban la ausencia de los Dioses... Muertos quizás... El alcohol había asesinado también la tradición. La verdad era ahora una triste mentira. A pesar de ser una pobre vieja, tendría que tomar las riendas en la mano. Estaba bien honorar a los dioses, pero no debía confiar en ellos para obtener el triunfo... Antes de que el sapo diera su último salto y entrara en la jaula de lana, bruscamente abandonó la inmovilidad y vació la bolsa

cubriendo entre carcajadas a Nguenco con la tarántula, las lagartijas y la rata... Vio a los bichos chapotear en el barro y dejó que se escaparan... Ya no los necesitaba... Nunca más...

No hubo manera de convencer a Zum. ¿Cómo? Ni siquiera se podía entablar un diálogo con él. Sonriendo beatamente cubría cada mañana su cuerpo desnudo con un traje multicolor de pétalos de flores. Los pegaba con gotas de miel y luego, dando toda clase de aletazos, imitaba el vuelo de las mariposas. Por fin, extenuado, se trepaba a la gran encina y desaparecía entre el follaje. Carlo Poncini ya no estaba allí. Ninguno de los compañeros pudo obtener que los araucanos revelaran su paradero. Zum parecía dispuesto a reemplazar al filósofo. Los niños lo alimentaban con queso y plátanos y, a causa de su volumen, en lugar de «cuervo» le gritaban «¡pavo!». Ese atardecer, Hums y la Machi vinieron a buscarlo. Estaba parado en una rama dirigiendo, con gestos de músico, el concierto de los pájaros. El maestro trepó trabajosamente y frente a él, arrodillado en una rama, le rogó:

–Osito, déjate de comedias. Sólo a un intelectual como tú se le ocurre convertirse en loco sagrado. No vale la pena. Ningún respetuoso japonés estampará tus baboseos como ejemplo para las nuevas generaciones. Aquí no hay testigos: sólo niños mugrientos Estás fuera de la madre cultura. Ven con nosotros, por favor...

Zum despegó los pedazos de flor que le sellaban la boca, alzó a su antiguo maestro, le depositó un beso delicado en los labios y le susurró en la oreja izquierda:

–Tratamos inútilmente de abrir la caja de Pandora con una carga de dinamita, cuando hubiéramos podido hacerlo con el canto de un ruiseñor...

Después lo tomó en brazos, como si Hums fuera un animal herido y, bajando con cuidados infinitos de rama en rama, lo depositó al pie del árbol. Escarbó junto a una raíz y del hoyo negro extrajo su diario de vida, hinchado por la humedad. Buscó entre las blandas páginas un espacio libre, entintó su dedo en barro y escribió la frase final: «Cuando rompas todas las amarras podrás atarte con los más hermosos nudos».

Depositó el manuscrito en las manos de Hums. El jardinero trató de alisar las hojas, pero se amalgamaron convirtiéndose en masa blanduja. Zum lanzó un cacareo triunfal, hizo una pelota con su diario y de un puntapié lo envió al pantano. Trepó a la encina y se sentó, entre las altas ramas, a ver la arrebolada.

La Machi se llevó a Hums, que no podía cesar de lagrimear.

–Tu amigo ya no tiene nombre. Ahora es una rama más del árbol. Venéralo siempre, porque ha ido más lejos que tú...

A medida que hablaba, la Machi se iba quitando su traje de curandera y colocando las prendas en el cuerpo de Hums, que se dejaba vestir como un niño. Terminó disfrazado de bruja con la anciana desnuda caminando junto a él...

–Tú también acabas de perder el nombre. Ahora todo cambiará. Las plantas serán el jardinero y tú el jardín. Ellas entrarán en ti para manifestar sus deseos. Convertido en instrumento dejarás que esos pequeños seres te enseñen a cantar, a tocar tambores, a bailar, para por fin curar... Los guerreros abandonarán pronto estas tierras dejando sólo a los enfermos, los ancianos y los niños débiles. Yo no me puedo quedar. Tú serás la mujer-medicina. Ya puedes darte al pueblo: no te queda nada tuyo.

–Sólo me queda una adivinanza. ¿Cómo un pescador ciego puede encontrar un baúl negro en la oscuridad del océano?

–¿Qué hay dentro del baúl?

–El corazón de un calamar.

–El pescador debe aprender a escuchar los latidos de su propio corazón...

A Hums lo invadió una risa nerviosa. Bruscamente perdió la sordera y junto con los ruidos del paisaje, viento, grillos, balidos, relinchos y cascadas, halló el ritmo de su corazón dándole vida al mundo...

La Machi sonrió...

–No hay ninguna diferencia entre un calamar y un pescador. Si te oyes, a nosotros nos escuchas... No le temas a tu bondad. Conviértete en madre. Cura a los enfermos, habla como juez, aconseja a los dudosos, prevé el futuro y reza por los que agonizan... Tú en el suelo y tu amigo en el árbol han llegado al final del camino.

Hums ordenó los pliegues de la falda negra, ató el pañuelo que cubría su cabeza, hizo calzar bien la diadema de monedas de plata y murmuró:

–La papa ha florecido... Aquí nos quedaremos para siempre...

Y bruscamente se le presentó su vida como un inmenso mural y se dio cuenta de que desde su nacimiento todos los caminos conducían a esa transfiguración: en él se realizaba la virgen, la puta y la madre. Con placer, convertido en vieja curandera, vería declinar los últimos años de su vida, gozando de ese trascendental anonimato... ¡Y después de todo, no estaría tan solitario! ¡Aparte de los enfermos –el tifus y la sarna abundaban en esos parajes–, apenas quisiera compañía no tendría más que trepar a la vieja encina para ponerse a cacarear con su

amigo el Pavo!

Los desvistieron, los acostaron sobre la espalda, los obligaron a colocar una palma contra la otra y con una correa de cuero les amarraron juntos los pulgares. Lo mismo hicieron con los dedos de los pies... Trajeron siete pieles de vacas recién descueradas y envolvieron en ellas, del cuello a los pies, a Tolín, Akk, Boli, Laurel, la Gringa, Demetrio y Ga. Por encima de cada envoltorio enrollaron un hilo de algodón blanco embebido en cera.

Cada uno de los mil quinientos guerreros, con su traje de pato silvestre engalanado por copihues rojos, soplaba en el agujero único de su trutruca colocando la boca de hueso contra la tierra. Las cañas largas, entre tres y seis metros, estaban forradas con piel de caballo y tenían un cuerno de vaca en el extremo. El suelo comunicaba a los pies desnudos su vibración incesante... De pie, sosteniendo el bosque de trompetas, sin dormir, habían tocado tres días alrededor de la ruca principal donde la bruja curaba a los extranjeros.

En el interior, Hums, completamente adaptado a su nueva personalidad, lanzaba tazones de agua de mellico, cachanlagua y otras hierbas medicinales sobre piedras calentadas al rojo vivo. El calor, denso, húmedo, aromático, hacía transpirar incesantemente a los compañeros que, apoyados contra los postes, parecían larvas. Setenta y dos horas sin dormir, comer ni beber, los habían hecho perder el alcohol acumulado durante años... No sabían estar sobrios. De vez en cuando Ga, haciéndose voz del grupo, emitía un ronco: «Mi reino por un trago»...

La Machi, sin cesar de tocar su tamborcillo, vigilaba a las crisálidas. ¿Por quién iba a comenzar? Estudió los rostros de sus prisioneros. De cada ninfa podría surgir una mariposa. Ellos lo sabían. Estaban en el fondo del callejón sin salida y ahora mismo debían derrumbar el muro. Les faltaba la fe, sí, pero no el deseo. Había que ayudarlos a desprenderse de las últimas ataduras...

La Machi, de pronto, dio un salto prodigioso y aterrizó frente a Demetrio. Con un cuchillo puntudo comenzó a hacer incisiones en el envoltorio hasta llegar a la carne del poeta. Abrió veintiocho agujeros.

–¡Los anzuelos!

Veintiocho ganchos de metal con puntas afiladas y atados a cuerdas hechas con tendones fueron ordenados uno a uno frente a la bruja por el obediente Hums. La cabeza de Demetrio se agitó y sus labios lanzaron un escupitajo hacia la falsa vieja.

–¡Traidor!

Hums pasó una esquina del poncho por su rostro y secó con

expresión dulce la saliva fétida.

–En el corazón del siete, encuentras veintiocho. Dos más ocho, diez. Uno más cero, uno. ¡La Unidad!

–¡Métete la numerología en el culo!

Lo volvieron a escupir.

La Machi, con una voz profunda, amorosa, mientras pellizcaba su piel y la atravesaba con los anzuelos, le fue diciendo:

–Entrega tus límites. Sólo muriendo vencerás a la muerte. Deja surgir en ti al Ser Supremo. Mariposa serás, alma grande serás. No luches conmigo, lucha contigo. Estos anzuelos son los deseos con que te aferras al mundo.

La Machi tomó el último anzuelo y pellizcando el ceño de Demetrio se lo clavó en la frente. Luego, secundada solícitamente por Hums, pasó las cuerdas por unas vigas colocadas en lo alto de la ruca y usando piedras como contrapeso fue alzando el cuerpo hasta que quedó en el aire. Bailó bajo el capullo golpeando en el kultrún. Después cortó uno de los tendones. Demetrio se desequilibró. Aumentó el sufrimiento. Ella siguió danzando, cantando y cortando cuerdas. Él fue cayendo hacia sí mismo. Al cabo de cuatro horas quedó colgado del anzuelo que tenía en el entrecejo. La piel fina, estirada al máximo, lo sostenía difícilmente. La sangre no cesaba de correr en un hilillo continuo. Todo su cuerpo se hizo cabeza. Cabeza vacía, sin pensamientos, puro dolor. Y sin embargo seguía aferrado a ese punto de conciencia que llamaba «Yo». La gota no quería sumergirse en el océano.

–Ahora es el momento, hijo mío, quiebra tu orgullo. Acepta al Ser Supremo...

La frente se le despegaba. La piel comenzó a rajarse. Se dio cuenta de que por sobre todas las cosas se amaba y que sólo necesitaba la existencia de los otros para sentirse separado. Odiaba la parte eterna de su ser. Defendía lo efímero. Por eso era poeta; no por alabar la perfección de la obra divina, sino para eternizar en sus versos la falla, el instante, lo superfluo. Su intrascendencia era más bella que la aburrida eternidad. Definitivamente no quería ceder...

–Ahí te quedas hasta que el anzuelo te corte el pellejo y caigas. Yo no puedo nacer por ti...

La verdad es que nunca quiso nacer: junto con la leche materna, vomitó al mundo. Estaba seguro de que su mayor desgracia era haber salido del vientre. Cada vez que encontraba una mujer pasaba noches enteras bombeando en la vagina como si golpeara en las puertas cerradas del Paraíso, tratando de huir de un universo lleno de dolor. ¿Para qué tanto cambio? ¿Para qué tanta muerte? El juego absurdo de

la creación y destrucción continuas. ¡Dios daba la vida para poder exterminarla: era un asesino! ¡Y él no veía otra finalidad que la de ser Dios!

La Machi, por los cambios en los sutiles músculos de la cara, leyó los pensamientos de Demetrio. El proceso iba por buen camino. Preparó con disimulo el cuchillo tramposo que tenía escondido entre las varillas del muro y con el arma verdadera esperó tensa el instante en que la piel del ceño cedería...

Demetrio convertía su dolor en odio... Se estaba dando cuenta de que su poesía tenía una raíz que por vergüenza guardaba secreta... Reprimía su «genio» no por envidia de sí mismo, sino porque la creación artística era la máscara de sus impulsos asesinos. No era un poeta sino un criminal frustrado...

El anzuelo partió la carne en dos. El gusano cayó aplastándose contra el suelo con un ruido acuoso. La Machi, con el puñal bueno, comenzó a cortar el cuero de vaca en líneas longitudinales del cuello a la cintura, fabricando pétalos. Demetrio se vio obligado a arrastrarse para salir de una flor. Temblaba agitado por incontrolables contracciones; la cortina de sangre que caía de su frente convertía las imágenes en siluetas rojizas... La hoja lo liberó de las correas que le ataban los pies y también cortó los ligamentos de los dedos de sus manos. ¡Estaba libre!

En ese instante, la Machi cambió las armas. Cuando Demetrio le arrebató la hoja de las manos, obtuvo el cuchillo tramposo, con mango hueco, calculado para que al dar una puñalada la hoja retrocediera hasta un tope permitiendo sólo atravesar al pellejo de vaca sin herir la carne de la persona atada...

La ruptura del ceño, como un rayo, había hecho estallar su conciencia... Apareció el asesino... Dando alaridos y carcajadas se lanzó sobre sus amigos y comenzó a acuchillarlos. El cuero se abría a cada golpe y del tajo salía un chorro caliente de líquido rojo... Para Demetrio era sangre; para la Machi, el sudor acumulado teñido por un polvo con el que ella había cubierto el interior de las pieles de vaca... Los compañeros recibían los golpes feroces, y el dolor muscular mezclado a la visión de los chisguetes sanguinolentos les hacía creer que estaban siendo asesinados. Lanzaban chillidos de reses en el matadero, tratando de liberarse de las ataduras. Rodaban agitándose como gusanos epilépticos. El poeta, enloquecido, los acribillaba sin cesar. Detrás de él, como una sombra, la Machi desviaba los golpes que lanzaba contra el cuello o las caras. Cuando el piso se cubrió del sudor pegajoso y los cientos de agujeros dejaron de manar, mientras las crisálidas lanzaban ayes de moribundos, Demetrio, sin resuello,

cayó sentado. El cuchillo se deslizó de la mano. Con celeridad la bruja lo reemplazó por el verdadero. El «asesino» recogió el arma. Vio a sus amigos agonizando. No pudo disimular su paz interior, fría como un diamante. «La poesía es el crimen... Ahora, el poema final: mi propia muerte.» Se sentía capaz. Por primera vez no estaba actuando, el espectador se había esfumado y el actor consideraba que la comedia no valía la pena, que era necesario clausurar el espectáculo...

La Machi comenzó a rezar en silencio. Iba a necesitar la ayuda de Marepuantu. El huinca podía morir: todo dependía del lugar en que se enterrara el puñal. Si elegía el corazón o el hígado, estaba perdido, pero con el odio que le tenía a su madre por haberlo hecho nacer, era posible que se diera el tajo en el vientre, justo donde ella podría intervenir...

Demetrio dirigió la punta del cuchillo hacia su ombligo... Los gusanos dejaron de moverse y fascinados observaron la ceremonia. Dio un empujón y la hoja penetró un centímetro. Como un anillo de bodas, el metal lo unía a la muerte. Siguió empujando hasta que la mitad del puñal penetró en su cuerpo. El dolor le era indiferente. La sangre no podía emocionarlo. Rajó hacia la pelvis, soltó el arma, tomó los labios de la herida, los estiró hacia los costados y dejó que las tripas se le desparramaran sobre las rodillas. Había perdido el deseo de matar. Sintió por primera vez la belleza. Le llegó de golpe: el rojo, el ulular de las trompas, esa ruca, esa generación, ese instante inmenso, una sola llamarada, millones de astros consumiéndose, la fiesta sideral, morir o vivir era lo mismo. A través de la separación impecable encontraba la fusión... Cerró los ojos y musitando la única canción de cuna que le cantara su madre, dejó que la Machi, convertida en gallina cósmica, lo apoyara en su pecho y con solícitos cuidados le metiera las tripas otra vez en el vientre. La vio arreglar el laberinto, devolver los intestinos a su posición y luego unir los bordes de la herida, invocando al hijo del sol. La vio transfigurarse, eyectar un contorno luminoso, como si otro ser, un hombre transparente, se superpusiera a su figura. La vio pasar las palmas por los cortes y cerrarlos sin dejar cicatrices.

La Machi, Marepuantu, sonrió. Ya los tenía atrapados. Hizo signos hacia los prisioneros. Abrió las pieles de vaca. Cortó las ataduras... Se frotaron el cuerpo sin encontrarlo herido. ¡Milagro! La euforia de estar vivos e indemnes los arrojó unos en brazos de los otros. Se besaban, reían, abrazaban a la Machi. Separado del grupo, Demetrio, sintiendo como si hubiera tomado mil baños turcos, blanco y transparente, congraciado con la vida, abrió los brazos, bendijo a sus amigos y, cayendo de rodillas, les pidió perdón... Ellos dejaron de

enlazarse y observando su genuino arrepentimiento se precipitaron hacia él... Demetrio, después de haber intentado asesinar a sus amigos, sentía como si él los hubiera, en cierta forma (por la destrucción), creado... Formaban parte de él, entraban profundamente en su alma y junto con ellos también la humanidad. Doblado bajo las caricias comenzó, feliz, a sollozar... Boli y la Gringa, inclinadas sobre él, mostraron al nunca distraído Ga, cuando de posteriores femeninos se trataba, cuatro hemisferios magnéticos. Su entusiasmo se acentuó y, aprovechando el tumulto, intentó con disimulo penetrar en una de las quebradas. Dos manos poderosas atraparon al erecto instrumento. La Machi, con el ojo desencajado, lo obligó, apretando sus melones, a tenderse de espaldas. El sátiro no podía rebelarse porque el más leve movimiento era castigado con un estrujón que lo hacía ver luciérnagas.

–Refugiado en tu animal, como caracol frotas la tierra. Abriré la puerta para que forniques con el cielo...

La vieja realizó una complicada operación con tal celeridad que Ga ni siquiera pudo retorcerse para impedirla... Parpadeó una vez y ya le habían abierto el agujero del pene e introducido hasta la vejiga una caña tan gruesa como uno de sus dedos. Trató de aullar pero, antes de que su voz emergiera, la anciana apoyó sus labios en el tubo y sopló hacia la vejiga tratando de echar el alma. Junto con ella los gualas hicieron resonar sus trutrucas. Ga sintió que el aliento de la Machi, amalgamado a la música estruendosa, penetraba por la uretra, descendía impetuoso hasta sus testículos, como una marejada gigante arrancaba de cuajo el semen y lo empujaba hasta hacerlo estallar en el vientre, lanzando impalpables pero poderosos tentáculos hacia el horizonte. La vieja siguió soplando. El aliento, como una lanza, comenzó a penetrar por la médula de su columna vertebral. Un río salvaje desembocó en su corazón para formar un remolino, espiral dorada, inmensa, total concentración de amor. Ga tenía ganas de derramarse, llover sobre la tierra, ser alimento, dar vida, vida incesante, sin cesar renovada, fuente virgen... La Machi arrancó la caña y levantando el saco de sus testículos lo estiró hacia las ingles. Con el mazo del kultrún, un palo terminado en pelota de cuero, comenzó a golpear rítmicamente entre su sexo y su ano. El ritmo lanzó la energía cardiaca hacia la cabeza... Las trompas llegaron a sus notas más agudas... Algunas piedras comenzaron a estallar; el techo de la cabaña, impulsado por los torbellinos que provocaba la vibración, salió disparado. Las paredes cayeron. En el cielo negro, los astros parecieron parpadear siguiendo el concierto desgarrador... Ga sintió que atravesaba un océano de nubes y emergía en la Eternidad. Su

cuerpo, estirado hacia todas las direcciones, en perpetua expansión, era el espacio infinito. Y su espíritu, sin memoria, sin diálogo, sin imágenes, sin conciencia de sí mismo, era un semen translúcido. Estalló, se disolvió en la inmensidad, sabiendo que su ser, por ínfimo que fuera, inseminaba al Tiempo. Se había clavado en el óvulo divino, convirtiéndose en principio generador de nuevos universos. Gritó:

–¡Somos semillas! ¡Hemos venido a sembrarnos!

El gordo miró a sus amigos con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba lejísimos, en los confines del cosmos y muy cerca, allí, en ese momento, en ese instante. Le llegó su frase preferida acerca del suicidio y comenzó a reír como si le hubieran contado el mejor de los chistes... ¡Qué ceguera! ¡Qué trampa destruirse a sí mismo! Había que aprender a morir, como muere el germen, inseminando. Murmuró extasiado:

–Una huella abraza a otras huellas y juntas forman el sendero...

Y abrazó a los compañeros.

Gracias a Marepuantu, el plan iba resultando tal como lo imaginara la Machi. Ahora le tocaba el turno al hombre escrito. Mezclando huevos de polilla con el liquen sin nombre más harina de concha de nácar, ella podía fabricar una pasta que borraba cualquier clase de mancha en la piel humana. Antes de forrar a Akk embebió el pellejo de vaca. Ya hacía rato que había penetrado en sus poros. Tendría que apurarse porque muy pronto las letras se iban a esfumar.

Comenzó a balancearse ordenando a sus guerreros que dieran media vuelta y retrocedieran hasta fabricar un muro de espaldas alrededor del novelista y sus amigos. Para el gordo era bueno trabajar en el espacio abierto; para este hombre era necesaria la intimidad. Lo acostó de vientre, en el suelo. Akk se puso de espaldas. Trató de vendarle los ojos, él arrancó el trapo.

–Te refugias en el exterior. Esta cárcel de letras que has enrollado en la superficie de tu cuerpo te oculta de ti mismo. Has dejado de ser hombre: eres pura palabra. Pierdes el mundo por tratar de utilizarlo. Apenas miras, todo lo cambias. ¡Ahora tendrás que elegir: tu novela o la vida!

Akk, temblando, vio a la bruja levantar una lanza y enterrarla un centímetro en su pecho. ¡Caráspita! Esa loca era capaz de atravesarlo. Habría que seguirle la corriente. Total una novela era sólo un libro grueso lleno de letras. Podría fabricar otro cuando se le diera la gana... La punta le rasguñó la piel haciéndolo sangrar.

–¡Elijo la vida, no faltaba más!

–¡Entonces, borra tu novela!

–¿Cómo, buena señora?

–Concéntrate, tú puedes. Desea que se vaya...

Akk se contrajo imitando hacer un esfuerzo enorme. Como era natural, lógico, las líneas continuaron impresas. La bruja hizo un rasguño más grande. Poco a poco los guerreros fueron girando y lo miraron ceñudos.

–No deseas bastante. No quieres soltar...

–Créame, buena señora, hago lo que puedo...

–¡No soy buena, te quiero arrancar la piel! ¡Gualas: descuérenlo!

Veinte fornidos araucanos se lanzaron sobre Akk; éste, con los ojos desencajados, vio como le clavaban puñales en diferentes sitios de su cuerpo... Dio un chillido.

–¡Alto! ¡Exijo una última oportunidad!

Otras veinte puntas de acero se apoyaron en sus miembros.

–¡Mamacita linda, ayúdame! ¡Quiero que esta porquería se borre de mi piel! ¡Lo quiero verdaderamente, con toda mi alma! ¡Bórrate, novela, bórrate para siempre!

La Machi ocultó un suspiro de alivio. Había llegado justo a tiempo: las letras, por la acción de la pasta, comenzaron a esfumarse...

Akk y los compañeros otra vez creyeron asistir a un milagro. Sin que nadie las tocara, esas líneas perdían color; los signos empalidecían y uno a uno iban desapareciendo. El cuerpo de Akk relució, blanco. Los patos silvestres volvieron a girar dándole la espalda. La bruja arrojó su lanza...

Akk lanzó un larguísimo suspiro de alivio. Se sintió bien diez segundos y luego, como si le cayera encima un rascacielos, lo invadió una angustia fulminante. Estaba desnudo, sin novela, sin personajes, sin espejo... Las líneas de letras le mantenían los pies en el suelo, lo amarraban como anzuelos a una especie de realidad, le daban su definición cotidiana... Y ahora ¿qué? Sin obra, ¿quién era? ¿Qué respeto se le podía tener?

La bruja le hundió un pulgar en el plexo y comenzó a presionar...

–Estimada señora, con todos mis respetos le comunico que está abusando de su autoridad. No soy escarabajo para que trate de clavarme en el suelo...

–Silencio, huinca... Huyes de tu centro. Te tienes miedo... ¿De dónde viene el odio?

¡Yía! ¡Su hermana nunca muerta! La de los dedos ambarinos, la de las mejillas con olor a durazno y el pubis amarillo como el centro de un girasol. La joven del cuerpo inmaculado seguido por una sombra blanca... Y sin embargo, debajo de ese ángel victoriano, de esa elegancia lánguida, de ese ser de azúcar, roncaba un vampiro insaciable... Akk miró por primera vez, frente a frente, la cara de su

hermana. Y vio sus propios rasgos. Ella era la mujer que él siempre deseó ser. Admirada por su madre y su padre, el ídolo frágil de un árbol genealógico femenino e incestuoso, donde los hombres eran eunucos confusamente tragados por un escritorio de oficina... La muñequita le robó la leche y el trono. Para ser amado se necesitaba tener un cuerpo de mujer. Él, rozagante ejemplar de macho, fue alejado a causa de esa salud tan desdeñada en la familia: sus padres se habían conocido en el sanatorio, hijos únicos de madres muertas antes de la treintena, devoradas por una tuberculosis ancestral... Ser mujer era bueno, pero ser mujer muerta y de tisis permitía obtener el máximo de los sufragios amorosos. A la primera tos, el mundo cayó de rodillas alrededor de Yía. La mejor pieza de la casa, menús delicados, trajes finos, sábanas de seda, música suave, galanes con máscaras de trovador... Él, ¿qué podía hacer? ¿Rebelarse? Lo hubieran dejado partir con los bolsillos vacíos... Mejor era hacerse necesario. Rodear a Yía, acapararla con solícitos cuidados, idealizarla hasta hacerla invisible, apoderarse de ella como de un trofeo... Engañarse, disfrazar la envidia con ademanes de amor fraterno, creer la mentira, odiarse a sí mismo para ocultar el odio a su hermana y a todas las mujeres. Bajo una delicadeza de poeta de principios de siglo, ocultar el deseo de exterminio. Esa usurpadora no había buscado más que rebajarlo, envilecerlo, chuparle su energía, sumergirlo y ahogarlo. Bruja, dragón, sarcófago, abismo, veneno, agua profunda, fuerza angustiosa, virgen devoradora, misterio...

La Machi se introdujo bajo la lengua una bola de pigmento. Comenzó a toser lanzando espumarajos rojos. Adquirió gestos delicados, se hizo transparente, suave, delgada... Akk vio en ella a su hermana echando los pulmones por la boca... Una oleada de vergüenza barrió su agresividad... ¿Cómo podía odiar a un ser tan hermoso?

–¡No te mueras, Yía! Por favor...

Se arrojó sobre la Machi y la abrazó estrechamente, meciendo su torso agitado por las convulsiones. La mujer correspondió a sus cuidados pegándole la boca abierta y ensangrentada sobre la cara. La lengua, la saliva espesa, los labios endurecidos le taparon la nariz y la boca impidiéndole respirar. Comenzó a ahogarse. El engendro se le abrazó al cuello amenazando partirle las vértebras. Al mismo tiempo gemía como una niña abandonada... Regresó al odio mezclado a la agonía y el terror. Empezó a patalear, epiléptico... Se desprendió del chuponazo... La enferma, sin cesar de toser, lo asió del cuello con una mano de acero y con la otra arañó la tierra haciendo un hoyo en el que trató de introducirle la cabeza... Con la boca llena de tierra

comenzó a dar puñetazos desesperados... ¡Ya no más! Por no confesar ese odio había tomado el bastón de peregrino, viajando sin cesar, solo en medio de la fiesta, hasta el fin de la tierra, tratando de volatilizarse de cualquier manera, desapareciendo en una frase larga sin puntos ni comas enrollada como serpiente alrededor de su cuerpo...

La Machi, limpia de babas, otra vez serena, le preguntó:

–Y sin el odio, ¿quién eres?

Un punto brillante se concentró en medio de su pecho: justo donde la bruja lo había punzado con el pulgar. Como si tuviera una hoguera dentro, sintió que la sangre se le inflamaba. Las llamas se hicieron calor; el calor, luz y la luz, amor. Su ser cayó hacia el centro formando una esfera compacta, cada vez más densa, de temperatura enorme. En el colmo de la presión, convertido en ese núcleo ardiente, explotó con violencia cósmica. Salió disparado hacia todos los puntos del espacio, creciendo a velocidad vertiginosa, desparramándose en una alegría delirante, agradeciendo la existencia, la suya y la de los otros, completamente mezcladas. Aceptó como raíz de esa explosión la fuerza misma que creara al Universo. Amó el instante de la Creación y lo sintió vivo y activo en su pecho. Retrocedió veinte millones de millones de años para besar el ombligo donde aún resonaba el Verbo.

Akk sintió un agradecimiento intenso por la vida que lo había precedido. Comenzó a llorar, sin dolor, con júbilo. La energía del pasado manaba como rayo interminable por cada poro de su piel y convertido en erizo de luz enviaba su bendición hacia el fin del mundo. Se unió al planeta y a todas las estrellas. Veneró las generaciones por venir, navegó con ellas, a través de sus incesantes mutaciones, hasta el límite del tiempo donde final y comienzo se unían. ¿Quién era él? ¿Dónde estaba? Se ahogó en el amor divino.

Hums, creyéndolo desmayado, le dio suaves cachetadas...

–Vuelve en ti, Akk...

Al oír su nombre estalló en carcajadas. Abrió los brazos y como si estuviera pegado al universo entero, se puso a bailar... Que le dieran o no le dieran, qué importaba... Él no estaba allí para dar o transmitir, sino para vivir... y para ayudar a vivir. Por primera vez vio a sus amigos como seres humanos –divinos– y no como personajes. Supo que nunca más los iba a «utilizar». Dio un salto y se sumergió en la «novela». Dejaba definitivamente de ser «testigo» para actuar, pero sin máscara y sin público. ¡Todos actores!

Desnudo como estaba, sacudido por alegres estertores, levantó las piernas y balanceando sin pudor sus testículos contagió a los músicos. Poco a poco la indiada se puso a imitarlo. Enardecido por el cacareo

general, Akk alzó en vilo a la Machi y corriendo con ella fue a parar entre los emplumados. La vieja se acopló perfectamente a su disloque y, más enérgica que él, emprendió un baile desenfrenado. Los araucanos se pusieron a imitar animales y, riendo, balaron, ladraron, maullaron, mugieron, silbaron... La fiesta se convirtió en zapateo general. Algunos gualas sacaron los caballos de sus corrales y azuzándolos los hicieron galopar, como una rueda viviente, alrededor del grupo. Los mil quinientos equinos, levantando una polvareda con su carrera vertiginosa, transmitieron hacia el centro del anillo una intensa energía animal. El olor acre de las crines sumió a los músicos en una euforia tal que les hizo dar volteretas y patear el suelo con más intensidad que los cascos. Todo se volvió trueno. Akk, corazón del zafarrancho, intentó dar un salto mortal pero cayó de espaldas sobre un guerrero. Los dos se desplomaron sin cesar de carcajearse. Akk asió al araucano por los hombros y le gritó:

–¿Cómo puedes vivir disfrazado de pato? La libertad del hombre es más bella para el hombre que la libertad del pato. ¡Basta de emplumados! ¡Quiero seres humanos!

Y comenzó a arrancar las plumas negras y blancas del traje sagrado. La Machi cesó de danzar. Los acontecimientos la sobrepasaban. El novelista estaba vuelto loco. Iba a depender de ella el que no lo mataran por sacrílego. Los gualas eran animales mágicos habitados por el alma noble de los ancestros. Pero el tiempo aportaba cambios más y más tristes. Bien poco habían hecho los patos por ellos. Hacía muchísimos años que andaban cubiertos de plumas, venerando héroes legendarios y, sin embargo, seguían encerrados, olvidados y explotados en las Reducciones. Era preciso elegir la tradición o la realización. Si asesinaban a los huincas no tendrían una Serpiente Blanca y la invasión araucana no podría comenzar. Seguirían emborrachándose hasta el exterminio... La anciana, dando un grito penetrante, se liberó de siglos de leyendas. Lanzándose entre los guerreros arrancó plumas a puñados. No pudo impedir unas lágrimas: esos trajes resumían el sueño de muchas generaciones... Las secó con gesto orgulloso. Total, las colas y alas les estorbarían al enfrentarse a los soldados vestidos de prácticos uniformes. ¡Aumentó la fiebre colectiva! Todos comenzaron a arrancarse las plumas. El viento las subió por millares formando nubes como tableros de ajedrez...

La Machi lanzó otro alarido. Los caballos se detuvieron bruscamente. También los guerreros, ahora desnudos. Los cuerpos sudados de las mujeres y los hombres brillaban bajo la luna. Akk, agotado, se sentó con las piernas cruzadas y, beato, dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Una franja amarilla en el

horizonte indicaba ya el fin de la noche.

Los indios, sin tradición, humanizados pero vacíos, poco a poco se fueron encuclillando. Los caballos volvieron a los corrales. La bruja, de pie, inmóvil, parecía esperar una nueva inspiración. ¿Por quién continuar el trabajo? En silencio imploró a Marepuantu. El hijo del sol le envió tres palabras extrañas. Ella obedeció y sin buscar el significado, en medio de la silenciosa agonía nocturna, las pronunció lentamente desde lo más profundo de su ignorancia...

–Ave... Amén... Etcétera...

El coro indígena, acostumbrado a las palabras ininteligibles que la Machi lanzaba cuando caía en trance –el lenguaje de Nguenechén que la raza araucana olvidara y que un día volverían a recuperar–, repitió maquinalmente:

–Ave, amén, etcétera...

Laurel, que durante el despedazamiento de los trajes había permanecido junto a Boli, quieto no por indiferencia sino por angustia, presintiendo que el menor movimiento de su parte atraería la atención de la bruja, cambió bruscamente de actitud: las coyunturas se le pusieron blandas, arqueó la cintura, puso boca de pichón y se convirtió en La Rosita... Mirando con ojos lúbricos a los hombres desnudos –sólo vio a los hombres, las mujeres se le hicieron invisibles–, haciendo ademanes que deseaban ser de profesor europeo, como si estuviera dando clases en un aula de la Sorbona, convirtió a la indiada en público universitario:

–Amados condiscípulos: No me dirijo a vuestra envoltura carnal, fuente de todas las diferencias, y en la diferencia está el placer, sino a aquella dimensión espiritual que nos iguala... Las tres palabras latinas que la Gran Anciana ha vertido en este magno sepelio (todo carnaval es un entierro) nos aportan el latín como un eje esplendoroso en medio del chivateo indígena... Ave, respeto del comienzo, saludo a la virgen, reconocimiento divino, consagración de la materia: merecemos ser inseminados porque en cierta forma y en tanto que matriz pura somos iguales al Espíritu... La virginidad no es un estado primero sino último: se llega a ella por un lento proceso de transformación... En el principio está la prostituta manchada por todas las tinieblas. Luego, de destilación en destilación, llegamos a ser vasos inmaculados, capaces de recibir el Resplandor sin opacarlo con la más mínima sombra... Por eso el saludo, Ave, va inmediatamente seguido de la despedida, Amén. Entre el principio y el fin no hay nada. Apenas se produce el nacimiento, la muerte está ahí. El momento supremo de la Recepción es al mismo tiempo el comienzo y el fin del proceso. Cuando la Virgen recibe a Dios, deja de ser ella misma. Y Él aparece.

¿Para qué? Para actuar, en otro plano, otra vez como Anunciador. Pero esta vez es la carne activa la que buscará al espíritu receptivo clamando Ave con la fuerza monumental de sus células iluminadas: la hembra convertida en macho insemina al ángel fecundante transformado en vagina con alas enraizadas. Así, etcétera, etcétera, etcétera, de arriba abajo y de abajo arriba, incesantes, somos a la vez maridos y esposas de un coito universal que no terminará nunca porque jamás ha comenzado... ¡Y para consagrar el Etcétera, porque del dicho al hecho no debe haber ni un milímetro de trecho, bajándome los pantalones propongo que todos ustedes, araucanos de mi alma, se pongan en mística fila y uno por uno vengan hasta mi insaciable Amén para introducirme el Ave!

Y colocándose en posición supina finalizó su discurso descubriendo sus nalgas y presentándoselas al público...

Boli, viendo el cuerpo de Laurel más infamado que nunca, no pudo contener un sollozo. Quiso abalanzarse sobre él para expulsar al parásito a cachetadas pero se le adelantó una sombra morena.

–Hombre hermoso de piel blanca, otra vez has venido. Sin cesar he pensado en ti. Quiero que me pidas a mi padre y a mi madre. ¡No puedes rehusar!

La Rosita se encontró en brazos de la india a la que había poseído por equivocación en el caballo. El cielo le cayó encima. Le tenía horror a las mujeres y, sin embargo, el cuerpo de Laurel bajo las caricias de la araucana reaccionaba con placer. Bruscamente sintió una nostalgia inmensa de su verdadero cuerpo. Ese fiel servidor, ahora devorado por los gusanos, le calzaba como un guante. Es cierto que comparado al *David* de Miguel Ángel dejaba mucho que desear, pero a pesar de todo, cuánto gendarme le había permitido catar... Sintió que las caricias de la mujer lo estaban ahogando. Pidió socorro a gritos. Quiso escapar sabiendo íntimamente que la única huida posible era abandonar ese cuerpo y por lo tanto la vida... Desintegrarse en el río de ácido...

La Machi dio gracias a Marepuantu. Ya sabía por quién continuar. El trabajo se presentó ante sus ojos, completo, hasta el fin. Supo que había triunfado. Alejó a la india...

–Amas a un muerto... Ve a buscar los panes y los barriles de chicha. Que tu familia te acompañe. Vamos a celebrar un casamiento, pero no el tuyo, sino el de la Serpiente Blanca con un Dios del Cielo. ¡Obedece!

La mujer bajó la cabeza y tristemente volvió a su grupo. Los familiares la arrastraron hacia la aldea acompañados por un gran número de voluntarios. Volvieron con canastas llenas de panes

equilibrándose sobre sus cabezas mientras empujaban enormes barriles de alcohol de maíz...

La Machi, muchas veces durante su larga vida, había acompañado difuntos hasta el río de ácido. Sabía convencerlos de que estaban muertos a pesar de que manifestaban los mismos deseos y pasiones de las personas vivas: no tenía más que mostrarles la jarra de arcilla que contenía las entrañas que les arrancara haciéndoles una incisión en el abdomen. También podía salirse del cuerpo y con relativa seguridad –nunca faltaba un *wekufu*, aliado de un brujo enemigo, que la atacara para tratar de disolverla–, gracias a sus cánticos ancestrales, viajar por dentro y a través de los espíritus humanos. Lanzó un resuello ronco, recitó una fórmula en el lenguaje secreto y cayendo en trance abandonó su forma para introducirse en Laurel Goldberg.

La Rosita, en medio de su drama, estaba desatento a todo lo que no fuera él mismo... La bruja pudo sorprenderlo y aprisionarlo con facilidad.

–Vamos, hijo querido del alma. Tienes que entregar el sitio... Hace ya mucho que te llegó la hora. ¿Para qué te aferras? Casi nada te queda: has perdido la cara. ¿Quién eres? Tratando de ser, sufres. Mientras más te detienes, más te despedazas. El cuerpo ajeno te está devorando: tu espíritu se pierde en una carne que tiene deseos que no son los tuyos... Sé valiente: muere de una vez. Entrega lo mejor de ti, tu transparencia, a los hombres que tanto has amado. No resistas; ven conmigo, hijo querido.

La Rosita, disolviéndose en el cepo maternal de la bruja, se dejó transportar con verdadero alivio. En el fondo, desaparecer era el deleite supremo...

–Voy a hacer que entres dentro de un pan. Te comerán nuestros guerreros y pasarás a ser parte de la sangre araucana para siempre...

No resistió. Con agradecimiento intenso se dejó absorber por la miga del pan... Comenzó a perder los límites. Trató de empapar la materia hasta la última partícula. No pudo. Algo detenía el proceso... Recorrió sus jirones de memoria: un pequeño, delicioso recuerdo no podía o no quería disolverse: el paco de la esquina, golpeando en la ventana de su estudio, a las doce de la noche, para pedirle una taza de café. Un angelote verde, macho de corazón tierno, entregándose a sus deseos oscuros con ingenuidad perruna, quizás el único hombre que lo amara de verdad... Hizo un esfuerzo titánico. Ese detalle, al parecer, tenía más fuerza que un dique de acero... Poco a poco el rostro de carne rasposa se hizo bruma y los ronquidos falsos con que disimulaba el placer de ser violado se perdieron en el silencio infinito... Ya estaba vacío. Ya no era nadie. Deseó que lo mascaran mil

veces para empaparse de la saliva de esos hombres hermosos. ¡Ah, ser pan, transmutar el deseo, apagar la sed de conocer, entrar como una hostia en el cáliz de la raza, morir, lanzar su perfume al otro mundo!

–Dejarás de ser uno. Tribu serás. Nuestra victoria es la tuya...

La Rosita ya no podía oírla: ciego, sordo y mudo, convertido en masa, esperaba con fervor el momento de entrar en las bocas viriles para ser digerido.

La anciana no podía perder más tiempo... Asaltó la mente de Laurel antes de que La Cabra pudiera apoderarse del mundo; como una araña, envolvió al parásito y comenzó a inyectarle su ácido:

–Tú también has perdido todo: amaste una vez pero no recuerdas a quién...

La Cabra, para sentirse completo, como una mitad ávida, igual al cuento del medio pollo que bebía los océanos sin llegar jamás a saciarse (las aguas al mismo tiempo de entrar en su cuerpo comenzaban a escurrirse por sus entrañas rajadas), necesitaba una mujer que calzara exactamente con su herida... Y sin embargo, por más que estrujara su memoria no podía encontrarla. La que había sido su luz navegaba en el olvido. Medio pollo. Agua en una red. Aparte del odio no poseía nada. Y el odio encubría un sentimiento más profundo: la vergüenza de ser mulato. En él se unían lo peor de la india y lo más ordinario del español. Hijo de la humillación y del desprecio, amó, pintó, actuó para disimular su origen moreno. Y ahora, en la carne blanca de Laurel, absurdo, no tenía nada que defender... Y por eso mismo no era nada...

–Vuelve a nosotros, regresa a tus raíces, déjate comer por la matriz.

La Cabra cesó de luchar. Se disolvió en el alimento sabiendo que, en alguna forma, al ser devorado por esos indios, realizaría lo que siempre había buscado: redimir a su madre...

–Este pan –dijo la Machi indicando aquel donde estaba La Rosita– lo comerán los hombres. Y este otro –donde estaba La Cabra– las mujeres de nuestra tribu. Pero este tercer pan solamente lo comerán las águilas...

Von Hammer supo de inmediato que le correspondía a él y una tristeza con calidad de vino añejo comunicó a su inmaterial persona un peso frío... Él tenía una deuda con las águilas. Si un maestro existió en su vida fue esa ave-símbolo, «la que vuela más alto», la de las garras de piedra, sólida, majestuosa, poniendo en su humilde sitio, por su mera presencia, a los otros pájaros, móviles e inestables... Desde su gran altura, como el punto cima de una pirámide, dominando a todos los animales, compañera predilecta del sol, estable y definitiva, el

águila daba el ejemplo a los gobiernos terrestres... Pero al lado de ese guía de vuelo vertical, aparecía un ser destronado, perdiendo plumas, dando tumbos en una jaula del zoológico, con los ojos velados por una locura impotente, sin espacio, sin puntos cardinales, condenado a arrastrarse como serpiente, ciudadano para siempre del oscuro fondo... Reconoció que todos esos años había evitado recordar a su familia, jugando a ser el héroe del cordón umbilical cortado... Y sin embargo, ahora más que nunca, lo invadían las imágenes de sus padres, dos inmensos y miserables monolitos. Dörte, profesora de matemáticas, matrona alemana seca, larga, bigotuda, a la muerte de su padre –cáncer cerebral– empleó su herencia en comprarse un marido jorobado, rubio, de ojos azules, poeta. Justo cuando cayó encinta, diez años después de la boda, Herbert, por primera vez, publicó en una revista literaria algunos de sus poemas. Nueve meses más tarde recibió una carta entusiasta de una lectora, verdadera declaración de amor. Él admiró el estilo, el color del papel, la calidad del perfume y la inocencia de las letras. Envió, en versos, una apasionada respuesta... La relación epistolar, a escondidas de la esposa, comenzó desde el nacimiento con fórceps de Von Hammer y continuó hasta que éste cumplió cinco años. La misteriosa admiradora, que confesó ser casada, con un embajador treinta años mayor que ella, continuó mandando cartas desde Egipto, a las que agregó ilustraciones de los versos de una fineza tal que obligaron al poeta a despreciar la ordinariez de Dörte. Cesó de hablarle a ella y a su hijo. Von Hammer, privado de padre por la musa epistolar, fue educado con resentimiento y ferocidad por la dama viril. Finalmente, Herbert publicó el libro de poemas ilustrados por su secreta Beatriz, *El jardín de las lianas*. Vendió sólo diez ejemplares pero obtuvo un premio. El día que regresó orgulloso con el diploma otorgado por la Academia Literaria de Berlín, su mujer le reveló el secreto: ella era la autora de las cartas y los dibujos. Las enviaba a El Cairo, donde vivía una vieja amiga, para que desde allí volvieran a Alemania. Beatriz nunca existió. El poeta tenía por musa una flaca bigotuda... Herbert dejó de escribir para siempre. Dörte, cansada de verlo encuclillado en los rincones de la mansión que era de su padre, vendió todo y escogiendo, por sorteo, cualquier lugar en el mundo, los trajo a Chile... Herbert duró sólo un año como *barman* del Restaurante Alemán. Murió de un infarto en el jardín zoológico donde pasaba horas frente a la jaula del águila. Von Hammer, durante unos cuantos años, continuó como marido de su madre hasta que, cubierta de varices, ella abandonó el mundo depositándole en las manos un rosario que en lugar de cruz tenía un pequeño retrato de Hitler...

Los pulmones de Laurel eran demasiado puros para el suspiro de sombras que el alemán deseaba inhalar. En esa carne se sentía tan mal como su padre dentro de la espalda comba, como su madre detrás de una cara bigotuda, tan preso como el águila del zoológico, con las alas devoradas por la sarna y el pico gastado de tanto frotarlo contra el techo de latón... Echaba de menos a su prepucio. La circuncisión, recordándole a cada calentada el pacto monoteísta, lo arrancaba del Olimpo privándolo del placer... Sin luchar contra la Machi, abandonó a Laurel Goldberg y se sumergió en el pan, esperando con ansias el momento en que las águilas hundirían sus picos en la masa para deglutirlo y hacerlo parte de su majestuoso vuelo... Cuando estuviera en el espacio sin límites, bañado en la luz del alba, miraría por sus orgullosos ojos directamente al nuevo sol...

Mientras la chicha comenzaba a circular introduciendo su burbujeo espeso en las venas de los gualas, estado de fermentación que correspondía con la aparición de una franja luminosa en el horizonte montañoso, la Machi, sabiendo que con el alba terminaba toda posibilidad de gestación, invocó a Marepuantu y, saliéndose otra vez del cuerpo, entró por la fosas nasales de Boli para convencer, con todo el poder de su seducción, a Estrella Díaz Barum de que abandonara la carne que había usurpado, aceptando morir...

Laurel Goldberg no alcanzó a gozar como quería de su vacío interior: todo su ser estaba aún vibrando con la emoción que le daba el haberse liberado de los parásitos, cuando llegó el llamado perentorio de la Machi...

–¡Auxílianos!

Laurel emergió de su cuerpo como una flecha tornasol y fue a clavarse en el plexo solar de la joven judía. Penetró en la sangre de su amada y se dejó llevar por el torbellino circulatorio. Buscó la médula de los huesos y a través de ella pudo atravesar el umbral y caer en la extensión de la sombra. Concentró sus fuerzas hasta hacerse compacto y transparente como un diamante y, rezando sin cesar para no ser disgregado por las tentaciones infinitas de ese laberinto, atravesó los obstáculos hasta llegar al manantial de vida. Junto al vertiginoso resplandor, la Machi, Boli y Estrella Díaz Barum estaban trenzadas en un combate implacable. «Abandona el bien que no te pertenece: si te aferras a un cuerpo, pierdes la eternidad. No detengas el proceso», trataba la araucana de convencerla, pero la poetisa no se dejaba influir... «No me vengas con estafas metafísicas. Te quieres aprovechar de todo el mundo. Tú no trabajas para el más allá sino para tus propios intereses: sólo buscas el poder...» «Por favor», clamaba Boli... «Soy joven aún, tengo que vivir mi propia vida.

Déjame sola.»«Sola te dejaré, pero sin tu cuerpo: este organismo merece un espíritu como el mío. Él y yo viviremos a fondo, con los hombres pero sin pertenecer a ninguno, dentro de la obra pero independiente de ella, sembrando pero sin dejar que nos trague la tierra, dejando de ser poetas para convertirnos en musas. Nuestra alianza es perfecta. ¿Qué harías tú de esta carne? ¿Una fábrica de niños circuncisos? ¿La lamentable mitad de una pareja?»

Y convertida en energúmeno, se defendió pegada a la fuente de vida.

Laurel descubrió dentro de su núcleo una acumulación inesperada de odio a cualquier invasor. La amarga experiencia con Aurocán y las otras sanguijuelas le cerró la copa receptora. Deseó para Boli la transparencia que otorga vivir en el centro, habitar por completo su organismo, ser una unidad... Percibió a la Barum como una mancha irritante y, desesperado, sin preocuparse de utilizar las fuerzas de la Machi y de Boli, arriesgando ser despedazado, entró en la fuente vital. Desde allí, absorbido por mil vorágines, entre fórmulas delirantes, cifras invitando a la locura, geometrías sublimes y caóticas sucediéndose con belleza terrible a mil transformaciones por segundo, entró fulminante en el ritmo humano de la poetisa y convirtió su vibración en dolor universal.

La Barum chilló como perra mutilada. Sabiéndose incapaz de atajar ese ataque desmesurado, cedió. Fue expulsada hacia la nariz, emergió por las fosas y colérica ascendió lo más alto que pudo. «¡Canallas! ¡Estrella Díaz Barum no nació para convertirse en miga de pan! ¡La vida aún le pertenece!» Y desapareció dispuesta a encontrar una víctima propicia y encarnarse otra vez...

Boli, mientras la vieja bruja después de regresar a su cuerpo temblaba saliendo del trance, se dio cuenta de que a pesar de la «limpia» había perdido la libertad: Laurel Goldberg quedaría para siempre impreso en su fuente de vida. Al penetrar hasta su centro le quitó el velo virginal y modeló su espíritu. Nada que ver con Aurocán: esa aparición mítica, inhumana, devoradora. ¿Cómo pudo fascinarse tanto? Al lado de la devoción y la valentía de Laurel, el dios araucano parecía una marioneta gigantesca, nada más... En lo más alto de su ser estaba reinando un hombre y nadie, nunca, le quitaría ya su sitio... Con solícitos cuidados acarició la frente del joven. Cuando Laurel ocupó otra vez su cuerpo y abrió los ojos, al encontrarse con la mirada de Boli lloró de alegría: ahí estaba su alma... Ya no era uno. Eran dos y otra vez uno. Juntos para siempre, sabiendo que la muerte no iba a separarlos. Hubo paz en los corazones, anudados en el mismo ritmo de latidos, y el mundo mostró su redondez:

incesantemente esa vibración mutua lanzada a los confines del espacio y del tiempo volvía enriquecida por vibraciones similares emitidas por otros seres. A través de ellos, los incontables muertos llegaban a la realización perfecta, encontraban el reino de inagotable energía, la vida eterna a través de los cuerpos por nacer. Ellos dos eran la presencia y el perdón. Por estar el uno en el otro, se convertían en la Inteligencia actuando en cada ser. A través del don de ellos mismos, eran todo lo que el Creador es, dioses en forma corpórea, puerta abierta que nunca jamás nadie podría cerrar...

La oscuridad estaba tomando un tinte azulado y el horizonte era una franja roja. Los toneles de chicha, vacíos, servían de zócalos a guerreros que danzaban haciendo equilibrios sobre un solo pie... La hora de la verdad estaba allí: no quedaba un solo escondrijo... La Machi, consciente de la importancia capital de su próximo paso –o ganaba todo o perdía no sólo su vida sino también el futuro de su raza–, hundió sus garras en la espalda de la Gringa, que dormía exhalando ronquidos en forma de tic-tac, e igual a un gavilán raptando su pollo, se la llevó hacia una plataforma tallada en roca blanca. Depositó a la loca y con energía redoblada por la angustia comenzó, rítmicamente, a darle feroces cachetadas de los pies a la cabeza: no perdonó un solo rincón del cuerpo. Los estallidos en la piel, que poco a poco se iba poniendo granate, excitaron a las trutrucas. Estalló la danza. La Gringa abrió los ojos y se encontró convertida en el tambor mayor del concierto. A pesar de la intensidad de los golpes, no reaccionó. ¿Cómo? Su cuerpo cubierto por una piel de policosteriloximatic era insensible. Sus sensaciones también. Junto a la vértebra lumbar número cinco tenía una falsa peca que al apretarla le proporcionaba dolor sintético para que pareciera humana... La Machi vapuleó con todas sus fuerzas. Comenzaron a aparecer moretones. Ningún Compañero de la Papa Florida quiso intervenir, le tenían fe a la bruja. La nariz sangró. También la comisura de los labios. El ulular se hizo ensordecedor. La anciana trepó sobre el altar y empezó a patear a la Gringa. Ésta lanzó un vómito oscuro y se desmayó... Bastó una palabra en araucano para que dos solícitos guerreros arrojaran un balde con chicha sobre el cuerpo martirizado. El licor fermentado espumó al contacto con la sangre de las heridas.

La Machi observó inquieta la dimensión de la franja de luz que surgía del horizonte. Dio un suspiro de alivio. Todo iba bien, justo a tiempo. La materia básica estaba preparada. De esa aparente nulidad, que en el fondo era una fértil crisálida, surgiría la Serpiente Blanca... Los huincas estaban ayudándola permitiéndole absorber de sus fuentes de vida una preciosa energía. Había conquistado la fe de

todos, ahora la loca tendría que creer.

Presionó firmemente con sus pulgares la planta de los pies y la Gringa se despertó exhalando quejas. ¡Triunfo! La barrera insensible había sido demolida. La realidad comenzaba por el dolor...

–No te preocupes, hija querida. He venido del manantial con la varilla mágica en mi mano. Allí encontré al Ser Supremo. Él me dijo: «¡Vas a curarla!».

–Estoy muerta. No puedes...

–Los muertos se curan naciendo otra vez, mi niña.

Comenzó a dar órdenes. Ga y Demetrio asieron los brazos de la Gringa y Akk y Hums las piernas. Boli y Laurel le sostuvieron los párpados abiertos: era imprescindible que no los cerrara.

La anciana montó sobre el cuerpo blanco y blandiendo el cuchillo le dijo:

–¡Te voy a arrancar la piel de plástico!

Extrajo de un bolsillo un paquete de pellejos de pollo que ocultó en su palma izquierda. Con la hoja de piedra, sin filo, hizo como que daba un tajo para comenzar el descuere. Pellizcando la fina piel imitó a la perfección el dolor del corte, como si arrancara la epidermis, y mostró poco a poco los pellejos. Los apretones hacían aullar a la Gringa. No hubo un sitio que fuera olvidado. Hasta de los labios del sexo y del interior de la vagina la bruja extirpó el cuero muerto...

–Ahora te colocaré una piel nueva...

Traía en una bolsa secreta una masa de plantas maceradas. Esa medicina aliviaba el dolor de las llagas cicatrizándolas inmediatamente... Con disimulo extendió la plasta y, protegida por la penumbra del alba, fue masajeando la piel. Cuando terminó su curación, hizo una bola con la materia y la mostró como si fuera el último resto de la piel plástica...

Los guerreros, con las bocas húmedas por el fermento alcohólico, fueron lamiendo a la Gringa hasta que lució limpia y tan blanca que podía confundirse con la piedra.

Ella comenzó a estirarse gozando con las primeras sensaciones cutáneas. En su horizonte mental también apareció una franja roja... Un sol anunciaba su ascensión, pero ¿era un astro vital o un globo de materia sintética, un ojo al servicio de la policía norteamericana?

Viendo que la mujer volvía otra vez a crisparse, la bruja le hundió el cuchillo en el esternón y fue abriendo una zanja que llegó hasta la pelvis. La herida supuró, eyectando sangre y olor de vísceras. Escarbó en el hígado y sutilmente deslizó un motor de juguete. Presionó un botón. El resorte comenzó a estirarse.

–Te extirpo los mecanismos que tus enemigos te injertaron...

–Ten cuidado. Si eliminas las pequeñas computadoras, mis órganos muertos comenzarán a pudrirse.

–No temas, niña querida... El Ser Supremo te hará renacer...

De cada víscera extrajo nuevas maquinillas. Pronto un montón de piezas estuvo en la piedra, lanzando un concierto de ruidos metálicos. Pasó sus manos sobre la herida y la cerró instantáneamente...

–¡Estás limpia!

La Gringa empezó a gimotear.

–Al curarme me has asesinado. Ya ningún órgano podrá funcionar.

Y cerró las mandíbulas con tal fuerza que los dientes comenzaron a rechinar. Se contrajo hasta ponerse dura como palo y bruscamente cesó de respirar. La anciana se dio cuenta del peligro. Esa mujer podría morir por ahogo voluntario. Trató de abrirle la boca para respirarle dentro. Imposible. Ni siquiera con el cuchillo pudo separar los labios. Introdujo su lengua en las fosas nasales, limpió los conductos y por allí sopló dando no sólo su aliento sino su alma entera... «Una vez y otra, inspirar, exhalar, hija mía, como un parto. Y la carne se pone a vibrar, todo funciona por primera vez, estás naciendo. Entrégate al cambio de piel.» Comenzó a musitar en la oreja de la Gringa mientras ésta sacaba la lengua y aspiraba con gozo el aire puro de ese resto de noche. Los bosques del valle parecieron despertar y una inmensa sinfonía de cantos de aves se unió a las flautas y tambores. Quedaban escasamente diez minutos antes de la salida del sol... Con movimientos seguros, la Machi unió los trozos de metal que arrancara del cuerpo de la loca. Se fueron encajando los unos dentro de los otros y al final adquirieron la forma de una pifilca, la flauta mítica...

–Recuerden, gualas. Los araucanos éramos un pueblo feliz. Un ser rubio vino del Wenu para entregarnos la pifilca. Se nos perdió por descuidados. Pero hoy otro ser rubio, que también vino del Wenu, escondida en las vísceras de su cuerpo nos la ha traído. Hagámosla sonar para que surja la Serpiente Blanca...

Llenó el instrumento de saliva y se lo dio a Tolín:

–Tú no necesitas ser curado por esta vieja. Lo único que te hace falta es convertirte en música... Ayúdame...

Venciendo su asco, el violinista tomó la flauta de metal y sopló con timidez. Un sonido más puro que el canto de las aves hizo callar a los hombres y a la naturaleza. Los bosques se volvieron silenciosos, el río enmudeció, el viento cesó de silbar. Tolín cayó en otro mundo, perdió la memoria, los deseos, se perdió a sí mismo, no había ser humano tocando la flauta sino una prolongación, un canal por donde entidades misteriosas manifestaban su belleza. Se dejó manipular con

un placer intenso, obedeció y fue el Creador mismo quien produjo la melodía. Sin saber cómo, organizó su respiración inspirando al mismo tiempo que exhalaba. Así pudo obtener un sonido continuo, sin pausas, que al vibrar se disolvía en innumerables ejes que iban a situarse en el centro de cada ser... Soplando en la pifilca otorgaba, otorgándose, una vida nueva a la materia. El cielo se puso rojo. El horizonte pareció una faja de oro...

Para la Machi era el momento preciso, quizás el que toda su vida esperó y temió... En el fondo, nunca creyó en la venida del reptil mágico. Ninguna aparición los iba a ayudar a salir de la miseria. Y los blancos, con sus curas evangelizadores, los hundirían más y más extirpándolos del paisaje y encadenándolos al vicio. Ellos mismos tendrían que ayudarse. Imploró hacia lo más profundo de ella misma y con un dolor inmenso comenzó a dividir su espíritu hasta que fue dos en un solo cuerpo. Volvió a soplar en las fosas nasales de la Gringa y se deslizó hacia su fuente vital. No le costó trabajo invadirla. El espíritu de la loca, sin ninguna referencia, sintiéndose recién nacido, estaba dispuesto a aceptarla como si ella fuera su madre. En lugar de rebelarse no hacía más que pedir órdenes. Modificó el programa capilar. Activó el cambio de pigmentación...

Los mil quinientos guerreros cayeron de rodillas. También los compañeros... Sólo quedó de pie Tolín, quien, poco a poco, fue abriendo la boca, dejando caer fláccidos los brazos mientras la pifilca se ponía a eyectar un chorro continuo de baba, murmurando:

–¡Pero si es mi madre!

La transfiguración hacía que la Gringa se pareciera más y más a la vestal edípica cuando venía disfrazada de estatua a poseerlo cada noche. La cabellera rubia de la Gringa parecía llenarse de luz mientras iba poniéndose blanca, más blanca que la leche, más brillante que las nubes. Los mechones de las axilas también cambiaron de color. Luego, cuando se despojó de toda vestidura, la pelvis alba y las pupilas de los ojos descoloridas, confundiéndose con el blanco de la córnea, como la mirada vacía de una estatua, demostró al gentío que definitivamente la Serpiente Blanca había nacido. Estalló un griterío demente, el sol pareció surgir de un solo salto, reventó el día; en el territorio indígena, a centenares de kilómetros a la redonda, hombres y mujeres empuñaron armas y se pusieron a danzar ululando. El clamor de esos millones de gargantas emocionó a la Machi.

Tendría que acostumbrarse a vivir en dos cuerpos a la vez. Para dedicarse a la magna tarea que la esperaba lo mejor sería que fingiera, como anciana, una enfermedad o un ataque de idiotismo. Así podría ser llevada en angarillas mientras se daba de lleno, dentro del cuerpo

de la Gringa, a organizar la invasión triunfal... No habría ejército que pudiera resistirlos. Los araucanos eran una raza guerrera. En su marcha implacable irían venciendo a soldados y carabineros para apoderarse de sus armas. Cuando llegaran a La Moneda tendrían ametralladoras, tanques y cañones... ¡Alzó imperiosamente los brazos! Se formó un silencio tenso...

Tuvo un cuidado extremo en respetar la voz de la Gringa: nadie debía pensar que era ella, la vieja Machi, la que hablaba por esa boca. Se arrinconó en el espíritu de la joven y le fue dictando el discurso que debía pronunciar en araucano, los movimientos de la danza sagrada y los planes que, con la ayuda de los gualas, el pueblo debía poner en ejecución...

Aún no tenían todo el poder: sólo contaban con la ayuda luminosa de Nguenechén, amo de los hombres... ¡Ahora, para completarse, debían llamar a la parte negra, al adversario, al rayo destructor, al amo de los volcanes y de los terremotos, Pillán!

Prepararían un inmenso Machitún con todos los habitantes dispuestos en anillos alrededor del Rehue, el tronco sagrado, para que el poder invencible del Pillán entrara en la sangre bendita del pueblo... Cuando Boli escuchó el nombre del Dios se puso a temblar y abrazó a Laurel Goldberg. Los dos habían comprendido: ¡Pillán y Aurocán eran una sola y misma entidad!

XVII. Las voces del Pillán

«Inmortal, vagando aburrido entre las estrellas, el hombre buscará aquel tesoro fabuloso que antaño se llamaba Muerte.»

«Predicciones», Estrella Díaz Barum

El delirio místico de Gegé Vihuela encontró un terreno fértil en la clase media. Los propietarios y comerciantes estaban aterrados ante la amenaza de la obrera santa, crucificada y muerta sin pudrirse exhalando aroma de violetas: alrededor de ella y del poeta Juan Neruña, el pueblo, fanático por naturaleza, formaba un ejército compacto –el milagro los aglutinaba– que bien podría derrocar al democrático Poder. Cuando exhibieron ese cuerpo crucificado en el altar mayor de la catedral, convirtiéndose en madera y dando sermones con palabras tan vehementes que llegaban al cante jondo contra la traición roja, encontraron al mesías que les faltaba. Las familias no sólo vistieron camisas verdes sino que pintaron las casas, los automóviles y todos los objetos posibles de ese color. Aplaudieron la masacre de cinco mil comunistas en el matadero municipal. (¡Esa gente no merecía vivir!) Visitaron por lo menos una vez por semana el altar de la catedral para recibir las bendiciones y llamados a la guerra de san Gegé.

Al anochecer, el presidente, después de atravesar las calles clavado en la cruz llevada en andas por una procesión de fervorosos creyentes, era depositado en la soledad de su dormitorio convertido en celda monacal. No quedaba un solo mueble y las paredes, el techo y el piso estaban cubiertos por una capa de cal. Tendido entre su par de maderos, Gegé permitía que le desclavaran la mano derecha. Inmediatamente asía su pistola automática y vigilaba insomne, con los ojos clavados en la puerta.

Aquella noche, al otro lado de esa puerta, siseando para que el enfermo no los oyera, el cardenal Barata, el general Lagarreta y el director del Hospital Militar trataban de obligarse unos a otros a comunicarle la mala nueva. El médico estalló:

–¡Ya basta! ¡Hace tres horas que estamos aquí plantados dándole vueltas al tema y no llegamos a una decisión justa! ¿Cómo quieren que yo entre? ¡Soy un hombre que trabaja con su intelecto y no un matón! No sé defenderme de un revólver. El presidente dijo bien claro que descargaría el contenido de su arma en el pecho del que osara anunciarle tamaño momento. Yo creo que es usted, reverendo, quien debe ofrecerle sus servicios a la par que se lo dice.

–¡Se equivoca! Los fieles me necesitan, ahora más que nunca. El concepto de sacrificio cristiano pasó de moda. Antes era bueno dejarse destruir como ejemplo de perfección espiritual; ahora es mejor vivir para defenderse del enemigo que ya está dando dentelladas a nuestras nobles fronteras... Creo que un general, habituado a las escaramuzas, es el más indicado para eludir las balas.

–¡Par de hipócritas! Están fríos de miedo, eso es todo. De héroes no tienen un pelo. ¡Ya me cansé! ¡A Lagarreta no lo amenaza nadie, aunque sea un loco furioso!

El militar abrió unos centímetros la puerta murmurando:

–¿Se puede, su Santidad? Soy un humilde ministro que viene a darle la mejor y más bella de las noticias...

El corazón de Vihuela se puso a palpitar, frenético... ¡Entonces era verdad lo que siempre había opinado: los médicos se equivocaron, no era cáncer lo que tenía sino un desorden pigmentario! Pero ¿y los dolores? ¡Bueno, venía a decirle que la medicina-milagro había sido encontrada por fin! ¡Ya era tiempo! Tenía a todos los médicos del país trabajando en eso...

–Pase, mi amigo. Que mis bendiciones lo favorezcan...

Hizo un esfuerzo magnánimo y no agregó: «…a ver si así engorda». Lagarreta no necesitó abrir mucho la puerta. Se deslizó por la rendija vertical, abrió sus filamentosos brazos de par en par y acercándose al crucificado le dio una patada en la cara, se le sentó en la mano libre y le arrebató la pistola. Gritó:

–¡Ya pueden entrar, mariquitas!

El director y Barata, viendo que estaban fuera de peligro, entraron en el cuarto blanco. Sin perder tiempo, el cardenal comenzó la extremaunción. Lagarreta lanzó una carcajada y vació un frasco de colonia en las partes de su cuerpo que habían tocado la carne nauseabunda del santo.

–¡Le llegó la hora, don Chivo!

–Así es, excelentísimo... Doscientos médicos han analizado los exámenes durante una semana en la Junta Médica Permanente al Servicio de Su Salud y es un hecho irremediable: ¡le quedan sólo cuarenta y ocho horas de vida! Bueno, cuarenta y cinco porque

perdimos tres discutiendo cómo darle la mala nueva...

Gegé Vihuela no pudo ponerse café porque ya lo estaba. En su carne reventaban llagas fétidas. Tenían que rociarlo con aserrín para que las partículas de madera, amalgamándose al pus, formaran una costra que ocultara su pudrición cuando lo exhibían ante los fieles. Además, grupos de monaguillos desparramaban a su alrededor nubes de incienso, adormeciendo el olfato de los ciudadanos...

–¡Yo soy Eterno! ¡Si mi cuerpo quiere morir, no puede ni debe! ¡No me angustio por mí, sino por la patria! ¡Es necesario que los camisas verdes crean en su nuevo Dios! ¡Les dije que permanecería para siempre entre ellos y así lo haré! ¡No puedo fallar! ¡San Gegé es infalible! ¡Dije que la guerra entre Estados Unidos y Rusia estallaría y deberá estallar! ¡Y no me vengan con traiciones! ¡Si ahora la Iglesia vive es gracias a mi crucifixión! ¡Si el ejército obedece es por la veneración que me tiene! ¡Si pido auxilio, los criados de este palacio los lincharán! ¡La clase alta y la clase media están conmigo! ¡Ustedes me obedecerán! Me quedan cuarenta y cinco preciosas horas. ¡Las vamos a aprovechar! Pero, antes, denme una triple dosis de morfina...

El helicóptero los dejó en el muelle principal de Valparaíso. (Lagarreta había tenido que llamar de urgencia al alto mando militar del país. No les pudo decir la verdad. Lo hubieran mandado fusilar. Ningún soldado ya ponía en duda la santidad del presidente. La reunión se hizo en La Moneda. Cada jefe recibió una carta firmada por Gegé Vihuela, donde, declarando que por ellos y por Chile desclavaba una mano mártir de la cruz para escribirles de su puño y letra, pedía que inmediatamente se despertara a los conscriptos que fuera necesario para que pintaran los barcos de guerra anclados en Valparaíso –ocho en total– al estilo ruso y confeccionaran banderas con la hoz y el martillo. Al alba deberían partir rumbo a las costas de Estados Unidos con instrucciones secretas que cada capitán leería en el momento de llegar a un sitio clave. Les rogaba, exigía, que no hicieran preguntas y que obedecieran ciegamente, confiando –estaba seguro– en que su voluntad era la misma que la Divina.)

Bajaron al crucificado. Detrás de él iba el director del Hospital Militar inyectándole con disimulo en las nalgas cada veinte minutos un cóctel de drogas y, a su izquierda, el cardenal Barata agitando el nuevo crucifijo oficial: en lugar de Cristo, una foto con la cara de Vihuela.

Lagarreta dio el silbatazo que indicó a un marino el momento de agitar las banderas. Los barcos zarparon y Gegé comenzó a reír eyectando cortos chorros de aire... Lagarreta, más tarde, cuando

dejaron por breves momentos al presidente mientras el director le hacía un lavado intestinal, le confesó al cardenal Barata:

–Cambié las cartas. Conseguí un falsificador profesional (después fue ejecutado) para que imitara la letra y la firma del presidente. Para no quedar como un mentiroso, el demente ordenaba a los capitanes de los acorazados y portaaviones que llegando al primer territorio norteamericano cañonearan a la población civil mientras enarbolaban banderas comunistas y pasaban por los altavoces un disco de «La Internacional» cantada en ruso. Después de la masacre tenían que hacer saltar las naves y morir todos. Así los gringos estarían seguros de que los rusos los atacaban a traición y delante de ese nuevo Pearl Harbor comenzarían la guerra mundial... No se preocupe... Navegarán dos días y después abrirán unos sobres que van a ordenarles regresar al puerto para asistir a las exequias de su presidente...

No pudieron seguir hablando porque el mandatario, dando insistentes timbrazos, les exigió acudir junto a él.

–¡Antes de callar para siempre debo anunciarles que Estados Unidos, más pronto de lo que se imaginan, declarará la guerra a Rusia! ¡Gegé Vihuela siempre tiene la razón! ¡No puede equivocarse! Chile debe apoyar a su vecino: usted, cardenal Barata, plantará cruces con mi retrato en todos los cerros del país, en los caminos, en las esquinas de las calles, en los techos de las casas, en el motor de los automóviles... Al mismo tiempo, por el cine, la radio, los periódicos y el teléfono excomulgará a los obreros alzados. Fuera hay una motocicleta militar esperándolo. No hay tiempo que perder. Aún me quedan veinticuatro horas... ¡Vamos! ¡Corra! Los periodistas gubernamentales están esperándolo y el ejército entero ayuda a confeccionar las cruces. Tiene veinte horas para cubrir con ellas el país... Y usted, Lagarreta, si quiere conservar el poder y que el ejército no se le desbande y se pase del lado obrero, deberá preocuparse de que mi cadáver sea más venerado que el de la tetona. ¡Mis millones de camisas verdes deben saber que yo no me pudro!

–¿Pero cómo, Gegé? Ahora mismo se le cae la carne a pedazos...

–No exagere, flaco envidioso. Usted nunca podrá llegar a ser Dios. ¡Yo sí! Haga que me saquen las vísceras, relléneme de lino embebido en aceite de mirra y consiga un maquillador, el mejor, donde sea, para que me dé el aspecto de noble madera. Y muéstreme en un ventanal con vidrios blindados en La Moneda. ¡Que permanentemente los ciudadanos puedan ver a su Santo Gegé velando sobre ellos con los brazos abiertos en la cruz! El mito del presidente eterno debe ser instaurado. ¡Prométamelo!

–Se lo prometo.

–San Excelentísimo Presidente...

–Se lo prometo, San Excelentísimo Presidente Don Gegé Vihuela.

–Bien, en esa caja encontrará la lista de todos mis tesoros. Emplee una parte de la fortuna para su placer personal y el resto úselo para masacrar a esos inmundos obreros. ¡Que paguen su traición! Si encuentra un día a Juan Neruña, haga como que no lo conoce y sumérjalo en la angustia del anonimato.

La radio estaba difundiendo la voz cascada de Barata lanzando sus furibundas excomuniones. De toda la ciudad surgía un ruido infernal de martilleos: clavaban las cruces. En la fotografía, Gegé vestido con su frac y su banda presidencial tenía alrededor del pelo engominado una corona de espinas... El maquillador entró temblando en la celda del moribundo. Lo empujaba un soldado que al pasar la puerta recibió de parte de Lagarreta un balazo en la nuca.

–Usted es el mejor experto del cine. Ha fabricado momias y hombres-lobo. ¡Si no cubre con una capa parecida a madera todo el cuerpo de nuestro presidente, le reviento los sesos!

Gegé le dijo:

–Tiene usted sólo dos horas para finalizar su tarea. En ello le va la vida. Me quedan ciento veintiún minutos y no quiero irme sin estar seguro de mi triunfo...

El delgado general no cesó de apoyar el cañón en la cabeza del artista siguiéndolo en su ir y venir. El pánico lo hizo realizar milagros. A las dos horas justas, Gegé estaba convertido en estatua de madera... Lagarreta encadenó otra vez al maquillador.

–Repetirá su obra cuantas veces sea necesario. Es usted mi prisionero para siempre.

Gegé se observó un minuto sin poder sonreír porque su boca estaba rígida bajo la capa de plástico. Lanzó un largo suspiro de satisfacción y murió con una tranquilidad que no era sólo producto de la morfina.

La costa, las montañas, el desierto, las calles de Arica estaban cubiertas de una mancha violeta. Multitudes de obreros con mamelucos y camisas de ese color alzaban un mar de brazos hacia el cielo saludando con frenesí el globo aerostático que a media altura circulaba de un extremo a otro paseando en un canasto a Nepomuceno Viñas, en trance, y a la santa incorruptible. Desnuda, con su cabellera roja mecida por la brisa marina, la muerta parecía bendecir desde su cruz a la masa obrera. Alamiro Marciláñez,

hundido en la canastilla para que nadie lo viera, sostenía como un perro fiel el pie de la cruz para que su amada no cayera al vacío. El globo hasta ese día había servido para hacerle propaganda a los refrescos Lulú.

Los dirigentes sindicales comenzaron a dar silbidos para calmar el clamoreo. Empezó a extenderse el silencio, pero el poeta, queriendo medir su poder, agitó la mano solicitando más vivas para «su» muerta. El chivateo se hizo atronador. Con el resuello cortado y blancos de ira, los dirigentes cesaron de pitar. Bruscamente, sin que nadie lo pidiera, se hizo el silencio. Por los boquerones del Morro –antiguas leyendas decían que sus cuevas no tenían fondo y que llegaban hasta el centro de la tierra– comenzó a salir un río de ratas que se hizo inundación. De todos los tamaños, por millones, cubrieron como una capa palpitante las rocas de la costa y se pusieron a dar coletazos creando un ritmo general que anunció a la multitud que el ejército de Lebatón había llegado. Entre el clamor delirante, junto a la Zagorra que marchaba conteniendo sollozos de triunfo, el general saludó a los obreros indicando al mismo tiempo hacia la rata sabia, el camarada Teófilo que venía sentado en la cabeza de Popeyito, para compartir los aplausos. Detrás de él, cojeando, magullados pero enérgicos, con miradas incandescentes, aparecieron los benedictinos. El abad, con una radio portátil apoyada en la oreja, lanzaba sin cesar improperios contra la excomunión de Barata, declarándola vergonzosa e ilícita.

Comenzó a salir el ejército de mineros: habían recorrido por las galerías subterráneas incontables kilómetros: traían los ojos acostumbrados a la oscuridad, las orejas al silencio y el espíritu a la lucha solidaria. Esa luz, esa multitud y ese clamor les proporcionaron por primera vez en sus vidas el sabor del triunfo. La Revolución ya no era una meta inaccesible al extremo de un túnel oscuro. ¡Desde ese mismo instante empezaba para siempre! ¡Ya nunca más retrocederían: cedían sus vidas a la causa! Fueron trepando todos por un caminito hacia la cumbre del Morro: eran numerosos, pero en lo alto, al compararse con el océano violeta de insurgentes vitoreándolos, se sintieron como un puñado de arena. Agitaron sus armas. La Zagorra no sabiendo qué hacer ni qué decir comenzó a cantar el vals del payaso Piripipí. En pocos segundos, los cientos de miles de gargantas estaban entonándolo. Sería el himno de la Revolución.

–¡Entre los diez mandamientos
uno sólo es para mí,
ser tan libre como el viento
conservando la raíz!

Cuando lanzaron la nota final vieron llegar los tanques robados al enemigo. Lebatón alzó el puño y los cañones dispararon salvas hacia el horizonte marino haciendo callar a la muchedumbre y paralizando el coleteo de las ratas. En medio de un silencio expectante, Lebatón asió el micrófono que le proporcionaban los jefes sindicales.

–¡Compañeros, no hay tiempo que perder! ¡Mañana emprenderemos la marcha hacia la capital! ¡No le tememos al ejército! ¡Somos mineros y avanzaremos por las galerías subterráneas! ¡Nuestras camaradas ratas nos guían y protegen! ¡Junto a ellas seremos invencibles! ¡Podemos atacar desde abajo cualquier punto del país y en la ciudad las alcantarillas serán la base de nuestro triunfo: de ellas emergeremos para apoderarnos de La Moneda y derrocar al presidente traidor! ¡Viva Chile!

–¡Vivaaa...!

–¡Muera Gegé Vihuela!

–¡Mueraaa!

–Les pido que descansen hasta el alba. Las jornadas serán un verdadero sacrificio...

En ese momento, Nepomuceno Viñas hizo descender su globo junto al general Lebatón, salió del canasto cargando a la crucificada (seguido por Alamiro Marciláñez que logró saltar antes de que el aerostato, por falta de lastre, se disparara hacia el cielo), y acercando su boca al micrófono vociferó:

–¡Amigos, admiradores, pueblo fiel: el que les habla no es Juan Neruña sino la poesía! ¡Mañana comienza el ataque, por eso hoy debe ser un día de fiesta! ¡Asalten los bares y depósitos de licor! ¡Saqueen el mercado! ¡Violen las puertas de la aduana donde están amontonados los barriles! ¡Beban en mi nombre, coman, dancen, hagan el amor, quemen las casas: que Arica se convierta en una fogata histórica y simbólica: vamos a incendiar con la Libertad no sólo a Chile sino al mundo! ¡Adelante, camaradas! ¡Todo está permitido!

Estalló el caos. Nadie se dio cuenta de que la noche había llegado, eran tantas las fogatas y las casas incendiadas. Un solo nombre emergía de todas las gargantas, «¡Juan Neruña!», lanzado con claridad al comienzo y luego, a medida que las horas transformaban la celebración en pillaje y orgía, con tonos roncos otorgados por el alcohol...

Los líderes de los partidos comunista, socialista y radical, más un anarquista, un trotskista y un independiente, acompañados por el general Lebatón, el abad y los jefes sindicales penetraron con paso firme en la iglesia de hierro. (Nepomuceno Viñas había exigido que le otorgaran ese lugar como oficina –Juan Neruña merecía tal honor– y

que pusieran, en lugar de catre, un colchón sobre el altar. Para Alamiro Marciláñez y el cuerpo de la Barum encontraron un cuarto de acero, independiente, que servía de sala de reuniones. El manco se encerró allí con la santa pretextando haber recibido amenazas de «maníacos necrófagos».)

Sentado frente a una hoja en blanco, con una pluma entintada en la mano, como hipnotizado, Viñas trataba infructuosamente de escribir un poema. El estruendo del jolgorio que él había desatado parecía no afectarlo. En el piso, junto a sus pies, un jardín de bolas de papel aumentaba a cada intento fallido. Cuando vio al severo grupo acercarse a su mesa de trabajo, ya no tenía tiempo de barrer. Tartamudeó una excusa:

–¡Un poeta nunca abandona la poesía! Pero ¿para qué palabras cuando son hechos lo que necesitamos? Por eso, en lugar de sonetos, hago bolas con el papel blanco expresándome a través del estruje...

Y dando un ejemplo arrugó tres hojas gruñendo cada vez en forma diferente.

–¡Déjese de payasadas! ¿Acaso no le basta con las que ha hecho en el día? –le dijo iracundo el líder comunista.

Nepomuceno se puso frío. Era la primera vez que un obrero le perdía el respeto. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso habían descubierto su falsa identidad? Disimulando su agitación, con un ademán digno ofreció a los visitantes los bancos del templo como si fueran los sillones de su casa. Todos se sentaron menos Lebatón, que con gran embarazo sostenía una caja de zapatos decorada con la bandera nacional. El abad corrió a cerrar el portón de la iglesia. Un líder sindical tomó la palabra:

–Compañero Juan Neruña...

Nepomuceno suspiró aliviado. Aún conservaba el sitio...

El líder tosió y continuó su sermón:

–Camarada Nepomuceno Viñas...

Al oír su nombre pronunciado sin tapujos por el alto mando, el poeta se desmayó. Cuando el abad lo despertó lanzándole un vaso de agua bendita en la cara, se encontró entre los brazos de Lebatón.

–Lo siento, amigo. Tuve que revelar la verdad. Antes que usted, están los intereses de la nación.

–Pero mi celebridad... La historia...

–De eso no se preocupe. Sólo nosotros lo sabemos, el pueblo nunca se enterará. La imagen de Juan Neruña es indispensable para el triunfo.

–¡Ah! ¿Entonces voy a continuar?

–No, Nepomuceno. Usted ya cumplió su misión. No lo

necesitamos más.

–Pero...

Un delegado socialista ayudó a levantarse al poeta. Mientras le sacudía el polvo de su traje de terciopelo negro, le dijo:

–Los partidos de izquierda, durante años, hemos politizado al pueblo. Ha sido una labor ruda. Cuando comenzamos, el ochenta por ciento de los obreros era analfabeto. Logramos sindicarlos, darles un concepto de la lucha de clases, mostrarles sus derechos. Pero usted está tomando tal importancia que, en cierta manera, destruye nuestro trabajo. Todo gira en torno a su persona.

Lebatón continuó:

–Hoy mismo usted deshizo mi ejército convirtiéndolo en una banda de bárbaros. Legalizó el robo y la orgía. ¿Cómo se le pudo ocurrir? Se despertarán cansados y sin empuje; será necesario un régimen férreo para devolverlos al redil...

–Puedo inmediatamente conseguir otro globo y, por amor a mi nombre, incitarlos a cesar la fiesta...

–¡Ya déjese de soluciones paranoicas!

–¿Qué debo hacer entonces?

Ante la humilde pregunta de Nepomuceno se hizo un silencio que pareció interminable. Lo rompió el abad.

–Hijo mío... Tú bien sabes que Dios prohíbe la violencia. Por eso, antes de formar parte de esta comisión, recé y lo pensé mil veces. El bien del pueblo exige tu sacrificio. Debes entregarte sin temor a la muerte, porque tu acto será premiado por la santísima Virgen.

Lebatón abrió la caja de zapatos y extrajo una flamante pistola...

–Nepomuceno, aquí le dejamos esta digna arma. Así como vivió con gloria, sepa morir con honor. Escriba unas líneas de adiós declarando que su persona es dañina para el progreso del pueblo y suicídese antes de que salga el sol. ¡Despertaremos al ejército con la noticia de su heroica muerte!

Nepomuceno Viñas tragó una saliva amarga y se irguió cuan largo era...

–¡Nadie dirá nunca que he sido cobarde! Juan Neruña pasará a la historia con la frente de Nepomuceno Viñas bien alta! Sin embargo, por las dudas, quiero hacer una pregunta: ¿y si yo considerara que se equivocan y me negara a obedecer?

–¡Una sola es la respuesta, camarada: ahora mismo lo fusilaríamos!

–Así me gusta, que las cosas sean claras. He comprendido.

–Sepa que las ventanas y las puertas están vigiladas, que no hay escapes subterráneos y que las paredes de acero son impenetrables. No pierda su tiempo tratando de huir.

–¡Me ofenden, compañeros! Redactaré mi adiós en forma de soneto y un balazo les indicará el fin de mi presencia corporal y el comienzo, para siempre, de mi influjo espiritual.

Y asiendo la pistola se la apoyó en la sien para, con la otra mano, comenzar a escribir en una hoja blanca.

La comisión, caminando de puntillas, salió de la iglesia metálica.

Estrella Díaz Barum, con ferocidad sin límites, pudo dispersar las jaurías de espíritus angurrientos, nadar contra la corriente de ácido y llegar, sin disolverse, hasta donde estaba la mujer perfecta para reencarnar: el cadáver incorrupto de ella misma... Planeó, invisible, entre las casas incendiadas y atravesó las paredes del santuario. Entregado a la pasión, Alamiro Marciláñez multiplicaba su brazo huérfano para acariciar a mano llena los pechos fríos pero deliciosos de su amada mientras la poseía como solía hacerlo cada noche, reteniendo sus ayes roncos y suspiros para que nadie se enterara del sacrilegio. El espíritu de la poetisa, desdeñoso, observó el lamentable acto: «¡Manco egoísta! ¡Obtiene todo sin dar nada! ¡Mi cuerpo merece caricias más completas! ¡Vamos, Barum, levántate y anda! El pueblo adorará un ídolo vivo: cada día me entregaré a mil amantes: harán largas colas para depositarme en las entrañas un óbolo caliente. ¡Se acabó el purgatorio: comienza el paraíso! Antes no lo conocía y despreciaba. Ahora sabré utilizar a fondo mi organismo: el espíritu para la poesía y el cuerpo para el catre. ¡A mí, la vida!». Y se zambulló en la muerta, esperando renacer al instante.

Alamiro Marciláñez no notó ningún cambio. La amada, inmóvil, recibía sus vaivenes con esa sonrisa inalterable que lo enloquecía. Comenzó a darle de besos, a escupir chorros de saliva entre sus dientes. El cuarto orgasmo de la noche anunciaba su llegada con toda clase de temblores. Estrella, al contrario, no experimentaba goces. Había caído en una trampa: ningún nervio le transmitía mensajes, ningún músculo le obedecía. Estaba ciega, sorda, muda, incomunicada dentro de ese organismo muerto. Trató de escapar. No pudo. Allí se quedaría presa para siempre. Pidió perdón, lloró, rezó, concentró sus fuerzas en un solo punto, el sexo, tratando de moverlo como antaño para pedir auxilio, exigirle a Marciláñez que la quemara. Usando con desesperación toda su energía, logró contraer los músculos de la vagina.

El manco estaba a punto de eyacular cuando su miembro fue apretado por las paredes suaves. Tuvo la sensación de que su carne se había fundido. Apoyó la mano entre los pechos y trató de echar las caderas hacia atrás. ¡Imposible! Quiso introducir sus dedos para abrir

los labios. Encontró una grieta sellada. Dio tirones con la pelvis; no hizo más que arrastrar el cadáver en pos de sus testículos. ¡Estaba atrapado! A menos que se cortara el miembro nunca saldría de allí.

Apenas asomó en el horizonte la primera luz del alba, dentro de la iglesia se oyó un disparo. Lebatón, el abad y el grupo de dirigentes que dormían en las escaleras del templo se levantaron de un salto y penetraron corriendo en la nave. Sentado frente a su mesa, de bruces en medio de una charca de sangre, yacía Nepomuceno Viñas.

Lebatón gritó:

–¡Que nadie lo toque! ¡Ha muerto un héroe! ¡El pueblo tiene que desfilar aquí para darle el adiós postrero! ¡Luego lo enterraremos! ¡Después comenzaremos con más fuerza que nunca la ocupación del país! ¡Hagan sonar las campanas, despierten a todos!

–Espere un momento, general. ¡Yo, como abad, propongo que los ciudadanos encuentren junto al poeta mártir a nuestra muerta vestida de Virgen María!

–Me parece muy bien. Vamos a buscarla al cuarto de conferencias.

Golpearon discretamente en la puerta cerrada. Insistieron, llamaron a Marciláñez. Dieron palmetazos en la hoja. Puntapiés. Empujaron con los hombros. Trataron de derrumbar la puerta vociferando:

–¡Despierte, compañero! ¡Entréguenos a la Santa!

Se oyeron unos resuellos extraños, como si alguien tratara de abrir un cajón a tirones. Lebatón los hizo callar. Para abrir el acero sería necesario un soplete. Demorarían horas. Mejor tomar las cosas con calma y convencer al manco.

–Alamiro, le habla el general, su amigo. Tenga confianza, sabemos que está despierto. Si le pasa algo, díganoslo...

Un susurro atravesó las planchas de metal.

–Voy a tratar de abrir la puerta. Pero con una condición: que sea sólo usted el que entre. Por lo que más quiera, júremelo.

–Le juro por la Revolución y por la señora Zagorra.

La puerta se abrió justo los centímetros necesarios para dejar pasar de costado el cuerpo del amigo.

Lebatón se sorprendió pero no juzgó. Conocía la historia de esos dos seres y la locura amorosa del manco más bien le dio pena. Sin embargo, no podía poner a la cabeza del ejército dos cuerpos pegados como perros en celo.

–Tengo que sacarlo de ahí, amigo. Si lo encuentran así lo fusilan en el acto. No me quedan más que dos soluciones: o le corto el pene o destrozo el sexo del cadáver.

–Ninguna de las dos me conviene, Lebatón. ¡Deme un tiro en la cabeza! No puedo vivir castrado ni tampoco con una amante mutilada.

El general pensó un segundo. No quería que estallara el escándalo –el pueblo necesitaba la pureza de su emblema– pero no se sentía capaz de eliminar fríamente a ese compañero de tantas aventuras. Sacó el revólver, le dio con la cacha un golpe en la nuca, lo atolondró y con movimientos seguros, inspirados por la urgencia, usando su puñal militar, abrió la pelvis de la muerta, rajó la vagina y liberó el miembro. Por suerte, a pesar de su flexibilidad, la sangre estaba coagulada y fue fácil cubrir el destrozo con un pedazo de sábana. Le colocó los pantalones a Marciláñez y lo empapó de vino consagrado.

–Compañeros, no era nada grave... El camarada bebió más de la cuenta. Le ha costado salir de la pesadilla alcohólica pero ya se está recuperando. Entren.

Estaban cargando a la muerta, con el trapo amarrado en la cintura, detalle que el abad agradeció con una venia sonriente hacia Marciláñez, cuando éste, repuesto, dio un brinco y arrancó la falda improvisada.

–¡He sido yo! ¡Yo profané a la Santa!

¿Para qué vivir más? Ya nunca podría cohabitar con la Barum, única cosa que le interesaba en el mundo.

–¡Mi semen escurre de este sexo rajado! ¡Mátenme como a un perro!

Los obreros apuntaron al unísono con sus armas. Lebatón, golpeando con los nudillos, constató que las planchas de acero que daban al exterior eran dobles. Las explosiones no serían escuchadas. Nadie se daría cuenta del sacrilegio. Vestirían a la muerta de Virgen y ya nunca más la mostrarían desnuda... Ocultando su pena, obligado por las circunstancias, gritó «¡Fuego!» y los obreros acribillaron al manco a balazos.

Un hombre manchado de sangre irrumpió en el cuarto y se agachó junto al fusilado para estrecharlo entre sus brazos. La sorpresa fue enorme: ¡era Nepomuceno Viñas! Pero ¿cómo? ¿Acaso no se había suicidado?

–Les pido disculpas por mi simulacro. Este líquido es la tinta roja con que escribo. Di un tiro al aire y me hice el muerto. No por cobardía. Necesitaba un poco de tiempo para ver más claro. Sé que debo morir, es esencial para el triunfo del pueblo y estoy dispuesto a sacrificarme. Pero no en la soledad. Juan Neruña es un hombre público. Su suicidio debe ser espectacular. ¡Anuncien que el poeta nacional brinda su vida a la causa lanzándose al cráter del volcán El

Renco! ¡Ese noble cerro, siempre en ebullición, me acogerá en su lava ardiente! ¡Fuego soy, en fuego me convertiré!

Alamiro Marciláñez, de un tirón, abandonó su cuerpo: ante él se ofrecieron las infinitas encarnaciones: ¡morir, volver a nacer, morir, volver a nacer, perfeccionarse para llegar a la nada, qué falta de imaginación! Inútil cambiar, inútil avanzar. ¡El único sitio que valía la pena, en medio de esa bárbara inmensidad, era la Barum!

Convertido en dardo invisible, penetró en el cadáver de su amada. Estrella lo acogió con júbilo. Ya eran dos en la trampa. Podrían matar el aburrimiento estableciendo un diálogo interminable. Se poseerían espiritualmente. Tendrían, a falta de carnales, orgasmos poéticos... La Barum se abrió en ondas cristalinas.

Al contacto con el alma de la poetisa, Marciláñez perdió sus antiguos límites y, ebrio de luz, se hizo canto. Desde su parca oscuridad inició el estallido incesante de un universo en forma de corazón.

Girando alegremente, espejos uno del otro, permanecerían encerrados en ese cuerpo incorruptible, quizás durante siglos, hasta que algo o alguien, por desgracia, lo destruyera...

–¡Juan Neruña es eterno!

Millares de cuerpos se apretujaban alrededor del volcán. Un sendero cubierto con flores de papel subía por entre las rocas y desembocaba en el borde del cráter. Sin zapatos, con una espiga en una mano, una pluma en la otra y una corona de laurel, avanzaba lentamente Nepomuceno Viñas hacia el sacrificio. Niños, mujeres, hombres, ancianos, se lanzaban a besarle los pies.

–¡Serás nuestra raíz, poeta de la patria!

Los aplausos lo emborrachaban. Ése era el triunfo, el néctar de la gloria, el amor del pueblo, los brazos abiertos de la Historia. ¡Así valía la pena morir! Abajo lo esperaba la lava ardiente. Aspiró con éxtasis, como si fueran perfume los vapores mefíticos. Levantó los brazos. Se hizo un silencio profundo. La multitud cesó de moverse. Viñas buscó entre los poemas de Neruña una estrofa adecuada para tan insigne situación: no recordó ninguna. Escarbó entre los versos de «Y que duerma Epsilón». Le parecieron tan relamidos que tuvo ganas de vomitar. Sintiendo que un segundo más de espera podría hacerle perder su triunfo, en lugar de declamar, preguntó:

–¿Cómo se llama la Patria?

Y el océano de gargantas respondió:

–¡La Patria se llama Juan!

Viñas, sollozando, exclamó:

–¡Y Juan es el Pueblo! ¡Sombra fui, vuelvo a la sombra!

Y se lanzó al abismo. El magma ardiente lo tragó. Los insurgentes entonaron solemnemente el vals del payaso Piripipí. Luego Lebatón, alzando su revólver, disparó cinco tiros para iniciar la gran marcha. ¡Ya nadie podría atajar la Revolución!

Al cabo de una hora la soledad volvió a reinar en El Renco. El viento se llevó las flores y la única señal que quedó del acontecimiento fue una lápida arrancada del cementerio –el apuro no les permitió otra cosa– luciendo el nombre de Neruña pintado con alquitrán. Se oyeron pasos desiguales. Por entre los peñascos bajó un hombre triste. Llevaba en las manos un bote de pintura. Con letras rojas pintó en el trozo de mármol, bajo el nombre del poeta nacional, un «Nepomuceno Viñas»...

El cojo, celoso, había seguido al poeta disimulado entre el gentío. ¡Ladrón injusto! ¡Él también formaba parte del fenómeno Neruña! ¡Merecía un trozo del pastel de la Gloria! Sin embargo, un detalle sirvió para devolverle su antigua confianza: el presidente de la Sociedad de Poetas se había suicidado en un volcán llamado El Renco. Y ése era un acto, consciente o no, de fidelidad a su amigo renco, el siempre fiel Valdivia. Tan fiel que no teniendo a quien querer ni a quien odiar o envidiar, decidía morir allí, no en grande, sino con disimulo, poco a poco, por modesta huelga de hambre...

Se sentó en una roca, fijó en el fondo de lava el punto donde se sumergiera su amigo y, sin despegar la vista, con las mandíbulas sólidamente cerradas, aguardó a la muerte. En el cielo una corona de buitres le anunció que la espera no sería larga.

El general Lebrún, el general Benavides y otros militares de altos grados acompañaban en la catedral al general Lagarreta convertido en dirigente del país. Después del tedéum irían a buscar el cadáver del Excelentísimo Señor Presidente. Para asistir a la histórica ceremonia, los partidarios de la derecha, luciendo camisas verdes y cruces con la venerada fotografía, acampaban por millares en las veredas. El consumo de antorchas era gigantesco. San Gegé Vihuela, convertido por gracia divina en madera –nadie negaba el milagro– sería transportado de La Moneda a la catedral para ser colocado en lugar del Cristo de mármol. Clavado en la cruz, sobre el altar, permanecería eternamente recibiendo en sus sacrosantos pies el beso de las multitudes. ¡Esa fe ciega los llevaría al triunfo! ¡Nadie podría vencer al ejército de camisas verdes! ¡Los obreros alzados perecerían en la cristiana hoguera!

Lagarreta dejó deslizar como pudo por su estrecha garganta un chorro de saliva. Quizás Gegé en realidad hacía milagros; si no, ¿cómo explicarse la providencial ayuda de esas dos viejas? Sin ellas nunca él ni el cardenal Barata hubieran podido salir del atolladero.

El presidente murió satisfecho, con la sensación de triunfo que le otorgó la perfecta imitación de la madera, pero, al cabo de una hora, la obra de arte se deshizo en andrajos. La carne pútrida exudaba un humor que impedía al plástico adherirse. Por más que amenazó y torturó al maquillador, no pudo obtener nada. Se vio obligado a deshacerse de él mediante un par de balazos.

(El infeliz tuvo suerte: antes de abandonar el mundo recibió del cardenal Barata la preciosa extremaunción. Un verdadero lujo.) ¡No sabían qué hacer! ¡El mito de la santidad probada por la transmutación de la carne en madera era esencial! Sin cadáver inmaculado no obtendrían el fervor popular y la verdadera santa, esa tetona disfrazada de Virgen, llevaría a los rebeldes derecho al triunfo... Estaban a punto de llorar cuando, entrando sin que nadie los atajara, se presentaron dos esperpentos disfrazados de odaliscas para venderles por treinta pesos –¡una miseria!– la dirección del nuevo payaso Piripipí que guardaba la caja de maquillajes imborrables del antiguo. Él y Barata lo fueron a buscar armados hasta los dientes. ¡Parecía estarlos esperando! En lugar de resistir mostró un patriótico entusiasmo: declaró ser ferviente seguidor del extinto y prometió un óptimo resultado, a sabiendas de que un fracaso le costaría la vida. Pidió soledad. No podría concentrarse ni realizar su obra de arte si ojos extraños lo vigilaban. Para probar la calidad de sus maquillajes los aplicó sobre una chuleta de puerco podrida. En pocos minutos pudo convertirla en madera. La calentaron, frotaron, bañaron en agua hirviente, ácido, y el disfraz resistió. Aliviados, lo dejaron encerrado con el difunto y organizaron el magno acontecimiento.

Aunque desde fuera llegaba el incesante rugido de la muchedumbre y los reflejos de las antorchas se colaban por las persianas invadiendo la penumbra con un enjambre de mariposas amarillas, el payaso se sentía apartado del mundo. La guerra había sido larga –toda una vida– y en los múltiples combates, a través de conceptos que, casualmente, siempre comenzaban con la misma letra, Partido, Patria, Pueblo, Poder, Porvenir, sólo se enfrentaron dos orgullos: el de Gegé Vihuela contra el de Juan Neruña. Dos espejismos. Un muerto, convertido en algo peor que carroña, y un borrado, sumergido en el anonimato, ya casi sin memoria, disolviéndose bajo una máscara ridícula. Toni Piripipí. Nadie. ¿Valía

la pena esa última batalla? Un payaso contra un cadáver. ¡Lamentable! Se sintió cansado. Su razón de ser era la venganza y ahora, gracias al ¿azar?, ¿destino?, en todo caso magia, podría precipitar al ambicioso del tope de su maligna pirámide. ¿Y qué? Vihuela no lo sabría nunca: murió sintiéndose triunfador y eso nadie se lo quitaría. Él hubiera querido humillar a un presidente vivo, verlo retorcerse recibiendo el desprecio público, su fracaso ante la Historia. ¡Miserable vanidad! Le dieron ganas de lanzarse por la ventana. Apoyó su frente en los vidrios: el gentío, teñido por el verde corrupto, le devolvió la memoria. ¡No! ¡No combatían ellos dos solos! ¡Los contendores eran millones…! Observó su chaqueta de payaso y se dio cuenta, por primera vez, de que era violeta. Allá en el norte, unidos por ese color y por su nombre, los obreros rompían las cadenas. Miró con saña los despojos: si una raíz le quedaba en la vida, era aquel cuerpo. Gegé Vihuela estaba ligado a su vida. Era, en el fondo, una parte de su alma... ¡Extraños los caminos de la pasión! Se habían envidiado mutuamente. Se habían admirado. Si el poeta hubiera sido mandatario y el mandatario, poeta, Chile estaría en paz. ¡Lástima! Se arrodilló ante la camilla y, a manera de rezo, improvisó un poema por el descanso eterno del alma de su enemigo. Dejó disolverse los versos perfectos en la soledad del cuarto y, silencioso, preparó sus materiales, con el pecho lleno de una gracia que inútilmente había buscado a través de la poesía: el amor le brotaba incesante como un manantial de luz. Se puso a maquillar obedeciendo el mandato de esa fuerza universal.

Las campanas de la catedral anunciaron el comienzo de la ceremonia. Por sus anchos portones salió el cortejo hacia La Moneda. Vestido con una sotana de seda verde, el cardenal Barata encabezaba la impresionante procesión. Lo seguía muy de cerca, en un alazán, el general Lagarreta blandiendo una cruz de oro con el retrato de san Gegé. Después venían los sacerdotes y el ejército. Las masas de fanáticos les abrían camino contenidas por soldados con máscaras que imitaban la faz sonriente de Vihuela. Estallaron salvas y fuegos de artificio. Un grupo de niños cargaba la cruz del siglo XIII presta a recibir al presidente de madera. Una sola palabra surgía del mar de gargantas.

–¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

La gente caía en trance, lloraba, cantaba, exigía la guerra.

Acompañando a Barata y Lagarreta, una docena de curas y militares penetraron en el Palacio Presidencial en busca del ídolo. La puerta del salón estaba abierta. En el centro, sobre una camilla,

cubierto del cuello a los pies con una tela verde, el cadáver lucía una cara tranquila, sonriente, de madera. El general, inquieto, buscó al payaso. Las ceremonias no le dieron tiempo de eliminar a ese testigo molesto. ¡Al fin y al cabo, qué importaba! Era un miserable payaso y si decía la verdad el pueblo fanático le destrozaría la boca por mentiroso. Lagarreta, como todos, se arrodilló y rezó un padrenuestro cambiando «Padre» por «san Gegé». Después se irguió y al mismo tiempo que el cardenal, ni antes ni después, eso lo habían discutido acaloradamente, se dirigió hacia la sábana. Asieron los bordes y dieron un respetuoso tirón. Apareció el cuerpo con los brazos abiertos. ¡Silencio mortal! Luego estallaron gritos de indignación y horror. El cadáver, lleno de tumores purulentos, bestial, masa casi informe, era la imagen misma del mal, una degradación diabólica del hombre. En esas llagas había vicio, depravación, monstruosidad. Ver los chancros provocaba asco y dolor de cabeza. La gran sonrisa de dientes marfileños, por contraste, se hacía lo que era: una mueca hipócrita, santidad de pacotilla. Los sueños de Lagarreta se derrumbaron. Todo estaba perdido. No había enemigo pequeño. La traición de un simple payaso lo hacía perder su imperio. ¡Nunca sería dictador del país! ¡Nunca invadiría Sudamérica! ¡Nunca podría lanzar las hordas hambrientas contra Estados Unidos y el mundo! ¡Nunca Barata, impuesto por su poder, sería Papa!

Una risa continua emergió de la camilla. Estallaba incontenible, cada vez más fuerte. Todos, espantados, retrocedieron. Por entre las patas emergió un payaso, alzó la monstruosa podredumbre, dando alegres saltos abrió a patadas las puertas del balcón y exhibió ante la multitud al presidente podrido. Lagarreta sacó su pistola y, allí, frente al silencioso mar de camisas verdes, acribilló al payaso. Éste, dando un salto postrero, sin soltar al espantoso cadáver, se lanzó hacia la plaza: él y Vihuela, abrazados, reventaron sobre los adoquines. La noticia se esparció. ¡Gegé no era santo: había muerto podrido, como un demonio! Las antorchas se apagaron entre rasgones de camisas verdes. Luego estallaron injurias contra el estafador Barata.

El cardenal, mirando con ojillos de rata a sus acólitos, lanzó un chillido penetrante, se arqueó hacia atrás e hizo como si estuviera poseído por el demonio, decidido a mantener esos estertores hasta que el mundo entero lo hubiera olvidado. Se lo llevaron atado bajo una lluvia de agua bendita hacia una celda conventual de la que quizás no saldría nunca.

Estalló el desorden en la ciudad. Los generales degradaron rápidamente a Lagarreta y corrieron a proclamar el estado de sitio y organizar la defensa militar. El salón quedó desierto.

Sentado en un rincón, sin sus insignias, el cara de hacha escuchaba los ecos de la catástrofe. ¡Qué le podía importar! Ya no tenía sitio. Sería despreciado hasta por los mendigos. Apoyó la pistola en su sien y apretó el gatillo. No hubo explosión. El cargador estaba vacío. Todas las balas habían penetrado en la carne del payaso. Arrojó el arma por el balcón. Se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Permaneció así durante horas, hasta el alba, escuchando las sirenas, los llamados al orden, los fusilamientos, las carreras de ciudadanos perseguidos, el paso de los tanques y el vuelo vigilante de los helicópteros. Por su boca estrecha le cayó un hilo de baba y comenzó, sordamente, a llorar.

Ema y Emi, andando sobre la punta de los pies desnudos, con sus guitarras en la espalda, se acercaron al milico y, depositando en sus manos unas monedas doradas, comenzaron a vestirlo y maquillarlo de toni Piripipí...

Nepomuceno Viñas parpadeó atolondrado. El terror siempre lo desmayaba. Mientras caía hacia la lava perdió el conocimiento y ahora salía poco a poco del sopor. Por un agujero del tamaño de un puño se filtraba un rayo de luz. La penumbra no era espesa y le permitía ver las paredes de la bola en que yacía: eran rugosas como piel de elefante. Palpó la materia. No podía ser sino lava. Comprendió lo que había pasado: en medio del lago incandescente, cayó sobre una costra fría que se hundió para cerrarse sobre él formando una bolsa protectora. ¡Aleluya! Besó la pared con devoción y, considerando su deuda saldada, saltó para llegar al agujero pero estaba muy alto y la caída hizo cimbrar la corteza. Debajo de sus pies hervía una masa ígnea. Se quedó inmóvil. ¿Estaba condenado a morir de hambre? ¿Y sin que nadie lo supiera? ¡Injusto! ¿Gritar? Ya el ejército estaba lejos de esas soledades. ¿Rezar? Sólo creía en la poesía. Un objeto llamó su atención: ¡era su famosa pluma! Escribiría en la lava seca una oda al volcán. Quizás El Renco, halagado, consentiría en liberarlo. Apoyó el extremo de acero para escribir la clásica palabra de sus comienzos de oda, *Oh*, pero la punta se hundió atravesando la materia. La burbuja se puso a temblar. Pálido, con los tres mechones erizados, el poeta extrajo lentamente su pluma. Quedó en la gruesa piel un agujerillo del que comenzó a salir un chorro de vapor azufroso silbando como cobra. Saltó hacia atrás y fue recibido por una onda de las paredes que se inflaban. La bola se puso a valsear. Viñas, verdusco, lanzado de un lado para otro, trató de continuar el verso poniéndole al *Oh* un *Gran Renco*. Mejor, en lugar de *Gran*, *Poderoso*. Ya que estaba de adulador, ¿por qué no *Divino*? El volcán no le permitió escribir las palabras;

hubo un ruido de hocico gigante sorbiendo sopa espesa. Las paredes se cerraron formando un tubo. Una ola violenta golpeó los talones del vate disparándolo como proyectil hacia lo alto. Nepomuceno Viñas atravesó veinte metros de nubes negras y emergió a la luz del día para caer en la orilla del cráter justo frente a su viejo camarada. El cojo Valdivia dio un aullido de terror y forcejeó entre los brazos del poeta, que en ese momento no lo estrechaba por amistad sino por pánico de caer otra vez en el volcán. La montaña tembló más y más fuerte. Estallaron peñascos. No teniendo dónde guarecerse, los amigos se apretujaron el uno contra el otro luchando por ver quién de los dos hacía de escudo. El remezón llegó al paroxismo, la lava comenzó a hacer borbollones. Esperaron la explosión hirviente. Pero, al contrario, el mar de fuego fue chupado hacia el centro de la tierra. Cesó el temblor y del cráter vacío emergió una ola de agua marina. (Las raíces volcánicas quizás llegaban hasta el océano.) Un cofre de acero cubierto de moluscos fue transportado por el líquido.

Nepomuceno Viñas agitó la pluma que, por el terror, había olvidado soltar.

–¿Ve, compañero, la fuerza de mi estro? Me bastó escribir el *Oh* de la oda para que la tierra entera... –el cojo Valdivia le arrebató la pluma, la partió en dos y la arrojó al cráter.

–¡Ya basta! ¡Dese cuenta de que se acabó la poesía! ¡Neruña y Viñas han muerto!

Nepomuceno quiso decir algo, quizás protestar, pero repentinamente la realidad pareció caerle encima: ahora sí que estaba despierto... Sin futuro, sin nombre, sin amigos, sin un peso.

–Ya sé lo que está pensando, pero se equivoca. Le queda un amigo, yo, su servidor, el cojo Valdivia. Hace muchas horas que lo he perdonado. ¿Nombre? Hay millones, nos basta inventar uno. Rapará sus tres mechones, se dejará crecer la barba y será otro. ¡El futuro es nuestro! ¿Cómo? Antes de ser pintor de letras fui ladrón. Vea lo que nos ha regalado el volcán.

Abrió la tapa y mostró el tesoro: los lingotes enviaban reflejos enceguecedores.

–Mire el sello que traen: «Es propiedad de Pili Vihuela»... ¡Qué importa! Los fundiremos otra vez. Con esto tenemos para vivir anónimos y tranquilos el resto de nuestras vidas. ¿Le parece, socio Viñas?

–¡Me parece, socio Valdivia!

–¿Y si por el momento, mientras triunfa la Revolución, nos fuéramos de turistas a Bolivia? La frontera está a dos pasos. Con mi talento de pintor de letras sabré muy bien falsificar un par de

pasaportes.

–Perfecto...

–Además, con tanto oro, allá podremos encontrar dos indias jóvenes que por un sueldo modesto nos den un servicio completo...

–¿Por qué dos, mi buen cojo? ¿Acaso no somos socios? Contrataremos a una y la dividiremos equitativamente, sin complicarnos la vida.

–¡Correcto!

Cayeron uno en los brazos del otro. Luego, entre canturreos y risas, comenzaron a fabricar una angarilla para transportar el cofre del tesoro.

El pueblo esperaba que la Serpiente Blanca escalara el tronco de raulí, con ramas de canelo amarradas a los costados, donde estaban tallados siete escalones y, parándose en la cabeza negra, entrara en comunicación con el Ser Supremo, hablara en el idioma perdido y se pusiera a levitar. La Machi tenía a la Gringa de rodillas frente al primer escalón, la lengua clavada en la madera con una espina, recibiendo la sabiduría del tronco. Cuatro días que estaba así, sin beber ni comer. Cuatro días que había hecho correr a los gualas alrededor del área sagrada, para saturar el aire con el olor del sudor. Los guerreros, desnudos e insomnes, dando interminables alaridos, giraban más y más rápido. En los bosques y el valle, los dos millones de mapuches bailaban y cantaban mirando hacia la aldea sagrada. Las ojotas hacían temblar la tierra arcillosa. Sacudidos por ese golpeteo continuo, formando un círculo estrecho alrededor del Rehue, codo a codo y en cuclillas, luchando contra el sueño, Laurel, Boli, Tolín, Akk, Hums, Demetrio, Ga y también Carlo Poncini, que había llegado con un ojo negro después de que Zum lo expulsara de su árbol robándole el sitio, esperaban la puesta de sol que indicaría el final del cuarto día y el comienzo de la transmutación.

La Machi necesitaba un último engaño, justo para obtener, gracias a la fe, el cambio final. Después, todo se haría solo. Desclavó a la Gringa, depositó doce cántaros con chicha de maíz frente al ídolo y con grandes gestos que hicieron cesar el baile de las multitudes, invitó a la joven de cabellera blanca a trepar los siete escalones. Mientras la nueva bruja daba sus primeros pasos regando el Rehue con gotas de sangre que caían de su lengua, la anciana se sentó junto a los Compañeros de la Papa Florida e hizo como que caía en trance para permanecer inmóvil y poder manejar tranquila el cuerpo de la poseída. Uno a uno fue subiendo los peldaños. Torbellinos de energía venían a sacudirla. No sólo tenía que luchar contra las tentaciones

exteriores –llamados al poder, a la gloria, a la riqueza– sino también con el espíritu de esa pobre loca girando como un águila coja: «Confía en mí, soy tu madre, tu voluntad, tu camino. Sígueme hasta el fin». Al mismo tiempo, dentro de su cuerpo de anciana observaba preocupada cómo los órganos se le iban deteriorando. Le quedaba muy poca energía. Su carne agonizaba. Cada resuello era un anuncio mortal. ¡Pero debía resistir hasta el instante supremo! Si se permitía ceder, el proceso, perdiendo la raíz, se anularía. Luchó por conservar la vida. Dominó la mente caótica de la Gringa. La tierra no la sepultó, ni las aguas la ahogaron. El fuego no pudo calcinarla y el aire fue incapaz de dispersarla. Pudo atravesar como un punto de consciencia la fiebre del vacío, y la luz total cesó de enceguecerla cuando se convirtió en esfera de sombra. Llegó por fin hasta la cabeza del ídolo. Ahora tenía que parecer flotar en el aire. Su cuerpo araucano conocía bien el truco y tenía los talones llenos de callos duros como piedra, pero los de la huinca eran suaves y frágiles. Cada centímetro se convertiría en una tortura. Comenzó a cantar inventando palabras extrañas. Los gualas cesaron de correr y el silencio se extendió por el valle. Tenía que lanzar esos remedos de la lengua madre, el verbo creador del primer hombre, para que no se fijaran en sus pies. De la cintura hacia arriba hizo girar su cuerpo con rapidez vertiginosa. La melena se agitó formando un halo plateado, mientras milímetro por milímetro fue retrocediendo hasta pegarse a las varas del canelo que sobresalían por la cabeza del Rehue. Hundiendo los talones en unas puntas disimuladas por las flores blancas fue subiendo como por una escalera. Desde abajo nadie podía ver si estaba en el centro o pegada a las varillas. Clavando y desclavando la parte posterior de sus pies –a costa de dolores intensos– ascendió hasta parecer flotar. La multitud cayó de rodillas impresionada por ese falso milagro. También los blancos se dejaron engañar. La nueva Machi estaba llamándolos y ellos, hipnotizados, deseaban dejarse absorber. Como una rosa de carne estirando sus pétalos, los ocho cuerpos cayeron de espaldas en el barro y arrastrando un cordón luminoso fueron saliendo de sus organismos para entrar por el ombligo de la Gringa. La anciana continuó encuclillada luchando contra la muerte. En unos segundos más podría soltar las riendas y dejar en paz esa vieja y cansada carne.

Sin defensas, más bien con avidez, los Compañeros de la Papa Florida se reunieron como un solo ser mezclándose al espíritu de la Gringa. ¡La Machi dio un suspiro ronco, largo, satisfecho y se dejó caer en el barro para morir sonriendo! Entró también por el ombligo de la nueva sacerdotisa y se reunió con la otra parte de ella misma. A los demás les bastó un instante para incorporar la bruja a sus almas.

Ondulaciones de fuerza, esperanzas infinitas, alegrías sin límites recorrieron ese espíritu colectivo. Se fundieron los unos en los otros sintiendo la inmensidad de esa vida que surgía a borbotones de sus centros. Ya no tenían forma ni nombre ni edad ni sexo ni pasado ni futuro. Eran pétalos de una rosa viva. Unieron los cordones plateados en una trenza para empujar la bóveda craneana, perforarla y extenderse como una raíz ávida hacia las profundidades celestes.

Sabían que la tierra entera les ofrecía su energía para que pudieran atravesar el universo si fuera necesario. Tenían que penetrar, más allá de la galaxia, en una boca negra, remolino absorbente, reino del Pillán, Dios de las catástrofes. Vueltos pensamiento puro, invocaron a la Bestia...

Sin temor la sintieron emerger del fondo del túnel, convertida en tempestad de colores. La vieron estirar ondas ávidas, manifestar sus ansias criminales, su glotonería cósmica... Dando un estirón final, penetraron hasta el corazón de la Bestia para absorber su licor hirviente. Ella trató de apoderarse de sus almas. Encontró un vacío poderoso que la fue arrastrando hacia la tierra...

En el tope del Rehue, la Serpiente Blanca, agitando su melena y abriendo los brazos en cruz, dejó salir de su cuerpo la energía del Dios-demonio... Los mil quinientos gualas, dando alaridos de éxtasis, la recibieron en sus cuerpos y sin dejarse atrapar la transmitieron hacia el valle donde fue absorbida por los millones de araucanos. La multitud se convirtió en un solo ser, y del mar de gargantas salió la misma voz:

–¡Capturamos al Pillán! ¡Somos el Dios de los temblores y la guerra!

Los espíritus de los compañeros, sin romper la unidad, volvieron a sus cuerpos. La Serpiente Blanca lanzó un deseo hacia la cordillera. Las montañas se pusieron a temblar. Estalló un terremoto que, transportado por esa columna vertebral de piedra, sacudió todo el país. Los volcanes escupieron lava, la tierra se abrió en grietas inmensas, enormes bloques de roca e inmensas olas recorrieron los valles. El ruido fue ensordecedor.

Las multitudes araucanas, dirigidas por la Gringa, saltando entre los abismos, navegando en las ondulaciones salvajes, conduciendo los pedazos de montaña como si fueran potros domesticados, dejándose impulsar por la marea, hermanas del cataclismo, dando alaridos de goce, cabalgando en el terremoto hacia Santiago, comenzaron la invasión.

Un gigantesco alud bajó entre ronquidos atronadores hacia la Reducción. Arrancó de cuajo al Rehue. Montados en los siete

escalones y la cabeza, Hums, Akk, Ga, Demetrio, Boli, Laurel, Tolín y Carlo Poncini se deslizaron hacia el océano Pacífico. En el camino sepultaron el bosque donde Zum había decidido morar. El gran árbol que le servía de templo quedó solitario, emergiendo en el río gélido. Vieron al gordo sentado en una rama, con las piernas cruzadas y las manos juntas, como si fuera el centro inmóvil del paisaje convulso. Hums, de pronto, comprendió que nunca podría abandonar a su amigo. Dando por terminado el viaje, saltó del tronco, rodó en la nieve y esquivando los pedazos de hielo, afilados como navajas, trató de llegar hasta la copa del árbol santo... Los demás, presos del tobogán, se deslizaron rumbo al océano Pacífico. El encuentro de la avalancha y las aguas salobres produjo una ola inmensa. Haciendo equilibrios sobre su cresta fueron llevados hacia el polo sur, mientras las huestes araucanas avanzaban hacia el norte. A pesar del zarandeo, Tolín no cesó de tocar en su pifilca una melodía de adiós.

Epílogo

XXI
LE·MONDE

Blando animal de colección fúnebre

«Es necesario que las cosas vayan cambiando para que lleguen a donde empezaron.»

Juan Neruña, en el Senado

El café Iris no había cambiado. Mozos decrépitos seguían sirviendo vino con canela en el salón púrpura. Los consumidores, hermanados por el color violeta de sus batas, continuaban conversaciones comenzadas hacía una eternidad. De tarde en tarde surgían nuevos temas –terremotos, revoluciones, guerras araucanas, gobiernos populares– que rápidamente eran sepultados en el profundo lago del recuerdo milenario. Nada transcurría. Nadie entraba. Nadie se levantaba. Entre la niebla de cigarros y la fragancia de geranios, todos, sentados, parecían olvidados por la muerte. Cuando llegaba la vajilla papal derramando humos balsámicos, cesaban los murmullos y con profundo agradecimiento ingerían, sorbo a sorbo, el ponche hirviente. Luego las lenguas se desataban y en las ondas de la borrachera navegaban leyendas. Entonces, desde el más oscuro rincón surgía la voz del carabinero. ¿O era la voz de la rata? El antiquísimo animal, echado sobre la cabeza del militar, parecía formar parte de los huesos del cráneo. Ambos tenían la misma expresión. Quizás la misma alma. La vejez del roedor se transmitía a la cara del hombre y un laberinto de arrugas tatuaba su carne. Movía lentamente el hocico y los labios inmóviles del carabinero vertían historias que parecían nacer en una fuente lejana. ¿Esos extraños acontecimientos habían sucedido en la alborada de una humanidad desaparecida o eran revelaciones del futuro o en ese mismo instante estaban pasando? Nadie se preocupaba de saberlo. Fechar un acontecimiento era para ellos una forma de sacrilegio. Allí importaba el qué y no el cuándo.

–Sí –dijo el carabinero, dijo la rata–, la ola inmensa arrastró a seis hombres y una mujer rumbo a las frías regiones del polo sur. Iban a velocidad vertiginosa montados en el tronco. No tenían miedo, ni

ganas de morir o de vivir. No huían y no deseaban llegar a alguna parte. Simplemente vivían. ¿Quiénes eran? No podían saberlo. Sus mentes unidas formaban un canal por donde pasaban fuerzas monumentales. De pronto, cuando el zarandeo de la ola se les hizo hábito y fueron parte integral de las aguas; cuando el océano se mezcló al ritmo de la sangre y perdieron la noción de sus límites corporales, el sonido del instrumento sagrado, la pifilca, se convirtió en palabras. Según la melodía, aún era posible encontrar el Paraíso perdido, la legendaria Isla Verde. Allí quedaron, sin ser expulsadas, otras criaturas. Ellas conservaban el Lenguaje Original... Los siete viajeros decidieron encontrar ese Edén. ¿Cuánto tiempo lo buscaron? ¿Cómo hicieron para atravesar la barrera de hielo que impedía aproximarse a la isla? Se dice que vararon en una costa llena de cavernas donde fueron recibidos por un torbellino de fuego. Tuvieron que luchar contra él. Aurocán, el ser que entre todos absorbieran, los ayudó a triunfar. Una voz potente casi los dejó sordos. Resonaron palabras que les transformaron el cuerpo. Se hicieron animales, rocas, plantas. No cejaron. Juntos podían conservar la conciencia y salirse de cualquier forma. Continuaron avanzando hacia el centro de la isla, de donde partían cuatro ríos. En el cruce de las aguas divisaron un ente, tenía el tamaño de un hombre pero no lo era. Él emitía las palabras de la Lengua Madre y todo tipo de joyas y luces y objetos se formaba en el aire. El suelo estaba tapizado de plumas verdes y esqueletos de pájaros. Cuando llegaron frente al mago vieron a un loro indefenso, muchas veces milenario, que incesantemente, sin ninguna comprensión, repetía los vocablos del hombre original. Se quedaron junto al animal solitario aprendiendo los restos del lenguaje divino. Parece ser que pudieron hilvanar algunas frases. Pensaron profundamente en su larga patria, Chile, y le dieron vida. Los cuatro mil doscientos kilómetros de la tierra larga se elevaron en el aire como una serpiente que unió cabeza y cola. Ese círculo vivo, con todos los ciudadanos convertidos en ángeles de ideales ardientes, partió sobre América del Sur, uniendo a los pueblos hermanos en una cruzada hacia el Wenu, el país más azul, donde reinaría la Machi Blanca, porque de allá ella había venido... etcétera... etcétera...

La rata cerraba los ojos y en medio de la leyenda se dormía. El carabinero, insomne, trataba de continuar, pero tras una gran cantidad de esfuerzos inútiles, ocultaba su mudez bebiendo largos sorbos de vino caliente. Los mozos decrépitos continuaban sirviendo su bebida morada. De vez en cuando moría uno. Lo velaban sobre el bar. Al día siguiente otro anciano ocupaba el puesto vacante y nada parecía cambiar.

Edición en formato digital: noviembre de 2015

En cubierta: fotografía de Alejandro Jodorowsky, de © Javier Arcenillas
© Alejandro Jodorowsky, 2005
© Ediciones Siruela, S. A., 2015
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16638-06-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com